

RECUERDOS

DEL PASADO

1814—1860

POR

VICENTE PEREZ ROSALES

TERCERA EDICION

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA GUTENBERG

38, ESTADO, 38

—
1886

RECUERDOS DEL PASADO



RECUERDOS
DEL PASADO

1814—1860

POR

YICENTE PEREZ ROSALES

TERCERA EDICION

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA GUTENBERG
38, ESTADO, 38
—
1886



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Lit. P. Godot & C^o

J. Pery Rosales

DON VICENTE PEREZ ROSALES

Como el inmortal autor de la historia del hidalgo de la Mancha firmaba la dedicatoria de la postrera de sus novelas puesto ya el pié en el estribo, el autor de *Los Recuerdos del Pasado*, que en aventuras raras i singulares no cedió la palma a aquel maravilloso historiador, ni a su asendereado hidalgo, puesto tambien el pié en el estribo, firmó el prólogo de esta tercera i aumentada edicion de sus *Recuerdos*, i como legado de confianza i de amistad a que añadió un centenar de cartas i el manuscrito del *Diccionario del entrometido*, púsolos bajo nuestro cuidado para la correccion de pruebas i consiguiente presentacion al público.

No vamos, sin embargo, a escribir estas líneas para recomendar una obra de todos conocida por dos ediciones sucesivas; i aunque tal hubiera sido el deseo de su autor, que en su modestia no le daba mayor importancia, mas que a tributarle elojios que ella no necesita, preferimos contraernos a completarla en parte, apuntando algunas fechas omitidas.

Don Vicente Perez Rosales nació en Santiago el 5 de abril de 1807. Salido de una familia opulenta, en una ciudad cuyos tran-

quitos moradores no emigraban sino en los veranos a las chacras vecinas, que no recibía extranjeros i donde no había imprenta, si un astrólogo hubiera predicho su sino, se habria oido en medio del asombro jeneral que aquel niño estaba destinado a sufrir grandes contrastes de fortuna, desde *deportado* por incorrejible hasta ajente oficial en Europa, desde contrabandista hasta senador, que traeria a los herejes de Alemania para establecerlos en Chile como en su propia tierra, i por fin que escribiría para la prensa. Un dia que esto le decíamos, nos respondió: "Quién sabe si eso que se llama la suerte, no es el desarrollo necesario de ciertos antecedentes que a veces no conocemos o no sabemos estimar en lo que valen; mi padre, que se llamaba don José Joaquin Perez, murió mui jóven i de tisis, segun me han dicho, pero yo he heredado el vigor corporal de mi madre i de mis dos abuelos que llegaron a mucha edad; mi abuelo paterno don José Perez García, era de España i ha dejado manuscrita una voluminosa historia de Chile; mi abuelo Rosales, que tampoco era chileno leía mucho, i mi madre me enseñó a leer i las primeras nociones de inglés." Así el nieto criollo de dos perisulares trataba de esplicarnos, por una especie de teoría de la seleccion, las aventuras de su vida. La esplicacion, sin embargo, nos parece mui alta. Los accidentes del desarrollo de la vida, es decir, el contraste entre los hechos i el ideal a que se querria someterlos, lo experimentan todos, unos midiendo el mundo a trancos, otros sin salir de su ciudad i sin apariencias de lucha; pero en el fondo de la vida de cada hombre el combate es el mismo, i mas nos conmueven los sufrimientos de Rousseau en sus últimos años en que su negra melancolía le pintaba enemigos i complots en to-

das partes, que las aventuras a lo Jil Blas de su juventud des-
tituida i vagabunda.

Don Juan Enrique Rosales habia sido miembro de la junta gubernativa instalada con leal intencion por el vecindario de Santiago el 18 de setiembre de 1810. Era un anciano respetable e inofensivo, pero la junta inició la revolucion, i los españoles confinaron a todos sus miembros al presidio de la isla de Juan Fernandez en pena de su patriotismo. La piedad filial de doña Rosario Rosales que acompañó a su padre al presidio para prodigarle sus cuidados, ha formado uno de los episodios mas patéticos de nuestra historia.

El recuerdo de esos sufrimientos obligó a la familia Rosales a emigrar a Mendoza despues del desastre de Cancha Rayada. Principia entónces para don Vicente Perez, a los once años, esa odisea que no habia de concluir sino en su edad madura. En Mendoza asiste como alumno armado del único colejio que habia en la ciudad, a formar escolta para la inmolation de los dos hermanos Carreras, cobardemente sacrificados en los dias de incertidumbre que trasearrieron entre aquel desastre i la siguiente victoria de Maipo.

Compréndese que los niños que crecian en medio de trastornos que conmovian profundamente las familias i la sociedad, se entregaran a juegos varoniles en consonancia con la fisonomía revuelta de esos tiempos. De regreso a Chile don Vicente, un dia que un almirante inglés de visita en su casa, lo oyó llamar incorregible por su madre, dando a esta palabra el alcance que tiene en el diccionario, tan diverso del usual i corriente con que entre nosotros se aplica a los niños, ofreció a la señora embarcarlo en su buque. Algun tiempo despues supo la pobre madre que el

hombre a quien habia confiado su hijo para formarlo para la carrera del mar, considerándole un deportado, lo habia arrojado en playa lejana e insalubre; pero que acogido jenerosamente por dos paisanos, esperaba recursos para la vuelta.

Restituido a su hogar, emprende nuevo viaje a Europa en compañía de un grupo de jóvenes de las primeras familias de Santiago, que aceptando los ofrecimientos de un capitán de buque frances, partieron en 1825 para ir a educarse en Paris.

Miéntras la América i la España se hacian cruda guerra para romper las cadenas que las ataban, los hombres ilustrados de España i de América fraternizaban en las nuevas ideas en que ambos continentes buscaban su rejeneracion. Don Manuel Silvela, español de los que se llamaron afrancesados, acogido a los dominios del Borbon de Francia, huyendo del despotismo del Borbon de la Península, habia abierto un colejio a cuyas aulas fueron a incorporarse el jóven Perez Rosales i sus compañeros. Silvela habia esparcido profusamente por todos los países de habla española el prospecto de su establecimiento, i a él acudieron a formar como una colonia estudiantil en el centro de la Europa, jóvenes peninsulares, chilenos, arjentinos, peruanos, colombianos, etc. A los ramos i al sistema de enseñanza, todo bien diverso por cierto de lo que acá se usaba, uníase la calidad personal de cada uno de los profesores que hacian de aquel centro, mas que un aula, una academia; daban ahí sus lecciones Maury, poeta tan elegante en español como en frances, a cuya lengua tradujo muchos poetas castellanos; Pinheiro Ferreira, tratadista de derecho internacional; Vallejo, cuyos testos de matemáticas han pasado por majistrales; Moratin, de quien puede decirse que fué el último clásico de España; i el mismo Silvela, juris-

consulto i literato de gusto, a quien se debe una antolojía de literatura española en su tiempo mui leida. Para completar la educacion que de tales maestros se recibia, estaba el gran teatro de Francia, i Paris, el centro de la Europa, que luego con una violenta sacudida iba a dar en tierra con la reaccion absolutista, un momento triunfante, para restaurar, en su curso las ideas nuevas.

Conoció entónces don Vicente Perez, tratándolos de cerca, entre otros americanos distinguidos que se hallaban en Europa con comisiones de sus gobiernos o náufragos ya de la primera etapa de la revolucion, a San Martin, a Egaña, a Irisarri, a García del Rio, a Santander, a Olmedo, a Bello, a Sarratea. Sobre el primero de ellos, sobre San Martin, hai una pájina en estos *Recuerdos* que nos permite ver expansivo por un momento al vencedor de Maipo. Al leerla la primera vez, nos preguntamos involuntariamente: ¿será verdad? Histórica es ya la reserva que usó San Martin miéntras tuvo mando, i la parsimonia con que despues hablaba de los sucesos en que habia intervenido. La entera franqueza de su jóven interlocutor debió sorprenderle i agradarle; i luego debe pensarse que los políticos reservados lo son cuando están en escena, con sus iguales que pueden sondearlos, no con los jóvenes que se les acercan a tributarles respeto, i éste era el caso de Perez Rosales con San Martin.

Es lástima que el escritor que hubiera podido referir otras anédoctas como aquella, que narra con tanta gracia i abandono sus recuerdos de la niñez, sus primeras impresiones de adolescente, a medida que avanza en su relato se sienta como arrastrado a compendiar, i con falsas apariencias de franqueza, nos

distraiga precisamente de los puntos adonde hubiéramos querido ser llevados.

A este período de su primera residencia en Europa, en que la persona del viajero se oculta pintando con rasgos jenerales la vida parisiense, corresponde una aventura romántica con la divina cantatriz Malibran, entónces en todo el esplendor de sus primeros triunfos, aventura de la que apénas si ha dejado indicios refiriendo un anecdota que él supo años mas tarde por el banquero Heine.

Despues de la revolucion de julio el viajero volvió a Chile. Jóven, bien parecido, con situacion social, con educacion europea, o mas propiamente parisiense, ¡cuántos no hubieran querido su situacion! Todo ello, sin embargo, no iba a ser sino incentivo en que se cebaria la mala suerte. El pais acababa de salir de la guerra civil, i bajo el poder de una reaccion vigorosa, pero cuyos buenos frutos solo mas tarde seria posible recojer, se entregaba al descanso de la política i a los afanes de la industria. La política nada ofrecia, i el petimetre se convirtió en campesino. Tambien la situacion en que encontró a su familia le impuso el trabajo como imprescindible deber. Su padre político don Felipe S. del Solar, acaudalado comerciante cuyo jiro se habia estendido desde Lima a Rio Janeiro, encontrábase desterrado i con su fortuna perdida. Hízose, pues, hacendado, i no obteniendo resultados, comerciante, i despues contrabandista por la cordillera, i despues minero, i despues empresario de teatros. Recorrió el norte i el sur de Chile; las pampas arjentinas, desde las punas de Jujui hasta las inmediaciones del Estrecho; atravesó el Pacífico i cruzó en seguida los campos auríferos de California i del Oregon, desde la Nevada hasta Mon-

terrei, i en todas partes la adversa suerte o le esquivaba el cuerpo, o él se empeñaba en encontrarla donde no habia de estar; porque es casi siempre la suerte una divinidad que nosotros fabricamos con nuestros propios errores para despues prosternarnos ante ella. Mas si don Vicente Perez se fabricó el ídolo, tuvo el mérito de no adorarle; verdad es tambien que aleccionado por su misma vida aventurera, lo que a otros hubiera quebrado, a él apénas lo doblaba, permitiéndole la rara ductilidad que al fin adquirió su carácter en los contrastes, eruirse a cada golpe con mas brío.

Los descubrimientos auríferos de California, abriendo un mercado que ántes no existia, fueron un golpe de varilla májica para nuestra agricultura i escaso comercio; mas los emigrados chilenos que aportaron allá en busca del codiciado vellocino, personalmente solo rezojieron desengaños i desdichas. Don Vicente Perez, despues de perder sus últimos recursos en un incendio de San Francisco, se apresuró a volver a Chile.

La suerte, que tantas veces lo habia desairado, parecia llamarle en ésta, pues llegaba a tiempo para dar a la esperiencia recojida en sus peregrinaciones de veinte años, esperiencia que de otro modo se hubiera perdido estérilmente, un empleo útil que redundara en provecho de su patria.

Buscando en él la tranquilidad de espíritu del hombre que vuelve del extranjero extraño a las pasiones del momento, el ministro del interior don Antonio Varas le ofreció la intendencia de Aconcagua, provincia que se encontraba ajitada por movimientos sediciosos en que se habia llegado hasta dar de cuchilladas al intendente, vecino pacífico de la misma localidad. Don Vicente Perez tenia aversion a la política, mayor aun a la

politiquería lugareña, que no otra cosa eran los movimientos igualitarios de San Felipe, i prefirió sobre esta intendencia, el empleo con título mas modesto, de ajente de la colonizacion del sur, para el cual fué nombrado el 11 de octubre de 1850.

Requeríase para plantear la colonizacion que iba a emprenderse, un hombre de mundo, de carácter flexible i de miras levantadas, que pudiera estender la vista sobre el estrecho horizonte en que las preocupaciones nacionales i relijiosas querian ahogar esa obra patriótica, concitándole todo jénero de tropiezos i dificultades. El ajente venció con su constancia todas las resistencias que se presentaron: allá, entre los antiguos vecinos de aquellos lugares, que se llamaban despojados de tierras que nunca habian ocupado; en el centro de la República, entre los propietarios que temian un alza de salarios; en el consejo de la Universidad, entre los sabios que temblaban porque el pais iba a ser escandalizado con la introduccion de disidentes. El Gobierno mismo llegó a temer que el sitio elejido para plantear la nueva poblacion, no fuese favorable a su futuro desarrollo pues un viajero tan autorizado como Fitz-Roy, habia calificado el lugar de Melipulli como una playa atroz donde escasamente hallaria el hombre civilizado donde asentar su planta.

No se pueden leer con indiferencia las pájinas de este libro en que su autor nos refiere las exploraciones que hizo en busca de campos donde instalar a los estranjeros a quienes se habia ofrecido una patria i se condenaba a ir a conquistar en los bosque impenetrables. Cuando desde las encumbradas faldas del volcan de Osorno descubrió la estensa laguna de Llanquihue reflejando en sus tranquilas aguas las cimas nevadas de la cordillera, i mas al sur i solo separado por una angosta faja de tierra cubier-

ta de vejetacion, el seno de Reloncaví, surcado por una que otra piragua, debió sentir las puras emociones de Balboa. Los griegos habrian hecho de aquellos tres colonos que, al ocuparse la boscosa playa donde hoi se levanta Puerto Montt, desaparecieron en la espesura, i cuyos restos solo fueron encontrados años mas tarde, tres víctimas inmoladas al dios de esas selvas seculares.

La colonizacion era profundamente antipática al pais, pues chocaba con todas sus tradiciones españolas i católicas; para ilustrarle, el ajente de colonizacion publicó una memoria en que discutió los puntos principales de la crítica; pero la opinion pública suele ser sorda como el que no quiere oír, i la opinion siguió durante mucho tiempo todavía mirando con desconfianza la instalacion de extranjeros i de disidentes en el extremo sur de la República. Fué preciso que trascurrieran treinta años i que los frutos recojidos de aquel primer ensayo de inmigracion hubieran excedido a las esperanzas concebidas por sus iniciadores, para que una nueva administracion reanudara el hilo roto de la inmigracion extranjera, como medio de entregar al dominio de la industria los territorios desiertos del sur.

Al cabo de seis años de incesantes fatigas i cuando el territorio de colonizacion habia adquirido ya la importancia de una provincia de la República, i su capital era por su cultura i comercio mas importante que muchas de las antiguas ciudades de Chile, don Vicente Perez partió para Europa con los títulos de ajente de colonizacion i cónsul de Chile en Hamburgo, (28 i 29 de marzo de 1855.)

En Alemania publicó un excelente libro descriptivo, el *Ensayo sobre Chile*, para dar a conocer este pais a los inmigran-

tes. La tarea de popularizar a Chile en un mundo donde apenas su nombre era conocido, i de hacerlo aceptable al proletario dispuesto a emigrar, era mayor de lo que a primera vista puede uno imaginarse. Fuele necesario responder por la prensa a frecuentes polémicas, suscitadas, o por otros agentes de colonizacion, o por algunos de los pocos alemanes que habian vuelto desencantados de no haber encontrado en los bosques del sur, sino tierras que solo rendian sus dones a los que los alcanzaban con su trabajo, i que querian en su despecho desacreditar a Chile i al agente ante sus paisanos. A un aleman que dijo que no se podia vivir en Valdivia porque llovía mucho i la jente se ahogaba en los pantanos de los caminos, le contestó: "ha hecho usted bien en volverse, pues allá no necesitamos hombres que se pegan en el barro." Su propaganda nos granjeó colonos, i en la alta sociedad, amigos i simpatías. Conversando con el baron de Humboldt, a quien ningun viajero ilustrado podia dispensarse de visitar en su residencia de Potsdam, el eminente sabio le manifestó que conocia la obra de Gay publicada a espensas del gobierno chileno; "pero lo que da la mejor idea de ese pais, añadió, es la fundacion de un observatorio astronomico para estudiar el cielo aun no explorado del hemisferio sur; la astronomía no es una ciencia popular, i cuando un gobierno sufraga los grandes costos que un observatorio demanda, es porque comprende lo que se debe a las ciencias."

Hecho ya el primer ensayo de colonizacion i miéntras el tiempo permitia recojer sus frutos, el agente en Alemania fué llamado a desempeñar la intendencia de Concepcion, para la cual se le nombró en 11 de diciembre de 1859. Poco despues de concluir la administracion Montt, don Vicente Perez volvió a la

vida privada. En esta ciudad conoció a una distinguida señora viuda i rica, que le dió su mano i su fortuna i en cuya compañía ha pasado sus últimos años. Fué senador por Llanquihue en el período de 1876 a 1881, i desde su fundacion miembro de la Sociedad de Fomento Fabril, que lo hizo su presidente. A los principios de la administracion Santa María publicó en *El Heraldo* de Santiago una serie de artículos, que merecen ser coleccionados, planteando de nuevo la olvidada cuestion de colonizar el sur, i en gran parte a esa iniciativa se debe que este gobierno haya dotado al pais de las colonias de vascos i de suizos que hoi ocupan el territorio que hasta ayer poseyeron los araucanos.

Don Vicente Perez murió en Santiago el 6 de setiembre de 1886, a los 79 años, 5 meses i 1 día de edad. Postrado su cuerpo por una parálisis, han sido necesarios largos dias de dolor i de agonía para que su espíritu le abandonara.

Tal ha sido su vida: llena en su primera mitad de incidentes, ora terribles, ora cómicos; útil despues, consagrada a una obra que lo coloca entre los hombres benéficos que ha tenido este país; i tranquila, holgada, rodeada de respetos al último, como en indemnizacion de aquellas peripecias i en premio de estos servicios.

La historia de esa vida en sus accidentes principales es el argumento de estos *Recuerdos*.

Conocimos a don Vicente Perez en sus últimos años, en esa edad en que los recuerdos son la mitad de la vida, i oyéndole con agrado sus reminiscencias, pues era conversador aménisimo, i tocándole nosotros siempre punto para que volviése a ellas, no fuimos poca parte para que al fin se resolviese a com-

pajinar los recuerdos de su infancia con sus apuntes de cartera de años posteriores, i nos diese este libro.

Hai en este libro un vacío sobre el cual le llamamos la atención, pero que él no se atrevió a llenar, vacío que sus mismas aventuras esplican de sobra.

¿Por qué el que cuenta tantas anécdotas i pinta tantas situaciones, no ha retratado a algunos de los hombres notables que conoció en su larga vida? El guijarro que el torrente arrastra de la montaña, abrupto i anguloso, rodando i rodando, llega por fin a depositarse en el lecho del rio, con las faces pulidas, variada su forma antigua, pero adaptado para seguir adelante si la corriente lo arrastra de nuevo. Don Vicente Perez habia rodado muchas tierras, habia conocido muchos hombres, i de sus largas peregrinaciones i trato de las jentes, aprendió a ser con todos benévolo i equitativo, i con esa prudencia, casi diríamos cobardía que se llega a adquirir en el comercio del mundo, temió emitir juicios que, pudiendo ser contestables, lo pusieran a él tambien bajo el análisis de la crítica.

El retrato del huaso Rodriguez, capitan del fuerte de San Rafael; los bosquejos del terrible San Bruno, del matemático Vallejo, i algunos otros, manifiestan cuanto hubiera ganado este libro con una galería mas numerosa. ¡Cuantos personajes de América i de Europa no habriamos visto desfilar, animados ante nosotros por su pluma colorista!

Para reparar en parte este que consideramos un defecto que le ha quitado valor al libro, vamos a insertar dos cartas, que casi son dos retratos, copiadas del legajo de su correspondencia.

Sea la primera una del celebrado arjentino don Domingo de Oro, especie de judío errante arrojado desde temprano a la emi-

gracion por las revoluciones de su patria, i naturaleza ricamente dotada que malgastó ochenta años encantando con su charla por donde quiera que pasaba, sin lograr jamas llegar a nada.

„Buenos Aires, 11 de agosto de 1879.

„Señor don Vicente Perez Rosales.

„Mi querido amigo: Espero que no ha de estrañar esta familiaridad de lenguaje por muchos que sean los años trascurridos desde que no nos vemos ni siquiera sabemos uno de otro. Los hombres de corazon suelen ser malos calculadores, i cuando se trata de sentimientos, lo primero que olvidan es los años. Hablo a Ud., pues, poniendo a un lado unos cuarenta años que me estorban. Estamos en 1835 sin anacronismo.

„En los periódicos he visto que Ud. asistió a una funcion pública, i apénas he llegado aquí, le escribo para dar expansion a la satisfaccion que me causa saber que existe, porque desconfiaba de ello. Le doi mil abrazos del fondo del alma.

„Ahora le pido que me dé noticias tan minuciosas como le sea posible de su pasado i su presente, así como de las personas que le tocan de cerca, i . . . le iba a agregar otra peticion, pero se la haré mas abajo.

„Como su curiosidad se ha de excitar algo a mi respecto, le diré que dentro de 50 dias tendré 79 años cumplidos; que estoy inválido i camino con dos bastones trabajosamente; que mi físico se está deshaciendo, la memoria (no la del corazon), la vista i el oido mal; el ánimo entero, i ni mi buen humor he perdido. Mal de fortuna, como siempre; pero no en miseria, porque mi

hijo, aunque pobre tambien, cuenta con que hemos cambiado de papeles. Porque yo no me doi por muerto, i en prueba de ello pronto me arrastraré al Chaco, que empieza a poblarse, i donde probablemente acabaré mis dias. Estoy satisfecho de mi hijo Antonio i de su familia, de todos mis deudos i de mis antiguos amigos que me son consecuentes.

„Mi habitacion es una especie de barbería por los cuadros i cuadritos que la llenan. La sola diferencia que hai es que todos los cuadros son retratos de vivos i muertos. Entre los últimos están Juan Espinosa, Rafael Valdes, Juan Godoi, Emigdio Salvigni, jeneral Las Heras. Para darle lugar entre los primeros quisiera el de Ud. ¿No me mandará Ud. una tarjeta? Su carta podría venir aquí dirigida al doctor don Tomas Sarmiento, a don Domingo id., al jeneral Mitre, que cualquiera de ellos me la encaminará. I por Mendoza, podría mandarse a don Tomas García.

„Me aseguran que vive don Manuel Portales. Es otra de las personas de ese país a quien tengo gratitud i amistad, porque me honró con la suya. Si Ud. lo trata, dele un abrazo cordial a mi nombre, añadiéndole cuantas espresiones afectuosas surjiere el corazon en tales casos. Tambien quisiera su retrato, i si fuera posible, el del histórico don Diego.

„Aquí concluyo, mi amigo. Le repito que me dé la satisfaccion de creer que para mis sentimientos de amistad a Ud., no han trascurrido los años que hace que los sucesos nos obligaron a perdernos de vista.

„Siempre suyo.

Domingo de Oro.»

Es la segunda de esas cartas, que copiamos de su orijinal sin traducirla, un billetito que lleva la firma de un banquero israelita de Hamburgo, primo hermano del gran poeta Enrique Heine; en una sola frase deja sospechar que la alta orijinalidad que en éste admiramos, no es tal vez sino la quinta esencia en él concentrada de las cualidades críticas de su familia i de su raza.

„Mon cher Monsieur:

„J'ai déjà vû votre livre au club, (*el Ensayo sobre Chile*) et je l'ai parcourû; mes remerciement sincères de votre bon souvenir.

„Je vous ai crû mauvais sujet et pas grand cerivain; on se trompe bien dans ce monde. Votre livre est très interessant, et je ne doute pas d'y trouver des passages amusantes.

„Me. Heine et moi se plaignent beacoup de ne pas vous voir.

„Votre devoué.

„C. Heine.

Monsieur Perez Rosales.

Deja don Vicente Perez, ademas de estos *Recuerdos* i de varios escritos sobre inmigracion i sobre agricultura, de los cuales en otra parte daremos noticia, una obra miscelánica titulada el *Diccionario del Entrometido*, del que solo publicó fragmentos i que nos proponemos en estos dias entregar por entero a la luz pública.

Los *Recuerdos del Pasado*, escritos así como lo han sido, al correr de la pluma i sin pretencion literaria alguna, son talvez el libro mas orijinal que hasta hoi ha producido la prensa chi-

lena, i por si solos harian vivir el nombre de su autor, si no tuviese títulos mejores al recuerdo de los chilenos. En homenaje a sus trabajos de colonizador, una de las nuevas poblaciones del sur deberia llevar el nombre de Perez Rosales.

LUIS MONTT

PROLOGO

DE LA TERCERA EDICION

Esta tercera edicion de los *Recuerdos del Pasado* no debe su existencia a la voluntad espresa de su autor, sino al oficioso i mui eficaz empeño de un jeneroso amigo para quien no hai cuesta arriba cuando se trata de hacer bien a sus semejantes.

Conociendo el señor don Nathaniel Miers-Cox el triste estado de angustiosa vida a que la pobreza tenia reducida a la Santa seccion de Caridad que tanto enalteció con su abnegacion i sus luces la digna *Madre Eulalia*, cuya reciente muerte asi lloran los amantes de las virtuosas prácticas como los desvalidos que reportan de ellas inmediatos frutos, no ha cesado un solo instante de arbitrar medios, mas o ménos ingeniosos, para acudir en ayuda de los humanos propósitos de tan digna corporacion, como se deduce del jeneroso paso que motiva la presente publicacion.

Oyó decir el señor Miers-Cox que mi opúsculo *Recuerdos del Pasado*, corregido i aumentado, iba a pasar por órden mia, así como mis demas manuscritos, a aumentar el número de aquellos que yacen olvidados en los estantes de la Biblioteca Nacional, i esta simple noticia, que por insignificante, ni rastros hubiera dejado en la mente de otro alguno, bastó para despertar en la del señor Miers-Cox la idea de utilizarla en obsequio de sus protejidas. Propúsose solicitar de mí el obsequio del manuscrito, correr con todos los gastos i las molestias de su impresion, i entregar la edicion a las benéficas madres para que la vendiesen, o para que en cambio de las limosnas que pidiesen, pudiesen

dar el modesto tributo de un ejemplar impreso santificado por el propósito con que se daba.

En verdad que al redactar los desaliñados apuntes que corren impresos con el nombre de *Recuerdos del Pasado*, ni por acaso atravesó mi mente aquello de que ellos pudiesen servir para mas calificado objeto que para manifestar, con la fuerza del ejemplo, el poder de la perseverancia, cuando luchando contra los ataques de la aviesa suerte, insiste el hombre en buscar el humano bienestar sin apartarse de los preceptos de la honradez ni desviarse de la senda del trabajo.

Cuando me hube impuesto del objeto de la visita con que me honraba el señor Miers-Cox, no pude ménos de espresar a este excelente amigo mi repugnancia a acceder a sus benévolos deseos; no porque yo creyese inoportuno su propósito, sino por la poca importancia del juguete literario que se me pedia para alcanzar tan noble fin. Fueron, sin embargo, tal la exigencia del jeneroso solicitantes, i tales las razones que supo darme aquel recto corazon siempre dispuesto al planteo o al fomento de toda patria institucion que, entrañando el santo principio de la caridad cristiana, tiende a mejorar la condicion del menesteroso que si el señor Miers-Cox ha creído que cumplia con su deber exijiendo lo que de mí exijia, yo creo haber cumplido con el mio, despues de resistirme, cediendo a sus solícitos deseos.

Ve pues, de nuevo, la luz pública esta edicion de los *Recuerdos del Pasado*, sino mui mejorada por el crecido aumento de su primitivo contenido, por lo ménos mui purgada de los empachosos errores que nacen i corren sin freno en los boletines de los diarios.

Publicada la primera edicion en las columnas del diario *La Epoca* de la capital, cuando el autor se encontraba a la sazón ausente, fueron tantos los falsos testimonios con que la impericia del corrector agravó los que levantaron al manuscrito los atropellados cajistas, que bastaria esto solo para imponer silencio i taciturnidad al mas atrevido escritor, sino ofrecieran socorrerle, como sucede ahora, mas atrevidos editores. Con todos

estos errores apareció la segunda edicion que fué tirada por separado sobre aquella composicion.

Cierto es que puede tolerarse que un cajista haga decir a un desventurado escritor, *blancura* por *llanura*, *terneros* por *torreones*, *tumultos* por *túmulos*, etc., etc., pero en manera alguna que se dejen correr hasta contradicciones, como ser, *tímido* por *temido*, *no se podia* por *podia*, *desconocidos* por *conocidos*, *desairado* por *airado*; etc., etc., i basta, porque reproducir cada uno de estos descuidos, amen de correcciones de palabras i aun de fechas, seria reproducir la obra entera.

De desear es, ahora, que el jeneroso propósito del señor don Nathaniel Miers-Cox se cumpla en toda la estension de sus deseos, i creo que se cumplirá por poco valioso que sea el regalo; porque si es cierto lo que sienta el inmortal Cervantes en su Quijote: "que no hai libro tan malo que no tenga alguna cosa buena," por malo que sea el de los *Recuerdos del Pasado*, siempre tendrá de bueno, el objeto a que le destina el jeneroso desprendimiento del señor Miers-Cox, i el nombre de la santa corporacion que le sirve de Mecenas.

20 de agosto de 1886.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICION

La palabra que estas líneas encabeza no siempre tiene el verdadero significado que se le atribuye, pues que siendo las mas veces el prólogo obra posterior i no anterior a los escritos que encamina, mas le cuadraria el nombre de postfacio que el de prefacio, que es precisamente lo que ahora acontece respecto a los *Recuerdos del Pasado* contenidos en la presente publicacion.

Como mis amigos, al oirme referir algunos rasgos de mi andariega i no siempre afortunada vida, me han espresado deseos de verlos escritos de mi puño i letra, sin sospechar siquiera que ya lo estuviesen en algunas revistas periódicas, bien que bajo el velo de pura invencion o de amena literatura, he creido complacerles reuniendo en un solo cuerpo las pocas memorias que me

ha sido dado recojer, asignando a cada una de ellas su verdadero significado i la colocacion cronolójica que en el curso de mi vida les corresponde.

No se crea, sin embargo, que al aclarar este misterio, entrego impávido a la publicacion la vida estéril de un simple individuo; porque al escribir las aisladas memorias que ahora recopiló, no solo tuve en mira combatir errores i reirme de ridiculeces propias i ajenas, para desterrarlas de mi patria, sino tambien consignar, en calidad de testigo presencial, lo que éramos, para mejor valorizar lo que somos, i lo que pudiéramos ser, si hubiésemos sido ménos remisos en seguir ejemplos dignos de ser imitados.

Da pruebas de estos últimos propósitos lo escrito sobre la colonizacion, i lo ratifica mi viaje a California, que dí a luz con el solo objeto de exhibir ante los ojos de mis paisanos los portentosos progresos materiales e intelectuales que alcanza siempre la libre iniciativa individual, cuando al firme propósito de adquirir aquello que se desea, se agrega la conviccion yankee: que el verdadero capital en el mundo es la juiciosa aplicacion *of bone and muscle*.

Testigo siempre, i muchas veces actor, bosquejo los hechos que relato ajustándome a la forma i colorido que tenian cuando se exhibieron a mi vista; i si ahora, mui a pesar mio, i con el solo objeto de dar mas unidad a este lijero juguete, se me ve emplear con frecuencia el antipático yo individual, es porque no pueden escribirse, escluyéndolo, recuerdos presenciales,

No encontrarán mis amigos en este opúsculo, ni acontecimientos completos, ni igualdad en el estilo en que se narran, porque en el viaje de la vida, los hechos presenciales solo pueden tener la hilacion de continuidad que la fecha en que ocurrieron les asigna, ni tampoco puede haber estilo igual i sostenido, porque entre lo serio i lo ridículo, entre el llanto i la alegría a que están sometidos los humanos acontecimientos, no cabe muchas veces transicion.

Santiago, 20 de abril de 1882.

RECUERDOS DEL PASADO

CAPITULO I

De cómo el Santiago del año de 1814 al de 22 no alcanza a ser ni la sombra del Santiago de 1860.

¿Qué era Santiago en 1814? ¿Qué era entonces esta ciudad de tan aventajada estatura hoi, para su corta edad, i que a las pretensiones mas o ménos fundadas de gran pueblo, renne aun las pequeñeces propias de la aldea?

Santiago de 1814 para sus felices hijos un encanto, era para el recién llegado extranjero, salvo el cielo encantado de Chile i el imponente aspecto de los Andes, una apartada i triste poblacion, cuyos bajos i macrotados edificios, bien que alineados sobre rectas calles, carecian hasta de sabor arquitectónico. Contribuía a disminuir el precio de esta joya del titulado Reino de Chile, hasta su inmundo engaste, porque, si bien se alzaba sobre la fértil planicie del Mapocho, limitaba su estension, al Norte el basural del Mapocho; al Sur el basural de la Cañada; al Oriente el basural del recuesto del Santa Lucía, i el de San Miguel i San Pablo al Occidente.

Si la orla de Santiago era basura, ¿qué nombre podria cuadrar a los campos que arrancaban de ella, vista la indole apática i satisfecha de sus ceremoniosos hijos?

Solo el valle oriental del pueblo, merced a las aguas del Manzanares chileno i a las de los cristalinos arroyos que surjen de los primeros escalones de los Andes, era un verdadero jardin comparado con los yermos campos que se estendian al Norte, al Oriente i al Sur de nuestra capital.

El Llano de Maipo, verdadera hornaza donde el sol estival caldeaba sin contrapeso el sediento pedrero, solo ostentaba en vez de árboles, descoloridos romeros, i en vez de pastos el fugaz *Pelo de raton*. Allí, segun el poético decir de nuestros *huasos*, ni el canto de las diucas se escuchaba.

¡Quién al contemplar la satisfecha sorna de nuestro modo material de hilar la vida, hubiera podido adivinar entónces, que andando el tiempo, esos inútiles eriazos visitados por vez primera el año 20 por el turbio Maipo, época en que este rio unió parte de su fecundo caudal con las escasas i siempre disputadas aguas del Mapocho, habian de ser los mismos por donde ahora brama i corre la locomotora al traves de las frescos arboledos que circundan mil valiosas heredades rústicas, en cada una de las cuales la industria, el arte i las comodidades de la vida parece que hubiesen encontrado su natural asiento! ¿Quién hubiera imaginado que aquellos inmundos ranchos que acrecian la ciudad tras del basural de la antigua Cañada, se habian de convertir en parques, en suntuosas i rejias residencias, i lo que es mas, que el mismo basural se habia de tornar en Alameda de Delicias, paseo que sin ruborizarse, puede envidiarnos para sí, la mas pintada ciudad de la culta Europa? Milagros todos, hijos lejitimos de nuestro inmortal 12 de febrero de 1818, época en la que rota definitivamente la valla que se alzaba entre nosotros i el resto del mundo civilizado, nos resolvimos a campear por nuestra propia i voluntaria cuenta.

Pero no anticipemos.

Santiago, que veinticuatro años despues de la época a que me refiero, solo contaba con 46,000 habitantes, visto desde la altura del Santa Lucía, parecia, por sus muchos arbolados, una aldea compuesta de casas quintas alineadas a uno i otro lado de calles cuyas estrechas veredas invadian con frecuencia ya estribos salientes de templos i de conventos, ya pilastrones de casas mas o ménos pretenciosas de vecinos acaudalados; cosa que no debe causar maravilla, porque la Iglesia i la Riqueza nunca olvidan sus tendencias invasoras.

Nuestra capital solo contaba con una recoba i con una sola plaza mayor, en la cual se encontraban, junto con las mejores tiendas de comercio, la catedral, un convento de monjas, la residencia de las autoridades, el cabildo, i la inexorable cárcel pública que, a usanza de todos los pueblos de orijen español, ostentaba su adusta reja de fierro i las percas manos de los reos que, asidos a ella, daban audiencia a sus

cuotidianos visitantes. Era cosa comun ver todas las mañanas tendidos, al lado de afuera de la arquería de este triste edificio, uno o dos cadáveres ensangrentados, allí espuestos por la policía para que fuesen reconocidos por sus respectivos deudos.

Desde la puerta de la cárcel, i formando calle con la que ahora llamamos del Estado, se veia alineada una fila de burdos casuchos de madera i de descuidados toldos, que con el nombre de baratillos, hacian, entónces, las veces de las graciosas i limpias tiendecillas que adornan ahora las bases de las columnas del portal Fernandez Concha. Tras de aquellos repugnantes tendejones se ostentaba un mundo de canastos llenos de mui poco fragantes zapatos ababuchados, que esperaban allí la venida de los sábados para proveer de calzado a los hijos de las primeras familias de la metrópoli, porque parecia de ordenanza que a esos jovenitos solo debia durar una semana un par de zapatos de a cuatro reales el par.

En vez del actual portal Fernandez Concha, existia una baja i oscura arquería donde estaban colocadas las tiendas de mas lujo, verdaderos depósitos de abastos, en los cuales encontraba el comprador, colocados en la forma mas democrática, ricos jéneros de la China, brocados, lamas de oro, *gafetas*, zarazas, lozas i cristales, cuentas para rosarios, chaquiras, juguets para niños, cuadros de santos, coheteitos de la China, azúcar, chocolate, yerba, quincalla, i cuanto Dios crió, alumbrado de noche con velones de puro sebo colocados en candeleros de no ménos puro cobre, con su obligado séquito de platillos de despaviladeras i de chorreras de sebo.

En medio de aquella plaza, que asi servia para las procesiones i para las corridas de toros, como para el lucimiento de las milicias, se veia un enorme pilon de bronce rodeado siempre de aguadores que, despues de llenar con mates (*calabazos*) los barriles de sus cabalgaduras, proveian de agua potable la poblacion; i a uno i a otro lado, con frecuencia una o dos horcas para los ajusticiados, sin que su tétrica presencia desterrase ni por un instante de aquella aristocrática plaza, la fatidica i permanente estaca que llamaban Rollo.

Valdivia ni soñó siquiera con la probable altura que, con el tiempo, debian alcanzar las casas de la capital cuando su recto trazado ejecutaba, puesto que sus calles, de regular anchura para casas de un solo piso, ya son angostas para casas de dos, i bastaria un piso mas para que quedasen condenadas a perpetua sombra.

Gozaban las casas de patios, de corrales i de jardines; todas ostentaban, por entrada, enormes portones, en cuyas robustas manos incian filas de abultados pernos de cobre para aumentar su solidez; i a ninguna de aquellas que pertenecian a magnates hacia falta, a guisa de adorno coronando el porton, un empingorotado mojinete triangular, en cuyo centro se veian esculpidas las armas que acreditaban la nobleza de sus respectivos dueños.

Todavía el lujo extranjero ni pensaba invadirnos; así es que los salones de nuestros ricos-homes solo ostentaban lujo chileno: en vez de empapelado, blanqueo; en vez de alfombras de tripe cortado, estera de la India o alfombra hechiza que ocupaba solo el centro del salon, i dejaba franco los lados de la pared para los asientos, cuya colocacion concordaba con las rijidas apariencias morales propias de aquel entónces; porque los destinados a las señoras se colocaban siempre en el costado opuesto a aquel donde solo debia sentarse el sexo masculino. Dedúcese de esta poco estratéjica colocacion para las amorosas batallas, la mutua angustia de los enamorados, aunque es fama que ellos se desquitaban despues, ya por entre las rejas de las ventanas que daban a la calle, ya por sobre las bardas de las paredes de los corrales. Por lo demas, mesas de madera con embutidos de lo mismo, junto con sus blandones de maciza plata, ostentaban imájenes relijiosas, pastillas adornadas del Perú, pavos de filigrana de plata, i mates, manserinas, zahumadores i pebeteros del mismo metal. El adorno de las paredes se reducía a uno o dos espejos con marcos de recortes de espejitos artísticamente acomodados, uno que otro cuadro del santo de la devocion de la familia, i tal cual espantable retraton de algun titulado antecesor hecho por el estilo del buen Jusefus Jil. El alumbrado de todo el retablo se hacia con velones de sebo, i en los inviernos se templaba el aire del salon con brasas de carbon de espino colocadas en un poderoso brasero de plata maciza con su guapa tarima en medio del aposento.

Las familias ménos acomodadas ostentaban en sus salas de recibo el mismo lujo que las ricas; pero en menor escala, porque, salvo la presencia del piano forte, mui escasa entónces, o la del clave, instrumentos que el pobre suplía con la guitarra arrimada a la pared, i la de la alfombra entera, que el pobre suplía tambien con una tira de jergon colocada sobre una tarima bajo la cual se sentía el retozo de algunos *cuisitos*: ver una sala de recibo bastaba para poder dar a las demas por vistas.

No sucedía lo mismo con el lujo exterior, cuyo simbolo principal era la calesa, pues semejante carruaje solo por nobles era usado. Este espantable vehículo, con ruedas por detras, con una fila de clavos jemales enhiestos en la tabla que les servia de union, para evitar que los niños de la calle aumentasen con su peso, el abrumador del armatoste, con sopandas de cuero, con yantas a pedacitos sujetas en las camas con monstruosas estoperoles, era para la jente acomodada arca de Noé tirada por una sola mula, sobre la cual, para mayor abundamiento, se rellenaba el auriga, zambo gordo con su correspondiente poncho i sombrero guarapon.

Las calles que atravesaba dando coscorrones este dijestivo vehiculo, en vez de convexas, eran cóncavas, i por su centro, orillado de pedrones, corrian regueros del Mapocho.

No carecia de chiste lo que llamaban alumbrado público. Consistia éste en un farol que la policia obligaba a costear a cada uno de los vecinos del buen Santiago, para que, colgado en el umbral de la puerta de la calle, alumbrase con una velita de sebo, algo siquiera de las solitarias calles, en las primeras horas de la noche. Mas, como la policia no fijaba ni la clase de farol, ni el tamaño de la vela, faroles de papel i agonizantes i corridos cabitos de sebo, lanzaban desde muchas puertas una mezquina i opaca luz sobre las no mui limpias veredas que tenian al frente, i digo no mui limpias, porque, si medio siglo despues, aquellas garitas de aseo que bautizó el pueblo con el nombre de *Chaurinas*, no fueron aceptadas, dejo al lector deducir lo que seria el tal aseo medio siglo ántes. Así es que para evitar indecentes encuentros, las damas que salian a visitar de noche, iban siempre precedidas de un sirviente que, armado de un garrote i provisto de un farol, se detenia a cada momento, ya para alumbrar el pasaje de las acequias, que corrian a cara descubierta por el medio de las calles derechas, ya para hacer lo mismo en el de las subterráneas de las atravesadas, cuyos desbordes que llamaban tacos, inundaban con asquerosas avenidas trechos estensos de la vía pública.

Pero no se crea que porque hablamos de garrotes i de farolitos, pretendemos sentar que la capital del Reino de Chile carecia entónces de policia nocturna de seguridad; porque esa policia existia i con el curioso nombre de *Serenia*, así como sus soldados con el de *serenos*; si bien hasta ahora nadie ha podido adivinar si este nombre proviene del sereno que cojia el guardian en las noches claras, o bien de la serenidad

con que aguantaba los aguaceros en las noches turbias. El sereno a su privativa obligacion reunia la de asustar al Diablo i la de ser el reloj i el barómetro ambulantes del pueblo. Oíanse a cada rato, en las silenciosas horas de la noche, los desapacibles berridos de estos guardianes, quienes tras un destemplado i estrepitoso ¡*Ave Maria Purisima!* gritaban la hora que sonaba el histórico reloj del templo de la Compañía, i en seguida el estado atmosférico.

Un día, despues de recorrer las casas del barrio, entró en la de mis padres, con gran séquito de muchachos i de curiosos, una bandeja que, bajo una añascada servilleta, ocultaba en su centro un misterioso bulto. ¿Qué podria ser aquello? ¿Por qué se daban tanta prisa en santiguarse las beatas al aproximarse a la bandeja? ¡Qué otra cosa habia de ser sino que allí estaba en cuerpo i alma el mismísimo zapato del Diablo, con sus clavos gastados, su talon caído i su azufrado aliento! Decia la crónica de entónces, que la noche anterior, al atravesar el Diablo la plazuela de la Compañía, caballero sobre otro diablo introducido en una yegua, tuvo tal susto al oír un inspirado ¡*Ave Maria!* que le disparó un Sereno al cantar la hora, que sobrecojido perdió los estribos, i que al volar maldiciendo i dándose asimismo calle abajo, se le habia caído aquel zapato.

Exhibiciones que tan a lo vivo como ésta, manifestaban el estado de inocente credulidad en que nuestro pueblo se encontraba en la época colonial, no eran escasas; pues yo recuerdo haber visto despues de la batalla de Chacabuco, otra bandeja igualmente andariega i misteriosa, en la cual, en vez de un sucio chancleton, se veia un celemin de colitas de marrano, que pasaban por apéndices tracersos, cortados por nuestros soldados en el fragor de aquélla refriega, a los Sarracenos, nombre que tambien se daba entónces a los militares peninsulares.

Pero, si es cierto que Santiago no gozaba de aquellas regalos ni de aquellas comodidades que constituyen lo que los ingleses llaman *comfortable*, tambien lo es que a medida que hemos ido entrando en ellas, hemos ido perdiendo aquella manifiesta i leal confraternidad, aquella envidiable franqueza que desplegaban los dueños de casa para con las familias amigas o desconocidas que venian de otro barrio a avecindarse en el suyo; pues al recado de felicitacion se unia siempre el ofrecimiento de la paila i de la jeringa. Esta confraternidad subia de punto para con los deudos i convidados, sobre todo a la hora de comer. La dueña de casa, a poco de principar la comida, buscaba solícita en su propio

plato o en el de aceitunas, que nunca hacia falta en la mesa, un apetitoso bocado, i elevándolo con su propio tenedor, se lo ofrecia con gracioso ademan al convidado, quien, haciendo con presteza otro tanto con su tenedor, devolvía a la dama la fineza con un cortes saludo. Cuando se servia algun guiso o alguna notable confeccion culinaria, al momento el dueño de casa se acordaba de aquel de sus amigos o parientes que mas gustaba de este bocado, i en el acto, colocado en una fuente con tapa, un buen trozo del apetitoso manjar, cubierto todo con una añascada i limpia servilleta, caminaba para la casa del favorecido. Pero esto nada era en comparacion del recado que acompañaba el obsequio, recado que era, es, i será mientras vivan hombres en el mundo, la quinta esencia de todas las finezas habidas i por haber. Decia así: «mando a usted ese bocado, *porque me estaba gustando.*» Ese *me estaba gustando*, que tan poco se usa en el día en parte alguna, por lo difícil que es al hombre traducir en hechos su significado, se usaba entónces en Chile; i a fe que si el buen Victor Hugo le cojiese a mano, si para traducir el sentido de la porquería que dijo el irritado Cambrone empleó pájinas enteras, para el *me estaba gustando*, escribiría tres tomos.

El bello sexo santiaguense del año 14 merecia, sin ser tan artificioso en su atavío como lo es el del día, el nombre de bello que siempre le ha asentado.

El adorno de la cabeza se reducía, en vez de sombrero europeo, al propio e incomparable cabello de la mujer chilena, a la airosa mantilla, i a tal cual flor recién cojida del jardín. Las niñas lucían simples trenzas i solo *levantaban moño* cuando se casaban. Lo que es polvo de arros, velutina, brillantina i cuantas trampas terminan en ina, no se merecían en aquella época; pero a trueque de todas ellas, nunca dejó de oirse a todas horas en las calles de Santiago la voz chillona de una vieja que de puerta en puerta repetía: *¡Oblea! Pajuela! Soliman crudo!* Era lo primero unas hostias mal hechas de las cuales cortaba con tijera, el que escribía, cuadros para pegar el cierro de sus cartas; lo segundo, mechas de algodón azufradas que desempeñaban las funciones de los fósforos del día; i lo tercero, el precursor obligado de todos los afeites femeninos.

La palidez i las ojeras, solo indicaban entónces enfermedades, calaveradas o malas noches, i nunca la echaron de cebo para atraer enamorados, ni de galas de hermosura, como sucedió despues. Merced a la sencillez i a la limpieza del vestido corto, nunca profanado por la tierra

i las innundicias de la calle, lucia en todas partes la airosa santiagueña uno de sus mas inocentes i poderosos atractivos, aquel pulido i bien calzado pié que nunca deja de admirar la raza sajona cuando visita las rejiones meridionales; asi es que ni en la mente mas estravagante pudo detenerse entónces la estrafalaria idea que algun dia llegase la mujer chilena, por espíritu de imitacion, a ocultar su pié bajo los polvorosos pliegues de una asquerosa escoba de barrer calles, que no es otra cosa el traje rico i arrastrado que ahora llevan. Ocurriósele en aquél tiempo a una bisoja, pero elegante i acaudalada moza española, encubrir su defectuoso mirar echándose al descuido i con cuidado sobre el ojo izquierdo un crespo de sus preciosos cabellos, i las chilenas encubrieran uno de sus dos luceros, por entrar en la moda. Quiso una barrigona embarazada dar a sus dos contrapuestas prominencias una forma mas aceptable, i se caló el guarda infante, que acabó por erinolina, i las doncellas chilenas, sin tener infantiles que guardar, se plantaron tambien su guarda infante. A otra vieja francesa, por encubrir las arrugas de su frente, se le ocurrió desparramar sobre aquel eriazó un borbollon de crespos postizos, i las chilenas ocultaron i siguen ocultando su hermosa i tersa frente, con esos estravagantes apéndices que solo pueden caer bien a las viejas i a los caballos. Pero consolémonos, pues todas estas trampillas no alcanzan solo a la mujer chilena, porque son importadas.

Embrionaria por demas era la educacion escolar en aquel pasado tiempo; la que se daba a la mujer se reducía a leer, a escribir i a rezar; la del hombre que no aspiraba ni a la iglesia ni a la toga, a leer con sonsonete, a escribir sin gramática, i a saber de saltado la tabla de multiplicar, con aquello de *fuera de los nueve*. Olvidábaseme decir que el alfabeto tenia una letra mas de las que ahora tiene, la cruz de Malta, que precedía a la letra A, i que se llamaba Kristus.

Nuestras escuelas de hombres, donde concurríamos niñitos hasta de 17 años de edad, todos de chaquetas i mal traídos, no por falta de recursos, sino por sobrado desastrosos, apesar del látigo i del mango del plumero manejados con bastante destreza por nuestros graves antecesores, se reducían a un largo salon partido de por medio por una mesa angosta que dividía a los educandos en dos bandas, para que pudiesen mejor disputarse la palma del saber. Uno de los costados de la mesa llevaba el nombre de Roma, el otro el de Cartago; i un cuadro simbólico representando la cabeza de un borrico, de cuyo hocico colgaba un

látigo i una palmeta, era por su mudable colocacion el castigo del vencido o el premio del vencedor.

El profesor o *domine*, quien, como todos los de su especie entónces, podía llamarse don Tremendo, ocupando en alto una de las cabecera del salon, ostentaba sobre la mesa que tenia por delante, al lado de algunas muestras de escritura i de tal cual garabeatado *Caton*, una morruda palmeta con su correspondiente látigo, verdaderos propulsores de la instruccion i del saber humano en una época en que se encontraba sumo chiste i mucha verdad al dicho brutal: *La letra con sangre entra*.

En cuanto a la educacion superior, peor es meneallo, porque todo lo aprendiamos en latin, para mayor claridad. Del estudio especial del idioma español, ¿para que hablar? ni ¿quién podía perder tiempo en ponerse a estudiar un idioma que todos naciamos hablando? Como diz que se espresó, por mal de sus pecados, el buen don Juan Egaña cuando se le consultó si el estudio de la gramática castellana deberia o nó entrar a formar parté de los ramos especiales que se enseñaban en nuestros colejios. I ya que el acaso me ha hecho topar con la gramática de la academia española, no está demas que sepan nuestros sabios del dia, que en 1814 ni vislumbre siquiera existia en Chile de semejante mueble. En las conversaciones que el acaso me proporcionaba tener con el distinguido patriota i sabio jurisconsulto don Gabriel Palma sobre la educacion que se daba en Chile a la juventud en aquella época, me aseguró, i este dato fué ratificado despues por los viejos jenerales Lastra i Pinto, que en 1815, siendo él profesor de latinidad en el Seminario, enseñaba a hurtadillas i como por mero adorno suplemental a sus manteistas, algunas reglas de hablar i de escribir en castellano, porque nadie se hubiera entónces atrevido a enseñar en público semejante bagatela. No habia en parte alguna ni gramáticas ni diccionarios puramente españoles, porque estas dos bases fundamentales de nuestro idioma solo comenzaron a verse entre nosotros i en mui contado número a principios del año de 1817.

Nadie podrá disputar con justicia a Palma la gloria de haber sido el primer profesor de gramática castellana en Chile, ni al jeneral don Francisco Antonio Pinto la de haber hecho terciar, por primera vez, al gobierno patrio en esta mejora de la pública instruccion, al ordenar, como ministro del interior el año de 1825, que se tuviese el estudio especial de la gramática castellana como parte integrante de los del

Instituto. Pero no quiero anticiparme, para no destruir la hilacion que me imponen las fechas.

La *cimarría*, sustantivo chileno derivado del adjetivo cimarrón, fué seguramente inventada para los niños de mi tiempo. Concurriamos temprano a las escuelas, i por poco que tardase en abrir el profesor, nos llamábamos a huelga, i sin mas esperar, nos marchábamos al río a provocar a los chimberos para decidir quién quedaria dueño aquel día del puente de palo. En él i bajo de él, porque el río iba casi siempre en seco, nos zamarreábamos a punta de pedradas i de puñetes hasta la hora de regresar a nuestras casas, lleno el cuerpo de moretones, i la cabeza de disculpas, para evitar las consecuencias del enojo paterno, aunque siempre en vano, porque el palo del plumero nunca dejaba de quitarnos de las costillas el poco polvo que nos habian dejado en ellas los mojicones.

Cuando recuerdo que hombrecitos de 14 a 16 años andábamos todas las siestas, a hurto de nuestros padres, corriendo por tejados i desvanes pesa en mano, para apoderarnos de los *volantines* ajenos; cuando recuerdo cuánto afán costaba a nuestros padres, despues de hacernos *saludar a la jente*, el conseguir que permaneciésemos algunos momentos en la sala de recibo, i veo que los niños del día, no solo acuden a saludar sin ser llamados, sino que ni siquiera nos dejan hablar por quererse meter a jentes ántes de tiempo; cuando recuerdo que considerábamos perdido el día domingo que no habia sido empleado en correr a caballo, en enlazar, en buscar camorras, en trepar sobre los árboles, en rompernos la ropa, en embarrarnos i hasta en estender cuerda de vereda a vereda para levantar perros a la pasada; i veo ahora que juéves i domingo, se inunda de pequeños i satisfechos estudiantes nuestro principal paseo; que cada uno de ellos en los días comunes anda mejor traído que lo que andábamos nosotros en los días festivos; que a ninguno le falta baston en vez de llevar pañuelo, pues mas necesidad tienen las narices de éste, que sus infantiles piés del primero; que en todas partes se adelantan a ocupar los sofás de preferencia, sin cuidarse de cederlos a las señoras; que cuando andan juntos no se oye mas voz que la de ellos, i que cuando solos, parece por su afectada gravedad que, puesta la mente en alguna Dulcinea, anduviesen en pos de consonantes para una endecha amorosa; cuando les oigo mui orondos meter su cuchara de pan en los puntos mas delicados del derecho, en lo mas intrincado de las cuestiones relijiosas en la inconstancia de las mujeres, i hasta en el

hastío que les causan los desengaños de la vida; de veras que me siento humillado por mis antecedentes. La altura a que han llegado nuestros niños en el día, solo puede igualarse en tamaño con la hondura del abismo en que se crearon los niños de mi tiempo.

Tambien gozaban de especial sabor las diversiones públicas de aquel Santiago del recién proscrito faldellín. Las carreras de la Pampilla i del Llanito de Portales, eran los lugares donde a campo abierto i sin tribuna alguna, nobles i plebeyos acudían encaramados sobre toneladas de pellejos liguanos a disputar el premio, ya de la velocidad o ya del poderoso empuje del pecho de los caballos, diversion que, estimulada por la bebida i el canto, solía lucir por obligado postre, amen de algunas costaladas, tal cual descomedida puñalada. No ménos democráticos que las carreras, los burdos asientos del Reñidero de Gallos colocaban hombro con hombro al Marqués i al Pollero, sin que ninguna de estas dos opuestas entidades, entusiasmadas por el ruido de las apuestas i el revuelo de los gallos, se curase de averiguar la supuesta o la real importancia de su vecino. Las corridas de toros, las de gallardas cañas, se alternaban con las festividades religiosas de dentro i de fuera de los templos. Los días de los Santos de hombres ricos, la escasa música de la guarnicion de la Plaza, recorria solícita las calles i tocaba en los patios de las casas de los pudientes que enteraban año. El ceremonioso contoneo, la balonilla, el calzon corto i la hebilla de oro, ordinarios acólitos de los Besamanos, contrastaban con los repiques de campanas i con los voladores i las temidas *viejas* que atronaban el aire cuando el natalicio del Rei o cuando la entrada de un nuevo Gobernador i Capitan Jeneral del Reino de Chile. Las visitas a los retablos de los Nacimientos i las *comisiones*, esas batallas aéreas de *volantines* contra estrellas hasta de cien pliegos de papel de magnitud, cuyas caídas i enredos de cordeles, alborotaban a los dueños de casa, se llevaban las tejas por delante i ocasionaban en las calles *chañaduras* i muchas veces navajazos i bofetadas; todas estas diversiones, inclusa aquella de sacar reos de la cárcel para matar a garrotazos perros en las calles, daban golpe i materia de variada conversacion en el feliz Santiago.

Lo que es teatro poco o nada se estilaba; porque todavía los Titeres, verdaderos precursores del teatro, cuasi ocupaban por entero su lugar, así es que mui de tarde en tarde hacian olvidar los chistes del antiguo *Josesito*, hoi *Don Pascual*, algunos espantables comediones o sainetes

que, con el nombre de *Autos Sacramentales*, solian representarse en los conventos.

Siempre entraban en estas composiciones religiosas, muy celebradas entonces, su San Pedro, su San Miguel con aquello de

Yo soi el ángel que vengo
De la celestial esfera
Mandado del mismo Dios
Para hacerte cruda guerra;

el Rei moro, el Diablo, el gracioso, la criada respondona, i quantos otros disparates podia personificar el mal gusto.

Concordaban a lo vizcaino los trajes con las personas que debian caracterizar, i solo faltó para su incuestionable perfeccion, que algun roto saliera haciendo de Julio César con botas granaderas i su guapa chapa de pedreñales en la cintura.

Puede calcularse cuán en mantillas estaría el teatro el año catorce por lo que era el año de veinte, i esto que tenia por padre i por sostenedor a un hombre tan activo, tan intelijente i patriota como lo era don Domingo Arteaga, sin cuyo celo quién sabe cuánto tiempo mas hubiéramos tenido que pasar contentándonos con simples teatros como el de la *chingana* de ña Borja! A este activísimo empresario debemos la ereccion del primer teatro chileno, fundado el año 18 en la calle de las Ramadas, trasladado el año 19 a la de la Catedral, i colocado de firme el año de 20 en la antigua plazuela de la Compañía, hoi plaza de O'Higgins.

Como la moralidad de las representaciones teatrales era cuestionada por los rancios partidarios del Rei, los Patriotas, convirtiendo el teatro en arma de combate, despues de escribir con gordas letras en el telon de boca estos dos versos de don Bernardo de Vera:

Hé aquí el espejo de virtud i vicio,
Miraos en él i pronunciad el juicio,

establecieron como regla fija que el teatro se abriera siempre con la cancion nacional, versos del mismo Vera i música del violinista don Manuel Robles, i que solo se representaran en él, con preferencia a otros dramas, aquellos que, como *Roma libre*, tuviesen mas relacion con la situacion política en que el país se encontraba.

Como quiera que fuese, en el teatro ni actores ni espectadores se daban cuenta del papel que a cada uno correspondia. En el simulacro de las batallas, los de afuera animaban a los del proscenio; en el baile, los de afuera tamboreaban el compas, i si alguno hacia de escondido, i otro parecia que le buscaba inútilmente, nunca faltaba quien le ayudase desde la platea diciendo *bajo la mesa está*. Recuerdo dos hechos caracteristicos. Fué una vez pifiada aquella afamada cómica Lucía, que era la mejor que teniamos, i ella en cambio i con la mayor desenvoltura, increpó al público lanzándole con desdeñoso ademan la palabra mas puerca que puede salir de la boca de una irritada verdulera. Fué llevada a la cárcel, es cierto; pero tambien lo es que al siguiente domingo, mediante un cogollo o *pecavi* que ella confabuló para el público, éste la comenzó a aplaudir de nuevo. En la platea figuraban siempre en calidad de policia tres soldados armados de fusil i bayoneta: uno a la izquierda, otro a la derecha de la orquesta i el tercero en la entrada principal. Principiaba entónces el uso de no fumar en el teatro; pero un *gringo*, que no entendia de prohibiciones, sobre todo en América, sin recordarse que tenia el soldado a su lado, i sobre su cabeza el palco del Director Supremo don Bernardo O'Higgins, sacó un puro i mui tranquilo se lo puso a fumar. El soldado lo reconvino, el *gringo* no hizo caso; pero apenas volvió el soldado a reconvenirlo con ademan amenazador, cuando saltando el *gringo*, como gato rabioso, empuña el fusil del soldado para quitárselo, i se arma entre ambos tañ brava pelotera de cimbrones i de barquinazos, que Otelo i Loredano desde el proscenio, i los espectadores desde afuera, se olvidaron de la enamorada Edelmira, para solo contraerse al nuevo lance. O'Higgins, que no quiso ser ménos que todos los demas, sacando el cuerpo fuera del palco, con voz sonora gritó al soldado: ¡*cuidado, muchacho, como te quiten el fusil!* Envalentonado entónces el soldado, desprendió el fusil de la garra británica, i de un esforzado culatazo tendió al *gringo* de espaldas en el suelo. ¿I qué sucedió despues? Nada. Se dió por terminado el incidente i Edelmira volvió a recobrar sus fueros.

Pero todo era solaz i recreo en el Santiago de la patria vieja i de San Bruno, porque la seguridad individual que se gozaba en él caso no merecia semejante nombre. A cada rato corria de boca en boca a falta de diarios noticiosos, que algun salteo o algun asesinato se habia perpetrado en alguno de los conocidos centros del crimen, como ser Pasos de Guchuraba, San Ignacio, Portezuelo de Colina, La Dormida,

Cuestas de Prado i de Zapata, Llanos de Peñuelas i otros lugares cuyos nombres omito, porque no estaban, como lo estaban éstos, en tan frecuente contacto con la capital.

Los viajes se hacian a caballo; mas ninguno viajaba sin su chapa de pistolas, su machete i muchas veces sin su naranjero, antigua ametralladora en cuya boca, que parecia trompa, se echaba para cargarle un puñado de balas.

Allá por los fines de cada setiembre, época de los rodeos, se notaba gran movimiento de carretas, de mulas i de *huasos* a caballo en las puertas i en los patios de las casas de los hacendados, que se disponian a marchar con sus familias hácia sus propiedades rurales. Las carretas, único vehículo que en los viajes usaban las señoras, los niños i las criadas, eran unos pesadísimos i antdiluvianos armatostes, cuyas toscas ruedas llevaban por llantas burdos trozos de algarrobo sujetos con estacas de lo mismo, i por ejes, gruesos garrotes de madera, hechos, como vulgarmente se dice, a punta de hacha, que no dejaban de chirrear desde el momento de ponerse en marcha hasta el de llegar a su destino. Solo 26 años despues, esto es, el año de 1830, se introdujo por primera vez en Chile el uso de la llanta de fierro, para mejorar esta importante Arca de Noé. En ella, junto con los colchones que cubrian el centro, para mitigar la fuerza de los golpes que le hacian dar las desigualdades del piso de los caminos, i la cortina de seda que adornaba su entrada, se veia siempre figurar con el mas amigable i franco consorcio, señoras, criadas, niños, canastos con naranjas, canastos con huevos duros i con fiambres, canastitos de dulces de las Recojidas, el tiesto íntimo de plata macisa, la harina tostada, el charqui para valdiviano, el terrífico instrumento del bitoque i la siempre consoladora guitarra. Con este ajuar, i al lento paso de pesados bueyes, se llegaba al cabo del dia, despues de sufrir un sol abrasador, a unos simulacro de posadas o de ventas, donde todo faltaba ménos la incomodidad. En cuatro dias se llegaba a Valparaiso, i en mas o ménos tiempo a las haciendas a donde se dirijian las caravanas primaverales.

Los comerciantes de Santiago ocurrían con frecuencia para el abasto de mercaderías a Buenos Aires, desde cuya plaza, a lomo de mula, i al través de las peligrosas laderas de los Andes, internaban en Chile los efectos que no les era dado encontrar en la aldea de Valparaiso.

¡Cuánto tiempo no se perdía entónces, cuánta vida no se malgastaba en puros viajes!

No solo, pues, debe buscarse la causa del atraso en que yacen algunas naciones en las instituciones políticas que las rijen. El forzoso aislamiento en que se encuentran en sus respectivas residencias los hijos del mismo país, la falta de continuo i fácil contacto entre unos i otros, concurren a una, con las malas instituciones, al lamentable atraso del comercio, de la industria i al de la misma civilización. Los caminos i la supresion de las distancias hacen al hombre mas social, prolongan su vida útil, i con la esperiencia que esta da, mejora en todos sentidos su condicion.

Quien vió a Santiago el año de 1814 i lo tornó a ver el de 1825, pudo decir con fundamento: o los grandes acontecimientos políticos i sociales recién desarrollados en este pueblo no le han dado siquiera tiempo para vestir un traje ménos raído, o Santiago ha nacido para eternizarse como se está.

El Santiago material del año catorce salvo escasísimos retoques, era el mismísimo del año veinticinco. Solo porque no se me enfaden los santiagueños nacidos el año de 1830 no quiero traer, con detalles, a la memoria los sustos que pasábamos en la feliz Cañada, cuando escapada alguna vaca del inmundo matadero de San Miguel, perseguida con temerosa algazara por perros i por *huasos* de a caballo, atravesaba furiosa aquel paseo llevándose por delante cuanto encontraba. Cierto es que el año de 1830 ya no tenia que andar, forzosamente el Presidente con banda laere i rapacejos de oro, como lo es tambien que ya ese año comenzó la derrota de las pesadísimas calesas, la feliz aunque lenta introduccion de birlochos i de coches, aunque para ser justos es fuerza no olvidar que los tales carruajes se lavaban en plena calle a fuerza de abluciones de agua de la acequia lanzadas sobre el vehículo a punta de *mate* o de cáscaras de sandías.

Pero no nos burlemos de modestas cunas; las andrajosas aldeas Santiago i Concepcion fueron las de nuestros padres, i de entre aquellos andrajos se alzaron los gigantes a quienes debemos patria i libertad.

Descrito sobre corriendo el primer teatro de mis pasados tiempos, voi a seguir consignando, segun el órden númeroico de los años, trascurridos, lo poco que la edad no ha podido aun borrar de mi memoria.

CAPITULO II

Valparaiso.—Primera leccion de Derecho Internacional Positivo.—Lastra.—Carrera.—Derrota de Rancagua.—Osorio.—Juan Fernandez.—Juan Enrique Rosales.—Su hija Rosario.—Prision de mi madre.—Felipe Santiago del Solar.

Entónces como ahora, en los veramos, muchas familias de Santiago, por buscar expansion i mejor aire, trocaban las comodidades del aristocrático hogar, ya por las rústicas e incómoda ratoneras de sus casas de campo, ya por los no ménos incómodos alojamientos que se procuraban en los puertos marítimos, adonde acudían a bañarse, a torear la ola, a ver barcos, i a recojer caracolitos para regalar a las amigas a su vuelta a Santiago.

I tenían razon de huir de tan poco hijiénica poblacion las jentes en los veranos.

En pos de respirar mas puros aires, encontrábase entónces mi familia respirando el que en aquella época corria en el desgredado Valparaiso: ambiente que si entónces era hediondo, merece por lo ménos el premio de la perseverancia, pues ha sabido conservar, sino aumentar, sus quilates, hasta la época presente.

Nuestro Valparaiso comenzaba apénas en el año de 1814, a abandonar la cáscara que encubria su casi embrionaria existencia. La aristocracia, el comercio i las bodegas se daban la mano para no alejarse de la iglesia Matriz; i el gobernador vivia encaramado en el castillo mas inmediato, que era uno de los tres que defendian el puerto contra las correrías de los piratas. Lo que es ahora suntuoso Almendral, era a modo de una calle larga formada de ranchitos i de tal cual casucho de teja, arrabal por donde pasaban, para llegar al puerto, las chillonas carretas i las pocas recuas de mulas que conducian frutos del pais para embarcar

i para el escaso consumo de aquella aldea. Toda la playa, desde ese extremo al otro de la bahía, era un desierto que solo visitaban las mareas, i en el cual, en medio del sargaso i junto a algunas estacas donde los pescadores colgaban sus redes para orearlas, se veian varados algunos de los informes troncos de árboles ahuecados que llevan aún el nombre de canoas.

La comunicacion del puerto con el Almendral no era tampoco espedita, puesto que el mar, azotando en las altas mareas con violencia las rocas de la caverna llamada Cueva del Chivato, cortaba en dos partes la desierta playa. Recuerdo que la policia, para evitar los robos que solian hacerse de noche en aquel estrecho paso, colocaba en él, suspendido de una estaca, un farolito de papel con su guapa vela de sebo de las de a cinco al real. Con decir que los zapatos se mandaban hacer a Santiago, basta para dejar sentado que, despues de San Francisco de California, con iguales recursos, ningun pueblo de los conocidos ha aventajado a Valparaiso, ni en la rapidez de su crecimiento ni en su importancia relativa, sobre las aguas de los mares occidentales.

Entre los contados cascarones que mecian las aguas de aquella desierta bahía, sobresalia imponente, al mando del bizarro comodoro David Porter, la hermosa *Essex*, fragata norte-americana de cuarenta cañones, cuya alegre marineria en los cerros, i su no ménos festiva oficialidad en los planes, daban a la dormida aldea un aspecto dominguero, lo cual por lo mismo que era bueno, no pudo ser de larga duracion.

Habian ocurrido de nuevo al desatroso recurso de las armas, la antigua madre Inglaterra i su altiva i recién emancipada hija Norte-América. Buscábanse sus respectivas naves en todos los mares para despedazarse, cuando en medio del contento que esparcia en Valparaiso la estadia de la *Essex*, se vió con espanto en la boca del puerto aparecer en demanda de ella a la *Phoebe* i a la *Cherub*, dos poderosos buques de guerra británicos, que, a todo trapo, tiraban a acortar las distancias para cañonearla.

Hizose fuego desde tierra para indicar a los agresores, con los penachos de agua que levantaban las balas de nuestros castillos, hasta donde alcanzaba nuestra jurisdiccion maritima i el propósito de sostener nuestra neutralidad en ella, lo que parecieron comprender los ingleses, pues ese dia i el siguiente limitaron su accion a simples voltejeos fuera de tiro de cañon.

Recuerdo que en la tarde del dia 28 de marzo, cuando estaban en lo

mejor vaciando algunas botellas en casa de las Rosales algunos de los oficiales de la *Essex* que habian bajado en busca de provisiones frescas, el repentino estruendo de un cañonazo de ésta, les hizo a todos lanzarse a sus gorras i sin mas despedida que el fantástico *adios para siempre!* del alegre i confiado calavera, saltar echando ¡hurra! en su bote.

Muchas familias acudieron a los cerros para mejor presenciar lo que calculaban que iba a pasar, i vimos que la *Essex*, aprovechando de un viento fresco, i confiada en su superior andar, se disponia a forzar el bloqueo, ya que no le era posible admitir el desigual combate que se le ofrecia; cuando las naves inglesas, temerosas que se les escapase la codiciada presa, la atacaron en el mismo puerto. Faltóle el viento a la *Essex*, en su segunda bordada, quedando en tan indefensa posicion que llegamos a creerla encallada, i allí, apesar de los disparos de nuestras fortalezas para que los ingleses no siguieran su obra de agresion dentro de nuestras mismas aguas, fué la *Essex* despedazada i rendida.

Tal fué la primera leccion de Derecho Público positiva i práctica que me hizo apuntar en la cartera de mis recuerdos la culta Inglaterra, pues ni siquiera dió despues al amigo cuya casa habia atropellado, la mas leve satisfaccion.

Vueltos a Santiago, no tardamos en convencernos de que el año de 1814, año de disturbios i de desaciertos, de glorias i de desastres, no debia de terminar ántes de grabar con su propia mano, en la sangrienta lápida destinada a cubrir los gloriosos restos de la Patria Vieja, su mortuorio epitafio. Mas, no siendo mi propósito entrar en el dominio de la historia al sacar del olvido estos recuerdos, no debe estrañarse que, dejando esa tarea a mas calificadas plumas, concrete estos apuntes a señalar los hechos íntimos que yo mismo he presenciado, i a dibujarlos tales como se me presentaron, desnudos de comentarios i de antojadizas apreciaciones.

Gobernaba entónces en Santiago, con el título de Director Supremo del Estado, el cumplido i recto caballero, coronel don Francisco de la Lastra, patriota sin miedo i sin tacha, quien despues de haber servido en la real armada española, habia entrado, sin titubear, en el torbellino revolucionario en obsequio de la libertad de su patria. Desgraciadamente la honradez del caballero i el puro i desinteresado patriotismo no eran entónces prendas capaces, por sí solas, de sostener a nadie en lo alto del poder. Para conseguir ese propósito, era necesario que a tan apreciables dotes, se uniesen el arrojo i la suspicacia que acompañan

siempre a la ambicion, i Lastra era tan poco ambicioso quanto confiado en demasía.

Entre dos bandos políticos que se disputaban porfiados el manejo de las riendas del Estado, descollaba el carrerino, en el cual figuraban en primer término, al lado de mui distinguidos hombres de letras i de valía, el brillante don José Miguel, el adorado don Luis i el jayan de la familia, don Juan José Carrera. Militares los tres hermanos e igualmente exaltados patriotas, don Luis i don Juan José reconocian a don José Miguel como jefe de la familia i del partido, tanto por su talento i sus conocimientos militares, quanto por las consideraciones de jeneral aprecio que supo granjearse desde los primeros dias de su llegada de España al seno de su patria.

Este jóven, que tan brillantes quanto dolorosas pájinas ocupa con su vida en la historia de los primeros tiempos de nuestra emancipacion política, habia llegado a Chile poco despues de la instalacion de nuestro primer ensayo de Congreso, precedido del honroso antecedente de haber abandonado en España el seguro i, para su edad, brillante puesto de teniente coronel de húsares de los reales ejércitos, por correr los azares i peligros de una revolucion de dudoso éxito, pero que podia, talvez, dar por resultado la emancipacion de su patria del dominio español.

Acompañaban a su feliz estrella, para hacerle desear en los estrados, su figura bien proporcionada, su mas bien alta que mediana estatura, su carácter festivo i travieso, su donairosa conversacion sazónada de pullas gaditanas que aceraba su natural talento; la soltura i desembarazo del soldado caballero, el fantástico i siempre elegante modo de vestirse, i su esquisita galantería para con las damas; para captarle el aprecio de los hombres pensadores, sus ideas republicanas, su desembarazado arrojo para emitirlas, sus conocimientos militares i el ningun empacho que tenia para sacar impávido la cara en los peligros que podian surjir de su franca enerjía; i para hacerle idolo del soldado i del bajo pueblo, su llaneza, su afectado desprecio a las clases privilegiadas i su jenerosidad que rayaba en reproche.

Con semejantes prendas, fácil hubiera sido deducir hasta dónde hubiera podido alcanzar este Alcibiades chileno, a quien tan poco le costaba ser docto entre los doctos, Lovelace entre las mujeres, grosero i travieso en los arrabales, i soldado en los cuarteles, si la ambicion de

ser entre todos el primero, le hubiera permitido esperar los acontecimientos que junto con otros preparaba, en vez de precipitarlos.

Fueron los tres hermanos Carreras, i mui especialmente don José Miguel, íntimos amigos de la familia de los Rosales. Asi es que no nos causó estrañaza, cuando volvimos de Valparaiso, encontrar ocultos i asilados en nuestra casa al loco de José Miguel, como lo apellidaba por cariño mi abuelo don Juan Enrique Rosales, i a su hermano Luis, recién escapados de la cárcel de Chillan, a donde el torbellino político los habia arrojado.

Es mucho mas difícil i aun peligroso de lo que parece, estarse en los términos medios en política. No tenia mi familia motivo alguno para ser enemiga de Lastra, tenia motivos para estimar a Carrera i a O'Higgins, bizarro rival de éste, i todos dispensaban a mis padres cariños i respetos debidamente correspondidos.

La presencia de los Carreras en casa, el desenfado i aun la imprudencia con que don José Miguel salia i entraba de noche en ella, recibia visitas de encapados i despachaba emisarios, tenian alarmada a la familia, que temia por instantes verse arrastrada por la corriente de las circunstancias, a hacerse reo de actos que no aceptaba, pero que la amistad le obligaba a tolerar. Esta situacion no estaba ni podiar estar destinada a ser de larga duracion.

La noche que precedió a la violenta deposicion del Director Supremo don Francisco de la Lastra, tuvo don José Miguel en la antesala de casa una acalorada bien que amigable discusion con mi madre doña Mercedes Rosales. Procuraba éste tranquilizarla desvirtuando con alegres chistes, las serias reflexiones que la señora le dirijia; tanto que llegó el momento en que ella amenazándolo con el abanico, le dijo estas palabras, cuyo significado vine a comprender despues: Hasta cuándo eres loco, José Miguel! Mira que al cabo te ha de suceder alguna desgracia; espera siquiera que llegue mi padre! Don José Miguel, que parecia en ese instante, mas preocupado de lo que pensaba que de lo que oia, soltando una sonora carcajada, despues de haber mirado su reloj, cojió precipitado el sombrero i con un espresivo «no tenga Ud. cuidado, misia Merceditas; haga Ud. de cuenta que ya el pájaro está en la jaula, i por si acaso asegure la puerta de calle», se dirijió por los corredores del interior hácia la de la cochera, por donde solia manejarse, i desapareció.

Al dia siguiente fué Lastra arrojado del poder.

En la fresca mañana del día 1.º de octubre de 1814 el amodorrado Santiago de 1809, lanzado un año despues en el torbellino revolucionario que inició la era de la emancipacion política del conocido, aunque no sé por qué llamado Reino de Chile, presentaba el aspecto de un pueblo desasosegado en cuyo ánimo alternaban con febril afan, la alegría i el temor, la esperanza i el desconsuelo; i no sin causa, pues echábase en aquellos momentos a la dudosa suerte de las armas, en la heroica aldea de Rancagua, el porvenir del país como nacion independiente.

Mal cimentado aun el gobierno patrio por haber sido presa hasta entónces de las naturales convulsiones que siempre ajitan a los pueblos en la época de su rejeneracion política, i sorprendido, en medio de una revolucion fratricida, por las fuerzas españolas que venian a la reconquista al mando de don Mariano Osorio, marchando sobre la capital, no habia quedado a los jefes patriotas, tardiamente arrepentidos de su locura, otro arbitrio que el de abrigarse en la indefensa Rancagua, donde hacian a la sazón los mas desesperados esfuerzos para defenderse.

A los sostenedores de nuestra emanticipacion política, a los que apenas comenzaban a gozar de sus envidiables frutos, no les era posible resignarse a perder, de un solo golpe, lo que con tantos sacrificios habian adquirido.

Santiago, ajitado en el día, no durmió en la noche; carreras de caballos por las calles, gritos sediciosos, *vivas* i *mueras* a la Patria, rumores i noticias confidenciales, pero siempre aterradoras i siempre embusteras, fomentaban la mas cruel ansiedad en el ánimo de los comprometidos, al propio tiempo que despertaban frenética alegría en el de los adictos a la corona.

Llegó, ignorándose aun lo que pasaba, la primera luz del día 2, tan funesta quanto gloriosa para nuestras melladas armas. Espresos matando caballos llegaron del lugar de la catástrofe gritando que todo se habia perdido; i como todos recordaban aquella altanera intimacion de Osorio dirigida *A los que mandan en Chile*: «que si no se rendian a las tropas reales, haria la guerra a sangre i fuego sin dejar piedra sobre piedra»; puede deducirse que esperaban que sucediese en Santiago, en caso de resistir, lo que ya daban por hecho que habria sucedido en Rancagua. Antes de entrarse el sol i en el resto de la triste noche de aquel aciago día, fracciones destrozadas de nuestro ejercito, hombres i mujeres a pié, llevando a cuestras parte de su ajuar i a sus pequeños hijos de la mano, pintado el terror en sus semblantes, invadieron los ba-

rrios del sur, sin que se oyese por todas partes otra exclamacion que la terrible «ya nos alcanza el enemigo!» Pero lo que acabó de sembrar el terror en el angustiado Santiago, fué ménos la confirmacion de la derrota, que la seguridad de la inmediata i precipitada partida de nuestros dispersos destacamentos hácia la cordillera de los Andes. Templos, oficinas fiscales, depósitos de guerra, todo se puso a contribucion por los fujitivos jefes del destrozado bando patrio, con el propósito de privar de recursos a los vencedores. Así fué que lo que no pudo llevarse, se entregó al saqueo.

De paso para Aconcagua don José Miguel Carrera tuvo una conferencia en casa de mis padres con mi abuelo Rosales para tranquilizarlo, asegurándole que la desgracia de Rancagua no era definitiva, puesto que en pocos dias mas, rehecho en Aconcagua, volveria a arrojar a los españoles de Santiago. O'Higgins, íntimo amigo tambien de mi familia, no parecia abrigar las mismas esperanzas, puesto que al despedirse precipitadamente de ella, a consecuencia del aviso de qué las fuerzas de Eleorreaga seguian a marchas forzadas a los dispersos, dijo a mi padre, con enfurecido semblante: «Carrera no mas tiene la culpa de cuanto pasa!»

Huia el soldado; cómo no habia de huir el simple particular comprometido! Las jentes de escasa fortuna, al ver que el rico huia, poseidas del mayor terror, huyeron tambien; i así es que por muchos dias consecutivos, despues del de la catástrofe de Rancagua, se vieron pobladas las peligrosas laderas de los Andes, con soldados desmoralizados, con mujeres, con niños i con ancianos, que solo veian su salvacion tras de las nevadas crestas de aquella sierra. Las solitarias casas de las incultas haciendas de aquel entónces sirvieron de asilo a los patriotas que por su edad, o por sus achaques, no pudieron seguir a los demas para Mendoza; i mi debilitado abuelo con sus hijos i sus nietos, sirviéndole de cariñoso báculo su tierna hija Rosario Rosales, se ocultó en los ranchos de Tunquen de las Tablas, cerca de Valparaiso.

Tras la huida de los comprometidos, tras el completo abandono de sus casas, provistas entónces de todo, era natural que el robo, el saqueo i muchas veces la muerte, imperasen en la desgraciada Santiago, desórdenes i escándalos que solo terminaron con la llegada de los primeros destacamentos de los vencedores, i sobre todo con la fastuosa i triunfal entrada de Osorio, verificada el dia 9.

La poblacion no solo se componia de partidarios de la independenciam;

habitaban tambien en Santiago muchísimas familias adictas al réjimen colonial, i lo probó el grande entusiasmo con que el pueblo, vestido de gala, solemnizó en la entrada del vencedor, el fausto acontecimiento de la vuelta de Chile, hijo pródigo entónces, al seno de la Real Corona de Castilla. Arcos triunfales, banderas i cortinas de seda en los balcones, repiques de campanas, pregonaban el jeneral contento, i flores desparrramadas con profusion, señalaban sobre el pavimento de las calles, el fastuoso rastro que iba dejando en ellas la satisfecha comitiva de aquel afortunado redentor que tantas lágrimas habia de hacer verter despues a muchos de los mismos que con tanto alborozo le recibian.

Rancagua fué, pues, el sepulcro de aquella Patria Vieja tan mentada, que desde su primera infancia, supo en su misma cuna ostentar, como Alcides, el poder de su voluntad i de su fuerza. Nacida el 18 de setiembre de 1810 para lanzarse, sin mas brújula que el patriotismo, al traves de las borrascas que levanta siempre el huracan de las emancipaciones políticas; solo despues de haberla arrastrado durante cuatro años consecutivos, luciendo siempre en ellas, bien que con algunos naturales desaciertos, cuantas virtudes cívicas, cuanto heroismo i cuanta patriótica poesia puede engalanar el corazon humano, murió como el Fénix, legando a Chile aquellas gloriosas cenizas que debian renacer inmortales en Chacabuco con el nombre de Patria Nueva.

Bajado el telon que separa el primero del segundo acto del sangriento drama de nuestra emancipacion, Osorio i despues de él Marcó, guiados por la mano de una política mal entendida, arbitraria i cruel, parece que solo se ocuparon en no errar desaciertos para provocar la reaccion.

Puede ser que Osorio al llegar a Santiago abrigase, como lo aseguran algunos escritores peninsulares, el pensamiento de seguir una política de conciliacion tal, que captándose las voluntades de los adustos republicanos que acababa de vencer, se adquiriese al mismo tiempo, a fuerza de dulzura i de actos de equidad, lo que no era dado exigir del mal entendido rigor; pero desgraciadamente, presupuesto semejante pensamiento, no pasó esto de ser un lijerísimo destello de cordura. El corazon de ese hombre no era bueno, i si lo fué, será forzoso convenir en que las sugestiones del miedo i la de los malos consejos, pueden provocar actos de fiera en las almas mas bien puestas.

Comenzó este terrible jefe desde el mismo dia en que colocó su sala de despacho en la casa del Conde de la Conquista, lugar de su primer

alojamiento, por desmentir con tanto disimulo cuantos dichos de rigor se le habian atribuido, i por aparentar tanta mansedumbre i natural dulzura para con los vencidos, que éstos llegaron hasta creerle sincero; i aun recuerdo haber visto a hombres mui respetables alzar, en casa de mis padres, las manos al cielo en actitud de darle gracias por tan inesperado beneficio.

Bien poco duró, sin embargo, el motivo de esta efusion de reconocimiento, puesto que aun no se habia secado la tinta con que se firmaban las promesas, cuando viendo el confiado redil al alcance de su garrá, ese lobo, que en vano ha querido justificar la historia, se lanzó sobre él.

El recuerdo de la brutal e inútil tiranía que desplegó Osorio a los doce dias de su entrada en Santiago sobre cuantos padres de familia i cuantos hombres de suposicion podian honrar a su país con sus talentos i con sus virtudes, vivirá en la memoria de los chilenos tanto tiempo quanto fuere el de la duracion de nuestra historia.

El aspecto que presentaba la plaza de Santiago la tarde del dia 2 de noviembre de 1814, invadida por una multitud de jente cuyos semblantes traslucian ya la simple curiosidad, ya el dolor, o ya el jesto de la venganza satisfecha, era lójica consecuencia del atentado perpetrado por Osorio en las altas horas de la noche precedente, sobre muchos de los principales i descuidados vecinos de la reivindicada capital. En el espacio que un cordon de soldados conteniendo a la jente agrupada dejaba franco enfrente de la portada de la cárcel, se veian, sin que muchos atinasen el por qué, como cincuenta ruines cabalgaduras, ensilladas unas, otras con simples pellejos de ovejas por monturas, i la mayor parte con bozales de cáñamo o de cuero en vez de frenos. ¡Quién sin saberlo de antemano, hubiera podido imaginarse que aquella recua de animales maltratados i provistos de tan miseros arneses, era el único medio de trasporte que una inútil crueldad proporcionaba a ilustres espatriados para llegar a Valparaiso, primer descanso de la escala del martirio que conducia al presidio de la lejana isla de Juan Fernandez!

Era, sin embargo, la verdad. Antes de cerrar el dia, i en medio del silencio doloroso de los espectadores, silencio que solo interrumpia de cuando en cuando alguna brutal imprecacion de un sarjento de Talaveras, se vió salir con tardo i enfermizo paso del portal de la cárcel un grupo de mas de cuarenta respetables patriotas, los cuales, apesar de su merecimiento, del respeto que inspiran las canas, i de los miramientos

que dispensan siempre los corazones bien puestos a la desgracia, fueron obligados poco ménos que a empellones, a cabalgar, i sirviendo su dolorosa i ridícula apostura de tema para brutales risas, a marchar bajo una fuerte custodia para el vecino puerto.

Así caminaron para su destino, sin mas ajuar que la ropa que llevaban puesta, ni mas alivio en tan penoso viaje que el que podian adquirir de sus guardas, con el poco oro que el acaso les permitió llevar consigo cuando fueron prendidos, Rojas, Cienfuegos, Egaña, Eyzaguirre, Solar i tantos otros distinguidos patriotas que por miui conocidos no menciono; pues será sobrado decir que no quedó nombre considerado que no figurase en la lista de los proscritos, ni casa respetable de Santiago que no vistiese luto por la suerte que a sus deudos o amigos esperaba.

La próvida naturaleza, que ha derramado siempre sobre la mujer chilena, junto con los encantos de la hermosura, los atractivos de la virtud, parece que se hubiese complacido en aquel entónces en concentrar en Rosario Rosales niñez, hermosura i un inagotable tesoro de amor filial.

Sorprendida aquella tierna niña con los alaridos de la familia de su anciano padre, don Juan Enrique Rosales, al ver que una tropa de soldados, atropellándolo todo, le arrancaron del lecho para arrojarlo, enfermo como estaba, a una cárcel en la tenebrosa noche en que se dió aquel odioso golpe de autoridad; envuelta con precipitación en su mantilla, sin consultar a nadie, ni darse cuenta de lo que hacia, siguió desatentada a los raptores del único bien que poseyó en el mundo; mas al llegar a la cárcel, al oír el ruido de la reja que se cerraba tras de él, la naturaleza recobrando sus fueros, la derribó desmayada sobre las frias baldosas de la entrada de aquel temido lugar. Recojida por los hermanos que signieron tras de aquella desgraciada personificacion del amor filial, apénas volvió en sí, cuando perseguida por la idea de que iban a matar a su padre, corrió despavorida a golpear en todas las casas donde el instinto le decia que podía encontrar quien, apiadado de su situacion, intercediese por la conservacion de vida tan preciosa; mas, como en todas partes solo encontrase, bien que con buena voluntad, la indecision del desconuelo, venciendo todas las dificultades que el adusto Osorio oponia a cuantos intentaron hablar con él, en los momentos supremos de la deportacion, el ángel del amor filial bañó en vano con suplicantes lágrimas las inmundas botas de aquel Sátrapa! Don Juan Enrique

Rosales había sido miembro de la primera Junta Patriota erijida para baldon de España el 18 de setiembre de 1812; era preciso, pues, que él, así como sus compañeros Marin, Encalada i Mackenna, pagasen tan atroz atentado contra la Corona de Castilla.

Rosario, acompañada de su hermano Joaquin, siguió la escolta de su cautivo padre, quien, junto con sus demas compañeros de desgracia, llegó a la aldea de Valparaiso a los tres dias de un penoso viaje.

En ese villorrio, que por la emocion que causan en mi viejo corazon los tristes recuerdos de aquella época, no describo ahora, existia entónces por fortuna para los recién llegados el caritativo i bondadoso español don Pablo Casanova, quien de limosna, porque esta es la palabra que traduce sus actos, mantuvo a los prisioneros los tres dias que permanecieron en tierra, miéntras se alistaba la barca *Sebastiana* que debia trasportarlos a Juan Fernandez.

La hija del anciano Rosales, entretanto, para conseguir siquiera que se la permitiese compartir con el autor de sus dias el destierro, repitió en Valparaiso en casa del jefe de la plaza, la misma escena que le habia valido en Santiago la cruel repulsa del mandatario Osorio. Fué, pues, al segundo dia de su llegada, a depositar sus lágrimas i sus ruegos a los piés del gobernador del puerto, que lo era entónces el comandante de fragata de la Real Armada, Ballesteros.

Voi a consignar las palabras con las que en tiempos mas serenos, me referia mi tia este lance de su azarosa vida. «Despues de una hora de angustiosa espera, se dignó darme audiencia Ballestero, quien; sentado en su escritorio, parecia conferenciar con algunos oficiales del ejército. Aquel frio, *qué se le ofrecia?* que me dirijió el gobernador con terca seriedad, sin siquiera dignarse ofrecerme un asiento, me quitó desde luego la poca esperanza que abrigué hasta que estuve en su presencia. Me oyó impasible tartamudear mi súplica, i al ver que en los momentos de silencio en que me ahogaba el llanto, en vez de contestarme parecia entretenerse en trazar, distraido sobre una hoja de papel, algunos garabatos, que despues borraba sin saber por qué, ya parecia inútil mi insistencia, cuando el gobernador encarándome con dureza estas palabras: *basta de lágrimas, señora, lo que no se puede no se puede!*..... No sé cómo no me caí muerta! No pude retirarme. La imájen de mi padre enfermo, muriéndose en el desamparo del destierro, sin tener a su lado ni siquiera una mano amiga que le cerrase los ojos, me habia dejado como petrificada; lo cual, visto por el gobernador, al parecer im-

pacientado por mi tardanza en despejar la sala, me asió entre brutal i comedido i me condujo a la puerta del despacho, donde, arrojando un papel al lado de afuera, me volvió con desenfado la espalda. Dios me inspiró que levantara del suelo aquel papel, que leído momentos despues, contenia estas palabras que solo el gobernador i yo podíamos interpretar: *Embarcarse, como para viajar...* Supe despues, continuaba mi tia, por el contador de la *Sebastiana*, que entre otras cosas que el gobernador habia hablado con el capitan de esa nave, le habia dicho: en caso que la chica de esa buena pieza de Rosales deseara acompañar a su padre, déjela Ud. que le acompañe, que no por ser mujer deja de ser insurgente.»

Esa tira salvadora de papel conservada como reliquia por mi tia hasta sus últimos momentos, obra en mi poder, i la conservo como un fehaciente testimonio que caracteriza el espíritu que dominaba en aquella época, en la cual, hasta para hacer mercedes, tenian los dependientes de Osorio que parecer brutales.

La vida del anciano patriota don Juan Enrique Rosales, la de su hija Rosario, la de cada una de las victimas que compartieron por igual delito, las angustias i privaciones del destierro a Juan Fernandez desde el día de su cautiverio hasta el 25 de marzo de 1817, época de su repatriacion por O'Higgins, es un drama que no entra en mi propósito narrar.

Contábase entre los vecinos de Santiago que no siguieron el camino de Mendoza, ni tampoco el de Juan Fernandez o el de las casas-matas de los castillos del Callao, mi padrastro doctor don Felipe Santiago del Solar, a quien daba yo i doi todavía el nombre de padre. Era éste uno de los acaudalados i tenaces patriotas a quienes la política de Osorio convenia atraer o arruinar. No habiendo podido conseguir el logro de la primera parte de esta terrible disyuntiva, entró Osorio de lleno en la segunda, imponiendo a Solar tal copia de contribuciones, de préstamos i donativos forzosos, que, a no haber sido por las relaciones mercantiles que conservaba aquella poderosa casa en Buenos Aires, le hubiera arruinado por completo. Parecióle esto, sin embargo, poco al desapiadado mandatario; quiso tocar cuerda mas sensible para reducir al incorregible insurgente, i su esquisita crueldad le sujirió la idea de herir al rebelde en el corazon, encarcelando a mi madre!

Al ver la tenacidad con que Osorio procuraba la ruina de los intereses de Solar, no parece sino que este suspicaz mandatario sospechaba el

papel que debian desempeñar en la obra de la emancipacion americana el ardiente patriotismo i las riquezas de su perseguido; pues apenas entró el año de 1820 cuando aquella sospecha se tornó en presajio, como consta del documento histórico que a continuacion copio, por no ser de todos conocido:

Lima, octubre 4 de 1833.

Reconócese por el Estado a favor de don Felipe Santiago del Solar 60,000 pesos *en parte* de la cantidad que le declaró el Congreso en 8 de diciembre de 1832, por *resto* del saldo de las cuentas respectivas a la habilitacion del Ejército Libertador que vino al Perú en 1820 al mando del jeneral San Martin, cuya cantidad será satisfecha en el modo i en las oportunidades que lo permitan las actuales exigencias del Erario. Tómese razon en la Contaduría Jeneral de Valores i Tesorería Jeneral.—*Gamarra.*

Tomóse razon en la Contaduría Jeneral de Valores.—Lima, octubre 8 de 1833.—*Arriz.*

Tomóse razon en la Tesorería Jeneral del Estado.—Lima, octubre 8 de 1833.—*Burgos.*

No habian trascurrido tres semanas despues de la salida de la *Sebastiana*, cuando recibió ese nuevo golpe mi familia. Corria la tarde del 17 de noviembre i al abrigo del corredor que daba al jardin, procuraba en vano mi padre calmar el llanto que arrancaba a su esposa el doloroso recuerdo del destierro de su anciano padre, cuando fué interrumpido por el estraño aviso de que un carruaje custodiado por soldados se acababa de detener en la puerta de calle.

Corrimos mi hermano Carlos i yo a averiguar lo que aquello significaba, i no tardamos en ver salir del carruaje a un militar rechoncho, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, pezcueso corto, cara espresiva i anchos bigotes castaños. Iba vestido con afectacion, i en su alto morrion que no decia con su estatura, llevaba esculpidos en laton amarillo junto con la corona los leones heráldicos de España. Este personaje que nos llenó de miedo, despues de atravesar con desembarazo i seguido de dos soldados, el primer patio: *Ah de casa!* gritó en la antesala, i mi padre que le salió al encuentro saludándole con el nombre de señor don Vicente San Bruno, le preguntó la causa que le proporcionaba la ocasion de verle. San Bruno contestó: yo no le busco a Ud. Todo por su órden,

pero no tenga Ud. cuidado por eso, que no ha de tardar mucho en que nos veamos mas de cerca las caras. Busco a doña Mercedes Rosales, i es lástima que sea tan guapa moza esa insurgente... ¡Vamos, no perdamos tiempo! Intimada la órden de prision a la madre querida, junto con el ademan de asirla de un brazo, Cárlos i yo, dando alaridos, nos lanzamos sobre San Bruno, quien de un solo revés al proseguir su marcha tendió a los dos pobres niños sobre las piedras del patio.



CAPITULO III.

*Conflictos de Marcó.—Chacabuco.—Gran sarao dado al ejército vencedor.—
Armas heráldicas de Chile.—Derrota de Cancha-Rayada.—Segunda emi-
gracion a Mendoza.—Muerte de los dos hermanos Carreras, Luis i Juan
José.*

Ya no era don Mariano Osorio quien gobernaba entónces.

Habíale sucedido en el mando otro procónsul llamado Casimiro Marcó del Pont, ménos capaz que el anterior, aunque no ménos cruel. Los confinados en Juan Fernandez, de quienes mui de tarde en tarde se recibían noticias, seguían sin esperanza sufriendo los caprichos de los carceleros de aquella Ceuta americana, al paso que sus deudos i los demas patriotas del titulado Reino de Chile, impotentes para defenderse contra los voluntariosos atropellos del poder que los abrumaba, atesoraban en sus corazones un caudal de agravios, cuyo estallido, cuando sucediese, no podia ménos de estirpar para siempre el dominio español de nuestro suelo.

En efecto, habíase iniciado el año de 1817, con pronósticos de invasión patriótica, una expedicion alistada del otro lado de los Andes por el incansable celo del bizarro coronel de granaderos a caballo don José de San Martín, gobernador entónces de Mendoza, i reforzada por los heroicos fujitivos de Rancagua, cuyo ardiente valor i patriotismo clamaba por un sangriento desquite. No es, pues, de estrañar que el ánimo de Marcó, perturbado con las amenazantes noticias de estos aprestos bélicos, le indujese a esclamar en uno de sus malos momentos: «¡que ni lágrimas que llorar habia de dejar a los chilenos enemigos de su rei!» Pero la suerte lo habia dispuesto de otro modo, i estaba escrito en el libro del destino, que las agotadas lágrimas de las víctimas chilenas las habia de volver él mismo con las propias suyas en un destierro.

En uno de los largos i calurosos dias del mes de enero de aquel año, se paseaba inquieto en el espacioso i oscuro salon de una conocida i antigua casa de Santiago llamada de los Carreras, un apuesto caballero como de treinta i cinco años, alto, ojos azules, nariz prominente i cabello negro. Su aire preocupado, su continuo mirar por la entornada ventana hácia la calle, junto con sus convulsos movimientos de impaciencia, denotaban que esperaba por instantes la noticia de algun serio acontecimiento. Como a eso de las tres de la tarde, hora de siesta i de jeneral silencio en aquella estacion, se vió, gallinas al hombro, atravesar el patio de la casa a uno de esos andrajosos vendedores de aves que llegaban de los campos con tanta frecuencia a la capital, a espende su modesta mercancía, el cual, deteniéndose a la puerta de la antesala dió el grito de ordenanza: *¡Llevo gallinas gordas, casero!...* Solar, que no era otro el silencioso e inquieto personaje que traigo de nuevo a la escena, estremeciéndose como herido por una chispa eléctrica, al oír esa voz que parecia serle conocida, hizo a mi madre señas para que me entretuviese, i saliendo precipitado de la sala, ordenó que un sirviente cargase con las aves, i en cuanto se consideró solo, tomó del brazo al vendedor i desapareció con él en su inmediato escritorio.

¿Quién podria ser este aragan? ¿Qué significaba aquel misterioso encierro con mi padre a solas? Cuestiones fueron éstas a las que mi madre, mas preocupada de velar sobre la conservacion del aislamiento de la vecindad del escritorio, que de satisfacer mi infantil curiosidad, se limitó a contestar imponiéndome silencio.

Un momento despues, el vendedor de aves, con aire de triste pordiosero, salió a la calle i tendiendo la mano a cuantos encontraba, en busca de merced, desapareció por la calle de los Huérfanos abajo.

Solo cuatro años despues de lo ocurrido pude recojer, de boca de mi madre, la solucion del enigma del pollero. Conservaba la señora en su libro de autógrafos un pequeño cuadrito de papel que, arrollado, podia desempeñar la apariencia de tabaco dentro de la hoja de un cigarro. En este papel se podian leer con facilidad estas palabra: «15 de enero: hermano S... Remito por los Patos 4,000 pesos fuertes. Dentro de un mes estará con ustedes el hermano José.»—El supuesto vendedor de aves era uno de los muchos espías i emisarios de quienes se valia el gobernador de Mendoza, ya para sostener el ánimo de los patriotas que jerman de este lado de los Andes, ya para avivar las indecisiones de Mar-có; la fecha indicada el dia de la salida del ejército, los pesos fuertes,

el número de sus soldados, i el hermano José, el nombre del ilustre soldado libertador don José de San Martín.

Nunca vi mas radiante de contento la fisonomía de mi padre, que cuando despidió al supuesto mendigo. Hubo en las primeras horas de la noche numerosas visitas, todos hablaban a media voz, todos accionaban con mas o ménos vehemencia, i en todos dominaba la alegría que trae consigo algun feliz i cercano acontecimiento.

Desde ese día para adelante no dejé de notar en las calles de Santiago el mas inusitado movimiento. Partes precipitados que volaban reventando cinchas salian a cada instante de Palacio, ya para el Norte ya para el Sur del *Reino*. Se llamaban tropas del Sur, se las detenía en su marcha, i se las fraccionaba para sembrarlas por destacamentos en todos los pasos de la cordillera; porque fueron tantas las trazas i los ardidés de que se valió San Martín para ocultar el rumbo de sus tropas, que hubo momentos en que los realistas llegaron a ver en todos i en cada uno de los boquetes andinos, asomar al mismo tiempo el amenazador fantasma del ejército libertador.

Llegó el día 11 de febrero, i con él tanto toque de cajas i de cornetas, tantas carreras de caballos por la ciudad, al propio tiempo que se veían salir, apresuradas por la cañadilla, las pocas tropas que aun quedaban en Santiago, que este pueblo parecia campamento que sorprendido levantaba asiento a toque de rebato.

No habia un solo semblante en el cual no se encontrase trazada con enteros rasgos la ansiedad. El temor i la esperanza luchaban en todos los corazones; decían unos que ya San Martín, al mando de mas de diez mil hombres, habia pasado la cordillera, i que lanzaba sobre el desgraciado Reino de Chile, una inundacion de escomulgados insurjentes, que todo lo venian arrasando; otros que San Martín solo capitaneaba a cuatro gatos cansados con el viaje, i tan mal armados, que al menor asomo de las tropas reales ni rastro quedaria de ellos. Llegó despues la noche que tan vivos recuerdos ha dejado en mi alma. Todas las puertas de calle que no estaban herméticamente cerradas, despues de las oraciones, estaban entornadas i vijiladas para evitar los desbordes de las turbas inconscientes, para las cuales no podia haber desenlace sin saqueo. Alternábase el silencio con el ruido. Momentos hubo en que pudo sentirse el vuelo de una mosca, i momentos en que todo lo atronaban las impresiones de las patrullas a caballo, lanzadas a escape tras de aquellos

impacientes insurjentes que, por desahogo, gritaban ántes de tiempo «¡Viva la Patria!»

Uno de estos imprudentes atravesó como un celaje el pasadizo de nuestra casa, al mismo tiempo que seis soldados a caballo, lanzándose en el patio, entraron con gran ruido de sables i de herraduras hasta la mitad de la antesala, donde se encontraba reunida la familia. A la órden altanera del que comandaba el piquete, de entregar en el acto al insurjente que acababa de asilarse en casa, Solar, sin turbarse, echó mano a un candelabro, i convidando a los soldados a seguirle, hizo una correría por la casa como si no pensase en otra cosa que en la entrega del fujitivo, cuya entrada protestaba ignorar; i supo hacer su papel tan a lo vivo, que despues de remover hasta los colchones de los catres, donde él bien sabia que nada habian de encontrar, no se detuvo hasta dar con ellos en una azotea interior que comunicaba con el tejado. Viéronse, pues, obligados a dar por terminada su persecutora e inútil tarea, volvieron a la sala prorrumpiendo en reniegos, cobraron en ella sus cabalgaduras, i lanzando a todos miradas de despecho, salieron a la calle dejando el salon pasado a sudor i a estiércol de caballo.

Pero ya estaban sonando para el poder peninsular los últimos tañidos de la campana de una agonía que, principiando el 12 de febrero de 1817 sobre los gloriosos recuestos de Chacabuco, debia terminar en la para siempre memorable jornada de Maipú.

El espantado Marcó recibió en la tarde de ese dia la vaga noticia de la derrota de las fuerzas reales confiadas a Maroto en Chacabuco, i sin esperar la confirmacion de ella, huyó despavorido junto con algunos subalternos hácia la costa de San Antonio, esperanzado de encontrar en ella alguna nave española donde poder asilarse. Pero tras de Marcó habia salido matando caballos, un espreso para imponer de lo que pasaba a don Francisco Ramirez, dueño de aquella hacienda de las Tablas, que sirvió de escondite a mi familia recien entró Osorio a la rendida Santiago; i Marcó cayó en manos de mi irritado tío, quien le condujo con sus *huasos* a Santiago, i lo entregó a los vencedores, custodiado por Aldao, capitán de granaderos del ejército de los Andes el dia 24.

No debe causar estrañeza verme pasar tan de corrido sobre los acontecimientos políticos que han ido ocurriendo a mi vista durante el curso de mi vida, por no ser historia política la que escribo. I si de vez en cuando se me ve desviar de mi propósito, es ya por consignar hechos

poco conocidos, o ya por dar unidad a mi narración aduciendo aquellos que han motivado estos recuerdos.

La casa de don Juan Enrique Rosales, quien aun jemia en el destierro de Juan Fernandez, sin mas consuelo ni mas ángel tutelar que su abnegada hija Rosario, habia cambiado, junto con la entrada de San Martin a Santiago, su crespon de luto por el vestido de baile, i el tético silencio que la violenta separacion del amo la legara, por el mas bullicioso i alegre afan de engalanarlo todo.

Las hijas i los yernos de Rosales quisieron dar a los vencedores en Chacabuco una leve prueba de su reconocimiento; i persuadiéndose de que el desterrado padre, léjos de considerar su casa profanada por la alegría, miétras él jemia en el destierro, bendeciria el obsequio que sus hijos hacian a tantos héroes a quienes comenzábamos a deber patria i libertad, se esmeraron en preparar para ello el mas suntuoso sarao que en aquel entónces permitian las circunstancias.

Acabábase de proclamar a O'Higgins Supremo Director del Estado el memorable dia 16 de febrero, i parecia tanto mas justificada la alegría de los deudos de Rosales, cuanto que ya se sabia que el mas apremiante afan de este bizarro jefe, era el de repatriar a los próceres chilenos confinados en Juan Fernandez.

Para que se vea cuán sencillas eran las costumbres de aquel entónces, voi a referir mui a la lijera lo que fué aquel mentado baile, que si hoy viéramos su imájen i semejanza, hasta lo calificaríamos de ridículo, si no se opusiera a ello el sagrado propósito a que debió su orijen.

Ocupaba la casa de mi abuelo el mismo sitio que ocupa ahora el palacio del héroe de Yungai, i contaba, como todos los buenos edificios de Santiago, con sus dos patios que daban luz por ambos lados al cañon principal.

Ambos patios se reunieron a los edificios por medio de toldos de campaña hechos con velas de embarcaciones que para esto solo se trajeron de Valparaiso. Velas de buques tambien hicieron las veces de alfombrados sobre el áspero empedrado de aquellos improvisados salones. Colgáronse muchas militares arañas para el alumbrado hechas con círculos concéntricos de bayonetas puntas abajo, en cuyos cubos se colocaron velones de cebo con moños de papel en la base para evitar chorreras. Arcos de arrayanes, espejos de todas formas i dimensiones, adornaron con profusion las paredes, i en los huecos de algunas puertas i ventanas, se dispusieron alusivos trasparentes debidos a la brocha-pin-

cel del maestro Dueñas, profesor de Mena, quien, siendo el mas aprovechado de sus discipulos para pintar un árbol, comenzaba por trazar en el lienzo, con una regla, una recta perpendicular, color de barro; cogia despues una brocha bien empapada en pintura verde, embarraba con ella sobre el extremo de la recta, que él llamaba tronco, un trecho como del tamaño de una sandía, i si al palo aquel con cachiporra verde, no le ponía el pié «este es un árbol,» era porque el maestro no sabia escribir. Tras de dos grandes biombos, pintados tambien, se colocaron músicas en uno i otro patio, i se reservó una banda volante para que acudiese, como cuerpo de reserva, a los puntos donde mas se necesitase. Pero lo que mas llamó la atencion de la capital, fué la estrepitosa idea de colocar en la calle, junto a la puerta principal de la entrada al sarao, una bateria de piezas de montaña, que contestando a los brindis i a las alocuciones patrióticas del interior, no debia dejar vidrio parado en todas las ventanas de aquel barrio. Los salones interiores vestian el lujo de aquel tiempo, i profusion de enlazadas banderas daban al conjunto el armonioso aspecto que tan singular ornamentacion requeria.

Ocupaba el cañon principal de aquel vasto i antiguo edificio, una improvisada i larguísima mesa sobre cuyos manteles, de orillas añascadas, lucia su valor, junto con platos i fuentes de plata maciza que para esto solo se desenterraron, la antigua i preciada loza de la China. Ninguno de los mas selectos manjares de aquel tiempo dejó de tener su representante sobre aquel opiparo retablo, al cual servian de acompañamiento i de adorno, pavos con cabezas doradas i banderas en los picos; cochinitos rellenos con sus guapas naranjas en el hocico i su colita coquetonamente ensortijada; jamones de Chiloé, almendrados de las monjas, coronillas, manjar blanco, huevos chimbos i mil otras golosinas, amen de muchas cuñitas de queso de Chanco, aceitunas sajudas con ají, cabezas de cebolla en escabeche, i otros combustibles cuyo incendio deberia apagarse a fuerza de chacolí de Santiago, de asoleado de Concepcion i de no pocos vinos peninsulares.

Fué convenido que las señoras concurriesen coronadas de flores, i que ningun convidado dejase de llevar puesto un gorro frijio lacre con franjas de cintas bicolors, azul i blanco.

Escusado me parece decir cuál fué el estruendo que produjo en Santiago este alegre i para entónces suntuosísimo sarao. Dió principio con la cancion nacional arjentina entonada por todos los concurrentes a un mismo tiempo, i seguida despues con una salva de veintin cañonazos

que no dejó casa sin estremecerse en todo el barrio. Siguió el minuet, la contradanza, el rin o rin, bailes favoritos entónces, i en ellos lucian su juventud i gallardía el patrio bello sexo i aquella falanje chileno-argentina de brillantes oficiales, quienes supieron conseguir con sus heroicos hechos, el título para siempre honroso de Padres de la Patria.

Jóvenes entónces i trocado el adusto ceño del guerrero por la amable sonrisa de la galantería, circulaban alegres por los salones aquellos héroes que supo improvisar el patriotismo, i que en ese momento no reconocian mas jerarquías que las del verdadero mérito, ni mas patria que el suelo americano. Allí el glorioso hijo de Yapeyú estrechaba con la misma efusion de fraternal contento la adamada mano del esforzado teniente Lavalle, como la encallecida del temerario O'Higgins, i nadie averiguaba a qué nacion pertenecian los orientales Martínez i Arellano, los argentinos Soler, Quintana, Beruti, Plaza, Frutos, Alvarado, Conde, Necochea, Zapiola, Melian; los chilenos Zenteno, Calderon, Freire; los europeos Paroisin, Arcos i Cramer, i tantos otros cuya nacionalidad se escapa a mis recuerdos, como Correa, Nozar, Molina, Guerrero, Medina, Soria, Pacheco, i todos aquellos a quienes los asuntos del servicio permitieron adornar con su presencia la festiva reunion en que se encontraban. Concurrieron tambien a ella lo mas lucido de la juventud patriótica de Santiago, los contados viejos que la crueldad de Maró dejó sin desterrar, el alegre i decididor Vera, i aquel célebre pirotécnico de la guerra, el padre Beltran, que encargado de colocar alas en los cañones para trasponer los Andes, no debia tardar en asumir el carácter de Vulcano, forjando en la maestraza rayos para el Júpiter de nuestra independencia.

La mesa vino en seguida a dar la última mano al contento jeneral. La confianza, hija primojénita del vino, hizo mas expansivos a los convidados, i los recuerdos de las peripecias de la reciente batalla de Chacabuco, contados copa en mano por la misma heroica juventud que acababa de figurar en ella, unidos al estrépito de las salvas de artillería, produjeron en todo aquel recinto i en sus contornos, el mas alegre estruendo que al compas del cañon, de las músicas i de los ¡hurras! habia oido Santiago desde su nacimiento hasta ese dia.

Todos brindaban; cada brindis descollaba por su enérgico laconismo i por las pocas pero mui decidoras palabras de que constaba. ¡Cuán frios no parecerian en el dia, que acostumbramos medir la bondad de los brindis por el tiempo que tardamos en espresarlos, aquellas lacónicas

pero enérgicas expansiones de almas electrizadas por el patriotismo! Antes se brindaba con el corazon, ahora brindamos con la cabeza.

San Martin despues de un lacónico pero enérgico i patriótico brindis puesto de pié, rodeado de su estado mayor i en actitud de arrojar contra el suelo la copa en que acababa de beber, dirijiéndose al dueño de casa dijo: Solar, ¿es permitido? i habiendo éste contestado que esa copa i cuanto habia en la mesa estaba allí puesto para romperse, ya no se propuso un solo brindis sin que dejase de arrojarse al suelo la copa para que nadie pudiese profanarla despues, con otro que espresase contrario pensamiento. El suelo, pues, quedó como un campo de batalla lleno de despedazadas copas, vasos i botellas!

Dos veces se cantó la cancion nacional arjentina i la última vez lo hizo el mismo San Martin. Todos se pusieron de pié, hizose introducir en el comedor dos negros con sus trompas, i al son viril i majestuoso de estos instrumentos, hizose oir electrizando a todos la voz de bajo, áspera pero afinada i entera, del héroe que desde el paso de los Andés no habia dejado de ser un solo instante-objeto de jeneral veneracion. No pudo entónces la cancion chilena terciar en el sarao con sus eléctricos sonidos, porque aun no habia nacido este simbolo de union i de gloria que solo fué adoptado por el Senado el 20 de setiembre de 1819 i cantado por primera vez, con música chilena, ocho dias despues.

Otro tanto ocurrió con las armas heráldicas de Chile, que mui en embrión figuraron al lado de las arjentinas en los biombos i lienzos que adornaban los patios, pues solo tres dias despues de adoptarse por el Senado la cancion nacional vino el mismo cuerpo a fijar la forma que en los primeros tiempos tuvieron. Reduciase ésta a un óvalo en cuyo centro de azul oscuro resaltaba una columna dórica blanca con su letrero *Libertad* encima. Sobre éste veíase una estrella de cinco puntas que representaba a Santiago, i dos mas a uno i otro lado para representar a Coquímbo i a Concepcion, nombres que tenian las tres grandes secciones políticas en que entónces se dividia el país. Servian de orla a estas insignias ramas de laurel atadas con cintas tricolores, i a todo el escudo completos trofeos de armas, de banderas i de cadenas rotas.

No carece de interes el consignar aqui lo que fueron nuestras insignias patrias en sus primeros pasos. Chile desde sus primeras camorras políticas del año de 10 hasta la feliz intervencion de don José Miguel Carrera en nuestra revolucion, no tuvo ni mas bandera que la española, ni otro escudo heráldico que el de los reyes de Castilla; lo que hace sos-

pechar o que no pasaba por la mente de nuestros padres la idea de una separacion absoluta de la madre patria, o que si pasaba, se temia darlo a entender.

Débase a ese intrépido patriota el oportuno i arrojado término de las indecisiones, i ya en 1812, sancionado el año siguiente por el Senado, hacia lucir ante los atónitos ojos de los chilenos, aquella primitiva enseña tricolor azul, blanco i amarillo, que tantas glorias i tantas desgracias supo enérgica presenciar. Aturdida pero no muerta en la funesta catástrofe de Rancagua, supo volver el año de 1817 a su gloriosa vida, ya no luciendo el color amarillo que ántes ostentaba, sino el rojo en que éste se habia convertido, segun la poética espresion de Vera, por la sangre de sus propios defensores.

Arrojada para siempre del suelo chileno la lejendaria enseña de los leones, se alzó brillante sobre el azul de nuestro libre cielo aquella hermosa i solitaria estrella que siempre ha sido, es i será la precursora de los mas arrojados triunfos militares.

Terminado el sarao i vuelto cada cual a la tarea de consolidar la obra con tanta dicha iniciada en Chacabuco, lo primero en que se pensó fué en repatriar cuanto ántes a los patriotas que la crueldad española tenia confinados en Juan Fernandez. Temíase con razon, que en cuanto llegase noticia a Abascal, virei entónces del Perú, de lo que en Chile ocurría, no tardarian aquellos infelices patriotas i troncos de las primeras familias de este pais, en ser trasladados a las casas-matas de los castillos del Callao, i así hubiera sucedido si el engañado bergantin español *Águila* no hubiese caido en manos de los patriotas al entrar en Valparaiso, creyendo aun aquel puerto en poder de los españoles.

Salió este bergantin sin tardanza para la isla, i no habiendo encontrado en don José Piquero, gobernador de aquel presidio, resistencia alguna para entregar los prisioneros, tuvieron éstos la dicha de embarcarse libres para tornar al seno de sus desconsoladas familias el 25 de marzo, mes i medio despues de la memorable jornada de Chacabuco.

Estos paréntesis de dicha entre las tormentas del pasado i las borrascas que nos preparaba el porvenir ántes de terminar la epopeya de nuestra emancipacion política, no fueron de larga duracion. La vida de entónces era una vida de contrastes; pasábase en ella casi sin transicion de la risa al llanto, i del llanto a la risa. ¡Cuándo hubiera podido imaginarse Marcó que sus mismos edictos de espoliacion i de tortura, que un dia ántes no más llenaban de vengativo alborozo a los realistas, ha-

bían de servir un día despues al despojo i al tormento de esos mismos realistas, sobre quienes caía inexorable la pena del talion! Ni cómo los que se entregaban a los delirios de alegres festejos en medio de la confianza que inspiraba un porvenir al parecer seguro, podrian imaginarse la hondura del abismo que la incierta suerte de la guerra les tenia preparado en Cancha Rayada!

Principiaba apénas a correr el siempre conmemorable año de 1818, año de lágrimas i de glorias, i piedra angular que sirve de base a nuestra autonomia política, cuando el placer i la esperanza de ir afianzando cada día mas nuestra libertad, se tornó con la derrota de Cancha Rayada, en la mas cruel de todas las decepciones. El efecto que la noticia de esta catástrofe, ocurrida el 19 de marzo, produjo en la capital tanto mas sorprendida cuanto ménos preparada para recibirla, no es para descrito. Cuando la derrota de Rancagua el año 14, no todos los santiagueños adictos a la causa de la emancipacion creyeron necesario trasponer los Andes para salvarse del rencor realista, porque si bien es cierto que eran patriotas de corazon, sus hecho no los calificaban aun de incorregibles insurjentes; al paso que a mui pocos santiagueños en el año 18 les cojió Cancha Rayada con la careta que ántes los encubria por haberla arrojado con sumo desembarazo despues de la gloriosa jornada de Chacabuco. Enseñoreóse, pues, del infeliz Santiago el pánico mas desatinado, i aguijoneado por instantes el instinto de salvacion por las atropelladas noticias que traian los prófugos del campo de batalla, solo se pensó en buscar refujio del otro lado de los Andes.

El cómo moverse un pueblo entero desprevenido i apurado a nadie preocupó como imposible. El ¡sálvese quién pueda! todo lo allana, por lo que empequeñece el temor los mas insuperables obstáculos que se oponen a la huida.

Espantaba ver el jentío de a pié i de a caballo que seguía, llevándose todo por delante, el conocido camino de la cuesta de Chacabuco en demanda del de los Andes; i en el corazon de la sierra, aquí i allí sembrados, no se veía otra cosa que grupos de hombres i de mujeres a pié, llevando unos a sus hijos por la mano, otros sentados para cobrar aliento, i los mas solicitando de la jente que huía, alimentos con que sustentarse para seguir huyendo.

Para que se deduzca cuánto debieron sufrir las familias ménos acomodadas que la mía en la emigracion, básteme referir que por solo nueve mulas de silla que nos franqueó por especial favor el conocido

Loyola, empresario de carretas en el camino de Valparaiso, pagó mi padre catorce mil pesos. Nada, pues, pudimos llevar, todo quedó en la casa a cargo de un antiguo i buen sirviente, como si debiéramos volver a ella el mismo día. Recuerdo que, mientras ensillaban las cabalgaduras i se echaban colchones hasta sobre los caballos regalones de Solar, el resto de la familia se ocupaba en enterrar bajo los ladrillos de las piezas interiores, las alhajas i la plata labrada que aun nos quedaba, i que muchos talegos de a mil pesos cada uno, se arrojaron, a hurto de los sirvientes, en el pozo del último patio. Hecho esto i con poco mas que lo encapillado, emprendimos la huida para Mendoza a las tres de la tarde del día 23.

Todavía no habíamos, pues, acabado de celebrar la vuelta de Juan Fernandez del anciano abuelo Rosales i la de su inseparable hija Rosario, cuando ya nos vimos precisados a proveer de nuevo i de un modo mas eficaz, a la salvacion de aquel venerado tronco de nuestra familia; pero todos los padecimientos del viaje hubiesen sido llevaderos, si una nueva e imprevista desgracia no hubiera venido a sorprendernos en la áspera ladera de las *Vacas*. La mula en que montaba mi madre dió un traspíe que arrojando a la señora de la silla, la hubiese hecho pedazos contra una roca, si mi tia Rosario, esa victima de amor a la familia, no se hubiese arrojado de su cabalgadura para interponerse entre la roca i el cuerpo de su hermana, a quien salvó la vida a espensa de quebrarse ella el hueso del muslo con el choque.

Una incómoda angarilla hasta llegar al pueblo de Mendoza, fué el único vehículo que huyendo pudimos proporcionar a esa jóven excepcional, para quien parecia deber ineludible sacrificar su existencia por todos i por cada uno de los miembros de su familia.

Así llegados a la pobre aldea de Mendoza, buscamos, como los demas, en ella, cuarteles de invierno, i como en aquel pueblo hubiese un escolon que por ser único tenia sus sombras i su léjos de colejio, a él fuimos a parar todos los hijos varones de los fujitivos chilenos.

Entre tanto la llegada de éstos a Mendoza, llenó a ese pueblo del mas acervo espanto.

Aquella seccion politica del antiguo Virreinato de la Plata, sin tropas ni recursos para crearlas, no solo estaba espuesta a una invasion reivindicadora de parte del victorioso ejército español, sino tambien a los trastornos que hacia jerminalar en todas partes la agraviada ambicion de los hermanos Carreras, enemigos jurados de O'Higgins desde

ántes de la funesta jornada de Rancagua. Los héroes de la Patria Vieja, a quienes tanto debía la causa de la independencia, parecia que no podían obrar de acuerdo con los héroes de la Patria Nueva. Alzábase entre las patrióticas almas de aquellos padres de nuestra libertad, el fantasma de la rivalidad; i ese principio tan noble, siempre que obra en el sentido del mejoramiento de las obras humanas, estraviado entónces, solo propendia al esterminio del uno o del otro partido. Cupo a los Carreras la triste suerte de sucumbir en esta fratricida lucha, i al que estas líneas escribe el dolor de haber presenciado el desenlace de ese sangriento drama.

Gobernaba entónces en Mendoza don Toribio Luzuriaga, quien para aliviar el servicio de la escasa guarnicion de la plaza, habia dado orden de armar i de dar instruccion militar, para el servicio ordinario de ella a todo colegial que pasase de 10 años de edad.

Al cargar por primera vez, lleno de altivo gozo, la tercerola que se puso en mis manos; al seguir con mis demas compañeros el cadencioso paso del toque de marcha; al obedecer, con rapidez i marcial continente, las voces de mando del capitan de ejército que nos servia de instructor, ¡cuándo pude imaginar que poco tiempo despues, con la misma arma, al mismo paso, i obedeciendo a las mismas órdenes, habia yo de servir de valla al tétrico recinto que ocupaban dos bancos donde debian ser fusilados los íntimos amigos de mi familia, don Luis i don Juan José Carrera!

Los dos hermanos habian caido en manos de sus enemigos, el primero bajo el nombre de Leandro Barra, el segundo bajo el de Narciso Mendez, i ambos encadenados yacian incomunicados en la cárcel de Mendoza.

El 4 de abril, vispera de la accion de Maipú, supimos con espanto que el fiscal Corbalan habia pedido se aplicase a los reos la pena ordinaria de muerte; mas este dictámen conmovió tan profundamente el ánimo de la poblacion, que los mismos que parecian mas interesados en ejecutarlo, se vieron precisados a dar al juicio la solemnidad de someterle al nuevo acuerdo de los letrados Galigniana, Cruz Vargas i Monteagudo.

Nunca se vió caminar un asunto tan serio, con mas atropellada rapidez. I fué la causa de ella, el temor de que estando en visperas de estrellarse el roto ejército de San Martín con el vencedor en Quechereguas, la menor noticia de un nuevo descalabro podria lanzar a Mendoza

en un movimiento revolucionario del cual no tardarian en ser caudillos los Carreras.

Monteagudo i Cruz Vargas, opinaron que, por duro que pareciese, debia consumarse el sacrificio.

El dia 8 de abril, a las 3 de la tarde, se notificó a los desgraciados presos que a las cinco de ese mismo dia debian morir.

A la misma hora de la notificacion, se tocó a tropa a la guarnicion de estudiantes, i a las cuatro en punto se encontraba ésta formada en la plaza, cerca de una pared baja, que contigua a la cárcel, servia de respaldo a dos rústicos bancos destinados a ser el último asiento de dos víctimas de la brutalidad humana.

Reclamaron nuestros padres, creyendo que se nos iba obligar a hacer fuego sobre las víctimas; pero habiendo contestado el gobernador que para eso no faltaban veteranos, siguió adelante la mortal tarea.

Crecia por momentos la concurrencia, i tanto, que apenas podiamos impedir que no se rompiese la línea que servia de valla, para dejar espedita la accion de los verdugos.

A las cinco i tres cuartos el gran movimiento que notamos en la guardia de la cárcel, nos dió a entender que el atroz desenlace del drama iba a principiar, i no nos equivocábamos, pues el antiguo toque de agonía en la iglesia vecina, comenzó con lúgubres tañidos a anunciar al pueblo que orase por el alma de los ajusticiados!

Un instante despues, i en medio del mas sepulcral silencio, asidos de las manos, aparecieron bajo el portal de la cárcel, rodeados de bayonetas, las dos ilustres víctimas, Luis i Juan José Carrera, a los cuales en mas felices años, debí tantos cariños, cuando unidos a José Miguel, confiaban amistosos a mi madre, ya sus temores, ya sus esperanzas, sobre la futura suerte de la patria, o ya sus frecuentes i locas travesuras!

Precedidos por cuatro soldados i seguidos por un piquete de fusileros, grillos en los piés, cabeza desnuda i un sacerdote a cada lado, atravesaron, con dificultoso paso, el corto trecho que mediaba entre la cárcel i los banquillos. El semblante de los dos hermanos estaba pálido; el ademan del adamado Luis, tranquilo; el de Juan José, convulso; i parecia que aquellos desgraciados tenian mucho que confiarse ántes de morir, pues no cesaron un solo instante de hablarse a media voz, hasta que, llegados al término de aquella fatal jornada, fué preciso que los sacerdotes les dijesen algo que no oí, para que despues de un estremecimiento involuntario, se volviesen a ellos, les diesen las gracias, i es-

trechasen con efusion contra el corazon un crucifijo que besaron en seguida respetuosos.

Sentáronse resignados i como agobiados por el cansancio, i suplicando al que hacia de verdugo que no les vendase los ojos, Luis se echó a la cara su pañuelo i exclamó: *Esto será bastante!* Mas no les fué concedida esta última merced. Vendada, pues, la vista, lista i en acecho la mira de los fusiles, ya comenzaban a desviarse los sacerdotes esforzando la voz del último consuelo, cuando de repente i como movidos por un solo resorte, en medio del espanto de un público sobrecojido, se levantaron los dos hermanos, arrojaron la venda i lanzándose el uno en los brazos del otro, mudos i convulsos, permanecieron así medio minuto. Era el último adios que daban juntos al hermano, a la vida i a la patria!

Nunca he podido borrar de mi memoria la terrible impresion que dejó en mi alma esa solemne, muda e inesperada protesta contra las atrocidades, hasta ahora interminables, del titulado sér mas perfecto de la creacion, del hombre!

Vueltos por mano del verdugo a su funesto asiento, entre el humo de una sola descarga, volaron las almas de aquellos desdichados hácia el cielo!

Luis cayó sin movimiento hácia adelante; Juan José bamboleó un instante sobre el banquillo, i articulando algunas palabras que la emocion no me permitió oír, se desplomó despues!

CAPITULO IV.

De cómo pagó los servicios que se le hicieron en Chile Lord Spencer.—El Brasil.—El primer vapor que llegó a Rio Janeiro.—Idea que se tenía de los vapores en aquel tiempo.—Esclavatura.—Emancipacion política del Brasil.—La célebre escritora María Graham.—Temblor del año de 1822.—O'Higgins.—Dias patrios.—Chile en el año 1824.—Notable proclama del general Luis de Mauri.—Ideas de Camilo Henriquez sobre emigracion.

Chile, que aun mas que el nombre de Reino que llevaba el año de 1810, merecía el de hacienda mal arrendada, en la cual el arrendatario se cuidaba ménos del porvenir del fundo, que de su propio lucro, solo desde el dia en que volvió a manos de su lejítimo dueño, pudo comen-
zar a lucir los benéficos efectos que siempre produce el contacto inmediato con las naciones cultas despues de un mal entendido aislamiento. Abiertas de par en par sus puertas al comereio, acudió de todas partes a sus libres playas el elemento extranjero i nuestros puertos dejaron de ser el esclusivo asilo de las naves castellanas.

Entre aquellas de guerra extranjeras que lucian el año de 1821 sus respectivos pabellones en la no há mucho desierta rada de Valparaiso, descollaba la hermosa fragata británica *Owen-Glendower*, cuyo comandante, Lord Spencer, mas noble por su apellido que por el acto que voi a referir, visitaba entónces, como tantos otros extranjeros, la opulenta casa de Solar, en Santiago.

Sentado este buen Lord al lado de mi madre, en un sofá que miraba al jardin de la casa, un dia, de cuya fecha no quiero acordarme, parecia absorto i entretenido, siguiendo con la vista el destrozo que hacia en las botellas llenas de rapé, (que mi buen abuelo don Juan Enrique Rosales, a falta de mejor sorbeterio, preparaba i esponia a la accion del sol suspendidas en la pared del jardin), un muchacho alto, flaco i de aspecto enfermizo; pero que no por esto, dejaba de aprovechar la impu-

nidad que la visita etiquetera del estirado *gringo* le proporcionaba, para dar vuelo a su espíritu destructor. Cada media botella que una acertada pedrada traía al suelo, dejando el resto suspendido del gollete, parecía ser tan aplaudido por Spencer, con el mudo visto bueno que los yankees dispensan al *Wellschott*, como reprobado por la señora, que a falta de medios más activos de represión, después de algunas señales telegráficas de desaprobación, no pudiendo tolerar por más tiempo lo que presenciaba, alcanzó, por mal de mis pecados, a exclamar: ¡Mira, Vicente, que ya me tienes cansada!

Este dicho tan sin alcance i tan frecuente en boca de las madres chilenas, fué para el noble inglés la puerta que, el acaso, le abrió para corresponder los miramientos que debía a mi familia, librándola, para lo sucesivo, *de la mancha que podía echar sobre el apellido Rosales*, la futura conducta del hijo que tan temprano había llegado a agotar el sufrimiento de su misma madre! Electrizado con tan feliz idea, propuso a la señora llevar al enfermizo muchacho a Valparaíso i hospedarlo en la fragata, donde encontraría guardias marinas de su edad para divertirse, ejercitarse i aun hasta para aprender algo de inglés. Mi madre dijo nó, mi padre dijo sí. Cuatro días después iba yo en marcha para Valparaíso; el quinto dormí a bordo, i el sexto recordé mareado en alta mar, con rumbo al Cabo de Hornos!

La visita de Spencer había sido visita de despedida, i solo la ocurrencia de retornar a mi familia, de tan raro modo, sus servicios, hizo al Lord ocultar el objeto de ella. Arrojóseme por orden suya a vivir entre los marineros de proa; dióse orden a la oficialidad para escusar todo trato con el pobre prisionero; arrojóse en la bodega mi baulito con ropa, i con lo encapillado, sin más cama que una hamaca de marinero, ni más alimento que los burdos que distribuían a la tripulación; enfermo, sucio i alquitranado hasta el cabello, sufrió el desvalido muchacho, sin poderse dar cuenta de lo que con él se hacía, un mes i veinte días que duró la navegación de la *Owen-Glendower* hasta llegar a la altura de Río Janeiro.

Anclada la fragata en aquel hermoso puerto, después de dar i recibir los saludos militares, se hizo embarcar en el chinchorro de los marineros al mustio espatriado, i sin que nadie le tendiese una mano amiga, le llevó el bote a la contracosta llamada Playa Grande, donde con la mayor crueldad fué abandonado.

Solo, sin guía, sin recursos i espuesto a perecer de hambre i de mise-

ria, a dos mil leguas de su patria, en un lugar donde ni siquiera se hablaba el idioma de sus padres, aquella víctima de un loco descorazonado, no estuviera ahora, agobiado por la edad, evocando recuerdos que aun le hacen estremecer, si Dios, para no desesperar de la humanidad, no hubiese hecho venir a socorrerle al señor Mackdonald, primer teniente de la fragata, quien, movido a compasion, salió tras del chinchorro, constituido en ángel tutelar para salvarlo!

Preguntóme si habia traído cartas de recomendacion!.... Espantado entonces aquel viejo marino de lo que ocurría, sin atreverse a mas, por no disgustar a Spencer, puso en mis manos dos monedas de oro, i encargándome que no me separase de una enramada que hacia las veces de dormitorio para negros esclavos, a cuyo mayoral me dejó recomendado, se separó de mí.

¡Lo que son los muchachos! Harto de plátanos, de guayabas i de caña dulce que una negra vieja me enseñó a mascar, dormí aquella noche en el suelo i entre mis nuevos compañeros, como hubiera podido dormir en la mas mullida cama.

A eso de las doce del siguiente día, saltaron de un bote con direccion a la enramada, tres caballeros que venían a buscarme: un cónsul inglés, el español don Juan Santiago Barros, i don José Ignacio Izquierdo, natural de Chile. La impresion que debió causarles mi puerca i alquitranada catadura, no debió por cierto ser mui favorable, por el modo como se acercaron a mí. Ellos buscaban a un hijo de una de las primeras familias de Santiago, como se lo habia asegurado el buen Mackdonald, i lo que tenían a la vista mas parecia un galopin de cocina, con todo su puerco ajuar, que otra cosa. Mas todo cambió cuando les hube dicho el nombre de mis padres. El señor Izquierdo, lleno de sorpresa i de entusiasmo, exclamó: ¿Hijo de Mercedes?... Caballeros, el niño no sale de mi poder, soi íntimo amigo de su familia. Don Juan Santiago Barros dijo: yo me lo llevo, soi apoderado de Solar; mas el cónsul interponiéndose, dijo a su vez: nadie tiene mejores titulos que yo, porque a mí i no a ustedes se dirigió primero el señor Mackdonald para que repatriase a este caballero.

¡Cuántas veces no sucede algo parecido en el trascurso de la vida! De la dicha a la desgracia i de ésta a la dicha, no hai casi siempre mas que un solo paso. Tuvieron que transar mis protectores providenciales. Fué convenido que alojaria en casa de Barros, i que comeria alternativamente con cada uno de mis caritativos pretendientes.

Cosa de dos años permanecí en Río Janeiro, capital del Brasil, ántes que se proporcionase oportuna ocasion de volver al hogar paterno. Poco o nada diré por no repetir, sin provecho práctico, lo que tantos escritores han dicho sobre la bahía i sobre la capital de este coloso territorial de la América del Sur. Basta para mi propósito indicar que la bahía, segura como pocas en el mundo, con una entrada que apenas mide dos kilómetros de anchura, tiene treinta de N. a S., i veinte i seis de ancho; que la ciudad, sin ser mui regular, contaba en 1821 con todos los establecimientos civiles, militares i relijiosos, i con cuantas comodidades podian hacer grata la existencia del hombre en ella en aquel tiempo; i que el todo ofrecia entónces, como ofrece ahora, el paisaje mas imponente i pintoresco.

Don Jorje IV de Inglaterra acababa de obsequiar al Rejente don Pedro del Brasil, como muestra de los adelantos i progresos de la fuerza motriz del vapor, un vaporcito con máquina de alta presion, para paseos dentro de la bahía. Un fenómeno de esta naturaleza, que sin auxilio del remo ni del viento, podia moverse i surcar las aguas, como lo hacian las demas embarcaciones, era natural que produjese la mas viva admiracion; así fué que el dia que asistimos al primer ensayo, las campanas se echaron a vuelo, los buques surtos en la bahía empavesaron, i el *Santa Cruz* i el *Cobras*, atronaron la atmósfera con sus reales salvas. ¡Pero cuánta decepcion para tanta bulla!

Puesto en movimiento aquel pesadísimo armatoste, los mil botes i chalupas, que por acompañarle, poblaban el mar, tuvieron, ¿quién lo creyera ahora? que moderar su andar para no dejar atras al *Perico Lijero* del Rejente; lo cual vistó por don Santiago Barros, que en una de las embarcaciones formaba conmigo parte de la comitiva, lleno de despecho me dió esta leccion de buen gobierno republicano: «¿Ves, hijo, lo que tanta algazara levanta?..... pues sábetelo, i no lo olvides, que todos estos emblecos, inútiles recreos de los reyes, se los hacen costear al pueblo con su sudor i su trabajo. Esto no sirve ni servirá jamas para maldita de Dios la cosa!» ¿I qué mucho es que así se espresase aque honrado *godo*, cuando las doctrinas inquisitoriales de entónces declaraban pecado el uso del *steam boat*, como ramo de nigromancia, o como máquinas que no podian ponerse en actividad, sino con la ayuda del Demonio, o con pacto espreso con aquel invisible artifice? ¡Qué no diria ahora aquel rancio español si aun viviese!

No se crea, sin embargo, que solo el año de 1821, llegaron por pri-

mera vez a la América latina, naves movidas por vapor; porque ya a fines de 1818, i bajo el solo nombre de *steam boat*, navegaba con éxito en la isla de la Trinidad i en sus contornos, un vaporecito que, segun el *Correo del Orinoco* de aquella época, *daba gusto verle navegar contra la corriente*. ¡Si aquel buen español viviera ahora, qué me diria!

En el dia, en vista de los milagros del vapor, de la fotografia i de la electricidad, cuando mas es permitido suspender el juicio sobre el alcance del poder del hombre; pero negarlo, nunca!

Lo que mas me llamó la atencion en Rio Janeiro, a pesar de mi corta edad, fué la esclavatura. Parece propio de las rejiones intertropicales la falta de fuerza muscular, i la abundancia de laxitud i de modorra en la raza blanca; como parece cierto tambien, que el hombre de las rejiones frias i templadas, está espuesto, en las cálidas, a enfermedades que esterilizan tarde o temprano su natural vigor. Estas consideraciones son, a mi juicio, las que esplican la necesidad del negro para el fomento de la industria en los dominios inmediatos al sol.

En 1821 no se prohibia, como ahora, el comercio de esclavos. Embarcaciones que provenian de las costas africanas, llegaban con frecuencia al puerto, cargadas de infelices bozales comprados por aguardientes, o arrebatados por engaño de su inculta patria, para ser vendidos como bestias de labor i de carga, en las lonjas de los pueblos civilizados. Aterrador era el número de víctimas que el comercio siempre descorazonado, acarrea cada año de las costas africanas a las brasileras. Segun datos oficiales, en las 52 naves que arribaron al solo puerto de Rio Janeiro cargadas con esa atroz mercadería en el año de 1823, salieron de África 20,610 bozales, i solo llegaron 19,173 despues de haber sido arrojados por la borda 1,437 cadáveres! Muchas veces concurri a presenciar tan inhumano cuanto vergonzoso tráfico.

Despues de evacuados los trámites aduaneros, entraba aquella triste mercancía a un corralon rodeado de corredores, donde, distribuida en ellos por cuenta del consignatario, i bajo la férula de robustos mayorales armados de rebenques, cuyo chasquido se oia con frecuencia, esperaban silenciosos al comprador.

El negro, ántes de entrar al corral iba ya bien lavado, operacion previa que se hacia lanzándosele al mar a fuerza de latigazos. Poniaseles despues un *tapa-rabo*, i hombres, mujeres i niños ocupaban en seguida el puesto que se les asignaba en tan repugnante mercado. Los compradores procedian luego al minucioso exámen de cada una de las calida-

des personales del pobre negro que deseaban comprar. Se le plantaba como una estatua, se le examinaba de piés a cabeza; se le hacia encorvar, levantar recios pesos del suelo, o sostenerlos con los brazos extendidos, para calcular su fuerza muscular; se le apretaba el pecho i la cintura para ver si sufría algun dolor; se le hacia despues abrir la boca para examinar el estado de la dentadura; se les sometía, en fin, al examen a que se someten en Chile a los caballos ántes de ajustar su precio! Comprado el animal, se le entregaba despues a los *corredores* de educacion, robustos i crueles mulatos, los cuales despues, de enseñar a los negros algo de portugues, i sobre todo a obedecer, los devolvian a sus dueños para que siguiesen bajo su yugo hasta la muerte, la espantosa carrera del esclavo! He visto rollos públicos donde castigaban con azotes sin cuento delitos domésticos; i he visto tambien espaldas laceradas i llenas de costras, sufrir de nuevo atroces vapuleos, sin que los viandantes por las calles se impresionasen mas por esto, que lo que se impresionaba la jeneralidad de nuestro pueblo cuando se encuentra con un brutal carretonero castigando por venganza a su debilitada cabalgadura!

Antes de doblar la hoja sobre este particular, no puedo, aunque lo deseo, dejar de referir un hecho que presencié estando almorzando un dia en casa de don Juan Santiago Barros. Tratábase de un regalo que este señor queria hacer a un amigo suyo, a quien le habia oído decir que necesitaba una negrita para su señora. Habia ya comprado una recién desembarcada i que tendria como diez i seis años de edad. Para estar mas seguro de que el regalo era digno de la persona a quien se destinaba, hizo ir al comedor, desnuda, aunque envuelta en una sábana, a la negrita, mui jábonada i mui peñada; i cuando estuvo en presencia de todos, la hizo quitar el lienzo que la cubria, sin siquiera acordarse que un hijo de él i yo estábamos presentes! La infeliz criatura, que mas parecia una estatua automática de ébano que un ser animado, despues de merecer la aprobacion de los concurrentes, fué vestida i remitida a su destino.

Ya a mediados de junio de 1821, circulaban por la ciudad rumores alarmantes sobre el mal estado de las relaciones amistosas que reinaban entre el Brasil i el Portugal, su madre patria; tanto que pocos dias despues, reparando que estos rumores iban cobrando por momentos la actitud de las mas violentas recriminaciones, llegué a temer presenciar, en Rio Janeiro, las mismas luctuosas escenas que habia presenciado en

Chile en los años 14 i 18, pues tambien trataba el Brasil de entrar en el goce de la vida independiente.

Estaba equivocado; la independencia brasilera ni costó lágrimas ni sangre; porque no fué mas que la consecuencia lójica i tranquila de los antecedentes que la motivaron.

Las exigencias de Napoleon I, empeñado en llevar a cabo su idea favorita del bloqueo continental contra Inglaterra, obligaron a la casa de Braganza, que reinaba entónces en Portugal, a aislarse en sus Estados Americanos. El Portugal, como la España, observaba hasta entónces en sus colonias el torpe réjimen restrictivo que provocó la emancipacion de la América Española; i como junto con entrar la familia real en el Brasil, comenzó esta hermosa rejion del mundo a gozar de todas aquellas franquicias i privilejios de que ántes solo gozaba Portugal a espensas de ella, no era posible que se resignase a tornar al estado de colonia, despues de la vuelta de don Juan VI, su *legítimo* soberano, a sus Estados Europeos. En aquel entónces los privilejios i las regalías no eran patrimonio de los pueblos, sino de las casas coronadas que los gobernaban. Con el rei entraba el privilejio en todas partes, i con el rei salia; así fué que apénas salió para Lisboa don Juan VI dejando en marzo de 1821, en calidad de Rejente del Brasil, a su hijo don Pedro, cuando comenzaron a sentirse los afflictivos efectos de su ausencia. El Brasil tornó a ser colonia; i Portugal, de casi colonia, por ausencia de su rei, tornó de nuevo a la despótica categoria de metrópoli.

Mal aconsejadas las cortes portuguesas, i sin siquiera traer a la memoria las causas de la reciente emancipacion de la América Española, ni mucho ménos el natural disgusto con que debia el Brasil, por solo la ausencia del rei, tornar de amo a criado, se propusieron, impolíticas, borrar hasta el recuerdo de su momentánea dicha. Para no dejar rastros de paridad entre la categoria de los dos Estados, decretaron volviere el príncipe al lado de su padre, enviando al mismo tiempo para su custodia una poderosa escuadra a las aguas de Río Janeiro.

Alarmados los brasileros con lo que ocurría, i resueltos a apelar a las armas en caso necesario, tuvieron el feliz pensamiento de ocurrir primero al príncipe ofreciéndole, por medio de sus cabildos, la gloria de tonar en imperio soberano el mui rico i estenso Estado que gobernaba, del cual pondrian en su mano el envidiable cetro, si no los abandonaba. Aceptó don Pedro tan insigne honor, i las poderosas fortalezas

de la plaza, junto con la noticia de tan fausto acontecimiento para el Brasil, recibieron orden de imponer a la escuadra portuguesa, cuando llegase, la obligacion de anclar fuera del alcance de sus baterías. Las tropas peninsulares que habia dejado don Juan VI en el Brasil, para que sirviesen a su hijo de custodia, fueron las únicas que pretendieron oponerse a este nuevo orden de cosas, tratando de fortalecerse en sus cuarteles; pero pronto tuvieron que ceder, asediadas por todas partes, por el pueblo que, reunido en masa en el vasto campo de Santa Ana i ayudado por tropas nacionales, las obligó a entregarse sin mas condición que la de ser repatriadas.

Habiaseme proporcionado, en esos azarosos dias, propicia ocasion de volver a mi lejana patria, a bordo de la fragata de guerra *Doris* de la marina Inglesa, i al atravesar en ella por entre la escuadra portuguesa, lista para zarpar, llevando a Portugal la infausta noticia de la emancipación brasilera, tuve ocasion de ver que se embarcaba en ella el resto de las tropas reales que habian capitulado i que dejaban esos lugares para no volver a poner mas los pies en ellos.

Este grande acontecimiento, que por la tranquilidad i la cordura que le dieron el sér, es uno de los mas pacíficos que registran los anales de la historia de las emancipaciones de los pueblos, iniciado en los primeros meses del año 1822, recibió la sanción de los felices hijos del Brasil el 7 de setiembre del mismo año, con la exaltación al trono del naciente imperio brasilero del príncipe don Pedro I, Emperador i Defensor Perpetuo del Brasil.

Ingrato por demás sería si no consagrarse a la memoria de la sabia escritora Maria Graham, viuda del malogrado capitán de la *Doris*, muerto por un fatal accidente en los mares del Cabo, el recuerdo del sincero agradecimiento que la debò. Ella compensó en la *Doris*, con usura, a fuerza de maternales cariños, el brutal e inmotivado trato que me habia dado en la *Owen-Glendonner* Spencer, cuando me robo del lado de mis padres.

Vuelto a mi Chile, aunque era yo entonces demasiado niño para darme cabal cuenta de los adelantos de mi país, porque entonces éramos niños hasta la edad de 17 años i muchachos hasta mas allá de la de los 20, ya comenzaba mi mente a gozar de bastante independencia para permitirme motejar preocupaciones o reirme de ellas.

La historia de los terremotos que agregó el año 22 una página, mas a los desastres que conmemora, me proporcionó ocasion de hacer a un

tiempo uno i otro; pues el tal terremoto, que no fué por cierto uno de los mayores que han estremecido nuestro suelo, vino a aumentar las pruebas, ya por desgracia sobradas, de que las preocupaciones no pierden ni perderán jamas su imperio sobre el corazon del hombre poco instruido, miéntras exista la humanidad sobre el mundo sub-lunar. El terror fué justo, la turbacion necesaria. Cubriéronse las veredas de las calles i los contornos de los patios con altos de tejas despedazadas. En medio del espanto jeneral, de las carreras i de los encontrones que se daba el pueblo consternado por evitar el peligro, alzando al cielo el conocido grito de ¡Misericordia! tuve ocasion de ver debatirse en el frente de la puerta de mi casa, a un asustado sacerdote que pugnaba por desprenderse de una mujer que, asida de su sotana, se arrastraba de rodillas implorando a gritos la absolucion de los pecados que en alta voz le confesaba. Ocurriósele a una santa monja decir, a eso de las diez i media de aquella temerosa noche, que sabia por revelacion que el temblor era precursor del fin del mundo, i que la hora del juicio final debia sonar a las once de la próxima mañana. A tan aterradora noticia que se esparció por Santiago con rapidez eléctrica, contestó el pueblo saliendo de estampido hácia las plazas, plazuelas i paseos públicos, i sin darse razon de lo que hacia, el hombre ilustrado como el que no lo era, la señora i la simple fregona, todos, grandes i chicos, hicieron llevar atropellados a esos lugares de asilo, tal copia de camas i colchones, que en un momento parte del tajamar, las plazas públicas i la reciente alameda, se cubrieron con ellos.

¿Qué hubiera dicho de nosotros un hombre de ilustrado juicio, traído por encanto a Santiago en esos momentos, al ver por entre los colchones relumbrar los carbones encendidos de muchos braseros provistos de tachos i teteras para el *vicio* del mate, i al notar el tembloroso ademán con que chupaban los fieles la bombilla, al mismo tiempo que imploraban el perdon de sus pecados?

Terminó al fin el angustiado plazo, i cuando huyendo de terror, unos cerraban los ojos i otros se desmayaban, un repique jeneral de campanas vino a anunciar al feliz Santiago, que el Dios de las bondades, merced a los ruegos de las monjas, habia perdonado al jénero humano otorgándole mas años de vida!

Pero estas nuevas pasajeras que de vez en cuando suelen caracterizar, con un solo hecho, el estado del progreso intelectual de algunos pueblos de la tierra, no puede proyectar mas que sobre una pequeña

parte de nuestra civilizacion, una luz desconsoladora, cuando no ridicula. Todo progresaba entónces en Chile, i progresaba con harta mas rapidez que aquella que podia esperarse, ya de sus coloniales antecedentes, ya de la semi-propia existencia de que gozaba desde el año 1810.

Corria el año de 1824. El Director Supremo don Bernardo O'Higgins habia abdicado el mando, o mas bien dicho, se habia visto obligado a reconocer que no podia permanecer por mas tiempo al frente de los negocios públicos, sin lanzar a su pais en el abismo de los horrores de una lucha fratricida.

El 23 de enero de 1823, este héroe chileno completó la nómina de sus esclarecidos servicios, con estas sentidas palabras: «Creyendo que en las circunstancias actuales puede contribuir a que la patria adquiera su tranquilidad el que yo deje el mando supremo del Estado, he venido en abdicar la Direccion Suprema i consignar su ejercicio provisorio en una junta gubernativa, compuesta de los ciudadanos don Agustin Eyzaguirre, don José Miguel Infante i don Fernando Errázuriz».

Pudo haber agregado lo que cuatro meses ántes habia dicho, al separarse del Perú, el héroe americano San Martín: «En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas dividirán sus opiniones; pero los hijos de éstos darán el verdadero fallo».

El fin que tuvo la vida pública de O'Higgins, de ese gran servidor de la patria, cuyas virtudes son harto mas patentes que sus defectos, agregó nueva prueba al filósofo axioma que del Capitolio a la Roca Tarpeya no hai mas que un paso. Todavía no se habia esparcido la noticia de su renuncia, cuando hecho prisionero por Ramon Freire en Valparaiso, en el momento de quererse espatriar para siempre de ese Chile, en cuyo obsequio habia espuesto tantas veces su vida, quiso sometérselo a un juicio de residencia.

Circunstancias que otros han referido i que no entran en el propósito de estas memorias reproducir, condujeron en seguida a ese orgullo civico i militar de Chile, a las lejanas playas del Perú, de donde solo pudieron venir sus restos mortales al seno de la patria agradeocida, cerca de medio siglo despues.

Cada vez que celebramos en Chile los dias patrios de setiembre, acuden sin esfuerzo a mi memoria las solemnidades con que celebraban los patriotas del año de 1824 el ya casi olvidado 12 de febrero, dia que, cual ningun otro, ostenta titulos que le hacen merecedor al mas justo i cumplido acatamiento del hombre chileno. El 12 de febrero de 1541,

fundó Pedro Valdivia a nuestro orgulloso Santiago; el 12 de febrero del año 1817, el ejército libertador, despues de haber resuelto, con pericial arrojo, el problema del paso de los Andes a la vista del enemigo, nos dió en Chacabuco la libertad que el 12 de febrero del siguiente año sancionó el país con la solemne Jura de nuestra Independencia.

Celebrábase, entónces, ese gran día i no el del 18 de setiembre; i solo el que asistió a esas festividades en las que se ostentaba, en medio del mas loco contento, la espresion del mas puro agradecimiento, glorificando a los padres de la patria, puede valorizar los efectos que produce la sorda lima del tiempo hasta sobre los recuerdos de las costumbres mas dignas de inmortalidad.

En ese día, la bandera a cuya sombra se habia jurado la independencia, llevada con gran pompa por el Director Supremo, era colocada sobre un trono levantado en el Cabildo, i de allí acompañada de todas las autoridades civiles, militares i religiosas, a la catedral, donde, despues del evangelio, en vez de nuestro acostumbrado sermón, se leía al pueblo, en alta e intelijible voz, el acta orijinal de nuestra independencia, llevada hasta el templo por el mismo Jefe del Estado con este objeto.

De estas festividades espresivas i conmemoradoras, solo conservamos el cañoneo de Hidalgo, las luminarias i los adornos de las calles que hoi, con mas o ménos ostentacion, se han trasladado a la Alameda; porque hasta el posterior paseo a la alegre Pampilla, hoi Parque Cousiño, totalmente despojada de su primitivo carácter democrático, solo se destina ahora a la nobleza encarrozada, dejando puerta a fuera a la humildé i nacional carreta.

¿Cuántos de los que concurren a lucir sus carruajes i sus caballos en los paseos públicos; cuántos de los que van al teatro, donde aun se entona la canción nacional, mas por lucir la voz de los cantores que por el significado de sus estrofas, significado que hasta llegó a alterarse despues, solo por ceder a tontas insinuaciones que pidieron la profanación de ese monumento histórico; cuántos, digo, tienen presente, en los regocijos de estos días, a aquellos a quienes deben patria i libertad i el saber i la holganza de que ahora disfrutan?

Las voces Patria i Chile no fueron voces sinónimas en los primeros tiempos de nuestra vida republicana. Patria no significaba al pié de la letra lo que ahora significa Chile, sino el conjunto de principios democráticos que luchaban a cuerpo partido contra los absolutistas de la monarquía española, i ademas, hasta las mismas personas que capita-

neaban las banderas independientes, i esto esplica el por qué tuvimos entónces Patria vieja i Patria nueva.

Solo en 1824 vino a darse por decreto supremo a la voz Patria su lejítimo significado; se mandó que en adelante se dijese ¡viva Chile! en vez de ¡viva la Patria! en los grandes dias en que debian celebrarse ya las glorias de reciente fecha, ya aquellas que conmemoraban las que nos dieron libertad.

Dícese con bastante razon, pero no con toda ella, que los viejos solo viven de recuerdos, i que adolecen de la mania de encontrar malo todo aquello que no se asemeja a lo que ocurrió o se hacia en sus verdes años. A mí no me tocan las jenerales de esta lei, porque para mí lo bueno no envejece, ni dejo ahora de acatar lo nuevo siendo bueno, con todo el ardor de mis primeros años. Mas, como esta no es condicion esclusivamente mia, ni es tampoco posible que muchos puedan traer sin trabajo a la memoria, lo bueno antiguo, creo que no mirarán de reojo los que estos renglones leyeren, si les dejo ántes de pasar al año de 1825, un pálido bosquejo de lo que era Chile en el de 1824, para que deduzcan de él lo que fué el año de 1810, i sepamos dar al César lo que al César pertenece.

Dividiase el territorio republicano, que solo alcanzaba en aquel entónces desde Atacama al canal de Chacao, en tres grandes departamentos llamados Coquimbo, Santiago i Concepcion, i en los gobiernos de Valdivia, Talcahuano i Valparaiso.

El departamento de Coquimbo confinaba al norte con la provincia de Atacama del Alto Perú en el rio *Sala Agua buena* i médano de Atacama, i al sur con el departamento de Santiago, en la quebrada del Negro i portezuelo de Tilama. El departamento de Santiago tenia por limites al sur el rio de Maule, que le separaba del de Concepcion i éste terminaba por la parte del sur con el rio Vergara, cerro de Santa Juana i *Rumen*.

La jurisdiccion de los titulados gobiernos de Talcahuano i de Valparaiso, no pasaba del recinto de cada una de esas plazas, pero no así la del de Valdivia que alcanzaba hasta el canal de Chacao, punto donde se detenia la bandera patria.

Esta patria, pobre i apartado rincon del Continente Americano, solo conocida por la sangre i los caudales que costó a la España su estéril conquista, contaba en 1824, segun cálculos cuya exactitud no me ha sido

posible averiguar, con 1.300,000 habitantes entre ambas razas, la indijena i la europea, mas o ménos puras o mezcladas.

Dedúcese fácilmente lo que debieron ser en 1810 la ilustracion, las tendencias i las aspiraciones de esta pequeña i aislada seccion del jénero humano, donde predominaba en la nobleza, casi siempre comprada, el «Plata te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale;» en las aulas el antiguo ergoteo; en el comercio los privilejios peninsulares; en el suelo a medio elaborar sobrados productos alimenticios; en el pueblo aquello de «Después de Dios el Rei i después del Rei el amo;» en el indijena la lanza i el saqueo; i en mui contadas personas el deseo de instruirse, devorando, a hurto, los pocos libros científicos, políticos o industriales que el contrabando o el acaso, siempre peligroso, ponía en sus manos.

¡Cómo es posible creer que con tan exiguos elementos pudiera Chile en solo trece años de existencia propia, trece años de febril i borrascosa vida, en la que simultáneamente se alternaban los triunfos i los desastres, las esperanzas i las decepciones, sin dejar un solo instante de peligrar la libertad, los haberes i la vida de los protagonistas del sangriento drama de nuestra independencia, llegar como llegó al año 1824!

En la historia de los primeros tiempos de nuestra vida republicana, hai un hecho digno de fijar la atencion del filósofo i del estadista, i es que esos héroes improvisados a quienes tanto debemos, al mismo tiempo que defendían a estocadas su propia vida, no dejaron de sembrar, para nosotros, instituciones de progreso, ni en los momentos mismos en que la patria desangrada i sin recursos, parecia hundirse con ellos en el cieno de la recolonizacion.¹

Entre nuestras actuales instituciones hai, en efecto, mui pocas que no deriven su existencia de otras iguales o análogas dictadas por aquellos jigantes de abnegacion i de patriotismo, en medio de los horrores i de las angustias de la guerra. En el año de 1824 ya existían en Chile, sino como instituciones perfectas i en pleno auge, al ménos como ideas que debían desarrollarse a su tiempo, multitud de acuerdos mas o ménos elaborados i puestos en planta para elevar a la República al rango de nacion civilizada.

En esos trece años se dictaron varias Constituciones, i la del año de

1. Era tal la escasez de recursos del Gobierno i con ella tan exiguo su crédito, que en octubre de 1818 llegó a paralizarse la fábrica de cartuchos en la maestranza por no existir en arcas fiscales con qué comprar papel.

1823 ha mantenido sus prescripciones en la parte judicial hasta estos últimos años, 1874.

La división territorial de las secciones gubernativas del día, tiene mucho de lo que eran en aquel entonces. Llamábanse delegaciones lo que ahora llamamos intendencias; i distritos, muchos de los que ahora llevan el nombre de departamentos. Dividiase entonces el país en tres grandes secciones, es cierto, ¿pero quién puede asegurar que esa división, mejor estudiada, no pudiera aprovechar reviviendo, a la fiscalización mas inmediata de los actos de los funcionarios públicos, i a la descentralización para dar mas vida i animación a la iniciativa de los gobernados?

La *Sociedad de amigos de Chile*, decretada el 5 de agosto de 1818 para promover los adelantos del país en los ramos de agricultura, comercio, minería, artes i oficios, es la base del ministerio de fomento que aun no vemos establecido en Chile.

Sintiendo la imperiosa necesidad de conocer con la posible perfección el país que organizaban, decretaron el 26 de junio del año 1823, la creación de una comisión de estadística encargada de un viaje científico por el territorio del Estado, con el objeto de examinar la jeología del país, sus plantas, sus minerales, i suministrar todos los datos que pudieran contribuir a formar una completa estadística; i seis meses después, el 20 de diciembre, se organizó la comisión corográfica para levantar el mapa de Chile, promover la industria, i proveer a la defensa de la patria.

Dictóse el 21 de mayo de 1823 un notable reglamento de policía i de costumbres, en el cual, salvo algunos artículos, hijos legítimos de aquella época, pudieran mucho aprender nuestros intendentes i gobernadores.

La policía rural, de la que solo ahora se ha venido a hacer seria mención entre nosotros, fué decretada el 26 de mayo del mismo año, i colocada a cargo de jueces que a las funciones de las juntas actuales de caminos, unian las obligaciones que imponen la salubridad de los campos, de los hombres i de los ganados, la conservación de los bosques i la multiplicación de los plantíos.

Creóse una comisión de beneficencia encargada de la protección i fomento de todos los establecimientos de caridad. Se restableció el hospicio para estirpar la mendicidad, acogiendo en él a todos los miserables

de uno i otro sexo, para darles ocupacion segun sus aptitudes i para socorrerlos en todas sus necesidades.

No descuidaron las exigencias de la sanidad, i la junta decretada con este nombre, i la prohibicion de enterrar en adelante cadáveres en las iglesias, dan de ello la mas patente prueba.

Creóse en 1820 el hospital militar, al que se le condecoró con el nombre de Hospital del Estado.

Los indijenes, llamados hermanos desde 1813, merecieron entónces reglamentos que promovian i aceleraban su civilizacion.

La justicia i la instruccion pública debe a nuestros padres la creacion de la patria Corte Suprema, la Academia chilena, creada por decreto de 10 de diciembre de 1823, con sus tres secciones: ciencias morales i políticas, ciencias físicas i matemáticas, literatura i artes; la Academia de leyes i práctica forense; el Instituto Nacional en la capital i en los departamentos, establecimiento instalado en 1813, restablecido en 1819 i reorganizado en 1823; las escuelas conventuales para hombres; las de los monasterios para las mujeres; escuelas lancasterianas, el Museo, la Biblioteca Nacional i la libertad de imprenta.

Colocaron la dignidad del hombre en su verdadero trono, con la abolicion de la esclavatura, la de los azotes, la de los palos en el ejército, los títulos de nobleza heredada o comprada, i cuanto tiende a degradar al hombre o a hacerle mas ridiculo de lo que es.

Al mismo tiempo que se abolian los efectos de la crueldad i del necio orgullo, nada se omitia para enaltecer el espíritu ni para formar hombres capaces de ostentar con justo orgullo el título de ciudadanos de una república ilustrada. Decretóse con este objeto el año de 1817 la creacion de la Lejion de Mérito, para premiar las virtudes i los talentos en todas las carreras, premios que llevaban el calificativo de «La mas honrosa i la mas estimable distincion nacional.»

Decretáronse asimismo premios al preceptorado i premios a los alumnos que aventajasen en estudio i saber a los demas. Lo que no hemos hecho hasta ahora, ni creo por desgracia, que lo hagamos tan luego, ya lo tenian hecho los padres de la patria el año de 1820. Entónces seis años de servicios en las clases superiores era mérito suficiente para obtener prebendas en las catedrales, i esos mismos seis años en los légos les daba opcion a los destinos análogos de su carrera. Siguiendo el mismo propósito, acordóse el título de benemérito de la juventud al alumno que mas sobresaliese ya en la probidad de sus costumbres i ejercicio

de las virtudes cívicas i morales, ya en el aprovechamiento científico o industrial; i a mas de las preeminencias del lugar que se le hacia ocupar en todas partes i de las consideraciones con que se le trataba, se le concedia el derecho de continuar gratuitamente sus estudios.

Los empleados públicos no trabajaban sin esperanza de premio, como casi siempre acontece ahora; el decreto de 3 de junio de 1820 al exigir que al principio de cada año el jefe de las oficinas de hacienda pase al ministerio de este nombre la foja de servicios de cada empleado para la provision de los empleos de los que hubieren servido en un destino inferior, lo está probando.

Mandáronse someter todos los gastos del Estado a rigurosos presupuestos, i rastros se encuentran en aquella época, hasta de la consolidacion de nuestra deuda interior.

El arte de la guerra, esa necesidad imperiosa de la raza humana, debe a los hombres de aquella tumultuosa i angustiada era, la academia militar, la escuela de pilotos, la comision encargada de formar un código militar, i la maestranza de armas i de instrumentos bélicos.

No andaban entónces nuestros inválidos sueltos i mendigando como ahora, porque el año 23 ya contaba el valor desgraciado con un asilo protector, a cargo i bajo la inmediata vijilancia del comandante jeneral de armas para que nada faltase a aquellos infelices.

El decreto de 10 de diciembre de 1822 echó por primera vez en Santiago los verdaderos cimientos de la guardia nacional.

Para no parecer por demas prolijo, ennumerando, aunque sea tan a la lijera, cuanto a nuestros padres debemos, terminaré esta reseña sentando que hasta de aumentar los dias útiles de trabajo que tenia el año chileno se ocuparon; pues perseguida la holganza i el ocio hasta en sus mas sagrados retretes, lograron que las fiestas de riguroso precepto que alcanzaban entónces a cuarenta, quedaran reducidas a solo doce, i abolidas completamente las muchas de medio precepto que casi siempre, i sobre todo en los pueblos, se volvian de precepto entero.

Todo lo preveian solícitos. La América española no era para nuestros padres un conjunto de distintas naciones, era solo un único estado por emancipar, i la emancipacion no la consideraban completa mientras imperase en alguna de sus secciones el dominio español. La historia contemporánea argentino-chilena llevaba ya consignados en sus preciosas pájinas muchos de los hechos que acreditan esta verdad, cuando se trató de emancipar al Perú; mas como no he visto conmemorar aque-

llos cuyo alcance llegaba hasta los mas remotos términos del dominio español en la América, debe permitirse a mi patrio orgullo el que consigne aquí, aunque sean las primeras palabras de la notable proclama que don Luis Maury, jeneral en jefe de las fuerzas destinadas a obrar contra Nueva Granada, dirigió a sus compatriotas el 10 de julio de 1818 despues de haber tomado posesion de las islas de Santa Catalina, Providencia la Vieja i San Andres, dependientes de aquel vireinato. Dice así:

«Compatriotas! Los poderosos Estados-Unidos de Buenos Aires i Chile, deseando cooperar en cuanto les sea posible a la emancipacion de sus oprimidos hermanos, me han comisionado para cumplir esta noble empresa en la Nueva Granada. Gracias al cielo que les ha inspirado tan magnánimos sentimientos. Sea su union i su sabia conducta nuestra guia en nuestras futuras operaciones.¹»

¿I qué decir ahora a las ideas que entónces se tenían sobre la importancia de la emigracion de extranjeros, como complemento de la grande obra con tantos sacrificios iniciada? En la *Camila* que el célebre patriota Camilo Henriquez escribió para nuestro teatro, con el objeto de sembrar en la mente de los concurrentes semillas de lejítimo progreso, dice uno de los interlocutores: «Si la América no olvida las preocupaciones españolas i no adopta mas liberales principios, jamas saldrá de la esfera de una España ultramarina, miserable i oscura como la España europea. Para remediar la lastimosa despoblacion de la América i su atraso en las artes i en la agricultura, es necesario llamar extranjeros con el atractivo de unas leyes imparciales, tolerantes i paternales.»

Nada se escapó, pues, a las miradas de esos hombres extraordinarios, que así pasaban la espada del guerrero a la mano izquierda para dejar libre la derecha a la pluma organizadora, como el acero al poderoso puño, para defender junto con los fueros de la patria la propia vida.

Teniamos en las naciones extranjeras cuatro misiones diplomáticas en el año 24. Eran ministros plenipotenciarios de Chile en Buenos Aires, don Joaquin Campino; en Europa, don José Antonio Irizarri; en el Perú, don Miguel Zañartu, i en Roma, don Ignacio Cienfuegos.

Para Chile solo eran extranjeros los enemigos de su libertad, i la idoneidad el candidato jurado para los mas delicados puestos públicos. A Dauxion Lavaysse se confió la direccion de la comision de estadística;

1. Correo del Orinoco, núm. 17, año de 1819, Angostura.

a Alberto d'Albe i Cárlos Lozier la de la corográfica; Zegers o Zegggers, como se escribía entónces, era oficial presidente del despacho de relaciones esterores; Bayarna era director de la Academia Militar; Ocampo consultor de lo que entónces llamaban Cámara Nacional. En resolucion, Chile de entónces supo nacionalizar los ilustres nombres de San Martín, de Cochrane i de Blanco, i los retoños de aquellos denodados oficiales de mar i tierra que nos trajeron jenerosos el precioso contingente de su sangre i de sus luces de que tanto necesitábamos, nos siguen dando dias de gloria como si sus padres no hubiesen tenido mas patria que la propia nuestra.

CAPITULO V.

El baron de Mackau i el corsario Quintanilla.—Viaje a Francia.—Rio Janeiro.—Havre de Grace.—Paris de aquel entónces.—María Malibran Garcia.—Un hijito de Fernando VII.—La Duquesa de Berry.—Colejio de Silvela.—El matemático Vallejo.—Don Andres A. de Gorbea.—Don Leandro Fernandez Moratin.—Don Silvestre Pinheiro Ferreira, profesor de Derecho Público.—El romanticismo.—Alejandro Dumas.—El Jeneral San Martin en Francia.—El jeneral Murillo.

Entre las naciones europeas que comenzaron a frecuentar con sus naves nuestras costas, así que la guerra de la independencia se los permitió, la Inglaterra i la Franeia fueron las mas solicitas a captarse las simpatias del nuevo Estado que abria, a los frutos de la industria extranjera, sus codiciados puertos.

Fué este uno de los motivos que impulsaron al Ministro de Marina frances a autorizar a los jefes de su escuadra del Pacifico, para que concediesen pases libres, en sus gavarras o trasportes, a los hijos de las familias influyentes de Santiago que solicitasen ir a continuar en Francia sus estudios.

Cupo al almirante Mackau, que alcanzó despues a ser Ministro de Estado en tiempo de Luis Felipe de Orleans, ser intérprete de estas buenas disposiciones para con Chile, i aun el gusto de exajerarlas, como aparece del hecho que voi a referir i que por haber pasado mui de puertas adentro, muchos ignoran.

Aun no existian en Chile en 1823 casas extranjeras de comercio, i los franceses habian elejido la mui opulenta de don Felipe Santiago del Solar, para la consignacion de sus naves i la de los cargamentos de mercaderias que comenzaban a enviar de su pais a nuestra recién naciente República.

El baron de Mackau, comandante de la fragata de guerra francesa

Clorinda, que se gallardeaba a la sazón en medio de los buques ingleses i norte-americanos surtos en la bahía de Valparaíso, trasladado a Santiago con algunos de sus oficiales, se hospedaba entónces en casa de mi padre, donde para hacerle mas grata su permanencia, se le trataba a cuerpo de rei.

Todo el territorio chileno no se encontraba aun libre de las autoridades españolas, pues en el vasto asiento de las islas, con Chiloé por cabecera, imperaba todavía el terrible caudillo Quintanilla, aunque no era esto parte a impedir que nuestros corsarios asolasen el comercio español desde de las aguas de Valdivia hasta las de Guayaquil; pues nuestros faluchos, que no eran entónces otras nuestras naves, desbalijaban que era un contento, a cuantos buques españoles de comercio se les venian a la manos. La sola casa de Solar contaba con cuatro corsarios, cuya capitana *El Chileno*, habia hecho tanto daño a Quintanilla, capturando cuantos buques con recursos le enviaban del Perú, que exasperado armó la célebre nave *La Quintanilla*, que al mando de un tal Martelí, no tardó en dar al traste con toda la division Solar, obligando a *El Chileno*, único cachucho que escapó de sus garras, a asilarse bajo los fuegos de las baterías de Valparaíso. Supo el buen barón de Mackau por boca de Solar lo que pasaba; ignoro lo que entre los dos hablaron; pero no ignoro lo que ocurrió despues; pues es lo cierto, que a poco andar, ya la terrible *La Quintanilla* era declarada buena presa de la fragata *Clorinda*, i que el no ménos terrible Martelí se encontraba encerrado en calidad de preso a bordo de la gabarra francesa *Mosselle*.

Estas felices travesuras i otras a estas parecidas, que no hai para que relatar; el contacto cada día mas frecuente que la actividad comercial nos proporcionaba con el extranjero; la sucesiva llegada a nuestras poco frecuentadas playas de capacidades como la de Lozier, i la de muchas otras que sin ser reales de a ocho en sus respectivos países, venian a serlo sin esfuerzo en nuestra patria; la preferente acogida que dispensaba, por las anteriores razones, a todo lo de fuera la inconsulta hospitalidad de nuestros estrados, aunque los tales de fuera no fuesen otra cosa que meros mercachifles engalanados con la natural desenvoltura del *commis voyageur*, con el arte de anudarse la corbata i con el no ménos atractivo de saber bailar i enseñar las recién llegadas cuadrillas; hicieron creer a muchos padres de familia que la instruccion, para ser buena, solo podía adquirirse en la culta Europa; i a muchas madres i hasta entónces encojidas hijas en el campo de los devaneos sociales, que fuera de

Francia o de Inglaterra, no podia encontrarse ni la fuente del galano decir, ni el verdadero *cóme il faut*, padre del encanto de los salones.

Antes, pues, que se notificase a los chilenos la benévola disposicion del Gobierno frances para con los jóvenes americanos, ya habían salido Carlos Perez Rosales i Juan Enrique Ramirez, el primero para Inglaterra i para Escocia el segundo, i el 16 de enero de 1825 daba a la vela del puerto de Valparaiso para Francia, i cargado de jóvenes chilenos, el transporte *Mosselle* de la marina de guerra francesa.

¿Adónde iban esos jóvenes, orgullo i esperanza de sus padres, llenando de envidia a los que por falta de recursos quedaban reducidos a las escuelas patrias? ¡Iban a Francia en busca de un fácil saber, sin sospechar ni por un instante, que allí les esperaba la sabiduría, como esperó a muchos 24 años despues el oro que a paladas pensaron recojer en California!

Fueron los alegres pasajeros de la *Mosselle*: Santiago Rosales, Manuel Solar, los cuatro hermanos Jara-Quemada, Lorenzo, Ramon, Manuel i Miguel; los hermanos Antonio i José de la Lastra, José Manuel Ramirez, mi hermano Ruperto Solar i yo.

Tras de esta primera espedicion, pero ya no en buques de la armada francesa, salieron otros con el mismo destino, conduciendo a los hermanos Guerrero, Calixto, Lorenzo, i Victor; a los hermanos Larrain Moxó, Rafael, Santiago i José Maria; a los hermanos Toro, Bernardo, Domingo, Alonso i Nicasio; a José Manuel Izquierdo, a Manuel Talavera, José Luis Borgoño, Ramon Undurraga i Miguel Ramirez. Todos estos jóvenes unidos a los del primer viaje, a escepcion de Manuel Talavera, Calixto Guerrero, Bernardo Toro, Miguel i José Manuel Ramirez, ocuparon un asiento en el mentado colejio de Silvela, único en su época, así por el nombre i la capacidad intelectual de sus notabilísimos preceptores, como por el gran número i la juiciosa distribucion de los distintos ramos del saber humano que allí se cursaban.

De toda aquella dorada juventud chilena que en pos de la instruccion cruzó los mares hasta llegar a la envidiada Europa, ¿qué nos queda? Solo recuerdos de infructuosos afanes i tres testigos presenciales del jeneral malogrado: don Rafael Larrain Moxó, don Domingo José de Toro, i la mano debilitada que estos renglones traza.

Mal camino seguirán siempre los padres de familia que, sin dar primero a sus hijos la instruccion elemental, les separan de su lado i de su patria para que vayan a estudiar en Europa en perverso frances o mal

inglés, aquello que pueden aprender en Chile en correcto castellano. Solo debe pasar a Europa el jóven ya formado que, habiendo adquirido en las aulas patrias cuanto en ellas puede aprenderse, desearse perfeccionar sus conocimientos profesionales, o aquellos otros que caracterizan al hombre de mundo i que solo pueden adquirirse en el roce ordinario que motivan los viajes entre todo linaje de jentes, en el prolijo estudio de las costumbres i en el inmediato contacto con los hijos de las naciones mas cultas del Viejo Mundo.

Volvimos, pues, los que allá fuimos con poco mas del triste alfabeto por aprendizaje, sin siquiera poder decir cuando llegamos, que sabiamos tanto cuanto encontramos que sabian sin salir de Chile, aquellos mismos que suspiraron por no podernos seguir. Pero, para ser justos, es preciso coafesar que en aquello de superfluidades, de *gabachismos* i de meter en todo *ex-cathedra* la mano, nadie hasta ahora nos ha podido aventajar.

Pero veo que me he apartado de mi viaje a bordo de aquella mentada *Mosselle* que tanto nos hizo padecer. Seguimos pues en ella acompañados del prisionero Marteli i al cabo de treinta i seis dias de navegacion, despues de doblar de nuevo el Cabo de Hornos, pude contemplar por segunda vez ese Rio Janeiro i esa terrible Playa Grande, donde cuatro años ántes habia sido arrojado, sin amparo, por la esquisita crueldad de Lord Spencer.

El Rio Janeiro del año 25 era el mismo poblachon del año 21, con solo cuatro años mas de edad. Este pueblo negrero, de irregular trazado, de perversa policia de aseo i de ninguna sanidad desde media noche para adelante, pues a falta de depósitos salubres i fijos de aquel residuo cuyo nombre ponderó tanto Victor Hugo en boca del irritado Cambrone, barriles sin mas tapa que la atmósfera, corrian de todas partes a infectonar las playas de las tranquilas aguas de la bahia. Salvo algunas escepciones, miéntras mas lucia sus galas la naturaleza en aquel lugar, mas lucia la incuria i el desgüeño de sus sudorientos habitantes.

Entónces, como en los años 30, 45 i 60, épocas en que tuve ocasion de visitar de nuevo esa capital de imperio, no encontré en ella un solo edificio, incluso el palacio imperial, que pudiera equipararse con ninguno de los edificios públicos o privados de nuestro actual Santiago.

Llamóme entónces la atencion el templo que, comunicado con el palacio, servia de capilla u oratorio a sus majestades; no tanto por su construccion arquitectónica, cuanto por la naturaleza de los cantores de

su poderoso coro. ¡Quién lo creyera! Víctimas de aquella inmoral mutilación que acredita para guardian de serrallo en la polígama Turquía, eran los cantores que acompañaban con infantiles i plateadas voces el santo sacrificio de la misa, i todos eran hijos de la entónces desmembrada Italia!

El mismo efecto que produce sobre el ternero este acto que autoriza la voracidad humana, le produce tambien sobre el hombre. Tenian aquellos infelices coristas voz de mujer, cara de niño i cuerpo i abdomen elefantado. ¿Eran más felices que los demás hombres?... ¿Quién pudiera decirlo?

En esa época, el afortunado Brasil, sin haber tenido que pasar por ninguna de las tormentas que casi desmastelados arrastramos en la lucha contra los mandarines de Castilla, habia ya tranquilo promulgado, el 25 de marzo, la Constitucion política del imperio, calificada, no sé por qué por los hijos del pais, como la tercera en antigüedad de cuantas se conocen en el mundo.

Los favores que se dispensan tan a vuelo de pájaro, como el que a nosotros nos dispensó el gobierno frances, suelen pagarse caros. En Rio Janeiro tuvimos que abandonar la *Mosselle*, a causa del adusto i casi brutal trato que nos habia dado, en el viaje desde Valparaiso, su buen capitán, i prosiguiendo nuestro viaje a bordo de una barca francesa, mandada por el capitán Blatin, llegamos a los ciento dos dias de nuestra salida de Chile a la embocadura del Canal de la Mancha, desde donde a poco andar nos encontramos en el curiosísimo puerto frances llamado Havre de Grace.

El Canal de la Mancha, el golfo de Vizcaya i el Mar de las Antillas, parece que se disputasen entre ellos el dominio de las tempestades en la época de los equinoccios. En esos borrascosos mares no se cuentan los naufragios anuales por decenas sino por centenares. El Havre de Grace, cuyo nombre está diciendo lo que era, ántes que el saber i el brazo del hombre le convirtieran en lo que ahora es; el puerto de Chesbourg i muchos otros, son pruebas palmarias de que no hai mala rada ni simple apariencia de rada que no pueda convertirse en excelente puerto. Por esta razon, cuando descuidamos los caminos que conducen a los peligrosos puertos que median entre Valparaiso, mal puerto tambien, i la bahía de Concepcion, obramos con poca prevision. Si los franceses hubiesen encontrado donde ahora se alza el poderoso puerto de Chesbourg, los recursos naturales que ofrecen el puerto de Topocalma, los bajos i

las lagunas de Vichuquen i Boyeruca; i si los franceses para hacer navegable el Sena desde el mismo mar donde desemboca, hubiesen contado como nosotros contamos en Talcahuano con un bajo que llenan las aguas del Bio-Bio en sus creces i que, pasando al costado mismo de Concepcion, desemboca junto al puerto, cuánto ménos no les hubiera costado el puerto de Chesbourg, i cuántos años no contaria ya la fácil navegacion fluvial i marítima del Bio-Bio, dejando a un lado su peligrosa barra!

¿Cuántos afanes no costó la construccion del Havre? Apénas comenzaban a elevarse los tajamares que debian poner al futuro puerto a cubierto de las invasiones de las mareas zizijiales, a las que daba el viento el carácter de un mar embravecido, cuando en la noche del 15 de enero de 1525, pereció ahogada la tercera parte de la poblacion a impulsos de una repentina crece que alcanzó a precipitar dentro de los fosos del castillo Gravelle hasta 28 embarcaciones. Análogos accidentes ocurrieron en el mismo puerto en los años 1718 i 1765, i fué tal el empuje del viento en el primero, que aun en el dia se recuerda con espanto, que un cañon de a 36 con su cureña fué arrojado de su asiento. Pues bien, ese mismo lugar, merced al trabajo del hombre ostenta en el dia el seguro i mui mercantil puerto artificial donde acabábamos de desembarcar.

Nadie pensó, para comunicar el Sena con el mar, en combatir la barra i los bancos que sus tumultuosas aguas formaban en su embocadura, como nosotros hemos pensado varias veces hacerlo en nuestro Maule, creyendo que el aumento artificial de sus aguas pudiera arrojar la barra mar adentro: notable absurdo que combate el resultado del estudio de la embocadura del caudaloso Marañon, cuyas violentas aguas, sin dejar de formar barra, penetran cuarenta leguas mar adentro sin mezclarse con las del océano. Utilizase solo la embocadura del Sena para aprovechar los bajos que el retiro periódico de las mareas dejaban en su márgen oriental. Es en esos bajos circundados de mnrallones i ahondados a fuerza de draga i de barreta hasta el nivel de las mas bajas mareas, convertidos en espaciosas i tranquilas plazas públicas de agua son el ancladero, sin necesidad de ancla, donde con orden simétrico i costado a costado se colocan, como en una taza de leche, centenares de embarcaciones que año por año llegan a aquel puerto, cuya entrada, protegida por quiebra-olas, les franquea el mas fácil acceso.

Contaba el Havre en 1825 con tres plazas de agua comunicadas por

canales, i las tres podian contener con desahogo hasta 200 embarcaciones de alto calado. Como pueblo para vivir en él, nada tenia de notable; por el contrario, plaza fuerte, aunque de tercer orden, sus fosos, arsenales i astilleros, sus inexorables e incómodas cuatro únicas puertas, su corta poblacion que alcanzaba a solo 22,000 almas de residentes i a cuatro de transeuntes, i su carácter puramente militar i mercantil, solo dejaron en mi ánimo el recuerdo de cuánto pueden la industria i el trabajo cuando luchan perseverantes, cuerpo a cuerpo, contra las dificultades materiales que puede oponer al logro de su propósito la simple naturaleza.

Dejé el Havre como dejan las aves pasajeras los punto que recorren; i al quinto día de mi llegada a la envidiada Europa, despues de una pesada trasnochada en los violentos carromatos de la compañía Lafitte i Caillard, me encontré en el mentado Paris, centro de lo bueno i de lo malo, de lo alegre i de lo triste, patria de buen gusto i de ridiculas extravagancias, i emporio favorito del devaneo i de las disipaciones, calificado por el buen Víctor Hugo con el pomposo nombre de «cerebro de la humanidad.»

Las ciudades aventajan a los hombres en la facultad de rejuvenecer. Pocas hai que cuenten en el mundo mas abriles que la antigua Lutecia, pueblo que llegó a llamar *Oppidum* el mismo Julio César, como testimonio de que en aquel entónces, gozaba ya de los humos de capital. Paris del año de 1825, cuando me encontré por primera vez en él, era respecto al Paris que visité por tercera vez el año de 1859, lo que es la figura de un hombre contrahecho garabateado con tiza i carbon sobre una pared, comparada con una pintura hija del arte espuesta en un museo. No quiere decir esto que sus palacios, sus templos, sus academias i sus museos, que tantas riquezas atesoran, no existiesen entónces, porque la mayor parte de esos pasmos del ingenio humano ya existian; pero tan diseminados i perdidos en un inmenso poblachon que, sin obedecer a ningun regular trazado, habia ido creciendo a fuerza de inconsultos agregados, poblachon con calles en jeneral tortuosas i sin salidas, anchas unas, estrechisimas otras, i las mas, sombrías, húmedas i hediondas, con descuidado pavimento i perverso alumbrado de aceite de ballena, cuya escasa luz solian corregir tiestos de barro con sebo i sus mechas ardiendo, que la policia solia colocar sobre los tropiezos accidentales para precaver el vuelco de los carruajes, que no se compren-

de, en verdad, como podian lucir tan ricas joyas sobre tan burdo engaste.

Aquel Paris del año 25 no existia ya en el de 59. Luis Felipe de Orleans habia ya comenzado a trasformarle ensanchando su recinto, rodeándole de poderosos i artillados baluartes i trazando entre éste i aquél, hermosas calles, cuando el tercer Napoleon, su inesperado sucesor, con el triple propósito de quitar a los revolucionarios parisienses su natural guarida, de dar ocupacion a ociosos brazos, siempre dispuestos a reforzar tumultos, i de hermostear la ciudad a fuerza de costosas demoliciones que nada respetaban, echó al traves de aquel intrincado i vetusto laberinto, las mui anchas i suntuosas calles que llevan en el dia el pomposo nombre de avenidas.

Los Campos Eliseos, no tenian mas de Eliseos que el aire mas puro que en ellos se respiraba, saliendo del centro de la poblacion. El bosque de Boulogne era una pequeña selva destinada a las cacerías reales, i el lugar jurado, que por su apartamiento, servia para el desquite sangriento de las ofensas individuales. El bosque de Vincennes situado en el lado opuesto, servia tambien para lo mismo, sin mas diferencia que exhibir a la entrada los torreones ennegrecidos de la fortaleza de Vincennes, que hacia entónces las veces de Bastilla, i en cuyos fosos se veia señalado con un triste monumento mortuorio, el lugar donde habia sido asesinado por orden de Napoleon I el duque de Enghien. Por lo demas, el bullicio, el movimiento, los *flaneurs* o aplanadores de calles, la alegría, el tormento, las modas, los devaneos de las coquetas, las disipaciones, los bailes aristocráticos, i aquellos donde luce el *cancan*, las caricaturas, los retruécanos, los desafíos, la riqueza i la miseria, viven i reinan ahora en la gran ciudad ni mas ni ménos como vivian i reinaban en aquel entónces.

En Paris se puede vivir con dos reales, i con dos millones, i estar siempre tanto el poseedor de los dos reales, quanto el de los dos millones, pobres i entrampados hasta los ojos.

Razon tienen los extranjeros cuando encarecen la perfeccion de las representaciones líricas i dramáticas que son el encanto del abultado Paris. En jeneral, se cree que sin el *visto bueno* parisiense no puede ser moneda corriente actor alguno.

Contaba el Paris de mis primeros tiempos, con nueve teatros de alguna consideracion para su época, amen de otros muchos de menor i aun de minisima cuantía. Quien queria saciarse de clasicismo i de or

hablar con académica perfeccion el idioma francés, ocurría hasta el año de 1827 al teatro francés, donde todavía representaba la célebre Mars. Quien quería hartarse de chistes, de pullas i retruécanos, tenía a la mano a la Gaité; para los horrores parecidos a los del terrible *Treinta años* o *La vida de un jugador*, allí estaban la puerta de San Martín, el Ambigú i otros; para la música lijera i alegre la Opera Cómica; para la séria i alegre, aunque de otra escuela, tenían el Teatro Italiano, donde resonaban los fáciles gorjeos de la friona Santag, que parecia tener en la garganta un nido de ruiseñores, i la poderosa, sensible i modulante voz de la incomparable Maria Malibran Garcia, orgullo de España, encanto de la Francia, de la Béljica i de la Inglaterra, donde alternativamente representaba, i artista que, segun los diarios de la época, merecía ser servida i adulada por Talía i Melpomene al mismo tiempo; i para lo que es la música majestnosa, tenían la Grande Opera, afamada entónces por el riquísimo aparato de sus suntuosas decoraciones i por la voz del único tenor que recuerdan con orgullo los franceses, de aquel Nourrit que se suicidó cuando supo que otro hombre cantaba tan bien como él.

Para lo que es la gayera produccion de eróticos devaneos, no hai terreno mas feraz que las tablas de un proscenio; i no porque en ellas encuentre el aficionado mejores i mas baratos encantos que los que pudiera encontrar por fuera, sino por el prurito que tiene cada hijo de vecino, de hacerse dueño de todo aquello que los demas admiran. En el teatro corral como en el teatro mundo, parece que fuera esto una regla jeneral, a pesar de que todos saben que donde se profesa el finjimiento, no puede haber nada que no lo sea.

Sin embargo, en el gremio ambulante de los que ganan su vida remedando vicios o virtudes ajenas, ocultando bajo finjidas carcajadas, verdaderas lágrimas, o dando ardientes i cariñosos besos a los que quisieran ver fritos, suele de vez en cuando encontrarse la sinceridad, obligada, por la necesidad, al finjimiento. Tal es lo que acontecia con la artista que acabo de mencionar, con la justamente celebrada Maria Malibran Garcia, hija del ponderado tenor Garcia, i hermana de aquella mentada Viardot que encantaba con su voz a los rusos en el teatro imperial de San Petersburgo. La Malibran solo fué cómica en las tablas. Recuerdo un hecho cuya verdad me consta, i cuyos pormenores publicó, bien que con prudente cautela, el *Constitucional* del año de 1828.

Uno de aquellos, no sé si felices o desgraciados ociosos, cuya riqueza

supera, a veces, las exigencias de la disipacion, tuvo una buena mañana la ocurrencia de dirigir a la Malibran, bajo el cierro de una zahumada esquila, una cédula de cien mil francos acompañada con estos cortos renglones: «Señorita: un solo momento de entrevista privada, con la designacion del día i de la hora, solicita de Ud. este humilde servidor. Heine», i la esquila i su contenido le fueron devueltos con esta lacónica contestacion: «Yo no me vendo; i si la desgracia me obligara a faltar a mi deber, no seria Ud. el elegido. M. M. G.»

Heine tuvo el jeneroso capricho de entregar a la redaccion del *Constitucional* ambas comunicaciones con encargo, debidamente remunerado, de hacer sobre ellas filosóficas observaciones. La redaccion se contentó con la publicacion de ambas cartas, conservando en ellas las iniciales de los que la autorizaban, i con acompañarlas con esta sola reflexion: «¡Digan ahora que quien plata tiene todo lo puede!»

I ya que sin saber por qué entró mi pluma en la rejion del galanteo, aprovecharé la tinta que aun le queda en referir un rasgo de galanteria española que alcanzó a ocupar hasta por dos dias, i esto es un mundo, la atencion de la novedosa capital de Francia.

Encontrábase a la sazón, año de 1828, en el colejio, colocado por el embajador de España, un simpático jovencito, cuyo rostro reflejaba como pudiera hacerlo un buen espejo, las facciones que, cuando niño, debió tener el mismísimo Fernando VII. Ignoro como es natural, cual de estos dos motivos o si ambos juntos, granjeaban a este jóven el respeto con que se le trataba; lo único que recuerdo es que éramos aparceros, que se llamaba Fernando Solis i que daba al embajador el título de padre. Fernandito fué quien me puso al corriente de la insulsa historieta que voi a contar, por haberla presenciado él en casa de su titulado padre.

Propúsose la embajada de España obsequiar con un suntuoso sarao a la rumbosa duquesa de Berri que era, entónces, la persona ménos mal querida de cuantas componian la corte del viejo i devoto cazador Carlos X de Francia, i esto bastó, como siempre acontece, para excitar el entusiasmo coreográfico de los hijos mimados de la fortuna, para hacer trasnochar sastres, modistas i peluqueros, i hasta para cortar por medio los nudos gordianos de las bolsas que no podian desatarse de otro modo. Ya yo habia visto bastante de cerca a la obsequiada, en el teatro jimnasio, nombre que a instancias de ella, por tenerla por protectora de las artes, habia cambiado el buen Carlos X con el de teatro de Ma-

dame; i en verdad que no habia encontrado en su lujosa personita ni la hermosura, ni la admirable gallardía que el cortesano adulo la prestaba.

María Carolina de Borbon, viuda del asesinado duque de Berri, no tendria a la sazón ménos de 39 años; pero esta edad que para la mujer chilena hasta vejez llega a veces a ser, no habia aun menoscabo en la duquesa sus verdaderos atractivos; pues todavía podia lucir con justo orgullo incomparable tez, rubios i sedosos cabellos, brazos hechos a toro i dos menudos piés que apesar de algo inclinados hácia adentro, eran el encanto de los aficionados, circunstancia que ella no ignoraba. Esta alegre i voluntariosa napolitana era además madre del entónces duque de Burdeos, heredero presuntivo de la corona de Francia, conde de Chambor despues i hoi aspirante al rejio nombre de Enrique V, circunstancias todas que aumentaban el caudal de su propio valer.

Estilábase entónces en los bailes de corte, tender alfombras hasta sobre la vereda de la calle que daba a la puerta del palacio, en cuyo dintel se encontraban apuestos jóvenes para recibir i conducir a las convidadas a medida que iban llegando. Acababa uno de los repentinos chubascos que suelen descolgarse con frecuencia en Paris, no solo de empapar la alfombra colocada sobre la vereda de la casa de la embajada, sino tambien de llenar de agua los hundimientos del perverso adquinado de la calle, cuando llegó el coche de la duquesa con gran ruido de caballos i de engalonados lacayos. Calzaba la esplendorosa convidada aquella noche un par de medias cuyo valor hacia subir la fama a la fabulosa suma de cinco mil francos. ¿Cómo esponer a aquel primor de arte i el lujosísimo zapato a la profanacion de un pringue de mal barro? Aquí de los apuros de los receptores, solo habia un tranco que dar para entrar en sagrado, pero ese tranco no era para mujer, ¿qué hacer entónces? Colocar una tabla era ridiculo; ocurrir por otra alfombra, moroso, i suspender en brazos a la dama, como se le ocurrió a un galan frances, un desacato; todo era atropellada confusion cuando un gallardo joven español de los allegados a la embajada, colocando con desembarazo en el barro su lujoso tricornio i tendiendo la mano a la recién llegada le dijo: «soberana señora, aquí se pisa.» Causó este rasgo de desenvuelta i culta galanteria admiracion i aplauso, i el atento sacrificio aceptado sin titubear por la duquesa, no solo valió al feliz *godo* la honra de ser nombrado caballero suyo durante toda aquella noche, sino tambien los elojios de los entrometidos *reporters* de la prensa. Nada mas dice la historia

auténtica de lo que sucedió despues; la desautorizada.... Pronto veremos a esta dulce niña de 39 años reaparecer en mis pocos murmuradores relatos, i se verá entónces lo que va de lo vivo a lo pintado.

Pero no usurpemos a plumas mas francas i galanas el derecho de pintar o describir a Paris, verdadero pueblo—Dulcinea que tiene la virtud de convertir en amorosos Quijotes a cuantos la visitan.

La vuelta de Fernando VII al trono de las Españas, habia poblado la Francia de sabios españoles a quienes sus ideas liberales obligaron a buscar asilo del otro lado de los Pirineos. Entre estos eminentes escritores cúpome la suerte de tratar mui de cerca al eminente matemático Vallejo, i a los distinguidos literatos i jurisconsultos Moratin, Silvela, Ferrer, Salvá, Saavedra, Mendivil i Mauri.

Acababa de establecerse en la calle de la *Mi-Chaudière*, núm. 9, un colejio para españoles a cargo del presbitero Prado i del profesor Vallejo, a quien debo, junto con mi aficion a las ciencias exactas, las pocas nociones que tengo de ellas.

Era Vallejo un hombre alto, barrigon, de ojos pequeños i capotudos, pero inteligentes, de levantada frente i de mui abultada nariz. Su andar, cuando iba solo, era pausado i casi siempre interrumpido como por puntós suspensivos.

Fanático por la ciencia que ha inmortalizado su nombre, trabajaba noches enteras tan absorto en sus cálculos, que muchas veces, cuando la campana del colejio tocaba a madrugar, él creia que era el toque de recojerse, i no era poca su sorpresa, cuando al salir de su estudio se encontraba con la luz del sol! Esas veladas i el continuo meditar, fueron poco a poco debilitando tanto su cabeza, que al último dió en la mania de creer que habia encontrado un modo infalible de libertar la humanidad de los desastrosos efectos de los terremotos.

Habíame cobrado singular cariño i como en las horas de recreo i aun en las escursiones que hacíamos juntos por los contornos de Paris, con el objeto de adiestrarme en el levantamiento de planos, no me hablase de otra cosa que de su *Para-temblor*, no tardé en persuadirme de que el sabio profesor acabaria por perder el juicio, i así fué, por desgracia, la verdad, pues tuve el dolor de verle llevar al hospital de Leon, afamado entónces para la curacion de la mas triste de las humanas enfermedades, la locura!

Los emigrantes a quienes políticos descomedimientos obligan a espatriarse, forman siempre en aquellos lugares donde se asilan sociedades

de lamentos o de reniegos que alimenta la comun desgracia. Entre muchos españoles que purgaban en aquel entónces en Francia el pecado del sensato patriotismo, sobresalía por sus frecuentes visitas al establecimiento de la calle de la *Mi-Chaudière*, el distinguido profesor de matemáticas don Andres Antonio de Gorbea, i en verdad que al tratar a ese eminente educacionista, nunca se me ocurrió que trataba con el futuro chileno cuyas luces i especiales conocimientos en las ciencias exactas debian ser un justo título de orgullo para sus discípulos en Chile.

El misero estado de los recursos pecuniarios de Gorbea en Francia puede deducirse del placer con que aceptó en 1825 el mezquino sueldo de 500 pesos que le ofreció don Mariano Egaña, a la sazón ministro plenipotenciario de Chile, para que se trasladase a la República en calidad de profesor de matemáticas.

A fines de ese mismo año se presentó el pobre espatriado a nuestro colejio llevando de la mano a su hijito Luis de Gorbea Baltar para confiarlo al paternal cuidado de Vallejo que, en tiempos mas felices, habia sido su maestro de matemáticas. Fué Luis de Gorbea Baltar condiscípulo mio en el colejio Prado i Vallejo todo el tiempo que permanecí en ese establecimiento de educacion, hasta que me trasladé al del eminente juriconsulto don Manuel Silvela. Luis salió, pues, a educarse fuera de su patria, i merced a los sacrificios de su solícito padre obtuvo colocacion en Paris en el acreditado colejio que rejentaba Prado.

Me he detenido en este insignificante suceso por devolver al señor Gorbea su título de padre celoso por la educacion de su hijo, título que parece que éste quisiera disputarle al escribir al señor don Salustio Fernandez biógrafo de Gorbea, que él nunca habia salido a educarse fuera de su patria.

En un pobre desvan de la casa núm. 117, calle de *Orleans*, de la ciudad de Burdeos, se encontraba asilada en el año de 1822 otra víctima de la proscripcion española. A juzgar por el amueblado de aquel mezquino retrete, podia deducirse que la pobreza del huésped alcanzaba los términos de la ponderacion, si bien es cierto que parecia contrastar con ella, una copia como de trescientos libros que, a falta de estantes, se encontraban cuidadosamente alineados en el desnudo entablado del aposento. Leíase sobre la pasta de estos libros los nombres de Lope, Solís, Moreto, Calderon, Cervantes, Rioja, Arjensola i otros de los mas sobresalientes ingenios del parnaso español.

El señor de aquel poco envidiable rincón, que era de mediana estatura, mas grueso que delgado, cabezón, de abultada nariz en su remate, de ojos pequeños i vivos, de labios gruesos i de tez blanca, aunque arrugada i marchita, contaría entónces con mas de sesenta años de edad i su ocupación favorita parecia no ser otra que la de hojear mamotretos, sacar apuntes de ellos, hacer anotaciones i compajinar manuscritos.

En la tarde del día 1.º de noviembre del año a que me refiero, el singular solitario acaba de escribir con letra menuda, pero clara, bajo el título de una de las comedias de Lope estas palabras: «Apariciones, bellezas i disparates sin fin», cuando sintió que golpeaban la puerta de su desvan.

La poesía i la necesidad han sido i lo serán siempre, bien que con raras escepciones, inseparables compañeras; así fué que al oír el llamado, no quedando al desgraciado anciano ya prenda alguna que empeñar para cubrir el gasto de la posada cuyo forzoso pago a ese día correspondía, aflijido con el crudo pensamiento de tener que sacrificar a la necesidad sus libros, únicos i constantes compañeros que engalanaban su existencia en el destierro, se le escapó la pluma de la mano, alzóse con trabajo i lleno de angustia acudió a la puerta.

El hombre que golpeaba era un personaje alto, flaco, de color ce-trino i deslustrado, de nariz aguileña i prominente, bisójo ademas i tan erguido que no parecia sino que fuese el mismo don Quijote que en cuerpo i alma venia a amparar a las aflijidas doncellas del Parnaso. Abrir la puerta, oirse un grito comun de alegría i de sorpresa, lanzarse en los brazos uno de otro, decir éste Manuel i aquél Leandro, fué todo uno!

Era don Manuel Silvela, el sabio jurisconsulto condecorado entre los Arcades de Roma con el nombre de *Logisto Cario*, que venia a favorecer al primer poeta dramático de la Escuela Clásica del siglo XIX, a su amigo don Leandro Fernandez Moratin, al afamado *Inarco Celenio* de la misma sabia corporacion romana.

Cinco años despues figuraba con pompa en la calle de *Montreuil*, arrabal de San Antonio de Paris, aquel importante liceo hispano-americano, conocido hasta el año 32 con el nombre del sabio fundador Silvela. Aunque no indicaba la traza de este notable ingenio el talento que cobijaba, bastaba oír hablar una sola vez a Silvela para que su fácil i cadenciosa locucion, sus oportunas i siempre atinadas respuestas, sus claras i eruditas esplicaciones, llenas de sentencias i de preceptos que fluían

sin esfuerzo de sus elocuentes labios, le conciliasen el cariño i el respeto a que le hacian merecedor tan envidiables dotes.

Aquel vasto e importante establecimiento de educacion, constituido desde el dia de su fundacion en asilo de cuantas inteligencias peninsulares mendigaban en Europa el amargo pan del espatriado, contaba a don Leandro Fernandez Moratin como profesor de amena literatura, a Silvela, a Ferrer i Mendivil como humanistas, a don Silvestre Pinheiro Ferreira, ex-ministro de Portugal, como profesor de derecho público, i al matemático Planche, como sucesor del escritor Vallejo, que acababa de perder el juicio. A escepcion de Planche, que era frances, todos los demas que dejo nombrados i muchos otros que prestaban a la educacion que se daba en aquel establecimiento modelo el concurso de sus luces, debian su forzosa permanencia en Francia a la restauracion de los Borbones en España.

Sin embargo, segun tuve ocasion de averiguarlo despues, es inexacto lo que sientan algunos biógrafos franceses al hablar de Moratin. Este escritor no salió de España perseguido por edictos reales, sino por exceso de timidez. Creyó que se le perseguiria como a los demas, i éste i no otro, fué el motivo que le espuso a morir de hambre fuera de su patria.

La modestia i la timidez fueron siempre para este profundo i chistosísimo escritor, dogales que no solo le hacian enmudecer, sino hasta pasar por tonto, ante el primer desconocido suyo que entrase de repente a terciar en las reuniones de amigos, a quienes Moratin embelesaba con su amena i siempre instructiva conversacion.

No he conocido literato mas apegado a la pureza del idioma, ni mas estricto observador de las leyes de la escuela clásica. Con nadie transijia en estos dos puntos capitales, i al último, ni con él mismo, pues dejenerando esto ya en manía, dió en la de corregir i borrar cuanto habia escrito hasta aquella época; i hubiera continuado si Silvela, una mañana, fastidiado con lo que él llamaba profanacion, no le hubiera sustraído sus impresos i sus manuscritos. Dió Moratin, sin embargo, en el colejio la última mano a su trabajo sobre el orijen del teatro español; i yo a fuerza de cojerle en contradicciones, debí al cariño que me tenia, hacerle confesar que él era el autor de aquel chistosísimo folleto titulado *La derrota de los pedantes*, obra que si en España hubiese llevado su nombre, hubiera podido causar su ruina, porque las ofensas litera-

rias, cuando hieren el amor propio, asumen siempre el carácter de imperdonables.

Moratin tenia que hacer con mi modo americano de pronunciar; dejábame en lo mejor lelo, con alguna inspirada sonrisa, i con este inexorable estribillo: «estudia chico, «estudia que no siempre el olor a piña de tus palabras hace pasar disparates.» Tres ocasiones le llevé mis primeros ensayos literarios para que me diese su parecer sobre ellos, i otras tantas, despues de habérmelos hecho leer, colocó silencioso el escrito dentro de un sobre, le lacró i escribió sobre él estas palabras: «te prohibo que corrijas el borrador de este escrito. Dentro de seis meses volverás a leerle i tu mismo parecer entónces será lo que es ahora el mio.»

Si los noveles i añejos escritores, hicieran otro tanto, ¡cuántos disparates dejarían de ver la luz pública! Ellos mismos se maravillarian de lo que, seis meses ántes, llegaron a considerar como obra maestra.

Era extraordinaria la facilidad con que versificaba, i a no haber sido tan esclavo de lo perfecto, es indudable que hubiese podido decir, como Lope de Vega, al hablar de sus comedias:

I mas de ciento en horas veinte i cuatro,
Pasaron de mis manos al teatro.

Recuerdo que un mes ántes de morir, departiendo conmigo sobre una zambra que unos malditos gatos habian armado la noche anterior en el desvan, sazónó la conversacion, apesar de sus dolencias, con tan oportunas i chistosas ocurrencias, que yo por no dejar de salir con algun disparate, le dije: ¿por qué no hace, señor, un poema épico tal que dé al traste con todos esos bribones? «Hombre, hombre, repuso él, con que un poema épico, eh! vaya una ocurrencia! Pues escribe chico, escribe, que chismes no faltan para ello sobre esa mesa.»—Obedecí al instante, i nunca hubiera podido persuadirme, si no lo hubiera visto, que aquel anciano, lleno de dolores i con el estómago perdido, pudiese conservar en su cabeza privilegiada, junto con el manantial inagotable de epigramas filosóficos, que solo fluye de la edad i de la esperiencia, la fresca i traviesa imaginacion de un niño. En brevisimo tiempo, i con mui contadas pausas, me dictó en canto i medio de octavas reales, la primera parte de la mas orijinal i chistosa gatomaquia. Dictaba Moratin junto a una estufa; i al parecer fatigado, me pidió el manuscrito para correjirle. En mala hora se me ocurrió obedecer, pues al salir éste de mis manos, pasó de

las suyas a las llamas, con este solo *requiem*, que me desesperó: basta de disparates!

Moratin no fué casado ni quiso serlo; temia a las mujeres, pero nunca las trató con la crueldad de Quevedo.

Un mes despues de la ocurrencia de los gatos, las Musas, vestidas de luto, asistian al entierro del hasta entónces primer poeta dramático del siglo diez i nueve. Moratin murió en mis brazos el 21 de junio del año 1828, i aun en 1853 se veia en el cementerio *Père-La-Chaise* un modesto túmulo alzado a espensas de sus discipulos entre el sepulcro de Molière i el de Lafontaine.

Nadie se habia acordado del eminente vate, cuando vivo. Sin Silvela hubiera muerto de hambre; mas, despues de muerto, no hubo diario europeo que no lamentase la pérdida que hacian en él las letras españolas i la escuela clásica en el mundo. El mismo rei de España, don Fernando VII, que no siempre fué malo, cuando se dejó llevar de sus propias inspiraciones, escribió a Silvela de su puño i letra, pidiéndole las obras impresas i los manuscritos de Moratin, para hacerlós publicar bajo su real patrocinio, i asignando al que fuese su heredero, una renta vitalicia de cuatro mil reales, pagados con su propio peculio.

No fué solo la España la nacion que entónces espatrió a sus hijos; hizo tambien el Portugal. El ex-ministro de don Juan VI, el gran maestre de la órden de Cristo i sabio escritor de Derecho Público, don Silvestre Pinheiro Ferreira, arrojado de Portugal, vino al colejio de Silvela, refujio de varios proscriptos, a aumentar, con su presencia, su número, i con sus conocimientos, el caudal de luces que aquel privilegiado establecimiento de educacion esparcia por todas partes.

Tendria entónces nuestro profesor de Derecho Público unos 62 años. Era su cuerpo pequeño pero proporcionado, espaciosísima su hermosa frente, vivos e inteligentes sus pequeños ojos, abultada su aguileña nariz, i su boca semejante a la que dan las estatuas al autor del *Espíritu de las costumbres*.

Verdadero poligloto, Pinheiro ha dejado varias obras escritas en distintos idiomas, i en el tiempo que permaneció en el colejio desempeñando el modesto, pero honroso papel de simple profesor de Derecho Internacional, ni una sola vez se le oyó recordar el alto puesto que en su patria habia ocupado, ni tampoco dejó de aprovechar un solo instante sus momentos de solaz, en terminar las obras que debian franquear a su nombre el camino de la inmortalidad.

Hasta el año de 1826, las enemigas escuelas literarias clásica i romántica, se hacian en Francia una guerra, aunque solapada, sumamente tenaz. La escuela clásica reinaba despótica en las aulas públicas, disponia de todos los elementos que le habia legado la docta antigüedad i de la fuerza vital que daba a su restrictiva pauta el inexorable *Plus ultra* de lo que entónces se llamaba *Buen Gusto*, apoyado en las obras maestras de aquella falanje de sabios ingenios que produjo en Francia, el siglo de Luis XIV.

Incapaz, hasta entónces, el romanticismo, que clamaba por emanciparse, de derribar un árbol con tan poderosas raíces sustentado, hubiera continuado sometido al yugo de las reglas recopiladas por Boileau en su *Arte Poética*, quién sabe por cuanto tiempo mas, si el notable ingenio de Victor Hugo, jóven entónces, no hubiese tomado a su cargo, impávido i resuelto, la tarea de redimir cautivos del clasicismo, lanzando al teatro su célebre *Hernani*, que como un huracan se llevó por delante cuantas reglas clásicas le salieron al encuentro en su camino.

Asistí a la primera representacion de ese drama, que con suma dificultad admitió el Teatro Frances, trono hasta ese dia del absoluto clasicismo. La impresion que produjo, el entónces descarado desató que entrañaba esta obra, no fué tan borrascosa, como yo me lo esperaba, el primer dia; pero de él en adelante, fué tal el alboroto que produjeron dentro i fuera del teatro sus repetidas representaciones, entre los modernos i los añejos literatos que las presenciaban, que las representaciones del *Hernani* ya no fueron representaciones, sino retretas de cajas i de pitos disonantes. Organizaron los clásicos compañías de pitos reprobadores; los románticos compañías de puños i de voces de aprobacion. Los gritos simultáneos con que al compas de agudísimos silbidos se decia *¡abajo la pieza! ¡Fuera el mal gusto!* eran contestados con redobles de patadas en el suelo i atronadores *¡dejen representar! ¡Bravo Victor Hugo! ¡Abajo los retrógrados!* A los gritos contradictores seguian los codazos, a éstos los mojicones, i a la voz *¡a la porte!* tan comun i temida en los teatros franceses, se veian salir por las puertas mancornadas i dando al demonio, (i arrastrando en su descompuesta marcha a los mismos mal parados agentes de policia que intentaban separarlos), nudos ciegos de literatos dispuestos a derramar hasta la última gota de su tinta, en obsequio del partido que sustentaban.

Vióse en efecto aparecer pocos dias despues, en los demas teatros,

dramas, comedias i sainetes de raro mérito, en que ambos partidos se ridiculizaban sin piedad.

Al espantable saineton, en el que los clásicos para mas afean el sistema romántico, hacian nacer a un niño en el primer acto con acompañamiento de uno o de dos muertos, para que ese niño, en el tercero muriese cargado de vejez i rodeado de tantos muertos que hasta el mismo apuntador, sacando la cabeza de la concha, se suicidaba con las despañiladeras, contestaron los románticos con su *Avant, Pendant et Après*, —antes de la revolucion, en la revolucion i despues de la revolucion,— obra notabilísima, hablando de la cual me dijo el exaltado clásico Silvela: «I lo peor de todo, hijo, es que ese drama interesa, atrae i enseña» i Moratin, ménos transigente que Silvela, alcanzó a decirme, como hablando para si: «Qué lástima de ingenio tan mal empleado!»

Desde entónces igualaron sus fuerzas, en Francia, las dos escuelas que hasta ahora se disputaban la banda presidencial en la República de las Letras,

Empero semejante igualdad no podia ser de larga duracion, porque desligada la mente de los nuevos ingenios, de los adustos preceptos del clasicismo, la nueva escuela se llenó de adeptos. Asi es que apénas se acaba de estrenar Hugo cuando se vió impávido entrar en la palestra de las inovaciones, al célebre Alejandro Davy Dumas, pobre i desvalido muchacho que entraba en los veintiseis años de edad.

Hijo del estudio i de sus propias obras, este notabilísimo ingenio que habia principiado su angustiosa carrera literaria con algunas novelas i proyectos de comedias que nada le produjeron, imbuido en los preceptos de las escuelas inglesas i la alemana, i entusiasmado por el éxito que acababa de alcanzar Hugo, consiguió por influjo del duque de Orleans, en cuya oficina trabajaba como oficial de pluma, que el severo teatro frances, trono del clasicismo, permitiera representar en él el drama *Enrique III* que acababa de escribir. Estrepitoso por demas, fué en 1829, el estreno de este drama; i si en el de *Hernani*, los gritos de los innovadores se limitaron a pifiar los preceptos del clasicismo, en el de *Enrique III*, se oyeron hasta ¡*mueras!* contra el pobre Racine i contra el terrible Boileau, para quien, fuera de las reglas de su arte poética, no podia encontrar salvacion el literato.

Estaba ya escrito que el romanticismo con su licenciosa pero atractiva libertad, debía triunfar en toda la línea. Para el reinado de los preceptos de Aristóteles, de Horacio i de Boileau, decálogos del buen

gusto, según el decir de los severos clásicos, sonaba ya su última hora, i no era para ménos, pues acometian a un tiempo a los tercios preceptos de una escuela envejecida que solo defendian la tradicion i tal cual notable ingenio. Goethe en Alemania, Byron en Inglaterra, Hugó en Francia, Manzoni en Italia i Espronceda en España, donde tan poco costaba evocar los recuerdos de Calderon, de Lope, de Tirso i de Alarcon, reforzados todos por un enjambre de recientes novadores como Dumas, Rivas, Tapia, Gil i otros muchos que parecian brotar por todas partes.

Conoci de vista a Dumas el año de 1829 cuando el estreno de su *Enrique III*, i de trato 27 años despues. En el primer entónces, según él mismo me dijo riéndose, solo contaba con veinte pesos mensuales para vivir en Paris; en el segundo ya habia derrochado caudales i gozaba de una renta de ocho mil, todo debido a su sola pluma. Tal es el poder de las letras en esa para muchos, frívola Francia, i que sabe, sin embargo, albergar en palacios al mérito i reservar la misera guardilla, ordinario refugio de nuestros vates, al ocio i a la ineptitud.

¿Por qué no habria de pintar yo tambien, aunque fuera valiéndome de la brocha con que el maestro Mena pintaba árboles en los bastidores de nuestro antiguo teatro, a este notabilísimo escritor que tan boyante estuvo en el mundo literario? Era Dumas de regular altura i de cuerpo mas grueso que delgado, su tez era mulata, vivisimos i traviosos sus negros ojos, llevaba en la boca una bateria de envidiables dientes cuya blanca lucia con frecuentes i francas carcajadas, i sobre la cabeza un vellon entero de ensortijada lana. Con mas talento que sólida instruccion, fué el rei de los folletonistas de su tiempo; supo con sus escritos encantar a sus lectores, trampear a los diaristas i mentir con elegante aplomo. Escribió en su vida dictando mas de lo que puedé escribirse copiando, i dió un solemne bofetón al pecado del plagio, declarando buena presa toda idea que se encontrase perdida por esos libros de Dios; tuvo, en fin, por Dulcinea a la Poesía que formó parte de su propia existencia, hasta por entre las cacerolas de la cocina, donde con frecuencia, el padre de los Mosqueteros, supó ostentar talentos culinarios.

Las personas a quienes el ocio haya permitidó tender la vista sobre estos renglones, habrán notado que todos mis profesores fueron nariguados, i como se sabe que todos ellos fueron verdaderos sabios, fluye naturalmente de aquí esta pregunta: ¿Habrá alguna relacion mas o ménos directa entre ese apéndice de la cara que llamamos nariz i el talento del que le lleva? Vulgarmente hablando, tener largas narices equivale

a tener aguda prevision. Quevedo era narigudo; narigudo era Cervantes, i estoi seguro de que a Moreto i a Solis, a Lope i a Calderon, si no mienten sus retratos, no les faltaban narices. A Ovidio no por *nato* le llamaron Nasson, i lo que le faltaba de nariz al buen Ciceron lo complementaba el serio garbanzo que cabalgaba sobre ella. Ciertamente es que Sócrates era ñato, pero esto mismo tiende a probar las preeminencias de la abultada nariz, porque no hai regla que no tenga su escepcion. Entrego, pues, este problema a los fisonomistas para seguir hilvanando mis recuerdos de aquellos tiempos, por mi mal pasados.

Habia ya entrado el año de 1829, sin que hasta entónces nada hubiese perturbado la tranquila marcha que llevaba el colejio Silvela, cuando un acontecimiento inesperado vino a sembrar en aquel templo de instruccion la discordia de un verdadero campo de Agramante.

El jeneral San Martin, el héroe de los Andes en 1817, el soldado que desechó en Chile una Presidencia i en el Perú una corona, aquel abnegado patriota que, segun emponzoñadas lenguas, habia acumulado en el Banco de Inglaterra caudales debidos a su puesto i a sus no mui honrados manejos durante la brillante epopeya de nuestra independencia, prolongaba aun en Europa, solo, ignorado i pobre, el voluntario destierro que con tanta fuerza de voluntad se habia impuesto, cuando ya no tuvo en América enemigos que vencer.

San Martin acababa de volver de un colejio de Bruselas, donde habia conseguido una beca de gracia para su única e interesante hija, Mercedes, que llevó consigo cuando salió de Buenos Aires para Europa; i en cuanto supo que existia en Paris un colejio español-americano en el cual se educaban muchos arjentinos, chilenos i peruanos, se dirijió presuroso a visitar en él a los hijos de sus antiguos compañeros de glorias i de trabajos.

La presencia de San Martin en el colejio causó a los chilenos i a los arjentinos la mas viva alegría; a los peruanos taciturnidad, i a los españoles descontento. El jeneral llegó a pié al colejio, a pesar de la distancia que le separaba de su modesta habitacion; vestia leviton gris rigurosamente abotonado; llevaba guantes de ante del mismo color, i se apoyaba sobre un grueso baston. Al principio no me conoció, mas como viese que yo me lanzaba a abrazarle, llamándole, con gritos de contento: «¡Mi jeneral!» Despues de abrazarme con efusion, de separarme un poco, de mirarme con atencion i de preguntarme de dónde era i a qué familia pertenecia, con mi contestacion, me pareció ver brillar en aque-

llos ojos tan serenos i altaneros con qué tantas veces supo despreciar a la muerte en los campos de batalla, una lágrima de ternura. Fué aquella escena de demostraciones de cariño, en la cual uno a uno iba estrechando en sus brazos a los colejiales que acudieron a saludarle, la mas perfecta imájen de lo que acontece en una familia cuando inesperadamente vuelve a la casa un padre querido. Maravilloso era el alcance de la memoria de este hombre singular; pues casi no quedó miembros de nuestras familias por el cual no preguntase con solícito interes.

Habiendo dejado de ser estos Recuerdos del Pasado, obra póstuma, como yo me lo tenía presupuesto, fuerza ha sido separar de ellos, muchas fojas que por relacionadas con la historia, son todavia de inoportuna publicacion.

Sin embargo, restituyo ahora las siguientes a su primitivo lugar, porque bien pensado, ni ellas se apartan de mi charla íntima, ni tampoco invaden los dominios de la adusta Clío.

Nunca dejé de acompañar hasta su alojamiento al jeneral querido, siempre que iba a visitarnos; i un día tuvimos, entre otras, la siguiente conversacion, pasando el sol a la sombra de los hermosos árboles de las Tullerías. El jeneral, que parecia complacerse en hacerme saltar la taravilla, me dijo: con que tambien tocó al colejial echar armas al hombro en Mendoza, eh! Vaya, mucho que me alegró de tener a mi lado, despues de tanto tiempo, a tan amable colega.—Jeneral; repuse, me parece que el colega que acaba usted de descubrir, no es de aquellos que mas honor pueden hacer al arte de matar a compas i a son de música; porque, si en calidad de simple recluta suplementario i de virjen espada, entré o me entraron al servicio, en la misma calidad lo terminé; así es que ni siquiera se me ha ocurrido hacer lo que tantos otros militares de mi calaña, esto es ocultar esa virjinidad i darme aires de mujer corrida, para mejor optar a premios.—Soltó, al oír esto, el viejo veterano, una estrepitosa carcajada, i sin dejarme proseguir, me dijo: ¿Qué se decía en Chile de los arjentinos, cuando usted salió para acá? ¿Se acordaban del Ejército de los Andes?—Señor, le contesté, acontecimientos hai que no pueden ser olvidados i el paso de los Andes es uno de ellos.—Bien está, repuso; pero eso no era precisamente lo que queria averiguar. ¿Me quedan aun en Chile los pocos amigos sinceros que dejé al salir? Porque amigos de nombre, amiguito, prosiguió poniéndome con cariño la mano en el hombro, rodean con tanta abundancia al que dispone de empleos que poder repartir, cuanta es la escasez de los sinceros.—

Con la entrada de Freire al poder, contesté, conmovido por el aspecto que asumió el semblante del jeneral al terminar su frase, muchos de los amigos íntimos de usted, por serlo también de O'Higgins, han enmudecido, i otros como Solar, cuya casa frecuentaba usted tanto, han sido arrancados entre gallos i media noche del seno de sus familias, para hacerles pagar en el destierro el crimen de la amistad que profesaban al héroe de Rancagua.—De manera, repuso San Martín, con viveza, mi pobre reputacion, por igual motivo, no andará de lo mejor parada por allá?

Así es la verdad, contesté, porque... no me atrevo... Atrévase, usted, querido, dijo entonces, animándome, haga usted cuenta que está hablando con un discípulo suyo. ¿Por qué... decia usted? Porque así como O'Higgins, proseguí diciendo con timidez, tiene sus enemigos por ella, a usted tampoco le faltan, pues son contados los hijos de la Patria Vieja que no atribuyan a usted i a don Bernardo, la desastrosa muerte de los Carrera, cuya ejecución califican de inútil i de atroz asesinato; ni faltan tampoco malas lenguas que atribuyan a usted poca pureza en la administracion de los dineros que Chile ponía en sus manos para que atendiese con ellos a la libertad del Perú,

Eché San Martín, al oír esto, su rostro con violencia entre ambas manos, i tanto rato permaneció en esta nerviosa situacion, que así podía significar evocacion de dolorosos recuerdos, como el disgusto amargo que siempre causa en corazones bien puestos la humana ingratitud; i ya comenzaba yo a arrepentirme de haber sido tan sobradamente franco al contestarle, cuando enderezándose i aspirando el aire con violencia, i fija la vista como distraído, en las copas de los árboles, exclamó, a media voz, i como hablando para sí: ¡Gringo badulaque, Almirantito, que cuanto no podía embolsicar lo consideraba robo!... Dispénsame, usted, querido colega, continuó, no sé dónde se me había ido la cabeza. Con que todo eso dicen por allá? Eh! razones tendrán para ello, i ahora dígame usted ¿qué hubieran hecho ustedes en Chile con tres argentinos, que por haber sido, con razon i sin ella, no solo mal recibidos sino hasta perseguidos por el gobierno chileno, se hubiesen metido, aunque llenos de las mas patrióticas intenciones, dos de ellos a revolucionarios i el tercero a sangriento montonero? ¿Qué hubieran hecho ustedes ante el peligro de la pública tranquilidad i ante el aspecto de la sangre chilena derramada por las armas de éste, hasta en las puertas del mismo Santiago, si esos tres argentinos hubiesen caído en sus ma-

nos? ¿Hubieran necesitado ustedes de los consejos de un O'Higgins o de un pobre San Martín para hacerlos fusilar?... En cuanto a lo de la poca pureza, prosiguió con triste sonrisa, después de echar una sarcástica mirada sobre su ropa i de contemplar, dándolos vuelta sus gruesos guantes de gamuza, ya lustrosos por el uso: ¡A la vista está!

Pobre amigo! Pésame aun haber pulsado en aquella conversacion tan repugnante cuerda; pues de todo podria la maledicencia acusar a San Martín ménos de peculado. Yo conocia la pureza de San Martín en el manejo de los dineros que corrian por su mano; pero ignoraba muchos de sus rasgos de jeneroso desprendimiento en obsequio del mismo pais, por cuya libertad lidiaba. Ignoraba que los diez mil pesos, suma enorme entónces, obsequiados al héroe por el cabildo de Santiago para costear su viaje a Buenos Aires, después de la batalla de Chacabuco, los habia éste cedido para que, con ellos, se echasen los primeros cimientos de nuestra actual Biblioteca Nacional, i entre otras jenerosidades de aquella hermosa alma, ignoraba tambien que hasta el fomento de la vacuna costaba a San Martín la tercera parte de los productos de un fundo rústico que poseia en Santiago, i San Martín era pobre!

Con mi vuelta a Chile a fines del año de 30, terminaron mis relaciones íntimas con este viejo i respetado amigo, cuya conversacion me instruia i agradaba al mismo tiempo. Perdile desde entónces de vista, para tener veintinueve años después el sentimiento de encontrar tan solo patetitos i dolorosos rastros suyos, en casa de su yerno Barcárcel, situada a algunos kilómetros de París, sobre la márjen del turbio Marne. En ella i a cargo de las preciosas nietas de aquel prócer de nuestra independenciam, no solo se conservaba con relijioso cuidado el órden de colocacion que habia dado a sus modestos muebles en el pequeño cuarto que ocupaba, sino que hasta se veia, sobre el velador que acompañaba su lecho de campaña, un braserillo para fumar, en cuya fria ceniza se ostentaba clavado el resto de un último cigarro! Luciansé en las paredes de aquel aposento, que toda la familia apellidaba «el cuarto de Padre,» algunas armas i entre ellas aquel sombrero de hule i aquella corva espada con cadenilla en vez de guarda-puño, que sirvieron de enseña de gloria a los patriotas de Chacabuco i de Maipú, i que reproduce, con rara perfeccion, la estatua ecuestre que engalana la entrada de nuestra ancha i conocida calle del Dieziocho.

Triste es, sin duda, la suerte de los grandes servidores de la humanidad, cuando la relacion histórica de sus laudables hechos corre a cargo

de miopes plumas que, a semejanza de las pedantes criticas literarias, se atreven, mui orondos, a juzgar lo que ni son capaces de idear ni mucho ménos de escribir.

Poco tienen que agradecer los heróicos hechos de San Martín a sus intrusos comentadores, i para colmo de necedades veo que, en el dia, cunde el maniático empeño de juntar a Bolívar con San Martín, no para erijir altares a esos venerados padres de la patria americana, sino para sentarlos en el banco de los acusados; para páragonarlos, para deducir del parangon conclusiones sacrilegas, i para establecer entre ellos hasta comparaciones lugareñas, como si la patria de Bolívar fuese otra que la patria de San Martín.

San Martín i Bolívar no son mas que las dos sublimes mitades de aquel sagrado todo único e indivisible, que la mano del siglo diez i nueve formó para la redencion americana. Colocadas cada una de estas dos mitades en opuestos hemisferios, cada una de por si desempeñó con decision i gloria en el campo que le cupo en suerte, la tarea que la abnegacion i el patriotismo les impusiera. Bolívar no habria hecho mas en el Sur del Continente, que lo que el hijo de Yapeyú hubiera podido hacer en el Norte. ¿Qué hubiera sido del uno sin el otro? Esas dos sublimes mitades, pues, nacieron para completarse i nunca para ser con justicia parangonadas.

Pero veo que mis recuerdos me apartan de la hilacion que me imponen las fechas; vuelvo, pues, a las consecuencias de la visita de San Martín al colejio de Silvela.

Los peruanos i los españoles, de cuya alianza contra los chilenos i los argentinos, no he podido darme hasta ahora razon, comenzaron a separarnos i aun a hortilizarnos a hurtadillas; pero el mal no hubiera pasado de allí si otro incidente, tan casual como el de la presencia de San Martín en el colejio, no hubiese, pocos dias despues, venido a agravar la situacion, aumentando los combustibles, cuya esplosion debia hacer cerrar para siempre las puertas de tan notable establecimiento.

El general Morillo, aquel valiente i feroz militar que luchó contra Bolívar en Colombia, héroe para los españoles, monstruo de crueldad i de ignominia para los americanos, vino tambien a visitar nuestro colejio.

Este sarjento de recia constitucion i de desembarazado mirar, en quien las palas de general no alcanzaban a encubrir la burda cáscara de sus feroces instintos, tenia el cuerpo lleno de cicatrices. Mi condiscipu-

lo Torres, colocado por él en el colejo, me decia que era imposible conciliar el sueño durmiendo cerca de él, en los cambios atmosféricos, pues mas que simples quejidos, eran bramidos los que, durmiendo, le arrancaban el dolor de sus antiguas heridas. La presencia de este militar en el colejo causó tanto contento a los españoles, i sin saber por qué a los peruanos,—que sin salirle a recibir, se regocijaban con ella,—cuánto disgusto a los chilenos, argentinos i colombianos, entre los cuales hubo uno a quien fué preciso contenerle para que no fuese a insultar a Morillo en la misma sala de recibo.

El resultado de estas dos visitas no podia ser dudoso, i si la revolucion de julio de 1830 no hubiese venido a dar a los encontrados ánimos de los ciento ochenta alumnos del colejo otro jiro, sin duda alguna, ese año hubiera terminado con escándalo sus no há mucho ordenadas, pácificas e instructivas tareas, un establecimiento cuya importancia aun conmemoran cuantos le conocieron.

CAPITULO VI.

*Síntomas de la revolución de julio de 1830.—Espedición i toma de Arjel.—
Revolución de julio.—Otra vez la duquesa de Berri.—Ridículo desentace
que tuvo la venida del Dei de Arjel a Paris.*

Cárlos X de Francia, rei esencialmente cazador, mui dado a las prácticas relijiosas i estremosamente apegado a los fueros i privilejios de que habian gozado sus antecesores, ántes que la demagogia i espíritu relijioso hubiesen venido a estremecer, como él decia, el tranquilo i lejítimo asiento de sus padres; no podia conformarse con la obligacion temporal de sustraer a los placeres de la caza, i a los de oír su misa como la oyen los reyes *acanonigados*, el tiempo precioso que le quitaban los quehaceres del reino, ni mucho ménos con la de sufrir los efectos de la irreverente tutela, que a causa de *una exótica institucion política llamada Constitucion, le imponia la Representacion Nacional*. Viejo, de cortos alcances, i mas bien *bonachon* que mal intencionado, su terquedad para plegarse a las luminosas exigencias políticas de su siglo, solo provenia de querer defender a todo trance, cuanto consideraba lejítimamente suyo, la herencia de sus padres; i como la cuantia de esa herencia habia ya sido designada por sus antecesores con la espresiva frase: *La France c'est moi!* no fué de estrañar que a poco de ser azuzado por sus corrompidos cortesanos, entrase de lleno en la peligrosísima via de las restauraciones, nombrando, para llevarlas a cabo, primer ministro al odiado i enérgico príncipe de Polignac, el 8 de agosto de 1829.

Alarmada la representacion nacional, que acababa de arrojar de su asiento al ministro Villele, por sus tendencias restauradoras; pero en manera alguna intimidada con la amenazadora presencia del nuevo ministerio, junto con recojer el guante que se le arrojaba, reprobó con

entero desenfado la desacertada i peligrosa política del soberano que tales medidas adoptaba.

A tan inesperado desacato contestó un rejio decreto de disolucion.

Apelóse entónces, como se dice en estos casos, al fallo de la Nación, i los partidos se lanzaron frenéticos en la lucha electoral. Militaba por un lado la santa causa de los sanos principios; por el otro, la de los añejos reales privilejios apoyada sobre la inconsciente fuerza de las bayonetas, i como ninguno de los dos contendientes quisiese sesgar, siendo principio inconcuso que en las batallas políticas los jefes son los que primero mueren, era evidente que uno de los que corrian la plenitud de este peligro, en caso de desgracia, era Carlos X i no sus ministros, como la simpleza de su corto ingenio se lo habia dado a entender.

Sordo el incauto soberano a todo linaje de consejos, i metido en su Versailles, donde solo ocupaban su imaginacion las cacerias i corridas de siervos en los bosques reales, ni vió lo que pasaba fuera de ellos, ni el sonido de las trompetas cazadoras le permitió oír el estruendo de la borrasca política que promovian, imprudentes, sus ministros al jugar en una sola partida i al mas peligroso juego de azar, su propia corona.

¿Quién ignora a cuánto no se prestan las mejores leyes cuando hai intereses i sobre todo posibilidad de falsear el resultado de acaloradas elecciones? ¿Quién ignora, tambien, el caudal de nervioso rencor que atesora en su corazon el que resulta vencido por la injusticia, i con cuánto entusiasmo no aprovecha la ocasion del desquite?

Dedúzcase, pues, de lo que entre nosotros frecuentemente pasa, lo que debió pasar allá en aquel tiempo; porque los hombres en igualdad de circunstancias, iguales en ideas, lo son tambien en sus actos.

Diéronse los diarios del Gobierno a propagar las mas estravagantes doctrinas. Para ellos, no solo era ilegal sino tambien atentatoria la reeleccion de diputados que hubiesen formado parte de la disuelta cámara; i el órgano inmediato de Polignac, la *Bandera Blanca*, llevó su impavidez hasta el arrojio de gritar: basta de presupuestos; basta de concesiones; basta de Constitucion; pues sobra, para entrar a discolos en vereda, el simple esfuerzo de las bayonetas!!! Para aumentar mas el desaliento de los constitucionales, se hizo susurrar por todas partes que serian vanos i aun peligrosos sus esfuerzos, porque el Gobierno, en caso que el fallo de las urnas le fuese adverso, estaba resuelto a apelar a un golpe de Estado tal, que barriendo con todas las concesiones *que la benignidad del soberano habia hecho al pais*, debia dejar a los atrevidos

innovadores, talvez en peor estado que aquel en que se encontraban ántes que las constituciones i las novedades de los demagogos principiasen a alzar su cabeza irreverente.

¿Podráse creer que hasta incendios se promovieron en muchísimas circunscripciones del reino para tener ocasion de acriminarse mutuamente i de conmover las masas? Contestando los diarios reales los cargos de los constitucionales, respondían: que todos estos males se debian a la Comision Revolucionaria Directiva, que ella era la que designaba las victimas, la que escogia los verdugos i la que los gratificaba con munificencia.

En medio de estos desórdenes i de estas amenazas preparatorias, era natural que todos fijasen la vista en el ejército; i como la tropa podia ser contaminada, un agravio internacional inferido a la Francia tres años ántes por la Rejencia de Arjel, proporcionó a Polignac ocasion de sustraer a la accion del partido constitucional, un respetable cuerpo de ejército, que al mismo tiempo que debia servirle para dar esplendor por sus hechos al Gobierno, podia ser utilizado como realista puro, para defenderlo contra sus enemigos.

Promover una expedicion ultra-marina, parecia el complemento de tan feliz propósito, i ésta no tardó en llevarse a cabo.

La antigua Mauritania i la Numidia, madrigueras de tercios e inco-rejibles piratas, cuya depredaciones habian sido sucesivas e inútilmente castigadas por todas i por cada una de las potencias marítimas de la cristiandad, se sostendria talvez aun, para vergüenza de las naciones civilizadas, muchos años mas si una injusticia de parte de la Francia, i el acto desdorado con que ella fué contestada por el soberano de la Rejencia de Arjel, no hubiesen tocado el año de 1830 la última hora que quedaba de vida independiente a ese estado africano.

La Francia, desde la época de la República, debia al comercio de Arjel fuertes sumas, por valor de trigos que éste le habia anticipado, i segun parece, el deudor no se empeñaba mucho en saldar su crédito. Mas, como las cobranzas menudiaban sus activas exigencias, mas bien para librarse de ellas que para satisfacerlas, se habia confiado el arreglo del asunto al cónsul frances en Arjel, señor Deval, en el año de 1827. Segun me lo refirió años despues el mismo Abd-el-kader, fué tanto lo que fastidió el cónsul con sus subterfujios al Dei, que irritado éste, profiriendo denuestos contra la Francia, estrelló su abanico de plumas en la cara del buen Deval. Como era natural que sucediese, este acto poco

templado de Houssein Pachá no solo canceló de golpe la deuda francesa, sino que hizo quedar debiendo al mismo cobrador. Pronto una escuadra francesa bloqueó los puertos arjelinos, i solo tres años despues de estar bloqueados, la necesidad política de sustraer tropas a la accion demagójica para utilizarlas despues, convirtió el bloqueo en invasion.

El 16 de mayo de 1830 zarpó de Tolon para las costas africanas la poderosa escuadra del almirante Duperré, custodiando trasportes que conducian 36,000 hombres de desembarco, a cargo del antiguo i conocido mariscal Bourmont.

Llegó la expedicion el 13 de junio a su destino; el 14 desembarcó en la caleta Sidi-Ferruch inmediata a Arjel; el 19 ganó la memorable batalla de Staoueli, derrotando 40,000 beduinos; i el 4 de julio, Houssein Pachá, acometido con vigor por los franceses, despues de haber visto volar su propia residencia, antiguo castillo de Carlos V, erajido en la capital de la Rejencia por este poderoso soberano, capituló, quedando libre para embarcar en la flota inglesa que estaba allí en observacion junto con su persona, sus tesoros i sus mas favoritas odaliscas.

Anuncióse con estudiada pompa la toma de Arjel en medio de una representacion lirica en la Gran Ópera, el día 5 a las once de la noche. El célebre i aplaudido tenor Nourrit, interrumpido el canto, se lanzó al proscenio, i alzando con orgullo la bandera de los lirios, anunció en alta voz a los espectadores, la noticia de aquel fausto acontecimiento. Todos salimos del teatro, nacionales i extranjeros, sin esperar la conclusion de la opera, i los cafées i las calles del novedoso Paris no tardaron en llenarse de la mas alegre jente. Pero el entusiasmo que produjo en todos la victoria, no tardó en desvanecerse ante el influjo de la poderosa pre-ocupacion política que trabajaba el ánimo de la mayoría de los hijos de ese gran pueblo. Para ella, todo lo que no fuera triunfo de ideas, era entónces una verdadera fruslería, i tenia razon, porque, amenazada su libertad, los trabajos preparatorios electorales, en los cuales habia terciado con descaro la intriga, la promesa, la amenaza i el fanatismo político, no daban lugar a otra cosa.

Nadie queria admitir conciliaciones; ninguno téminos medios: o todo o nada.

Por haber querido dar consejos conciliatorios, fueron despojados de la confianza ministerial el duque de Doudeauville, el conde de la Ferronnays, el mui realista Martignac, el conde de Chabrol, i muchos otros sectarios del absolutismo.

Pronósticos, despues, casi seguros de un resultado anti-ministerial en las elecciones, exasperaron tanto los ánimos de los realista, que hasta llegaron a tener la imprudencia de dar por sentado que el Gobierno tenia ya dispuesto un golpe de estado tal, que debia dar al traves, para siempre, con los perturbadores de lo que ellos llamaban pública i feliz tranquilidad.

La Inglaterra, que miraba atenta, aunque, al parecer, impasible los acontecimientos que se desarrollaban del otro lado de la Mancha, siempre pensadora, dedujo de este posible atentado un inevitable trastorno político. Por esto el *Times* del 5 de julio se preguntaba qué deberia hacer la Inglaterra en caso que la Francia tornase a la vida revolucionaria, i cuidaba de contestarse para preparar los ánimos: que la Inglaterra, cualquiera que fuese la naturaleza de los cambios interiores que produjese una revolucion en Francia, no deberia intervenir en nada, salvo el caso de que la Francia intentase pasar la frontera con ánimo de perturbar la paz en Europa.

El temido golpe de Estado se dió el 25 de julio, sin querer esperar el 3 de agosto, época destinada para la apertura de las cámaras; i el dia 26 aparecieron en las columnas del *Moniteur* aquellas ordenanzas que, atropellando la *charte*, los juramentos i las instituciones, anulaban la representacion nacional, amordazaban la libre emision del pensamiento, i restablecian en pleno poder, el imperio de los antiguos privilegios.

El primer acto de la ofendida Francia, fué el estupor; pero no el estupor que proviene del espanto, sino aquella paralización instantánea en la que el hombre parece recojerse para lanzarse frenético en seguida sobre su ofensor. Volvia yo ese dia a las tres de la tarde de la escuela de natacion, e instruido de antemano de cuanto pasaba, no me causó, como a otros, admiracion saber que las guardias de los puestos se habian duplicado; ver aquí i allí patrullas de soldados recorriendo con tardo paso las plazas i los paseos públicos; observar a medio Paris en la calle, que ya formando grupos taciturnos i amenazadores, ya bullicioso i altanero, arrancaban de las paredes los ominosos cartelones que contenian los inmortales decretos que tan caros debia pagar Carlos X.

La corte se trasladó a Saint Cloud, dejando el mando del desgraciado pueblo en manos de aquel mariscal Marmont, duque de Ragusa, de quien tantas infidencias se refieren. Destruida la guardia nacional por el ministro Villele, solo quedaban en Paris algunos cuerpos de linea i la jendarmeria, que juntos formaban un todo de quince mil hombres,

con los cuales se creyó que bastaría para imponer silencio i hacer entrar en vereda a los mas tercos revolucionarios.

El dia 27 por la mañana, la policía destinada a recojer la edición de todos los diarios disidentes ántes que se repartiesen, practicó visitas domiciliarias en las imprentas; inutilizó sus principales piezas, e impuso multas i castigos a sus directores, por la menor publicacion que se hiciese sin previo permiso de la autoridad.

El activo e imprudente Mangin, prefecto de policía, hizo en seguida cerrar los cafés i los clubs de lectura; i sin embargo, llovian por las calles hojas sueltas de imprentas invisibles, i esas hojas se leían con desenfado en presencia misma de las boyonetas de las muchas patrullas que cruzaban en todo sentidos la ciudad.

Al aspecto amenazador de las turbas, azuzadas por los alumnos de la escuela politécnica i los de la de medicina i de derecho, se cerraron las fábricas i los talleres, las opulentas tiendas de las calles Richelien, Saint-Denis i Saint-Honoré, las rejas del palacio de Tullerías i las del Real de los Orleans; i se ocuparon militarmente las plazas, los paseos públicos i cuantos lugares urbanos podian prestarse a agrupamientos.

Mas todo fué en vano; sangre debía principiar a correr i corrió en efecto, no pudiendo contener el soldado, de otro modo, al pueblo irritado, que, aunque desarmado, pretendió arrancar de manos de los jendarmes los prisioneros que cautivaban para conservar el orden. Esa primera sangre fué la mecha encendida que produjo aquella inmensa explosion popular, que para espanto de la humanidad i escarmiento de los tiranos, anegó en sangre, durante tres dias consecutivos, la mas simpática de todas las capitales de la culta Europa. En la noche de aquel dia, i en los dos subsiguientes, el pueblo enfurecido echó abajo las puertas de las armerías, construyó barricadas, volcando carruajes en las calles i llenándolos de baldosas, transformó las casas en fortalezas, en campos de batalla cada plaza, i cada encrucijada, donde el valor, el arrojo i la temeridad parecian quererse disputar la palma del esterminio.

Banderas negras alzadas en muchos edificios; el toque de las campanas a rebato; el estruendo del cañon de las tropas reales; el de los fusiles; la grita i el tumulto de los combatientes; los charcos de sangre, que convertian en resbaladizos las baldosas de las veredas; los espantosos rimeros de cadáveres que circundaban los cuerpos de guardias, recién incendiados o ardiendo todavía; las cruces que plantadas sobre fosas a

medio cavar, en la mentada plaza de las columnas del palacio de Tullerías ostentando inscripciones aterradoras contra la tiranía; las balsas atestadas de cuerpos humanos, lanzadas una en pos de otra en las aguas del Sena con direccion a Saint Cloud, llevando en alto inscripciones que decian: *¡dejad pasar la justicia del pueblo!* todo anunciaba la inevitable i fúnebre caída de la primojénita rama de la raza borbónica en Francia.

¿I Carlos X qué hacia entónces, miétras que por orden suya, degollaban a su buen pueblo de Paris? Es fama que decia misa, cuando le llegó la noticia de que el pueblo vencedor, apoderándose de cuantos carruajes pudo reunir en los afueras de Paris, se dirijia a perseguirlo i a rendir el destacamento de guardias que le servia de custodia.

En tanto la Duquesa de Berri, aquel ser sensible i delicado que hemos vistos en el baile de la embajada de España disputar a las de su sexo el arte de agradar, mas despierta que el gazmoño Carlos ceñia, vestida de amazona, a su flexible cintura, una chapa de pistolas, i se disponia a presentarse ante los irritados parisienses para reanimar en ellos los sentimientos de lealtad que las torpezas del soberano les habian hecho perder. Atónito Carlos X al presenciar la resuelta apostura de la Duquesa e instruido del temerario propósito que perseguia: ¿qué pensais hacer le gritó, saliéndole al encuentro?—Defender el patrimonio de mi hijo, contestó airada, ya que vos no podeis o no lo quereis hacer! —Hubo entónces escandaloso alboroto en el palacio, detenida la Duquesa, por orden del rei cuando ella despechada descendia la escala para salir al patio del alcázar, llegada al colmo su desesperacion, exclamó: ¡Dios mio, ahora es cuando conozco la desgracia de haber nacido mujer!! Estas palabras como aquellas que la pulcra historia atribuye al jeneral Cambron, en la batalla de Waterloo, nada tienen de verdaderas. No hubo boca que no repitiese entónces en todo Paris, cuanto aquella mimada i fina duquesita, trasformada en furia, dejó escapar por la suya, para afear la impotencia i el afeminamiento de toda la real familia, que haciéndose mil cruces la rodeaba; porque solo entre verduleras podria oirse tan desenvuelto lenguaje. ¡Pobre duquesa! La historia de su vida para adelante, fué una odisea novelesca en la cual lo terrible i lo ridículo se disputaron el primer papel hasta el dia de su muerte.

El astuto Luis Felipe de Orleans, en tanto, sin aparentar tomar parte en el tremendo trastorno que presenciaba, continuaba, sin embargo, siendo su mas poderoso atizador i el disimulado caudillo de los hombres

pensadores, para quienes solo un gobierno monárquico constitucional podía convenir a los franceses.

¡Qué pueblo tan digno de ser admirado es el francés, i con cuánta facilidad no pasa, como lo dice un canto favorito popular, del amor al combate, de lo serio a lo chistoso, del enardecimiento a la calma! Peleó tres dias con un furor que parecia incontenible, i esos tres dias abundaron en rasgos de la mas hidalga jenerosidad. Penetró por la fuerza i atropellándolo todo en el palacio de sus reyes: descamisados se replantigaron en el sillón del trono, i ni un solo robo, ni una sola obra de arte mutilada, salvo los bustos de Carlos X, indicaron el paso de los rústicos republicanos al traves de los rejios salones del ya destronado monarca!

El dia 30, terminado por completo el estruendo aterrador de la pelea, humeando aun los escombros de los edificios que fueron residencia arzobispal, cuarteles i cuerpos de guardias; fresca aun la sangre que empapaba las baldosas de las calles i los adoquines de las barricadas; sali del barrio de San Antonio, ansioso de saber qué suerte habian corrido los chilenos que se encontraban entónces en Paris.

Con no poco trabajo, pues a cada rato tenia que trepar barricadas, i lleno de aquel espanto que mas bien se comprende que se describe, despues de hora i media de marcha llegué a la *Rue d'Artoi*, donde residian don Javier Rosales i otros de mis paisanos. Llevaba el pecho cubierto de escarapelas tricolores, distincion que multitud de mujeres vistosamente engalanadas repartian con gracia a los viandantes, colocándolas ellas mismas con galano ademan i patrióticas palabras en la vuelta del cuello del paletot de cuantos encontraban por la calle.

Don José Joaquin Perez, secretario entónces de la legacion chilena en Francia, excitado por lo que me oia contar, que habia visto en el inmenso campo de batalla que acababa de atravesar, salió conmigo a averiguar el significado de un tumulto que se hallaba en aquel momento en la calle *Lafitte*. Llegamos a una barricada que casi cerraba por completo la puerta de la casa del viejo Lafayette, quien, obligado por los gritos del pueblo a presentarse para ser llevado a casa del duque de Orleans, pugnaba por desasirse de los que le querian llevar en silla de manos. Nos acercamos i apénas acabábamos de oir decir a aquel respetable hijo de las revoluciones: ¡Dejadme; iré a pié! amigos míos. *Je suis jeune aujourd'hui*, cuando una avenida de pueblo por un extremo de la calle i otra de inesperados soldados de línea por el extremo opuesto, nos dejaron encerrados en la mas espuesta i temerosa ratonera, i aunque la

fortuna quiso que los opuestos bandos, en vez de destrozarse, fraternizaran, el susto que nos llevamos entónces no ha tenido hasta ahora otro que pueda igualarle.

El día 31 fué en Paris el de las entusiastas manifestaciones. Ese día Luis Felipe, desembozado ya, se trasladó a caballo al Hotel de Ville, donde le esperaba Lafayette. Asidos ambos de la mano salieron al balcon que da a la plaza, i en él, en medio del mas estruendoso entusiasmo de miles de espectadores, ví echarse al uno en los brazos del otro. Luis Felipe, capitán jeneral del reino desde ese momento, fué ocho dias despues proclamado rei de los franceses.

Cárlos X i su hijo habian ya abdicado i elejido las costas de Escocia para su futura residencia. Allí fueron ambos recibidos con el mismo indiferente silencio que les sirvió de despedida al abandonar las playas francesas.

El Figaro, pequeño pero chistosísimo diario frances de aquella época, encargado de hacer la necrolojia del ex-rei de Francia, solo dijo estas palabras: «La revolucion de julio ha sido funesta para los conejos de la Escocia.»

Pero todo no ha de ser referir desgracias ni trastornos politicos.

Sigamos, pues, por un momento, al buen Houssein Pachá, a quien despues de la pérdida de sus estados africanos, dejamos asilado con sus riquezas i con sus odaliscas a bordo de la capitana de la escuadra inglesa, de observacion en la rada de Arjel. ¿Cuál, cree el lector, que fué el primer pensamiento del desposeido soberano, al instalarse en su nuevo domicilio? ¿Dirijirse acaso a la sublime Puerta?.... ¿Implorar de Inglaterra su valiosa intervencion para que le fuesen devueltos sus Estados? ¿Ofrecer indemnizaciones a la Francia? ¡Qué pasos en este sentido, ni qué berenjenas! Lo primero que se le ocurrió para olvidar el percance que en mala hora le atrajo la soltura de su mano para aplicar abanicazos en el rostro de un cónsul trapalón, fué el ir a echar un verde al mismo Paris.

Hizolo así, i la nunca desmentida galanteria francesa, no contenta con hospedarle en el palacio de las Tullerías, se propuso deslumbrar al derrotado huésped, con la suntuosa representacion del *Mahomete* en el real teatro de la Grande Opera.

Acudieron a este teatro tantisimos novedosos la noche de la fiesta, que apenas pudimos encontrar asiento en la platea por el precio de veinticinco francos cada uno. Los dos palcos fronterizos al proscenio,

unidos entre sí i adornados con pompa oriental, llamaban la atención de los concurrentes, por haber sido destinados a las visitas africanas. Apenas llegó la hora de dar principio a la función cuando un movimiento jeneral, acompañado de activísimo cuchicheo, vino a anunciar la entrada de la esperada comitiva, cuyos miembros, con ademán pausado i grave, fueron ocupando los sitios que para ellos se tenía preparados. El Pachá, que rellenaba el sillón con su pesada humanidad i que podría contar con unos sesenta inviernos, aunque no los representaba, era un hombre mas bien alto que bajo, de rostro encendido, complexion sanguínea i perfil griego; tenía además los ojos vivos, pobladas las cejas, i barba cuidadosamente estendida sobre el pecho. Vestía un traje talar de riquísima cachemira; llevaba en la cabeza un especie de coraza alta i reluciente, con profusión de piedras preciosas, i en la cintura lucía el puño de oro con brillantes de un puñal damasquino. Tras de este exótico personaje, que hacía recordar la figura del gran Lama, se colocaron, como dos estatuas de ébano, dos poderosos negros, guardianes del harem, con sus bonetes suavos, sus chalecos bordados, sus anchos mamelucos i sus inexorables puñales de guarnición dorada. A uno i otro lado de este mudo frontispicio, porque la tal trinidad todo lo miraba i de nada se dolía, se estendían como alas nueve preciosas damas orientales, en cuya fisonomía parece que la naturaleza se hubiese complacido en acumular lanza-fuegos para hacer estallar las bombas de los corazones franceses. Vestían, como las colegialas, trajes uniformes i mui semejantes en el corte a los que estilan las acaudaladas hijas de la Grecia, pero con tal copia de perlas i de joyas, que podía decirse que cada una de ellas llevaba a cuestas un tesoro. A pesar del rico i trasparente velo con chispas de plata que, al desnudo i con cuidado, caía sobre el rostro de aquellos anjelitos de andas, podía conocerse que ocho eran trigüeñas de ojos negros i rasgados, una rubia de ojos azules, i que la que mas edad podría tener, no pasaria de veintidos primaveras.

Comenzó la representación con la pompa de costumbre; mas la concurrencia, en vez de mirar al proscenio, solo dirigió la puntería de sus anteojos al palco encantado donde, a cada momento, la ardiente imaginación francesa creía ver a lo vivo los cuentos fantásticos de las Mil i una Noches.

En vano procuraron atraer, como siempre, la atención del público, la voz argentina de Nourrit, la incomparable de la Damoreau Cinti, las cabriolas de Paul, las encantadoras gracias de la Taglioni i las maravi-

llosas i turbulentas pierrecillas de la menuda Montecu; todo parecia paja picada al lado del palco oriental.

Era regular que otro tanto sucediese a las esposas del Dei, respecto a los jóvenes que las miraban; máxime entónces que tenian tan a la mano la posibilidad de comparar la indiferente i taimada cachaza del adusto barbon, con las comedidas i corteses miradas de tantos apuestos i galantes mancebos, que parecian no aspirar a otra cosa que a parecerles bien.

Entre las maravillas del telégrafo Eléctrico i las maravillas del telégrafo Mirada, estoi por las de éste. El primero habla solo el idioma del país en que funciona, el segundo habla todos los idiomas conocidos i por conocer. Para ponerse al corriente de la clave del primero, se necesita estudio i contraccion; para manejar el segundo con primor, solo se requiere la edad de pubertad. Hago estas reflexiones por atestiguar lo mucho que debieron de haber hablado aquella noche los franceses en árabe i las beduinas en frances; puesto que dos dias despues de la funcion teatral, volaron, sin saber cómo, del lado del confiado Pachá todas sus tímidas esposas, del propio modo que vuela i se dispersa una bandada de cantivas tortolitas cuando el guardian descuida la puerta de la jaula.

Irritado Houssein por semejante raptó, que no pudo llamarse de otro modo, embistió con el eunuco de turno, i sin mas esperar ordenó al otro que le cortase la cabeza i la espusiese en el balcon para escarmiento a los malos funcionarios..... A los gritos del agredido negro, que formaban coro con los reniegos árabes del Dei, acudieron los sirvientes i guardas de palacio; arrancaron de las manos de estos furiosos al pobre prisionero, i notificaron al amo el peligro a que se esponia en Francia, si cometia el menor asesinato..... ¡Tableau! Amurrado entónces el desvalido soberano, mandó en silencio que le preparasen sus maletas de viaje, se metió con su único sirviente i las pocas riquezas que le quedaron en un coche de posta, i dando al diablo contra el país de brutos donde el propietario no podia hacer cera i pávilo de lo que era suyo, lo perdi de vista en el camino que conduce a la frontera de la Confederacion Jermánica.

Quince dias despues tuve ocasion de volver a ver a las mentadas Odaliscas, sin joyas ya, pero vestidas a la francesa, pasearse con nuevos amos o en busca de otros, porque los primeros, contentos con las plumas que les habian quitado, ya no las acompañaban.

CAPITULO VII.

De lo mucho que nos equivocamos cuando creemos que todo el mundo nos conoce.—Primeros pasos de los caminos de fierro en Europa.—Burdeos.—Los vinos i sus trampas.—Modo de sacar partido de los arenales.—Escapada providencial.—Tenerife.—Mares tropicales.—Rejion de los pamperos.—De lo que puede en una navegacion la falta de agua potable.—Pasada i repasada del cabo de Hornos.—Islas Malvinas.

Toda nacion, por insignificante que sea, padece de la innata debilidad de creer que todas las demas la tienen muy presente, o por lo ménos que se ocupan con frecuencia de ella; por esta razon, persuadir a sus nacionales de lo contrario, es esponerse, o a quedar por embustero, o a cargar con el descontento de todos ellos.

Chile era tan poco conocido en Europa en 1830, como lo es para los chilenos en el dia la jeografia de los compartimentos lunares.

En esto no hai ni cabe exajeracion.

Para la abrumadora mayoría del hombre europeo, solo hai en la América española dos naciones: Perú i Méjico; i Perú i Méjico en el diccionario de esos sabios son sinónimos de oro i de revoluciones; aunque sea muy cierto que en las cancillerías de los grandes estados marítimos, se hace al Perú, a Méjico i a los otros rincones o pueblos, satélites de esos astros, el honor de considerarlos aptos para pagar indebidamente indemnizaciones.

En Chile todos nos conocemos, en el mundo bien poco se conocen unas a otras las naciones que viven i reinan sobre su superficie. Seria, pues, tan ridículo que los chinos se rieran de nuestra ignorancia, porque muy pocos sabemos que Nankin no es trapo, sino ciudad, cuanto que nosotros nos enfadáramos porque en la China ni siquiera se sospecha que existimos por acá.

He hecho esta digresion para poder disculpar mas a mis anchas al

oficinista parisiense que debió estender mi pasaporte para Chile, i que no lo hizo porque no quise sentar bajo mi firma que Chile i Méjico eran una misma i sola cosa.

—¿De qué país es usted, caballero? me preguntó el oficinista.

—De la república chilena.

—¿Cómo dice usted?

—De Chile, señor.

—¿Qué está usted diciendo?..... Chile! vaya un nombre!

—Sí, señor, repuse asareado; de Chile, república americana; ¿qué tiene de extraño este nombre?

—¡Ah, ah! ¿de *l'Amérique* eh?..... *Chili*..... Chile, aguarde usted.....Chile. Dígame usted mas bien, caballero, ¿de qué pueblo es usted? porque del tal Chili no hago memoria.

—De la ciudad de Santiago, señor.

—¡Anda diablo! exclamó entónces el sabio oficinista, ¡acabara usted de esplicarse! i volviéndose a su escribiente le dictó estas palabras:

V. Perez Rosales natural de Santiago de Méjico.

Al oír semejante atrocidad: ¡de Chile! que no de Méjico, exclamé echando un *voto*.

—Pues mándeseme mudar de aquí, dijo entónces alzándose de su asiento el jeógrafo frances, i no me vuelva a entrar en mi oficina ántes de averiguar mejor cuál es su patria!

Mes i medio despues volví a la misma oficina, de cuya jefatura habia arrojado la reciente revolucion de julio al sabio profesor de jeografía para quien, diciendo América española, debia decirse forzosamente Méjico; i no con tanta dificultad, pero siempre con alguna, sali del paso.

No era poca tarea viajar por Europa en 1830; todo se hacia en carruajes, parecidos a los que corria el empresario Carpentier por los caminos del Sur en nuestro Chile, ántes que los caminos de fierro viniesen a librar de semejantes potros a los viandantes.

La via férrea apenas principiaba entónces a dar señales de vida en la industriosa Europa, i puede decirse que mas bien a la necesidad de abaratar el trasporte de los productos de las minas de carbon, que a otra cosa debe su existencia esta palanca propulsora de la riqueza i de la industria humana.

Los primitivos rieles no fueron mas que un suelo endurecido i nivelado; siguieron a éstos, vigas de maderas labradas, sobre las cuales

corrian sin tropiezo las ruedas de los carros. A esta invencion que sorprendió por sus felices resultados, se agregó despues la mejora de la superposicion de un angosto entablillado de hierro, para evitar el desgaste de la madera, i por último, ya se hicieron caminos de puro fierro, cuyos rieles, de a metro de largo cada uno, apoyaban sus extremos sobre pedrones que, embutidos en el suelo, desempeñaban el papel de los actuales durmientes de madera. Estos caminos, mui usados en las minas de carbon para multiplicar las fuerzas del caballo que tiraba de los carros, no tardaron en salir de los establecimientos carboneros para ponerse al servicio del comercio en jeneral, i en 1829 tuve ocasion de viajar entre Portsmouth i Lóndres, al traves del condado de Surrey, en un camino de fierro de esta especie, en el cual, un solo caballo arrastraba a trote largo tres carros con mas de doscientos quintales de carga.

La traccion por vapor comenzaba tambien entónces a ensayarse, i merced a la invencion del célebre Oliverio Evans, una maquina de fuerza de tres caballos que vi funcionar en Newcastle, comenzó a asombrar con sus movimientos automáticos i con su sorprendente fuerza a cuantos seguian con la vista a ese prodijio de la física i de la mecánica, que colocado entre veinte carros, a diez empujaba, al mismo tiempo que arrastraba a otros diez, como pudiera hacerlo un poderoso caballo con el mas insignificante peso.

Pero esto no pasaba de ensayo, ni podia aplicarse aun en grande escala; no solo por los defectos de la máquina, sino tambien porque no se habia probado aun que el roce sobre los rieles, ayudado por el peso de la locomotora, basta como punto de resistencia, para arrastrar los carros de todo un tren.

Asi es que las ruedas de la locomotora eran endentadas, i endentados tambien los rieles que las sustentaban. ¡Quién, al ver estos modestos principios, hubiera podido descubrir en ellos los resultados que ahora palpamos!

Molido i trasnochado en los pesados carrmatos de la poderosa empresa de coches Lafitte i Caillar, llegué a Burdeos en los últimos meses de 1830 en busca de embarcacion para volver a Chile.

La ciudad de Burdeos, situada en la márjen setentrional del tranquilo i profundo Garona, rio de orijen español, que despues de un curso navegable de mas de cien leguas, entra al golfo de Vizcaya con el nombre de Gironda, dista veinticinco leguas de la desembocadura de esta preciosa via fluvial.

Esta ciudad, cuya poblacion en la época a que me refiero, alcanzaba a cien mil almas, era entónces tenida por una de las mas ricas, importantes i mercantiles de Francia. En el irregular trasado de su planta no escaseaban hermosas plazas, espaciosas calles, jardines i paseos públicos, entre los cuales lucian sus históricos restos un anfiteatro romano i los escombros del palacio de Galiano.

Poseia ademas, el mejor i mas hermoso teatro de Franciá i aquel mentado puente con sus diecisiete ojos i sus tres cuadras chilenas de largo, construido sobre las aguas navegables del Garona. Por lo demas, este puerto, que podia abrigar mas de mil naves, i que estaba dotado de muelles, de vastos almacenes de depósito, de astilleros de construccion i de cuantos recursos reclaman la navegacion i el comercio, contaba tambien, para hacer su residencia mas grata, con un hermoso cielo, i con cuantos establecimientos reclaman la beneficencia, el culto, las ciencias i las artes en todo centro civilizado.

Siendo el vino una de las principales riquezas del mediodia de la Francia, i Burdeos su factoria central, lo primero que se ocurre al viajero, es visitar los viñedos, los principales centros de elaboracion i, sobre todo, las bodegas de depósitos i de manipuleos especiales, que siempre se ocultan a los ojos indiscretos del curioso. Despues de visitar con suma detencion durante un mes entero los distritos viñeros, cuyos licores se esportan por Burdeos, i de enterarme de cuantos datos estadisticos me cayeron a la mano, confieso que no pude darme cuenta de cómo una produccion tan bien contada que, aunque grande, no era posible que alcanzase a satisfacer las necesidades del consumo puramente frances, podia desparramarse inagotable por cajones, por barriles i por cargamentos enteros, hasta en los mas recónditos rincones de la tierra.

¿Quién, sino un iniciado en los misterios de aquel *conditura vinorum* de los antiguos romanos, podria dar solucion al problema, de sacar en limpio el cómo, siendo tan contadas las buenas marcas de vinos del Medoc, no hai rincon de la tierra, por oscuro i desconocido que sea, donde no figuren mui orondas, sobre la mesa del rico que tiene relaciones con Europa, botellas de Lafitte, de Margaux o de Latour; siendo así que esos mentados licores, por su escasa cuantía, ni siquiera humedecen los labios de infinitos bebedores europeos que quieren i pueden comprarlos por caros que ellos sean.

Château Lafitte ni siquiera propiedad francesa alcanzan a ser, pues pertenece a Mr. Samuel Scot, que conduce a Inglaterra cuantos toneles

de vino producen las setenta i cuatro hectáreas de viña que tiene esa propiedad: Château Margaux es propiedad del rico banquero Aguado, a quien enamoran los europeos para que no los deje sin parte del vino que producen sus ochenta hectáreas de viña aun no acabadas de plantar; i Château Latour solo produce en años abundantes, cosa de ciento diez toneles de vino.

Quiso la fortuna que topase en Burdeos con un condiscípulo de colegio, dependiente a la sazón de una poderosa casa esportadora de vinos, la cual, como todas las de su especie, blasonaba de ser la única que lo esportaba lejitimo. «Ten presente, me decia mi injenuo condiscípulo, que en Burdeos no hai ni puede haber lejitimos vinos sobrantés para esportar, sino el mui malo, producido por malisima calidad de cosechas, o el falsificado, que tiene tanto de hijo de uva, como yo de caballo frison. Para las tragaderas de los potentados de Francia i de Inglaterra, no basta todo el vino bueno que se cosecha en el mediodia de la Francia; pero no tengas cuidado por esto, que para suplir ese déficit i proveer al extranjero, aquí estamos nosotros. No hai cosa, agregaba, que tenga jugo mas o ménos azucarado, que no sirva para hacer vino, i así como los ingleses tienen en sus lecherías la bomba del pozo que llaman *vaca negra*, cuya agua les sirve para aumentar la leche que envian al mercado, nosotros tenemos aquí la azúcar, la miel, la pera, la manzana, la raíz azucarada, i de tarde en tarde, admírate, hasta racimos de uvas, para hacer i aumentar nuestros vinos! Olor, sabor, colorido, todos son objetos secundarios, habiendo esencia de moscatel, flores de sauco i de perra, franbuezas, campeche, tornasol, laca carminada, i otras zarandajas por este estilo.»

No se crea por esto que el vino artificial siempre sea mas nocivo que el vino natural. El vino artificial es ménos nocivo, con mucho, que el vino natural, cuando este, por su mala calidad, requiere condimentos minerales para enmascarar su acidez. Por estas i otras razones se comprende el por qué de las injeniosas tretas del caballero de Jacourt i el de las no ménos admirables, aunque antiguas, del célebre Baccius en su *Naturali vinorum historia* publicada en Roma por los años 1596.

Pero a mí no me maravillan las falsificaciones; porque tanto en física cuanto en moral, lo malo que no parece bueno, no se vende; lo que me maravilla, lo que me saca de juicio, es observar el aire doctoral i satisfecho, la gravedad sin par con la que muchos de los mas supuestos preciados conocedores de licores, sorben i saborean tragos de vino arti-

ficial, ponderándole ante sus convidados como *grave pur sang*; i exhibiendo ademas, para mayor abundamiento, la marca, el sello de la botella, i hasta la carta-guia de la acreditada casa que remitió el licor!

El vino falsificado, o mas bien dicho, el arte de falsificarle, nació el mismo dia en que nació la parra. Los griegos saturaban con agua del mar su mentado vino de Chios, tan apreciado por los romanos; i hasta el buen Caton, segun Plinio, llegó a falsificar vino con tanta perfeccion, que se la pegaba a los mejores mojones de su época; i esto que se llamaba Caton! ¡Calcule ahora el prudente lector, cuánto mas no hubiera hecho si se hubiese llamado Lafitte, Margaux, etc., etc.!

En mis correrías por los distritos viñeros, tuve ocasion de atravesar con frecuencia parte de los grandes arenales que por allá llaman *Landes*, i que tienen alguna semejanza con los que se forman en Chile en los inmediaciones del desagüe de los rios en el mar, como en Talcahuano, en Voyeruca i en algunos trechos que forman parte de las riberas del Bio-Bio. Esta clase de arenales, cuyas arenas movedizas no solo no se prestan al cultivo, sino que impulsadas por el viento invaden e inutilizan cuantos terrenos cultivables están en sus inmediaciones, i que se consideraban no hacia muchos años en Francia como enteramente inútiles, son en el dia allá una verdadera fuente de riquezas. La industria agricola ha logrado vencer la inestabilidad de las arenas; i ha encontrado, ademas, árboles útiles que se placen en ellas.

No dudo que lo que se hace en Francia, en las *Landes*, pudiéramos hacerlo nosotros con igual provecho en nuestros arenales.

Sencillos son los procedimientos para fijar i utilizar las arenas movedizas. Comienza el landés por establecer un cierro que impida todo tránsito por sobre el arenal que quiere utilizar; nivela despues a la lijera, por medio del rastrillo, las desigualdades del arenal, i en la época oportuna, esparrama sobre ese suelo i tapa con rastrillo de dientes cortos, el residuo de la limpia de los trigos, mezclado con gramas de poco precio, a razon de ocho hectólitros por hectárea. Estas semillas, que no tardan en nacer i en adquirir mui regular desarrollo, puesto que la grama siempre lo adquiere, aunque sea sobre una mota de algodón humedecida, forman con sus raices entrelazadas una verdadera alfombra, cuya trama, si no la rompe el pié del animal, impide por completo la inestabilidad de las arenas, mientras cobra vida el árbol que se planta en ellas. Los landeses, quienes para no enterrarse en aquellos inmensos arenales, andan sobre enormísimos zancos, plantan en seguida sobre el

sembrado aquella clase de pino marítimo que se llama pequeño i que se distingue por sus hojas unidas, largas i tenues.

La plantación del pino se hace en cuanto terminan las operaciones de la siembra; i el arbolito, como de un metro de altura, nacido i cuidado anticipadamente en almácigos, se desarrolla admirablemente en el arenal. Con estas plantaciones logra el landés el triplicado beneficio de dar consistencia i feracidad a unos arenales que por muchísimos años fueron considerados como inútiles; de proporcionarse abundancia de combustibles i de maderas de que ántes carecía; i por último, de echar al comercio los grandes acopios de resinas que producen los pinos con solo arrancar a su tronco tiras de cortezas en el sentido de su largo, i colocar al pié de ellas tiestos para recibir la sabia resinosa que fluye de estas heridas.

Aunque varias veces he vislumbrado la protectora acción del ángel tutelar que parece velar sobre la conservación de mis días, nunca he visto mas patente la mano de la Providencia que cuando emprendí mi viaje de vuelta hácia mi patria en los últimos meses del año 1830.

Tres buques se encontraban en Burdeos enterando su carga para salir para Chile: la *Petite Louise*, el *Newscastel* i el *Cárlos Adolfo*. El capitán del primero, sin la menor atendible razón, me negó, con la mas terca obstinación, el derecho de ocupar un buen camarote a bordo de su buque, i fueron tales sus groseras maneras de comportarse conmigo cuando fui a examinar las comodidades de la barca, que mui a pesar mio me ví en la precisión de trasladarme al *Newscastel*. El capitán de esta otra embarcación, que parecia vaciado en el mismo molde que dió forma humana a su desconocido colega de la *Petite Louise*, me salió con un despanzurro tan idéntico para negarme un camarote que, sin ser el mejor de todos los del buque, pretendia yo ocupar, que puede decirse me despidió de a bordo. Amostazado con estas injustas exclusiones, puesto que nunca traté del tanto mas cuanto del valor del pasaje, me dirijí al *Cárlos Adolfo*, cuyo capitán Ticaut, tipo de la mas cumplida educación, no solo me cedió el camarote que yo escojí, sino que alcanzó a ofrecerme el suyo propio, si en el curso de la navegación llegaba yo a enfermar.

Salieron los tres buques a un tiempo de Burdeos i casi al mismo tiempo llegaron a las Canarias; i desde entónces hasta ahora no se ha vuelto a saber mas de aquellas dos embarcaciones, ni de sus inhospitales capitanes!

Zarpamos de Burdeos en los primeros días de setiembre, i despues de navegar por las tranquilas i profundas aguas de la Gironda, cuyas márgenes, ya cultivadas, ya cubiertas de espesísimos bosques de pinos i alcornoques o ya de áridos i de movedizos arenales, forman un variado panorama, no tardamos en perder de vista la imponente torre o faro de Cordovan, que ilumina la entrada de aquella poderosa via fluvial, i poco despues nos encontramos surcando el conmemorado cuanto temido por sus borrascas, golfo de Vizcaya.

Parece que los tres buques que dejo nombrado perseguian el mismo propósito de completar su carga fuera de Francia, puesto que navegando como en convoi con solo dos días de diferencia, soltaron sus anclas en Santa Cruz de Tenerife, que es una de las mas notables islas del conocido grupo de las Canarias en las aguas europeas del Atlántico.

Estas islas, que en los antiguos i fabulosos tiempos dieron tanto sobre que divagar a Platon con sus famosas Atlántides, que solo comenzaron a ser conocidas desde que al membrudo Hércules se le ocurrió, a fuerza de empellones, abrir paso al mar Mediterráneo al traves del estrecho Gaditano, fueron bautizadas despues con el nombre de Espérides, i en seguida i por mucho tiempo con el de Afortunadas, pueden considerarse, tanto por su benigno cielo quanto por sus riquisimas producciones agricolas, como una de las muchas joyas que adornan la corona de Castilla.

Consta el grupo volcánico de las Canarias de muchas islitas. Una de ellas ostenta el afamado pico de Tenerife, tenido hasta el año 1765 por la montaña mas elevada del mundo, i por causa única de aquel terrible terremoto que, estremeciendo las islas circunvecinas, duró desde el 24 de diciembre de 1704 hasta el 5 de enero del año subsiguiente; i otra que, llamada Isla del Fierro, ha gozado i sigue gozando aun para muchos jeógrafos, del privilejio de ser considerada indispensable como punto de partida para un meridiano universal. No hai fruto tropical que no se encuentre en ellas, i quien quiera saborear el malvasia, haria mal en comprarlo en otra parte.

Seis días despues de abandonar las islas Afortunadas i de dar el último adios a la *Petite Louise* i al *Newscastel*, que me habian negado en Burdeos hospitalario pasaje, nos encontramos luchando contra la forzada inmovilidad que la calma de la zona tórrida impone a los buques de vela.

Fritos con el calor de los rayos solares, estuvimos largos días sin

esperanza de la mas leve brisa para salir cuanto ántes de unas aguas que por su quietud, por la multitud de plantas marítimas que las cubren, i hasta por sus visos aceitosos i metálicos, mas parecen charcos detenidos que verdaderos mares.

Sin embargo, para el viajero que no considera el viaje como parte perdida de su vida, i que por lo mismo no quiere que se sustraigan esos dias de los que tiene que vivir, los mares intertropicales, a pesar de sus molestas calmas, tienen tambien sus gratos atractivos.

Nada mas grandioso ni mas imponente que el aspecto del cielo despues de puesto el sol en aquellos abrasados horizontes. El crepúsculo vespertino, que no dura ménos de media hora cada tarde, es una inmensa i fantástica cortina de vivisimos colores, que alzándose lentamente sobre la iluminada base del océano, exhibe a los ojos atónitos del observador tan caprichosas formas, tantos matices de suave i atrevido colorido, i tantas orlas de púrpura i de oro que nacen, se estienden, se recojen i vuelven a aparecer cuando ménos se lo espéra, que solo la imaginacion, mas nunca la paleta del mas afamado pintor podria reproducir.

El mar, aunque dormido i cubierto de sargaso, no carece tampoco de atractivos. Cardúmenes de Doradas iluminan con frecuencia los costados de las embarcaciones con los reflejos del sol sobre sus doradas escamas. El precioso pez conocido con el nombre de Bonito, persiguiendo con la rapidez de un rayo a los pecesillos voladores, puebla el aire de bandadas de estos pobres fujitivos que caen desatinados i dando saltos sobre la cubierta de los buques, donde encuentran en medio de la algazara de las tripulaciones, la misma muerte que pretenden evitar, ya huyendo de la voracidad del pez que los persigue, ya del pico de las aves marinas que los cazan al vuelo. De vez en cuando aparece por la popa del buque algun espantable tiburón, que siguiendo sus aguas, a unos horroriza i a otros entretiene, i que casi siempre concluye su visita atravesado con un harpon sobre la cubierta de la nave.

El sargaso mismo que se estraee del mar i se arroja sobre la cubierta para observarlo mejor, es un tesoro para el naturalista por la multitud de curiosisimos pecesillos, jaibitas i moluscos que viven en él; i como todo es aquilatado en las rejiones tropicales, donde hasta las moscas suelen ser venenosas, las raíces que a manera de hebras de seda rosada penden de las babosas llamadas Galeras, quemán la cútis con tal intensidad que muchas veces los curiosos que manosean el sargaso, salen dando

gritos o echando votos, por habérseles enredado en los dedos esos hilos endiablados.

Poco a poco i a fuerza de paciencia i de no malograr la menor brisa, salimos de nuestro atolladero i entramos en una rejion mas frecuentada por los vientos, hasta llegar a la altura de Montevideo, desde donde aumenta un tanto su intensidad, que puede decirse que del extremo de la quietud i del calor saltamos a velas llenas al extremo del movimiento i del frio desapacible.

No solo de los terrenos bajos de la desierta Libia arrancan furiosos huracanes; de las dilatadas planicies de las Pampas Patagónicas, por una análoga consecuencia física, se lanzan tambien con frecuencia tan terribles vientos sobre los mares que bañan sus costas orientales, que el solo nombre de Pampero hace estremecer a los marinos. Sorprendidos por uno de esos molestísimos ventarrones, corrimos a palo seco un desecho temporal durante nueve dias consecutivos, i cuando estábamos en lo mejor, para colmo de angustias, nos anunció el capitán que estando nuestra provision de agua mui menoscabada, era preciso que nos sometiésemos a la mas estricta racion! Autorizónos a consumir el vino que quisiésemos, con tal que no tocásemos el agua; i esto, que al principio causó mas bien regocijo que tristeza, no tardó en aumentar la desesperacion que causa la sed, porque es menester tenerla que sufrir sin apagarla, para darse cuenta del sacrificio que esa calamidad impone. En los cortos momentos que el crujir del buque i sus balances nos dejaba dormir, soñábamos con rios i con lagos de agua dulce, del propio modo que cuando se sufren los efectos de la pobreza, se sueña con rimeros de oro. Para aumento de nuestra desesperacion, veíamos el horizonte cubierto de chubascos, cuando ni una sola gota de agua caia sobre nuestra cubierta. Al sétimo dia de martirio, la suerte, apiadada de nosotros, descargó sobre el *Cárlos Adolfo* i sus sedientos pasajeros el mas bien venido i copioso de todos los diluvios! Pronto se tendieron las toldetas, se echaron balas de cañon en varias partes para formar embudos en ellos, se acomodaron mangas en los enormes chorros que despedian; i nosotros todos, de capitán a paje, enteramente desnudos, porque necesitábamos beber agua hasta por los poros del cuerpo, en ménos de tres horas llenamos sesenta barricas de ese jugo de la vida, nunca con tanto entusiasmo festejado. De veras que causaba risa vernos llenar de agua para guardar hasta las vasijas confidentiales de nuestros camarotes, por temor de encontrarnos en otra sequedad.

Se observa en las aguas del mar, por embravecidas que se encuentren, un fenómeno singular cuando cae sobre ellas algun fuerte chaparrón: la cortina de agua que se forma en la atmósfera al llover, contiene el viento, la ola deja de romperse con sus estrellones, i el mar queda sin espumas aunque levantando i bajando siempre sus imponentes colinas de agua.

Como el agua que bebimos fué tanta, i tanta la cargazon de alquitran que ella tenia, porque tras de recorrer la jarcia habia pasado por velas alquitranadas, resultó que aun no habian recobrado los Adanes sus vestidos, cuando al jeneral contento sucedió la escena del mas ridiculo desconsuelo. Deplorables fueron, sin duda, los efectos de la tal agua alquitranada, pero mui provechosa para la salud de los compunjidos navegantes.

Prosiguiendo con tiempo ménos borrascoso en demanda de los mares del Cabo, tuvimos la desgracia de encontrarnos en la boca meridional del estrecho de Lemaire con el mas violento i contrario nor-oeste. Contrariados tambien alli por una tenaz llovizna i por una espesísima neblina, sufrimos largas horas el temido embate de aquellas montañas de agua en vez de olas, que siempre ostentan los mares australes, cuando los ajita un viento huracanado. Sin embargo, a los cuatro dias de una lucha tenaz doblamos el cabo, pero como estaba escrito que aun no habiamos de descansar, ibamos ya perdiendo de vista al oriente la isla de Diego Ramirez, últimos restos de las despedazadas cordilleras de los Andes en aquellos tormentosos lugares, cuando un esfuerzo repentino del viento tronchó la verga de nuestro palo mayor i la arrojó con tanta violencia sobre la cubierta del buque, que turbado el timonel, casi nos pierde para siempre. Con su turbacion embarcamos por la proa una ola que pasando como un torrente por sobre la cubierta, arrastró junto con dos infelices marineros, la lancha del centro i la cocina, causándonos ademas tantos destrozos que, junto con perder la esperanza que poco ántes teníamos de llegar a nuestro destino, llegamos a perderla de salvar la vida.

Sin embargo, como el hombre en estos lances de su misma flaqueza saca fuerzas, a pesar de la entrada de la noche, que vino a aumentar el horror de nuestra situacion, se trabajó con tanto teson, cuidando solo de sostener a flote la barca, que al dia siguiente, empujada por el viento i las corrientes del Pacifico, se encontró de nuevo tan al oriente del

Cabo de Hornos, que no nos fué posible pensar en otra cosa que en buscar una caleta hospitalaria donde poder reparar nuestras averías.

Dos días despues de tan angustiosa situacion, la firme aunque desmantelada *Cárlos Adolfo* soltó el ancla en el abrigado puerto Egmont de las desiertas islas Malvinas.

¡Cuánto no costaban en aquel tiempo los viajes a Europa, que son en el día simples paseos de recreo!

Nos asilamos, pues, en uno de los mas espaciosos i cómodos puertos del mundo, i en él, gracia a la estabilidad de sus tranquilas aguas i libres del zangoloteo, pudimos descansar, dormir con sosiego i reparar nuestras averías.

Las islas Malvinas, conocidas en el día con el nombre de Falkland, no son tres ni cuatro inútiles islotes buenos solo para ser ocupados como punto estratéjico en la boca de un estrecho tan importante como lo es el de Magallanes; las islas de Falkland son un verdadero archipiélago, que cuenta por lo ménos doscientas islas agrupadas en dos secciones conocidas con los nombres de grupo Oriental i de grupo Occidental. Las costas de las islas del primero son jeneralmente bajas, al paso que las del segundo están llenas de alturas i de poderosísimas rocas i ribazos que alcanzan una elevacion de mas de cien metros. No se encuentra en el archipiélago ni rastros de alta vejetacion; pero, en cambio, sus ricos i abundantes pastos naturales se prestan, bajo un clima relativamente benigno, a la crianza de ganaderias, como lo manifestaban, cuando nuestra recalada, las muchas vacas i caballos silvestres que persiguieron a balazos los pasajeros del hacia pocos días atribulado *Cárlos Adolfo*.

La existencia de animales domésticos en islas tan poco frecuentadas proviene de las muchas intencionas hechas por algunas naciones para adueñarse de ellas, alegando derechos que ninguna parece tener perfectos i claros.

Creer algunos que fueron descubiertas por Vespuccio. Davis las alcanzó a divisar en 1592. Hawkins recorrió sus desiertas costas en 1594. Strong hizo algo mas, pues ancló en el estrecho que separa las dos islas mayores del archipiélago en el año 1600.

La manía que tenian los navegantes del siglo de Cook de dar nombres nuevos a cuantas islas encontraban en sus aventurados viajes, sin quererse acordar si esas rejiones tenian o no ya nombres conocidos, es el motivo porque pocas islas llevan mas apellidos que estas. El viajero

Cowley las llamó Pepys; Ricardo Hawkins, Virginia, para conmemorar la virjidad de la reina Isabel de Inglaterra; los marinos franceses de Saint-Maló, Malvinas; i otros las llamaron Falck-land. Como quiera que fuere, Baugainville fué el primer marino que tomó de ellas posesion a nombre de Francia, i el primero tambien que procuró establecer colonias en aquellos desiertos i frios parajes, fundando en 1763 la de San Luis.

La Inglaterra, que con razon o sin ella, consideraba suyas aquellas islas, al ver semejante detencion, tomó sin mas esperar posesion de ellas, se estableció en puerto Egmont i exijió que los franceses entregasen el dominio disputado al capitan Mackride, lo cual visto por España, que ya miraba de reojo que cada cual quisiese apoderarse de lo que legitimamente le pertenecia, por formar aquellas islas parte integrante de sus posesiones americanas, asumió tan amenazadora actitud que no solo los ingleses se hicieron a un lado, sino que los mismos franceses, contentándose con la devolucion de los gastos hechos en San Luis, dieron orden al mismo Baugainville para que al mando de la fragata *Boudeuse* pasase a entregar aquellas islas, con las ceremonias i cañoneo de costumbre, al comandante don Felipe Ruiz de la Puente, que al mando de las fragatas *Esmeralda* i *Liebre*, se entregó de ellas a nombre de la España el dia 1.º de abril de 1767.

Mas, como los españoles tuviesen en América tanto i tan bueno que aprovechar, para cometer la simpleza de malbaratar brazos i riquezas por solo el gusto de conservar lo que en aquel entónces nada valia, no tardaron en abandonar la colonia, cuyos restos notamos en nuestras correrias por las islas. Ya sabemos cuáles fueron las pretensiones arjentinas al dominio de las Malvinas despues de la lucha de la independenciam, como sabemos tambien el caso que hicieron de ellas los ingleses, quienes a pesar de las protestas de la República, tomaron posesion definitiva de las islas cuestionadas en 1833.

A los nueve dias de holgada i alegre residencia en Egmont, con viento fresto i cielo despejado, emprendimos de nuevo la suspendida tarea de doblar, como dicen, el Cabo, la que verificamos con tanta dicha, que catorce dias despues soltábamos ancla en Valparaíso a los ciento siete de nuestra salida de Burdeos.

CAPITULO VIII.

Llegada a Chile.—El recién llegado.—El novel hombre de campo.—El fabricante de aguardientes.—El por qué del fracaso de nuestras fábricas.—El tendero.—El médico.—Primer ensayo del escritor público.—Consecuencias de llegar a ser rico de repente.—Contrabando de tabacos i de ganados por la via andina.—A jeneroso, jenero i medio.

Si para el recién llegado de Europa, en el día, es tan triste, i aun repelente nuestro actual orgulloso Valparaiso, ántes de haberlo tratado con alguna intimidad, ¡qué no sería el año de 1830, con sus andrajosas quebradas, sus casuchos toreando la ola, en el reducido plan de tierra firme que mediaba entre el mar i los cerros, los solitarios buques que se balanceaban en la bahía, i aquella interminable calle o vía carretera, verdadera *villa del Covin*, que con sus desiguales ranchos i casuchos conducía desde el lugar que llamaban el puerto, al pié de la antigua i conocida cuesta de Polanco!

El extranjero, para quien América significaba selvas seculares, bosques de *palmeras*, algazara de *cacatoes* i oro a mano, despues de traslomar cuestras i tras cuestras encajonado, sin ver nada de todo eso, en aquellos vehiculos dijestivos de Loyola, que por lo saltones, merecieron el nombre de cabras, llena de chichones la cabeza i los pulmones de polvo, entraba a Santiago por la interminable, sucia i desgreada calle de San Pablo, que principiando por ranchos, *chicherías* i canchas de bolas, terminaba casi en la plaza principal de la ahora, a nuestro parecer, opulentísima capital de Chile.

Hai, sin embargo, un fenómeno que notar en el cambio, siempre seguro, de adverso en favorable, que sufren las primeras impresiones del recién llegado, a poco de permanecer algun tiempo en nuestro Santiago. Las casas, parece que crecieran en altura, i sus tejados, que al principio hasta se cree que amenazan los sombreros por lo vecinos al

pavimento de las veredas, se elevan, sin saber por qué, a la mas proporcionada altura.

El Santiago de entónces, como el de ahora, asustaba al principio para agradar despues a todo viajero que, cerrando los ojos al salir de Europa, solo los viene a abrir cuando llega a Chile.

Vuelto, pues, a la deseada patria, i henchido de aquella injustificable suficiencia que ostentamos siempre los recién llegados de por allá, metiendo en todo *ex-cátedra* la mano, comencé por mirar de alto abajo a los modestos i estudiosos jóvenes chilenos, que a fuerza de trabajo, estudio i contraccion, trataban de compensar la falta que a los ojos vulgares les hacia un baño europeo. I no sin causa, porque entónces, todo recién llegado del májico Paris, a mas del necio orgullo que ostentan los que ahora llegan, contábamos con los atractivos que da la moda al corte de un vestido, con la grata sorpresa de aquel que oye hablar en frances a un *pehuenche* i con un caudal de portentosas descripciones, de chistosos galicismos, de mui variados i siempre elegantes nudos de corbatas i de no pocos nuevos pasos que agregar al baile de las cuadrillas. Teniamos, en fin, para muchas mamás i para no pocos bobos, todos los encantos de los trajes de moda recién desencajonados.

Mas, como la moda cambia siempre, por mucha bulla que ella haya metido al principio, sucedió que, pasado de moda el petimetre, con la contestacion a la terrible pregunta «¿cuánto tiene?» nadie volvió a acordarse mas de él.

Vióse, pues, precisado el desvalido *dandy*, a los dos años del mas deleitoso *farniente*, a buscar medios mas sólidos de enterar la vida.

Esta resolucion, para todos acto meritorio, no mereció la aprobacion de la suerte, pocas veces Mecenas de los buenos propósitos, pues desde aquí comienza aquel rosario de contratiempos i de crueles tropezones, cuyas cuentas, no de oro, sino de burdo palo, solo tocaré con las puntas de los dedos, por no ser mi propósito escribir la vida insulsa de un simple majadero, sino aquello que, relacionándose con ella, puede ofrecer algun resultado atendible i práctico.

Tan amigo de la vida independiente, cuanto enemigo de todo lo que fuese someterme al obediente yugo de los destinos públicos, creí, como creen en el día muchos jóvenes pobres, pero enamorados, que con solo tomar un fundo rústico en arriendo, sin mas recursos que dineros prestados a corto plazo, con tal que abundase el desco de trabajar, bastaba para meter en casa, juntamente con la esposa, la dicha i la riqueza.

Comencé por pagar a la *huasería* el forzoso tributo que siempre paga el novel campesino que endosa poncho por la vez primera. Buenos caballos, estrafalarias monturas, crueles rodajones, machete, lazo, *pehual*, maneadas, *copas de alegría* i *guampar*, con ribete de plata en las alforjas; olvidé el idioma de Cervantes por la jerga provincialesca; rivalicé con los mas poderosos jinetes en el manejo del caballo i del lazo; madrugué ántes que el lucero; trabajé como trabajan los machos de carga; me lloví; me asoleé; dormí en el suelo; i, al cabo de dos años, por fruto de tanto afán, salió el afrancesado dándose a santo, con solo lo encapillado i con dos años mas de edad a cuestras.

Mal trecho, pero no desanimado, solicitó entónces de la perfeccion de una industria embrionaria en Chile, el desagravio de su agrícola malandanza, i planteó una fábrica de aguardientes a la europea, en el departamento de San Fernando. Mas el resultado final de esta nueva empresa, si no fué idéntico, fué mui parecido al de la anterior; porque a fuer de chileno *pur sang*, tuve que pagar nuestra comun manía de no comenzar a hacer las cosas por el principio, sino por donde éstas deberían terminar. El progreso i la perfeccion, no solo no dan saltos, sino que presuponen la existencia de primeros pasos. El niño gatea ántes de correr; el botín de charol, como lo he repetido mil veces, supone curtiembres i zapaterías, i éstas, fábricas de hormas, de estaquillas, i ademas de manos, que comenzaron por hacer babuchas, siguieron por zapatos i concluyeron por botines. En mi fábrica de aguardientes tuve que ser fumista, alambiquero, broncero i tonelero juntamente. Una llave de pulgada i media de diámetro era un tesoro entónces, i por lo mismo cuando se descomponia, ni por un tesoro se encontraba a tiempo otra que comprar.

Fracasó la industria alfarera en Chile, porque se nos ocurrió comenzar por lozas finas, cuando aun no habíamos salido del cántaro i del plato de Talagante.

Fracasó la fábrica de vidrios, porque en vez de comenzar por hacer botellas de vidrio comun, se ha tenido la impertinencia de comenzar por vasijas finas i por vidrios planos.

Fracasó la de azúcar de betarraga, porque el fabricante tuvo que ser agricultor, i el producto, por ser chileno, refinado.

Lleva lánguida existencia la fábrica de paños, porque en vez de comenzar por ponchos, frazadas i jergones, nos dió el diablo por comenzar por casimires; i fracasó mi fábrica de aguardientes porque, en vez de

contentarme con mejorar algo el cañon condensador, me meti a rasca; porque en vez de usar pailones hechizos, me lancé al delgadísimo alambique frances; i, porque en vez de hacer mejor *chibato*, me engolfé en el coñac, en el anisete, en el perfecto amor.

De aquí se desprende este verdadero i triste axioma: toda industria perfeccionada que se introduce en un pais que carece de industrias rudimentales, lleva en sí misma el presajio de la ruina del empresario.

Por mas que dijeren que el hábito no hace al monje, el resultado de mi fábrica está allí para probar lo contrario. Habia hecho venir de Europa para el adorno de las botellas una guapa coleccion de vistosas estampillas, cuyos dorados arabescos guarnecian estas palabras: *Old Champagne cognac*, i para que la ilusion fuese mas completa, habia hecho escribir sobre la portada de mi despacho, con gordas letras: *Importacion directa*. Deseo, entre paréntesis, que no se me alboroten por esto alguno de los muchos importadores directos del dia, creyéndose aludidos, porque solo en mi tiempo se pasaba gato por liebre, i en el dia todo es puro Paris, o cuando no Burdeos.

A la sombra de esta túnica encantada, caminó tan bien la venta en los primeros meses, que llegado a insurreccionarse mi orgullo patrio, al ver que yo mismo estaba dando al extranjero una fama que solo a Chile correspondia, eché al fuego las estampillas europeas, puse en la portada del almacén *Fábrica nacional*, i en el rótulo de las botellas *Coñac*.

Cunaco i el diablo cargó con cuanto habia. Arrojado el hábito, arrojé sin saberlo la bondad de lo que vendia; pues tornado de bueno en malo, nadie se volvió a acordar ni del licor, ni del restaurador del patrio crédito industrial.

Fui tendero despues, i no dejé parroquiana a la cual, zalamero, sa-gaz i mentiroso, no tratase de endosar los huesos de la tienda, persuadiéndola a que perdía plata en la venta, i que solo lo hacia por ser la favorecida quien era, con tal que no divulgase el secreto de una baratura tan ruinoso cuanto escepcional; mas cuando llegaba el caso de vender por mayor, entónces solo *recobraba la virtud sus fueros*. La verdadera factura iba a la caja, la que me sirvió para la Aduana, por ser ésta su único destino, habia caminado ya para otra parte, i solo aquella de abultados precios se mostraba a los ojos del comprador, a quien se le vendia por especial favor, *perdiendo plata*, al precio de factura.

Aunque de tendero a médico va trecho, mi aficion a las Ciencias Naturales estrechó tanto la distancia que mediaba entre estas dos faculta-

des, que así vendía zalamero i oficioso mis huesos tenderiles, como vendía grave i satisfecho de mi saber mis doctisimas recetas; cuidándome poco, como lo hacen muchos, de averiguar si ellas podrian o no tornarse en verdaderos pasaportes para la otra vida. Si el enfermo se iba, los dolientes i el médico esclamaban: «los dias son contados, ¡quién se opone a la voluntad de Dios!» Mas si el enfermo, a fuerza de luchar contra los aliados médico i boticario, llegaba a sanar, como tambien sucede en los lugares donde hai médicos i protomédicos, nadie se acordaba de la voluntad de Dios, sino de la sabiduría del esperto Esculapio en cuyas manos se habia puesto el venturoso enfermo.

A nadie cobré visitas, porque no tenia a mi disposicion un protomedicato que apoyase mis arbitrarios precios; pero en cambio cobré ingratos, cosa que a los médicos recibidos no acontece, por la sencilla razon que el vendedor de una especie solo puede hacerse de enemigos, porque vende gato por liebre, pero nunca de ingratos. La ingratitud, como bien a las claras lo dice la palabra, solo nace de servicios gratuitos, ¿i cuántos son los servicios gratuitos que, en jeneral, dispensan a la doliente humanidad la mayoría de los Esculapios, para que pomposos asuman como lo hacen muchas veces, el título de humanos por excelencia?

Pero no se me alboroten por lo que dejo espuesto los lejítimos hijos de Hipócrates, porque la ciencia siempre ha ocupado para mí un lugar sagrado; i solo aludo a los que, embozándose en ella, dicen que venden virtud, cuando solo venden interesados servicios.

El mérito en jeneral, si busca nombradía, es mas por el provecho pecuniario que de ella saca, que por simple gloria vana i sin sustancia; i si con frecuencia se embosca tras de lo que llamamos humanidad caritativa, es ménos por hacer obras gratuitas de misericordia, que por acertar el tiro de llenar los deberes que le impone el precepto: *la piedad bien entendida comienza siempre por casa*. Yo no los critico por lo que hacen,—en su derecho están,—sino por el mérito moral que ellos atribuyen a sus actos i por lo que dejan de hacer para merecerlo. ¿Puede vivir el médico donde no haya enfermedades? ¿No son las enfermedades que aflijen a la humanidad, el tesoro, la mina, el coche, el pan i la educacion de los hijos del profesor? ¿Cómo es posible entónces que haya crédulos que se imajinen que el médico, que es hombre como todos los demas, trate de destruir o de disminuir dolencias, que son el tesoro, la mina, el coche, el pan i la educacion de sus hijos?

Pero ya para digresiones basta i sobra con lo dicho.

El ocio del mostrador me hizo hojear libros; los libros medio renovaron en mi alma mi antiguo amor a las letras; i como no cabe enamorado de las letras sin garabatos, ni hai garabatos de esta calañía que no vaya al fin i al cabo a rematar a la imprenta, para pasar de allí a servir de envoltorio de drogas en las boticas, sucedió que, atribuyendo mis malas andanzas a lo errado de mi vocacion, me sujirió el mal jenio que me perseguia, la tonta idea de emprender la rejeneracion de mi escuálido bolsillo por el florido camino de las letras, i sin mas esperar me metí a escritor público.

Para dar a mis primeros ensayos crédito i nombradía, quise echarla, como lo hacen los médicos, de hombre mas ocupado del bien ajeno que del propio suyo, i remiti a un diario santiagueño, de alguna fama entónces, un tremendo artículo, en el que se probaba hasta la evidencia que un cura campesino, de cuyo nombre no quiero acordarme, en vez de dar ejemplo a su grei de pureza i de honradez, estaba falsificando la firma del prelado para los efectos de cobrar mayores derechos que aquellos que designaba la tarifa parroquial.

Esperaba yo contento, tras de mi molesto mostrador, el título de *repórter*, o por lo ménos, aplausos que me lo hiciesen merecer, cuando me llegó la noticia de que mi artículo habia sido acusado, i pocos dias despues la de mi condena en primer grado, la cual me imponia una multa superior a mis escasas fuerzas. En vano me trasladé a Santiago, llevando por tardía justificacion de cuanto habia escrito contra el cura, un cascaron de la pared de la iglesia del curato en el cual estaba pegada la malhadada tarifa falsificada. El modesto i pundonoroso prelado, mi buen tío don Manuel Vicuña, cuya memoria venero, a pesar de esto, oida mi doliente esposicion, se contentó con apartar de su vista, con horror, el raro documento que yo le presentaba, i con despedirme diciéndome:

—¡Hijo mio, no me pesan a mí tanto mis pecados, cuanto me pesa el que te hayan enviado a educar a Francia!

No hubo mas que replicar; pagué, callé i me fui con la música a otra parte.

¿Qué me quedaba que hacer? Pasado el primer aturdimiento, mi contrariada pero nunca vencida imaginativa, no tardó en indicarme el camino de las minas. Me hice, pues, minero. Hice pedidos de vetas levantándome el falso testimonio de ser *minero de profesion* como lo hacen tantos que no han visto minas en su vida, i echándome por esos cerros

de Dios en busca de lo que no había perdido, ya me cansaba, armado de bonete i de culero, de tratar de resolver entre piques i frontones, adivinanzas a oscuras, cuando mi aviesa suerte, que no se cansaba de halagarme para volverme en lo mejor la espalda, me hizo encontrar en el oscuro fondo de un viejo laboreo de la mina del Sauce, en los cerros costinos de la vieja Colchagua, esto que llaman los mineros colados, un *¡asiento de candelero!* Aquí de mi alegría, aquí del justo presumir del contratiempo que con mi inesperada fortuna iban a experimentar cuantos, por pobres, me habían despreciado! El oro en todas partes es juventud, es talento, es hermosura; tenía yo pues, motivos para congratularme.

En el fondo de la oscura i húmeda labor, en la cual se acababa de dar el último brocazo que me hacia poseedor de aquel tesoro, solo porque lo hice despejar, pasé i volví a pasar conmovido el humeante candil del minero por el frente de la roca cuarzosa cubierta de clavos i de venas de oro que parecían asegurar mi fortuna. Fué aquel un momento encantador, un sueño, pero no pasó de sueño. La riqueza no fué mas que lo que estaba a la vista i apenas dió para los gastos.

En los primeros momentos del engañoso hallazgo, el barretero había contado a los *apíres* de cómo el patron se encontraba en un pozo de oro a mano; los *apíres* lo contaron a los peones, éstos a los pasajeros, los pasajeros llevaron abultadísima la noticia a Curicó, i ésta de un salto con formas colosales se trasladó a Santiago. Pronto comenzaron los regalos de los indiferentes, i las cartas hasta de mis mas decididos despreciadores a ejercer su adulador oficio; puesto que, encontrándome sentado en la boca de la mina, triste i convulso por mi nuevo chasco, tuve el gusto de abrir algunas en cuyo final se leían estas testuales palabras:

«Espero que el exceso de su merecida fortuna no le hará olvidar a sus muchos i buenos amigos, entre los cuales ha debido usted contar en primera línea a este su afectísimo i seguro servidor!»

He conservado las cartas en un libro de tapas negras con el título de *Desengaños*.

En cuanto a los regalos de bizcochuelos i de pavos mechados mandados por personas que ni siquiera me ofrecían ántes un cortes asiento, a medida que llegaban, los mandaba arrojar a la mina, diciendo al conductor por única respuesta: Que la mina daba las gracias al desinteresado remitente.

Terminada mi rápida fortuna como los cartuchos de los linajes de Cervantes, anchos arriba i en aguda punta abajo, bajé de las rejiones del talento al antiguo reinado de despreciable tonto. Pobre ademas para poder emprender negocios compatibles con la independencia de accion que siempre he tratado de conservar i sin mas recursos que los que mi salud i mi notable actitud para sufrir fatigas corporales me proporcionaban, de acuerdo con algunos engorderos, me lancé a las provincias arjentinas, i en ellas, ya buscando ganados, ya sirviendo de intermediario entre los negociantes de una i otra banda, vagué once años consecutivos sin mas descansos que los que me proporcionaron un improvisado viaje a Francia i tal cual visita a mi olvidada Santiago.

Veintitres pasos conozco en las cordilleras de los Andes, i por los mas frecuentados por mí, donde puede decirse que vivia los veranos, no recuerdo las veces que he pasado. Fueron estos, para mis asuntos de Salta, Catamarca, La Rioja i San Juan, los pasos de Antofagasta, San Guillermo, Doña Ana, No te Duermas i Agua Negra; i para los de San Luis, Mendoza, San Carlos, San Rafael i los Malales del Payen en los desiertos patagónicos, los pasos del Portillo, Leñas Amarillas, Planchon, Maule, Longavi, Canteras i Chillan.

La práctica esperiencia que mis correrías por los Andes me ha dejado, me induce a repetir hasta el cansancio cuán inútiles o por lo ménos cuán inoficiosas son, para precaver el contrabando, los dichosos resguardos que los jerentes de la hacienda pública sostienen en los pasos o boquetes andinos, pues no hai uno solo cuya vijilancia no pueda ser fácilmente eludida. Cuando no puede evitarse el contrabando en poderosa escala, como sucede en Chile con el de tabaco, la razon económica solo prescribe dos medios de precaver su inmoralidad: o rebajar los derechos hasta hacer mas perjudicial que provechoso el contrabando, o suprimirlos por completo. Con el primer recurso se evita un gravámen sin compensacion al comerciante honrado i se niega un premio dispensado, sin quererlo, al que no lo es. Con el segundo se protege una industria que há muchos años debiera ser poderosa fuente de riqueza para Chile.

Antes de pasar adelante, quiero dejar aquí consignado un hecho presencial que ya puede, sin inconveniente, referirse, hecho que enaltece el corazon de uno de los mas acaudalados, benéficos e industriosos hijos de Chile, i que agrega nueva prueba al axioma de la inconstancia de la fortuna, para autorizarme a repetir al desgraciado: ¡no desmayes!

Allá en tiempo de entónces i cuando el insigne minero don Zacarias

Nikson trabajaba en Colchagua las minas de oro del mentado Millahue, alojaba no mui distante de los trapiches del opulento *gringo*, en una modesta heredad, un honrado i silencioso caballero, blanco como yo, de los brutales tiros de la adversa suerte. Perseguido por sus acreedores de Santiago, i obligado a malbaratar lo poco que le quedaba para honrar su firma, golpeó en vano este infeliz caballero las puertas de los Argomedos, Calvos i Rencoret, verdaderos Rothschild que monopolizaban las compras de ganados en la industriosa aldea de Nancagua, a fin de conseguir por los que arreaban, un precio equitativo; porque entónces, en toda compra-venta, el derecho de imponer condiciones solo correspondia al vendedor buscado i jamas al vendedor que buscaba, costumbre que segun entiendo, vive i reina aun en los retoños, como vivia i reinaba allá en los troncos. Nuestro apurado vendedor colocado entre el salteo i la cárcel por deudas, no sabia ya donde dar con la cabeza, cuando el acaso, padre de inesperadas soluciones, vino a abrirle ya que no una puerta, siquiera una ventana por donde poder escapar.

Florece entónces en Nancagua aquella simpática, conocida e industriosa señora doña Carmen Galvez, cuyos incomparables alfajores paladeaban con encanto los provinciales de los conventos i los acaudalados hijos de la culta Santiago. Esta señora, que por ser pobre era caritativa, dolida de las cuitas del atribulado vendedor de animales, le encaminó con una fina carta de recomendacion al vecino fundo de Boldomávida, donde segun ella, residia un jóven que aunque afrancesado, tenia mas corazon que cabeza.

Una mañana despues de darle vuelta al campo, porque no hai campos mas dados vueltas que los chilenos, encontrábame pasando el sol en el corredor de las casas de Boldomávida, fundo que corria entónces a cargo mio, cuando acerté a ver que por la puerta del patio entraban, sobre miseras cabalgaduras, un huaso acaballerado seguido de un muchachito que parecia servirle de asistente. Era el que hacia de amo un mozo mas que sobresaliente, de mediana estatura, de pelo negro, de pálido semblante i al parecer de robusta constitucion. Su vestido, bien que aliñado, no encubria la pobreza que en alto pregonaban el rocinante, los pellones de la montura i la ausencia de aquellas mentadas copas de alegría que a la par con los enormes rodajones de las espuelas de plata, constituian entónces los arreos del huaso acaudalado. Fué el saludo del recién llegado mas bien tímido que desembarazado; pero como entre el recomendado de la Galvez i yo no cabia etiqueta, no tardamos, sentados

en el mismo banco, en comenzar a departir como podian hacerlo antiguos conocidos. Contóme lo que le pasaba, dijome ademas que viéndole algunos precisado a vender, aprovechando la ocasion se le ofrecia: seis pesos por la vaca seca, sieta por la parida i por el buei nueve; que él no venia a pedirme mas por su ganado, pues solo deseaba, ya que era preciso sacrificar, que el sacrificio redundase mas bien en favor de un modesto trabajador que en el de ricos descorazonados. Halagado cuanto conmovido, despues de una corta pausa, le dije: ¿le parecerian a usted mal siete, ocho i medio i doce pesos? Señor, me contestó, eso hasta mas es de lo que puedo desear. Pues entónces, le dije: el ganado es mio; i como él se dispusiese a marchar por él, le supliqué que honrase mi almuerzo con su presencia ántes de todo. Hizolo así i como yo reparase que al acompañarme al comedor, vuelta la cara con cariño hácia su ayudante, le dijiese: póngase por allí a la sombrita no mas, que luego nos iremos; di órden al mayordomo de patio para cuidar de los caballos i para conducir al *niño a almorzar a la cocina*.

Quiero ser breve: entregado del ganado al dia siguiente, tuve el gusto de regalar a mi estraño vendedor de animales, un par de pantalones de ante, que aunque usados, podian pasar por decentes al lado de los de raido casimir que él traia puestos. Recibió mi amable huésped ese mísero regalo, con la demostracion del mas puro agradecimiento, i al darme el abrazo de su despedida, me pareció sentir sobre mi pecho los latidos de un corazon conmovido. Desde ese dia le perdi de vista. Pasaron años i mas años, i ya mi memoria no conservaba del tal vendedor de ganados ni el mas mínimo rastro, cuando corriendo el año de 1860 i estando yo firmando el despacho ordinario de la Intendencia de Concepcion, llamóme repentinamente la atencion tal ruido de asientos aportados i de cortesés arrastraduras de piés que hacian los empleados subalternos en la vecina sala, que al preguntar incómodo lo que aquel movimiento significaba, vi a mi secretario que saludando con respeto, introducía en la sala del despacho al opulento señor don Matias Cousiño. Yo que desde mucho tiempo ántes de mi salida de Europa conocia de fama la importancia del papel que el señor don Matias representaba en Chile, me alzaba de mi butaca para recibirle conforme a sus merecimientos, cuando él, con el mas cariñoso: permitame, señor don Vicente, que le abraze, me echó los brazos con efusion al cuello.—Confieso que tan inesperada manifestacion me dejó suspenso. ¿Cuándo he tratado yo a este amable caballero, para que así se manifesté conmigo? ¿Qué he hecho

yo por él, dónde, cómo? ¿No habrá en todo esto alguna lamentable equivocación?

La misma incertidumbre refrescó mis recuerdos. Aquel emocionado abrazo cuya causa no atinaba a descubrir, no era el primero que, con calidez de idéntico, tenía yo recibido en el curso de mi vida; otro igual me había sido dado años ántes por un pobre huaso a quien había yo regalado un par de pantalones usados de ante, en época para él angustiosa!

Vengo quejoso contra usted, fueron las primeras palabras que me dirigió aquel Creso chileno, por sus riquezas, i mui superior al romano por sus virtudes. Al natural, ¿por qué? de mi solícita respuesta, me contestó con cariñosa seriedad: porque ya van para cuatro meses que usted volvió a Chile, i por no querer cobrarle lo que le debo, sigue usted, a pesar suyo, esclavo de los destinos públicos.—Válgame Dios, señor don Matías, repuse, deberme usted algo a mí?—I que trascordado está usted, contestó; voi a ver si puedo refrescar su memoria i cojiéndome amistosamente la mano, se espresó de tal modo, que me hizo reconocer, aunque con vergüenza mia, que yo fui aquel de la dádiva de los calzones de ante i él el que los había recibido!

Escuso referir cuánto hizo, despues de esta entrevista, aquel noble i agradecido corazon en obsequio del antiguo repartidor de ropa usada, para limitarme a decir que he considerado ineludible conmemorar este corto episodio de mi vida, para que pueda completarse con él, el cuadro de las relevantes prendas que adornaron al incansable servidor de la industria i del comercio patrios, a don Matías Cousiño, para quien la presencia del que le conoció pobre, mui léjos de afrentosa era un elogio, lo que nunca acontece entre vulgares corazones.



CAPITULO IX.

Revoluciones.—Guerra de Santa Cruz.—Fusilamientos en Curicó.—Lo que cuesta viajar sin pasaporte.—A lo que espone una mentira aunque sea a tiempo.—Lance de San Carlos i mi fuga para la Rioja.—Riquezas naturales que se encuentran entre San Carlos i Famatina.—Momias.—Petrificaciones.—Chilecito de Famatina.—Comercio con Chile.—Precio de los ganados.—Tabaco i su contrabando.—Falsa designacion de un solo tronco a las cordilleras.—Errores del jeógrafo Napp sobre la elevacion i base de los Andes.—Lo que vale pintar santos.—Desastroso regreso a Chile.

Mal hubieran cumplido los pueblos americanos con la mente que les impulsó a correr los azares de la sangrienta lucha que dió por resultado su emancipacion política, si despues de despedazar el yugo de Castilla, hubiesen permanecido estacionarios.

Aquel grande acto aconsejado por la razon, por la justicia i por los mas sanos principios de la lei natural, tenia dos forzosas fases: el triunfo en la lucha, i la organizacion en la independenciam; entidedes ambas que debian completarse entre sí i formar juntas un todo indivisible.

Ya las Repúblicas hermanas habian entrado de lleno en la segunda fase, aunque por una desgracia de sencilla explicacion, ostentaban todavia el espectáculo conmovedor de desastrosas guerras intestinas, en las cuales luchaba cuerpo a cuerpo el patriotismo organizador mas o ménos exajerado contra las exigencias avasalladoras del patriotismo del soldado. I no podia ser de otro modo, atendido el carácter i las tendencias jenerales del corazon humano.

Mui recién entradas en la carrera de naciones independientes, i sin mas antecedentes preparatorios para ocupar con debida dignidad tan alto puesto, que aquellos que les dió el triunfo obtenido contra las tropas peninsulares, era natural que los victoriosos guerreros, proclamados Padres de la Patria, pretendiesen los honores de organizadores i aun de

jefes supremos de los Estados que debian a sus esfuerzos su temprana existencia. Mas, como los calificados militares eran tantos, i no fuese posible crear un Estado aparte para cada uno de ellos, ni mucho menos tardar mas tiempo que el corrido en entrar en pleno goce de las imprescriptibles garantias sociales que aseguran al individuo, junto con la vida, la libertad i la hacienda; los pueblos, sin desconocer los méritos de sus guerreros, solicitaron de la toga i de la pluma lo que no les era dado conseguir de la rústica espada del soldado, por templada i gloriosa que ella fuese. De aquí la lucha fatricida que hasta ahora se perpetúa en algunos Estados republicanos, i de aquí los trastornos que todavía hacen creer a muchos ilusos europeos, que la voz República sea el jenuino i único sinónimo de la voz Revolucion.

El motin militar del Callao, encabezado por Salaverry el año de 1835 contra el presidente Orbegoso, habia atraido al año siguiente sobre el Perú la sangrienta intervencion del Presidente de Bolivia, don Andres Santa Cruz. Tiempo hacia que este jefe ambicioso i sagaz maduraba la idea de dotar al pais mediterráneo que gobernaba con una salida marítima, que poniéndole en contacto mas directo con el mundo mercantil, facilitase el spendio de los ricos i variados productos de su precioso suelo.

Habiasele, pues, presentado propicia ocasion para el logro de sus deseos; pero mal aconsejado por la ambicion, tuvo el desacierto de elejir entre los muchos arbitrios de que siempre dispone un vencedor, el único que podia alarmar al vecino Chile, al ver que se alzaba de repente en su propia frontera el poderosísimo Estado que con el nombre de Confederacion Perú-Boliviana resucitaba al antiguo Perú con todo el poderío que a su estension i a sus riquezas les correspondia sobre los demas Estados del Pacifico.

Este motivo i otros, que por mui narrados por competentes plumas escuso repetir, ocasionaron la declaracion de guerra hecha a Santa Cruz por el gobierno chileno el 26 de diciembre de 1836, declaracion a la cual el orgulloso boliviano contestó un mes despues con la pública i solemne ereccion del nuevo Estado cuya existencia rechazaba la politica chilena.

Para consolidarle, conjurando al mismo tiempo la tormenta que le amenazaba desde el sur, contaba el astuto Santa Cruz con sus antiguas relaciones en Chile, con el descontento de los vencidos restos del partido pipiolo, i sobre todo, con el indignado militarismo, al que el jenio

organizador del insigne hombre de Estado don Diego Portales habia asestado, no hacia mucho tiempo, un golpe mortal. Con semejantes elementos de trastornos políticos en su propio seno, obligado Chile a correr en el extranjero los azares de una guerra inesperada, para asegurar su amenazado porvenir, i a sostener a todo trance la paz en el hogar, nada tiene de estraño que el año de 1837 principiase su curso con los tristes atavíos de guerra en el extranjero, de estados de sitio i de consejos de guerra permanentes en el interior.

A Portales, a ese padre de la moderna patria, que por mal comprendido era entónces tan detestado cuanto venerada fué su memoria despues, hasta por sus mas encarnizados enemigos, se debieron esas medidas de insólito rigor i de firmeza que aplastaron la hidra revolucionaria en cuantas partes se atrevió a alzar su antipatriótica cabeza.

Ese jenio que pagó con sus riquezas i con su propia vida la merecida fama de que hoi goza, habia exclamado en un momento de abnegada exaltacion:—Si mi padre se metiese a revolucionario, a mi mismo padre haria fusilar. Portales nunca prometió hacer lo que no tenia ánimo de cumplir.

Estábamos, pues, en plena época del terror, cuando dejando a mis sirvientes el cuidado de hacer repechar cordillera adentro los ganados que conducia a Chile desde San Luis, me adelanté para llegar a Curicó, capital de la antigua provincia de Colchagua, que gobernaba entónces en calidad de intendente, el conocido i eminente escritor americano don Antonio José de Irisarri.

Al entrar en la plaza principal de este pueblo, plaza que mas parecia potrero que otra cosa, por su desgreño, en la cual, como en todas las demas aldeas rurales de Chile, solo se veia una pobre iglesia parroquial, una sucia cárcel, tal cual edificio de mezquino aspecto, i por toda adorno en su empastado piso, una angosta vereda de menudas piedras, que formando crucero, así servia para evitar el fango del invierno como el polvo del verano, encontré tanta jente reunida, que excitada mi curiosidad, no pude ménos de detenerme a averiguar el motivo de tan inusitada concurrencia. Mas me hubiera valido pasar de largo; pues nunca me imaginé que a mi llegada a Chile, lo primero que habia de llamar mi atencion, fuese ¡un patibulo! Observé con horror que la jente se agrupaba, mustia i silenciosa, al frente de tres banquillos que, custodiados por algunos granaderos, iban a servir en aquel instante de fuesto i último asiento en la vida, a otros tantos distinguidos caballeros

que un implacable i brutal consejo de guerra, habia condenado el dia anterior, ¡a ser pasados por las armas!

Conatos revolucionarios, que talvez hubiera podido aniquilar la reclusion o el destierro, iban a llevar al patibulo, impulsados por la mano de hierro de esto que llamamos justicia humana, a los conocidos vecinos don Manuel Barros, don Faustino Valenzuela i don Manuel José Arriagada.

Al toque de las diez, la corneta del destacamento de granaderos, guardia privada del jefe de la provincia, anunció con su habitual i destemplado acento la llegada del momento supremo, i un instante despues, cargados de grillos i rodeados con el aterrador aparato de costumbre, aparecieron en la portada de la cárcel las victimas cuya muerte iba a anegar en llanto i cubrir con la negra túnica del luto, a tantas inocentes familias.

¡Lleno de espanto i el corazon henchido de tristeza, piqué convulso los hijares de mi caballo, volví las riendas i me lancé al galope hácia la casa de Labarca; mas, aun no habia llegado a ella cuando un estruendo de fusilería anunció al pueblo consternado el sangriento desenlace de este funesto drama!

Variados e incoherentes son los lances del traji-cómico drama de la vida humana que con tanto afan representamos. Marchaba lleno de alegría a terminar un simple negocio mercantil, i tuve que atravesar, para llegar a mi destino, por entre el horror que infunde i las lágrimas que arranca el fúnebre aparato de un cadalso político! Cinco dias despues, sobre aquella espantable decoracion i sus tétricos atributos, habia ya caído otro telon que representaba la mas imponente i virjen naturaleza. La inmensa meseta de los Andes, aquella blanca sábana de heladas alturas, que se estiende dilatada i resplandeciente en la rejion del norte del elevado pico del Planchon, reemplazaba la estrecha i mustia plaza del atemorizado Curicó. La marcha acompasada del adusto soldado verdugo, habia cedido su lugar a las desordenadas carreras i encuentros de jinetes ocupados en apartar ganado, i el lastimero acento del sacerdote que exhorta a bien morir, a la grita atronadora i la algazara del diestro *huaso*, cruzando en su corcel como un celaje, tras del ganado bravio, las libres planicies de la sierra. ¡Así va el mundo! Los lances suceden a los lances, i tras estos llegan otros nuevos, hasta que carga al fin con el cómico i con el espectador, quien carga siempre con todo lo creado.

En la época a que me refiero, aun no se había habilitado los boquetes cordilleranos del sur para la libre internación de ganados argentinos. Aquellos que se importaban, que eran, sin embargo, muchos, porque son siempre inútiles las prohibiciones que pueden eludirse sin peligro, se traían a hurto de la autoridad local. Al vendedor, que nada tenía que hacer en Chile, incumbía poner las reses en cargadero, i al comprador residente, el correr con lo demas.

Terminadas el 20 de abril mis operarios de vender ganados en los corralones que forman las antiguas lavas del Peteroa, dejé mi jente a los compradores para que les ayudasen, i acompañado de un solo sirviente, emprendí apresurado viaje hácia el boquete de las Yaretas, para que la primera nevazon tempranera que cerrada i oscura se estendia amenazadora sobre aquellas áridas alturas, no me cerrase el paso; i ya pisaba contento las primeras aparragadas verduras, que como manchas se encuentran aqui i allí diseminadas en las faldas orientales de la cordillera, cuando vino a turbar i a cortar el hilo de mis alegres ilusiones mercantiles, el aspecto de cinco *sabanillas lacres*, guardias volantes de los volantes resguardos de ultra cordillera. Eran en jeneral los tales *sabanillas lacres*, llamados así por usar vestuario de bayetilla de color simbólico de sangre, los soldados federales de San Juan i de Mendoza, tunantes de tomo i lomo, cuya arbitraria jurisdiccion en aquella época los hacia tanto mas terribles cuanto mas distantes se encontraban de los centros de poblacion.

Acercáronse a mi armados de lanza, i cuando les dije que iba de Chile, me pidieron el pasaporte. Desgraciadamente, la impresion que me habian dejado en el alma los recientes fusilamientos en Curicó, los cortos instantes que estuve en Chile, i sobre todo, la urgencia de despachar mis ganados ántes que me sorprendiesen las nieves, ni siquiera me habian dado lugar para pensar en solicitar de las autoridades chilenas tan estúpido papelucho; i esta omision de trámite, no solo vino a concluir con todas mis ilusiones, sino que llegó a estar a punto de hacerme perder la misma vida.

No solo en Chile reinaba la época del terror por causas políticas. La desconfianza i el asesinato, la inseguridad i el patibulo, eran en las provincias argentinas la peste asoladora, que alimentada por el fogoso espíritu de los dos opuestos partidos Unitario o Federal, todo lo avasallaba; i si en Chile revestian los patibulos togas legales, raras veces se

dispensaba en la otra banda a la brutal cuchilla del verdugo, ese triste disfraz.

Los horrores de aquella guerra fratricida habian obligado a buscar asilo fuera del pais a multitud de calificados arjentinos, los cuales pugnando, como era natural, por volver a su patria, no perdonaban ocasion de hostilizar a sus perseguidores políticos, ya con sus escritos, ya con sus intrigas, o ya con cuantos medios les permitia echar mano la impotencia a que estaban reducidos.

Era, pues, preciso pisar mui precavido en aquellos terrenos, porque de la sospecha a un mal juicio, i de éste al patibulo o a la completa confiscacion de bienes, no habia mas que un solo paso.

Rosas, cuyo poder habia quedado sin contrapeso con la violenta muerte de aquel Quiroga, que por sus atrocidades mereció el nombre de Tigre de las Pampas, solo habia conservado al frente de cada una de las provincias o estados sobre los cuales ejercia su dictatorial poder, a los mas ciegos i feroces instrumentos de su absoluta voluntad, i en Mendoza, bien que con el especioso título de jeneral de la frontera del Sur en San Carlos, gobernaba Aldao!

Era éste aquel terrible i obeso fraillon franciscano, cuyo sanguinario arrojo habia a todos espantado, cuando, en calidad de segundo capellan del ejército de los Andes, al mando del jeneral San Martin, se presentó al coronel Las Heras, bañado en sangre vertida por su propia mano en el encuentro de la Guardia Vieja, camino de Uspallata.

Sátiro arrojado i brutal en sus primeros años; granadero feroz i sanguinario despues, un verdadero amor, ¡quién lo creyera! habia dominado a aquella fiera, i tranquilo, aunque mal casado, hubiera permanecido en Chile, si segun lo he oido de su propia boca, la Curia eclesiástica no le hubiese lanzado de nuevo en aquel mar de aventuras, en el que habia consumido ya los dos primeros tercios de su borrascosa vida.

La vejez, cuando ocupó el mando de la frontera del sur, habia ya gastado su enerjia, i trocado en el año de 1837 aquel valor de probado granadero, que a todos espantaba en sus primeros tiempos, en la timidez de la mas injustificable cobardia. Temia le asesinasen; de todos a un tiempo desconfiaba, i era contado el desconocido en quien no creyese divisar un Unitario.

Puede deducirse el mar de apuros en que la falta de pasaporte me lanzaba, por el conocimiento que tenia del terreno en que pisaba; mas de éste como de tantos otros peligros que he corrido en el curso de mi

vida, debía salvarme la serenidad i el conocimiento del corazon humano, que iba haciéndoseme ya familiar.

Dije a mis colorados que era chileno, negociante, que mi pasaporte venia sobre la ropa del baul en la carga que dejaba atras, por creer que solo lo necesitaria en San Carlos, donde pensaba alojarme; que si dudaban de mi verdad, porque vi que efectivamente algo sospechaban de ello, allí les entregaba mis llaves para que en cuanto llegase mi carga, se persuadiesen de que no tenia por qué engañarlos; que yo entre tanto, proseguiria a San Carlos, con tal que ellos me hiciesen el favor de no demorarme el macho.

La ocasion de hacerse de algo de lo ajeno contra la voluntad o el conocimiento de su dueño, no era para desperdiciar, a lo ménos así lo alcancé a traslucir por ciertas guiñadas de intelijencia que se hicieron entre ellos aquellos honrados militares. Mas no son tan sencillos los cuyanos como suele parecer. Impusieronme, pues, arresto, bajo la custodia de dos de ellos hasta la llegada de la carga, i los tres restantes, sin acordarse de devolverme mis llaves, prosiguieron por la senda que acababa de dejar, a seguir cortando, segun ellos dijeron, nuevos rastros.

Confieso que en el primer momento me creí perdido. Yo no andaba con carga ni con cosa que se le pareciese. En mi montura llevaba mi cama, i en las alforjas i maletas lijeras, llevábamos, mi sirviente i yo, el resto del equipaje. ¡Adónde podia, pues conducirme mi imprudencia! ¡Adónde mi improvisada mentira! Era evidente, que a poco andar, habian de volver despechados aquellos fariseos, i tambien que mi asunto ya no tendria compostura. En este aprieto i apurando el tiempo, no me quedó mas recurso que buscar en los ojos de mi fiel Manuel un amparo que ni por asomos vislumbraba en mi turbacion. Manuel me comprendió i una botella de excelente anisado que sacó de las alforjas, para matar mejor el tiempo, no tardó en hacer expansiva i cordial la conversacion entre los cuatro interlocutores, que un mal acaso tenia reunidos en aquel desierto.

Manuel Campos, abnegado sirviente mio, no era hombre vulgar. Hijo de los minerales de Apalta i antiguo salteador en los cerrillos de Teno, fué Campos aquel atroz bandido que dió tanto en que entender a Urriola, intendente de Colchagua, para librar a su provincia de semejante bárbaro; era ademas sagaz contrabandista, i el mas diestro *baqueano* de cuantos florecian entónces entre el mentado Chilecito de la Rioja i los

malales de San Rafael, en las Pampas Patagónicas. Habíale yo salvado la vida, sin conocer quien fuese, en un angustioso trance, i este servicio que hasta las fieras agradecen, habia obrado tal transformación en las tendencias de su extraviado corazón, que sin dejar de ser feroz i atrevido para con todos los demás hombres, era suave, cariñoso i hasta cobarde para conmigo.

Llegados los alegres bebedores al término de echar bravatas i de contar proezas, una espresiva mirada de Manuel me hizo echar mano a la pistola de bolsillo que siempre me acompañaba, i mientras él, lanzado como un rayo sobre su inmediato i desprevenido interlocutor, le oprimia derribado contra el suelo i le arrancaba el puñal, yo con ademán resuelto ofrecí a su sorprendido compañero una onza de oro o una bala por sus dos caballos ensillados. Escuso referir el espanto que se apoderó de estos dos infelices agentes del poder con un acto de agresión tan violento cuanto inesperado. Cerróse el trato por la onza de oro, i un momento despues, porque no habia un solo instante que perder, acollorados mis dos caballos de tiro i los dos ensillados que nos habian conducido hasta aquella ratonera, cabalgando sobre los *pilones* que acabábamos de comprar, emprendimos la mas violenta fuga que la necesidad de conservar los animales de remonta que llevábamos, nos permitió adoptar ¹.

Patentizóse de nuevo aquí adónde puede conducir un acto de la mas insignificante impremeditación en ciertas circunstancias de la vida. La simple omisión del trámite del pasaporte me obligó a mentir, la mentira produjo mi arresto, el arresto casi me condujo al crimen, i el acto que dió márgen a mi fuga, pudo haberme llevado hasta el patíbulo.

Puesta mi suerte en manos del sagaz Manuel, me limité a seguir sus indicaciones, que por lo pronto no fueron otras que las de no perdonar la espuela i el rebenque para alejarnos de aquel lugar donde quedaron renegando los vendedores de caballos. Nos constaba que habíamos de ser activamente perseguidos por el rastro que dejaban las pisadas de nuestros caballos, i sabíamos tambien que estábamos en un país donde el arte del rastreo, solo comparable con el instinto del perro perdiguero, habia llegado a los términos de lo sublime; pues, es fama, aunque pa-

¹ Lllaman en las Provincias Arjentinas pilonar, cortar una oreja, i en Mendoza se *pilonaba* los mejores caballos del ejército, como medio mas eficaz de evitar con la fealdad que produce la mutilación, el robo tan frecuente de caballos en aquella época.

rezca ridículo contarlo, que hasta si es viejo o mozo el perseguido, descubre por el rastro un buen rastrero. Mas, como contra esos siete vicios, como suele decirse, hai siete virtudes, mi buen Manuel, que no era en esta la primera vez que habia sido perseguido, empleaba las que él conocia en cuantas partes encontraba ocasion propicia para hacerlo.

Cansados los *pilones* en que cabalgábamos con un furioso galope de cuatro horas por las perversas sendas i altibajos que median entre el pueblo o fuerte de San Carlos i los segundos escalones de la sierra, caminamos al tranco un cuarto de hora, hasta que dimos con el principal arroyo que se desprende de la cordillera para engrosar con sus aguas las del Tunuyan. Dentro del agua cabalgadura i jinetes, sin salir de ella, saltamos a nuestras primitivas monturas, i ocultando el freno que tasaban cansadas las de los soldados, hicimos andar a éstas aguas abajo, cosa de tres cuadras, hasta llegar a unas vegas donde las abandonamos a su destino. De allí volvimos por el mismo camino i proseguimos aguas arriba, sin desviarnos del centro del estero, hasta que llegados a un seco pedrero, que ningun rastro podia conservar, echamos por él i proseguimos siempre recelosos, pero con ménos precipitacion, nuestra marcha.

Sin mas compañía que la del antiguo demonio, constituido en aquel trance en mi ángel tutelar, ni mas caballos de remonta que los dos que habia traído de Chile, caminamos todo aquel dia i parte de la noche; i solo nos detuvimos a dar resuello a nuestros caballos, cuando creimos mui dudoso que se nos alcanzase.

Solo al tercer dia de marcha se prendió fuego en nuestro alojamiento; al cuarto entramos en la provincia de San Juan, alojamos el quinto en Colingasta, aldea indijena de aquellos pobres andurriales, i aunque estábamos persuadidos de que Benavides, gobernador entónces de San Juan, era harto ménos desconfiado i cruel que frai Aldao, no consideramos terminado nuestro aventurero viaje, hasta no encontrarnos en la casa del chileno Diaz, honrado minero de menor cuantía del pueblo Chilecito de la Rioja.

Nuestros alimentos hasta entónces, salvo la absoluta carencia de pan o de algo que se le pareciese, pues ya habíamos dado cuenta de la poca harina tostada que nos quedaba, no habian sido por fortuna escasos; sobretodo desde que pudimos prender lumbre, porque no conozco pais alguno que ofrezca con mas espontaneidad que éste a la mano del viajero mas medios de satisfacer el hambre. A esta feliz circunstancia, sin embargo, deben los hijos de aquellos casi desiertos territorios, su desa-

pego a los trabajos agrícolas, el desgrefío de sus moradas i el carácter independiente propio del cazador, para quien es calzado un simple fofro de piel de potro, el suelo cama i el *chiripá* cobija.

El huanaco se entrega a fuerza de ser novedoso; la vizcacha i la perdiz se cojen a palos; el *mataco* i el sabroso *peludo*, indefensos *tatús* que pueblan aquellos campos, no imponen al viajero mas trabajo para ser cojidos, que el alzarlos del suelo, ni necesitan para ser cocinados, de mas cazuela que las que forman las pequeñas escamas que los cubren. No hai morada, por pobre que ella parezca, donde no se encuentren con frecuencia, suspendidos al lado de su entrada, gordos cuartos de vaca o de huanaco, que están a la disposicion del vecino o del viajero. Es tenido por chileno o por hombre mal criado aquel que procura remunerar con dinero la carne que jenerosamente se le ofrece.

Llegados, pues, a Chilecito, i colocados al abrigo de paisanos, que, si son egoistas en su propio pais, hacen siempre vida comun en el ajeno, no me quedó por de pronto mas que hacer, que descansar de las fatigas de mi viaje i esperar la contestacion a las cartas que escribí a Mendoza, para hacerme de los recursos que allí tenia. Mas, estaba visto que todo habia de salirme mal en aquel año, porque ni cartas ni recursos me llegaron. Los deudores cancelan sus cuentas con los muertos cuando no dejan documentos, i con los vivos cuando éstos son perseguidos.

Obligado entónces a variar el plan de mis negocios, resolví volver a Chile tan pronto como me lo permitiesen las nieves de la próxima cordillera; mas, como no era posible que este viaje se perdiese del todo miéntras se abrian los pasos, me contraje, ya a estudios i exploraciones que me pusiesen al cabo del partido que podia sacar un chileno activo negociando con Catamarca i con la Rioja, ya coordinando los apuntes i los recuerdos del viaje que a vuelo de pájaro acababa de hacer desde la frontera de San Carlos hasta la Rioja.

Pocos territorios conozco que sean mas interesantes i que estén ménos explorados que estos, que un ingrato acaso me hizo recorrer desde el grado 20 hasta el 24 de latitud austral. Las riquezas minerales que entre estas dos latitudes encierra la larga zona del recuesto oriental de los Andes, desde la línea inferior de las nieves eternas hasta la base sobre que se alzan las segundas alturas de esta tierra, son tales, que bastarian ellas solas al abrigo de la paz, para asombrar al mundo minero con los tesoros que la pródiga naturaleza ha acumulado en ella. Posteriores correrías mas al norte del grado 24, me han dado despues a cono-

cer que esas riquezas, léjos de terminar en él, parece que fueran en aumento, estendiéndose sin término por el territorio de Bolivia adentro.

La carencia absoluta de aquella vejetacion que constituye el adorno i la riqueza del recuesto occidental de los Andes, el aspecto metalizado de los cerros vestidos de los mas variados i muchas veces resaltantes colores, entre los cuales predominan el rojo, el pardo, el negruzco, el azul, el rosado i el cenizo; la formacion jeológica patentizada con poderosísimos derrumbes i con los hondos cauces que abren los torrentes en los pequeños planes que le sirven de base; la vista de venas metálicas cuyos rodados cubren los caminos como si lo hicieran a propósito para mejor manifestarse; todo da allí a entender, que andando el tiempo, el virjen suelo de esas rejiones para los trabajos agricolas, no será la única fuente de sus inagotables riquezas.

Sin embargo, sobre esta muda pero rica naturaleza, sigue pasando hasta ahora como un celaje en pos del avestruz o del huanaco, el caballo del diestro cazador de las montañas, sin que sospeche siquiera, el que lo guia, los tesoros que pisa i deja atras.

Sobre el recuesto andino que mira a Mendoza i a San Juan, tuve ocasion de atravesar en mi fuga por sobre vetas, vetarrones i rodados, que examinados sin angustia en mis viajes posteriores, resultaron ser unos de purísima galena, otros de galena arjentifera, de plata arsenical con chispas de rosicler i filamentos de plata nativa, de cloruros como en la tierra de la Huerta, i otros de cobre de subida lei, cuyos derrumbes tñen de azul i verde los costados de los cerros de donde se desprenden.

En Gualilan se encuentra el oro en gangas calizas. Déjase ver en varias partes el nikel, i en muchas otras el sulfato de alumina, i recuerdo que al ensillar mi caballo una mañana, vine a conocer por la resistencia que opuso el freno a separarse del suelo, que el piso negro i liso donde habíamos alojado, no era otra cosa que una enorme masa de fierro magnético.

Pasada la provincia de San Juan, los metales de la Rioja asumen en jeneral el carácter de nativos, lo que hace que el afamado distrito de Famatina sea tenido por uno de los mas ricos del mundo. En él el oro se encuentra en criaderos de testura pizarrosa, o libre en las arenas de los rios. En el cerro Negro, a inmediaciones de Chilecito, se encuentran las mas ricas minas de cloruros, de sulfatos de plata i de rosicler; i en Tagué, cobre nativo, piritas de cobre i nikel rojizo. De carbon mineral

solo encontré rastros al atravesar la mayor quebrada que estria la sierra de Pié de Palo en la provincia de San Juan. En Huaco, de la misma provincia, existen aguas termales llamadas Ediondez i vertientes de agua salada.

Pero si las minas metálicas abundan en esos lugares inesplorados, no sucede lo mismo con aquella mina mas permanente, que siempre anuncia la presencia de los bosques. Arboles no se encuentran ni en las altas ni en las bajas mesetas del recuesto oriental de los Andes, situado al norte de Mendoza.

En ellos, i no en grupos apiñados sino mui dispersos, solo se ven el algarrobbillo, el chañar espinudo, la farilla i la retama, arbustos cuyas maderas no se prestan al uso de las construcciones. Abundan en las faldas tendidas las gramas que aqui llamamos cepilla i coirancillo, excelentes forrajes para toda clase de ganados; i en las vegas i márgenes de los rios, la totora, la cortadera i la chilca. Pero asi como escasean vegetales para el uso del simple industrial, no sucede lo mismo para el del botánico, a cuyos ojos hasta el musgo tiene sus atractivos. Tan solo con las cactéas podria formarse una envidiable coleccion. He visto monstruosos i aparragados melocactus al lado de colosales columnarios, cuyos vástagos armados de aceradas *quiscas*, no tenian ménos de pié i medio de diámetro. Encuéntranse tambien varias especies de nopales, bien que de menores paletas que los nuestros, i que ya la industria comienza a utilizar, criando en ellos la cochinilla, que se espende con el nombre de grana. Hai cactéas que por su pequeñez pudiéramos llamar microscópicas, i abundan otras que parecen, por lo débiles i delgadas, cordeles articulados.

Ya he indicado cuánto abundan los animales de cacería, i ojalá no sucediese otro tanto con las vívoras ponzoñosas, que son el terror de los noveles viajeros en sus forzosos alojamientos a cielo raso, i con los molestisimos enjambres de *vinchucas*, que, cuando hartas de sangre mas parecen guindas que *vinchucas*.

Entre la volateria llaman mucho la atencion, la mui pequeña i donosa tortolita otrabandea, que frecuente hasta los patios de las habitaciones de los pueblos, i las pequeñas i verdes nubecitas de catas, que a veces forman en medio de los terrenos mas áridos vivos prados de verduras, i otras hacen creer que los árboles, despojados de todas sus hojas en medio del invierno, están, por la lozana verdura que accidentalmente les cubre, en plena primavera.

En una de mis correrías alojé frente al cerro del Azufre, dentro de una curiosa gruta que, cubierta de vistosas cristalizaciones i estalactitas, servia de rústica catacumba, a cinco momias de indios que yacian, al parecer de tiempo mui atras, colocadas allí por la mano de algun piadoso deudo. Estos esqueletos perfectamente conservados i que descansaban, puestos en cuclillas, sobre un tejido de esparto casi deshecho por la accion del tiempo, parece que debiesen su conservacion, como lo confirma la presencia de los muchos caballos secos que los viajeros, por entretencion, dejan parados para que parezcan vivos en las cordilleras, que existe en la atmósfera algun flúido que paraliza la fermentacion pútrida, pues no puede atribuirse solo a la temperatura, que es ardiente muchas veces en la misma sierra, semejante fenómeno.

Otro fenómeno llamó tambien mi atencion, i es la presencia de petrificaciones, que por lo circunscrito del lugar donde se encontraban i lo delicado de los objetos petrificados, da a entender que la petrificacion ha sido instantánea. He recojido muestras curiosísimas de ganchos de algarrobo petrificados hasta sus mas menudos extremos, algunas cucarachas en actitud de marchar, i una gruesa oruga roedora, en la hoquedad de un palo igualmente convertido en sílex.

Chilecito de Famatina, centro de mis continuas correrías i hospitalario villorrio de la Rioja, nó debe solo su existencia al riquísimo distrito minero donde tiene su asiento, sino tambien a los esfuerzos siempre activos del andariego e industrioso chileno, que nunca considera a qué país se dirige, con tal que en él encuentre utilidad; ni hai rincón territorial donde viva con otros chilenos que no bautice con el nombre de Chilecito.

Aunque la alta planicie donde se encuentra colocado este pueblo minero-agricultor, no baja de 3,000 metros sobre el nivel del mar, su clima es grato i sano. El mineral de Famatina está situado en la gran sierra del mismo nombre, la cual es uno de los poderosos cordones que ensanchan i hacen perder su aparente unidad a la cadena del sistema andino en aquellas latitudes. Sobre la aproximada mitad de este cordón se alza el imponente nevado de Famatina, cuyas faldas orientales ostentan sobre prodijiosas alturas sus afamadas minas; pero no hai una sola de éstas que tenga trabajos formales, ni mas rastro de que los haya tenido, que los que dejó aquella gran compañía minera nacional i extranjera fundada en 1824 a costa de tantos caudales i de sacrificios, i que cupo al feroz Quiroga la fea nombradía de destruir con el asesinato

del profesor Von der Hoelten, que rejentaba los trabajos. ¡Cuánta riqueza abandonada en ese solo cerro, cuyos rios se consideran Pactolos, i cuyo cuerpo desde las bocas minas de Santo Tomas del Espino, que yacen al nivel de las nieves perpetuas, hasta su base, está lleno de los mas ricos minerales de oro, de plata i de cobre!

Pero para qué maravillarse del abandono o de la incuria en que yacia entónces la industria minera, cuando la agrícola se reducía a arañar el suelo, con rastrones de algarrobo o con arados antidiluvianos, a segar las mieses con cuchillos i a llevar las gavillas sobre rastras de cuero al lugar destinado para trillarlas, como lo hacíamos nosotros, a fuerza de pié de yegua. La industria de las provincias andinas puede decirse que en jeneral se concretaba en 1837 a la sola recoleccion de productos naturales i a su inmediata venta, i nada mas. La abundancia de los medios de satisfacer las primeras necesidades de la vida en pueblos rústicos i hasta entónces sin notables aspiraciones, sus mui pastosas i estensas llanuras i la benignidad del clima para la natural propagacion de los ganados, daban a esos pueblos el carácter de pastores, i lo eran en efecto. Los Estados mediterráneos, Mendoza, San Luis, San Juan, La Rioja i Catamarca, no tenian por entónces mas puertos para el espendio i salida de sus frutos que Valparaiso, Coquimbo i Copiapó, por lo dispendioso del viaje carretero hasta Buenos Aires; así es que no es de maravillar que se limitase a colectar productos pastoriles, ya por ser éstos tambien los únicos que mas provecho les dejaba en sus cambios con la República chilena, ya porque el jabon de Mendoza, los cordobanes de San Luis i las frutas secas de San Juan, no figuraban en el comercio sino en mínima escala. No sucedia lo mismo con el tabaco llamado por unos Corrientino i por otros Riojano, aunque no se cultivaba en grande escala en esta última provincia. De San Juan i de la Rioja, verdaderas bodegas o puertos de tránsito de este artículo, partian todos los años para pasar por sobre los inútiles guardas de los puertos secos o mas bien húmedos de nuestras cordilleras, cargamentos de tabaco que no han cesado desde tiempo atras, así como lo han hecho la siembra de este vegetal en Chile, de gritar a los gobiernos patrios: ¿hasta cuándo se conserva el estanco, esa fea mancha de nuestro sistema de rentas e incalificable azote de una industria agrícola i fabril que acepta nuestro suelo, i que a despecho de los torpes i tímidos ministros, ha de ser con el tiempo una de nuestras principales fuentes de riqueza?

El precio que tenían entónces los ganados argentinos variaba segun el lugar donde se compraban. En los *malales*, contiguos a las Pampas, al sur de San Rafael, la vaca se pagaba a tres pesos, el buei a cinco i el caballo a uno i medio. En Mendoza, i sobre todo en San Luis, la vaca con cria o sin ella, a cuatro pesos, el buei a siete, el caballo a veinte reales, i la mula escojida de carga o de silla, a cinco pesos.

No por estar entretenido en mis viajes i quemis cálculos para mis futuros negocios, mejoraba por esto mi condici3n pecuniaria. Contaba ya tres mortales meses de estacion en aquellos castierros, en los cuales, para ayuda de costas, tuve que poner a contribucion mis escasos conocimientos jenerales en agricultura, en minería, i sobre todo en medicina; mas, como perdiere del todo la esperanza de que algo me viniese de Mendoza por conducto del honrado corresponsal que tenia en aquella plaza, ántes de quedar en paz i sin recursos, a pesar de la oposicion i de las reflexiones de mi buen Campos, me resolví a hacer la hombrada de intentar el paso de los Andes por Pulido, boquete adonde la nieves perpetuas se estacionan a mas de mil metros de altura sobre la línea de las permanentes del Planchon.

Agotados en los preparativos los recursos que me quedaban, i sin seguir mas consejos que los que me daba la presuncion o la confianza que en mis fuerzas tenia, emprendí el paso de la sierra de Famatina, el cual a pesar de las nieves, logré vencer. Al trasponer aquellas heladas i blancas cumbres que con mi ningun conocimiento de las cordilleras en esa latitud, creia que fuesen la línea divisoria que nos separa de las Provincias Argentinas, no pude ménos de echar una mirada como de vencedor sobre mi silencioso sirviente, quien se contentó con decirme con tristeza:—«Bueno, pues, patron, usted sabrá lo que hace, que en cuanto a mí ya sabe que muero donde usted muera, porque todavía estamos principiando el viaje.»

En efecto, franqueada la elevada altiplanicie que se encuentra al poniente de la sierra de Famatina, la sucesion mas o ménos ordenada de los erguidos picazos que se notan en ella, me dió a entender que ésta era otro cordón que guardaba cierto paralelismo con el anterior; i prosiguiendo mi marcha no tardó en desarrollarse a mi espantada vista otra imponente i prolongada sierra que, con el nombre de Guandacol, corre paralela con la que acabábamos de dejar al poniente, formando con ella caja al profundo valle por donde corren las aguas del Bermejo.

Después de cinco días de tenaz porfía en mi angustioso viaje, detenido por las nieves, empujado por los vientos huracanados, que alzando penachos de nieve sobre aquellas deslumbradoras alturas, muchas veces arrojan al jinete i al caballo en hondos precipicios; sin víveres para esperar mucho tiempo allí, ni caballo que pudiese soportar nuevos repechos, tuve, mal de mi grado, que volver atrás, i siguiendo, hasta salir del cajon, el curso del Bermejo, buscar asilo en el pueblecito de indios de Calingasta, adonde terminó mi mal andante retirada.

Mui equivocados están los escritores que tratan de la jeografía de América, cuando guiados por el trazado mas o ménos antojadizo de los mapas jenerales, dan por sentado que la gran cordillera de los Andes es desde su entrada a Chile un cordon continuo hasta las aguas del estrecho magallánico. Ni hai tal cordon, ni tal continuidad, sino en la medianía, i ésta no alcanza a abarcar la cuarta parte de la estension que se da al todo de la sierra chilena.

Desde San Juan para el norte, ya se nota la anchura gradual de la base oriental de los Andes en esas latitudes, i tambien la aparicion de extremos de cordones, que sin dejar de ser contrafuertes de un tronco principal, parece que siguieran un rumbo paralelo a él. Estos extremos convertidos después en cordones parciales con nevados picazos, dejan tales i tan elevadas planicies entre unos i otros, que al llegar a las latitudes de Atacama i de Antofagasta, no atina el viajero que se encuentra en ellas, a asegurar que está en la sierra o los planes, a pesar de encontrarse sobre alturas superiores a las que ostentan muchos de los nevados del sur de Chile sobre el nivel del mar.

A la simple vista del hombre medianamente acostumbrado a fijar posiciones jeográficas en sus viajes, las cordilleras riojanas exhiben tres cordones principales dotados de poderosos nevados i separados entre sí por altísimos valles, el cordon de la sierra de Famatina sobre el cual se alza el imponente gigante del mismo nombre con una altura, segun el malogrado Von der Hoelten, de mas de 6,000 metros sobre el nivel del mar; el de Guandacol, i el que indica el divorcio de las aguas entre las dos repúblicas; mas, no se crea que la ancha base oriental de la cordillera termina al fin de los recuestos del Famatina, porque mas al oriente aun, he tenido ocasion de pasar la sierra de Velazco que corre casi paralela a la anterior, con una altura media como de 2,000 metros.

En mi viaje tuve ocasion de notar el singular fenómeno de que los

recuestos de todos estos cordones laterales, son mas escarpados al poniente que al oriente.

Compajinando los apuntes de mis recuerdos i relacionándolos con mis posteriores viajes, puedo asegurar que es enteramente antojadiza la asercion del escritor Napp, en su *República Argentina*, al sentar en la páj. 67 de esa obra, que «al sur del grado 32, la meseta andina se estrechá convirtiéndose al fin en cresta, que disminuyendo gradualmente se estiende hasta el extremo meridional del continente.» Al sentar como cierta semejante inexactitud el buen Napp, o ha obedecido al propósito que se perseguia entónces de estrechar el territorio chileno en aquellas latitudes, o ha creído oportuno sancionar por escrito, como exacto, los muchos desaciertos que luce su mapa de la República Argentina en la designacion de sus fronteras con la República Chilena. La altura no comienza a disminuir desde el grado 32, como él lo sienta, puesto que el cerro del Yuncal, que está casi sobre el grado 24, es superior en altura a la que se presupone alcanza el nevado de Famatina, i casi enteramente igual a la que se asigna al Yuyaillaco, situado mucho mas al norte entre los grados 24 i 25, sin contar con que el gigante del sistema andino, el Aconcagua, se encuentra casi sobre el grado 33. La verdadera disminucion progresiva de la altura jeneral del tronco de la sierra comprendida entre los grados 24 i 34, comienza en este último, i sigue disminuyendo con notabilísima desigualdades hasta terminar en los mares del Cabo. Pero si es cierto que disminuye su altura sobre el nivel del mar, tambien lo es que su anchura en vez de convertirse en la supuesta *cresta* del escritor jermano-argentino, cobra tal estension sobre su base, que parece superior a la del norte, como lo acreditan las alturas de los cerros de nuestros archipiélagos, verdaderos arranques de la cordillera, i las esploraciones de nuestros marinos en los rios Huemules i Aisen, entre los grados 45 i 46 de latitud austral.

Volviendo al hilo de mi interrumpida relacion de viaje, era entónces Calingasta lo que fué en otro tiempo nuestro Santa Cruz, i sus modestos i apacibles habitantes, dueños todos de pequeñas heredades rústicas, así trabajaban como mineros en las minas de oro del mentado Gualilan, como en calidad de agricultores en sus tierras. Calingasta era en mi tiempo uno de los lugares obligados para los depósitos de tabacos que saltaban despues, como por encanto, la cordillera para llegar a Chile; así era que abiertos los pasos de la sierra por los meses de octu-

bre, con la llegada de los chilenos al lugarcito, se observaba en él el mismo movimiento que reinaba en Valparaiso cuando la llegada i la salida de los vapores.

Solicité i obtuve hospitalidad en casa del sencillo i modesto Gomez, viejo chileno i antiguo vecino de aquel lugar, donde, a mas de haberse casado, habia adquirido tan a lo vivo el sonsonete del cuyano, que no dejaba palabra del diccionario a la que no le diese el canto del esdrújulo.

Tendí mis pellejos bajo la tupida enramada de algarrobos que el hospitalario paisano designó para mi dormitorio; i despues de hartarme de *kapi* frio, especie de jalea de maiz a medio majar i mui cocido, que se puso a mi disposicion, dormí como si descansase en el lecho del príncipe de Asturias, no embargante el diluvio de tremendas vinchucas con que estaba plagado mi nuevo domicilio.

Cambalaché al dia siguiente mis siete estropeados caballos por dos robustos alazanes i una excelente mula; i para alentar la confianza de mi huésped, regalé a su señora una cuchara de plata, último resto de la antigua Roma que aun me quedaba en la maleta.

El octavo dia de mi fastidiosa residencia en Calingasta, pues solo me ocupaba en averiguar cuándo me permitirian las nieves salir de mi destierro, tuvo el buen Gomez i su amable esposa la amabilidad de dejarme de dueño de casa mientras ellos iban al Albardon. Triste, sentado en un banquillo, los piés al sol i la mente en Chile, vagaba mi imajinacion por todas partes, cuando topó mi vista con una imájen religiosa que, grabada sobre una antigua i sucia hoja de papel, se encontraba sujeta con una espina de algarrobo en la cabecera del catre nupcial de la feliz pareja que me hospedaba. Por via de pasatiempo se me ocurrió dar una mano de colorido a Nuestra Señora del Cármen, que era la imájen que en aquel papelucho se representaba; i como nunca ha dejado de acompañarme en mis correrías otrabandeñas una cajita de colores de agua, que me servia para enriquecer mi coleccion de vistas i de curiosidades naturales de difícil conservacion, acudí a ella, i un momento despues ya estaba terminado mi trabajo i vuelta a su primitivo lugar aquella terrible obra de arte, que así pintada i a lo léjos, mas parecia un rei de oros que otra cosa.

Encontrábame en mi alojamiento departiendo con mi fiel Campos, cuando a poco de estar en la casa los recién llegados del Albardon, les vimos salir de estampido puerta afuera, gritando el uno: ¡Milagro! i

el otro: ¡¡vengan a ver...!!! A las voces salimos también corriendo i como ni yo me acordaba de la mano de colorete que habia dado a la imájen, ni ellos sospechaban por mi facha, que bajo de aquella manta se encontraba un buen pintor, no es de maravillar que al principio los gritos me asustasen i que despues me costase verdadero trabajo persuadir a mis huéspedes de que yo era el autor de tan inesperada trasformacion.

Pronto, con la relacion de mis sencillos huéspedes, se llenó de curiosos la casa, i convertida mi humilde enramada en un taller de pintura de estampas i aun de viejimos cuadros al óleo para restaurar. Los grabados que venian en hojas de papel arrancadas de misales viejos o de libros devotos, no ofrecian al artista dificultad ninguna; mas no así los cuadros al óleo, para los que nada servian los colores de agua, únicos que, aunque pocos, tenia éste a su disposicion. Sin embargo, como mi creciente reputacion exijiese salir de todo paso, aunque fuese por la tanjente, el aceite de comer vertido abundantemente en el envez de la tela, para remozar el colorido, i la clara de huevo por el derecho, para que hiciese de barniz, me fueron sacando tan bien de apuros, que a los veinte dias de embadurnar telas viejas i papeles puercos, me sobraron aperos para el viaje, amen de algunos devotos reales que cayeron tambien en mi bolsa para la mayor de espadas.

Mas tanto bien, por serlo tanto, no podia ser de larga duracion; i la suerte se encargó de probar esta verdad, lanzándome de nuevo, con la mas inesperada ocurrencia, desde mi tranquilo i seguro taller, a los afanes i peligros de las nieves a medio deshacer que me esperaban en los Andes.

La fama habia llamado las miradas de las autoridades de aquel lugar sobre el modesto artista que la disfrutaba. Este no podia ser hombre vulgar, los conocimientos que desplegaba no guardaban concordancia con su modesto traje. ¿Quién podria ser este hombre? ¿Seria por acaso algun espia? Tales eran las preguntas que se hacian, i al parecer no sin causa, porque atravesábamos precisamente entónces la época en que no solo Chile se rompía los cascotes contra la Confederacion Perú-Boliviana, sino tambien aquella en que el dictador Rosas habia cortado toda clase de relaciones amistosas con este último Estado.

Supé que la noche del duodécimo octavo dia de mi llegada a Calingasta, un cabo de *sabanillas coloradas*, que eran mi eterna pesadilla, habia hablado con un vecino, quién, dirijiéndose en el acto a mi hués-

ped, le había dicho que no era cierto que yo fuese chileno, sino que era boliviano, i boliviano de suposicion, enviado por el jeneral Santa Cruz, quién sabe con qué propósito a la Rioja i a San Juan; terminando aquella inventada suposicion con encarecer lo mucho que se esponia si me sorprendian en su casa, donde sabia que me iban a aprehender.

Al instante acudieron a mi mente el olvido del pasaporte, mi detencion i mi travesura de San Carlos, mi precipitada fuga, i cuantos motivos de justo terror podian perturbar la tranquilidad de un extranjero colocado en mi situacion en aquel lugar, tan infeliz entónces; i como el afan de mi pobre huésped por que yo partiese cuanto ántes de su casa me hiciese comprender que no habia un solo instante que desperdiciar, hechos con la más insólita precipitacion los aprestos de mi viaje para Chile, horas después de aquel terrible aviso, i favorecidos con las sombras de la noche, mi intrépido Campos i yo, con solo cuatro caballos i una mula cargada, abándonos la hospitalaria casa del asustado Gomez. Seguimos, pues, mal de nuestro grado, el poco práctico sendero que conduce desde Calingasta al conocido boquete de la cordillera de Agua Negra.

Ya los calores de octubre comenzaban a derretir las nieves que los inviernos acumulan en los encumbrados pasos de los Andes, pasos que en el norte se abren mas temprano que en el sur, sin dejar por esto de ser peligrosos para el viajero que primero se aventura en ellos.

Las nevazones invernales que ostentan imponentes con su blancura nuestras sierras, son ante los ojos del viajero que a la distancia las contempla, harto mas poderosas de lo que parecen desde léjos. Pocas veces graniza en la sierra i solo dos he visto nevar con viento; i es tal la cantidad de nieve que siempre cae en forma de leves plumas de aves, que se mecén, bajan, suben i remojinean en la tranquila atmósfera, que hasta llegan a tapar la vista; pues, ni la mano de un brazo tendido hácia adelante puede verse. La nieve del invierno cordillerano no moja, i el viajero sorprendido por ella puede caminar horas enteras si es mui *baqueano*, por que de lo contrario, muere perdido, llevando intactas en el sombrero, en los hombros i en cuantos puntos pueden sujetarse, las leves plumas que lo blanquean.

La nevazon todo lo colma, todo lo empareja; las desigualdades de las altiplanicies se nivelan con ella, i las primeras quebradas que arrancan de las alturas se borran en tanto grado, que transformado el aspecto gráfico del paisaje, solo un experimentado *baqueano*, i no siempre, puede

designar dónde está el suelo firme i dónde la trampa de fofa nieve que encubre un abísimo aterrador.

Pasado el invierno, con la alborada de la benigna estacion, nacen para los primeros viajeros nuevos peligros. Con el calor del dia el agua que se forma sobre la superficie de las nieves se lanza con estruendo cuesta abajo, formando a traves de las rocas i de los precipicios por donde se despeña, peligrosísimos torrentes. Con los frios de la noche cesa la licuacion de la nieve, acuden las heladas, i con ellas, en la siguiente madrugada, encuentra el viajero en lugar de la fofa nieve que pisaba el dia anterior, una costra de hielo endurecido que, por lo resbalosa, soporta, sin romperse, el peso del caballo, o no le permite asegurar la uña, o le derriba al suelo; i si por el contrario no le soporta, a cada rato le hunde en la nieve hasta los pechos.

Pero todos estos contratiempos serian tortas i pan pintado para el viajero, si no tuviese que pasar laderas inclinadas con hondos precipicios por remate. El nombre solo que muchos de estos pasos llevan, indica lo que son. Llámanlos los huasos ¡Imposibles! Por esto dijo con tanto chiste como razon, un ingeniero español, hablando de ellos:—«Solo el diablo habrá podido pasar por aquí siendo jóven, porque ahora juro que no lo haria!»

Con todo, a fuerza de constancia i de fatigas, vencimos la cumbre, habiendo dejado en la demanda dos de nuestros caballos, pero sin que esto nos desanimase, por que no apurando mucho a los dos que nos quedaban, podíamos con ellos alcanzar las primeras habitaciones chilenas que existen en el camino cordillerano de Elqui.

Seguimos, pues, cuesta abajo el rumbo que conduce a la Laguna, luchando con las nieves del fondo de una honda quebrada cuyas alturas ostentaban por entre la blanca sábana que las cubria, las rocas de sus negros crestones, hasta que acosados por el frio, el hambre i el cansancio, dimos a inmediaciones de la Laguna con una de las muchas cuevas o cavernas que, escentas de nieves, suele la piadosa naturaleza poner en los Andes al alcance del viajero.

En uno de los rincones de aquel oscuro retrete, cuya entrada defendia de la accion del viento rústica *pirca*, encontramos con la mas grata sorpresa, el único tesoro que podia entónces salvarnos, un pequeño acopio de huano de caballo, precioso e impagable combustible que el viajero andino recoge siempre, i siempre economiza para que pueda servir al que le sigue por el mismo camino. Allí tomé lo que llamaba mi

buen Campos, café, que no es otra cosa que un *cacho* de agua caliente con un puñado de tierra adentro, i que se bebe en cuanto ésta se asienta. Esta bebida, que para los dé fuera puede tener el nombre que quisieren darle, no es para despreciada en las alturas cordilleranas, sobre todo cuando se padecen afecciones asmáticas. No se si los pulmones necesitan o no aspirar un aire ménos purificado que aquel que se aspira en las supremas alturas, ni si la tierra, trabajada por el agua hirviendo, dota al aire que se aspira al beber, de aquellos flúidos térreos de que el aire rarificado carece; lo cierto es que mi fatigada respiracion volvió a su estado natural, i que mediante semejante café i un pedazo de charqui a medio calentar, dormí aquella noche como un liron.

Hacia rato, al siguiente dia, que la *manpa del pobre*, como llamaba mi sirviente al sol, se encontraba estendida sobre la deslumbradora superficie de aquella Siberia donde nos encontrábamos, cuando terminado el último sorbo de mi matinal *cachada* de café, nos pusimos en marcha en busca del cajon del río Turbio, que comienza del otro lado de la Laguna. Caminamos un rato con cautela contemplando nuestras descomidas cabalgaduras, entre la recia cordillera de Doña Rosa, que dejamos a la espalda, i la escarpada de Doña Ana, que parecia cerrarnos el paso por el lado del norte. Como entre estos dos poderosos macizos se encuentra el altísimo depósito de aguas que sin otro nombre que el de Laguna constituye una de las principales fuentes del río de Elqui, fué preciso aventurarnos por una de las peligrosas laderas de su escarpada márjen para entrar en el hondo cajon que debia conducirnos a poblado.

Entre esta laguna conjelada, cuyo diámetro no me pareció medir arriba de un kilómetro en su mayor anchura, i la inclinada altura por donde debiamos pasar, existia entónces un *Imposible* que, aunque corto, lo era i en sumo grado. La idea de que el menor accidente podia lanzarnos desde aquella altura al fondo de tan aterrador abismo, me hizo desde luego estremecer. Volver sobre nuestros pasos era imposible; proseguir, lo parecia tambien; mas, como entre la seguridad de perecer de hambre i petrificado por los hielos, o la dudosa de perecer despeñado no hubiese que titubear, a la mano de Dios, dijimos i picamos los caballos.

Sujeto el resuello, como sucede siempre en estos lances, i fija la vista donde ponian los inseguros vasos nuestras cabalgaduras, que a cada momento resbalaban, ibamos ya venciendo aquel peligro, cuando la mula

de carga, impulsada por el vaiven de una violenta caída, sin ser parte a animarla nuestros gritos, se fué por el resbaladero cuesta abajo, al mismo tiempo que turbado mi caballo por alguna imprudente sofrenada, hija de aquella deplorable escena, cayó tambien de costado, i arrojando léjos al jinete, siguió el forzoso rumbo que condujo al precipicio a su desventurada compañera! Un instante despues dos inolvidables estruendos nos anunciaron que ya no volveriamos a ver mas a aquellos dóciles i jenerosos brutos que hasta entónces nos habian acompañado. Aturdido con el golpe, atravesada el alma i presa de un vértigo que no puedo espresar, debí luego a la serenidad de Campos mi salvacion. Este fiel compañero, corriendo serio peligro, porque los malos pasos se andan mucho mejor a caballo que a pié en las cordilleras, me alcanzó solícito del suelo, me serenó i un momento despues, a fuerza de brazos i clavando en el resbaladizo suelo nuestros puñales para asirnos de ellos, logramos trasponer el Imposible.

Quedábamos, pues, por todo equipaje lo encapillado, el caballo i la montura de Campos, i por todo alimento un cuarto de huanaco que yo habia cazado dos dias ántes i que por fortuna no habia corrido la suerte de lo demas.

Segun los cálculos de mi buen compañero, teniamos aun que caminar como diez leguas hasta llegar a Tilo, que era la posesion habitada mas cercana a nosotros en aquella sierra.

Pero no quiero cansar ni cansarme yo refiriendo vulgares padecimientos de viajes. Estoy por el laconismo de la Monja Alférez, cuando refirió en cuatro renglones la brava historia de su brava vida. Caminé a pié, dormí entre rocas, trepé cerros, descendí laderas; sufrí frios, aguanté el cansancio, me mantuve tres dias con solo una *cachada* de sangre caliente del pobre caballo que nos quedaba, i si no hubiese sido por la robustez de Campos, quien me dejó atras para adelantarse a buscar socorro, i por el humano proceder del señor Sagüez, que acudió a salvarme, es seguro que entre el rio Turbio, invadeable para un hombre debilitado, i las rocas de su márjen al sur del torrente de los Piuquenes, se hubiese encontrado algun tiempo despues, junto con un esqueleto humano, una cartera lacre que aun conservo, i en la cual se encuentra escrito con lápiz mi temprano epitafio.

CAPITULO X.

El huaso Rodriguez, jefe militar de San Rafael.—Las trillas.—Desafío de Rodriguez.—Su fuga.—El Planchon.—Resguardos en la cordillera.—Chilecitos.—Aldao.—Siguen las aventuras de Rodriguez.—Su muerte.—Leguario i archivos de Rodriguez.—Banda oriental de los Andes del Sur.—Nota del literato de Loló.

Encontrábame el día 26 de octubre de 1842 en la pequeña, pero mui productora heredad de Boldomávida, fundo inmediato al de los Culenes de la antigua Colchagua, el cual acababa de arrendar. Reposábame en él, con no poca admiracion propia i ajena, de mis viajes entre Mendoza i Buenos Aires; de mis correrías hasta Salta; de mis vueltas i revueltas entre la Rioja, San Luis, San Juan i Mendoza; i de mis activas entradas i salidas a traves de los boquetes de los Andes, cuyo práctico conocimiento me habia granjeado el envidiable nombre de *baqueano*.

¡Cuántos acontecimientos políticos no habian tenido lugar desde mi correteada de San Carlos hasta ese día en nuestro Chile!

El inesperado tratado de Paucarpata;

El nunca debidamente execrado motin de Quillota, que encabezado por Vidaurre, causó la lamentable muerte del insigne Portales;

La sangrienta batalla del Baron en las alturas de Valparaiso;

El siempre conmemorado triunfo de Yungai, en el cual las fuerzas chilenas, al mando del sagaz i valiente jeneral Búlnes, habian destrozado la amenazadora Confederacion Perú-Boliviana;

El pabellon mercante español luciendo tranquilo sus colores al lado de los del pabellon chileno;

Búlnes ocupando el supremo poder del Estado como merecido premio a sus servicios;

I sobre todo, ¡la lei de amnistia, que devolvía al patrio hogar a los desterrados políticos!

Después de la guerra, el trabajo, me decía yo entonces, i tranquilo sobre la futura suerte que el destino deparaba a mi patria afortunada, tornó mi imaginación con toda fuerza a la idea de nuevas correrías.

Solo, i tomando un mate cuyano bajo el modesto corredor de mi casa, sin apartar la vista de las plantaciones, mi imaginación vagaba activa, ya por las breñas de la fría cordillera que tantas veces había frecuentado, ya por aquellas dilatadas planicies de las pampas, cuyos misterios aun no conocía mas allá de los primeros confines australes de Mendoza.

Faltábame, pues, aun emprender mis siempre malas andanzas por aquellos misteriosos lugares patagónicos, donde me aseguraban que podría mi actividad obtener brillantes resultados. Solo el desencanto que me había producido el de mis viajes anteriores, fué capaz de sujetarme i aun de obligarme, por vez primera, a esperar mas propicias ocasiones para lanzarme en lo desconocido, porque hasta entonces nunca había dejado de anticiparme a ellas.

No tardó, sin embargo, en presentarse una, aunque débil, que vino a dar de nuevo al traves con todos mis propósitos de calma.

Acerté a ver que por el camino de las casas i como con dirección a ellas, caminaba una arria de algunos caballos i de cuatro bueyes, cuya prodijiosa estatura me llamó la atención. Subió de punto mi admiración cuando vi que la arria entró a mi patio i que un huaso vestido a lo cuyano i bien montado, echó pié a tierra i me presentó con alegre i respetuosa cortesía una carta envuelta en un pañuelo. De pronto no conocí quien era; mas, al oírme llamar patron i por mi nombre, vi que el desconocido no era otro que mi antiguo i fiel Campos, a quien había yo perdido de vista cuatro años ántes, el cual, a fuerza de ponderar mis para él inmejorables prendas ante los ojos de su nuevo patron, venia del fuerte trasandino de San Rafael, trayendo para mí un regalo de parte suya.

Firmaba la carta inesperada aquel mentado chileno don Juan Antonio Rodriguez, hijo de Loló, que fué por tantos años el brazo derecho de Aldao i el terror de los unitarios, i que entonces, jefe o adelantado del fuerte de San Rafael sobre la frontera patagónica de Mendoza, tuvo el raro capricho de solicitar mi amistad.

La parte de la historia del terror que le cabe a la provincia de Mendoza durante el gobierno del atroz Aldao, no puede escribirse sin hacer mui especial mención de aquel terrible soldado aventurero a quien los argentinos no dejan aun de llamar feroz bandido.

La llegada de mi buen Campos, los antecedentes que tenia de Aldao, cuya amistad debia captarme la que me brindaba Rodriguez, la abultada hermosura ponderada por Campos de aquellos inesplorados lugares, la abundancia i baratura de sus inagotables ganados; i sobre todo, la posibilidad de no poder ser de nuevo correteado como lo fui no hacia mucho tiempo en San Carlos, me lanzaron de nuevo en la via de las aventuras de ultra cordillera.

Pero ántes de proseguir debo la siguiente explicacion; como algunos de estos i otros viajes mios han visto, bien que mutilados, la luz pública, pero siempre a espensas de fojas arrancadas de estos apuntes, he creido conveniente, para conservar la hilacion de los acontecimientos que han pasado a mi vista, restituir esas fojas a su lugar.

Volviendo, pues, a lo que en aquel momento pasaba; hé aquí, sin quitar ni poner ni un solo punto, el tenor de la carta que envuelta en un pañuelo me acababa de entregar el alegre Campos:

VIVA LA FE DE CRISTO I LA RAZON¹

San Rafael, a 11 dias de marzo de 1843.

Al caballero don V. P. R.

Mui señor mio i mi dueño:

La fama de su buen nombre ha llegado hasta aquí, i por lo mismo mi escaso valimiento anda con cortedad en *procura* de su amistad, que espero no se la mezquinará a quien se la pide de veras.

Ei le mando esos cuatro terneros para que los tome en compañía de sus amigos, i tambien para lo que es el uso de su montura, aunque Ud. los tendrá mejores por Colchagua, esos seis potrones mansos que no son al todo despreciables.

Para qué es hablar de la gran escasez de pólvora fina i de trabucos de cintura en que estamos por acá. En fin, señor don Vicente, aquí quedamos rogando a Dios que le aumente la salud, i no le dice mas este su amigo que servirle desea.—*J. Antonio Rodriguez.*

¹ El lema que se usaba entónces en todas las comunicaciones oficiales de la Confederacion Argentina: *¡Viva la Confederacion Argentina; mueran los salvajes unitarios!* nunca lo usó el protagonista que motiva la consignacion de estos recuerdos.

Junto con esta carta recibí cuatro hermosos bueyes, que han sido los mayores que he visto en mi vida, i tres parejas de preciosos caballos.

¿Quién podría ser este hombre que sin conocerme me obsequiaba, i que sin pedirme me pedía?

Sigamos su rastro por algunos momentos.

En el año de 1833, ni aun en Europa se sospechaba que trilladoras mecánicas habian de venir un día, a fuerza de perfeccionadas, a suplir allá el uso del azote, i en Chile, el de las yeguas en las cosechas de cereales. I ya que de máquinas hablamos, ocurre preguntar, ¿qué razon tendrá la humanidad para erijir estatuas a los seres que se adiestran en hacer i en usar máquinas para acortar la vida, i no a aquellos que se desvelan en hacerlas para prolongarla?

A Pitt i a Ramsons no solo debe la agricultura chilena, junto con la celeridad del trabajo, la seguridad de la cosecha, sino también el poder hacer ahora, en uno o dos meses, según la magnitud de las sementeras, la recolección que ántes se hacia en cuatro, i siempre bajo el apremio de las aguas tempraneras.

El que pudo devolvernos para el trabajo activo en la época de las cosechas medio millon de brazos, que sin producir consumian, aguardando meses enteros, horqueta en mano, la merced del viento para liquidar el trigo, ¿no mereceria mejor que otros muchos, estatuas que le presentasen a la veneración de la posteridad agradecida?

Perdóneseme el preámbulo en obsequio de la intención, i vamos adelante.

En la falda septentrional de la cuesta de Quiahue, en los confines marítimos de la vieja Colchagua, vejetaba en 1830, como tantas otras semillas de pueblos mal plantados, un lugarejo que llevaba el nombre de Loló. La estación del año a que se refieren estos recuerdos era la de las trillas, jénero durísimo de trabajo que aquellas buenas jentes soportaban a fuerza de alegres intermedios de arpa, de guitarra i de harta chicha, para hacer correr el polvo que se les pegaba en el gznate.

La trilla i los rodeos en las propiedades rurales, eran festividades que convidaban sin convite, i que daban hospitalario asiento en ellas a cuantos comedidos pudiesen disponer de un buen caballo; i cómo en la estensa i cómoda ramada que se colocaba siempre a inmediaciones de la faena, para el recreo i solaz de los voluntarios, nunca faltaban el trago i buen canto, ni ocasiones de lucir el garbo i el caballo, debè prudentemente deducirse, que no siempre reinaba en aquellos espectáculos, en los cua-

les eran todos actores i espectadores a un mismo tiempo, aquella envidiable paz i aquella concordia que deben reinar entre los príncipes cristianos, máxime si llegaba a terciar en el corrillo algun *Lacho Guapeton*.

El Lacho Guapeton, tipo puramente chileno i casi olvidado en el día, era entónces la viva encarnacion del caballero andante de los siglos medios, con poncho i con botas arrieras, tanto por su modo de vivir cuanto por sus gustos i sus tendencias. Como él, buscaba aventuras, como él, buscaba guapos a quienes vencer, entuertos que enderezar, derechos que entortar i doncellas a quienes agradar, una veces con comedimientos i otras veces sin ellos, pues los hubo descomedidos i follones ademas. Así como el caballero andante no perdonaba torneo donde pudiese lucir su gallardía i el poder irresistible de su lanza, primero faltaria el sol que faltar el Lacho Guapeton en las trillas, en los rodeos, en las corridas de caballos i en cuantos lugares hubiese muchachas que enamorar, chicha que beber, tonadas que oír, cogollos que obsequiar, jenerosidad i garbo que lucir, i pechadas i machetazos que dar i recibir aunque no fuese por otro motivo que por haber rehusado beber en el mismo vaso.

Cuatro días llevaban corridos los trabajos de la trilla de Loló, sin que nada hubiese turbado hasta entónces ni la marcha de la labor, ni sus alegres intermedios; mas llegó el quinto, i como en él llegase tambien el fin de fiesta, fué de ordenanza despedir al auditorio con una alegre trasnochada, supliendo la ausencia del sol a *punta* de fogata. A poco andar, pues, se hizo tan jeneral la alegría en la enramada, que segun el decir de los entrantes i salientes, ¡estaba aquello que se ardia!

El dueño de casa se habia esmerado por despedir réjiamente a sus huéspedes; nada faltaba en el sarao: arpa, rabel i guitarra, ponche con malicia, vino, arrollado i ternera con harto ají.

Gozando de esta bienaventuranza i reclinado sobre una cantora, se veía, vaso de ponche en mano, un gallardo *huaso* como de cuarenta años de edad, de tez tostada, músculos fornidos i ademan resuelto. Era éste el mentado haragan Francisco Araya, antiguo barretero de Alhué, aquel que puso el sello a la fama de su valor brutal i sereno, sosteniendo, puñal en mano i el pié izquierdo atado al de su contrario igualmente armado, aquel atroz desafío, en el que, sin ultimar a su rival, le hizo confesar que era ménos hombre que él. Encontrándose de tránsito en

Loló, era de presumir que quien hacia gala de camorrero, no habia de hacer falta en la enramada.

Al frente de ese tal, pero al lado de afuera, a veces oculto por la sombra i otras veces iluminado por la luz de la fogata, se veia un jinete al parecer entretenido con el espectáculo de aquella alegre borrachera. Este nuevo personaje, que por su traje i apostura parecia pertenecer a la aristocracia lololense, i que era alto de cuerpo, bien proporcionado de rostro blanco i encendido, de ojos azules, de nariz aguileña, de pelo rubio i de colorado bigote, solo daba indicio de terciar en aquella fiesta por tal cual tonadilla que, mirando al cielo, entonaba entre dientes a cada baladronada de las muchas que a cada instante echaba el maton Araya.

En uno de los intermedios de canto, un roto loloreño, cansado de no oír mas voz que la de Araya:

—No hable tanto, patron, le dijo con acento socarron, que donde hai hombre hai hombre, i en Quiahue no falta quien pueda decir al teniente que miente, porque de donde ménos se piensa suele encumbrarse una perdiz.

Araya, al ver la traza del interruptor, soltando una estrepitosa carcaja, exclamó:

—¿Una perdiz, i en Loló? Ojalá volasen dos, porque con una me quedaria con hambre. Mire ñor-usted, ¿sabe qué mas? que todavía no ha nacido el que sea capaz de dar palmada a Pancho Araya, i para que conste, para nadie van a haber cogollos esta noche, sino para quien me diere la regalada gana; i chiste alguno!

No había terminado el atrevido reto, cuando el desconocido del bigote rojo, saltando del caballo, dió al maton un encontron con el hombre, i sin dejar de mirarle de alto abajo, de un solo tajo rebanó las cuerdas del arpa con su puñal.

Este inesperado incidente heló la sangre a los circunstantes, produciendo en todos un silencio mortal; solo hablaron las airadas miradas de estos dos singulares antagonistas, lanzando rayos que envolviendo mútuas sentencias de muerte, si hubiesen sido de acero, al encontrarse hubieran poblado de chispas el espacio. Entre hombres de este temple pocas palabras. Los dos se comprendieron, i sin mas demorar, haciéndose un ademan amenazador, se lanzaron fuera de la enramada en busca de sus caballos. Cada cual ocurrió por su lado a hacer otro tanto, i con un silencio aterrador, un momento despues, un círculo de hombres

montados cerraba el palenque, en cuyo centro, machete en mano, se embestian ciegos de cólera estos dos estremados jinetes, choque espantoso que solo cesó cuando el rónico alarido de la muerte hizo rodar un cuerpo herido a los piés del caballo de su vencedor.

Don Juan Antonio Rodriguez, en leal i caballeresco desafio, acababa de abrir el cráneo de Araya con un poderoso machetazo.

Saliendo del árido territorio que ocupan los ántes mentados cerrillos de Teno, pasado el rio de este nombre i encaminándose al oriente, siguiendo el cajon de cordilleras que le sirve de lecho, se entra en el pintoresco i frecuentado camino que conduce al boquete del Planchon.

Quien solo haya recorrido nuestras cordilleras desde Santiago a Atacama, no es posible que se forme idea cabal del abundante jérmén de riquezas agrícolas i fabriles que encierran los misteriosos valles de las del sur. Poseen hermosa i siempre verde vejetacion, poderosas cascadas que son otras tantas económicas fuerzas motrices al lado de las materias primeras que las requieren para ser utilizadas, clima mas benigno en muchos de los valles rodeados de nevados crestones, que aquel de que gozan los moradores del valle central, pues en él la vid, el naranjo i las flores delicadas, no están tan espuestas como en éste a destructoras e imprevistas heladas. Lugares hai donde la humedad natural, sin ser excesiva, escluye la necesidad de los riegos, i en los cuales las alfalfas para su desarrollo i su sosten, solo requieren ser sembradas una sola vez.

El camino de Teno hácia el Planchon, desde que se sale de los cerrillos es, en los primeros escalones de la sierra, un risueño i prolongado parque, dotado con todos los vistosos i raros atractivos que solo la naturaleza sabe crear, i en los últimos el conjunto severo e imponente de cuanto puede necesitar el sabio para leer en él los misterios del segundo tiempo de la formacion del globo.

A medida que se avanza en el ascenso, la vejetacion parece resentirse del vacío de la altura, puesto que se la ve disminuir de lozanía i de tamaño; así es que pasado el resguardo de los Quenes, ya comienza el viajero a ver convertido en enanos las mismas especies de los corpulentos árboles que a pocas leguas de distancia asombran con su altura. Este fenómeno se hace mas palpable aun, a medida que se va llegando a la rejion de las nieves eternas, pues los cipreces que aun vejetan casi en la misma ceja de los planchones, solo alcanzan una altura de tres pulgadas i son ya viejos. Antes de llegar a tan áridos lugares, comien-

za el viajero el repecho del volcan de Peteroa, cuyo morro con su inmenso cráter, comparte las aguas entre Chile i la provincia de Mendoza.

En el cráter mismo de este volcan, siempre en actividad, aunque no con fuerza, se encuentran algunos corralones de lava mezclada con hielo empedernido, i aquí i allí tal cual grieta por donde algunas fumarolas desahogándose con bufidos, llenan el aire de vapores azufrados. Uno de esos corralones lleva el nombre de plaza de armas, i en él aloja forzosamente el viajero, para poder sin peligro, cabalgando en caballos descomidos, alcanzar de una jornada al tranco al opuesto paso de las Yaretas, que es donde puede considerarse ya libre de las aterradoras nevadas que caen con frecuencia sobre la blanca planicie de la meseta superior del los Andes, que media entre la plaza de armas i el citado portillo.

Sobre la escabrosa superficie de este planchon conjelado, se alzan de vez en cuando aquellos fantasmones de puro hielo que llaman penitentes, cuya blancura, semejante a la del cristal esmerilado, hace resaltar los negros i áridos crestones de las rocas acantiladas, que así sirven de bordo al ventisquero, como tambien a hondos precipicios que espumosas nieves ocultan a la vista del viajero.

En la fresca mañana del 18 de febrero de 1830, a través de la neblina producida por las fumarolas del Peteroa en la plaza de armas, se veian cuatro hombres i un cabo, que teniendo tanto de soldados cuanto de rústicos patanes, se empeñaban en ensillar a toda prisa sus caballos para proseguir un precipitado viaje hacia el oriente. Eran chilenos, i como soldados armados no podian trasponer la frontera; parecia deducirse de aquí, que en vez de ser viajeros debian andar al alcance de alguno de los muchos criminales que en aquel entónces buscaban, como ahora buscan, la impunidad de sus maldades en las provincias trasandinas.

El perseguido, si a algúien perseguían, debió pasar la noche anterior por el mismo lugar donde ellos se encontraban; pero no habia dormido allí. Rastros recientes de sangre que conservaba el hielo en direccion a las Yaretas, indicaban que un solo caballo habia pasado por allí, i que éste iba mui cansado i ademas herido en las manos; era, pues, evidente que, apresurando la marcha, podria alcanzársele ántes que entrase en sagrado.

Después de algunas horas de marcha, siguiendo el rastro por sende-

ros i por pasos desconocidos hasta entónces para el que hacia de jefe del piquete, sin descubrir nada que pudiese alentarle en aquella penosísima tarea, ya comenzaba a desmayar, cuando llamó vivamente la atencion de un soldado la presencia lejana de un objeto negro que parecia quererse ocultar tras de un creston de nieve. Cobrando entónces nuevos bríos, precipitaron la marcha, mas al llegar al helado *penitente*, no fué poca su sorpresa i su desconuelo al ver tras de él, en vez de la persona que buscaban, a un solo caballo muerto i a medio ensillar.

Al abrigo del témpano, pues, habia pasado la noche el fujitivo; pero ¿dónde encontrarle ya? El rastro de sangre terminaba allí; el de pié de hombre apenas dejaba señales en el hielo. La vergüenza de haber sido burlados en su propósito, porque era efectivo que a algúien perseguian, les impulsó a seguir acelerados a tomar posesion del único paso que entre dos enormes i negros farellones se divisaba a corta distancia; pero llegaron tarde, pues solo vinieron a cerciorarse de que habian alcanzado al fujitivo, por el estruendo que hizo al quebrarse un enorme alero de nieve suspendido sobre un abismo, cuyo fondo encubria un grueso lecho de esponjosa nieve, sobre la cual, de tan tremenda altura, habia lanzado la desesperacion al misterioso perseguido!

Atónitos los perseguidores, acompañaron con un grito de espanto aquel arranque de desesperado valor, i aun no se habian apartado de la orilla del precipicio que burlaba sus esperanzas, cuando alcanzaron a ver debatirse entre el fofo i blanco lecho que encubria el fondo del barranco, a un hombre vivo que, saliendo cubierto de nieve al lado opuesto, sacudia tranquilo la manta i un cuero que llevaba consigo.

Don Juan Antonio Rodriguez se habia salvado de la persecucion que la muerte de Araya le acarreará!

Don Juan Antonio Rodriguez no salió de su pais cual suele un malhechor avezado, en la carrera del crimen. Salió por una de aquellas calamidades que ni la misma prudencia puede a veces evitar i que la lei no perdona.

Nacido en Chile, en los confines maritimos de la antigua Colchagua, de una familia honrada i bastante pudiente para ser tenida en algo por los hijos de la antigua provincia de San Fernando, su educacion habia sido bastante esmerada para la que se daba en Chile en tan apartado lugar en el año de 1790. Leer mal, escribir peor i apenas contar; esto i las rutineras máximas de moral que, esplicadas por la ignorancia, mas conducen al fanatismo que al sentimiento de una verdadera relijion,

fueron las ocupaciones de sus primeros años. Llegado a la edad de pubertad, su constitucion de hierro, su extraordinario arrojo en el manejo del caballo, su valor que llegó a hacerse proverbial, su juicio sarcástico a la par que festivo, i sus liberalidades sin limites, le granjearon una reputacion provincial que hasta 1850 no desmentia el recuerdo que aun queda en Quiahue de este tipo del *lacho guapeton*.

Oculto, pero siempre perseguido por el acecho despues del lance con Araya, salió disfrazado para el pueblo de Curicó, en donde supo por sus amigos que ciertos celos del juez sumariante, i no mui inciertos garrotazos que habia recibido de manos de Rodriguez delante de la querida disputada, habian elevado su desgraciado encuentro en la trilla de Loló, a la categoria del mas alevoso i premeditado asesinato. Fué preciso, pues, resolverse a abandonar temporalmente su patria, i recorrer en calidad de pobre i desvalido fujitivo, aquellas cordilleras i aquellas pampas, en las que tantas veces habia figurado como ladino, acaudalado i prestigioso contrabandista.

Salió, pues, sin mas esperar, como dicen los campesinos, en lo montado, huyendo de las cárceles i del patibulo. Supo, al llegar a la hacienda de la Huerta, que el resguardo estaba sobre aviso para aprehenderle. Pero para Rodriguez, un resguardo fué siempre el menor de los tropiezos, aunque tuviese, como tenia con el de entónces, una endiablada cuenta atrasada que cancelar. Sin dar, pues, tregua ni descanso al jeneroso bruto que montaba, esa misma noche dejó atras al resguardo, pasando por donde él sabia que podía pasar sin ser sentido.

No hai dineros peor empleados que aquellos que se gastan en los mentados resguardos de la cordillera, tanto por las facilidades sin cuento que la misma sierra ofrece en todas partes para burlar su vijilancia, cuanto por la misma tibieza con que los tales guardianes desempeñan sus obligaciones. Mas, como parece que la actividad desplegada por los perseguidores de Rodriguez desmintiese esta verdad, créo del caso explicar la causa de tan raro fenómeno.

Dos años ántes de la persecucion que dejo narrada, venia de la otra banda el chileno Rodriguez, que así le llamaban entónces, con un buen cargamento de costales de tabaco. Para librarse de las asechanzas de los resguardos cordilleranos, no hai mejor arbitrio que el rodear; mas como el rodear, por el tiempo que se pierde en ello, perjudica muchas veces al espendio, a don Juan Antonio, que sin saber el inglés, sabia que el tiempo es plata, se le ocurrió la travesura, como él decia, de dejar la

carga atrás, de adelantar su jente, de hacerla alojar en el puesto en calidad de vendedores de ganados, de amarrar en la noche a los guardianes, de hacerles traslomar la cordillera, i de dejarlos por doce días en depósito, en poder de la reducción del cacique pehuenche Faipanque, dueño de unos potreros al sur del río Salado.

El obsequio de un buen caballo, regalado por orden de Rodríguez a cada uno de los prisioneros cuando se le puso en libertad, no había sido bastante para adormecer el jérmén de ira i de venganza que dejó en el ánimo de los protectores de la hacienda pública, tan pesada mano, i la vergüenza, junto con el deseo de vengarse, hicieron que ni el mismo gobernador de Curicó supiese nada de lo ocurrido.

La persecucion, pues, fué tan activa, que pudo decirse que ponian ellos el pié donde acababa de alzar el suyo el fujitivo.

Rodríguez no alojó, como se ha visto, en la Plaza de Armas del cráter del volcán de Peteroa, i prosiguió sin dar resuello a su debilitada cabalgadura, por el medio de aquel desierto de empedernido hielo, hasta que el jeneroso animal, estenuado por el cansancio i por el hambre, destrozada la piel del nacimiento de las uñas por las aristas i los filos del hielo cristalizado que rompía, arrollándose junto a un alto *penitente*, abandonó junto con la vida al amo que cargaba.

Precisado a pasar allí la noche, muerto de frío, i sin poder hacer fuego, ni aun con la bosta de caballo que llevaba, como lo hacen cuantos emprenden la travesía del Planchon, por temor de ser descubierto, aquel hombre de fierro esperó el alba envuelto en los pellejos de su montura, al reparo del vientre, aun tibio, del fiel compañero que le había conducido hasta allí, i que aun después de muerto, le cedia el último calor que le quedaba.

El primer destello del alba encontró a Rodríguez desviado del camino público, marchando a pié por uno de los senderos estraviados i salvadores que él conocía, envuelto el pecho con el pellón encimero de su montura, sin mas provision que el último pedazo de charqui que devoraba, sin mas armas que aquel machete que ocasionó su desgracia, ni mas ajuar que su yesquero. Mas ¿qué podía hacer un hombre a pié, en aquellas blancas planicies para librarse de la vista de los que le perseguían bien montados? Fué, pues, encontrado cuando apenas entraba en el estrecho i peligroso sendero que faldea, por el lado del sur, el peinado farellón que afirmando su planta en un abismo, alimenta con las nieves de sus mesetas, las primeras vertientes del Salado.

¡Terrible situacion la de aquel desgraciado! Proseguir huyendo por aquel sendero, que caminado una hora ántes, le habria puesto a muchas leguas de sus enemigos, era por entónces caer indudablemente en sus manos; desviarse de él, era precipitarse en un abismo cuya hondura no podia calcularse por estar encubierta con las nieves de la última nevazon. En aquel aciago instante, el aspecto de una muerte desastrosa e inevitable se presentó a sus ojos; solo le quedaba el arbitrio de elejirla; mas, para las alma de su temple, entre morir en el ignominioso patíbulo del criminal, o morir despedazado, pero libre, no habia que titubear. Así es que a la primera intimacion de sus perseguidores, solo contestó con aquel espantoso salto, que llevándose tras de sí los carámbanos de la orilla, fué a rematar al fondo del abismo, donde se sepultó en las nieves! Rodríguez acababa con su arrojo sin ejemplo, de salvar dos veces su existencia: la una por no encontrar la nieve endurecida, i la otra porque la situacion en que se encontró en el fondo de la quebrada acertaba muchas leguas un camino que le hubiera sido imposible recorrer, debilitado cómo estaba, sin perecer helado.

El rapidísimo descenso de la quebrada, cuyos saltos, siempre peligrosos, bajó a fuerza de brazos i dando caidas, le condujo hasta los primeros céspedes amarillentos, donde se detienen las nieves. Allí, estenuado por el cansancio, por el hambre i por tan crueles emociones, se asiló en una caverna donde el calor del fuego le volvió la vida. En ella, sin mas lecho que el suelo removido con el machete, sin mas cobija que el pellon que nunca abandonó, i sin mejor almohada que su fornido aunque debilitado brazo, para defender la cabeza de los pedruscos, pasó la noche.

Colocado despues por la fortuna en situacion mas envidiable, departiendo sobre esto, me decia: que en vez de descanzar aquella noche, amaneció mas aniquilado que ántes, pues una veces soñaba que corria, otras que, alcanzado, le sentaban en un banquillo, i otras que se lanzaba en el abismo!

Con la vuelta del dia, i con la seguridad de hallarse libre, no tardó este hombre singular en recobrar la totalidad de los bríos que las emociones, de la noche i la pasada tormenta, le habian quitado, i prosiguiendo el descenso unas veces por las orillas del rio, i otras traslomando puntillas, tuvo la suerte de ser encontrado i protegido por algunos cazadores de guanacos que recorrian aquellos contornos, i la de ser llevado en seguida, hasta dejarle bueno i sano en Chilecito de Mendoza.

20 Pero ¿qué es este Chilcecito, se me preguntará, que con tanta frecuencia conmemoro? Hélo aquí.

21 El hombre chileno es en jeneral esencialmente andariego; para él distancias no son distancias, siempre que al cabo de ellas llegue a divisar o mucho lucro, o mucho que admirar. Si no se le ve en todas partes, no es tanto por falta de deseo, cuanto por falta de recursos para satisfacer su natural propension.

22 Llenas están de chilenos las ardientes i arenosas costas bolivianas; en el Perú se encuentran por miles; i en uno i otro Estado, nadie disputa al peon chileno la palma de la actividad, del arrojo i del trabajo, al revés de lo que le sucede en su propio pais, donde no teniendo a quien lucir esas virtudes, no solo es desidioso, sino que llega a ser manso i sumiso, cuando fuera de él es siempre altanero i orgulloso.

23 Chilenos fueron los primeros pobladores que, corriendo en pos del vellocino de oro, pisaron las encantadas playas de California. En ellas la afeminación i el ocio aparente de algunos hijos de las primeras familias de Santiago, se trasformaron, bajo el solo influjo de un cielo extranjero, en envidiables tipos de arrojo i de trabajo. Los he visto con la risa en los labios trocar el roce del guante de suave cabritilla, por el áspero de la barreta del gañan, la camisa de hilo, el lucido chaleco i el vistoso levita de fino paño, por una simple i burda camisa de áspera lana. Los he visto dormir en el suelo sin mas abrigo que un *sarape*, ni mas almohada que el sombrero, i confiados en sus valimientos personales, desafiar impávidos al sol, al agua, al trabajo i al cansancio. En California, el sentimental i petimetre santiaguense, junto con el gañan de nuestros campos, fueron alternativamente amos i sirvientes, codiciados fleteros, incansables cargadores, carpinteros, cortadores de adobes, lavadores de oro, constructores i comerciantes. Los he visto de amos exigentes i regañones en Chile, tornarse sin esfuerzo, en modestos criados de un mulato afortunado.

24 Chilenos he visto en los terribles hielos del Báltico, a inmediaciones de Cronstad, abandonar serenos, prendidos en las nieves, la nave en que servian, seguir a pié sobre el mar conjelado hasta el continente, i de allí venir de cárcel en cárcel, hasta llegar a Hamburgo, desde donde tuve ocasion de repatriarles. Los he visto, mui sueltos de cuerpo, echar bravatas sobre un muelle de Burdeos, donde acababan de desembarcar, aun que se encontraban en el mas completo aislamiento de relaciones, tan serenos i resueltos como si aun estuviesen sobre el de San

Cárlos de Aneud. He visto chilenos acaudalados malbaratar a manos llenas sus caudales en todas las capitales de la Europa, sin cuidarse del porvenir; chilenos mui pobres buscando con confianza i con fe, en sus propios talentos, el prestigio i la honra que dan en aquellos centros de civilizacion, el mejoramiento de las ciencias i de las artes; i chilenos, simples marineros i desertores ademas, atravesar contentos la Francia a pié, desde Burdeos hasta el Havre, para buscar otro buque donde servir. Chileno fué aquel atrevido marino aventurero que siguió a Cochrane a la Grecia; chilenos son los infinitos viandantes que, alforjas al hombro i garrote en mano, se encuentran a cada paso en los boquetes de los Andes, aprovechando del verano para ir a pié, en busca de una yunta de novillos de amanza, o de un caballo para su montura; i chilenos tambien los pobladores de cuantos *Chilecitos* se alzan al pié oriental de nuestros Andes, porque donde hai chilenos juntos en el extranjero, debe surgir forzosamente un Chilecito.

Estos Chilecitos, que ni siquiera merecen el nombre de villorios, por no ser mas que una informe aglomeracion de casuchos, de fincas i de solares colocados sin órden ni concierto alguno, son siempre el primer asiento hospitalario, que se ofrece a la vista del chileno que atraviesa los Andes.

Colonias naturales que la necesidad i el acaso han ido formando, los Chilecitos de ultra-cordillera no son otra cosa que un compuesto de pobladores chilenos afincados i ambulantes, en el cual alternan casi siempre por iguales partes, el hombre de bien i el hombre de mal. I no es de estrañar lo porque siendo para los chilenos las cordilleras de los Andes en su costado oriental, o el refujio del malvado, o el asilo i la recompensa del trabajador, así busca ese sagrado el criminal, como lo busca el que no lo es.

Chilecito de Mendoza fué, pues, el lugar en donde los compasivos cazadores de huanacos dejaron al pobre perseguido. Una ruin cocina de un tal Cubillos, poco tiempo despues subalterno i amigo de aquel terrible Rodriguez que tanto fatigó con sus audaces hechos el clarin de la fama de los guerreros de la Pampa, fué el primer peldaño de la escala que elevó al poder absoluto al desvalído fujitivo, para quien ese chique-ro fué entónces un palacio.

Pobre i aislado, sin mas caudal que sus brazos, sin mas porvenir que la carrera del crimen que ancha i florida se ostentaba a su vista, en un centro en donde tanto alcanzaba el valor personal i el derecho del mas

fuerte, Rodriguez que no habia nacido para criminal, supo dominarse, i resignado, ofreció sus servicios en calidad de peon gañan a Cubillos, en cuya casa pasó los primeros meses de su destierro.

No tardó Cubillos en saber quién era el robusto i sumiso peon que le servia, i avergonzado se apresuró a darle una habilitacion para que negociase en espendio de licores. Desde entónces, activando su pequeño negocio, nunca dejó de verse al chileno Rodriguez en San Vicente, en San Carlos, en Lujan, en Chilecito de Mendoza i en cuantos puntos podian ser propicios a impulsar la venta de la rica *Pichanga*,¹ que él solo sabia aclarar. En estas i otras correrías fué donde poco a poco se dió a conocer i a estimar de todos, i donde con esta estimacion echó los primeros cimientos del cariño i del respeto que nunca dejaron de tenerle aquellas sencillas jentes. Rodriguez no solo era querido como amigo, lo era tambien como juez inexorable e imparcial, pues en varias ocasiones ocurrían a él como si fuese juez de derecho, i de sus sentencias nunca se apelaba, no faltando casos en los que el tal juez derribase a palos a una de las partes, cuando sospechaba que le faltaba al respeto.

La fama i nombradía del chileno no tardó en alcanzar al palacio de aquel fraile feroz i despiadado, que parece que el infierno hubiese vomitado sobre la desgraciada provincia de Mendoza. Rodriguez ya cansado con el oficio de vender licores i electrizado con la relacion de los brillantes hechos de armas de sus propios amigos, en la guerra civil de la República, deseó entrar en el ejército, i apenas supo que el fraile-jeneral deseaba conocerle, cuando se presentó a él i le pidió servicio en calidad de soldado raso.

El aspecto atlético del recluta, su fisonomía franca i resuelta, así como su modesta aspiracion, bastaron a aquel sagaz caudillo para conocer, como lo expresó despues, *que un hombre como Rodriguez era lo que hacia tiempo que buscaba*. En efecto, habiale bastado un solo rato de conversacion con Rodriguez para descubrir en él la lealtad del perro, virtud que desconocia en el hombre; la fuerza i vijilancia del guerrero tan necesaria entónces; i junto con un carácter impetuoso, la inocente sencillez del niño. Propúsose desde entónces hacerse dueño absoluto de su voluntad i puede asegurarse que ninguna empresa fué coronada con un éxito mas feliz. Rodriguez solo era Rodriguez, cuando sus acciones i sus pensamientos no tenían relacion con las acciones i los pensamientos de su

1. *Pichanga*, nombre que dan en Mendoza al vino nuevo.

protector i padre, como él le llamaba; mas cuando sucedia lo contrario aquel *huaso* jeneroso i valiente, dejaba de ser quien era, para trasformarse en una fraccion fisica i moral de Aldao, colocada a mas o ménos distancia de su centro.

Rodriguez en vez de ser admitido como soldado raso, fué desde luego incorporado entre los oficiales de la guardia privada del jeneral, i favorecido con demostraciones i preferencias que llegaron a ofender a sus mismos camaradas.

Alarmada la oficialidad por el repentino favor del nuevo intruso, procuraron hacerle el servicio insoportable; pero Rodriguez, en un teatro mas análogo al suyo, fué tanto lo que les dió en que entender, que estuvieron varias veces a punto de ensangrentar sus reuniones, i asi sucediera, si el recuerdo de la catástrofe de Chile no contuviese el iracundo brazo del ex-vendedor de licores.

Seguro del cariño de Aldao, a quien llamó desde entónces su padre, asi como aquél lo distinguiera con el nombre de hijo, procuraba con la lealtad del ciego i entusiasta agradecimiento, una ocasion siquiera de *hacerse descuartizar* por su bienhechor. No se presentó este estremo caso; pero no le faltaron medios de servirle esponiéndose, porque quien busca los peligros los encuentra, i porque talvez sean ellos una de las pocas cosas de que se pueda disfrutar, sin disputa entre los hombres.

Sípose que varias tribus de nuestros Muluches infestaban las pampas i que unidos a los batidores del caudillo Baigorria, estaban devastando la provincia i amagaban a San Carlos desde la desierta i peligrosa frontera de San Rafael, que confina con la Patagonia. Rodriguez ofreció salirles al encuentro, poner en pié de defensa la abandonada frontera, i aun mantenerse en ella a despecho de todos si fuere preciso. Así lo verificó, i esto le valió el titulo de capitán del fuerte de San Rafael.

Desde aquel momento comenzó la vida de nuestro soldado aventurero a revestirse del carácter público con que se le vió tantas veces figurar en los sangrientos encuentros de la guerra intestina que, por tantos años, sentó en la República Arjentina sus atroces reales. Pero no siendo mi propósito seguirle en ella, sino el de referir lisa i llanamente aquellos rasgos sobresalientes de la vida íntima del proscrito hijo de Quiahue que mas se relacionan con la mía, me bastará decir ántes de continuar, que no hubo en aquella guerra mortal i fratricida, hombre que mas prodigase su vida en los crueles encuentros donde le llamaba el deber i

el amor a su jefe. Rodriguez casi no tenia en el cuerpo un solo lugar que no mostrase o el rastro de una lanza o el de una bala.

Pero quien creyere que Rodriguez, en vida del jeneral Aldao, haya hecho algo sin mandato de su jefe, o tenido una sola idea que no haya sido sujerida por él, formará del carácter público de este hombre singular el juicio mas equivocado. Rodriguez no ha sido mas que lo que es en todo tiempo un soldado valiente; su consigna era obedecer, i obedecia sin preguntar por qué. Si a esto se agrega que Aldao, *despues de Dios*, era para él la suprema perfeccion, i que hasta adivino llegaba a ser, es evidente que para Rodriguez, Aldao no mandaba ni podia mandar cosa que no fuese justa i necesaria. De aquí aquella mezcla de sensibilidad i de inexorable firmeza con que ejecutaba hasta los menores deseos de su jenio tutelar; de sensibilidad porque el corazon de Rodriguez nunca fué cruel; i de inexorable firmeza, porque tal era el carácter que le imponia el deber de obedecer; pero no de aquella inflexibilidad cruel que se goza en el tormento de sus semejantes, sino de aquella que nace del profundo convencimiento i de la conciencia íntima de que lo que se hace es necesario i justo.

Encontrándome departiendo con él en su nueva residencia de San Rafael, me acababa de pasar, con su franqueza de soldado, la mitad de una hermosa sandía que él mismo había partido para mi regalo, cuando entraron en el aposento dos soldados conduciendo maniatado a un prisionero cuyo aspecto repugnante me impresionó. Era su estatura mediana i contrahecha, pero fornida, cetrino el color de su semblante, i su mirar traidor; una honda cicatriz, producida al parecer por un tajo que llevándole parte de la nariz, solo se detuvo en la quijada, daban al todo de aquel desgraciado un aspecto repelente e indescriptible. Rodriguez, quien pareció reconocerle, alzándose de su asiento, dijo estas palabras:

—Oiga! ¿Con que eres tú, Godoisito, nó? Ñato bribon, al cabo habiais de caer en mis manos!

I dirijiéndose en seguida a los soldados, agregó:

—Llévenlo, pues, por allá lejitos, donde el amigo don Vicente ni yo oigamos nada, i despues al rio, que ni cristiano es siquiera.

Aterrado yo con este inesperado lance, no pudiendo ni conservar en las manos la sandía, la coloqué con desaliento sobre la mesa, lo cual visto por Rodriguez, lanzándose fuera de la sala, gritó que trajesen de nuevo al reo a su presencia, agregando al volver a mi lado:

—Don Vicente, usted no sabe lo pícaros que son estos desertores; pero ya que le he oído decir tantas veces a usted que es una gran virtud el perdonar, ¿por qué no hemos de ser virtuosos también por acá?

Llegado el reo a su presencia:

—Desaten a ese, dijo; hincate, bellaco, a los piés de este caballero ya estás libre i haz de cuenta que jamas te he visto.

Mas, si este caudillo, a quien llaman bandido atroz los Unitarios, perdonaba con tanta facilidad delitos de muerte, cuando solo dependia de su corazon el hacerlo, no era ni con mucho lo mismo cuando sucedia lo contrario, porque habiendo recibido poco tiempo despues órden terminante, aunque equívocada, de hacer matar a uno de sus mejores soldados, lo mandó ejecutar llorando, i recojiendo al mismo tiempo bajo su amparo a la viuda e hijos de aquel desgraciado.

Era, pues, el capitán Rodríguez ménos cruel de lo que se decia, i por esto se ve que nunca encabezó sus cartas con el lema aterrador: *¡Viva la Confederacion Argentina; mueran los salvajes unitarios!* sino con este de su indisputable creacion: *¡Viva la fe de Cristo i la razon!*

El encarnizado antagonismo que reinaba entre los partidos Unitario i Federal, habia llegado a tal extremo poco ántes de la muerte de Quiroga, que hasta la salvadora palabra *Cuartel* habia perdido su significado. Muchos unitarios de San Luis i de Mendoza, perseguidos con tenacidad, habian buscado asilo en el seno de las indiadas Ranquenches que, obedeciendo a un tal Baigorria, infestaban con frecuentes escursiones, no solo los contornos de sus guaridas, sino tambien los mas lejanos lugares, sembrando en todas partes desolacion i espanto.

Sin embargo, entre tanta atrocidad solia de tarde en tarde venir al amparo del crédito de la humanidad, tal cual rasgo de virtud privada, que hacia reconciliarse con él.

Al sur de la ciudad de San Luis, con un cuarto de inclinacion al oeste, yace la laguna del Bebedero. El territorio comprendido entre la laguna i el pueblo, casi desierto entónces, exhibia de cuando en cuando i a grandes distancias, tal cual ranchon o enramada hecha con toscas ramas de Algarrobos, mas bien para indicar que aquellos campos, dedicados a la crianza de ganados, tenian dueños, que para servir de residencia fija a sus respectivos propietarios.

En una oscura noche del mes de marzo de 1844, a la luz de dos hermosas fógatas, una de estas rústicas enramadas reflejaba sus contornos en las blancas aguas que terminan en la playa setentrional del Bebedero.

A la luz de la fogata del lado izquierdo se veían algunos soldados recién desmontados, que parecían disponerse a vivaquear en aquel lugar, i que a juzgar por sus trajes i por la naturaleza de sus desiguales armas, mas parecían bandidos que soldados. Divisábanse tambien entre ellos algunos heridos; pero esto no perturbaba ni la alegre charla, ni las risas i maldiciones de los demas, miéntras lo disponían todo para el descanso.

Dentro de la enramada, a la luz de los fuegos que dejaba pasar la mala cerca de algarrobo que hacia veces de pared en ella, se divisaba atado de piés i manos i sentado en el suelo a un hombre de estatura avejentada, de rostro blanco i de anchos bigotes rojos, al parecer herido, pues tenia el cuello envuelto con un pañuelo ensangrentado, i cerca de él a un soldado armado con tercerola i puñal.

Al amor de la segunda fogata departían solos, el jefe de la partida i su lugarteniente, i tanto tenia de apuesta i de simpática la figura del primero, cuanto de antipática la del segundo, pues que, a mas de pequeña i contrahecha, llevaba en la amarillenta cara, el rastro de un antiguo tajo, que se la hacia aun mas repugnante de lo que era en sí.

—¿Diste tus órdenes, Godoi? dijo el primero al segundo.

—Sí, mi teniente; lo que es un resuello para los caballos, i unas cuatro horas de descanso para la tropa, cosa de que el lucero nos encuentre a caballo, i nada mas.

—¡Qué buen tiro, eh!

—¡Vaya pues!

—¿Escaparía alguno? No sea que estos.....

—¡Vaya! Ya que iban a escapar! En cuanto no mas *voleó* usted al chileno de un balazo, los que iban disparando, castigando a dos *berijas*, se nos vinieron como perro a bofe encima, para llevarse el cuerpo; pero contra lanza i abanico no hai *tutia*; ahí quedaron no mas todos!

—Ahora me alegro que no haya muerto ese chileno intruso, ya se acabó el perro bravo del fraile. ¡Qué buen *tútano* va a sorberse Baigorria! ¿I está bien asegurado?

—¡Vaya, pues! Mi teniente lo ató con sus propias manos.

—No desquidarse; yo voi aunque sea a despuntar un sueño.

—Ya están todos roncando, justo es que descansen usted tambien, mi teniente.

Un instante despues, todo habia pasado del movimiento a la quietud; las fogatas fueron poco a poco consumiéndose, i el silencio que en todas partes reinaba, solo era interrumpido por el grito de las aves

acuáticas de la laguna, por el violento resoplido que lanzaban de cuando en cuando los caballos atados al rededor del campamento, i por el tardo paso de la centinela de vista que vijilaba al prisionero.

Al segundo canto del gallo, la presencia de tres hombres armados en la entrada de la enramada, dió a entender al desgraciado cautivo que sus momentos eran ya contados; pero se equivocaba, era el reten del relevo. Prisioneros como él, solo debian morir delante de Baigorria. Para mayor seguridad, el que hacia de jefe, entró en la enramada a registrar en persona las ligaduras del encarcelado. El prisionero, sin poderse dar cuenta de lo que iba a ocurrir, sintió con estremecimiento que le oprimian el hombro con dulzura, que rebanaban las cuerdas de cuero que ataban a la espalda sus casi adormecidas manos, i que dejaban, sin saber cómo, en ellas un puñal.

Rodriguez, que no era otro el misterioso herido, conmovido con lo que le acababa de pasar, sin poderse dar cuenta de dónde podia venirle tan inesperado auxilio, atrajo bajo el poncho sus ligados piés, cortó con convulsa mano las amarras, i dando tiempo al restablecimiento de la circulacion de la sangre, lanzarse sobre el descuidado centinela, derribarle de un poderoso *cachazo* en la frente, saltar por sobre él, i precipitarse al lago, fué todo uno! A los gritos del derribado centinela, todos recuerdan i en confuso tropel, siguiendo al cabo Godoi, que intencionalmente los estravía, dando voces de persecucion, corren precipitados dejando tranquila atras la codiciada presa. Rodriguez entonces, saliendo apresurado del fango donde estaba sumerjido, se lanza en pelo sobre el mejor caballo de los que allí están atados, atropella a dos soldados que quieren oponerse a su fuga i desaparece como un celaje por entre la oscuridad i la densa niebla que se alza de la tibia superficie del lago!

Dos años despues, en mi tercer viaje a San Rafael, Rodriguez, refiriéndome este suceso, agregaba: ¡El hacer bien nunca se pierde!

La bala le habia entrado cerca de la garganta, i sin saber cómo se habia alojado, sin matarle, junto a la nuca. En San Rafael ni cosa habia que pareciese a cirujano; así fué que, sin un nuevo arrojio de este hombre singular, difícil hubiera sido me contase este suceso. Aburrido el huaso colchaguino con la fiebre i el dolor que le ocasionaba semejante huesped, se dió con el puñal i a tientas, un peligroso tajo, i corriendo con fuerza la mano de adelante para atras *jallá va esa moledera!* dijo, viendo saltar sobre el pavimento una ensangrentada bala de a

onza que llevaba aun adherido un pedazo de gordura de su robusto cuello.

La muerte de Aldao, considerada por Rodriguez como la mayor calamidad que pudo recaer sobre la provincia de Mendoza, cambió enteramente el carácter i las tendencias de su protejido.

San Rafael fué convertido, desde entónces, en centro de un nuevo gobierno sometido, solo en el nombre, a las autoridades de Mendoza. Aumentó sus fuerzas alistando, entre sus soldados, cuantos chilenos llegaban al fuerte, bien fuese impelidos por la pobreza, bien por sus crímenes; se proveyó de caballada, de armas i de municiones, i a la sombra de su actitud imponente, esperó confiado el porvenir. Los pueblos de San Vicente, Lujan, San Carlos i Chilecito, atraídos por sus liberalidades, se pusieron tácitamente bajo su inmediata proteccion, i aunque sometidos, en el nombre, a sus autoridades locales, no reconocieron mas jefe ni mas autoridad que *el chileno Rodriguez, padre de todos los cuyanos honrados*.

Era, en efecto, este soldado aventurero, el supremo tribunal adonde acudian, en último resultado, los agraviados en las sentencias dadas por los juzgados de la provincia. Por intrincada que pareciese la cuestion, Rodriguez la resolvía en el acto; daba oídos al primer querellante que se le presentaba, i sobre su sola relacion dictaba verbalmente su irrevocable fallo. Tal era la íntima conviccion en que estaba, de que aquellos *ladrones*, como él llamaba a los empleados públicos, no habian de hacer mas que cosas arreesadas, que con tal que la sentencia suya fuese diametralmente opuesta a la que habian dado aquellos, ya la tenia i reputaba por justa i santa.

Mal cimentadas aun las autoridades de Mendoza para arrostrar sin peligro la desobediencia armada del alzado chileno, i calculando adónde podría conducirles su conocido arrojo, comenzaron, desde entónces, a minar sigilosas su poder; i lo consiguieron, porque en Rodriguez no se hallaba un ápice de cabeza, porque en él todo era corazon.

Hacia tiempo que yo sospechaba estas maniobras; tiempo hacia tambien que sin parecer tomar parte activa en cuanto veía, procuraba combatir en el ánimo de aquel soldado la idea de vengar agravios que, a puño cerrado, creía que se hacían a la memoria de Aldao, hasta que al fin me abrió entero su corazon.

Era Rodriguez supersticioso, sin ser fanático; creía, con la fe del carretero, en brujos i en apariciones, i aquel corazon, que nunca se inmu-

tó ante las lanzas enemigas, temblaba como el de un niño ante todo lo que olía a sobrenatural.

Refirióme que pasando solo, una noche, por las orillas del Diamante, donde habia ido a llorar sin que nadie le viese, la muerte de Aldao, su idolo i su padre, habia visto alzarse sobre las tranquilas aguas de aquel rio, a un fraile vestido con hábitos blancos, que le hacia señas para que se acercase a él. Yo, señor, me decia conmovido, sentí que me empujaban hácia aquella aparicion, como si ella fuera un lampalagua; pasé, sin saber cómo, por sobre el cercado de un huerto que está a la orilla del agua, acercándome cada vez mas a aquel fantasma que, con los brazos abiertos, señalaba con el derecho la pampa oriental i con el izquierdo mis piés, iba a caer al rio, cuando sentí que me sujetaban i me arañaban una pierna! No sé cómo no me cai muerto de susto en aquel lugar!... Cuando volví en mí, ya todo habia desaparecido, i me encontré todo clavado en un matorral de rosas, donde habia caido.... ¿Qué será esto, señor don Vicente? usted que es tan leido i que ha viajado tanto. ¿No será algun aviso del cielo? Porque es menester que sepa, que poco ántes de morir mi padre, me llamó a su lado, i estrechándome la mano, me dijo:

—Hijo mio! Si muero, véndelo todo i véte a tu tierra, o sino, marcha en el acto con tus soldados i ponte al servicio inmediato del dictador. Si te quedas, desconfía de todos los mendocinos, te matarán!...

Proféticas fueron, por desgracia, para aquel soldado aventurero, las últimas palabras de aquel fraile cruel, pues no tardó mucho tiempo su funesta realizacion.

Rodriguez, al terminar aquel relato, saltó como lanzado por un resorte de su asiento, e irguiendo su imponente frente, dijo con voz entera estas palabras, que me helaron de espanto: No obedezco, ni quiero obedecer, miéntras esté vivo uno de los detractores de Aldao! Yo les probaré a esos baguales que gobiernan en Mendoza, que así viejo como está, Rodriguez puede todavía quebrantarles el lomo.

El abatimiento que sigue a la exaltacion no tardó en apoderarse de ese corazon henchido de agradecimiento, i volvió a sentarse silencioso, fija la vista, sin pestañar, en el horizonte.

Pobre amigo! trabajaba en ese instante su mente, el convencimiento de su impotencia intelectual para llevar a cabo sus propósitos! Muerto Aldao, aquella alma inquieta vagaba incierta de proyecto en proyecto,

buscando con ansia alguna amiga intelijencia que dirijiendo la marcha de sus poderosos medios de accion, los hiciese fructuosos.

Tomóme en seguida de la mano, i dirijiéndose a nuestros caballos ensillados, que esperaban afuera, nos entramos silenciosos en la Pampa. Poco despues se detuvo, i alzando el brazo con direccion al sur, me dijo: Patron, ¿alcanza a ver allá abajo el nevado?... Ese es el Jigante. Dé vuelta ahora su caballo, i mire usted alrededor suyo, hasta donde le alcance la vista... ¿Vió tambien a San Rafael?... Míreme ahora las manos, i en vez de manos, me mostró manoplas... ¿Servirá de algo todo esto?... Pues bien, todo cuanto ha visto es suyo: quédese conmigo, no vuelva a Chile! Confieso que, espantado con tan estremosa demostracion de jenerosidad, cuyo propósito ya no admitia duda para mí, me dejó sin poder contestarle de pronto. Rodriguez, entónces, interpretando mal mi indecision, agregó: sé que todo esto no es gran cosa para hombres acostumbrados a regalos, como lo es usted; pero entiéndame bien, todo esto no es mas que un estribo que le alcanzo, para que se afirme en él i suba a ocupar el puesto que ocupaba mi jeneral!.... El caso no admitia duda; mas yo, lo único que pude comprender fué, que estando ya en posesion de semejante secreto, mi permanencia en aquellos lugares se habia hecho de todo punto insostenible.

Agotados los medios de persuacion para disuadirle de tan descabellado propósito, le hice consentir en la importancia de un viaje mio a Chile; i con la promesa de no dar paso ninguno ántes de mi vuelta, me custodió con cien lanzas hasta el pié de las nieves. Allí le hice presente cuán rodeado estaba de traidores i de asechanzas, que no fiase secretos ni a su almohada, que continuase obediente como leal militar, i sobretodo, que no diese paso ninguno subversivo, si no me encontraba yo a su lado; i héchole prometer todo esto, di, con el desconsuelo del que pierde la esperanza, al pobre amigo, el último abrazo que debia recibir de mí en el mundo!

Rayaba apénas el año de 1848, cuando llegó a Chile la noticia de un poderoso movimiento militar, que organizado en San Rafael, amagaba derrocar las autoridades constituidas de la Provincia de Mendoza, marchando amenazador sobre la capital; i mui pocos dias despues, que el jefe que la encabezaba, traicionado i vencido cerca de Lnjan, habia sido alcanzado en su fuga, cerca de las Yaretas, i entregado al brazo del verdugo! Los careados huesos de Araya, vengado por la mano del destino, debieron estremecerse en su sepulcro!

Así murió a los setenta i cuatro años de edad, despues de una vida henchida de borrascas, el valiente huaso de Quiahue, la espada mejor templada del despiadado fraile Aldao, Rodriguez, cuya memoria será siempre grata a los sur-sancarleños de Mendoza, cuyos recuerdos vivirán mientras vivan los campos de batalla donde lució su espada el antiguo i prestigioso jefe de la frontera patagónica de San Rafael, a quien sus enemigos llamaron atroz bandido i sus amigos padre amoroso de la jente honrada.

Con la muerte de Rodriguez, en cuya compañía habia hecho varias expediciones guerrero-mercantiles hasta mas alla del rio Colorado, que arroja sus aguas en el Atlántico, terminó tambien mi aficcion al negocio ganadero de las pampas, que consistia ya en cautivar ganados alzados, que a fuerza de gritos i de carreras lográbamos encaminar a lugares sin salida, ya recobrando por la fuerza, de manos de indios chilenos, aquellos que conducian robados de la provincia de Buenos Aires, o ya asaltando los aduarez de indijenas pamperos que obedecian a Baigorria.

¡Cuántas riquezas naturales para la industria minera, i sobre todo para la pastoril, no encierra el agreste i poco conocido territorio formado por el recuesto oriental de los Andes, entre el conocido paso del Planchon i el grado 37 de latitud sur, i entre las nieves eternas i el remate de los contrafuertes que, escalonados unos, guardando cierto paralelismo con las heladas cuchillas de la sierra, i arrancando otros formando rectos ángulos con ellas, van disminuyendo de altura hasta que transformados en colinas, se pierden en las vastísimas planicies de las Pampas!

Conservo de este territorio el mismo leguario orijinal que servia a Rodriguez de guia en sus expediciones, i que debo a su confiada amabilidad para conmigo. Este hombre singular habia cedido, en mi primer visita, su propio dormitorio para mi alojamiento. Incomodado yo en las primeras horas de la noche por notables irregularidades que me parecia encontrar bajo el colchon, introduje la mano, i al notar que provenian de muchos paquetes de papeles, la retiré con espanto, presumiendo que podian ser ellos documentos de tal naturaleza, que solo debian archivarse tan a la mano del guardador, cuanto lo estaba la amarillada chapa de pistolas que éste llevaba siempre en la cintura.

Departiendo con él al siguiente dia sobre los nombres i las distancias de algunos lugares, que desde nuestro asiento se divisaban, entré conmigo a su cuarto, i despues de introducir la mano entre mi colchon i las tablas de su catre, estrajo de entre varios legalos que me dijo contenian

delicados documentos i cartas de Rosas i de Aldao, el leguario a que me refiero, i que en tan especial archivo conservaba.

No es esta ocasion de publicar este importantísimo documento, lleno de notas i de correcciones hechas por mano del mismo Rodriguez durante todo el tiempo que ejerció su insólito poder en la frontera; pero ya que he de decir algo sobre lo propicio de aquellos lugares para el fácil desarrollo de la industria pastoril, prefiero que oigan mis lectores de propia boca del literato de Loló, la parte del leguario que escribió sobre la seccion ménos rica de todos ellos, que es el curso del rio Atuel desde el punto denominado Juntas hasta su nacimiento en las cordilleras que dan a Rancagua.

Dice al pié de la letra así:

«De las Juntas caminando al noreste hasta llegar a Butalo, hai ocho leguas. Campo pastoso, algarrobales, médanos, pampas grandes i cerrilladas al poniente. En este punto alojó el jeneral Aldao, con la division del centro el año 33, por ser campo de muchos recursos i de varias lagunas de agua dulce.

«De aquí al paso de los Puntanos, nominado Puntano Milagüe, hai ocho leguas. Campo pastoso con médanos i algarrobales. Contra el albardon de un médano habian viviendas de los indios Guitrao i del cacique Barbon, que finaron todos el año de 33, perseguidos por la vanguardia de la division del centro.

«De aquí a Loncobaca, tres leguas. Algarrobales encumbrados, chañales, médanos, guaiquerias i muchos pastos en las costas del rio.

«De aquí a Chilquita o Bain, dos leguas. Igual clase de campo, con una cañada mui pastosa a la costa de la cordillera del poniente; multitud de animales alzados bajan al agua de una laguna que hai en el centro de una gran travesía de las inmediaciones.

«De aquí a Soitú hai tres leguas. Igual clase de campo pastoso con grandes pampas al poniente. Caza de chanchos jabalies, mucha hacienda alzada, i sigue la cordillera al poniente. Se pasa el rio al naciente por el paso del Loro, por no haber camino por la costa del poniente que hemos seguido i que dista seis leguas de Soitú. Hai en el paso un ajigantado algarrobo, campamento antiguo de indios que no existen.

«De aquí a la pampa de la Vivora (Tilulefun) hai una legua. Esta pampa es de boleadas de avestruces, por ser muchísimos los que hai, campos pastosos, pozos de rica agua donde alojan los indios cuando vienen a invadir a San Rafael.

«De aquí a Currulaca cinco leguas. Lugar pastosos i bosques de algarrobos i chañales. Inmensa multitud de aves de caza. Campo hermoso para sacar agua en todos los puntos. Muchos chanchos i jabalíes i hacienda vacuna i cabalgar alzadas, que bajan a este punto del rio a tomar agua.

«De aquí a la Varita cinco leguas de igual clase de campo con fumaes.

«De la Varita hasta los Marcos hai una travesía de catorce leguas. En este intermedio entra mucho el rio al poniente. Lugar de muchos tigres, jabalíes, avestruces i montañas de algarrobos i chañales.

«De aquí a la Bajada del Tigre, hai una legua, con camino angosto, lagunas, algarrobos i chañales.

«De aquí al Corral de Vicente, tres leguas de senda estrecha con vueltas. Gran chañal sombradizo, algarrobos tupidos.

«De aquí a Yuncalito, dos leguas de pichanal, algarrobal i chañal, campo pastoso i ramblones de agua de lluvia.

«De aquí al Corral de Novillos, cinco leguas. Grandes barrancas al lado del rio que forman corrales de encierra; campo igual al anterior.

«De aquí al Real del Mundo, cuatro leguas. Campo alfalfado a la costa del rio, por haber habido alojamiento o vivienda; i al naciente montuoso.

«De aquí al Real del Padre, cinco leguas, alfalfaes i algarrobales.

«De aquí a las Juntas, cinco leguas. En medio de las Juntas hai un fuerte redondo de altas barrancas con chañales ralos para sombrear. Pasa por este fuerte el camino que conduce a San Rafael, i al lado del norte hai una loma grande vestida de montes donde se ocultan los indios espías para pillar a los campeadores cristianos.»

No fastidiaré mas al lector con la minuciosa copia del leguario que indica el curso del Atué hasta sus fuentes andinas, curso que desde el punto de partida llamado Juntas, alcanza en sus vueltas i revueltas por entre algunos planes i cuesta arriba, 144 leguas, segun Rodriguez. Básteme decir que los pastos i los abrigos vejetales para los ganados, alcanzan mui cerca de las cumbres; que en el lugar llamado Boca del Rio, a 20 leguas del último que señala el leguario, existen canteras de preciosos mármoles; que en el Lonco-boca, mas arriba aun, existen excelentes salinas; que a 27 leguas de Lonco-boca en lo que llaman Acequia del Atué, despues de caminar por piedras i *chupa sangre*, se llega a unos baños termales llamados Aguas Calientes que nacen entre *cortaderales*

donde se encuentran volcanes de agua, en los que al andar sin apercibirse, se precipita uno como en pozos profundos; que molles formando bosques, se encuentran en los valles pastosos que yacen en el mismo pié del alto Sosneado, i que en el cajon que se desprende de la falda setentrional con el de ese cerro, se encuentran las abundantes salinas del cacique Maturano.

He señalado prolijo la importancia de la hoya del Atuel por ser ella la que se considera ménos adecuada a la crianza de ganados, que los demas campos que siguen para el sur hasta el rio Colorado, para que no se admire ni la abundancia de animales que, gozando de plena libertad, pastan en ellos, ni su estraordinario bajo precio.

La suma abundancia de pastos perennes que existen en los cajones i en las lomas i valles del recuesto oriental de los Andes, i que van en aumento desde la altura jeográfica de Rancagua, hasta la del volcan de Antuco, territorio que con frecuencia he recorrido, esplica el por qué del continuo enviar de ganados chilenos a esos lugares, a pesar de la abundancia i riqueza de nuestros pastos, i del peligro que van a correr fuera de nuestro territorio entre los indios. Entre los pasos de Leñas Amarillas al norte i el del volcan Antuco al sur, se crian i apacientan, a mas de los ganados domésticos i alzados propios de aquellos lugares, miles de animales chilenos que desde Quechereguas para el sur, confian los hacendados al cuidado de los caciques propietarios de aquellos desiertos.

Asi como aumenta la lozanía i el vigor del pasto a medida que se avanza hácia las rejiones del sur, así tambien se nota la gradual variedad, corpulencia i altura de los árboles que los acompañan, pues no pasando éstos, en el norte, de chañales i de algarrobos aparragados i de tal cual arbusto espinoso, a medida que se acercan al sur, no solo van adquiriendo altura i robustez, sino que se acompañan con la vejetacion chilena de manzanales silvestres, de molles, robles, gnaigones i aun de cipreses, de los cuales vi muchos en el valle de las Lagunas Acollaradas o Epulanquen a inmediaciones de las fuentes del rio Curileufu.

Parece que la riqueza i abundancia de minerales fuera peculiar a las rejiones inmediatas al Ecuador; pues a medida que se aleja de ellas el minero, ménos ocasiones encuentra donde ejercer su industria.

Salvo la gran veta de plata que se ve i se ha trabajado en Uspallata, i cuyos rastros se encuentran de vez en cuando en las serranías del sur, confinando la estension de su corrida; ninguna otra mina de este metal, ni de oro, he encontrado en las rejiones que señalo.

Las de cobre abundan, sobre todo en el valle de los Ciegos, a inmediaciones del Planchon i en las del rio Tordillo, donde he observado vastos derrumbes de metales de subida lei que nadie explotaba por las dificultades que ofrece la ausencia o el peligro de los caminos. Abundan grandes depósitos de puro azufre i de sulfato de alumina, i llama mui especialmente la atencion del viajero en las alturas del camino del Planchon a San Rafael, una solitaria e imponente laguna de brea que, fluyendo de una grieta volcánica, llena el aire de miasmas azufrados. La árida márjen de este negro i pegajoso depósito de sustancias bituminosas, contrasta con la blancura de cientos de esqueletos de animales que atraídos a ese lugar, talvez por la curiosidad, han muerto presos de patas en él.

Minas o depósitos de excelente sal se encuentran a cada rato; sobre todo donde cruza el camino denominado Barsas de las Barrancas que conducen a Curilenfu.

El comercio que sostienen todos estos lugares con el sur de Chile, se reduce a arrendamientos de potreros i a internar en él animales, plumas de avestruces, brea para tinajas i sal.

Desde tiempo inmemorial nuestras compras de animales a los indios de ultra Bio-Bio han sido i siguen siendo la principal causa de los robos i diarios ataque a la propiedad arjentina, verificados por los indijenas de una i otra banda de la cordillera. Antes, pues, de dar de mano en esta parte a mis recuerdos, i como comprobante de esta verdad, voi a copiar al pié de la letra una nota que el buen literato de Loló puso en su interesante leguario al hablar en otra del comercio pampero con Chile. Dice la nota así:

«Memoria de algunos sucesos i circunstancias que se hace necesario tener en vista, sobre los terrenos que pertenecen a los indios Ñorquinos, donde ellos por su ignorancia dejan pasar a los chilenos. Los lenguaraces Zúñiga i Salvo, logran, a fuerza de amenazas, que los Ñorquinos dejen pasar a sus espías, para que pasen hasta Banquilmacó a comerciar, es decir, a robar i dar malones juntos con los indios del Naciente. Estos cristianos se entreveran con los indios ladrones, se visten de chamal i en pelota, quedan a igual clase de ellos, pasan despues a juntarse con los Baigorrianos i a su vuelta, despues de los trabajos que hacen en robar, se despiden, vuelven a su tierra vestidos como ántes i entregan el robo a Zúñiga o a Salvo, que lo mandan vender.»

CAPITULO XI.

Cerrillos de Teno.—Penas de azotes.—Sociedades de ladrones.—Tierras auríferas.—La langosta i la Sociedad de Agricultura.—El nuevo pintor de decoraciones del teatro de Santiago.—Sarmiento, Tejedor i la literatura argentina.

Allá por el año 1847 arrendaba yo la hacienda de Comalle, propiedad de aquel distinguido literato i adusto mandatario que, siéndolo de Curicó, donde ella se encontraba ubicada, solia escribir a su amigo Luis Labarca cuando el pueblo tendia a insurreccionarse: «Pronto iré a hacer temblar a esos zamarras, con el ruido de las ruedas de mi birlocho.»

Comalle i los tupidos bosques de Chimbarongo, como ahora se dice, eran entónces la morada i el seguro escondite de aquellos afamados ladrones *Pela-caras* que hacian temerosos, con sus atroces correrías, los mentados Cerrillos de Teno; i como habian sido hasta entónces inútiles cuantas medidas habia adoptado la autoridad, para purgar aquellos lugares de semejante plaga, solicité i obtuve el cargo de subdelegado de esa temida seccion del departamento de Curicó, con el solo objeto de manifestar con hechos que el azote no siempre merece el vituperio de los filántropos. Fueron los mas acandalados propietarios del lugar mis activos inspectores; armáronse los inquilinos, i capitaneados éstos por sus respectivos patrones, en todas partes se persiguió al bandido, i en ninguna se sustituyó la relegacion al dolor fisico. No teniendo ya el bribon donde asilarse, ni buen techo ni comida por castigo en aquellas aulas que llamamos cárceles, verdaderas escuelas de nefando crimen, tuvo forzosamente que abandonar el teatro de sus depredaciones i buscar, mas allá de los Andes la impunidad que no encontraba en Chile. Poco tiempo despues ya podia viajarse por los Cerrillos del mentado Teno sin llevar el viajero ni un solo cortaplumas en el bolsillo.

Es preciso que nos emancipemos alguna vez del fascinador influjo de la mal entedida filantropía. El hombre, en cuanto animal, cobija en su corazón el jérmen de los mas atroces actos; i si es cierto que la educacion ahoga, en jeneral, el desarrollo i crecimiento de tan funesta semilla, tambien lo es que la misma educacion muchas veces los perfecciona. La educacion, ademas, solo puede surtir morales efectos sobre el virjen corazón del niño, quien, no teniendo aun nociones fijas, ni de virtudes ni de vicios, no tiene tampoco por qué desechar la honrada senda que un buen profesor puede indicarle. Pero la educacion está mui léjos de obrar idénticos efectos sobre el corazón del hombre adulto, cuando éste ha llegado a familiarizarse con el crimen. La planta que al nacer puede arrancarse con solo el leve esfuerzo de la presión de los dedos, cuando llega a su completo desarrollo, solo la escavacion o el hacha puede estirparla del suelo donde se la dejó crecer. De aquí el proverbio español que, no por ser vulgar, deja de ser cierto, que «Moro viejo no puede ser buen cristiano.»

En el moro viejo es precisamente donde predomina la parte animal sobre la intelectual; i a la parte animal solo puede hablársele con el atractivo del pan o con el temor del dolor fisico. ¡Cuántos hombres fieras no hemos visto caminar hácia el patíbulo con la mas espantable serenidad! ¡Cuántos no hemos visto salir de la Penitenciaría i de las cárceles despidiéndose con cínica sonrisa de sus compañeros, con un repugnante *Hasta luego!* ¿Hai alguno que se dirija al rollo del mismo modo? Ninguno. El dolor fisico hace que el tigre admita sin morderla, en su propia boca, la cabeza del domador.

La simple reclusion solo produce fastidio i no escarmiento en la mente del endurecido criminal, por no poder en ella satisfacer el mar de vicios donde enfangado ha vivido, i es seguro que mas aprovecharía a la pública seguridad una media docena de bien aplicados garrotazos al falseador de cierros, cada ocasion que se le sorprendiese cometiendo el crimen, que un año de reclusion al abrigo de mejor techo que el que ántes de cautivo le cobijaba, i con mejores i gratuitos alimentos que aquellos que solo a fuerza de trabajo podia proporcionarse cuando libre.

No quiere esto decir que la reclusion del ladron no sea un medio de evitar temporalmente que siga robando como lo hacia cuando libre. ¿Pero basta la privacion de la libertad? ¿Devuelve acaso el ladron al despojado lo que le quitó por astucia o por violencia, a ménos que la

casualidad no ponga en manos de la policía el robo? ¿Devuelve el ladrón, a la comunidad los gastos que le impone su temporal reclusion? Si al ladrón, en vez de darle una felpa a tiempo i mandarle despues a rascarse a otra parte, se le encierra, enciérresele en hora buena, pero obligándole a pagar en el encierro con violentos i forzados trabajos, ya el sustento que debe a la sociedad, ya el robo que debe al despojado.

En los robos i asesinatos de los Cerrillos de Teno terciaban tambien los indios pehuenches, circunstancia de mui pocos conocida, i cuya certidumbre tenia yo antes de trasformarme en sátrapa de aquellos lugares. Llegaban todos los años aduarez de pehuenches al departamento de Curicó provistos de plumas de avestruz i de breas para vender, i nadie descubria ocultas en esas mercaderías, la garra del ladrón ni el puñal del asesino.

No atinaba a encontrar el modo de librar a mi subdelegacion de semejante plaga, por lo bien constituidas de las partidas de aves de rapiña que con distintos disfraces lo infestaban todo. Tenian esas sociedades sucursales en Concepcion i en Coquimbo. Los animales robados en uno i otro de estos dos lugares, caminaban para los Cerrillos o para los bosques de Chimbarongo. En el punto de reunion se hacia el canje, i nuevos arrieros conducian al mercado de Concepcion los animales de Coquimbo, i al mercado de Coquimbo los de Concepcion. Mas, como no siempre convenia a los intereses de esas sociedades unidas las traslaciones, se entregaban a los pehuenches grandes partidas de caballos chilenos que gozaban de alto precio en Cuyo, a trueque de animales vacunos para la siguiente primavera. Los pehuenches pagaban siempre con munificencia esas compras a plazos, a espensas de los robos que hacian en las haciendas de ultra cordillera.

Encontrábame de visita en casa del señor don Mateo Moraga, arrendatario de Teno i uno de mis mas activos inspectores, cuando entrada la noche vino un pehuenche todo ensangrentado a avisarme que el jefe de su reduccion, Taipangue, que no era otro, como vine a saberlo a destiempo, que un bandido de sangre española que así desempeñaba el papel de capitanejo como el de honrado i sencillo campesino, vendedor de animalitos para engorda, acababa de matar a su hermano, deshaciéndole a pedradas la cabeza. Mui irritado con este denunció, a pesar de los esfuerzos que hacia Moraga para que le esperase, iba a montar precipitadamente a caballo para trasladarme, con los huasos que me acompañaban, a la reduccion o tolderia del tal Taipangue, cuando se

nos apareció dando jemidos una pehuencha ensangrentada también, diciendo a voces que no fuesen pocos *soldados*, porque habiendo sabido el cacique que su cuñado había venido a denunciarle, había hecho montar su jente i dispúestolo todo para repeler la fuerza por la fuerza. Dióse inmediatamente aviso a los inspectores don Luis Labarca, dueño de Rauco, i don Jorje Smith, yerno de Irisarri, para que se me reunieran con su jente, i una hora despues, acompañados con el médico de Talca, don Pedro Möller, ya estuvimos en la toldería. Aunque pocos, porque aun no se me habían reunido los demas compañeros, creí que esto no pasaria de aquí, hasta que las contestaciones altaneras, la vista de un cuerpo bañado en sangre i al parecer exánime, i el intento de arrebatarme por la fuerza a un prisionero, me obligó a atacarlo sin consideracion ni miramiento alguno. Virtióse sangre, es cierto, pero también lo es que quedó ileso el principio de autoridad.

Si yo me hubiera demorado en agredir; si yo por atacar lo que enseñan algunos compasivos criminalistas, que la defensa solo debe superar al ataque en lo que fuese estrictamente necesario para inutilizarle; si yo me hubiera puesto a medir el largo i la profundidad de las heridas, talvez no estuviera ahora recordando este episodio que siempre se aparece a mi memoria cuando veo a un pobre vigilante atacar con solo su mala espada a un bandido que lo hiere con pistola, i que no mata al malhechor, porque no se diga que se ha excedido en el ataque i se le someta a juicio.

Como quiera que fuere, la prision del herido Taipangue, la de algunos de sus principales mocetones, i el temor de que las declaraciones de éstos pusiesen en claro las maniobras de los demas vendedores de plumas i de breas, hicieron tomar a los cerrilleros de *chiripá* el rumbo de los *Malales* del sur de San Rafael, en la provincia de Mendoza.

Los santiagueños que son siempre los apuntadores i los directores de escena en el drama traji-cómico de nuestra vida pública, comenzaban a dormir, cuando a un frances que vivia en el piso bajo de la casa de Solar (hoi Hotel Inglés), pobre de riquezas monetarias, pero riquísimo de arbitrios, ya que no disponia de monedas, de pomadas ni de afeites, para imponer a los maridos contribuciones indirectas, se le ocurrió la peregrina idea de esplotar al soltero i al casado, vendiendo muchas esperanzas de caudales por poquisimo dinero.

Alojaba yo, cuando iba de la hacienda a Santiago, sobre el aposento de este buen industrial, i observaba que cuando estaba solo, ni siquiera

se movía, al paso que cuando estaba acompañado era tal el ruido de choques de baldes i sonajeras como de molinillos de café que allí se hacían, que daba ya al demonio con semejante vecindad, cuando vi salir corriendo al frances, sin sombrero, en mangas de camisa, gritando como loco por el patio:—¡Proteccion! ¡Proteccion! ¡Chile es un pozo de oro! ¡Yo sé como sacarlo!

¡Oro! dijiste. El alboroto se hizo jeneral, detuviéronse en la puerta de calle muchos mirones, otros entraron: el cuarto del frances se pobló de curiosos. Todos oyeron boquiabiertos los gritos de aleluya con los que el sabio químico les anunció que en la composicion de todos los terrenos de Chile entraba, en prodijiosa abundancia, el elemento oro; tanto, que hasta en los ladrillos de su propio cuarto le habia encontrado; i todos vieron con sus propios ojos, sobre una mesa artísticamente acomodados, alineados montoncitos de distintas tierras, cada uno con una tarjeta que indicaba la procedencia de ella, la cantidad de oro que producía por cajon i los quilates del precioso metal, representados por pellitas homeopáticas, colocadas al lado de cada monton, en su correspondiente frasquito. Veiase tambien en aquel improvisado laboratorio una pequeña hornilla, algunos crisoles, frascos de azogue, algunos ácidos o líquidos misteriosos, i sobre una tarima bastante sólida algo que parecia máquina, cuidadosamente tapada con un tapete.

El sabio profesor, acosado por las preguntas i cansado de hablar, despues de regalar dos cartuchitos de tierra i dos pellitas que no hacían falta a su coleccion, a los que le parecieron mas idóneos propagandistas, despidió con súplicas exigentes las visitas, pues tenia algo de importancia vital que hacer a esa hora, cerró cuidadosamente su cuarto con candado de letras, hizo como que encargaba algo en secreto a su compañero, que hacia veces de sirviente, i desapareció, dejando por un momento como estatuas a los reverentes curiosos, que parecían envidiar la suerte del futuro dispensador de las riquezas.

Apénas comenzó a circular por Santiago la noticia de este portentoso descubrimiento, cuando, como siempre sucede en estos casos, aparecieron supuestos alquimistas que, explotando la sencilla credulidad de grandes i de chicos con el resultado de falsos ensayos que les vendían, dieron mas peso a la verdad del primitivo descubridor.

Concurrieron a esas oficinas de descarada ratería hombres serios i circunspectos, i a ninguno vi salir de ellas sin que dejase de llevar tie-

rra en los bolsillos, contento en el semblante i un mar de locas esperanzas en la mollera.

A consecuencia de estos ensayos, cuya riqueza subia o bajaba el ensayador, segun el aspecto mas o ménos *pagano* de la victima que le iba a consultar, no quedaron en el pais ocres ni antiguos relaves que no se denunciaran; mas, como estas propiedades nada valian, si no se disponia del secreto que las daba valor, secreto que solo podia aprovechar la compañía que uniese sus caudales a los talentos del inventor, luego se pusieron en planta mil arbitrios para sorprenderle.

Cada cual se creia en posesion de algun hilo que conducia a este misterioso ovillo; llovieron por todas partes invenciones que cuidadosamente se ocultaban a las envidiosas miradas de los que se veian privados de semejante tesoro. En una palabra, llegó a tanto la fiebre de las tierras auríferas, que hasta muchos de los que comenzaron por engañar se engañaron; en tanto grado es cierto lo que dijo el poeta, que la sed del oro da siempre al traste con la razon del hombre.

Pero no solo se ocupaban los ingenios del siempre novedoso Santiago en buscar soluciones mineralójicas, porque junto con la bullanga de las tierras auríferas, llegó tambien la de una inesperada invasion de langostas sobre los campos de Maipo, a ocupar un lugar preferente en la lista de las cuestiones por ventilar.

Cúpole entónces a nuestra recién nacida Sociedad de Agricultura la mal intencionada ocasion de probar cuánto supera la buena voluntad a la pericia en los primeros pasos que dan las asociaciones patrióticas, cuando no las lleva de la mano el saber i la esperiencia.

La langosta, que arrasa campiñas enteras en las Provincias Argentinas, no emigra de una Provincia a otra entre nosotros, ni donde se la encuentra asume el carácter devastador que en otras partes. Este voraz insecto, que hasta el nombre de plaga ha logrado merecer, vive i reina en algunos sécanos de nuestro Chile, i mui especialmente en los *pichingales* situados al oriente de la provincia de Curicó, de donde ya comienza el arado i el riego a hacerle desaparecer sin retorno.

De vez en cuando se notan sobre algunos puntos de nuestro suelo invasiones de ciertos animales, que pasan con la misma rapidez que aparecen, sin que nadie hasta ahora, haya podido explicar este fenómeno. Hai años de aves, años de ratones, años de hormigas, años de palomillas, de pulgas, etc., etc.

El año de 1855 se vió el Gobierno precisado a decretar ausilios para

los colonos de Llanquihue, sobre cuyos campos se habia batido primero una asombrosa cantidad de aves, que destruyó todos los sembrados, i despues un mundo de ratones que, brotados como por encanto del territorio meridional del pueblo de Osorno, se estendieron como mancha de aceite, arrasándolo todo hácia el sur, hasta desaparecer por completo, i sin saber por qué al llegar a las aguas del Seno de Reloncavi; siendo de notar que en esos lugares eran el año anterior escasísimas las aves i que nadie conocia ni siquiera el nombre del raton invasor que vino despues.

Los agricultores de Maipo i de Santiago, que como los de las otras provincias poco se fijan en averiguar la causa de estos fenómenos, sino cuando tienen la calamidad a cuesta, i que entónces era, como lo es ahora, costumbre de esperarlo todo del Gobierno, elevaron hácia él sus sentidos clamores. El Gobierno que siempre sabe ménos que los agricultores cuanto a la agricultura atañe, por complacerles consultó a la Sociedad de Agricultura, que debia saber mas que todos juntos sobre las medidas que deberian adoptarse para la estirpacion de aquella plaga ejjepeica.

La docta corporacion interpelada, pareciéndole desdoroso dar a entender que sabia tanto en esto de langostas como el Gobierno en aquello de agricultura, acordó despues de seria meditacion, aconsejar la medida salvadora de apacentar grandes tropas de pavos sobre los campos infestados, i para precaver robos, la creacion de una policia guardapavos, que pusiese a estos útiles obreros a cubierto de raptores i de pavidas.

Este acuerdo, que no sé si llamar plajio o imitacion del remedio portugues contra las pulgas, i los desatinados medios de tirar a sacar oro de todas partes, que tan alborotados traian a todos los caletres, pusieron por seguuda vez la pluma en mi mano, i a riesgo de que me pasase lo que me pasó la vez primera que me meti a escritor, critiqué con las armas del ridículo, ya la mania incurable de creer que el oro iba a abaratar a impulso del númen creador de un descarado charlatan, ya el temor de que se amengüe el talento en el momento mismo que mas se enaltece, confesando modesto que no sabe, lo que efectivamente ignora.

Por fortuna, como en Chile siempre se lee sobre corriendo lo que despacio se escribe, nadie me hizo caso, i yo, para evitar nuevas tentaciones, torné diligente del buen Santiago a mi desierto Teno.

No tardó en agotar mi turbulenta paciencia la monotonía de las tareas rurales, i, buque sin timon i escaso lastre, arrebatado por el quijotesco viento de las aventuras, se me vió salvar de nuevo los Andes, correr a palo seco sucesivas tormentas, i despues de forcejear inútilmente contra mi aviesa suerte, recalar con serias averias en la caleta Teatro de la Universidad, de la gran bahia de Santiago.

Aun no habia venido a Chile el célebre pintor Giorgi a hacernos saber lo que son decoraciones en los teatros. Florecia entónces en el nuestro, que se llamaba de la Universidad por su colocacion, el distinguido artista maestro Mena, pintor decorista i hombre de los equivalentes, para el cual no habia pintura que careciese de oportunidad, si en su trazado cabia lo que él llamaba una canteria.

—Maestro, aqui necesitamos un árbol.

—¿Árbol?... está bien; pondremos una canteria.

—Hombre, no se nos venga usted con canterias ahora, porque aqui necesitamos de un espejo.

--¿Espejo?... Pues, señor, ¿no seria lo mismo una canteria? ¿Qué saben allá abajo de espejos?

Los árboles sobre el campo blanco de los bastidores, parecian bonetes verdes de cucurucho, eusartados en un garrote. Despues de la canteria era el pino el sácame-con-bien en las selvas teatrales; i en cuanto a los telones de fondo, dejo al cuidado del lector el deducir de estos antecedentes su verdadera efijie.

Emulo de Mena, trabajé entónces para el teatro, con mi hermano Ruperto, una decoracion completa de jardin, que aunque mia, fué la primera que lució en Chile un mediano olor a jente. Llenáronme de aplausos, que yo recibí con toda la modesta compuncion i erizamiento nervioso de pelos que envuelve a los noveles autores dramáticos cuando el respetable público aplaude el primero de sus terribles sainetones.

Encontrábase entónces entre nosotros el notable i mui aplandido pintor frances Monvoisin, que vino a perder en Chile, a fuerza de hacer retratos como Lope de Vega hacia sus improvisadas comedias, la celebridad que habia adquirido en Europa. Maestro i amigo, tuvo la bondad de visitar mi taller; mas, al encontrarse de manos a boca con un árbol colosal que acababa de pintar para la *Norma*, cómo seria su folkaje cuando en vez de saludarme, exclamó con horror: ¡Este no es árbol; esto es ensalada!

Tuve, pocos dias despues, ocasion de pintar un mapilla jeográfico

sobre una de las caras de un biombo, i al día siguiente, el sabio escritor arjentino Tejedor, dijo en el editorial de *El Progreso* que eran tan brutos los pintores del teatro, que en vez de la América del Sur, habian pintado un jamon!

No me atreví a campear por mi respeto, o mas bien dicho, por el de mi brocha, por no haberseme olvidado aun la acusacion de marras; así fué que, prudente i moderado, me hube de contentar con borrar el malhadado Sud-América, i colocar en su lugar el retrato del autor de los *Estudios Teatrales*, orlado con una glorietta de Julias ingratas; lo cual, visto por Tejedor, que no pudo negar su semejanza con la de un chivo, porque allí estaba el público para desmentirlo, selló en sus adentros eterna paz conmigo, pues no volvió a buscar semejanzas culinarias a los inocentes partos de mi brocha.

I ya que Tejedor vino a la mano ¿por qué no referir lo que él tejia, así como el trabajo de otros compañeros que arrebatados por el torbellino revolucionario de ultra cordillera, fueron en aquel escepcional entónces, arrojados maltrechos entre nosotros?

Constante *refugium peccatorum* para peruanos i para arjentinos, Chile ha sido para ambos lo que el tabladillo de salvamento en las plazas de corridas de toros para el apurado toreador que espada o garrocha en mano provoca la ira del toro que lo persigue.

Del número de los correteados que, salvando los Andes, daban entre nosotros, puede deducirse, ya la intensidad del miedo de que venian repletos, ya la de la persecucion al largarse tras de ellos; aunque acontecimientos han venido probando despues, cuanto puede sobre el ánimo del hombre el terror pánico, por poco que a éste aguije la intranquilidad de la conciencia. El mismo Rosas departiendo conmigo, quince años despues en Inglaterra, me decia que si aumentaba la algazara de la persecucion, era mas con el propósito de que los chilenos conociesen, por esperiencia, los quilates de sus enemigos, que por el temor que podian inspirarle semejantes charladores. No quiere decir esto que los inmigrados fuesen todos, ni con mucho, hombres de poco mas o ménos por su talento, sus luces i su sincero patriotismo; porque seria sentar una falsedad, así como lo seria si nos empeñásemos en negar que los arjentinos en jeneral no supieran hacerse estimar en el pais que los asilaba; porque si bien es cierto que algunos entraron en las escepciones de esta verdad, tambien lo es que a cada paso nos encontrábam con follones i descomedidos ademas. Los arjentinos olvidaron

que en la república de las Letras no se admiten las petulancias que suele tolerar el comun trato; así es que en cuanto no mas se les oyó decir, porque frecuentaban las imprentas, que la perfeccion del periodismo en Chile solo a ellos era debida, la compasion que muchos inspiraban, se tornó en desprecio.

Los chilenos de entónces no éramos, ni con mucho, lo que ahora somos. Antes se hacia mucho i se hablaba poco; ahora se hace poco i se habla mucho. En los diarios nunca buscaba el escritor chileno dinero ni gloria literaria, sino el triunfo de la verdad sobre las preocupaciones coloniales, i el de los principios republicanos sobre los caprichosos avances de la autoridad. Los padres de la patria solo se ocupaban en educar a la juventud que debia sucederles, i ésta, mas en atesorar i en madurar sus conocimientos, que en echarlos, con pedantesco desenfado, por la puerta de la prensa a la luz pública. Fué éste el verdadero motivo porque nuestros principales diarios se encontraban en poder de los arjentinos. El inmigrado habia solicitado de la prensa el pan del proscrito, i la prensa se lo habia concedido.

Aplicando ahora el sistema climatérico de consultar los extremos del frio i del calor para deducir de ambos la temperatura media de una rejion, a la averiguacion del término medio de las facultades científicas i literarias que nos importó la inmigracion arjentina, resaltan, desde luego, ante los ojos del observador, el ingenio i la chispa de Sarmiento i la necia opacidad de Tejedor. Cito a un mismo tiempo estos dos personajes, no porque crea que pueden marchar juntas tan opuestas inteligencias, sino por el desplante i la desfachatada arrogancia que uno i otro tuvieron para dar a la estampa en un español barbarizado cuanto disparate se les venia al pico de la pluma.

Sarmiento, cuando vino por primera vez a Chile, tenia mas talento que instruccion, i ménos prudencia que talento. Su vivísima imajiuacion, sus arrebatos, sus inconsecuencias, su espíritu polemista por excelencia, le hicieron olvidar ya la sagaz cortesía que debia a los adelantos intelectuales del pais que le asilaba, por diminutos que ellos fuesen; ya los dictados de su propia conciencia, pues al mismo tiempo que elojaba la *pureza del lenguaje*, la *propiedad de los jiros* i la *perfeccion artística* del canto elojiado que arrancó a la culta pluma de don Andres Bello la funesta catástrofe del templo de la Compañía, ocurrida el 13 de mayo de 1841, se le vió salir en las mismas columnas del *Mercurio*, que a la sazón redactaba, con el audaz despropósito que era desatino estudiar

la lengua castellana, porque el castellano era un idioma muerto para la civilizacion, i con otras herejías literarias de este jacz, intercaladas con descómiedidos insultos a nuestra pobre literatura patria. Tratónos de entendimientos bobos, nos dijo que miéntras que las musas acariciaban festivas a los Varelas i Echeverrias en Buenos-Aires, solo se ocupaban en roncar a pierna suelta en Chile, i pareciéndole todavía poco todo esto, hasta de idiotas nos bautizó porque nos ocupábamos mas de espresar con propiedad nuestras ideas, que de aumentar el caudal de ellas.

Todavía existe para vergüenza nuestra en los boletines de leyes de aquella estafalaria época literaria, muestras de la ortografía Sarmiento; ortografía que nunca hubiera pasado de la imaginacion de los soñadores, a la rejion de los hechos, sin el apoyo que la dió el Gobierno. Sin embargo para ser justos, fuerza es sentar que en todos los escritos de aquel inculco ingenio, lucian chispas de la mas envidiable i creadora imaginacion, i que su misma reforma ortográfica, sin ser idea puramente suya, fué mas hija del estudio que de la petulante ignorancia. Sarmiento en literatura era mas loco que pedante.

De veras que causa pena dejar a un lado al ingenio atrevido i creador del hijo de San Juan, para dar con el extremo opuesto del juicio i del saber tan brillantemente representado por el buen Tejedor, redactor entónces del *Progreso* de Santiago.

Si Sarmiento en todos sus desvarios literarios lucía siempre su natural talento, Tejedor en los suyos, solo supo manifestar carencia de juicio i abundante desfachatez para lucirla. Como de todo i sobre todo era preciso escribir para llenar las vacías columnas del *Progreso*, dióle el diablo por declararse censor oficioso de las composiciones teatrales. En todo encontraba pecado, i su malicia le sujirió tal maña para desnudar las frases mas inocentes i para presentarlas en cueros vivos a los ojos de las madres timoratas, que cuasi consiguó que volviesen a las tablas los autos sacramentales del feliz antaño. Se echó despues a poeta, i encomendándose de todo corazon a la sin par *Julia ingrata*, dueña i señora de sus mas azucarados pensamientos, *tiritó* en el Cabo de Hornos *con la fiebre del frio*, i para desquitarse i volver al calor natural, la emprendió con la música para aumentar con sus disertaciones el caudal de los conocimientos que atesoraban sus Estudios Teatrales. Preguntóse en ellos: ¿Qué es la música? i ántes que otro le arrebatara la gloria de contestar, contestóse a sí mismo: «La música es una cristali-

zacion multiforme de las diversas fases tormentosas de la matemía, bien sea que se eleven en los aires, bien que se incrusten en el corazon humano.»

Con la esplosion de semejante torpedo, de que supo tan bien aprovechar el Mosaico, periódico zocarron i festivo que le salió al encuentro, se encumbró Tejedor, i fué a rematar en medio de un coro de pifias i de carcajadas, a Copiapó, donde, ni asiéndose a dos manos del *Copiapino*, otro diario que redactaba otro arjentino en aquel emporio de plata-piña, pudo escudarse contra el airado aguijon del Mosaico que no cesó de perseguirlo hasta que lo vió salir de Chile para nunca mas pecar.

No podia darse a esa clase de literatura para su cultivo semilla mas impura ni mas cargada de atroces galicismos que la que nos importó la inmigracion arjentina; léjos de deberles, pues, el supuesto esplendor que para ellos lució entónces la prensa chilena, solo les debemos el mar de galicismos con que inundaron nuestras modestas pero limpias letras.

Aun no podemos deshacernos de la *orden del dia* en nuestras Cámaras; del *ha merecido bien de la patria*; del *librar batallas*; del *traer o llevar ataques*; del *hacerle al enemigo muertos*, i de otra porcion de agudezas por este estilo, con que habria para llenar tomos enteros.



CAPITULO XII.

Vapores de la carrera.—Mayordomos.—Coquimbo.—Husco.—Copiapó muerto.—Copiapó ciudad.—El cateador.—El poruñero.—Rio i valle de Copiapó.—Chañarcillo.—Juan Godoi.—El Cangallero.—Viaje al interior.—Admirable distribucion de aguas.—Chañarcillo.—Bandurrias.—Pajonales.—El marido es responsable de los pecados que comete su mujer.

Perdida la esperanza de continuar en la aventurera i cerril carrera de ganadero de la Pampa, desde el momento en que las tendencias revolucionarias que preocupaban el ánimo de mi amigo Rodriguez me obligaron a separarme del lado de tan terrible jefe, pobre como siempre, para mejor escusar tentaciones, halagadoras pero peligrosas, resolví embarcarme e ir a buscar en el lejano Copiapó mas propicia suerte que la que hasta entónces me habia deparado el sur de la República.

El 28 de agosto del año 1846 me embarqué en el vapor *Perú* con destino a Copiapó. Mi llegada a aquel lugar debia aumentar, con una pequeña fraccion, el número de aquellos seres desgraciados, pero intrépidos, que, aguijoneados por la nêcesidad i la esperanza, aventuran su real i su tiempo en la lotería de las minas.

A la vista todavia de Valparaiso, zozobró una chalupa que nos seguia a remo tendido, para dar alcance al vapor, i el capitan de éste, verdadera máquina, no quiso contener ni por un solo instante la que nos ponía en movimiento, para salvar a los infelices que se estaban ahogando; probablemente porque en las instrucciones de su derrotero no iba prescrita semejante maniobra. Canoas pescadoras que la casualidad atrajo a aquel lugar, dieron a la máquina de Albion una leccion de humanidad de fuerza de mil caballos, que estoi seguro no le aproveché.

Por no seguir mirando aquella cara de jestos, bajé indignado a la

cámara, donde ni tiempo me dieron para formular una catilinaria, los entrantes, los salientes, los encontrones, los gritos de angustias llamando mozos, los atados, los sacos i los envoltorios que, a una con los pasajeros, remolineaban al rededor de los camarotes, hasta que los mayordomos *velis nolis* los embutian en ellos, del mismo modo que en las fábricas de conservar sardinas, hacinan con el pescado ántes de reducirlo al mas inexorable hermetismo.

El mayordomo de un vapor inglés en nuestras aguas, es el rei de los tiranos, sus decisiones son inapelables. Tambien es de regla que no sepa hablar en español, para dejaros plantado entre dos fardos con un estúpido *no entiende*, si solicitais en seco; pero si solicitais en mojado, esto es, haciendo relucir a sus ojos una media onza de oro, el tirano abdicará el cetro i la corona en vuestro favor, i se tornará en el mas abyecto de los lacayos.

En el vapor hai libertad de pensamientos, como lo hai de traje, tolerancia absoluta. Fraques de tijera i talles en el cogote, trataban de hombre a hombre a las cinturas en rabadillas i a los faldones monstruos. *Sombreros de bacin se movian con agradable soltura al lado de los sombreros bacinicas. Nadie se ocupaba de nadie; cada cual parecía dominado por un solo pensamiento, el negocio. Yo, que no queria ser ménos que los demas, procurando desechar la triste impresion que me dejó en el alma el abandonar de nuevo i quien sabe por quanto tiempo mas la familia, que tanto amo i de la que tan poco he gozado en el curso de mi aperreada vida, me recosté en un sofá donde pronto me distrajo la luz de dos hermosos ojos que parecian fijarse con interes en mí. Era la mujer del capitán, la cual no se si a causa de las exóticas figuras que me rodeaban, o la del natural efecto del mareo que ya hacia rápidos progresos en mi bulto, me pareció encantadora. Absorto i dudoso por algunos instantes, a la mano de Dios dije, i la disparé dos flechazos que a no haberse interpuesto una voz descompasada i silbona, diciendo: «Mui bien, debo 300 onzas,» la mato sin remedio! Capitolio! dije yo, incorporándome asustado, i veo que cerca de mí i sin que yo me aperciese de ello, se habia dispuesto una mesa de juego rejentada por don N.. que jugaba con los demas al péleme que te pelo. El personaje de las trescientas ménos, de asaz villana catadura, salia entónces con aire afectado a tomar el que corria sobre cubierta. No tardé yo en seguirlo, aunque con otro fin, pues ya iba mareado.

El que diga que el amor todo lo vencé, dice el mas desaforado dis-

parate, i de no, que se enamore a bordo i verá pronto trasbordarse sus pensamientos i sus obras. Fué lo que a mí me aconteció; ni mis ojos volvieron a ver ojos, ni mis oídos tornaron a oír el sonido musical de las talegas.

El 29 por la mañana recordé en Coquimbo, puertecillo de un aspecto triste i sombrío, aunque la bahía sea una de las mejores de Chile; i apesar de la animacion que la llegada del vapor causa, no quise desembarcar, temeroso de quedarme allí, si al bueno del capitán máquina se le ocurría zarpar en el momento ménos pensado, como acontecía en casi todos los viajes. Coquimbo no era todavía lo que Valparaíso el año de 1822.

El 30, a causa de una neblina mui espesa, nos pasamos del Huasco i tuvimos que perder como diez horas en volver atrás para encontrarlo. Este no es puerto, ni es abra, ni es caleta, ni es nada. En él se divisan en grupitos sobre unos cerros bajos i áridos, unas malas casuchas que así hacen las veces de bodegas como las de habitaciones. Pueden caber tres poblaciones del puerto Huasco, en lo que era el año de 1838 puerto de San Antonio de las Bodegas.

A las siete de la mañana del siguiente día anclamos en el puerto de Copiapó, que es como puerto, otro que bien baila, aunque superior en todo al del Huasco.

En dos lanchones que están al servicio de la aduana nos trasbordaron al muelle, i como dos horas después ya me encontraba en birlocho camino de la capital. El puertecillo se encuentra circunscrito por rocas que, por la parte del mar, sirven de ribete o de franja a los llanos arenosos, mezclados con cascajo, sal i laja, que por algunas leguas i siempre a la vista del mar, forman el lecho del camino que conduce a la ciudad. En aquellos planos salpicados de lomas bajas, redondas o chatas, escóricadas i sedientas, en las que reverbera el sol con tanta fuerza, que es opinión aquí recibida, que llega a destemplar los instrumentos de acero que se dejan espuestos a su acción, no se encuentra una sola casa, ni una gota de agua, ni un solo arbustito. Al cabo de tres horas de marcha por aquel desierto, se entra al valle del río.

El río Copiapó no solo es río, tiene también sus honores de río; porque de vez en cuando mezcla sus aguas con las del océano, pero son ellas tan escasas que el cauce, tanto de este río como el de los demás del norte, parece que solo se conservara el calidad de testigo de lo que antes llovía en aquellas ardientes rejiones i nada más. El motivo porque

ahora llueve ménos que ántes, nadie ha podido sentarlo con certeza. Unos le atribuyen a la destruccion de los bosques, otros a la variacion del rumbo del eje de la tierra, pues niegan a los bosques el privilegio de atraer aguas, citando como ejemplos los aguaceros torrèntosos que bañan las pampas argentinas, donde no se encuentra un solo árbol. No seré yo quien entre por ahora a terciar en semejante cuestion.

La chilca, el péril i alguna que otra mancha de chéptica i esparto, brotan con mucha dificultad por entre aquel terreno suelto i cargado de costras salinas que hacian difícil el tránsito de los carruajes i molestísimo el viaje a causa de la nube de polvo fino i ardiente que persigue al carruaje del viajero. Por el medio de este valle va el camino que conduce a la ciudad de Copiapó, a cuyos arrabales llegamos despues de ocho horas de viaje i de haber cruzado una multitud de charcos de agna fétida i corrompida, cuyas humedades son las que constituian el rio al occidente de la ciudad.

Llegamos al fin al pueblo clásico de las ilusiones, en donde corren con igual i variada rapidez cuantos pensamientos forman el encanto i el martirio de la vida mercantil; a este lugar de rotos remendados; lugar que cambia por encantamiento la ojota en bota; al viejo en niño i al seboso culero en ancho faldon de fino paño; lugar en que cada individuo se cree un pozo de ciencia mineralójica i se rie piadosamente de los conocimientos de su prójimo; ancho campo en el que florece la cultivada ciencia del provechoso poruñeo, que da hondo socavon al bolsillo del recién llegado, él que a su turno poruñea al que le sigue de atras, quien hace despues otro tanto con el de retaguardia; lugar de ansiedad i de esperanzas; lugar, en fin, de mineros en alcance i de mineros broceados. Esta ciudad, que pudiéramos comparar a un estenso dormitorio de gallinas, en el que la que hoi se coloca en lo alto de la percha se zorra en la de mas abajo, para que a ella misma le acontezca igual desgracia mañana, está situado a lo largo de un pequeño i bien cultivado valle, entre dos cordones áridos i descarnados, cuyo aspecto sombrío hace resaltar el hermoso verde de la vega, i de un sinnúmero de pequeñas pero productivas heredadas a una i otra orilla de la mezquina acequia que constituye el rio de Copiapó.

¡Quién ahora, al recorrer estos campos, siguiendo el curso de esta pequeñísima ría hasta la sierra de Paipote i de Pulido, pudiera nunca imaginarse que llegaron a merecer por su preciosa i abundante vejetacion el nombre de *ameno* i *fertil* valle, que le dieron nuestros primeros his-

toriadores! Así como las aguas han dejado su sediento cauce por testigo de su primitiva abundancia, así las lomas, los senos i las cañadas, con sus nombres de vejetales, perpetúan el recuerdo de los que ántes sustentaron.

El pueblo de Copiapó era ya mayor de edad en la época a que me refiero, porque, aunque su verdadero título de villa solo comienza en 1744, bajo el nombre de San Francisco de la Selva, su nombre i fama de pózo de riquezas lo comenzó a tener desde los primeros tiempos de la conquista i los ha continuado teniendo hasta esta fecha. De estrañar es, pues, que su poblacion solo alcanzase a novecientas personas en 1713, i que todavia en 1846 estuviese a mil leguas de lo que debia esperarse de sus recursos naturales.

Su misma planta hace al pueblo irregular, pues solo consta de dos calles principales, i de algunas otras que mas parecen caminos públicos que calles. Tenia su plaza, su iglesia parroquial i dos conventos, uno mercenario i otro franciscano, i sobre el estenso cauce del rio un puente estravagante, formado de vigas a medio labrar, colocadas de dos en dos, unas veces sobre horcajas de postes mal asegurados, i otras sobre los ganchos de algunos cauces que aun conservaban su verdura en aquel fango.

El aspecto jeneral de esta pequeña aldea tenia mucha semejanza con el que presentaban las ciudades de San Juan i de Mendoza. Sus edificios, entre los cuales habia alguno que otro de primer orden, eran casi todos contruidos de adobones, muchas veces mal pisados i no siempre levantados a plomo. Los techos de simple embarrado, con antepecho a la calle, i tal cual de tabla, no podian resistir sin calarse, al mas leve aguacero. Sin embargo, a pesar de lo triste del lugar, de sus neblinas húmedas i arrastradas por la mañana, de su excesivo calor a mediodía, del viento, del polvo insoportable de sus calles, ahoyadas por el tráfigo de los arrios i carretas, i de los enjambres de molestos zancudos que, a la caída de la tarde, invaden la poblacion vecina a la vega, para el hombre que vivia en la sierra, bajar al pueblo era bajar a un valle de delicias.

Quien creyese que con haber estado en Copiapó en aquel tiempo, ha estado en Chile, se equivocaria, así como equivocaria a sus lectores si, aguijoneado por el prurito de escribir impresiones de viaje, saliere con el despanzurro de hacer estensivas al resto de la República las costumbres copiapueñas.

Copiapó solo tenia de comun con Chile la constitucion politica, que no siempre se observaba, i las leyes, que no pocas veces se quebrantaban; con Copiapó no reza aquello de que por la hebra se saca el ovillo, porque la hebra Copiapó era al ovillo Chile, lo que es un huevo a una castaña.

Era mui difícil, si no imposible, que en una reunion casual de veinticinco caballeros, se encontrasen cuatro chilenos, hablo del sexo feo, porque del hermoso sucedia lo contrario.

Esta aldea, cuyo prematuro título de ciudad solo lo debió, al principio, al influjo de su riquísimo mineral, como pudiera deber el *don* a sus repentinas talegas un rústico ganapan, lo ha sabido lejitimar con costumbres i prácticas que todavía son ménos de aldea que muchas de las que viven i reinan en el mismo Santiago. Allí no hai necesidad, como en los pueblos de su tamaño, de tener a raya la sin hueso. En ellos, desgraciado del que no sabia disimular, i mucho mas del que no alabó a lo que solo podia ser encomiado con gaita. Los pueblos chicos, i aun los medianos de nuestro Chile, tratándose de Santiago, invisten sin réplica el carácter de la mujer que es rival de otra mujer. Santiago lleva el título de ciudad, tambien le quiero yo; Santiago tiene alameda i jardin con pila: alameda, jardin i pila no me han de faltar, aunque las escuelas, los hospitales i los caminos anden en cueros.

Copiapó era un pueblo cosmopolita, i mui especialmente riojano, adonde concurrían ingleses, franceses, chilenos, alemanes, italianos, sin contar con los que llegaban de casi todas las repúblicas hermanas. Allí no se hablaba, ni se debia, ni se podia hablar de otra cosa que de minas, i así como Valparaiso es una vasta casa de comercio, Copiapó era una inmensa boca-mina. Desgraciado del que ocurriese a ese lugar a gozar de sus rentas, o a la sombra de una industria cualquiera que no estuviese en razon directa con el espíritu mineralójico de sus habitantes; en uno i otro caso, raspar la bola o pasar por la punta de la *Yaucana* era preciso.

Tras del saludo de costumbre, la primera pregunta que se hacia era por el estado de la mina; la segunda, por el de la mujer, i entiéndase que si el saludo precedia a la pregunta, no era por una urbana cortesía, sino porque en el simple saludo se traslucia a la legua el estado presente de la mina del minero copiapino. Desaliño, aire preocupado, paso incierto, empuñar por el medio el baston, eran síntomas de mal agüero; i si apenas se le oia en la conversacion, si cedia la vereda, si hacia cortesías

reverentes, finiquito. Mas si un momento despues, como a menudo acontecia, erguia altiva la frente, taconeaba con fuerza i compas, heria el suelo con el baston i dirijia la palabra con familiaridad i suficiencia a las personas a quienes poco ántes apénas se atrevia a mirar, ojo avisor, que habia alcance o poruñazo en el asunto. Hasta el bello sexo, ¡quién lo creyera! olvidaba la nomenclatura de sus diversiones i la de sus adornos favoritos, por las exóticas palabras de guías, tiros, internaciones, socavones i otras mil a estas parecidas.

En las reuniones era mas jeneral el baile que en Santiago. A la voz de ¡polca! quedaba desierto el salon de los fumadores, en donde siempre figuraba un lago de apetitoso Cardenal, i asi la edad provecta como la juvenil, lanzándose al salon, en un dos por tres estaban todos a la órden de parada. Allí no se reconocia cuerpo ninguno de inválidos, pues como buenos i experimentados mineros, todos saben mui bien amalgamar el bolon de duro i vetusto metal con el fugaz azogue de la niñez. Miéntras mas viejo i achacoso era el solteron, mas niña i tierna era la mujer que escojia por compañera. Causaba, pues, lástima i a veces risa, ver a aquellos antiguos corsarios mal carenados, i haciendo por todas partes agua, querer imitar los rápidos i airosos movimientos de las pequeñas i recién construidas balandras, que ya los pillaban a desprovisto por detras, ya por delante, miéntras que ellos pugnaban forcejando por virar de bordo. El Cardenal, afortunadamente, era despues el único puerto donde concluian por echar anclas.

Poca era la conversacion de las señoritas; pero en cambio, mucho era el deseo de casarse que todas ellas tenian. Los hombres hablaban de broceos o de alcances, las niñas, por no dejar de desear a lo minero, no suspiraban por otro alcance que por alcanzar el Espíritu Santo en un marido.

Todo no era alegría, sin embargo, en Copiapó, pues pocos lugares he visto de mas angustias cuando llegaba la hora inexorable del despacho de los vapores de la carrera. Dias ántes de esta calamidad mensual, toda la ciudad se ponía en movimiento; todo era correr, chocarse, interrogarse, pasar de largo, volver atras, solicitar piña, acopiar piña, remitir piña, esperar piña, desesperar por piña i jurar i perjurar no volver en adelante a contraer obligaciones a cuenta de piña. Pero pasado el vapor, pasaba tambien el accido que sigue al descanso; bien así como la mujer que empeñada en recio parto, despues de prometer que no caerá mas en tentaciones, cae de nuevo en ellas, el comerciante volvía a las an-

das, a los nuevos apuros i a las nuevas promesas de nunca mas pecar, hasta que se enriquecia o se lo llevaba la trampa.

Los habitantes de Copiapó tenian tambien i tienen en el día, como los demas hijos del mundo, algunos tipos de realce, que sin ser del todo copiapueños parece que lo fuesen, tales son: el *Cateador* i el *Poruñero*.

Paganos son los dos i diplomáticos ademas. El Dios que adoran es el mismo que adoran tambien muchos gobiernos, la reserva; i su diablo temido, la publicidad.

Ninguno de estos industriales necesita leer los diarios, ni siquiera registrar la lista de los pasajeros que trae el vapor, porque llegando uno de fuera, si no le ven, le huelen. Conocido este punto capital, entra en campaña el cateador.

Lo primero es averiguar donde mora la futura víctima, lo segundo inquerir el modo de encontrarle i de hablarle a solas. Si es fácil lo primero, lo segundo no lo es tanto, porque al fin ¿cómo meterse de rondon en casa de un desconocido? cómo dar a una visita inesperada el carácter de simpática, cuando el visitante ni siquiera lleva introductor, i cuando el visitado puede que haya venido de fuera perfectamente aleccionado? ¡Necios i pueriles tropiezos! Para los *Cateadores* se hicieron las dificultades, i los cateadores para vencerlas.

Se asechará hasta verle entrar solo en la casa; entrará con él en ella i le preguntará si es allí donde está alojado el señor don fulano de tal. A la respuesta con honores de pregunta ¿qué se le ofrecia? contestará al momento dando gracias a Dios por la dicha de encontrarle, al fin de tanto afan, enteramente solo, pues habiendo oido decir que es un cumplido caballero, venia a poner bajo su proteccion una mina, la cual no puede trabajar porque teme que los ricos lo despojen de ella, lo que no sucederia si viesen *que usted es tambien dueño i propietario del Tapado*.

¿Quién al oír esta relacion, viendo la cara bonachona i estúpida de quien la hace, no concederá al peticionario siquiera diez minutos de reservada entrevista?

De puertas adentro se lamentará de la falta de justicia que hai en Copiapó para los pobres, pues ayer no mas un amigo suyo habia sido despojado de una rica mina, nada mas que por serlo, i no haber tenido quien hablase por él. Os explicará cómo hizo el descubrimiento, os señalará el cerro donde está la mina, i deplorará la persecucion que se le hace por no haber querido decir de dónde provenian los metalitos que traía consigo. En seguida le parecerá que trae una muestrecita.....no

sabrá donde.....la encontrará al fin, i os entregará una *colpa* de riquísimo metal, diciéndoos que por mala se la han dejado, i *que usted no debe juzgar la calidad de la mina por esa sola muestra.*

Si sois conoecedor, lo advertirá desde luego, i os dirá con el aire del mas inocente candor, ¿tendrá alguna platita esa piedra? Si viese que os prendais de la muestra, ya sois suyo, i su vaca lechera durante todo el tiempo que tardeis en ir al reconocimiento de la veta, o todo aquel que empleeis en perseguir algun misterioso derrotero, que con misterio confió al *Cateador* un misterioso leñador que murió misteriosamente en un misterioso lugar. I seguireis amamantando al inocente niño hasta que la nodriza dé al demonio con los tapadores, con los tapados i con os derroteros. Casos hai, es cierto, en que el *cuñazo* no obra; pero, como para el cateador no hai *dureza* que valga, siempre se le ve *circando* hasta que asegura la *quiebra*.

Necesitaba, pues, el viajero aclimatarse en Copiapó para estar libre de las enfermedades endémicas que en este asiento de ilusiones acometian entónces i acometen siempre a los bolsillos del neófito recién llegado.

El *Cateador* es el almacenero que vende los jéneros por mayor; el *Poruñero*, el tendero que los menudea i aun el que los lleva a domicilio. De esta segunda entidad pocos novicios se escapan. Por la calle, al descuido i con cuidado, i haciéndose que no marcha a vuestro paso, el *poruñero* os dejará divisar bajo la manta un rico bulto, al parecer de plata en barra. Si os tentais, al momento os ofrecerá algunas *colpitas* del mismo metal para vuestra coleccion; pero ha de ser bajo la fe del mas escrupuloso sijilo, en atencion a que siendo ellas estraídas de una minita cuyo asiento no quiere él descubrir, porque no se la disputen, no venderá sino con esa condicion. Si aceptais el negocio, no siendo conoecedor, i sois amigo del misterio, sois hombre al agua. En breves instantes tendreis al poruñero en vuestro alojamiento con media arroba de arsénico en barra prolijamente refregado con una moneda de plata, para que la especie lleve mas visos de verdad. El arsénico puro se platea con suma facilidad, así es que, a la vista de aquel arjentifero manjar, vendido por un hombre al parecer simplon, i que no sabe lo que vende, calidades *sine qua non*, pocos neófitos dejan de tentarse, i despues del regateo de ordenanza, de aflojar algunas pocas onzas de oro sellado, creará que ha dado dos por lo que vale veinte, que al fin algo se ha de ganar en el negocio.

Pocas artes mas estensas i mas lucrativas que aquellas que todos sabemos que ejercen los caballeros de industria, i ninguna mas pegada a todos los estados del hombre desde que tiene uso de razon, hasta que muere, que la del poruñeo elevado a potencia de ciencia.

No a todos les es dado alcanzar el título de *poruñeros colados*. Para ser *poruñero*, para vender gato por liebre, piedra por plata, arsenico por barra, vicios por virtudes, se necesitan: desfachatez, mimica, poca vergüenza, estudio del corazon humano, astucia de zorro i aspecto de Perico-lijero.

El *Poruñero* no solo vive i reina en las minas; el *Poruñero* vive en el comercio, en la industria, en las artes, en las ciencias liberales, politicas i relijiosas, i en cuantos rincones del mundo vive el hombre.

El *Poruñero* a nadie favorece, con nadie está en paz, está en guerra abierta con los bolsillos i el bienestar del jénero humano, i sus adeptos siempre en asecho son tan numerosos, que puede decirse que no hai hora, no hai momento, no hai instante ni circunstancia alguna de la vida, en que esté uno enteramente libre de algun inesperado *poruñazo*.

El incansable compilador que, a fuerza de llevarse noche i dia sobre sus raidos mamotretos, nos atesta con las publicaciones de sus mal zurcidas copias, dándolas como partos de su ingenio, *Poruñea* a los noveles literatos.

Las profesiones de fe de los partidos i las de los candidatos politicos, *Poruñean* a los electores.

Los prospectos de los diarios recién nacidos que ofrecen politica imparcial e independiente, *Poruñean* a los suscritores.

El ministro que, queriendo dar buena colocacion a un deudo suyo, hace que estienda el nombramiento su colega, para mejor lavarse las manos, *Poruñea* al país i al erario.

El falso devoto que con aire contrito i compunjado besa en la iglesia el suelo, i en cada beso alza un ladrillo, o asecha un sindicato conventil, o quiere *Poruñear* a alguna beata.

Al amigo encontradizo que conociéndote forastero se te declara mentor i te ofrece su infalible valimiento, échale luego al crisol i sabrás si *Poruñea*.

Aquel que, fundando escuelas, invocando la instruccion, solo persigue en sijilo el espiritu de secta, *Poruñea* a los padres de familia.

El viejo con cara de queso de duraznos que se tiñe la barba i los bigotes, quiere *Poruñear* a las muchachas.

La vieja que a fuerza de manteca i de afeites terraplana las grietas de su tez, i que, no contenta con esto, se echa a la cara un velo de punto con mosquitas negras, para disfrazar la amarillez de las pecas, *Poruñea* a los muchachos.

La niña que se fabrica ojeras i se finje delicada, sensible i enfermiza, a si misma se *Poruñea*.

La conocida i gastadora petimetra que deja de serlo de un momento a otro sin razon aparente, pretende *Poruñear* a algun chorlito vendiéndole disipaciones por economias.

Poruñea la hembra de vida airada, vendiendo *chuquisa* por señora.

Poruñean los cateadores efectivos, unidos a los cateadores de bolsillos, con sus sociedades anónimas, a cuantos se dejan tentar por todo lo que reluce.

El médico que poco concurre a los llamados, porque, segun él, son muchísimas sus atenciones profesionales, i que gasta carterá para asentar en ella el dia i la hora fija que dedica a la consulta, *Poruñea* al público vendiendo reputacion i fama, envueltas en un atado que contiene todo lo contrario.

Poruñea el boticario vendiendo panaceas universales por envidiables tiempos de salud; los fabricantes de específicos con aquello de cuidado con la *contrefaction*, i los homeopáticos porfiados con sus microscópicas pelotillas de adivinar.

El amante *Poruñea* a su querida; ésta a su novio; la cortesana al amante; el marido a su mujer i la mujer al marido; i es tan *Poruñazo* el eterno amor del fino enamorado, cuanto son *Poruñazos* las promesas de ministros en tiempo de elecciones. En resolucion, el *poruñeo*, digan cuanto quisieren las malas lenguas, es la enfermedad endémica de la humanidad.

El continuo oír hablar de minas, así como el incansable llegar de arrias, cuyos capataces cuando no traian ricos metales en los sacos, los traian riquísimos aunque en reducidas muestras, en los bolsillos, para paladear con ellos, de órden de los mayordomos i administradores de minas, a sus respectivos patrones, i sobre todo, el no haber cosa de mas provecho que poder hacer, me determinaron a ir para el interior, con el doble propósito de examinarlo todo i de buscar también lo que no habia perdido.

En Copiapó se piensa poco i se hace mucho; así es que apenas revolteé el pensamiento por mi mente, cuando ya me encontré caballero en

una mula, siguiendo alegre el antiguo i conocido camino de Chañarillo.

Para ir al mineral se atravesaba en todo su largo la larguísima ciudad de Copiapó, que terminaba en un arrabal no ménos largo, conocido con el nombre de San Fernando. Este lugar que poseian en comun los indijenas, como poseian los indios de Santiago el de Talagante, habia sido dividido en hijuelas de a una cuadra, que la municipalidad vendió con feliz resultado, pues casi no habia una de éstas que no estuviere perfectamente trabajada i que no produjiese a sus dueños entradas que asombrarian a nuestros propietarios del sur. Es risueño i variado el aspecto de esta parte del camino, pues va siempre ocupando el centro de la regada planicie que constituye lo mejor del departamento agrícola.

El paso de mi mula era arrogante, i sus deseos de correr tales, que mas de dos veces me hizo recordar la mula de alquiler de Iriarte. Pasé el pueblo de indios como quien dice excitando alegres *¡Bien haya!* de cuantos columbraban el portante de mi envidiada cabalgadura. En un momento estuve en Punta Negra, sumamente complacido con la vista de aquellos cerros tan esencialmente mineralizados, que no parecia sino que a cada paso iba a tropezar con un crestón de pura plata.

Quien quiera que saliere a viajar por primera vez en Copiapó, si, como es natural, solo llevare en la mente las ideas de minas i de descubrimientos, al ver entre el polvo de las muchas arrias que cargan bastimentos i traen metales, pasar como un celaje a los viajeros, se imaginará desde luego o que irán ellos a algun denunció, o que llevarán noticia de algun alcance. Pues muchas veces no es ni lo uno ni lo otro, porque todos corren en esta tierra; los propios, los plazos i hasta los ociosos, por la sencilla razon de que casi todos andan en caballos o mulas de alquiler. De mi distraccion mineralójica me sacó de repente la voluntaria torcida que hizo mi mula hácia una de las puertas de un potrero inmediato. La enderecé al camino, nada; le quebré la varilla en las orejas, ménos; coji entónces de una rienda i a riesgo de romperla el pescuezo, la hice, mal de su grado, volver la cabeza al camino; mas ella, que solo se habia dado prisa, no por agradar a su jinete sino por llegar a su querencia, me dejó el manejo de su cabeza, i tomando ella sobre sí el de su cuerpo, siguió con un pasitrote descuajerengado el recto camino de la puerta del potrero, no siendo bastante a contenerla ni mis tatonadas ni mis pocas amenazas. En esta situacion desesperada, quiso

mi mala suerte que avistase dos señoras que, sentadas sobre hermosos caballos i rodeadas de una lucida comitiva, bajaban al galope para el pueblo. Aquí de mi valor, *¡arre demonios...!* Ni por esas; talonadas, azotes, ménos... En tan horrible situacion, el honor de la persona i la galantería me hicieron descargar sobre las quijadas de mi voluntariosa cabalgadura tan atroz bofetada, que perdiendo ella el tino, hizo perder al jinete el equilibrio, granjeándole el saludo de estrepitosas carcajadas! El desventurado andante, dando siete veces a Barrabas i treinta al mal alquilador de tan descomedido cuadrúpedo, comenzó a descargar sobre los ojos i las orejas de él tal granizada de puñadas, que a no oponer la mula a este merecido arranque de entusiasmo el mas desaforado de todos los respingos, no hai duda que todavía estuviera sacudiendo. Tal fué la indignacion que produjo en aquel hourado caballero i galan cortesano, el primer estrepitoso aplauso que recibió del bello sexo en Copiapó.

A las nueve de la noche llegué a Totoralillo, primer establecimiento de amalgamacion de la Empresa Unida, despues de haber pasado siempre siguiendo la márjen del rio que en la actualidad iba sin agua, porque le habia tocado el turno de regar a una heredad de arriba, por Tierra Amarilla i por Nantoco, pequeñas aldeas emporios del comercio *cangallero*.

Aunque todavía no figuraban máquinas movidas por vapor en Copiapó, las que existian, impulsadas por aguas, cautivaban la atencion del que las visitaba por primera vez. En ellas se veian consultadas a un mismo tiempo la solidez, la economía i los principios del nuevo sistema de amalgamacion adoptado en este lugar, para el pronto beneficio de los metales de plata nativa i clorurada. En los establecimientos de minas de Freiberg, se emplean para amalgamar barriles que jirando sobre ellos mismos, revuelven i mezclan el mineral molido con el azogue i agua que se depositan en ellos. Aquí se desconocia el uso del barril; poderosas tinas de madera con fondo de hierro, sentadas de firme en contorno de un árbol mas poderoso aun, que ponía en movimiento circular i arrastrado las pesadas cruces del mismo metal que jiraban dentro de ellas, hacian con suma ventaja las veces del barril rotatorio de Alemania. Los trapiches para reducir a arena el metal eran tambien de hierro macizo, i tanto éstos cuanto las máquinas amalgamadoras, solian estar muchas veces día i noche movidas sin tropiezo por ese sorpren-

dente hilo de agua que se llama rio, i que por el desnivel natural del terreno, tan pronto como dejaba una máquina, ya podia emprender con otra, sin que por esto sufriera la agricultura.

Seamos justos; en cuanto a agricultura i sobre todo en cuanto al sistema de regadios, los hombres del sur debemos quitarnos el sombrero ante los hombres de campo del valle de Copiapó. Desde las Juntas en Potrero Grande, que es lo mejor i mas ameno del departamento, hasta donde termina su curso visible el rio al occidente de Copiapó, no recorrer, por las sinuosidades de la quebrada, una longitud menor de 200 kilómetros, i esta agua, que apenas alcanzaria en el sur, por razon de su malbaratado empleo a una sola hacienda, bastaba por una sabia distribucion, para mantener como un verjel esta prolongada faja de tierra que ostenta en todas partes alfalfaes, siembras i arbolados. Crece de punto la admiracion cuando se consideran los importantisimos servicios que esta escasa corriente presta ademas, como ya he dicho, al beneficio de los metales, impulsando las máquinas amalgamadoras colocadas a su márjen.

En Totoralillo tenia la Empresa Unida veintiuna cuba amalgamadoras i dos trapiches en constante actividad, i se estaba construyendo, con sumo afan i muchos gastos, otra poderosissima máquina, invento nuevo, para utilizar la mucha plata arsenical que se perdia en los relaves.

Siguiendo el orden de colocacion de los establecimientos beneficiadores de metales que he podido recorrer, comenzando a contarlos desde el poniente de la ciudad de Copiapó, el riachuelo ponía en movimiento con sus correspondientes trapiches:

Las máquinas de la Chimba de los señores Gallo i Montt con 11 tinas.

Las de Subercasseaux con 5.

Las de Carrasine con 3.

Las de la Empresa Unida en Copiapó con 11.

Las de Ossa i C.^a con 11.

Las de Abbot i C.^a con 6.

Las de Dávila i C.^a con 3.

Las de Cousiño con 10.

Las de la Puerta de la Empresa Unida con 24.

Dejo sin enumerar, por no haberlas visitado, las de Ossa en Totoralillo, las de Potrero Seco, las de Gallo, Zavala i otras.

Las fuerzas del vapor vendrán algún día a devolver a la agricultura lo que es enteramente suyo, el río; entretanto, es digno de elogio el establecimiento de beneficiar relaves, planteado en Copiapó por el señor don Carlos Darlu, quien con una sola mula, utilizando los recursos bien combinados de la mecánica, ha puesto en acción activa el triple trapiche i las enormes cubas de que consta.

Volviendo al hilo de mi correría al mineral, al amanecer del siguiente día de estar en Totoralillo, salí para Chañarcillo, llena la cabeza de aquellas vaporosas esperanzas que surgen siempre en la mente del que nunca ha podido encontrar algo, cuando se dirige al lugar donde otros están encontrando mucho.

No tardé en llegar a la puntilla que por aquí llaman, sin saber por qué, del Diablo. Allí termina lo ameno del paseo, pues, torciendo de repente el camino hácia el sur, deja el viajero con sentimiento el valle, para internarse en la áspera i desierta serranía que media entre él i Chañarcillo.

¡Qué soledad aquella, qué desnudez de cerros, qué silencio! Ni una avecita, ni la vista lejana de una choza, ni la mas leve gota de agua! El desierto atacameño asomaba aquí su adusta cara. El camino parecía, sin embargo, obra del hombre, pues estaba perfectamente acomodado i compuesto, aunque penetraba, por evitar repechos, en estrechísimas gargantas, formadas por enormes rocas cuyas tersas paredes parecían trabajadas a cincel.

Dos son las estrechuras que se pasan ántes de llegar a la cima de la cuesta, i sus tersos costados eran la verdadera imprenta libre que quedaba entónces en Chile. Su mucha estrechez, lo liso de sus majestuosas paredes, i el ser aquel el preciso tránsito para el mineral, excitaba a los ociosos caminantes a ejercitar en aquellas pizarras monstruos, los ramos de sus diversas profesiones literarias i artísticas. El aficionado al dibujo trazaba con tiza el retrato del jeneral Flores, i le ponía el pié, este es Flores. Otro dibujaba uno de los vapores, dándole forma de poruña. Otro decía a su querida, porque sabe que el hermano de ella va para la ciudad:

Antonia, por tí me muero,
Dáme tus ojos de alcance,
Toma mi cuerpo en broceo.

El que tú sabes.

Llegaba un político i escribía:
«El Intendente es un bruto: ¿hasta cuándo nos tienen a este animal aquí?» i mas abajo:

«El juez de Chañarcillo está robando!»

Mas adelante: «*Págame* mis tres onzas, Ramon,» o bien «Don T. P. dice que no es mulato,» i en seguida: «Don Z. J. O. fué el primer can-gallero de este lugar,» i no en pocas partes estas misteriosas iniciales:

M. P. Q. M. L.

Prosiguiendo siempre al sur i como a cuatro leguas de Totoralillo, se llega a la primera aguada que llaman el Injenio, porque lo hubo en otro tiempo, i se reconoce por las escorias que aun quedan, i por la total destruccion de toda la vejetacion circunvecina. Habia en ella un mal rancho, una aguada i unas pequeñas casuchas que la defendian de los ardores del sol. De alli repeché una cuesta bastante elevada, tanto que al llegar a la meseta de la cumbre, tuve que detener mi cabalgadura para darla resuello. Esta altura, que da vista tambien al departamento del Huasco, domina gran parte del bajo de Copiapó i desde ella se divisan perfectamente las cordilleras, que cuando nevadas, alegran tanto al sediento copiapino; el mentado cerro del Checo, que con su cobre labró la suerte de los Matta; el Cerro Blanco, poderoso i abandonado mineral; el de la Plata, del que se cuentan tantas abusiones; i cuantas otras cimas i crestones pueden despertar en la memoria de los mineros, un descubrimiento, un alcance, una ruina o un Poruñaño.

Bajando esta costa por el fondo de una quebrada larga i angosta, sembrada de caballos i mulas en estado de momias, como suelen encontrarse en los altos repechos de las cordilleras, llegué al cabo de cuatro leguas mas de marcha, al nunca bien ponderado mineral de Chañarcillo.

El mineral de Chañarcillo, cuya asombrosa riqueza sigue maravillando tanto i en cuyos codiciados metales de plata está por ahora basada la nombradía del departamento, como lo estuvo en otro tiempo en los de oro, que abundante produjeron los de las Animas i Jesus Maria, se encuentra como a 17 leguas al sur-este del pueblo de Copiapó, situado en la meseta meridional donde termina el morro de Chañarcillo. Fué descubierto por Juan Godoi, leñador de modesta condicion, en mayo del año 1832, i desde entónces este depósito de riquezas no ha dejado

de ser un solo instante el mas tirano e inexorable dispensador de fortunas, de miserias, de esperanzas, de decepciones i de inesperados títulos de nobleza.

Para dar razon de lo que es el mineral, para deducir de su estudio jeológico lo que puede ser, i para decidir si están o no bien dirigidos los trabajos de explotacion, se necesitaban mas conocimientos que aquellos que en calidad de simple viajero miron habia yo llevado a Chañarcillo. Lo único que pudiera aseverar, apoyado en el testimonio de los mismos mineros, es que los trabajos andaban, en jeneral, a la salga lo que saliere, puesto que no habia un solo minero que al alabar su sistema de trabajo, dejase de motejar el del vecino.

Para posesionarse de los infinitos trabajos que se ejecutan en Chañarcillo, era indispensable el concurso de un buen práctico, pues sin él, tan solo la tarea de contarlos seria dificultosa para quien se engolfase por primera i aun por sexta vez, en este morro de vizecachas, dédalo confuso de boca-minas, de encrucijadas i de desmontes sin término.

En Chañarcillo puede decirse que solo figuraban dos vetas principales, las que acompañadas a uno i otro lado por una red de vetillas i de guias, constituian lo que allí llamaban corridas. La corrida de la *Descubridora*, que lleva su rumbo N. S. con cinco grados al E i que está situada al oriente del mineral, encerraba las pertenencias del *Manto de Ossa*, la *Descubridora*, la *Carlota*, la *Santa Rita*, la *San Félix* i otras; i la corrida del poniente, cuya visible inclinacion al E., hace presumir que a la distancia debe de empalmar con la de la *Descubridora*, la *Valencia*, la *Esperanza*, la *Colorada* i otras; i tanto en el espacio que media entre ambas corridas, cuanto en sus costados exteriores, parecia casi incalculable el número de pertenencias que se trabajaban con mas o ménos ventajas, en tan privilegiado asiento.

En el mineral no habia agua ni leña; ambos artículos se traian, el primero, de unos pozos mezquinos practicados i sostenidos con trabajo a tres leguas del asiento, i el segundo del campo vecino a la aguada, único lugar que por la distancia, para los hombres de a pié, se habia librado del hacha del apir. Los acarrees de ambos artículos se hacian en burros, i eran tantas las recuas ocupadas en este carguío, que desde que amanecia ya se veian los caminos del monte i los de la aguada cubiertos de borricos, bien sea cargados de pequeños barriles de arroba de capacidad cada uno, para venderse a seis reales la carga, bien de manojos de chamiza i mala leña que costaba ocho.

El sosten de una barreta en Chañarcillo, término medio, no costaba ménos de setenta pesos mensuales. Los pagos se hacian el dia 1.º de cada mes, así es que desde el dia 25 ya se observaban las carreras i las dilijencias de los dueños de faenas en la ciudad de Copiapó, para proveerse de plata sencilla, articulo a veces sumamente escaso en el lugar; i el 28, 29 i 30 solo se veian pasar afanosos por el camino de la sierra, portadores de esa panacea, único freno con que podia mantenerse sujeta la turbulenta poblacion minera del lugar, que segun cálculo, alcanzaba a mil almas, i que sin el preciso pago del dia 1.º, seria capaz de atropellarlo todo.

El centro social i mercantil de esta laboriosísima colmena, era el pueblo de Juan Godoi, nombre que le fué dado para perpetuar con honra la memoria del descubridor de Chañarcillo.

Encuétrase situado al pié mismo del mineral, i en el plano que forma la confluencia de las dos quebradas donde él termina; la de oriente, que lo separa del mineral Bandurrias, i la del poniente, que lo separa del mineral Pajonales; de manera que no podia tener mejor ni mas adecuada colocacion aquella turbulenta e industriosa capital del verdadero reino de la Plata.

El órden i concierto de sus calles no han fatigado mucho la imaginacion del fundador; pero en cambio el desórden que se observa en todo lo demas, está en perfecta concordancia con el primitivo trazado.

En Juan Godoi no se estilaban casas para vivir con comodidad. Cuantas constituian su parte urbana e inurbana, que andaban revueltas todas, chicas i grandes, chozas, galpones i sombras artificiales, eran otros tantos centros de activísimo negocio, i como quien dice minero afortunado dice hombre gastador i jeneroso, no habia por qué maravillarse de encontrar en los figones ricos jéneros i los mejores vinos. La recoba de Juan Godoi era la única que ostentaba en la provincia, sin presuncion i casi a cielo raso, la mejor carne i las mejores i primeras frutas i legumbres que se espandian por estos mundos. Fondas, picanterías i siete billares en constante servicio, acreditaban el espíritu social de aquella jente de ojota i de bonete. Era el jefe supremo de este afortunado lugar, un subdelegado; i un mal rancho con paredes de *pirca*, en cuya puerta figuraba una asta de bandera al lado de un cajon boca abajo que hacia veces de garita, era juntamente palacio, juzgado i cárcel pública.

Para quien no conociere lo que es en el norte un asiento de minas,

Chañarcillo i su simpática capital minera, serian objetos dignos de estudio. Un chileno poco jeógrafo de su patria, como tantos, arrancado de repente del emporio de los *porotos*, i dejado por una mano misteriosa sin saber cómo ni como nó, en la plaza pública de Juan Godoi, habria de verse mui apurado para atinar en qué rejion del mundo se encontraba; porque tanto en el mineral cuanto en el pueblo, todo para él seria nuevo: costumbres, trajes, aspiraciones i hasta el modo de hablar. El español que se hablaba en Chañarcillo era el idioma de Cervantes con culero.

Las prácticas relijiosas estaban allí en el mas completo *broceo*; capilla no faltaba; pero lo que es quien dijese misa i quienes la oyesen, estaba en desuso. Solo hablaba de confesion el minero socarron que buscaba ese pretesto para bajar a los planes tras de alguna hija de Eva por estar éstas mas escasas que la misma misa en Juan Godoi. La mujer no se toleraba allí sin el pasaporte que llamaban papeleta, desde que el bello sexo dió en la flor de ocultar bajo sus faldas, el fruto prohibido de las minas: la *cangalla*.

Los domingos, a la caida del sol, lucian en la recova sus pintorescos trajes los señores del combo i de la cuña, trajes-jardines por sus variados colores, i hasta cierto punto graciosos i elegantes. El minero usa calzoncillos anchos i cortos, que solo le llegan a las rodillas, sobre ellos un ancho culero que le cae hasta media pierna, perfectamente encarrujados alrededor, i por sobre todo, una larga camisa de listado, que cubriendo la mayor parte del culero, solo deja sus festones a descubierto. Una enorme faja de color ciñe su cuerpo desde la cadera al pecho: en ella, hácia adelante, va colgada la bolsa tabaquera, i por la espalda se divisa el mango de un puñal. Usa medias negras i sin piés, i por calzado, ojotas. Un gorro negro o lacre, con una gran borla que le cae sobre el cogote o sobre la oreja, es el adorno de la cabeza; pero donde el minero echa todo el lujo, es en la manta que compra sin reparar en precio siendo buena, i que carga con suma desenvoltura i gracia. El vestido de estos hombres tiene mucha semejanza con el de los modernos griegos.

El bello sexo, que tanto escaseaba allí, no podia decirse que en él suplía la calidad al corto número. Estas hermosuras negativas, calzadas con ricos botines mui puercos, con ricas medias mas puercas aun, usaban valiosos trajes llenos de lamparones, i ricos pañuelos de seda bor-

dados, cuyos colores, como la piel del camaleon, variaban segun los del panizo donde trabajaba el minero que mas se les arrimaba.

Ya para Juan Godoi me parece que es bastante. Volvime a mi alojamiento, en la mina *Esperanza*, donde me esperaban buen jamon i esquisitos vinos, porque si bien es cierto que Chañarcillo, en vez de casas usaba malas chozas, tambien lo es que el buen alimento, el champagne, el coñac i muchos otros menesteres propios a hacer soportables aquellas breñas, ni a los mineros broceados les hacian falta.

Acercándose el limitado término de este mi primer viaje, me hice de algunas curiosidades para mi coleccion, i sali para visitar de paso los minerales de Bandurrias i Pajonales.

Bajando al pié de las lomas que forman el mineral del sur, i repechando un poco el cerro de Bandurrias, se divisa en todo su esplendor la colmena del cerro de Chañarcillo. Al ver aquel informe semillero de boca-minas, de ranchos, de casuchas de tabla, de desmontes, de pircas, de esplanadas costosamente trabajadas; al notar el ruido i la incesante movilidad de las jentes i de las arrias, todo concentrado en aquel solo punto, un sentimiento de admiracion i de encanto se apoderaba del recién llegado, i al momento revoloteaban por su mente todas las imágenes de una dorada esperanza.

¿Por qué no habia de ser uno tan afortunado como lo eran los demas? Una chiripa cambió de un momento a otro la suerte de adversa en favorable. ¿Por qué no sucederia semejante chiripa en uno mismo? Chañarcillo i sus incidencias entónces eran capaces de hacer perder los estribos a la misma apática modorra. Este mineral, desde su descubrimiento, ha ejercido i ejerce aun un poder providencial hasta sobre el estado i la capacidad de las personas a quienes ha querido favorecer. Quiso que Godoi i los Boiados fuesen caballeros, i lo fueron, i arrastraron un numeroso séquito de aduladores. A éste le dijo: aseméjate a la jente, roza la sociedad i ocupa los destinos que solo se deben al talento; i pareció jente, i rozó en la sociedad i ocupó los destinos que solo se deben al talento. A aquel: tú que eres viejo i achacoso por tus vicios, tú que eres un solemnisimo ignorante, cástate con una tierna niña i sé hombre de consejo; i casó con una creatura i fué hombre de consejo. Al mulato le dijo: tú eres blanco, i él lo creyó. El que ántes servia i recibia mercedes, es ahora servido i las niega a sus semejantes. En resolucion, quien ansiaba por las aguas de la fuente de rejuvenecencia i por los especificos con que se confeccionaba el talento, buscábalos en los capa-

chos i en las fajas de los apires i barreteros de Chañarcillo, i allí los encontraba.

Al cabo de media hora de camino se llega al mineral de Bandurrias. La naturaleza de su cerro, aunque solo separado por una quebrada del de Chañarcillo, es poco lisonjera. Las minas que se trabajan en Bandurrias eran tambien pocas i diseminadas en largas distancias. Habia vetas, sin embargo, de una hermosisima formacion. El manto de Fuentecilla era una masa enorme de metal, cuya lei, aunque baja, era de la mayor importancia, vista la facilidad con que se estraia. La clase de metales de Bandurrias es distinta de la de Chañarcillo, que da en jeneral poca plata nativa i mucho cloruro, al paso que el metal de Bandurrias da mas a menudo plata nativa, rosicler, arsénicos i *soroches* que cloruros. Sus principales minas eran la *Descubridora*, *San Jerónimo*, *Solitaria* i el *Manto*.

Pajonales, sin ser ni con mucho parecido a Chañarcillo, parecia de mas importancia que el anterior i sus metales se asemejan mas a los de éste que a los de aquél. Situado al poniente de Chañarcillo i solo separado de él por la quebrada, en cuya boca está situada la aldea de Juan Godoi, tenia este mineral algunos trabajos mas que el de Bandurrias. Entre sus minas de nombrada, tambien diseminadas aqui i allí en la estension de sus lomas, se contaban: la *Miller*, la *Contadora* i algunas otras. Los dos dias que dediqué al exámen exterior de estos últimos asientos de minas, me fatigaron mucho por el mal estado de los caminos, el sol abrasador i la escasez de agua; i siéndome preciso llegar en la noche a Totoralillo, salí de Pajonales a las cuatro de la tarde, i en cuatro horas de sostenido trote llegué al deseado rio donde se ve agua, donde se ve verde, donde aspira uno con encanto, hasta el olor de las malezas que crecen espontáneamente en las márgenes de aquel arroyo.

Como quiera que sea, si el recién llegado del sur o de las pampas, cuya vista solo puede detenerla el horizonte, se considera apretado en la angosta i prolongadisima quebrada que aqui llaman el valle de Copiapó, saliendo de la sierra i llegando al rio, que es el centro del valle, es tal la impresion de agrado que recibe, que llega a considerarle, a mas de hermoso, mui estendido. El riachuelo ya no es riachuelo, tiene visos como de rio para el fatigado caminante.

En esta leve correría tuve ocasion de estudiar el carácter i las tendencias de una nueva entidad *sui generis* que me persiguió como sombra en todas partes. El cateador i el *poruñero* viven i reinan en los

pueblos, i solo se ausentan de ellos para las precisas exigencias del estado; el *cangallero* tiene su trono en Chañarillo i en cuanto mineral exhibe plata a mano. Jenitor o por lo ménos ama de leche del pueblo Juan Godoi, el *cangallero* reconoce por padre el prurito de hacer colecciones de minerales, que tarde o temprano pasan de los lujosos escaparares a la tosca rueda de los trapiches, i por madre a la mezquindad de los mineros en alcance, que prefieren el título de robados al de jenerosos. No es, pues, de estrañar que el *cangallero* sea la niña mimada, la come-azúcar, la sácame-con-bien de algunos buitrones, de algunas máquinias i de muchos encumbrados personajes.

Este minero sin mina, que muchas veces trabaja en alcance, i no pocas veces es alcanzado por los esbirros de la autoridad, solo tiene de comun con el *Poruñero*, el ser eminentemente pagano, el sacrificar a Mercurio, i el tener por lares i penates predilectos, el naipe, el dado, la taba, los matecitos i la perinola.

El *cangalleo*, como la poesía, tiene irresistibles atractivos. ¿Quién será aquel que no haya pellizado siquiera una *cangallita*? ¿Quién aquel que no haya medido alguna vez un verso, aunque haya sido con un palito? Pero asi como a todos no les es dado el ser poetas, a todos tampoco les viene bien el título de colados *cangalleros*. Sin recia constitucion, sin sangre fria, sin buena vista, sin mejor oido, sin astucia, sin valor i sobre todo sin piernas, no da en bola el *cangallero*. El *cangallero* es un verdadero corógrafo; no hai rincon en los cerros que no conozca, ni mal paso que no haya visitado, ni cuevas apartadas en donde su vista escudriñadora no haya penetrado. Él tiene calculadas las distancias, sabe dónde debe apartarse del camino, dónde debe apresurar el paso de su cargada cabalgadura, a qué horas debe llegar a un punto dado, i calcula i ejecuta sus movimientos con la regularidad del vapor.

Al entrar en campaña el *cangallero* se trasforma en un verdadero farsante, i sus colores, como los del camaleon, están tan en perfecta concordancia con los de las personas que lo rodean, que es mui difícil el aperebirse que haya uno de mas en el corrillo. A veces se presenta bajo la forma de un poderoso minero, acaudalado en el norte i hacedado en el sur, i con todo el prestigio de la riqueza de un Rio-Santo. Otras bajo la de un sér de modesta fortuna, pero dueño de máquinias tan inocentemente colocadas, como lo está la fortaleza Jibraltar en la boca del Mediterráneo. Aqui con la figura de un honrado devoto, mui pudiente, porque Dios protege a la inocencia, i que no compra sino

que rescata piña de manos de los ladrones, como ántes se redimian los cautivos. Como en aquellos deventurados entónces nunca se preguntaba de dónde fuesen ellos, bastando solo el saber que eran cristianos, tampoco éste pregunta de dónde proviene lo que compra, le basta saber que es piña. Cada marco que rescata a razon de seis pesos, es un bien que hace al prójimo; porque si con seis pesos se pueden hacer tantas maldades, ¿qué no se hará con nueve pesos dos reales valor del marco arrancado a manos *non sanctas*...? Allí bajo la propecta catadura de un viejo achacoso a quien el mundo deja i él pugna por no dejar; mas allá, haciendo el papel de un jóven activo i diligente, para quien el sol, la noche i el agua son ciruelas; en la Placilla, haciendo de honrado comerciante i proveedor, i en todas partes sustrayendo, nunca adicionando. Adónde, en efecto, volver los ojos que no se encuentre el *gentleman of the night* en esta tierra de promision...? Acaso bajo el disfraz de las sotanas? Tal vez; porque esta vestimenta solo forma colecciones para la vista; es cierto que son colecciones que se benefician despues, i que tambien dan sus marquitos, pero todo para la vista. No deduzcan, pues, de aqui las malas lenguas que tambien el religioso *cangallea*.

Nó, señor; recibe si las colpititas que le regalan sus confesadas, las cuales las compran a sus lavanderas, éstas a los mineros i los mineros a los descuidos de sus mayordomos. Como bienes pecadores, pues, van a parar a la iglesia, i nada mas.

Por ahora me remito a una obrita que publicaré a la posible brevedad con el titulo de «*El Perfecto Cangallero, o sea el arte de cangallear sin ser cangalleado*;» con un prolijo itinerario de todas las aguadas que no cuecen porotos, del interesante alojamiento de don Beno, i del no ménos importante i poco sospechado del Agua de los Sapos, adonde llegando el *cangallero*, ni le asustan *los bufidos de su mula, ni el rebuzno de su asno*, el que no pocas veces, agobiado por el peso de las *colpas*, pide socorro con disonante clarín a los agentes volantes de la entrometida policia; terminando el todo con las puntuales monografías del habilitador ambulante que trabaja por cuenta ajena con provecho propio; del *cangallero* falte que ojo al minero i ojo al que no lo es! compra al primero por dos lo que vale cuatro, i vende al segundo por cuatro lo que vale ocho, i todavia alcanza a dar al socio comanditario cuentas que aunque oliendo a las del Gran Capitan, alcanzan honores de provechosas; del *cangallero chinganero*, que torna el anisado en pura plata al

dulce son del arpa i la guitarra; i por último, el *cangallero* de menor cuantía, que es el mas numeroso i el que alimenta sin saberlo a todos los demas.

Engañado por el *cateador*, robado por el *poruñero* e iniciado en los misterios del *cangalleo*, ya puede uno decir con confianza que es minero colado, i si se librase de los tres, todos le darán a boca llena el titulo asaz significativo de *hombre pasado a minero!*

No se crea, por lo que queda escrito, que solo a criticar i a recrear la vista se redujeron mis trabajos en Copiapó. Reanudé mis antiguas relaciones con la Rioja i Catamarca, recorri el desierto, trabajé minas en él, sufrí el hambre i la sed, reina absoluta de aquellas áridas arenas.

A cosa de tres horas de viaje al trote en regular caballo, desde Totoralillo para el norte, i a cosa de otras tres, cabalgando en burro, desde ese punto hacia el oriente, puede un viajero llegar harto de arena, de sudor i de cansancio, al asiento de una antigua i poco conocida mina de cobre que cuenta ya con sus treinta años de justificado abandono.

Consérvase aun intacta, en aquel apartado lugar, la tarasca de una oscura ratonera trabajada por el prurito de hacer plata de la noche a la mañana, en medio de un grupo de aisladas rocas que asoman sus crestones sobre la oncosa planicie del desierto, como los arrescifes sobre la movible superficie de los mares.

Ni una gota de agua se divide en parte alguna; allí no cantan las dincas, i ni siquiera aquella borra amarillosa con que la vejetacion anuncia, sobre las rocas descompuestas por la accion del tiempo, sus primeros indicios, alegra el aspecto de aquella naturaleza puramente pétreo, horno calcinante i calcinado por los ardientes rayos de un sol abrasador.

Cuentan las crónicas que en aquel solitario i triste albergue, que no fué éntonces, venerable asilo de ninguna inocencia pecadora, puso trabajo por los años 1848 un buen señor que, cansado de buscar la fortuna sobre la superficie de la tierra, le dió el diablo por buscarla bajo de ella. Minero de nuevo cuño, esto es, ignoranton i presumido de sabedor, como solian serlo en aquel feliz éntonces, la mayor parte de los del cuño viejo, que como él buscaban bajo de tierra lo que no habian perdido; solo le faltaba para entrar en el gremio de los colados, disimulo para finjir, malicia para engañar, destreza para hacerse de *cangallas* i talento para venderlas como frutos de su propio solar. Calidades todas que si bien de importantísima valía, si yo fuera carpintero,

diria, que no juntaban, ni ensamblaban, ni traslapaban con el ánimo de nuestro novel minero, mas dado por mal de sus pecados, a la pluma que a la barreta.

El empresario a que aludo, vivia por economía en una tienda de campaña, horno portátil que así le servia de alojamiento, como de almacén i de bodega. Su situación, pues, no era envidiable; primero soledad, segundo vista en lo interior de sacos de harina tostada i de lios de charqui que estrechaban las fronteras de su cama, i al exterior, por la abertura o entrada triangular de la tienda, un arenal sin límites, la temblorosa reverberacion de los rayos del sol, i las orejas del burro cargador de agua potable, el cual, mustio i pensativo, parecia que por su quietud embelesada, que buscaba en su mente algun trabajoso consonante.

Llegado a punto, una tarde, el fastidio que agobiaba a nuestro amigo, dicen que llegó a esclamar oyendo la algazara de sus peones. ¿Será dable que hasta el borrico aguador me esté dando lecciones prácticas de filosófica resignacion? ¿Será dable que esta tropa de zopencos que me acompaña, por el solo hecho de poseer la virtud negativa de no preocuparse del dia de mañana, tenga poder para hacer revolotear la risa i la algazara en torno de sus insulsas conversaciones, cuando yo que con una sola palabra puedo hacerles enmudecer, no tengo aquí un solo momento de verdadero agrado? Fenómeno es este, prosiguió, que merece ser estudiado, i para hacerlo con documentos a la vista, quiero ahora que están tan animados, taquigrafar durante una hora entera lo que les oigo. I diciendo i haciendo, como entendido que era en el taquigráfico garabateo, cojió papel i lápiz i acomodándose lo mejor que pudo sobre un saco de harina tostada, siguió con imperturbable paciencia la conversacion de sus mineros que sentados en el suelo, al rededor de un removido rescoldo, departian en buena paz i compañía raspando las tortillas que acababan de sacar de él.

Tengo a la vista el trabajo de aquel solitario huésped del desierto, trabajo que, sin mas que atenuar el alcance de alguna que otra voz anti-parlamentaria, entrego a los curiosos en calidad de fotografia instantánea de las costumbres que aun fomenta en el ánimo de nuestros rústicos campechinos la relijiosa creencia de que el marido responde en la otra vida de cuantos pecados cometa en ésta la mujer si los deja pasar sin mechoneo, paliza, o azotaina.

Dice pues el manuscrito.

INTERLOCUTORES.

Un barretero de Gualinan, que a fuer de cuyano, piensa i habla en esdrújulo.

Otro de Elqui, indio gustador i poco amigo de dar gusto. Un Apir, *gamin* de Paris con culero.

El buen Velasquez, hijo de Andacollo, hombre de consejo a quien la edad de los dos combos, esto es, la de los 77 años ha traído del papel de galan i poderoso barretero, al de humilde proveedor de agua potable de la colonia. Los demas hasta el número de nueve, los coloco como coros o comparsas, que mas hacen el papel de oidores que el de alcaldes.

Uno.—¿I quién le decia nada al punchi de don Campillo? Buena cosa de punchi clarito ñor! i lo fuerte!

El *cuyano.*—Ah! mal hayas un trago de anisado ahora, ¿no caballeros?

Velasquez.—¡Ógalos no mas hablar a estos ociosos!

Uno.—¿I qué vendria mal un traguito de anisado ahora ñor? No hai cosa que componga mas el *estomo*.

Velasquez.—¿El *estomo* no? Un dolor de *estomo* que yo quise curarme así, fué causa de todos mis atrasos; i ojála nunca me hubiera acordado de sus anisados! (Risa jeneral i exclamaciones.)

Uno.—¡Esta sí! ¿I qué le sucedió, pues, ñor?

El *Elquino.*—Se desgraciaria, pues, hombre, ¿qué hai que preguntar? Tuvo algun pleito, lo rodeó bien la suerte i.....¿no es así ñor?

Velasquez.—Ojalá hubiera sido así no mas!

Cuyano.—¡Escuche! ¿Qué le anduvieron bordeando con el baleo?

Velasquez.—¡Qué baleo ni qué porra, peor que si me hubiesen baleado!

Todos.—¡Cómo peor!

Velasquez.—Me casaron!!

Nuevo tuti de carcajadas.—Esta sí! ahora sí! ¡Vaya un caso!

Apir.—¡Me! ¿Eso no mas le pasó? Ahorita no mas me bebo entera una botella de anisado yo.

Velasquez.—Qué *sabis* vos muchacho; ¡tan enterados que los han de ver! Mejor fuera que aprendieras a rezar.

Cuyano.—¿Con qué lo casaron ñor? Cuéntenos, pues, como fué eso. *Velei* un cigarro prendido.

Velasquez.—Gracias. Me casaron, o me casé que por *ei* va la cosa. Es cierto tambien que yo era mui *huaina* entónces, que si se ofreciese ahora otra vez igual caso..... (riéndose) ¡Ave Maria qué tentacion!

Varios a un tiempo.—Cuéntenos, cuéntenos eso ñor Velasquito.

Velasquez.—Tendria yo entónces mis veintidos años; andaba con mi buen bonete a la oreja, mi culero alechugado i mi camisa, amigo, que barria la calle. Me arqueaba yo por esos callejones i las niñas que me miraban decian: ¡La laya de minerito! i yo, nada amigo, ni a pólvora me rendja!

Por *ei* me juntaba con una tropa de zambos i apénas llegábaros a una pulperia, luego les barrenaba un balde de punchi, i aquellos zambos llegaban a *galucharse* a tragos.

En una de éstas, que yo habia bajado del cerro para la *chaya*, antójase me comer *sandilla* verde, i no me da una lepidia, mire! Aquel dolor de *estomo* que ya se me rebanaban las tripas! ¡Sudar es bueno, amigo! i ya me parecia que aquella era mi última, cuando entra un zambo mas feo que yo i me dice: Tome un vaso de anisado ñor Velasquez; tome no mas ñor i verá como se le pasa; i me alargá un vaso que venia borde a borde, i yo encomendándome a nuestra madre de Andacollo, le hice una pregunta al vaso que me llegué a poner ñato!

Uno.—¡Bien haya!

Velasquez.—Como con la mano se me quitó aquel dolor! vea lo que es la fé, no? Es ademas tan milagrosa aquella Reina de los Anjeles! Vamos a que ya estoi mejor que ántes i hasta valiente me puse. Luego pasamos a una ramada que estaba que se ardía. Allí no mas barrené otro vaso de anisado, i luego, mire, me ladié para el lado de una negrita de esto que hai no mas!

Varios.—¡Alza pues!

Velasquez.—Luego la empecé a *circar* i estaba en lo mejor arqueándome i sacando un real que me quedaba para festejarla, cuando la *suja* se me fué de entre las manos, para ir a rematar tras de una *quincha*! Con las orejas no mas me ganó la carrera, i los dos llegamos al lazo cuasi a un tiempo. Minerito, me dijo toda asustada, no ve aquella zamba que está allí en la puerta vestida de señora? Pues esa es la que me ha criado, i como me habia enviado a comprarle yerba i yo me he metido aquí, ahora no mas me mata a azotes! I miro, i veo, señor, en la puerta aque-

lla zamba tan gorda i tan retaca que parecia capacho recién hormado, con unos ojos saltados que parecian que no dejaban rincón por catear, mientras que la otra que estaba tras de mí decia llorando: I todo esto es por que yo no tengo quien hable por mí! Aguárdese le dije, estése *ei* no mas, no se le de nada, Velasquez se lo promete, i cuando Velasquez promete, virjen pues! i luego enderecé a catear a la vieja, i me le acerco amigo, arqueándome i apénas la miré; no me voi a acordar señor, que ántes habia tenido ella conmigo, entre trago i trago, sus dimes i sus diretes? Ya es mia dije, cuando me le acercaba creyendo que ni a pólvora se habia de dar, en cuanto no mas me conoció, pudrió el cerro, i me le fui en soltería. Luego no mas le dije que yo sabia en la *procura* que andaba, i despues de mil *enriedos* que le metí, le dije: yo soi aquí el causante; ella no tiene culpa la que menor; i si Ud. quiere i es su gusto, yo soi mui gustoso de casarme con ella: tengo buen herraje, buen *chapiao*, me echo el combo al hombro i no me falta patron.

Varios.—¡Alza, pues, ñor Velasquez!

Velasquez.—Hubieran visto Uds. la cara de pascua con que recibí mi declaracion aquella zamba! Luego le pasé un vaso de anisado i *ei* no mas me abrazó. Vos habias de ser negrito de oro, me dijo, yo tambien soi gustosa de que te *casis* con ella i aqui está este rosario que te endono con cuentas de oro..... Yo no me acuerdo de lo demas, sino que a los pocos dias ya estuvimos casados.

Apir.—I a Ud. mucho que le amargaria eso; arriesgado está que se siga quejando del anisado.

Velasquez.—Miren qué cosa hombre.....Aquello de meterse.....con que uno no podrá.....

Un barretero (interrumpiendo). Callá la boca chiquillo no *estis* amolando. No le haga caso ñor, sigale no mas, vamos ahora a lo dulce.

Velasquez.—Para mí la luna de miel entró en despinte, apénas la divisé cuando se *clisó*.....Casado ya i con obligaciones, pasé al pueblo a buscar concierto, i hasta me empeñé por llevarle un pañuelo; i que les parece que encontré en la casa? Ni esto!.....Pregunta por aquí, pregunta por allí, nada amigo, i era que hacian cinco dias a que no se recojia la indina!

Varios.—¡Esta sí!.....¡ahora sí!

Velasquez.—Vamos a que, en cuanto no mas supo ella que yo la andaba *cateando*, se vino calladita al rancho, donde me salió con que el miedo a las ánimas que penaban mucho en la soledad, la habia hecho

ir a casa de la vieja alcahueta a esperar que yo llegase. Ya pasó esto; pero yo pasado tambien a minero, i todo malicioso, luego no mas me hice el enfermo, i me meti en la cama. Ñor Velasquito me decia ella. ¿qué tiene? i yo nada, con los ojos cerrados i quejándome. *Andá* india picara decia yo para mí, a mí no me la jugais vos tan aina. Luego me hice el dormido, i ella ¿qué hizo entónces? sacó al pasito un espejito de a medio, se desenredó las pasas, se echó unas babitas, i con trancos de éstos que no quiebran huevos, juntó la puerta i se mandó para la calle!..... ¿Qué hago yo entónces? me levanto amigo, i doblo de cuatro dobleces mi lazo i me le voi escondiéndome de atras. A poquito andar la encuentro con un minero mas feo que yo, concertando el ir a tomar punchi bajo del sauce frondoso.—¿I tu marido? le dijo el minero;— no le de cuidado ñor, contestó, *ei* lo dejé roncando i soñando con las ánimas; voi no mas a darle un vueltecita i ya estoi aquí. Aguardate picara, iba diciendo yo miéntras me escondia en un zaguán, ahora no mas *verís* de qué cueros salen chispas!—Ella que pasa i *zás!* que le arrimo en la cara un lazazo! Que me matan, gritó la china, i yo *zás!* en las costillas! ¿Con qué ibas a tomar punchi sin convidarme a mí ¿no?..... *Zás!* al suelo vino la china.

Varios.—Tomá!

Velasquez.—Yo te haré no mas, que seais tan fresquilla i tan lazarrilla. *Andá* acompañar a tu marido será mejor, que tambien le tiene miedo a las ánimas!—*Zás!*—Ai, ñorsito.—¡Ai! ¿no? i volando llegó a la casa con el lomo humeando!—Allá en la casa me esperaba la otra zamba casamentera donde casi me comió ¡mire! I que la niña era mujer de calidad i que por aquí i que por allí. Miren no mas donde se mete la calidad! ¿No digo yo? Si el zamberío está mui alzado!—Ya pasó esto. Salgo otra vez ñores para el cerro, i quien les habia de decir que a mí vuelta ni luces de ella habia de encontrar! i lo que es *pior* que la zamba defensora de la calidad, me llegó a decir que si yo no le apretaba las cuñas, nadie se podría averiguar con ella. ¡Vean que suerte!—Vamos de nuevo a noticiarnos del paradero de aquella malvada *huacha* que cuando soltera le arrimaban porque no tenia quién hablase por ella. ¡Zamba picara!—¡No la voi a encontrar en una fonda haciendo posturas en el malambo con un zambo alto con tantas *huaras*, que le llegaba a bufar el culero!—En cuanto no mas me vió se fué de espaldas.—Le ha dado un mal decian unos; otros decian que era aire; paró la guitarra i todo se volvia un alboroto, cuando me le acerco yo a tomarle el pulso

i le digo, zafá *pa* tu casa zamba pícara!—Al tiro sanó i picó moqueando para el rancho i yo siguiéndola de atras. I que piensa hacer conmigo, iba ella resongando, i que yo no soi esclava; i yo callado, amigo, sobando mi correa.—En cuanto no mas llegamos, la colgué i le arrimaria, mire, como cincuenta azotes. Ella me hacia sus relaciones; pero yo la convenia a lazazos; luegoito de allí a ejercicios.

Cuyano.—¡Escuche!

Elquino.—¡Pues nó, pues, hombre! ¿No *vis* el cargo que uno se lleva de las diabluras de la mujer?

Velasquez.—Como que así no mas es, amigo, i yo no quiero tener que dar cuenta a Dios de pecados ajenos por no haberla corregido.

Apir.—Ñor Velasquez ¿dejó vela a fuera para la saca del amanecer?

Velasquez.—En la chincha está.

Apir.—Pues me voi a acostar, mui leso se está poniendo su cuento.

Velasquez.—Ahora lo estais hallando leso ¿no?

Uno.—Con que la echó a ejercicio, ñor.

Velasquez.—Salió de ellos que parecia una paloma. Me pidió perdon. Negrito de oro, me dijo, conozco que te he ofendido; no mas mundo; te agradezco los azotes que me arrimastes i he de morir donde vos murais.—Contento yo, vendi mis estriberas, empeñé mi montura, la puse mas guapa que otro poco, i me mandé riéndome solo al cerro.—¿Quién me habia de decir lo que me aguardaba a mi vuelta cuando bajé a buscar el nidal de mi paloma? En cuanto no mas me alejé, pior lo hizo!—Viendo esto yo resolví dispararme del lugar, porque no me gusta que *naiden me avergonce*, i aunque yo sé que el marido tiene derecho de sobar su lazo en el lomo de la mujer, no me gusta hacerlo, mire, i bien sabe Dios i nuestra madre de Andacollo que solo por cumplir como cristiano me fui a darle mi última reprension.

Cuyano.—¿I qué será cierto ñor que uno tiene que responder en el otro mundo por todas las diabluras de la mujer?

Elquino.—Mire que pregunta! Pues no hombre; ¿no *vis* que te la entrega el cura para que seais uno con ella i la defendais del Malo? Bueno, pues, erró ella i cayó, i en la tentacion, *ei* estais vos para correjirla, i no lo hagais no mas!

Cuyano.—¡Bien haya hombre! ¿Con que uno tendrá que estar noche i dia colgado de la pollera de su mujer, i de no peca uno?

Velasquez.—Por eso dicen los libros ántes que te *casís* mira lo que *hacís*.

Uno.—¿Entonces será mejor vivir soltero?

Otro.—Por lo visto.

Varios.—Andáaa!

Velasquez.—Vamos a que me largué a buscar de nuevo a mi cruz, i ella que lo sabe i se me esconde; i yo rumbando, amigo, hasta que encuento con ella escondida en un maizal. Pestañicaba no mas la india picara; pero yo con mucha dulzura le dije: venga, sígame que le importa.....Se levantó la china i apuntó para la casa i yo siguiéndola, i ella taimada. Llegamos a la casa, tranqué la puerta lo mejor que pude i me senté a resollar! ¡Buena cosa! decia yo con mucha pena.....Saqué la bolsa i se la pasé. Hágame un cigarro, le dije; i ella callada me lo pasó prendido.....Suspiraba yo señor i ella tanteándome.....Al fin levantándose, ¡hágase la voluntad de Dios! dije, i la colgué bien amarrada i desnudita.

Uno.—Adios diablo!

Velasquez.—¿Qué me vá a hacer? me decia ella, ¿que me va a matar? I yó, no sé si te voi a dejar vida; i con una buena correa que tenia allí escondida, a combo suelto, le di durazo hasta que me cansé!

Varios.—Tomá.

Velasquez.—Gritaba aquella zamba, que ya echaba el rancho abajo; pero buena cosa de zamba sufrida, ni sudaba siquiera! i con aquellas n..... tan grandes que parecian al bombo del rei *Inga* (riéndose); si era para la tentacion!..... Miéntas tanto la vieja está al lado de afuera a golpes con la puerta que se volvia cuatro, i yo sordo, amigo. Que se lo pido de rodillas, decia, ya será bastante; i yo nada, amigo; i se puso en cruz aquella zamba picara a rezar a gritos al lado de afuera! Usted tiene la culpa, le gritaba yo: si usted la hubiese crucificado cuando estaba chica, no le estuviera pasando lo que le pasa ahora; i dale, amigo, i aconsejándola! ¡Que me matan! gritaba ella i la vieja al lado de afuera: Santa Maria, madre de Dios, ruega Señora..... I yo, este será por el alma de mi finado padre, rrrás! ¡Jesus me ampare, gritaba la india, ronca ya, mire; i yo, este por el hijo que debiamos haber tenido, rrrás! Padre nuestro, que estais en los cielos! decia la vieja; i yo, este será por los caminantes estraviados, rrrás!..... Gloria Patri, decia la vieja; i yo, este será por el alma de mi difunta madre, que de Dios goce, rrrás!..... El gremio de la herejia, decia la vieja; i yo, este será por tu señora, rrrás! i la vieja acompañaba los gritos de la mujer de calidad con kirieleison, ora pronobis i otra porcion de embrollos a cada

santo que yo me encomendaba!..... Para acabar: después de haberla encomendado a todos los santos i santas de mi devocion, i siempre con escrúpulos, mire, de haberme olvidado de alguno, la descolgué i vino al suelo la zamba sin habla..... Luego la senté en un costal i abrí la puerta. Hubieran visto los *aspamientos* de la otra zamba cuando se puso a curarla!..... Yo, cansado, señor, me senté en un rincón agachado i suspirando, sin decir nada i en cuanto no mas ví que habia vuelto en sí aquella tentacion, le pasé la bolsa para que me torciera un cigarro..... I ¿qué les parece que hizo? no me la disparó por la cara i me desparramó todo el tabaco aquella zamba taimada! ¡Vea la soberbia, señor! ¡Si ya está el zamberío mui alzado!..... ¿Qué hago yo entonces? A los males sin remedio, échales tierra en el medio, dije, i el diablo no me ha de llevar a mí por culpa de otro. ¡Ai, señor, del rato aquel no me quisiera acordar!..... Vengo i saco mi montura, mis *chapiños*, mis navajas de barba que me habian costado un cuarto de onza, los amontoné junto a ella i le dije, todo esto que me ha costado mi sudor i mi trabajo es de Ud., aquí está mi papeleta en que alcanzo veinte reales; Ud. la cobrará a su tiempo: hínquese luego aquí, para ponerle mi bendicion. I se hincó aquella zamba moqueando; i ¿que se vá señor Valasquez?..... I le puse mi bendicion (enternecido) i se me rodaron las lágrimas!!..... Me voi, le dije, i no llevo nada, ni tabaco! Ya estamos desunidos. Dios quiera darle la muerte dentro de una batea para que sea mas afortunada. Si alguna vez se vé en angustias i yo tengo, la socorreré, sino Dios la favorecerá. Allí nos abrazamos i lloramos mucho; mucho hicieron tambien por que me quedara; pero yo no queria tener que penar por *náiden*. Hágase tu voluntad! dije i me salí a la calle..... Yo me fui, pues, con mis alforjas vacías al hombro, sin tabaco i ni un cuero siquiera en que dormir; pero con mi conciencia tranquila. Hasta ahora no he vuelto a saber de lo que fué de mi mujer!

Apir, desde la cama.—*Ñor* Velasquez, ¿cómo le fué con el anisado?—Aquí se cansó el taquígrafo.

Quando lleno de desengaños abandoné al plateado Copiapó para tornar de nuevo a los negocios que me brindaban las libres pampas Argentinas, al lado de mi huaso Rodriguez, joya i terror de aquellos desiertos; la noticia de la muerte atroz, de este caudillo dulcificada con ros de los portentos del oro que se encontraba en California, me lanzó de nuevo fuera de mi patria.

CAPITULO XIII.

Consideraciones jenerales sobre la Alta California; lo que fué i lo que ahora es.—Casuales acontecimientos que aceleraron el descubrimiento del oro en California.—Venida de Sutter a América.—Rápido bosquejo de la vida de este capitan de guardias francesas en 1830.—Su colonia modelo.—Marshal, peon de Sutter, descubre el oro en Sonoma.—Efecto que produjo esta noticia en Chile.—Viaje a California.—Motin promovido por Alvarez a bordo.—Modo milagroso como despues salvé de la horca a este mismo caballero.—Percances del viaje.—Puerta del oro.—Bahía de San Francisco.

Veintinueve años van corridos desde que la inmigracion extranjera, con todo el atavío de actividad, de enerjia i de progreso que siempre la acompañan, principió a llegar a las solitarias i apartadas rejiones que constituyen en el día el floreciente estado californés.

Doscientos noventa i cinco años hacia que ese depósito de riquezas naturales yacia en poder de los españoles, sin que ellos maliciasen siquiera, que ese rincon de tan vastisimo Estado, fuese una de las joyas mas preciosas que podian adornar la corona de sus adustos soberanos. Fué preciso que otra raza, mas emprendedora i mas audaz, viniese a barrer de la superficie de aquel suelo privilegiado la rústica capa que la encubria, para que sus inagotables riquezas, entre las cuales el oro no era, por cierto, la mas envidiable de todas ellas, viniesen a asombrar al mundo con su inesperada aparicion.

¿Quién se acordaba de California ántes del año 1841? Solo despues de la desastrosa guerra que dió por resultado la anexion definitiva de esa seccion del territorio mejicano al de la Union del Norte en 1850, se vino a conocer cuánto habia perdido Méjico con perder a California, i cuánto ésta, la humanidad, el comercio i la industria, habian ganado con semejante pérdida.

El año de 1848 la poblacion de la Alta California solo alcanzaba a

20,000 almas, de las cuales 15,000 pertenecian a la raza indijena i 5,000 a la española.

El censo oficial, hecho despues de la definitiva anexion i publicado en 1852, computa la poblacion en 254,453 almas, compuestas en jeneral de jente ya formada, a cuyos inauditos esfuerzos en solo esos tres años de turbulenta i borrascosa vida, debieron como por encanto su existencia: San Francisco, con 34,876 habitantes; Sacramento, con 20,000; Marysville, con 7,000; i Slockton, con 5,000!

Cinco años ántes de la época del censo a que me refiero, esa modesta i solitaria aldea de Yerba-Buena, hoi orgullosa San Francisco, en cuyo puerto solo se veia, de vez en cuando, tal cual buque ballenero, tal cual embarcacion que acudia en busca de sebo i de grasa, i algunos faluchos que se ocupaban en la pesca de salmon, lucia en tan corto tiempo, en su ancladero, una selva de mástiles que ostentaban todas las banderas del mundo!

En el primer aniversario del descubrimiento del oro, ya alcanzaron a contarse, anclados en su precioso puerto, 650 buques con 400,170 toneladas de capacidad.

Equivocado estaria, sin embargo, aquel que en presencia de tan extraordinario acopio de embarcaciones, hubiese creido que el sinnúmero de esforzados aventureros que ellas condujeron, solo llegaron a hartarse de oro, para retirarse despues a gozar de él en sus respectivos hogares patrios. Nó; no solo acudieron a California simples mineros; acudieron tambien comerciantes e industriales i cuantos hombres que, no encontrando en su propia patria campo de accion capaz de remunerar los esfuerzos de su actividad individual, pensaron, con razon, encontrar en la virjen California, en la feracidad de sus campos i en las demas riquezas naturales que aquella rejion inexplorada encierra, los elementos que constituyen, para el hombre pensador, lo que llamamos patria i hogar. Así fué que el año de 1852 aquella pequeña seccion del mundo que tan poco producia entónces, lanzó al comercio, solo en productos agricolas en bruto i como muestra de lo que podia producir despues, 33,995 hectólitros de trigo, 370,473 de cebada, 12,574 de avena i 174,143 de papas.

La escavadora barreta, la picota i el lavado, que para estraer el oro del sub-suelo donde yace, todo lo trastornan, entraron a California junto con el reparador arado, que todo lo nivela i empareja.

En los primeros veintiseis años corridos despues de la anexion, ese

portento, entre los muchos propios de este siglo, ha vaciado, según censo oficial, en los canales del comercio del mundo, sin contar con el valor del oro, que ascendió a la enorme suma de 1,763 millones de pesos: 360 millones en cereales, 20 millones en vinos i licores, 76 en maderas de construcción, 63 en lanas, 23 en carbon i 20 en azogues; dejando sin computar, tanto el valor de las demás distintas clases de metales que se explotan en aquella rejion privilegiada, cuanto el del producto de sus muchas industrias fabriles.

En 1878, 216 cargamentos con 8 millones 69,825 quintales de trigo salieron de California para muchos puntos de la tierra, representando un valor de 14.464,166 pesos: 2.612,777 quintales de harina i 41.000,000 de libras de lana; siendo mui de notar, que ese pozo, al parecer, de inagotable producción, no alcanzaba entonces a contar con un millon de habitantes.

El Sacramento, el San Joaquin i sus numerosas confluencias, reunidas en un solo cuerpo, se abren paso al través de la sierra granítica de la costa, formando la imponente garganta de la Puerta del Oro, por donde se lanzan al Pacífico. Los valles de esas dos preciosas hoyas hidrográficas, los suaves recuestos de las siempre verdes colinas que descienden hasta ellos, las frutas i las flores silvestres que en otras rejiones se cultivan i que en ésta parecen hijas de su suelo; la presencia de la frutilla, de la frambuesa, de la parra i de la avena; el vigor sorprendente i la lozania de las selvas, entre las cuales figuran el pino, el cipres, el roble i el cedro; sus ricas minas de carbon, de hierro, de plata i de cinabrio; sus fuentes de petróleo i de aguas saladas; la benignidad del clima, todo espresa con elocuente claridad que el oro no es, por cierto, como queda dicho, la mayor riqueza de aquella rejion afortunada.

Complace seguir los progresos de la civilización i de la industria, aunque sea a paso acelerado.

Los soldados del inmortal Cortes habian visitado a California en el año de 1533. Don Fernando de Ulloa recorrió sus costas en 1539. La España tomó posesion del todo en 1602, i sólo cuarenta años despues la Compañía de Jesus se encargó de echar en aquella rejion las primeras bases de la civilización.

Esparcidos en los 406,000 kilómetros de terrenos de que consta la Alta California, vivian en el año de 1790, 7,148 individuos de la raza humana; en 1801, 13,668; i en 1846, apenas llegaba el número total de sus habitantes, así indijenas como extranjeros, a 25,000. El año de

1848 se anexó California a los Estados Unidos, i un año despues ya alcanzó su poblacion foránea a 110,000 almas!

Aquella imponente i tosca naturaleza, cuyo misterioso mutismo solo interrumpian de vez en cuando las perturbaciones atmosféricas; los destemplados gritos del montaraz indijena, cuando celebraba el éxito de sus depredaciones sobre el fruto de los primeros pasos del hombre civilizado en aquellos desamparados lugares; el graznido del cuervo; el ahullido del coyote; el relincho del ciervo o la algazara de las aves silvestres: ¿qué fué de todo esto un año despues de comenzar a enseñorearse en ella la civilizacion, la industria i el trabajo?

Un año despues, los rios navegables i sus puertos se miraron llenos de embarcaciones cargadas de mercaderias i de pasajeros; un año despues las ciudades se levantaban en todas partes como por encanto, al ruidoso compas de la asierra i del martillo; i las selvas, cuya sombría base oponia obstáculos a la vejetacion anual, repercutian al estruendo de la caída de sus gigantescos árboles a impulso de los pausados golpes del hacha, precursora siempre del arado en las rejiones montañosas. Incendios promovidos por la mano del hombre civilizado, al propio tiempo que estirpaban la plaga de ponzoñosos zancudos que imperaba en las márgenes de los rios i en las marismas, destruian el secular acopio de yerbas i de espadañas, cuyas cenagosas bases infestaban la atmósfera con exhalaciones deletéreas. Abriáanse caminos en todas direcciones; el rigor de las armas perseguia al indijena que no se entregaba dócil al trabajo, sin dejarle sentar pié en parte alguna; i las mentadas *Cordilleras Rocosas*, cuyos derrumbes i áridos crestones, jamas habian sido visitados por el hombre, ostentaban por todas partes grupos de trabajadores, carabanas de viajeros i recuas de mula, que, cargadas de herramientas, de vestuarios i mantenciones, proveian las necesidades de los esforzados aventureros, que ya con el agua a la cintura o ya sudando con la picota en medio de los sécanos, se empeñaban en estraer el oro de las entrañas de la tierra.

La iniciativa individual, la poderosa accion de sus fuerzas combinadas, la actividad i el arrojo que con tanta constancia cuanto afan, echaron en aquellos lugares la verdadera simiente del progreso material e intelectual de las naciones, no podian ménos de producir, lo que con jeneral asombro hemos visto veintiseis años despues, esto es, levantarse ante la faz del mundo, un poderoso Estado que lleva con razon el honroso titulo de *Segundo Emporio del Comercio* en el continente americano.

Esos veintiseis años han bastado al trabajo, a la industria i al comercio, bajo la éjida del buen sentido práctico, para acumular dentro de las fronteras de aquel adolescente Estado, cuanto puede apetecer para su dicha el hombre mas exigente i delicado; porque a los especialísimos esfuerzos de las notables jentes de todas las nacionalidades que concurrieron a California, se unia el espíritu yankee que nunca conquista solo por el placer de conquistar.

Por entre las cureñas de los cañones de sus ejércitos se veia siempre caminar el carro de la imprenta; i de cada cuartel jeneral salian dia a dia, millares de impresos, llevando a todas partes, ya la noticia de los triunfos, para alentar al soldado, ya el prospecto de las ventajas que ofrecia al pais ocupado, su inmediata i pacifica anexion a la Union Americana. Así fué que apénas habia el arrojado comodoro John D. Sloat, alentado con la victoria de Palo Santo i Resaca de la Palma, tomado posesion de Monterey a nombre de los Estados Unidos, cuando se vió aparecer en aquel pueblo el diario *Californian*, al mismo tiempo que se echaban los cimientos de un templo que acreditaba la libertad de cultos, i los de dos escuelas, cuya espaciosa i elegante construccion contrastaba con la de los pesados edificios de la colonia española.

Convenida la anexion, lo primero que acordó el Congreso, fué la cesion de medio millon de acres de terrenos para el sostenimiento de las escuelas, i cada circunscricion municipal, movida por idéntico espíritu, reservó en cada uno de sus mas valiosos centros, dos con el mismo objeto.

Al año siguiente de la aparicion del *Californian* de Monterey, la modesta aldea de Yerbas-Buenas, hoi San Francisco, contaba con el *Californian Star*, i dos años despues, con el *Alta California*, el *Pacific News*, el *Journal du Commerce*, el *Californian Courier*, el *Herald* i el *Evening Picayune*. Las poblaciones en ciernes, Sacramento i Stockton, contaban, la primera, con el *Transcript* i el *Placer Times*; i la segunda, con el *Journal Times*. Sonora tambien contó con su *Herald*, i hasta el aduar de puras tiendas de campaña *Maris-Ville*, con otra publicacion del mismo nombre.

Veinticuatro años despues, en solo la ciudad de San Francisco, cuya poblacion alcanzaba ya a 300,000 almas, veian la luz pública 16 diarios, 43 semanarios, un bisemanal, 15 revistas mensuales i quincenales; en todo el Estado, 239 diarios i periódicos.

Pero mui equivocado e injusto ademas andaria, vuelvo a repetirlo,

quien atribuyese el fenómeno de esa trasformacion al solo influjo de la raza sajona. Débese tambien al concurso individual de lo mas audaz i emprendedor de cuando descuella en todas las demas razas humanas. Aludiendo a tan milagrosa trasformacion, me decia el sabio escritor S. C. Upham, a fines del año 49, lo que escribió muchos años despues: «*Those who have immigrated here are, the cream of the populace.*» Hombres que no encontrando en sus respectivas patrias, campo que diese pábulo a su actividad, le buscaron animosos en las virjenes playas americanas, i allí le encontraron. El aleman, el irlandes, el frances, el italiano, el español, el chino i todo aquel que no siente en su corazon la influencia de su propio valimiento, o que no se cree con la enerjia suficiente para arrostrar trabajos i peligros léjos del pais que le vió nacer, no emigra; así como no emigran, de los lugares donde pueden ser utilizados, los conocimientos profesionales en las ciencias i en las artes.

No debe, pues, a una sola raza su poblacion i sus progresos la actual California; débelo, con contadas escepciones, como queda dicho, a la nata del espíritu de empresa de la naciones todas.

Para patentizar esta verdad, un sentimiento de orgullo patriótico me obliga a consignar aquí algunos rasgos de iniciativa individual, hijos de chilenos, i se verá que esa virtud no tiene patria conocida.

La fundacion del pueblo Marys-Ville se debe a la iniciativa del chileno don José Manuel Ramirez i Rosales.

El primer buque de mayor calado que se atrevió a llegar, sin guia, al puerto de Sacramento i que ancló orgulloso en él, celebrado con los hurras de toda la poblacion, fué la barca chilena *Natalia*, que corria a cargo de los hermanos Lucos.

El primer buque que por ganar tiempo se constituyó en muelle almacén, varándose en una calle de San Francisco, que desembocaba en los barros de la baja marea, fué tambien chileno, i quien le varó don Wenceslao Urbistondo.

El primer hospital de caridad instalado en Sacramento, se debió a la jenerosidad, tan rara entónces, de los señores don Manuel i don Leandro Luco, quienes franquearon la barca *Natalia* i cuanto en ella habia, para la consecucion de tan noble fin.

Obsérvase muchas veces que aquellos acontecimientos que ménos parecen prestarse a la consecucion de algun objeto, son precisamente los precusores de ella; tal fué la revolucion de julio del año de 1830 en

Francia. De su sangriento foco salió escapado como por milagro, quien debía descubrir el oro de California.

Es indudable que este Estado en manos de la raza sajona, aun sin oro, hubiera podido por lo ménos alcanzar la misma prosperidad de que gozan en el día sus demas hermanos de la Union Americana; pero es seguro que a la revolucion de julio debe su brillante i acelerada entrada en el rango de las naciones prósperas i civilizadas. La mano de la suerte salvó al 6.º regimiento de guardias suizas, por estar en Grenoble, de la matanza de los días de julio en la capital de la Francia, i a esta salvacion debió su vida el bizarro capitán John Sutter, que comandaba una de sus compañías.

Recuerdo que, entre la densa niebla que producía el humo de la pólvora, mezclado con el de los incendios en el espantoso día 26 de aquel terrible mes, alcancé a divisar colgados de las cuerdas que atravesadas de un lado a otro en las calles servían para el sosten de los faroles del alumbrado público, ensangrentados jirones de uniformes militares; i que en los contornos del palacio de Tullerías, solo se veían los que vestían aquellas afamadas guardias suizas, que a falta de mas lucrativa ocupacion en su propia patria, vendían en la ajena su brazo i su sangre para defender con la suya, la vida de los soberanos franceses.

Disuelto el 6.º regimiento suizo, estacionado entónces en Grenoble, así como fueron disueltos todos los demas cuerpos mercenarios que existían en Francia por órden inmediata i espresa de Luis Felipe de Orleans, a la sazón jeneral del reino despues de la espulsion de Carlos X, el predestinado Sutter tornó vivo a su patria.

El temple de alma de los aventureros suizos que alquilaban su vida para defender la del tirano que mejor les pagase, no dejaba, por cierto, ni aun vizlumbrar que entre semejantes perros guardianes, pudiese encontrarse un hombre, que a la rectitud de corazón, a sus calificadas luces, a su prodijiosa pero noble ambicion, uniese como Sutter, una intrepidez a toda prueba, i una inapeable fe en los prodijios que coronan siempre la constancia i el trabajo.

Era el capitán John Sutter, un jóven alto, bien proporcionado i de bizarra i militar apostura. Hijo de los cantones suizos, donde se refugió despues de la catástrofe de julio, las mui pobladas e industriosas montañas de su patria, la suma pobreza en que había quedado i la sed de engrandecerse i de buscar aventuras, no tardaron en hacerle com-

prender que Europa era el campo ménos apropiado para sacar provecho del capital del aventurero, que pocas ocasiones se reduce a mas, que a ingenio, a valentia i a capacidad de sufrir percances, por duros i dolorosos que ellos fueren. Armado, pues, de valor i lleno de esperanzas, se trasladó a las llanuras del Missouri.

Pero estaba escrito que habia de encontrar en todas partes dificultades para alcanzar su ambicioso propósito de figurar, en primera escala, en el lugar de su residencia. Sucediólo en Norte América algo análogo a lo que le habia sucedido en su patria. Su falta de recursos pecuniarios, en medio de una poblacion apiñada e industrial, le lanzaron de ella; la suma actividad i la iniciativa individual del yankee, le obligaron a alejarse de este otro pais donde forzosamente debia ocupar un lugar relativamente secundario; así fué que sin mas esperar, buscó en la América española, lo que no le era dado encontrar en la inglesa.

Acompañado de algunos aventureros tan arrojados como él, abandonó Sutter a Yaackson Country del Missouri, i poniéndose en marcha en demanda de la nueva rejion que debia satisfacer sus aspiraciones, llegó, despues de mil aventuras i trabajos, en agosto de 1838, a los risueños campos que median entre la que es hoi ciudad de Sacramento i el mentado rio Americano, de la Alta California, seccion entónces de la República Mejicana.

El aspecto del lugar, la calidad de los terrenos, la pujanza de su lujosa vejetacion i la proximidad del extremo navegable de un poderoso rio, cautivaron el corazon de aquel hombre eminentemente colonizador; así fué que la idea de no encontrar en aquel desierto mas dificultades para explotar sus riquezas, que aquellas que podia vencer su constancia i su calificado valor, le determinaron a solicitar del gobierno mejicano la cesion graciosa de una propiedad territorial, obligándose él a contener i a castigar a las indiadas que la poblaban, en caso que éstas siguiesen ejerciendo depredaciones sobre la poblacion civilizada de aquella peligrósisima frontera.

Méjico accedió gustoso a su demanda, como habia accedido ántes a la solicitud de unos inmigrados rusos que colocados a corta distancia del terreno concedido a Sutter, se ocupaban en coleccionar pieles i en la pesca de salmon.

La presencia de otra colonia tan autorizada como la rusa, i tan inmediata a la que nuestro aventurero pensaba fundar, era sin duda un poderoso entorpecimiento para que se pudiesen llevar a feliz término el

cúmulo de proyectos que bullian en la imaginacion del recién llegado. Así fué que, sin reparar en sacrificios, no solo compró a la colonia rusa todos sus derechos a la antigua mision de la Bodega, sino que logró, con bien calculadas concesiones, asociar a su empresa a los miembros dispersos del disuelto establecimiento, i con ellos dió principio a sus tareas con la ereccion de un fuerte que pudiese servirle de base para sus futuras operaciones.

El antiguo soldado de guardias suizas sabia por esperiencia que para dominar solo hai dos caminos; o el de atraer con dulzura haciendo grata la obediencia, o el de imponerla con rigor, haciendo entender al agredido que toda resistencia es escusada por útil.

Misiones i otros medios mas sentimentales que prácticos habian sido hasta entónces, sin resultado, empleados por las autoridades mejicanas para modificar el feroz carácter del indio de aquellas comarcas; no quedaba, pues, otro arbitrio civilizador, que el del empleo de la fuerza dirigida por el saber. Nosotros hemos empleado mas de tres siglos consecutivos el mismo sistema mejicano para traer i civilizar a nuestros araucanos, i solo ahora empezamos a conseguir, aunque a medias, aquello que con un poco mas de enerjia i de juicio hubiéramos podido conseguir de tiempo atras; porque el indio montaráz, voluntarioso o de malos instintos, solo acepta la paz, el respeto a lo ajeno i el trabajo, cuando llega a persuadirse, de que por el solo hecho de ponerse al alcance de la bala de un rifle, si viene con ánimo hostil, debe morir o ser encadenado.

Fué, pues, Sutter en sus primeros pasos cruel; i sin mas recursos que su valor i el de sus abnegados compañeros, alternando la espada con el arado, peleó, venció, labró la tierra, obligó por fuerza a trabajar en ella a los vencidos, i solo cuando la indiada traicionera i veleidosa llegó a persuadirse de que tenia que obstar entre la muerte o la sumision, comenzó nuestro adelantado a poner en planta aquel cúmulo de ideas civilizadoras que tanto le enaltecen. Repartió propiedades entre los indijenas de su comarca, les dió vestidos, les dió hasta colchones, para que se acostumbrasen a comodidades de que solo podian gozar al lado del hombre civilizado; erijió escuelas, se constituyó en inexorable juez de sus privadas desavenencias; i les protejió contra las tribus lejanas independientes, sobre las cuales solo hizo gravar el peso de cuantiosos tributos.

Les enseñó despues a labrar la tierra, erijió entre ellos talleres de

carpintería i de herrería, les compró el fruto de sus trabajos, i por último, para coronacion de la obra de este modelo de colonizadores, elevó a los indijenas que mas lo merecian, a la categoria de socios suyos.

De este modo, a fuerza de trabajo, de prudencia i de constancia, logró este hombre escepcional, merecer al cabo, el codiciado nombre de padre, que le daban aun, cuando el que estas líneas escribe recorría aquellas rejiones, los mismos indijenas vencidos a quienes, junto con el amor al hogar, que en tan poco mira el hombre errante, supo inculcar el amor al trabajo.

Cupo, pues, a Sutter la gloria de erijir la primera colonia modelo que floreció en la rejion occidental del continente americano; por esto no causa estrañeza que en el ruidoso meeting con que conmemoró Filadelfia el año de 1846 la anexion de California a los Estados de la Union Americana, el jeneral Gibson dirijiese a Sutter estas merecidas palabras:

«Al patriarca de California, el compatriota de Tell i de Washington, puro i valiente, de noble naturaleza i de bondadoso corazon, de benigno i jeneroso carácter, padre de cada uno de sus colonos i padre de todos juntos, merece que se le erijan no estatuas de mármol ni de bronce, sino estatuas fundidas con el oro mismo de California.»

Entre los activísimos trabajos de este incansable obrero de la civilizacion i de la industria, figuraba el de un grande herido para mover, con las correntosas aguas del río Americano, pocas leguas antes de su confluencia con el Sacramento, un molino de aserrar i pulimentar las valiosísimas maderas de cedros i de pinos que poblaban los contornos de aquel valle. Entre la rústica peonada que trabajaba en el canal, se encontraba un tal J. James Marshall, a cuyo robusto pico se deben las primeras pepas de oro que tanto influjo debian ejercer sobre el comercio del mundo, i a las que indudablemente debe, el no ha mucho olvidado California, la rapidez de sus envidiables adelantos.

La desastrosa guerra de los Estados Unidos con Méjico, iniciada en setiembre de 1846 a consecuencia de la anexion de Tejas al grande Estado Anglo-Americano, i terminada con el tratado de Guadalupe Hidalgo en febrero de 1848, coincidió con el descubrimiento del oro en la Alta California. Los últimos cañonazos, pues, que se dispararon en esta guerra, vinieron a anunciar a nuestro feliz aventurero que, junto con su fortuna, habia cambiado tambien su nacionalidad adoptiva.

Pronto pepas de oro de una, de dos, de cuatro i hasta de seis libras,

circularon con la rapidez del rayo por todos los mercados de la tierra; i en todas partes resonó a un tiempo la alarmante corneta de reunion a la feria que ofrecia al arrojito i al trabajo, la envidiable esperanza de seguras i rápidas fortunas.

¿Cuánto valia hasta el año de 1848 en Chile, nuestra modesta fanega de riquísimo trigo? Seis reales, ocho reales, doce reales, dos pesos cuando mas, segun el punto mas o ménos lejano de los centros de inmediato consumo de aquel donde se habia cosechado. ¿Quién hablaba entónces de esportar para Europa este ramo principal de nuestra riqueza agricola en el dia? Solo 28 años despues de la época a que me refiero, se vió llegar a Marsella, i en buque chileno, el primer cargamento de trigos que, en calidad de tímido ensayo, habia atravesado el Atlántico! Los terneros de año se compraban por mayor a razon de tres pesos cada uno. Las vacas para engordar, se compraban a ocho pesos, los bueyes alcanzaban el precio de catorce. Las ovejerías se repartian a los vaqueros, en calidad de raciones, sin mas cargo que el de responder del capital. Un pavo de mechón valia cuatro reales, una carga entera de alfalfa otros cuatro, i aun se callejaban en nuestro feliz Santiago manzanas a medio el ciento! Un capital de 25,000 pesos, racion de hambre en el dia, convertia al feliz poseedor de tamaña fortuna, en envidiable partido para obtener la mano de una codiciada compañera; pero ¿cuánto costaba al simple industrial, con los precios que dejo indicados, alcanzar a reunir esos 25,000 pesos? No es, pues, de estrañar que las noticias de las fabulosas riquezas descubiertas en California, conmoviesen a un tiempo al comercio, a los desheredados de la fortuna, i aun a los mismos a quienes mas parecia ésta sonreír.

Embajadores autorizados de esas riquezas, pero ocultos al principio, las pepas de oro, no tardaron en salir a toda luz entre nosotros, i cobrando su fama las proporciones de la calumnia del Barbero de Sevilla, lograron producir en los ánimos de los tranquilos chilenos, la esplosion de aquel febril movimiento que, desoyendo las voces de la prudencia, condujo a miles de aventureros al rico panal de miel donde tantas esperanzas perecieron.

Para los que daban ascenso a la existencia del oro californés, solo era imprudente aquel que no se precipitaba; i ¿qué mucho es que entónces eso sucediese, cuando, hoi mismo, deploramos decepciones ocurridas ayer?

¡El hombre parece que hubiera nacido para no escarmentar! El comer-

cio preparaba cargamentos; el que algo tenia, no pudiendo ir en persona, habilitaba empresas; el que tenia poco, realizaba para costear el viaje i el que nada tenia, o costeaba su propio pasaje en calidad de marinero, o empeñaba su trabajo por escritura, en cambio del valor del costo de su traslacion a ese Dorado mil i una noche convertidas en realidades!

En medio de semejante batahola, no era posible que el que estas modestas lineas escribe, avezado a lós percances de una vida siempre borrascosa i llena de aventuras, permaneciese impassible ante tan febril movimiento.

Cuatro hermanos, un cuñado i dos sirvientes de toda confianza, constituyeron el personal de nuestra expedicion a California.

Voi a indicar cuál fué el caudal de los medios de accion de que pudimos disponer, al acometer una empresa que nos separaba mas de 6,700 millas de la patria i de nuestras tiernas afecciones, para que el lector deduzca de él, cuál fué el de la mayor parte de los aventureros chilenos que sin contar, ni con mucho, con nuestros recursos, se lanzaron impávidos en pos de la fortuna, a una rejion lejana, en la cual hasta el aire que debian respirar en ella, les era de todo punto desconocido.

Reduciase el capital social de nuestra calaverada a:

Seis sacos de harina tostada;

Seis de frejoles;

Cuatro quintales arroz;

Un barril azúcar;

Dos de vino de Concepcion;

Un pequeño surtido de palas, hachas i barretas;

Un perol de fierro; pólvora i plomo para balas;

250 pesos libres en metálico, i 612 para costo del pasaje.

El equipo privado de cada uno, aparte de la ropa blanca, que allá se abandonó, porque no habia quien se ocupase en lavar trapos, sino en lavar oro, constaba: de bota granadera; camisa de lana, que hacia al mismo tiempo de chaqueta; grueso pantalon de casimir; cinturon de cuero; un puñal; una chapa de pistolas; un rifle, i por remate, un sombrero de paño, que asi podia hacer las veces de sombrero como las de almohada. Completaban nuestro individual ajuar, un saquito de cuero para harina tostada; un jarro o escudilla de lata capaz de soportar la accion del fuego, los arreos del cazador, i un mechero.

No diera crédito a los apuntes de la época, que tengo a lá vista, si mi memoria no los autorizara. California para los chilenos era un pais

desconocido, casi un desierto, lleno de peligros i visitado además por enfermedades epidémicas. Allí no había amigos ni relaciones de que echar mano; la seguridad individual solo podía encontrarse en el cañon de una pistola, o en la punta de un puñal; i sin embargo, el robo, la violencia, las enfermedades, la muerte misma, fueron consideraciones secundarias ante el brillo halagador del oro.

Nosotros, como se deduce de la naturaleza misma de nuestro cargamento, solo debíamos principiar a correr aventuras despues de llegar a California; mas no así aquellos que pagaban con trabajo de marinero su pasaje, ni mucho ménos los que venian en pos del Dorado desde el Atlántico. Desde Valparaiso a San Francisco teníamos solo que navegar algunas 6,700 millas, miéntras que desde Norte América al mismo lugar no había ménos de 19,300 i a más el Cabo de Hornos. Principiaban, pues, mucho ántes que nosotros a padecer. Por esto admira que ni los afanes i sacrificios para cubrir el importe del pasaje, ni los conocidos percances de un viaje en el cual terciaban con frecuencia muertes desastrosas, fuesen parte a templar el ardor de los que pretendian emprenderlo.

Nosotros mismos conseguimos, a duras penas, cabida en la primera cámara de la barca francesa *Stahueli*, por encontrarse ya repleta de pasajeros; con todo, no habíamos perdido un momento de tiempo entre el anuncio del viaje i el pago de nuestro pasaje. Fué preciso que dejásemos atrás nuestra carga, embarcada en la *Julia*, para no atrasar nuestra salida.

El día 20 de diciembre de 1848 logramos, al cabo, zarpar de Valparaiso, diciendo adios a multitud de amigos i de curiosos que, con los semblantes mas acontecidos por tener que quedarse atrás, no se cansaban de suplicarnos que les escribiésemos cuanto hubiese de verdad sobre la tan ponderada riqueza del lugar a donde la buena suerte nos encaminaba!

Va, pues, a principiar desde este momento el relato alternado de serio, de ridículo i de espantoso, que constituye la calaverada que lleva el nombre que encabeza estas líneas.

Era en aquella época capitán de puerto el señor Orella. Mandó éste despejar a los que no debían seguir el viaje, i al intimar la orden a un aventurero del sexo femenino, nada mas que porque se le había ocurrido sacar su pasaporte con el nombre de Rosario Améstica, cuando era fama que había nacido Izquierdo en Quilicura, que fué Villaseca en Talca-

huano, Toro en Talca, i hasta el dia anterior, Rosa Montalva en Valparaiso, fué tal la zambra que armó esta arrojada mujer, fresca i donosa todavía, por quedarse a bordo, que casi fué causa de una revolucion entre los pasajeros de proa, i de que echasen a empellones al buen Orella al mar. Las miradas i las lágrimas de Rosarito, hicieron brotar como por encanto del entrepuente, testigos de la intachable moralidad de tan púdica doncella... Este la habia visto nacer, aquél fue su padrino, todos, en fin, habian tenido que hacer con ella, i todos a una aseguraban que era Améstica i no otra cosa; así fué que quiso que no quiso el capitán de puerto, la dejó a bordo, con jeneral contento de muchos alegres pasajeros.

Constaba el número de los viajeros, de noventa hombres, tres mujeres, cuatro vacas, ocho cerdos, tres perros, diecisiete marineros, un capitán i un piloto.

Ninguno se acordó, en los momentos de salir, de los peligros i trabajos que le esperaban. Todos a una alentábamos con nuestros deseos la fresca brisa que nos empujaba, i perdimos de vista el suelo patrio, sin que un solo suspiro, ni el mas leve remordimiento, diese a entender que conociamos la magnitud de nuestra comun temeridad.

Entre los pasajeros de sobre cubierta, iba don N. Alvarez, chileno de nacimiento, flacucho de cuerpo, i de carácter tan escéntrico i al parecer tan malicioso, que siendo como lo era, rico, i pudiendo ir en primera cámara, no quiso hacerlo, porque decia que los franceses, por ladrones, no le darian de comer en ella lo mucho i bueno que él llevaba en sus cajones de rancho. En la primera cámara iban los señores de Boom, Pioche, canceller de la legacion francesa, Bayerweck, nosotros, i entre los demas alegres compañeros, un frances de tan abultadas caderas, que para entrar en la cámara por la angosta puertecilla que la comunicaba con la cubierta, tenia siempre que ladearse. Pusímosle por mal nombre Culatus.

Para conservar la hilacion de estos recuerdos, voi a copiar algunos pasajes de mi diario.

Dia 18 de enero de 1849. Hasta hoi solo nos atormenta una monotonía desesperadora, i un calor sofocador. El aspecto del cielo i las observaciones del capitán, nos dan a entender que ya estamos pasando el Ecuador. De pocos dias a esta parte notamos algun descontento en los pasajeros de proa. Alvarez tercia mucho en el asunto, porque parece

que sus provisiones mal distribuidas, no le alcanzarán hasta el término del viaje; tememos un motin a bordo.

19. La alegre voz de «buque a la vista,» nos ha llenado a todos de contento. A las nueve de la mañana la maniobra del buque nos dió a entender que deseaba ponerse al habla, i a las diez vimos, con el mayor alborozó, que puesto en facha arreaba una de sus embarcaciones. Ciento doce hombres llenos de gusto i de curiosidad recibimos la visita del amable i modesto capitan yankee que nos favorecia con su presencia, i los marineros que le acompañaban casi se desmayaron de envidia, al ver en nuestro poder a la simpática Rosarito.

En el almuerzo supimos que el buque se llamaba *American*, i que su capitan, señor John Perkinson, pensaba recalar en Talcahuano antes de proseguir su viaje, por el cabo de Hornos, hácia el norte. Todos escribimos con febril precipitacion a nuestras familias. El buen Perkinson, despues de haber mirado con resignacion todo el aparato de nuestro buen servicio de mesa, nos dijo estas palabras que nunca podré olvidar:

«Esta es la primera vez, señores, despues de treinta i nueve meses que navego sin desembarcar, que como en una mesa de tanto lujo. Ustedes tienen cubiertos, platos, buen pan i carne fresca; a mí se me ha olvidado ya todo esto: galleta apolillada, dura i negra, i mala carne sahada, han sido mis mas delicados alimentos desde que me separé de mi mujer i de mis hijos. Ustedes son mui felices, puesto que a mas de todo esto, van a buscar mucho oró en California; pues bien, agregó con un suspiro, no les envidio su suerte, yo me marché a abrazar a mis hijos.»

Este dia ha sido para nosotros completo; aun no habiamos perdido de vista al ballenero, cuando con grande algazara logramos meter a bordo un monstruoso tiburón. Despues de lo mucho que nos costó ultimarle, tal era lo que se defendia a coletazos, le encontramos en el vientre un zapato de marinero i dos tarros de sardinas que acabábamos de desocupar. El corazon de este voraz animal, colocado en un plato, estuvo dando señales de vida durante tres horas, i saltaba quando se le tocaba.

Dia 30. Son las ocho de la noche; hoi hemos pasado un dia cruel que pudo haber sido desastroso. Hacia dias que yo sospechaba que la tranquilidad de nuestro viaje podia ser de un momento a otro pertuba-

da por el modo altanero con que los pasajeros de proa trataban a la tripulación, i casi se ha realizado mi pronóstico.

Acabábamos de comer cuando entró un marinero precipitadamente al comedor i habló en secreto al capitán; éste, demudado, se alzó al instante de su asiento, i dirijiéndose con voz turbada hácia nosotros:

—¡Tenemos revolucion a bordo! nos dijo. Alvarez la capitanea, i si ustedes no me ayudan, somos perdidos!

Como era ésta la peor desgracia que podía acontecernos, vista la indole de los revoltosos, miéntras todos acudían a armarse en sus camarotes, yo me lancé sobre la cubierta en busca de mis sirvientes, quienes ayudados de tres peones que yo habia contratado a bordo en días anteriores, se dieron tales trazas, que ántes que alcanzase el motin al grado funesto de enardecimiento, lograron reaccionar i entregarnos desarmado al loco autor de tan descabellado movimiento. ¡No es poca nuestra suerte! El preso continuará vijilado hasta el día que lo desembarquemos.

Suspendo momentáneamente aquí la copia de mi diario, para consagrar a este inocente i loco caballero, a quien meses despues de esta ocurrencia salvé de una espantosa muerte, algunas palabras.

Vuelto de los placeres de Sonoma, para desempeñar una comision de mis consocios, encontrábame con el señor Guilespie pasando el sol a la sombra de un pino, a inmediaciones del arruinado fuerte Sutter, cuando llegaron a nuestros oidos los alaridos de un hombre a quien otros suspendian sobre el toldo de una carreta. Parecióme conocer la angustiada voz del infeliz que imploraba socorro. Me alcé lleno de espanto i grité a Guilespie:

—¡Matan a un amigo, corramos a salvarle!

Por fortuna llegamos a tiempo! Todavía estoi viendo al infeliz Alvarez atado del pescuezo al gancho de un árbol, i sujeto los piés con otra cuerda en el toldo de una carreta lista para marchar. Iba a ser descuartizado! Pasaba yo por frances en California, i sabia que el nombre de Lafayette corria con veneracion entre los mas rústicos americanos. Invoqué ese májico nombre, dije que Alvarez era el único protector que habian tenido los franceses en Chile, que a mí mismo me habia salvado la vida i que yo respondia de su honradez. Mi compañero apoyó automáticamente cuanto me oyó decir, i la mano de Dios interviniendo, Alvarez fué bajado con respeto de aquel atroz e improvisado patibulo!

Debió su origen este acto de atropellada i bárbara justicia, al carácter entrometido de nuestro atolondrado paisano. Nunca pude saber por qué habia ido a visitar ese aduar de mineros ambulantes; i como se estraviase una pala i no hubiese entre ellos mas hombre que ese descendiente de africano, como llamaban los yankees a los chilenos i a los españoles, se atribuyó a él el robo, i sin mas auto ni traslado, constituidos aquellos bárbaros en jurado, iban a hacer con Alvarez lo que hacian con frecuencia en todas partes con los ladrones conocidos. Cinco dias enteros estuvo este infeliz caballero fuera de juicio, i como dominado por una estultez convulsiva. Recobrado despues, se separó de nosotros i no he vuelto a saber mas de él.

Vuelvo a mi interrumpido diario.

13 de febrero. Hoi contamos ya 47 dias de viaje; el estado sanitario perfecto; solo hemos arrojado al mar a un pobre marinero muerto. Segun me ha dicho el capitan, en cosa de cuatro dias mas, llegaremos al pais de la esperanza o al de la decepcion. Viento fresco, caminamos a razon de ocho millas por ora; si así sigue, los cuatro dias se tornarán en dos. Densas nubes nos rodean por todas partes. El capitan ha lamentado todo el dia la ausencia del sol.

Dia 15. Son las once de la noche; está visto que nuestro fastidioso viaje no quiere terminar sin despedida. Hace solo una hora que debimos haber perecido todos estrellados contra el cordón de los conocidos farellones que se alzan a cinco leguas de la entrada al puerto de San Francisco! Densa neblina, calma i corrientes han tenido justamente preocupado a nuestro capitan desde que vino el dia. A las cuatro de la tarde hizo acortar velas i disponer las anclas. Ignorando lo que estas medidas significaban, solo parecíamos inquietos los que estábamos al cabo del motivo de estas órdenes de precaucion. Para los demás, todo ha sido motivo de contento, i con razon, porque en toda larga navegacion, no hai ni puede haber sonido que sea mas grato al oido, que el que produce el tendimiento de la cadena del ancla sobre la cubierta, anuncio siempre de feliz llegada.

El capitan, para conservarnos en pié, sin alarmarnos, nos propuso una partida de wist, en la cual tomó tambien parte él, diciéndome al sentarse i en secreto, que creia que ya estábamos mui inmediatos a los farellones.

Reinaba en la cámara el mayor contento; unos jugaban, otros tomaban té, todos hablaban al mismo tiempo, todos echaban bravatas

refiriendo lo que pensaban hacer, i el bueno de Culatus, que mas estaba para dormir que para otra cosa, colocada su corpulenta humanidad sobre el primer peldaño del escalerin que conducia de la cámara a la cubierta, tomaba tranquilamente el aire en él, cuando el capitan, soltando de repente el naipe, se lanzó sobre la cubierta. Un instante despues, i cuando ménos lo esperábamos, las aterradoras voces:

—Rocas a proa!..... La barra al viento!..... Larga todo!..... produjeron en nosotros el efecto de un rayo.

Vueltos del primer espanto, nos precipitamos derribando asiento i quebrando platos hácia la puerta de la cámara, i como ésta estuviese obstruida por el gordo Culatus, que con el susto olvidó que debia perfilarse para pasar por ella, el impulso combinado de todos nosotros despidió como taco de cañon sobre cubierta el endemoniado promontorio que nos obstruia el paso, i pasamos por sobre él! La hermosa barca, en tanto, dócil al timon, se habia desviado del peligro, dejando a popa una blanca i estruendosa zona de espuma, que señalaba la base de las negras rocas donde debiamos, sin el celo de nuestro capitan, perder, junto con nuestros ensueños de riqueza, la vida misma!

Siendo peligrosísimo proseguir, i habiéndonos dado la sondalesa 40 brazas de fondo, soltamos ancla.

Día 16. Calma, mar gruesa, neblina mojadora. Nadie ha dormido anoche, nos rodea una nata de lobos o focas que se desprenden de las rocas i caen pesadamente al agua. La algazara de las aves marinas i el bramido de los anfibios, nos ensordecen.

Día 17. Hoi ha seguido la niebla desesperadora i aun llueve con fuerza. A medio día, favorecidos por el viento, levamos ancla para separarnos de nuestra peligrosa vecindad, i al dar la primera bordada tierra afuera, casi se estrella con nosotros un bergantin que, pasando como un celaje raspando la popa de la barca, alcanzó a decirnos algo que no pudimos comprender i desapareció entre la niebla! ¡Qué situacion tan azarosa!

Día 18. ¡A cuántos contrastes no está sujeta la vida del navegante! Medio dormitamos tendidos, sin desnunarnos, en nuestros camarotes, cuando al venir el día, atronadores vivas de alegría nos hicieron saltar sobre cubierta. ¿Qué novedad era aquella?

Pasado el bardon de espesa niebla que a guisa de telon se interpone, casi siempre en aquel lugar, entre la costa i los navíos que se dirijen a ella, teniamos a la vista el mas hermoso panorama que en tan angus-

tiosos momentos podía desarrollarse ante nuestros ojos. Divisábamos al sur los negros farellones que en tanto peligro nos habian tenido, i al oriente, adonde con cielo puro i fresco viento dirijiamos la proa, la garganta Puerta del Oro, que imponente al propio tiempo que risueña, parecia abrirse de par en par para recibirnos. ¡Ya estábamos en California!

Por entre el cordon de cerros costaneros que defienden el territorio de la Alta California contra los embates del Pacifico, se han abierto paso reunidos el Sacramento i el San Joaquin, que son los mas poderosos rios que arrojan sus aguas en el mar occidental del continente americano, formando entre la abierta serranía el pintoresco canal que, por conducir a la rejion de los dorados ensueños, ha merecido el nombre de Puerta del Oro. Esta importante garganta tiene seis millas de largo sobre una a tres de ancho, es accesible a toda clase de embarcaciones, i es tambien la única entrada que tiene la bahía de San Francisco. Sus agrestes costas, trabajadas dia a dia por las periódicas crecientes i vaciantes de las mareas, se alzan perpendiculares por uno i otro lado del canal formando paredones abruptos, cuya base granítica i llena de curiosísimas cavernas, soporta lechos de tierra vejetal cubiertos de árboles i de verdura.

Tras esta imponente entrada se abre la bahía de San Francisco, que es sin disputa la mas hermosa, vasta i segura de cuantas bañan las aguas del Pacifico. Puede deducirse la importancia de esta bahía, ya por sus dimensiones, ya por la bondad de sus ancladeros. Tiene de largo 70 millas, su anchura media alcanza a 14 i su superficie llega a 275. Divídese en dos senos principales: el de San Francisco al sur i el de San Pablo al norte. El primero, en cuya costa N. O. se encuentra el pueblo del mismo nombre, mide 41 millas de largo i encierra algunas pintorescas islas, entre las cuales la denominada Birds Island, parece colocada intencionalmente por la mano de la naturaleza asi para un faro para el arrumbamiento de las naves como para un fuerte que haga respetar el dominio de la bahía. El segundo, que se abre al norte de éste, mide 30 millas de largo, i comunica por una estrechura con otro seno mas que cuenta 15 millas de largo i que lleva el nombre de Suisuu.

En este tercer seno entran tranquilos, como en un lago, que detiene sus corrientes, los dos grandes rios del Sacramento i del San Joaquin, cuyos caudales reunidos comienzan desde allí, por el influjo de las mareas, a perder la dulzura de sus aguas, hasta lanzarse en las del mar

Pacífico, despues de haber recorrido, navegables, el primero de N. E. a O., un territorio de mas de trescientas millas, i el segundo otro de poco ménos estension de S. a N. El fondo de la bahía es de arena i barro, i sus costas accesibles en todas partes. No hai en la embocadura de este hermoso rio, barra que ponga verdaderos peligros a la navegacion, aunque el flujo i el reflujó de las mareas sean tan cuantiosos, que al entrar i al salir por el canal de desagüe, formen multitud de pequeñas vorájinés capaces de ocasionar desastrosas pérdidas en las embarcaciones menores que, imprudentes, se lanzaren en malos momentos en aquel peligroso paso.



CAPITULO XIV.

Confírmense las noticias sobre la abundancia i riquezas de los lechos auríferos.—El capitán del puerto.—Rosarito Améstica.—Visita al pueblo.—Contradictorios informes sobre las minas i la época de emprender trabajos en ellas.—Primeras operaciones de mi compañía minera.—Fleteros i cargadores.—La compañía se constituye en lavandera.

Recojidas la mayor parte de nuestras velas i listas las anclas, entramos con cautela por la afamada Puerta del Oro, i llenos de emociones, no tardamos en avistar el pueblo que iba a dejar de ser mezquina aldea de Yerbas Buenas, para trasformarse, como por encanto, en la populosa i rica San Francisco.

La idea que llevábamos de lo que podia ser aquel pueblo, no era, por cierto mui satisfactoria.

Recordábamos que aquel Lugar habia pertenecido a España i a Méjico, sabíamos que estaba situado léjos de los grandes centros, i una i otra consideracion nos inducia a creer que íbamos a encontrarnos con la segunda edicion de algun Curacavi. Mucho nos engañábamos, i no fué poca nuestra sorpresa cuando al doblar la puntilla que protege el ancladero, a pesar del poco dia que quedaba, logramos ver por entre la arboladura de los buques, una linda aunque irregular poblacion, que, dotada de algunas casas de sumo valor, se extendia en forma de anfiteatro sobre el plan inclinado de su pintoresco asiento.

Habiannos precedido treinta i cuatro buques de todas nacionalidades i la escuadra norte-americana compuesta de un navío, de tres corbetas i de un trasporte.

Como fuese nuestro *Stahueli* el primer buque frances que entraba al puerto, despues del descubrimiento del oro, el jefe de la escuadra tuvo la galantería de contestar los saludos de nuestra bandera, haciendo que

sus marinos, coronando las vergas de la capitana, nos obsequiasen con tres hurras que hicieron retumbar los ecos de la bahía.

Al fin oímos la deseada voz de Fondo! i al son del ruido de la cadena del ancla, acompañado con un hurra jeneral, poco faltó para que nos abrazásemos todos, dándonos los parabienes por nuestra feliz llegada, como si acabásemos de salir de algun inevitable peligro. Cosa singular! mucho he navegado en el curso de mi vida, a los 15 años ya habia pasado tres veces el Cabo de Hornos, dos años despues lo habia pasado de nuevo, i sufrido en el Atlántico los peligros del mas violento Pampero. He atravesado el peligroso golfo de Vizcaya, en la época de los equinoccios, cuando no habia ya en la ciudad de Burdeos lugar donde apontentar náufragos, i nunca me impresionaron tanto los peligros como me impresionaron en este viaje!

Un instante despues pudimos ver iluminados los fuegos de esta naciente poblacion, i al contemplarla, llena la cabeza de dudas i el alma de ansiedad, esperábamos, como el reo la sentencia, que alguno nos trajese noticia de si era o nó cierto lo que de estos lugares se contaba.

Hubiera sido preciso hallarse en nuestra situacion, i haber tenido a la vista el variado i singular semblante de cada uno de los pasajeros, ajitadas sus almas por el temor i la esperanza, para deducir cuál debió ser el efecto que causó en nosotros la llegada del primer bote que atracó a nuestro costado.

Creimos al principio que fuese el bote de la capitania o el del resguardo; pero, como en California sucedian cosas que no suceden en otra parte, el bote que nos abordó era el de la *Anamakin*, cuyo capitan, señor Robinet, iba a saber noticias de Chile.

La llegada de este caballero nos conturbó. De sus labios pendia nuestra sentencia. Todos se precipitaron hácia él, todos hablaron a un tiempo, i aunque cada uno creia que hacia una pregunta distinta de la que hacian los demas compañeros, puede asegurarse que todas se redujeron a ésta:

—¿Es cierto que hai tanto oro como se nos dice?.....

Mis compañeros i yo no oímos la contestacion. Como por un efecto maquinal nos habiamos reunido en la borda opuesta, porque queríamos prolongar una incertidumbre que, por cruel que ella fuese, siempre debia ser preferible a un desengaño. Por último, un amable i simpático jóven-cito frances, compañero de cámara, que cuatro meses despues murió

de nostalgia invocando el nombre de Chile, no cabiéndole el gozo en el cuerpo, se precipitó hacia mi gritando:

—¡Todo es cierto, todo, hai mucho oro, muchísimo oro!

Juzgue quien quiera si esta noticia seria o nó para volver el alma al cuerpo! Hizose el movimiento i el habladero tan jeneral, que nadie parecia entenderse; grupos aquí, grupos allá, interjecciones mas o ménos enérgicas en todas partes. Unos señalaban el puño hacia el rumbo Chile; otros erguian la cabeza, i no pocos, hartos de futuras felicidades, sentados sobre un rollo de jarcia, parecian entregarse a solitarias i agradables meditaciones.

Yo, para quien las dichas han sido siempre mentiras, sin dejar por esto de participar del jeneral contento, todo lo miraba, o como dijo el otro, de nada me dolia. Mas, si en aquel instante hubiese caido de la luna algun imparcial espectador, sin gran trabajo hubiera podido leer en cada uno de esos ajitados corazones, estas u otras semejantes inscripciones:

—Se realizó mi sueño, seré banquero en Francia!

—¡Cómo se va a morir de pena Amalia, que me desechó por pobre!

—¡Qué chasco te llevas, Julia, si me pretendes ahora!

—Supuesto que hai tanto oro, es claro que soi ya rico; buena i bonita es la fulana; pero es tan pobre!

—Habiendo oro hai holgazanes, entre holgazanes hai juego; viva mi dado cargado, viva mi sota i demas!

—Ya tengo talento ¿quién es borrico en Chile siendo rico?

Volviendo a Robinet, nos decia que lo que se contaba en Chile ni sombra era del que habia; que el mas ruin patan botaba el oro como si fuese un Creso, puesto que para adquirir tan codiciado metal, sobraba con agacharse i alzarlo del suelo; que habíamos llegado al pais de la igualdad i que el noble i el plebeyo marchaban hombro a hombro en California.

En resolucion, fueron tantas las maravillas con que nos aturdió aquel buen señor, que al darle la mano de despedida, mas pareciamos dársela por las noticias que por agradecimiento a su visita.

Quedando ya poca noche, nos fuimos todos a la cama para estar en pié a la venida del dia.

Apénas salió el sol, cuando se vió nuestro buque rodeado de botes i de chalupas, unos llenos de curiosos i de negociantes, otros en busca de equipajes i de pasajeros. Todos confirmaban la noticia del oro, i mu-

chos, aunque de pobre i ruin catadura, vaciaban en la mano parte del contenido de los bolsillos de cuero que llevaban suspendidos en la cintura, esponiendo a nuestra alegre vista pepitas como avellanas i polvo como lentejas.

Pronto acudieron tambien multitud de conocidos; pero era preciso mirarles mucho para descubrir, entre los harapos de unos raidos calzones i el pesado chaqueton del marinero, al delicado *futre* de Santiago o al comerciante de Valparaiso. El jóven i adorado Hamilton, socio de un negro, cuya cama compartia por no haber mas que una, marinero i patron de una chalupa con su gorra raída i su camisa de lana empapada con el rocío de la mañana, solicitaba pasajeros para llevar a tierra. Don Samuel Price, gordo, alegre i hacendoso, con sus calzones arremangados, sus manos callosas i el leviton i las botas llenas de barro, nos hartaba a preguntas sobre los efectos que llevábamos, i respondia con portentos al diluvio de las que nosotros le dirijiamos. Mass, Sanchez, Cross, Puett i muchos otros caballeros, que me llamaron por mi nombre ántes que yo conociese quiénes eran ellos, llenaron la cámara. La figura que representaba cada uno de esos aventureros, en otro tiempo de frac i de levita, era tan grotesca, que el buen Dumas, con solo examinar una de ellas, hubiera encontrado lienzo para diez novelas.

La curiosidad no fué solo la que movió a estos hombres activos a visitarnos. En California no se perdía entónces tiempo en contemplar curiosidades; cada cual iba derecho a su negocio. A bordo todo pudo haberse vendido a precios exorbitantes, i como en tierra los precios eran aun mayores, no es de estrañar que los supuestos curiosos hiciesen tanta fuerza de vela para no dejarnos desembarcar sino con tratos cerrados. Encontrándose Cross tratando de un negocio, en el alcázar de popa, con un pasajero, otro negociante, lanzado en pos de un chorlito de los recién llegados, con un imprevisto encontraron lanzó al mar el sombrero de Cross, sin que éste se apercibiera de ello, ni el otro se acordase de mirar para atras. Cuidarse de un sombrero o volver la cara por cortesía, era perder tiempo, i quien tiempo perdía en California, perdía oro. Pocos momentos despues se retiraba Cross con una cachucha alquitranada de marinero, tan suelto de cuerpo i tan erguido, como si se hubiese ido con la mitra de un obispo.

A eso de las diez del día subió a bordo un yankee alto, regordete i de ademan resuelto. Llevaba él un ojo bueno i el otro amoratado a

impulsos de una puñada que habia recibido en él la noche anterior, en una borrachera. Era el capitan del puerto, que, aun trascendiendo a aguardiente i mascando tabaco, venia a dejar a bordo un guarda de la aduana, para vijilar el desembarque de la carga. El tal capitan, que mas parecia ciclope que otra cosa, junto con saltar a bordo nos dijo con alta i afable voz: «Sean ustedes bien venidos a la tierra del oro; mucho oro, mucho oro!» El capitan del *Stahueli*, que no entendia el inglés, creyendo que se nos pedian los pasaporte, al instante los exhibió todos, pues, a él se los habiamos entregado al salir de Valparaiso. Fué para pintado el jesto de estrañeza i de disgusto con el que el yankee miró los pasaportes i el papel sellado, pues creyó que con semejante exhibicion habia hecho nuestro capitan el mas grave de todos los insultos al pabellon de las estrellas; así fué que apartando la vista del ojo en buen estado que le quedaba, de aquellos objetos de horror, exclamó: «Cargue el diablo con las licencias de locomocion! Nada de papel sellado, nada de pasaportes, aquí no se tolera ni el salteo del uno, ni la estúpida tiranía del otro! Solo he venido a felicitar a usted por su feliz arribo, i a dejar autorizado por mi, a bordo, a este ajente de la aduana para que reciba los permisos de desembarque que ustedes saquen de la administracion, i nada mas.» Se le ofreció vino, él contestó que solo admitiria Champaña, i despues de beberse su botella, se separó contento de nosotros, diciendo probablemente para sus adentros, que si los recién llegados no estaban bien al cabo de las prácticas republicanas, bebían por lo ménos mui buen vino.

Rosarito, armada en corso, con su rumboso vestido de seda, capa i sombrilla, atendida por el mas solícito afan por cuanto saltaron a bordo, no tardó en embarcarse, i desaparecer rodeada de cortesanos, por entre la niebla arrastrada o casi llovizna que lo oscurecía todo.

Volvieron a poco los primeros pasajeros que adonosados bajaron a explorar el campo, llenos de contento, de barro i de noticias contradictorias, i nosotros por no ser ménos, nos pusimos tambien en marcha para ver si sacábamos de tanto puercó, algo en limpio.

Lo que se veía i lo que se oía en aquella época en California, era tan escepcional i tan desviado del órden natural de los acontecimientos humanos, i estos se sucedian unos a otros con tan estraordinaria rapidez, que solo escribiéndolos a medida que pasan por la vista, i viéndolos anotados despues, de su propio puño i letra, puede uno creer que todo lo asentado no es un sueño.

Saltamos resueltos a tierra, o mas bien a barro, porque la baja marea no habia dejado otra cosa, desde el punto en que se enfangó nuestro bote, hasta la falda del plano inclinado de tierra firme donde principiaba la poblacion. A mano derecha del desembarcadero, habia una especie de tabique de tablonces, a cuyo abrigo despostaban algunas reses, i sobre las tablas un cordon de cuervos que graznaban halagados por el olor de la sangre.

Habiasenos encarecido por algunos amigos la necesidad de desembarcar armados, i nunca ménos de dos a un mismo tiempo. Lo íbamos, en efecto, como lo estaban tambien la mayor parte de los pobladores negociantes, quienes junto con las mercaderías lucian ya el puñal en la cintura o ya el revólver, arma de fuego que entónces principiaba a generalizarse. Para dar con la casa del señor Price, tuvimos que recorrer gran parte de la mas singular i estravagante de las poblaciones. Sus calles, estensos arcos de círculos cuyos extremos tocaban en la marina, estaban cortadas por rectas que dirijiéndose al mar, terminaban todas en comienzos de muelles, que mas estorbaban que facilitaban el desembarco. Algunas de las casas, que formaban líneas a uno i otro lado de las vías de este laberinto, no valdrian ménos de cien mil pesos. Ninguna continuidad habia entre ellas; pues que al lado de un edificio valioso, aunque rústico i sencillo, se veían filas de carpas de malos toldos, de barracas de tabla i de casuchos, unos armados i otros en activísima via de construccion. El hotel Parkerhause estaba arrendado en 175,000 pesos al año. No habia veredas en las calles, ni cosa que se les pareciese, i el centro era un fangal de barro pisoteado, cuyos puntos mas sólidos los formaban miles de cascos de botellas rotas, arrojadas desde las casas a medida que las iban desocupando. Los pobladores de nacionalidades complejas, que alcanzaban a 1,500 estantes i a otros tantos de trápsito, se podia decir que celebraban un inmenso i bullicioso baile de máscaras; tales eran sus exóticos trajes, sus idiomas i la naturaleza misma de sus ocupaciones. Hasta las mujeres parecia que se hubiesen vestido de hombres, pues, por mas que se buscase una falda en aquella Babilonia, ni para remedio se divisaba alguna que pareciese serlo. Las pieles llenas de rapacejos del oregonés con su cara de perdona-vidas, el bonete maulino, el sombrero aparasolado de los chinos, las enormes botas de los rusos, que parecian tragárselos, el frances, el inglés, el italiano con disfraz de marineros, el patan con levita que ya le decia adios, el caballero sin ella, todo, en fin, de cuanto encontrar se

podiera en un gigantesco carnaval, se veía allí junto i en vertiginoso movimiento. A cada instante teníamos que desviarnos, dando zancajadas en el barro, para dejar pasar a un antiguo petimetre de camisa de lana i de arremangados pantalones, que sudando bajo el peso de algun bulto, ganaba *córtés* desde la playa hasta las habitaciones, a razon de cuatro pesos bulto o tal vez para que no nos llevase por delante un cargador mas afortunado, que poseyendo una carretilla de mano, marchaba orgulloso sin mirar por dónde, excitando la envidia de los que carecian de semejante máquina. Las palabras quietud i ocio carecian en San Francisco de significado. En medio del ruido redoblado de los martillazos, que por todas partes atronaban, unos tendian carpas, otros aserraban maderas, éste rodaba un barril, aquel forcejeaba con un poste o daba descompasados barretazos para fijarlo. Apénas quedaba armada la carpa cuando ya corria el negocio, exhibiendo al lado de afuera i en plena pampa, botas i ropa de pacotilla, quesos de Chanco, lios de charqui, rumas de orejones, palas, barretas, pólvora i licores, objetos que, juntos con las harinas tostadas i sin tostar, se vendian a peso de oro. El chivato chileno, se cotizaba a razon de 70 pesos arroba, i el agua gaseosa azucarada, que bautizaban con el nombre de champaña, de 8 a 12 pesos la botella. Estos precios se debian, no tanto a la poca abundancia de la especie cuanto a la necesidad de economizar el tiempo, pues nadie lo perdía en regatear, aunque andando mas allá podia comprarla mas barata. El oro en polvo era allí la moneda mas corriente, i el modo como le manejaban para hacer los pagos, acreditaba su abundancia, por el poco caso que se hacia de devolver a la bolsa de cuero el exceso que caía por acaso en la balanza.

Vimos la casa de cal i ladrillo que estaba construyendo, con lujo, el señor Hawar, marinerote elevado a la categoría de millonario, i mas allá en la plaza otra que estaba acabando de construir para un suntuoso café, otro marinerote no ménos opulento que el anterior.

Al cabo de un cuarto de hora de una marcha lenta i fatigosa, pero llena de emociones, llegamos a un hotel de hermosa apariencia, perteneciente a un gringo que habia sido soldado aventurero en el ejército expedicionario sobre Méjico. Tocaba a la sazón en la puerta de este edificio, uno de los sirvientes, que no era otra cosa que un caballero convertido en mozo de café, una enorme tortera de metal que llevaba el nombre de tantan chinesco, dando en ella tan repetidos golpes, que atronaba a cuantos pasaban para llamarles a comer. En el salon encon-

tramos a Price i al adamado jóven chileno J. L. C., quien habia dado principio a su negocio echando vainas de cuero a puñales, a razon de dos pesos por vaina. Una mesa larga i angosta ocupaba todo el salon, i al rededor de ella se podian contar no menos de treinta comilonos de la mas estrambótica catadura engullendo con igual apetito i lijereza, para franquear pronto lugar a los que, no encontrando hueco desocupado, aguardaban con impaciencia que lo hubiese. El yankee comia tres veces al dia en aquella época en California; pero no salia de carne asada, de salmon fresco o conservado, de tal cual mal guiso, melaza, té, café i mantequilla. Almorzaba a las siete, comia a las doce i cenaba a las seis.

Eran los precios los siguientes:

Biftec, un peso.

Café, setenta i cinco centavos.

Pan i mantequilla, cincuenta centavos.

Desde nuestra llegada las mentiras i las antojadizas, mas o ménos poéticas suposiciones, reinaban en absoluto en aquella tierra de promision. Nadie conocia jeográficamente lugar alguno, ninguno conocia las distancias que habia que recorrer de un punto a otro, i mucho ménos si debia llegarse a él por agua o por tierra; pero todos a una se lo sabian todo. Los mui pocos que habian vuelto de los *placeros*, o se manifestaban poco dispuestos a contestar nuestras preguntas, o nos desviaban intencionalmente de ellos, porque así parecia convenirles. Estábamos, pues, reducidos a oír relaciones de los que talvez estaban mas necesitados de saber algo que nosotros mismos. Las frases que oíamos por todas partes no salian de éstas:

—No vayan ustedes al Sacramento, porque hai poco oro; dirijanse sin perder momento a Estanislao.

—No piensen en Estanislao; en solo un dia en Sacramento, sacó fulano tantos miles.

—Los minerales están inundados, i sutano, que ayer no mas llegó, dice que ha estado en ellos con el agua a la cintura.

—Qué agua ni qué berenjena, decia otro, aquello es mas enjuto en invierno que en verano.

Para qué proseguir. Por fortuna a un señor Prendergast se le ocurrió como medio de recojer oro sin moverse de San Francisco, improvisar una oficina jeográfica, cuyo único miembro i colaborador era él mismo. No sé dónde pudo hacerse de un mapa antiguo del virreinato mejicano

i dando a la seccion de la Alta California proporciones sin proporeion, inundó la ciudad con cróquis que, aunque mal hechos i reducidos a cuartillas de papel de fumar, alcanzaron a venderse a veinticinco pesos cada uno.

Debí a la amabilidad del señor Price ser presentado a un amigo suyo recién llegado del interior, i por primera vez tuve oportunidad de contemplar, al lado de una envidiable coleccion de saquitos de polvo de oro, una pepa maciza que no tendria ménos de tres libras, la que aquel buen señor decia habia encontrado en una vuelta que habia dado por el campo ántes de almorzar! ¿Por qué no habriamos nosotros de encontrar tambien algunas, aunque fuese despues de comer? Pero no nos podíamos mover, por el maldito cargamento que nos vimos obligados a dejar embarcado en la pesada *Julia* en Valparaiso, i esto nos hizo perder dia i medio o lo que es lo mismo, treinta i seis horas, un siglo entero en California!

Resueltos a recobrar el tiempo perdido, miéntas llegaba el tal porron, nos lanzamos a fleteros.

Componiase la compañía marítima-terrestre de cargadores, de mis hermanos, de Cassalli, antiguo consueta de la ópera en tiempo de Pantanelli, del jóven Hurtado, i de Clackston, del comercio de Valparaiso. El capitán de la desierta *Stahueli*, dándose a santos porque viviésemos en su buque, nos cedió el uso de su embarcacion privada; despues quedándose unos en tierra, esperando carga i echándose al bote otros en busca de ella, dimos con entusiasmo i alegría, principio a nuestras operaciones sociales, a los tres dias de haber soltado el ancla en San Francisco.

Contar los percances i las peripecias a que estuvo espuesta nuestra compañía, contar los rasgos de valentia i los chascos que se llevaron nuestros consocios en el largo tiempo de once dias que duró la negociacion, seria nunca acabar. Por fin, llegó la *Julia* i con ella nuestro lucido cargamento.

Liquidada en el acto nuestra sociedad, cuya ganancia partible alcanzó a mil doscientos pesos, i trasladado a tierra nuestro cargamento, se encargó a mi cuñado Ramirez el cuidado de fletar una balandra para la prosecucion del viaje al interior, miéntas que el resto de la colonia, constituida en sesion permanente de lavado, se dedicaba a lavar la ropa blanca que nos quedaba.

El bote salió, en consecuencia, hácia un caleton inmediato situado al N. E. del puerto, donde habia agua corriente; i provisto de jabon,

de baldes, de un caldero para agua caliente i de otro menor para los porotos, saltó a tierra la tropa de improvisadas lavanderas, llevando cada uno a cuesta enormes sacos, que contenian las ropas navegadas de siete cristianos que acababan de pasar la línea equinoccial! Esta caleta, que llamaremos del Lavado, i que es uno de los preciosos senos de la gran bahía, tiene la forma de herradura, i está resguardada por altos farellones de arena i tierra vejetal, sobre los cuales se lucian hermosos matorrales de esquisitas frambuesas. En el fondo de esta taza se encontraba una lagunita de agua salobre, i en su contorno rastros de otros inocentes, los cuales, como nosotros, habian ido a perder su tiempo lavando ropas. Allí, sin mas esperar, echó la colonia los cimientos de la nueva fábrica.

Presto, caldero, balde, ropa, jabon, se pusieron en situacion de obrar. La antigua mama Borja i ña Rosaura, en todos los dias de su vida de jaboneo, han restregado tanto i con tanto ardor, como lo hicieron en la caleta del Lavado, mama Ruperto, mama Cassalli i las demás esforzadas mamas que alternativamente i a tarea, dieron movimiento a nuestra fábrica, trocando el remo por la calceta i el timon por el jaboneo.

Esta fué la última mano de agradecida despedida, que dimos al blanco i grato lienzo que hasta allí nos habia acompañado.

Habia entónces en Santiago una amable señora, que queriéndonos mucho, no se cansaba de repetir a sus amigas, cuando supo nuestra resolucion de salir para California, esta sentida frase:

— *Virtuosos, niña!*

Consigno aquí este recuerdo que encuentro en mis apuntes, para que se deduzca por el efecto que producía en nosotros su repetición, el carácter que la circunstancia del lugar en que nos encontrábamos, dió a cada uno de los chilenos que compartieron las miserias de la comun espatriación. *Virtuosos, pues, niña!* fué el refran que, despues de algun desagradable percance precedió siempre entre nosotros a una alegre carcajada! Recuerdo que en el atroz incendio que consumió despues todo el pueblo de San Francisco, en vez de ponernos a deplorar la pérdida de nuestra casa i con ella la de cuanto poseíamos, viendo que esto ya no tenia remedio, nos pusimos mui sueltos de cuerpo a gozar del espectáculo que producía en una noche oscura aquella tremenda hoguera, cuya fuerza lanzaba i sostenía, meciéndose en los aires, multitud de tablas encendidas, i que habiéndose hundido en un asqueroso muladar, uno de mis hermanos que al día siguiente del incendio pretendió des-

cubrir el sitio donde habia estado nuestra casa, se nos apareció con la figura mas tristemente cómica del mundo, diciéndonos al exhibirnos su puerca catadura:

— *Virtuosos, pues, niña!*

En California no habia males que el ánimo no pudiese reparar en sus primeros tiempos; despues ya fué otra cosa.



CAPITULO XV.

Viaje al Sacramento.—La "Daice-may-nana," i su capitan Robinson.—Senos alagunados de San Francisco, de San Pablo i de Suisun.—Confluencia de los rios Sacramento i San Joaquin.—Ciudades en jérmen.—El pueblo del Sacramento.—Viaje a los placeres.—En California el que pestañea pierde.—Branam.—Primer vestigio de oro.—Peligroso encuentro con los indios.—Su sistema de lavar el oro.—Lo que con ellos comerciamos.—Llegada al mentado molino.

Nuestro comisionado de embarcacion, para la prosecucion de nuestro viaje a Sacramento adentro, habia ya terminado sus diligencias; pero no siempre en California bastaron el esfuerzo individual i la voluntad para llevar a cabo las empresas mejor meditadas; faltábanos el alma de la guerra: la plata. Nuestro haber disponible llegaba apénas a mil pesos, i como calculábamos que el viaje i sus mas inmediatas consecuencias importarian otro tanto mas, nos echamos a pedir prestado. No con poco trabajo arrancamos mil pesos a un judío, quien por hacernos bien i buena obra nos entregó, con la fianza de Sanchez, al interes del cinco por ciento mensual esa indispensable cantidad.

Arreglado nuestro flete i pasaje, atracó la *Daice-may-nana*¹ al costado del *Stakueli*, barca que nos llevó a California i que hasta entónces nos habia servido de casa. Era el *Daice* una balandra de veinte toneladas, de construccion antediluviana, de enfermizo i aguachento andar i con aparejo en forma de varapalo, que parecia calculado para barrer con cuanto pudiera sobresalir sobre la borda, del propio modo que el rayador de los molineros barre con cuanto trigo sobresale del bordo de la medida faneguera.

En este falucho de triste figura, despues de meter en su estrecha bo-

¹ Escribo *Daice-may-nana* por ser éste el modo como pronunciaban los armadores el nombre de la balandra mejicana *Dice mi ñaña*.

dega, ya repleta, lo poco que pudimos, nos instalamos completando con nuestro personal, el número de veintinueve pasajeros, todos sentados sobre sacos, cajones, palas, fusiles, canastos con provisiones, i treinta mil envoltorios mas que solo esperaban el menor balance para irse al mar llevándose consigo de paso, cuanto tenian encima. Aquí debe serme permitido volver a copiar algunas pájinas de mi viaje, por tener la virtud de haber sido escritas sobre el mismo campo de batalla.

Constaba el personal de nuestra edicion social, no sé si corregida, pero si considerablemente aumentada, de un Ramirez i Rosales, marino retirado de la armada chilena; de un Hurtado, jóven estimable santiaguense; de un Clakston, gringo achilenado del comercio de Valparaiso; de un Cassalli, antiguo consueta del teatro municipal en tiempo de la Pantanelli; de tres Solares i Rosales; de un Perez, medio hermano de los anteriores; i de tres peones inquilinos de la hacienda de las Tablas.

Ninguno de los viajeros podia dar un pasó sin pisar sobre el vecino, ni tampoco recostarse sin encontrar espaldas o rodillas por almohada. Ibamos, pues, en situacion de envidiar hasta la suerte de las mismas sardinas, que si bien es cierto que van estrechamente encajonadas, tambien lo es que van por lo ménos acostadas.

Mandaba nuestro navío el memorable capitán Robinson, yankee ceceoso, chico de cuerpo, vejete atrabiliario i borracho consuetudinario ademas. Le acompañaban, en calidad de marineros, un gringo escocés con su nariz de tomate remaduro, i dos yankees que, a falta de plata para costear su pasaje, acababan de sentar plaza de marinos.

Describir las fachas de bandidos de los otros compañeros de viaje, seria lo mismo que principiar con ánimo de no acabar. Todos de aspecto repugnante, i todos diferentes unos de otros; solo se asemejaban en los indispensables arreos de aquella época, enormes botas granaderas con sus competentes clavos, puñales en la cintura, i rifles i pistolas, que aun a bordo no dejaban un solo instante de manosear.

A las cuatro de la tarde del día 6 de marzo de 1849, diciendo adios a la *Stakueli*, que tan grata hospitalidad nos habia dispensado, comenzamos la ardua tarea de desembarazarnos de entre los desiertos buques que nos rodeaban, cuyo número pasaria entónces de ciento.

Por mal de nuestros pecados metimos a bordo una damajuana con aguardiente i un canasto con botellas de vino, lo cual, visto por el apreciable tocayo del antiguo Schilerick de Juan Fernandez, observando con sentimiento nuestro, que tan delicados objetos solo debian navegar

bajo su inmediata custodia, cargó con ellos. A poco andar, el viento flojo i la corriente en contra, favoreciendo los ocultos proyecto del guardador de botellas, dieron con la embarcacion i con todos nosotros en un banco de fango i arena, del cual nos fué imposible desprendernos, apesar del oficioso socorro que nos prestó un bote de una embarcacion rusa que se mantenía al ancla en el álveo del canal de la vaciante. Allí fué el oír las maldiciones i los reniegos de los unos, los lamentos i los malhayas de los otros! En balde se echaron algunos al agua para empujar el lanchon, en vano se pidió socorro a otros buques; ni ellos nos hicieron caso, ni nosotros pudimos hacer mas que quedarnos donde estábamos. Pero, como la noche entrase a gran prisa, i el frio, la llovizna i la incomodidad en que estábamos, debían dar al traste con los espedicionarios, si por acaso se le ocurría al salvajon del capitán, ya beodo, proseguir a oscuras con las aguas de la creciente, titubeábamos si debíamos o no bajar a tierra para recabar del armador que sujetase con una orden a la *Dai-ce-may-nana* hasta el dia siguiente, cuando atracó a nuestro costado un botecito chato, con cinco pasajeros mas que el buen capitán Robinson tenía vistos para embarcar a hurto de su patron!

Asustados con esta invasion que iba a estrecharnos mas de lo que estábamos, salió una comision en el bote ruso para denunciar a Branam lo que ocurría. Era este caballero un poderoso comerciante, jefe o director de la sucursal de la secta mormónica en California, i dueño, ademas, de la famosa embarcacion en que íbamos enfardelados. Dormía a la sazón; le recordamos, i logramos con no poco trabajo nos diese en una tirita de papel, la orden que necesitábamos.

Vueltos a bordo se armó la de San Quintín; porque habiendo Robinson arrojado sin leer el papelucho de Branam, le gritó nuestro compañero Clakston que se guardase de proseguir ántes del alba, porque eso sería contravenir a las órdenes de su patron! En mala hora se acudió a semejante sustantivo. La voz de patron, fué como el estruendo de una camareta prendida en el barril donde estaba Robinson.

—¡Qué es eso de patron! exclamó éste arrojando la mas espantosa maldicion. Yo no tengo patron, ni aquí hai patrones, i si hubiese de seguirse mi dictámen, a ninguno debería ahorcarse, por pícaro, primero que a ese bribon de Branam!

Por fortuna, este arranque de vital brutalidad, agotó sus fuerzas, porque dando de barriga sobre unos fardos, no pudo levantarse hasta el dia siguiente.

¡Qué noche aquella! Todos pasaron borrachos a espensas de nuestras botellas i de nuestra damajuana, i nosotros sobre las armas para evitar desmanes, pues dos veces estuvo a punto de ensangrentarse nuestro malo i húmedo alojamiento.

Vino por fin el día; con la fresca volvieron en si nuestros conductores, i como no soplabla la menor brisa ni llevábamos tampoco un solo remo, fué preciso ir, a medida que nos arrastraba la corriente, a estrellarnos sobre los buques que nos rodeaban, evitando encontronos, a fuerza de brazos, hasta que a eso de las ocho de la mañana, la mano de Dios i la corriente nos pusieron en franquía.

Júzguese cuál pueda ser la resistencia de estos hombres de fierro, para beber, pues habiendo encontrado el gringo nariz de tomate una botella de quimagogo, que iba por acaso entre las otras de nuestro pobre vino, creyéndola de puro oporto, se la bebió entera, i hasta ahora no comprendo el por qué no reventó.

El viaje ha durado siete días, con sus mortales noches, sin que nos haya sido dado ponernos de pié en todo él, porque las jarcias de las velas latinas, aun así sentados, como estábamos, nos barrian la cara en cada una de las doscientas mil viradas que el viento i la marea nos obligaban a hacer. En aquella incomodísima postura, envueltos en nuestros ponchos i frazadas, que amanecian destilando humedad a causa de los grandes rocíos nocturnos, defendiéndonos de las plagas de ponzoñosos i tenaces zancudos que espesan el aire desde prima noche en aquellos lugares pantanosos, todavía nos sobraba voluntad para departir sobre el hermoso panorama que se desarrollaba a nuestra vista a medida que recorriamos la poética bahía i las preciosas estrechuras que encaminan a la desembocadura de los rios que desaguan en ella. Diré mas, en aquella lancha de Caron, ni escaseaban las risas ni las burlas que nos hacíamos al contemplar nuestras recíprocas i doloridas cataduras. Dispuestos a sufrirlo todo con estoica enerjia, lo único que nos hacia dar al demonio era el descomedido pisoteo de los yankees, quienes, con sus botas con clavos, no respetaban en las maniobras ni las espaldas ni las narices de nadie. Al pobre Cassalli le plantó uno su pataza en la cara, i al reniego amenazador de éste, se contentó el yankee con dirigirle un sonoro *all right!* pasando de largo, como si tal cosa hubiese acontecido.

Al fin llegamos a Sutters Ville, donde nos despedimos de nuestros simpáticos compañeros de viaje en la *Daico-may-nana*, de terrible recuerdo,

i de ese atroz dios Baco que, con el nombre de capitán Robinson, iba también a explorar *Placeres!*

Nuestro viaje, a no haber sido tan brutalmente incómodo, no hubiera carecido de encantos.

Atraviesa el viajero la hermosa bahía, creyéndola formada de un solo cuerpo, hasta la estrechura de los Dos Hermanos, formada por dos islotes muy parecidos que llevan el mismo nombre. Cualquiera creyera que aquel estrecho es ya boca de río, i por esto causa admiración, dejados atrás los peñones, encontrarse navegando en otra bahía, al parecer sin salida también, i que lleva el nombre de San Pablo. El aspecto de este nuevo seno, no es otro que el de un gran lagunón rodeado de cerros i de feraces campos, cubiertos de bosques i de ganados. Pueden en sus aguas navegar buques del mayor calado, i encontrar en todas partes caletas i fondeaderos.

El efecto de las mareas alcanza todavía más adentro. Largas franjas de espuma puerca i turbulenta se ven periódicamente alineadas subir i bajar en las bahías, formando borbotones i remolinos que, como ya se ha dicho, llegan a convertirse en vorágines peligrosas para las embarcaciones menores, en el último canal que termina en la Puerta del Oro, sobre las aguas del Pacífico.

El retiro periódico de las aguas en los senos o bahías que están más al interior, hace necesaria la presencia de prácticos idóneos que conozcan la profundidad de los álveos, los bajos fondos, i la naturaleza de los bancos que ellos dejan descubiertos, sin que por esto sea peligrosa la navegación.

Navégase en la bahía de San Pablo muy cerca de tierra i en aguas tranquilas, descubriendo a cada paso puertos, caletas i multitud de buques i de embarcaciones menores cargadas de pasajeros i de mercaderías, sin que ningún novel viajero sospeche en ella la menor salida, hasta que, llegando a su confin setentrional, ve abrirse ante sus ojos el precioso canal de Venecia, que comunica la bahía de San Pablo con la de Suisun. En el centro del costado norte de esta imponente garganta profunda i correntosa que tiene como una legua de largo, se estaban echando los primeros cimientos de la ciudad que lleva el nombre de Venecia, para honrar el de la esposa del coronel Vallejo. El aspecto del puerto i el de los contornos del presunto pueblo, no era, por cierto, halagador. Sus terrenos apenas se elevan sobre la superficie de las altas mareas; la alta vegetación escasea i los endiablados zancudos ejercen en

aquella rejion el mas sangriento de todos los poderes. Estaba allí al ancla un buque de guerra, i en tierra firme se alzaba un palo de bandera en cuyo alrededor parecia ajitarse i moverse mucha jente.

En aquel lugar inhospitalario por su naturaleza, pero necesario por su situacion apropiadisima para arsenales marítimos, comenzaban a alzarse las paredes de una iglesia, de dos escuelas, de un gran café-posada, de un teatro i de una casa de amonedacion.

El yankee entiende por excelencia el arte de colonizar i de erijir poblaciones. Nunca comienza por programas ni por pomposos ofrecimientos, que pocas o ningunas veces se cumplen; comienza por abrir caminos, por franquear acceso al lugar que desea poblar; por hacer en él trabajos, cuyo costo i magnificencia dan al inmigrante positivas garantías de estabilidad, i solo exige por pago de los primeros sitios i terrenos que regala, la obligacion de edificar o trabajar en ellos. Antes de ayer, ajentes de Benicia, domiciliados en Sacramento, me ofrecieron sitios regalados en Benicia, si yo colocaba mis hermosas tiendas de campaña en ellos; mas, como no habiamos ido a California a poblar, sino a recoger oro, contestamos con sonrisa: a otro perro con ese hueso.

Pasado el canal de Benicia, que mas parece rio que canal, se entra a otra gran laguna navegable llamada Suisum. Las tierras que rodean este tercer seno son tan bajas, que le hacen aparecer mayor de lo que en realidad es. La bahía de Suisum está llena de bancos, que entorpecen en sumo grado la navegacion, cuando no se tiene conocimiento perfecto de los canales principales; sin embargo, la cruzan ahora buques de mucho calado, i estoi seguro que con el tiempo no contarán los capitanes como gracia el no haber tenido que esperar, encallados en el fango, la vuelta de la marea para proseguir el viaje. A medida que uno avanza hácia el interior, se multiplican tanto los bancos, los islotes i los pajonales, que solo se sale de ellos cuando se llega al laberinto de canales que constituyen la imponente confluencia del San Joaquin con el Sacramento. Aunque desde Benicia ya pueden beberse, a falta de otras, aquellas aguas, llegado a la confluencia de estos rios, puede decirse que son potables.

Era preciso ser buen práctico para no errar el canal que, entre este laberinto de brazos mas o ménos profundos, conduce al Sacramento; pero el jenio práctico de los yankee, ha escusado la necesidad de esta clase de ocios, pues vimos que ya comenzaba a señalar el derrotero la presencia de otro pueblo naciente erijido allí con el nombre de Mocte-

zuma. En la parte sur del laberinto, se abre paso otro canal que al traves de las aguas del San Joaquin, conduce a la nueva ciudad de Stockton, en cuya entrada se proyectaba fundar otra ciudad con el nombre de New York. Nosotros proseguimos por la via de Moctezuma. Dejamos atras el laberinto de la confluencia, i pronto nos encontramos navegando en uno de los mas hermosos rios de la costa occidental del continente americano. Es tranquila i lenta su corriente, como espejo su superficie, i sus claras aguas trasparentean los bajos fondos. Se alza en las vegas i ribazos de sus márgenes, la mas lujosa vejetacion; i a medida que uno avanza por medio de sus majestuosas curvas, suelen los árboles dar sombra a las embarcaciones i aun enredar con sus largos brazos estendidos en alto sobre el rio, las jarcias de las balandras que mas se aproximan a las orillas. Esta preciosa via fluvial, cuya hondura franquea fácil paso a los mayores buques mercantes i que no tiene en toda su estension, hasta el mismo Sacramento, arriba de dos cuadras de anchura, no es el cuerpo principal del rio de este nombre, sino uno de los brazos que mas directamente conducen al pueblo, donde al cabo de seis horas, atracamos en el infernal falucho que fué nuestro purgatorio durante siete mortales dias.

El lugar destinado para el pueblo de Sacramento, era el hermoso valle cubierto de encinas i de cipreses que yace al S. O. de la confluencia del rio Americano con el Sacramento. Al designarle como asiento de poblacion, mas parece que se hubiese tenido en mira la necesidad que la salubridad; porque a juzgar por los muchos bajos, pantanos i totorales que mediaban entre las juntas de los dos rios i el pueblo, no era posible que las tercianas i las fiebres pútridas dejasen de hacer estragos con el tiempo en él.

Sin embargo, como para la conveniencia i para el comercio el clima i las mas aterradoras pestes son obstáculos secundarios, el puerto del Sacramento fué el predilecto asiento de aquella afamada Nueva Huelvecia que, en conmemoracion de su patria, fundó el colonizador capitán John Sutter, cuya historia dejo rápidamente bosquejada.

Constituian la base de la poblacion, cuatro casas de tablas en bruto, con sus correspondientes techos de lona, algunas tiendas, muchos toldos de distintas formas i dimensiones, colocados sin orden ni concierto, i muchísimas enramadas.

Al lado de este campamento tendimos nuestras tiendas, i sin mas esperar, armados de nuestros trajes de guerra, como si estuviésemos

mui descansados, dimos principio al desembarco i acarreo de nuestros efectos. Cuantos nos veian nos echaban miradas de envidia, al contemplarnos provistos de cuanto pudiera apetecerse en un lugar donde todo faltaba o costaba muchísimo dinero.

Como todos los habitantes de este aduar marchaban para las minas i ninguno de ellos habia estado ántes en ellas, tan a oscuras nos encontrábamos en él, como en San Francisco, respecto a noticias.

Apénas instalados, fuimos favorecidos por la singular visita de un agente o *corredor* de ciudades, quien, provisto del plano de la futura ciudad de Sacramento-City, nos ofreció sitios regalados, con tal que en ellos colocásemos desde luego nuestro campamento; mas, ese mismo regalo era precio mui subido, para empeñar de nuevo, por simples sitios, nuestras fuerzas agotadas. Dijimos con entereza, nó; i estendidas nuestras frazadas en suelo plano, estendimos tambien sobre ellas nuestras, por tantos dias, encojidas humanidades, i dormimos de un solo sueño hasta el dia siguiente.

Llegada el alba, nos pareció que nos encontrábamos en el centro de un campamento que tocaba en todas partes a rebato. Nadie podia decirse que andaba, todos parecian volar, i entre las voces: «Animo!..... Adelante!.....No hai que aflojar!» se oian repiqueteos de maldiciones mezcladas con el alegre i favorito canto de la Susanita, tonadilla hecha espresamente para los buscadores de oro, cuyo estribillo era: «Susana, Susana, no llores por mí; pues me voi a California a traerte costales de oro.»

En esta poblacion notamos harto mas movilidad que en el mismo San Francisco, i no es de estrañarlo, porque los campamentos dia a dia nacia, i desaparecian con la misma rapidez que se formaban. Si la llegada de veinte o treinta embarcaciones, inundaba hoi la poblacion de jentes i de toldos, la alegre vuelta del siguiente dia, barria con cuanto habia en ella hácia los minerales, dejando para alojamiento de los viajeros que marchaban escalonados tras de ellos, un campo de batalla sembrado de ropás, de monturas, de sácos rotos, muchos con huesillos, de botellas desocupadas i de cuantas zarandajas podían estorbar o entorpecer la marcha del minero hasta llegar a los afluentes auríferos del rio Americano.

Todos marchaban a pié, todos parecian mulas de carga o arsenales ambulantes, i en todos brillaba la nacionalidad, en la naturaleza misma de la carga que llevaban a cuestras.

Harina tostada, alforjas, palas i barretas, batea de lavar oro, puñal *belduque* i poruña, descubrian a la legua al buen chileno. Rifle, pistola de seis tiros, navajas, polvorines i caramayolas, botas granaderas i un cargamento de botellas de brandi, al áspero i pendenciero oregonés. Un sombrero parasol de papel barnizado, un guarda zancudos arrollado en el pescuezo, un yatagan árabe en la cintura, zapatos de diez suelas de carton, dos sacos de arroz suspendido en el extremo de un palo puesto al hombro, al hijo del Celeste Imperio. Solo el ajuar del yankee i el de los demas paises europeos, barajados hasta no poder mas entre sí, no revelaban nacionalidad.

Aquí no se oian mas que disparos de pistolas o de rifles por todas partes; todos tiraban con frecuencia al blanco i ninguno se cuidaba de averiguar adonde podia rematar la bala. Al anochecer era cuando mas detonaciones inesperadas se oian, ya fuese para dar a entender que habia armas de fuego, ya para limpiarlas i cargarlas de nuevo. Ningun yankee se acuesta sin llenar antes este indispensable deber de precaucion cuando está en campaña.

Tan contajioso movimiento no tardó en apoderarse de nuestra ya repuesta fuerza; pero como el peso de nuestro bagaje, solo nos permitió llevar el compas en este concierto i no cantar en él, resolvimos alijerarle. Dijonos un yankee que él nos fletaria una carreta que debia llegar en dos dias mas; que la carreta cargaba veinte quintales i que solo nos llevaria a razon de 35 pesos quintal desde el Sacramento hasta los placeres del rio Americano, cuya distancia se calculaba en 55 millas. Aceptada la proposicion, nombramos una comision para descartar del todo los veinte quintales mas indispensable i para vender el resto; otra para marchar a un *ranchito*, nombre que dan los californeses a lo que en Chile llamamos hacienda, a comprar dos caballos, i otra para armar un carreton con unas ruedas que habiamos traído por acaso de San Francisco, con el propósito de acomodar en él las tiendas de campañas i los útiles de nuestro mas inmediato uso.

Hasta aquí el gobierno de la colonia habia sido multicéfalo i, como era indispensable dar al todo un centro de accion, le convertimos en unitario, nombrando desde luego un monarca con el nombre de Decano. Esto dispuesto, cada comision puso en obra su cometido.

Vendimos ropas i herramientas a precios nunca vistos: la harina tostada a 40 centavos libra, el poco vino de Penco que escapó en el fondo de la bodega del inolvidable *Daice-may-nana*, a 18 pesos galon;

i el chivato de Tilttil, a 10. La carretilla suplementaria que debia ser de caballos i de brazos humanos al mismo tiempo, quedó en la noche lista i solo nos inquietaba la demora de los compradores de caballos, cuando a deshora llegaron estos al cuartel jeneral, pero, con las manos vacias, aunque repletos de hambre i de cansancio. Averiguado el inesperado mal éxito de nuestros valientes comisionados, resultó que Hurtado i Clackston habian sido encantados en el viaje por una Sirena, i que los matadores ojos de ésta, les habian hecho olvidar hasta el objeto de su mision. Desde la separacion de nuestra Rosarito Améstica, ni ellos, ni nosotros, ni nadie, habia vuelto a ver faldas; i como por desgracia el *ranchero* tuviese a su lado una muchacha, perdió la comision el equilibrio, i con él, la ocasion de impedir que otros mas diestros maromeros les llevasen los mejores caballos, dejando solo en el corral el mas ruin de todos los rocinantes, valorizado, sin embargo, en 250 pesos. Hubiéranle comprado por 150 pesos, segun espuso Clackston, pero la presencia de la niña puso coto a tan baja propuesta, así fué que refunfuñando entre dientes, que mas bien hubieran dado los 250 por ella que por él, se volvieron sin nada. A la voz de muchacha, tomó la palabra el Decano, i despues de un sesudo i reposado discurso, en el cual hizo patente a los oyentes, los males que podian acarrear a la colonia andante, la adquisicion de otra clase de artículos que aquellos que se habian ido a buscar, concluyó su patética oracion invistiéndose el mismo del cargo de ir a torear a la Sirena i de obligar al carero guardador del *mandundo*, a dárselo por ménos precio. Púsose, pues, en campaña al venir el dia; pero no solo, pues, le acompañó todo el estado mayor i aun el menor, temerosos de que fuese a suceder alguna desgracia al pudibundo jefe en tan arriesgada aventura.

Hora i media caminamos con direccion al occidente por el fresco i ameno valle del Sacramento, mas inmediato a las correntosas aunque profundas aguas del rio Americano. Altos pinos, robustas encinas, ya formando grupos, ya diseminadas sobre un piso verde i cubierto de flores tempraneras, daban a aquellos lugares el aspecto de un interminable parque inglés. Solo nos hacian conocer que estábamos. mui distante de la péfida Albion, la soledad, la grata temperatura, la algazara de las bandadas de pavos silvestres que a cada rato pasaban, como nuestros loros, por las alturas; el canto, la figura i coloridos de aves que nos eran del todo desconocidas, i el susto que nos daban las culebras,

mas o ménos entumecidas, que tendidas de atraveso en los caminos, esperaban para moverse que calentase mas el sol.

Como a las 25 cuadras de nuestro campamento entramos en el mentado fuerte Sutter. Redućiase la tal fortaleza a un enorme caseron, con gruesos i hendidos paredones, apoyados en un foso medio colmado con escombros i malezas, i a unas cuantas piezas de artilleria que descansaban mohosas i cubiertas de pasto sobre el suelo. Vimos alli un casucho de tablas a la rústica, algunas enramadas, i a poca distancia un gran almacén con una enorme enseña que decia: «Branam i Ca.» Era el jefe de este establecimiento comercial, aquel ex-mormon Branam, dueño del funesto *Daice-may-nana*, como ya he dicho, i señor de una de las mas saneadas fortunas californeses de aquella época. Jefe o cura párroco de su secta, de este lado de la Sierra Nevada, supo tambien aprovechar del trabajo de sus numerosos feligreses, i habiendo logrado monopolizar una rica estension de orillas del rio Americano, se llenó en poco tiempo de riquezas. Parece que en cuanto no mas se vió con ellas habia dado de mano a esa relijion i quedándose sin ninguna; bien que las malas lenguas aseguraban, que para tranquilizar su conciencia, rezaba con frecuencia oraciones en honor de Santa Poligamia.

El almacén, colocado precisamente en el mismo camino que conducia a los *placeres*, causaba admiracion, por el completo surtido de cuanto podia desearse para los menesteres del trabajo de las minas. De los precios nada digo, puesto que solo dejaban al vendedor la ruin utilidad de cincuenta a ciento por uno!

Habiamos caminado ya como dos horas llevando a la izquierda el rio Americano, a cuya márjen nos condujo la sed, cuando supimos por un sonoreño, que alli mismo podriamos encontrar oro; porque aunque solo a 17 leguas del punto en que nos encontrábamos, comenzaba este rio a recibir los tres torrentes auríferos conocidos con los nombres del Rio del Norte, Rio del Medio i Rio del Sur, era tal la fuerza de su corriente, que alcanzaba a arrastrar oro hasta su misma confluencia con el Sacramento. Deseosos de cerciorarnos de la verdad del comedido sonoreño, ensayamos con la inseparable *poruña* del minero chileno aquellas misteriosas arenas, i llenos de contento por haber visto oro, aunque poco, nos dirijimos a las casas de la hacienda o *rancho* que ya comenzaba a verse a alguna distancia.

La tal casa parecia el comienzo de un desierto, ni un alma humana salió a recibirnos, ni siquiera un perro se dignó ladrarnos. Las puertas

i las ventanas, abiertas de par en par, no tenían por qué no estarlo, puesto que nada se divisaba que mereciese ser guardado. Ni una flor, ni un árbol, ni un ave! Quién hubiera recorrido las pampas arjentinas, metido de repente en un *rancho* californes, creeria sin duda que se encontraba mudando caballos en una de las postas de aquel desierto. Asomóse al cabo por sobre las bardas de un silencioso corralon, una cara de Jestas, que despues de un sonoro «¿quién vive?» nos volvió la espalda por no perder tiempo en esperar nuestra contestacion. A tiempo habíamos llegado; el dueño de casa estaba a punto de cerrar trato de venta con un yankee por el malhadado rocin que habia dejado de comprarse el dia anterior, i como en California el tiempo es oro, tuvimos, por la competencia, que largar 300 pesos por lo que en Chile solo se pudiera vender para sacar aceite.

Hasta aquí nada de Sirena, ni ninguno de nosotros se atrevia a indagar del cancerbero, el paradero de semejante joya; pero como el acaso protege siempre los buenos deseos, debiendo pagar en oro en polvo, i no en plata, porque no la habia, se nos condujo a un mezquino sucucho, en donde ¡oh, cielos! nos esperaba, balanza en mano, la viva imájen de la diosa Astrea. Ella misma, único ser femenino mirable que se nos habia presentado desde que abandonamos las playas chilenas, pesó con sus inocentes o pecadoras manos, parte de nuestro escualido caudal. Sirviónos leche, objeto de lujo cuyo nombre ya habíamos olvidado, nos hizo caritas, i nosotros la hubiésemos hecho dueña de nuestros asendereados corazones, si la presencia del Fierabrás, no hubiera tenido a raya nuestros naturales impetus, que no eran ni podian ser otros que los de servirla. Separámonos con pena de aquella casa hospitalaria, i dándonos prisa para volver a reunirnos en nuestro campamento, llegamos a él entrada ya la noche.

Gran algazara formamos todos al rededor de nuestra desvencijada cabalgadura; luego la hicimos una *probada* con una rastra, i vimos que era buena. En seguida nos dimos a fabricar morrales con sacos vacíos, para llevar cada uno a cuestras cuanto peso pudiera, a fin de aliviar al *mandundo*. Le acomodamos un cinchon i un pretal de nueva invencion, cargamos la carreta fletada que ya nos esperaba, dispusimos la carga de la carretilla, i comiéndonos despues una olla entera de porotos, nos tendimos en el suelo, donde dormimos, esperando el alba, como si hubiésemos reposado sobre un mullido lecho de agradables plumas.

Al venir el dia, i en los momentos de salir, se reunieron a la compa-

ña dos Garces, padre e hijo, i un Herrera, todos chilenos, listos tambien para marchar. Tomamos todos un *ulpo* caliente, i echándonos a la espalda cuanto podíamos cargar, no teniendo mas que hacer en aquel lugar, dió el Decano la voz de «marchen!»

El órden de nuestra marcha fué el siguiente. Cassalli i un Garces a vanguardia, al cuidado de lo que iba en la carreta; mis cuatro hermanos marchaban en seguida junto con un peon, ayudando al caballo que tiraba la carretilla; Clakston, Hurtado, un peon de mano i el Decano, cerraban la retaguardia en calidad de cuerpo de reserva.

A poco andar cesó el reinado de la alegría, i principiò el de los reñegos, tanto nos dió en que entender el maldito caballo i su vehiculo. Parecia que no le agradaba el estrambote que, por mal de nuestros pecados, le habíamos colgado a la cincha, i poco faltó para que en un rato de mal humor, no diese con sus respingos al traste con nuestro malhadado catafalco, descuajeringándolo por completo. Fué preciso ayudarle a marchar a fuerza de brazo; pero a las cinco leguas el demonio del animal nos significó con mui espresivos ademanes de abierta rebelion, que de allí no lo moveríamos ni a palos. Tuvimos que alojar.

La relacion de nuestras aventuras en los cinco dias de presidarios condenados a trabajos forzosos que duró nuestro viaje, hasta dar con nuestras maltratadas humanidades en el asiento de minas del Molino, solo puede interesar, como recreo de vejez, a las mismas personas que figuraron como actores en semejante danza. Básteme decir, para comprobar la enerjía moral que se habia apoderado de los mas tímidos corazones en aquella época, que no hubo uno solo de nuestros aventureros que no haya sabido, con la risa en los labios, compartir con el animal de carga, el hambre, las miserias i los trabajos.

Hermosos eran los prados salpicados de cipreses i de encinas que recorrimos con direccion al oriente el primer dia de nuestra marcha. En ellos abundaban pastos i buenas agnas; mas, desde allí para adelante, el territorio a medida que iba ascendiendo por entre los primeros ramales de la Sierra Nevada, que alcanzan hasta esta distancia, perdía su carácter de planicie. En varias partes se quebraba dificultando la marcha de las carretas, i en otras, con médanos casi intransitables, a cada rato obligaban al viajero a repechar lomas i cuestas por sobre los pedreros de las despedazadas rocas que cubrian el camino. Pero nunca faltaba la alta vejetacion, ni en las numerosas mesetas o descansos de

las cuestras, pastos abundantes i muchas de las vistosas flores que cultivamos con esmero en nuestros jardines.

Nuestros alojamientos se colocaban siempre al abrigo de alguna corpulenta encina, al rededor de cuyo tronco nos instalábamos como se colocan los rayos de una rueda de carreta al rededor de su maza; i como en California caen en aquella estacion rocíos mui parecidos a aguaceros, nuestras camas, reducidas a su última espresion, puesto que solo constaban de un zarape o manta mejicana, que hacia las veces de colchon i de cobija, i del saco de harina tostada, que desempeñaba las de almohada, amanecían testualmente empapadas.

En nuestra marcha, dejando sucesivamente al poniente la morada de la encantadora deidad, cuyo recuerdo conservaba vivo en nuestra mente el endemoniado rocinante que tan poco nos servia, las ruinas de un costoso molino colocado en la primera violenta correntada que señala el término navegable del rio Americano, pocas leguas ántes de lanzarse en el Sacramento, el pequeño aunque risueño valle sin nombre, forzoso alojamiento del cual parten dos caminos, uno inclinado al oeste que conduce a los *placeres secos* llamados Dry-diggins, i otro al oriente, que conduce a los *húmedos* del molino, llegamos al primer riachuelo de oro a mano denominada Weber-Crick.

Las riquezas de las arenas de este primer Pactolo, aunque comparativamente ménos cuantiosas que las que debíamos encontrar mas adelante, parecian colocadas allí para amenizar el espíritu de los fatigados viajeros; pero la alegría i el aliento que nos causó este heraldo de futuras riquezas, no bastó a compensar el peligro en que nos encontramos un momento ántes de llegar a él.

Hacia como seis horas que caminábamos con rumbo extraviado. Ni un alma se veia en lo que nosotros juzgábamos camino, aunque por instantes se aumentaba la dificultad de transitar por él.

Acostumbrado a cortar rastros en las pampas arjentinas, i no encontrando el de botellas rotas, que es el que deja siempre tras de sí el yankee, alarmado mandó el Decano hacer alto.

Comenzaba ya a apoderarse de nosotros la mas febril indecision, cuando, atraídos por la curiosidad de ver jente en aquel lugar poco frecuentado por *blancos*, se nos apareció un campecino de raza mestiza, quien no solo nos dijo que llevábamos un camino errado, sino que sin saberlo, habíamos cometido la imprudencia de penetrar en el territorio de un cacicato de indios malos, que aunque habian permanecido fieles

al capitán Sutter hasta entónces, ya iban volviendo, por la tropelias de los norte-americanos, a sus antiguas mañas de robar i asesinar a cuantos blancos encontraban solos. Agregó que, aunque a él no le había sucedido desgracia ninguna con los indios hasta entónces, por ser de muchos conocidos, habia echado fuera sijilosamente a su familia, i que seguia para poblado cuando tuvo el gusto de encontrarnos.

La noticia no fué, por cierto, mui satisfactoria; sin embargo, confiados en la superioridad de nuestras armas de fuego, contratamos de práctico a Santana, que así se llamaba el paisano, i dejándole con el yankee carretero i otros dos compañeros, a cargo de disponer el alojamiento i los porotos, marchamos con nuestras poruñas i bateas a lavar arenas a la orilla de un *Crick*, tan sueltos de cuerpo como si nada pudiera acontecernos. A los pocos pasos encontramos a nuestro sirviente Leiva, que acudia lleno de gusto a mostrarnos el resultado del lavado de una bateita de mano, en cuyo fondo se veia como un castellano de oro, sacado en un instante. A la voz de oro, quedó desierta la cocina, i cada cual, por el camino que le pareció mas corto, se lanzó a la orilla del rio. Sucedió que una india, con un niño a cuesta, que por acaso pasaba el sol entre los matorrales inmediatos al rio, al verse rodeada por todas partes de caras blancas, creyéndonos yankees, echó como un gamo a correr, i que como nosotros, por aumentar su miedo hicimos amago de perseguirla, dió un traspíe i cayó dando alaridos. Los clamores de socorro! contestados a lo léjos por otras voces que nos parecian bramidos, no tardaron en atraer hácia nosotros un tropel de indios, que con gritos i ademanes amenazadores, desembarazando de los sacos de pieles de coyotes que les servian de aljabas, sus flechas envenenadas parecian dispuestos a acometernos. Nuestra situacion perdió en el acto su comenzado encanto, i ya olvidábamos el oro por completo para acudir a las armas, cuando las voces de Santana, conocida por alguno de los indijenas, vinieron a evitar que tanto ellos quanto nosotros, tuviéramos que lamentar ese día dolorosas desgracias.

Santana fué a ellos; hizoles presente que no éramos yankees sino españoles amigos de Sutter; que éramos además jente buena i que solo pensábamos pasar una noche allí, i seguir sin hacerles daño nuestra marcha hácia el molino.

Acercáronse algunos con recelo; despues llegaron otros, i pronto nuestras demostraciones de cariño, reforzada con regalos de pañuelitos de algodón, de esos de a tres cuartillos, en cambio de ataditos de polvo

de oro de cuatro o cinco pesos cada uno, restablecieron entre los beligerantes la mas cordial i perfecta armonía.

Nos ofrecieron bellotas, único i favorito alimento de aquellos indios, i recibieron en cambio de ellas i de no poco oro, algunas escudillas de harina tostada.

Es el color de estos hombres un poco mas tostado que el del indio nuestro i nos parecieron de contestura mas débil i de cara acarnerada. Su vestido era de una mezcolanza indescriptible, entre bárbaro i europeo. Unos llevaban por todo traje un andrajoso i puerco leviton, colocado con valor a raiz de las carnes; otros una camiseta de punto de media, que apénas les alcanzaba al lugar donde colocaban ántes nuestros soldados la cartuchera; otros un simple tapa-rabo. Ninguno ostentaba plumas ni vestidos esencialmente indijenas. Las mujeres mas acomodadas llevaban la cintura envuelta en pañales de lana o de esparto, que les alcanzaba a la rodilla; otras un simple tapa-rabo; pero ninguna cuidaba de encubrir aquellos suplementos que en rejiones ménos liberales i mas maliciosas, suele llevarse en estrechísima clausura. Atan los niños de pecho contra un aparato de mimbre que afirman a un árbol cuando trabajan, i que llevan a la espalda cuando viajan, sujeto con una correa en la cabeza.

Luego los invitamos a que siguieran su interrumpido trabajo del lavado de tierras para poderlo presenciar, i dándonos ellos gusto con la mejor voluntad, nos llevaron al lugar del cual nuestra imprudencia los habia apartado.

El sistema que empleaban en el lavado de las tierras es el mismo que han usado desde tiempo atras nuestros propios lavadores de oro; pero con mas método. Los hombres con palos endurecidos al fuego, o con tal cual gastada herramienta europea, cavaban hasta descubrir la *circa*, que es uno de los lechos mas cargados de arena i de cuerpos pesados que depositan los aluviones en los valles. Los niños cargaban esas arenas en canastos de tupidísimo esparto i las llevaban a orillas del rio, donde una fila de mujeres con bateas finísimas de lo mismo, las lavaban, i a medida que iban liquidando el oro, lo colocaban al tanteo en ataditos como de dos castellanos cada uno para facilitar el cambio.

Visitónos en la noche el jefe de la tribu, acompañado con quince *mocetones*, los cuales, festejados por nosotros, hicieron tambien lo posible por divertirnos. Jugaron un juego de envite que pudiéramos llamar *pares o nones*. Sentados formando un círculo entre dos grandes

fogatas, puso el tallador en el suelo cuatro palitos iguales como de una pulgada de largo cada uno, i al lado de ellos una pequeña porcion de pasto seco bien restregado entre las manos. Bien examinados despues estos objetos por los demas jugadores, uno de ellos los tomó i echando ambas manos a la espalda, para ocultar la maniobra, formó, con los palitos i el pasto, dos pequeños envoltorios de igual tamaño, que volvió a colocar en el suelo a la vista de todos. Los jugadores, entónces, dijeron pares unos, i otros nones, i llamando a un niño para que deshiciese los envoltorios, dieron tres enormes berridos de contento los gananciosos i los otros bajaron en silencio la cabeza. Al cabo de un buen rato, en el cual muchos perdieron sus ataditos de oro en polvo, el jefe para despedirse, les propuso el *juego de la guerra*. Alzados todos con el mayor contento, i animadas las fogatas, se retiraron a veinte pasos de ellas, colocados en fila uno tras de otro, con el jefe delante; a la voz de éste, rompieron marcha con tranco pesado hácia nosotros acompañando cada paso con un sonido gutural; a otra voz del jefe, llegados a las fogatas, saltaron todos dando un alarido i le rodearon. El jefe entónces se puso a entonar una especie de lastimoso yarabí, concluido el cual, dando todos a un tiempo una palmada i un grito, comenzaron una zambra de las mas violentas posturas de ataque i de defensa, baile que duró hasta que el jefe con otra voz de mando, los llevó otra vez a la distancia de veinte pasos para comenzar de nuevo aquel simulacro de accion de guerra.

Al día siguiente, sin esperar la vuelta de nuestros amables indios, emprendimos la tarea de recobrar el camino perdido, i al cabo de muchos repechos i de fatigas, tuvimos el gusto de divisar el mentado Molino, término primero de nuestro viaje i de nuestras aspiraciones, en cuya risueña aldea entramos con la caída del sol.

CAPITULO XVI.

El Molino.—De cómo se descubrió el oro en él.—Nuestra situacion i primeros trabajos en los lavaderos.—Escursiones mineras.—Rejion aurífera de California.—En California se encuentran todos los metales conocidos.—Actividad de nuestras faenas.—Ingeniosa e importantísima batea o cuna californés para el lavado de las tierras.—Intento frustrado de una insurreccion de indíjenas i su sangriento desenlace.—De cómo me ahogué en el rio de los Americanos i volví a resucitar.

En cuanto hicimos alto en aquel agreste pero mui risueño descanso, comenzamos con gran lijereza i algazara a instalar nuestro campamento, el cual allí, como en Sacramento i en el mismo San Francisco, se atrajo por lo espacioso i cómodo de nuestra tienda de campaña, los honores de jeneral admiracion; puesto que ninguno se atrevia a creer que hubiese hombres, tan rematadamente tontos, que fuesen capaces de acarrear hasta el Molino semejante ajuar.

Este lugarejo, que pronto se elevó a la categoría de ciudad, está situado en un risueño vallecito enclaustrado por altos cerros cubiertos de pinares a orillas del rio llamado del Sur, que es el primero de los tres caudalosos auríferos que, desprendiéndose de las Sierras Nevadas, depositan sus arenas de oro en el lecho del gran brazo tributario del Sacramento, conocido con el nombre de rio Americano. En él fué donde se hizo el casual descubrimiento que a tantos, como a nosotros mismos, debia de tener andando al retortero.

La abundancia i el tamaño de las pepas de oro que saltaban a impulso de la picota de los peones de Sutter, que trabajaban para el establecimiento de un molino de aserrar tablas en la orilla de la barranca del torrente, fué tal que llegó a hacer dudar a los mismos que miraban el tesoro que fuese él el rei de los metales.

Sabido es que los trabajadores, ántes que la noticia de semejante ha-

llazgo llegase a Sutter, se habian repartido en tono de mofa alguna parte de aquel precioso metal sin sospechar siquiera que fuese oro, i que ni Sutter mismo pudo persuadirse de que las noticias del descubrimiento fuesen ciertas, hasta el grato momento en que uno de sus peones puso en sus manos la primera muestra.

Sutter i cuantos le rodeaban, desvanecidos con lo que tenian a la vista, salieron a revienta cinchas para el mineral. La fama de la riqueza, en tanto, bajando a la aldea del Sacramento, corrió con tanta rapidez que todavia Sutter no se daba cuenta de lo que por él pasaba, cuando conmovidas las poblaciones de Sonora, San José, Yervas Buenas, i Monterrei, corrian desatinadas, abandonándolo todo, por acudir al lugar de promision que a todos convidaba con la dicha.

En breve tiempo, comerciantes i abogados, boticarios i saca-potras, albañiles i lechuguños, se tornaron, como por encanto, en mineros *coludos*. Pronto comenzaron a verse en manos de rústicos ganapanes, pepas de oro de monstruoso valor; i cuantos plebeyos descamisados tuvieron la dicha de llegar primero al vellocino de oro, otros tantos lograron la de tornar a sus hogares, llevando bajo un puero i raído cinturón, indisputables títulos de nobleza, de juventud, de talento i de valía encerrados en robustas i envidiables culebras de oro en polvo.

Ya he dicho cómo cundió despues esta noticia hasta alcanzar a Chile.

Cuando llegamos, la aldea del Molino constaba de un almacén, dos casuchas de madera i muchos toldos i ramadas colocadas en todas partes al acaso. Ya no se consideraba este lugar, sin embargo, como asiento principal de minas. Lo bueno para el minero, era lo que aun no se habia explorado; así es que muchos apénas alojaban en él, pasaban de largo para los torrentes del Medio i del Norte, de los cuales tantos prodijios se contaban. No faltaba oro, sin embargo, en el Molino, i si ya se miraba en ménos, era porque entónces nadie queria trabajar para buscarlo sino caminar para encontrarlo.

Instalados debidamente el dia anterior, salimos todos al siguiente en alegre procesion llevando cada cual su batea, su *poruña*, junto con sus palas i sus barretas. Despues de orillar un poco el río por entre los escombros de recientes laboreos, nos pusimos, como dicen, a *pirquenear* para adiestrarnos en el manejo de la batea. Duró dos horas aquel trabajo alternado de barroteo, de acarreo i de lavado: nos produjo onza i media de polvo; i juzgándonos ya suficientemente diestros, nos echamos, des-

pues de comer nuestros apetitosos porotos, a elegir punto para establecer un trabajo definitivo.

Encontrámosle, en efecto, en una de las barrancas del río, en un lecho de arena i ripio de gran corrida, cubierto con otro de tierra vegetal, que tendria poco mas de un pié de espesor. A poco raspar la barranca por el lado del río, vimos con alegría que relumbraban en la parte raspada muchas chispas de oro; i al calcular con la vista la estension i el rumbo de aquel lecho aurífero, tomamos en el acto posesion de él, dejando a dos compañeros, en calidad de guardadores de aquel tesoro, para que durmiesen sobre él i sobre las armas.

Al día siguiente se invistió al Decano del doble oficio de contador i de cocinero, i se dió con entusiasmo principio al trabajo del manto aurífero, al que el buen Cassalli dió el nombre de Manto de Justiniano, acordándose de las lentejuelas que adornaban el manto que vestia Justiniano del Teatro Municipal.

Un mes entero duró esta tarea, sin que ninguno se enfermase. Solo se suspendia el trabajo en las horas de la comida o en las destinadas al sueño. Al venir la noche, se recojia al desierto alojamiento, se pesaba el oro de la cosecha, se guardaba en una bolsa de chivato, que era nuestra caja de fierro, i tras de algunas chanzas de alegre conversacion, se tendian todos a dormir como lirones.

El oro que seguimos acopiando en el Molino estaba mui mezclado con arenas i piritas de fierro i, de vez en cuando, sacábamos de la cuna lindos trozos de cuarzo que contenian de un 25 hasta un 70 por ciento de oro.

Pronto organizamos escursiones lejanas, i tanto éstas, cuanto las mias propias, unidas a las relaciones de los muchos aventureros con los cuales trabé amistad en mis correrías, me persuadieron de que el oro suelto, con ser tanto, no era la única riqueza que ha dispensado a esta rejion la mano jenerosa de la naturaleza. He encontrado además riquisimas minas de plata, de cinabrio, de fierro i de carbon de piedra, i en Grass Walley, rejion que parece sin término, poderosas vetas de cuarzo aurífero con piritas de fierro. En jeneral esta última clase de minas, que no habia para qué trabajarlas entónces, se encuentra diseminada en tanta abundancia, en cada arranque o contrafuerte occidental de la Sierra Nevada, que ella sola esplica el orijen i la existencia de los grandes depósitos de oro sedimentario acumulados en su base, o esparcidos a lo léjos por las corrientes.

Dice mi diario:

«La rejion aurifera de la Alta California, que llama la atencion de los trabajadores en el dia, yace entre la cadena de cordilleras llamada Sierra Nevada al oriente i los rios Sacramento i San Joaquin que desprendiéndose de ella, confluyen en las ciénegas de Suisun. Este triángulo de terrenos minerales, cuya dimension no se ha calculado aun con exactitud, mide sobre poco mas o ménos 135 millas jeográficas, desde el rio Yuba al norte, hasta el Mercedes en el sur; como 60 millas, término medio, en su anchura de oriente a poniente, lo que da una superficie aproximativa de 8100 millas cuadradas mas o ménos, abundantes en arenas de oro. Desde los rios que le sirven de límites al poniente, el terreno se eleva gradualmente hácia las cordilleras, en cuyas cercanías, se encuentran los lechos auriferos mas ricos, sin que este requisito i el encontrarse en él multitud de vetas i de derrumbes metálicos, lo desnude de una frondosa vejetacion. En los arroyos i rios secundarios, que se desprenden de la sierra en toda la estension de 135 millas i que cortan el terreno en zonas paralelas hasta su confluencia con el Sacramento i el San Joaquin, es donde tienen su asiento las rancherías improvisadas de los mineros; i a pesar de que todos los dias llegan i corren noticias de nuevos descubrimientos, hasta ahora los principales i mas productivos de la rejion aurifera son, al norte: Yuba, Bear, North, Sam, Midle Yorks, Mormon, Molino i Dry Diggins; i al sur, Cosunnes, Dry-Craeek, Mokolomies, Calaveras, Stanislaus, Tonalomie, Campo de Sonora, Mercedes i otras de menor importancia.

«Las arenas aluviales de una a seis pulgadas de espesor que constituyen los lavaderos del norte, descansan sobre lechos de pizarra con hojas casi verticales al horizonte, i la hondura en que se encuentra este casco sólido, respecto a la superficie del terreno que la cubre, varía entre uno i ocho piés.

«Los minerales o placeres del sur no se encuentran colocados con tanta regularidad. Trozos de metales de estraordinarias dimensiones, con oro a la vista, se han encontrado en varias quebradas de los cerros de Stanislaus. Colpas mas o ménos ricas se encuentran a cada rato en esos contornos, i se arrojan despues como objetos inútiles o de mera curiosidad por no costear cargar con ellas. La última que ví i que fué llevada a San Francisco para adornar una de las mesas de un hotel, contenia sobre 95 libras de peso en bruto, 20 de oro puro.

«Cruzada en todas direcciones, la parte occidental de la Sierra Ne-

vada, de veneros de oro, en ellos encontrará la industria futura fuentes mayores i mas constantes de riqueza en los terrenos de los valles de su base; porque el oro suelto que se encuentra en esta rejion privilegiada, no es tanto como lo daban a entender las noticias contradictorias que nos llegaban a Chile, i si me resolví a aumentar el número de los chilenos que se dirijieron a este lugar, fué al pensar que el solo término medio, bastaria para satisfacer los deseos del hombre mas exigente. No me he equivocado; el oro nativo, ya sea en polvo o en pepitas, acopiado con profusion en el fondo de las quebradas, en el lecho de los rios i bajo levisimas capas de tierra que cubren algunos llanos, acude a la mano del hombre con tan levisimo trabajo, que si esto hubiese de durar quedaria fuera de duda que, andando el tiempo, el oro vendria a convertirse en el mas barato de todos los metales. Pero, por lo que llevo visto, hasta ahora, el oro vendrá a ser en California la menor de todas las riquezas, tanto por su temprano i natural agotamiento, cuanto por la preferencia que el industrioso yankee sabrá dar a los inagotables elementos de riqueza agrícola i fabril que, existiendo en este país escepcional desde ántes de ser descubierto, ni siquiera tuvieron sospecha de ellos los españoles.

«Es cierto que agotado o mui disainuido el oro a mano que se entrega al simple lavado, queda aun el recurso del trabajo de minas aplicado a las vetas metalíferas; pero éste será siempre lento i mucho ménos productivo si el acaso no viniere, como tantas veces, a ayudar los progresos de la ciencia, porque yo he observado aquí, a mas del oro desnudo o nativo, piritas auríferas que apénas manifiestan oro sometidas a la simple amalgamacion; oro gris tirando a plomizo, que es oro aliado con arsénico; oro gris amarillento, que es el que está aliado con hierro, i que abunda mucho; oro amoratado, que me ha hecho traer a la memoria las muestras de un oro de Hungría que dejé en Chile en mi coleccion de minerales, i que tienen por nombre *oro color de bofe*, muestras que, si no fuese por el respeto que debo a la ciencia, tal vez me atreveria a llamar oro mineralizado, i por último, una especie de pirita que existe tambien en Adelfors, en Suecia i en Hungría, i que es conocida en este último reino con el nombre de *Gelft*, pirita que no exhibe el oro i de la cual, sin embargo, estraia el sabio M. de Justi hasta dos onzas por quintal, a pesar de los esfuerzos que hacia el distinguido piritólogo Henckel para probar lo contrario.

«Como solo escribo para Chile, al llegar a este punto no puedo ménos

de detenerme para llamar la atención, tanto de nuestros gobiernos cuanto de mis paisanos mineros, hácia la incuestionable necesidad de dar al estudio de la mineralojía aplicada a la práctica el importantísimo grado de perfección que alcanza en Europa. Allá se benefician con lucro metales que ni siquiera merecían en Chile ese nombre por su baja lei. En Harz, según Brongniart, las piritas de Rammelsberg solo contienen una 29 millonésima parte de oro por quintal i así costean el trabajo.

«El yankee, por ahora, no tiene tiempo de extraer piritas auríferas a fuerza de pico i pólvora de las entrañas de la tierra, ni mucho ménos de someterlas al laborioso i científico influjo de las tuestas i de las reiteradas fundiciones, que espulsando en forma de vapores o de escorias las sustancias que enmascaran el oro, si no le purifican, le concentran i le ponen en el caso de rendirse a la copela o al azogue: le basta agacharse i levantarle del suelo en estado negociable. Pero cuando llegase el tiempo de poderse dedicar a esto, tal vez i sin tal vez, ya habrán llamado su preferente atención las únicas minas que jamás se han agotado: la agricultura i la industria.

«Los minerales de oro más productivos en el día, son los de Siberia, en Rusia, no tanto, es cierto, por la riqueza del terreno aurífero, cuanto por su gigantesca extensión, sin que esto quiera decir que no se encuentren de vez en cuando en ellos pepitas de sorprendentes dimensiones. Del mineral que yace al sur de Miask se han extraído pepas de oro macizo con peso de trece a veinte libras cada una, i en 1843 se encontró una que aun se conserva en San Petersburgo, que no pesa ménos de setenta i ocho libras (*avoir du pois!*) También ántes se encontraban en el Perú pepas que llegaban a cuarenta i cinco i hasta sesenta i cuatro marcos de oro puro, al paso que hasta ahora no se ha encontrado en California pepa alguna que llegue al peso de veinticinco libras.

«El oro de California en cuanto a lei, o fino, ocupa el sétimo lugar entre los oros conocidos. El siguiente cuadro manifiesta la lei del oro que corresponde a cada uno de los más afamados distritos mineros que figuran en el comercio del mundo:

COMPOSICION DEL ORO NATIVO.

Nombre de los lugares donde se encuentra	Oro puro	Plata	Cobre	Hierro
Siberia Schabrosehka, segun Rose.....	98.76	0.16	0.35	0.5
Id Boruschka, segun id.....	94.41	5.23	0.39	0.4
Brasil, segun Darcet.....	94.00	5.85	0.00	0.0
Siberia Beresovsk, segun Rose.....	93.78	5.94	0.08	0.0
Id Arenas de Miask, segun id.....	92.47	7.27	0.06	0.8
Bogotá, segun Boussingault.....	92.00	8.00	0.00	0.0
California, segun Warwick.....	89.58	0.00	0.00	0.0
Siveria, Lavaderos Miask, segun Rose.....	89.35	10.65	0.00	0.0
Senegal, segun Darcet.....	86.97	10.53	0.00	0.0
Siberia Nijnij-Tagilsk, segun Rose.....	83.85	16.15	0.00	0.0
Trinidad, segun Boussingault.....	82.40	17.60	0.00	0.0
Transilvania, segun id.....	64.52	35.48	0.00	0.0
Altai Sinarowski, segun Rose.....	60.08	39.38	0.33	0.0

«Era tal la cantidad de oro que diariamente se estraiía de los *placers* californeses, que hasta se llegó a creer por algunos hombres pensadores en la próxima demonetizacion de este precioso metal. Fundábanse en que el oro que producian todas las rejiones auríferas de la tierra en la época del descubrimiento de Marshal, no pasaba de 22,300 kilógramos al año, distribuidos de este modo:

Rusia.....	17,000
Hungría	725
Noruega	75
Africa.....	1,500
Norte-América.....	1,300
Sud-América.....	1,700

Total..... 22,300 kilógramos

«El oro que tenían a la vista les hacia olvidar que desde el año 1830, en que fueron descubiertas las minas de oro de la Rusia, hasta el de 1842, el producto de ellas habia alcanzado al valor de 67.500,000 pesos, i que en vez de ir a ménos la produccion, solo entre los años 42 i 64, se habian recojido veinte millones. Si a estas sumas debiésemos agregar, como es natural, el producto de la explotacion de los lechos auríferos

recientemente descubiertos en los montes Urales, es claro que California, como productora de oro, deberá ceder el primer lugar a la Rusia. Mañana u otro día la Rusia tendrá que cederlo a otra rejion, porque los grandes descubrimientos naturales, así como los adelantos del espíritu humano, no se detienen.

«En cuanto al poder demonetizador, puede sentarse que hasta ahora ni se divisa aquel que pueda bajar de su solio al rei de los metales.»

Volviendo a los afanes de nuestra sociedad minera, diré que la cosecha diaria fué por demas mezquina en los primeros tres días, por haber empleado en el trabajo la batea o fuente de mano; pero no tardamos en hacernos de la cuna californesa, en la cual meciendo con amor el niño oro, le vimos crecer como un portento. Este ingenioso i sencillísimo aparato, que reúne todas las ventajas de una *poruña* minera de colosal escala, se reduce a una cuna ordinaria de vara i media de largo sobre media de ancho, colocada de manera que la cabeza descansa sobre una base que tiene una cuarta mas de altura que la que sirve de soporte al pié. Estas bases no son mas que cuartos de círculos de madera que facilitan el mecido de la cuna. La cabecera de ésta lleva un toscó arnero hecho con tablas agujereadas; el pié está destapado, i en el plan del fondo de este singular aparato, listoncitos de madera, de un cuarto de pulgada en cuadro, clavados de atravesio i formando paralelas de a cuatro pulgadas de separacion unas de otras, sujetan los cuerpos mas pesados que, envueltos en barro, se escurren cuesta abajo sobre aquel inclinado plan.

El modo de usar de este primitivo aunque importantísimo maquinote, es tan fácil i tranquilo, que basta ver trabajar un solo rato con él para que pueda introducirse de profesor el ménos entendido miron. Uno ceba el arnero con tierras auríferas; otro echa sobre ellas baldes de agua; otro mece la cuna; i el último estrae a mano, las piedras que por su tamaño no pasan por el arnero, las examina i, no encontrando que algunas de ellas contenga oro, las arroja. El agua deslie la tierra del arnero; la turbia cae i corre por el plan inclinado, i el oro i otros cuerpos, mas o ménos pesados, se alojan en los atajos que les oponen los listones atravesados. Cada diez minutos se suspende el trabajo para recojer el polvo i las pepitas de oro, que mezcladas con fierro han quedado alojadas en los ángulos que forman los listones; se depositan éstas despues en una batea de mano para liquidar este residuo en la noche i se prosigue la operacion hasta enterar el día.

La cosecha diaria desde que comenzamos a usar la cuna variaba entre 10 i 22 onzas de oro.

Mi hermano Federico desertó tres ocasiones del trabajo para ir, como él decía, en busca de emociones. En las dos primeras deserciones se nos apareció con los bolsillos llenos de pedazos de cuarzo cuajados de clavitos de oro, que luego destinamos para regalos i botones, i en la tercera nos sorprendió con una pepa de oro macizo que encontró en el fondo de una quebrada, que pesaba 17 i cuarto onzas de oro.

Nada hasta entónces habia perturbado nuestras tranquilas labores; mas, en los primeros días de abril estuvimos a punto de perderlo todo i de perdernos tambien, si los indijenas no hubiesen sido descubiertos, i podido llevar a cabo el proyecto de una sublevacion jeneral contra los intrusos estranjeros que no les dejaban quietud en parte alguna. Habíanse dado los naturales tan sijilosa traza, que a no haber sido vendidos por un traidor, no estaria yo ahora refiriendo este suceso.

El hecho sucedió de ésta manera:

En el recuesto occidental de las preciosas colinas que teniamos del otro lado del rio, al frente de nuestro descuidado campamento, notamos una mañana que se alzaban algunos humos alineados, i que estos, por la escacez del viento, parecian líneas paralelas, cuya blancura contrastaba con el oscuro verde de los cipreses. Pero todos estábamos mui ocupados para entrar, perdiendo tiempo, a averiguar el significado de semejante bagatela. En la noche, ese cordon de humos alineados se trasformó en una larga fila de lucecitas que se mantenian sin apagarse i hasta sin oscilar a pesar de la violencia del viento que se habia levantado. Ya esto nos llamó la atencion i, como de noche nadie trabajaba, se practicó un reconocimiento, que dió por resultado que aquellos humos i esas luminarias no eran mas que el injeniosisimo telégrafo de que se valian los indios para convocar a juntas de guerra.

Al día siguiente, dejando correr por el pueblo los rumores mas o ménos alarmantes que despertaban estos aprestos, me diriji con mis compañeros al lugar de las lucecitas que con la claridad del día se habian de nuevo convertido en humos.

Para la construccion de este especialisimo telégrafo, cuyo significado lo deducen los prácticos, del número i rumbo de las luces, trabaja el indijena hoyos en forma de tinajas, ancho abajo i angosto arriba; llena despues esas cavidades con leña, i el fuego que produce humos en el día, produce vizlumbres fijas en la noche.

Vueltos de nuestra correría, supimos que un indio traidor había vendido el secreto significado de esas misteriosas señales, i que la colonia, justamente alarmada convocaba a *meeting*, para adoptar resoluciones. Reunióse el pueblo ese mismo día i, como cosa yankee, aun no habían transcurrido tres horas, cuando abandonando todos sus tareas por atender al comun peligro, se vió formado de entre ellos i en actitud de marchar, un cuerpo de 170 rifleros i de 18 hombres de caballería con sus respectivos e improvisados jefes.

No habiendo yo asistido al *meeting*, cosa que parecia mui estraña en un frances—que por tal pasaba yo entónces,—fué a buscarme una comision de mineros, a la que recibí como era natural, con tales demostraciones de enfermedad, que al oirme decir, que a pesar de mis dolencias, solo les pedia minutos para seguirles, se opusieron ardorosos a que llevase á cabo mi *heroico* sacrificio, i se contentaron con que el esforzado compatriota de Lafayette los ayudase con plomo i con pólvora.

Dos dias despues entró la espedicion de vuelta al pueblo, con 114 cautivos, entre hombres, mujeres i niños. Todó habia felizmente terminado. Sorprendidos los insurrectos indios en su mismo campamento i cuando ménos lo esperaban, fué de todo punto vana su desesperada resistencia; porque arrollados i perseguidos sin misericordia, solo el propósito de producir escarmiento en las otras tribus, salvó de la muerte a los pocos que condujeron al pueblo prisioneros.

Dos horas estuvieron esos infelices de planton sobre una plazoleta que daba al torrente, i esas dos horas bastaron a un jurado improvisado para pronunciar su inapelable fallo, hecho lo cual, el que hacia de jefe, acompañado de algunos rifleros, dirijiéndose en español a esos infelices les dijo:

—Ya han visto ustedes, tales por cuales, lo que podemos i sabemos hacer. Si se portan en adelante bien, nada tendrán que temer; mas, si mal, les pasará lo que ahora mismo van a presenciar, ántes de volver libres con la noticia a sus toldos.

I diciendo i haciendo, descargaron sus armas sobre 15 infelices que tenian separados a un lado, dejando el suelo lleno de cadáveres!

He referido este sangriento episodio, con la misma rapidez que ocurrió, por haber visto en él traducido de nuevo, con enérgicos caracteres, el célebre lema de los yankees: *Tiempo es plata!*

La impresion que dejó en el corazon de los audaces aventureros de Coloma, este terrible i oportunísimo castigo, ni siquiera alcanzó a du-

rar dos horas, porque todavía no habíamos perdido de vista a los indijenas puestos en libertad, los cuales marchaban cabisbajos i dando alaridos por entre los pinales de las lomas que rodean el valle, cuando el rumor de un nuevo descubrimiento de oro, hecho al otro lado del torrente, vino a apoderarse de todos los ánimos. Ya no se habló mas que de esto, i todo el vecindario se hubiera precipitado a un tiempo, para lograr de aquel tesoro, si no hubiesen sido tan escasos los medios de atravesar el peligroso torrente que se les interponia. Solo de dos modos podía vencerse este tropiezo: o pasando a fuerza de brazos, con el agua al pecho, asidos de un cable sujeto a entrambas orillas, o en bote chato, en el que apiñados podrian haber quince personas, i sin embargo ya entrada la noche, pudimos admirar, por los fuegos que brillaban en el lado opuesto, que mucha jente estaba ya alojada en él.

Resueltos a emprender tambien un reconocimiento que pudiera mejorar la condicion de nuestro trabajo, convinimos en que al dia siguiente saliese yo para ese punto, dejando a cargo de otro la cocina.

En la madrugada del dia 11 de abril me acompañaron todos para verme pasar el rio.

¡Todavía recuerdo con espanto lo que se me esperaba. Eleji, para pasar, el bote. Desde el embarcadero se podia perfectamente divisar los penachos de espuma que, a cosa de dos cuadras mas abajo, levantaba un cable o andarivel, arrastrado por la corriente, sobre las superficie de las aguas de aquel torrente, que tendria como una cuadra de ancho sobre brazada i media de profundidad. Fué tanta la jente que acudió a embarcarse tras de mí, que aunque yo ví el peligro a que nos esponiamos, pues ni siquiera se dejaba franco el manejo de la bayona, me fué imposible abrirme paso para salir del bote.

Apénas nos separamos de la orilla, cuando el bote, mal estivado i cojido de atraveso por la corriente, zozobró, lanzándonos a todos en el agua, en medio de un grito de espanto de cuantos presenciaban desde tierra esta catástrofe! Yo nadaba entónces, i aun podia decirse que nadaba bien; pero no siempre aprovecha, en caso semejante, ser diestro nadador. Pasada la impresion de la répentina zambullida, traje, sin turbarme, a la memoria la cuerda del andarivel que pudiera tal vez salvarnos; mas, apénas habia logrado franquearme paso a traves de los cuerpos convulsos que con desesperados encontrones me detenian bajo del agua, cuando un bulto aferrado de mis hombros me sumerjió de nuevo. Vanos fueron mis esfuerzos para desembarazarme de él; faltándome ya

la respiración, iba a echar mano al puñal, cuando ántes de herir, Dios me sujirió la idea de buscar con un esfuerzo desesperado el fondo! Recuerdo que quedó libre del peso que me ahogaba, que atragantado por el agua i falta de aire, sentí un repentino i agudo dolor en los pulmones, en las órbitas de los ojos, en los oídos i en el nacimiento de la nariz, i por último, un furioso redoble como de muchos tambores en la cabeza, el cual me privó de los sentidos.....

Tres horas despues, el buen Decano, tendido sobre las abrigadoras cobijas de sus solícitos consocios, contaba a éstos con voz entre risueña i dolorida, sus impresiones de viaje al otro mundo, hasta el momento en que la asfixia habia dado al traste con sus recuerdos.

Contáronme que corriendo todos por la orilla, aguas abajo, no tardaron en ver varios cuerpos humanos aferrados de las cuerda del andarivel i que uno de ellos era yo; que traído con no poco trabajo a tierra, donde por un atolondramiento natural, me dejaron caer de golpe boca abajo, despues de arrojar agua i sangre por la boca, habia dado el primer suspiro que indicó a mis desconsolados hermanos que aun vivia.

Al dia siguiente el contador i cocinero, bien que medianamente molido, desempeñaba, como si tal cosa hubiera sucedido, sus quehaceres culinarios.

CAPITULO XVII.

Viaje de uno de los socios a San Francisco.—Salvacion de Alvarez de ser ahorcado.—Mi envenenamiento en Sacramento.—Sacramento.—Stockton.—San Francisco.—Vicisitudes de su comercio.—Febril actividad de sus habitantes.—El juez juzgado por el delincuente.—Motivos de la malquerencia entre yankees i chilenos.—Intervencion oportuna de Branam.—Espulsion de los chilenos de los lavoreos de oro.—Regreso precipitado en busca de mis hermanos.

Entraba con todo su esplendor la primavera, esmaltando con sus preciosas flores los verdes campos de la envidiada California, cuando, tanto por ir a San Francisco a pagar lo que debiamos, cuanto por recoger cartas de la madre tierna que lloraba en Chile la ausencia de sus hijos, resolvimos que uno de nosotros bajase a poblado. La eleccion recayó sobre el frances que, repuesto ya de las consecuencias de su inmersion hidropática, seguia impertérrito desempeñando las veces de decano, de contador i de cocinero de la andante compañía.

Triste, mui triste fué para los hermanos, la mañana del 25 de abril. Era ésta la primera vez que uno de nosotros, solo i a pié, debia recorrer una gran distancia en medio de un pais semi-bárbaro a causa de su vida escepcional. Juntos, los peligros i los afanes bien poco o nada nos suponian; separados, quién podria decir lo que pudiera acontecer! Estábamos a mas de dos mil leguas de la patria, de los recursos i de las relaciones, en medio de un pais convertido en feria de aventureros, entre los cuales alternaban, juntos con hombres de bien, enjambres de bandidos i multitud de aquellos corrompidos corazones que la ola humana arroja siempre léjos de sí. Viajando entre hombres que no tenian mas Dios que el oro, mas derecho que el del mas fuerte, ni mas corte de apelacion que el plomo de las armas, era evidente que cualquier atropello, cualquiera enfermedad, las fieras, los reptiles ponzoñosos, el

hambre, la sed en las travesías, la mas casual dislocacion de un pié, podrian, juntas o separadas, convertirse en causas mortales de irreparable desgracia para el aislado caminante.

Acompañáronme mis silenciosos hermanos como cosa de una milla, al cabo de la cual, pareciéndonos esto demasiado sentimentalismo para el pais en que estábamos, nos dimos un resuelto apretón de manos i nos dijimos adios.

Llevaba a la espalda, arrollado como capote de soldado, por toda cama, un *zarape* o manta mejicana con un *poncho* chileno, i, a guisa de mochila, un saquito con 16 libras de harina tostada con su correspondiente escudilla de hoja de lata; sobre el hombro izquierdo suspendido un rifle, i en el cinto, a mas de las pistolas i el puñal, una culebra con 17 libras de oro en polvo.

A cada paso tenia que desviarme del camino para evitar encuentros con tropillas de aventureros que, ya alegres i cantando, ya echando maldiciones, se encaminaban a los *placers*. Cuando me encontraba con un solo viajero, era de rigor el mas cortés i reciproco saludo; cuando el encuentro era con dos o mas peregrinos, solo me cumplia a mí el saludo; los otros, o no me miraban, o si lo hacian, era para medirme de alto abajo con una sonrisa desdeñosa.

Llegada la noche, escojia para alojarme el abrigo de la mas coposa encina que encontraba, raspaba con mi puñal el pasto i las basuras que se acumulaban al rededor del tronco, barria el lodo con una rama, i despues de calafatear con tierra i hojas secas cuantas grietas pudieran ocultar insectos o reptiles venenosos, hacia fuego con los abultados frutos de los pinos, i muerto de cansancio, me arrojaba sobre mi *zarape*, no para entregarme al sueño profundo que mi molido cuerpo reclamaba, sino para dormir como duerme el soldado de vanguardia la vispera de una accion. I no podia ser de otro modo; porque ya fuesen los frecuentes disparos que se oian a prima noche por todas partes o ya en el resto de ella hasta venir el dia, el infernal ahullido de las tropas de coyotes, que, recorriendo los campos en pos de hombres i de caballos muertos que devorar, no cesaban un instante de atisbar los alojamientos para aprovechar los descuidos del alojado, obligaban al estenuado viajero no solo a dormir a medias, sino a acudir a cada rato a reavivar el fuego, única valla que contenia así al coyote como al oso, espantable terror de aquellas comarcas.

Así marché cuatro días seguidos, i en la mañana del quinto llegué sin novedad al Sacramento.

¡Cuántos adelantos materiales en tan cortísimo tiempo! Ya el Sacramento habia dejado de ser lo que el día antes no mas fué.

Delineada la ciudad, alzábanse ya en ella muchas casas de sumo valor, porque la tabla, único material empleado en las construcciones, se vendia a razon de 75 centavos el pié. Ya no se regalaban sitios, se vendian, i se vendian caros; i en el puerto, a mas de las embarcaciones menores, ostentaban sus desiertos cascos i arboladuras, veinte barcas de mas de 300 toneladas i como 30 bergantines.

En medio del bullicio i de las acostumbradas carreras, no me costó poco trabajo orientarme para dar con la casa o mas bien con la tienda del señor Guilespie, honrado i flemático gringo americano a quien, recién llegados al Sacramento, vendimos el vino i el chivato de Tilttil.

Habiame cobrado este hombre particular cariño, i como nos dimos el cordial apretón de manos en el momento que él se disponia a ir a reconocer un terreno que pensaba comprar a una milla de distancia del pueblo, alegre con mi inesperada llegada, por aprovechar, como él decia, mi conocimientos de campo, me propuso le acompañase. Desembarazado, pues, del molestísimo peso que llevaba a cuesta, sin mas trámites i como por vía de descanso, nos pusimos en el acto en marcha.

La mano protectora de la Providencia fué la que guió nuestros pasos en esta escursión, puesto que volviendo de ella i en los momentos en que pasábamos el sol bajo de un árbol, ocurrió aquel espantoso lance que espuso a nuestro paisano Alvarez a una muerte desastrosa; bárbaro asesinato que por fortuna logramos evitar, como lo dejo espuesto en la primera parte de este viaje.

Escritos estos recuerdos, llegó últimamente a mis manos la obra de S. C. Upham, i no ha sido poca mi admiracion al ver que el espíritu de elojiar todo aquello que sabe a nacional, hubiese cegado al sabio escritor hasta el extremo de hacerle sentar bajo su respetable firma, esta frase que encuentro en la página 324 de sus «*Notes of a voyage to CALIFORNIA (Philadelphia) 1878:*»

«*Yet paradoxical as it may seem, it is nevertheless true, that life and property are as secure here, as in the cities of New York, Boston or Philadelphia.*»

Medrados estarian cuantos viajasen por aquellos centros de civilizacion i de cultura si tal seguridad de vidas i hacienda en ellos se en-

contrase. Cierta es que las calles i las playas estaban atestadas de mercaderías que importaban millones de pesos sin aparente custodia; pero no se dé a entender por esto, que la moralidad era su salvaguardia, porque ese aparente abandono, presuponía ya la presencia del dueño en medio de los ajitados concurrentes, ya el cañon de un rifle constituido en lejano centinela.

La seguridad individual propia de aquella época de desgobierno, no dependía ni podía depender de otra cosa que del número de los asociados para la mutua defensa, o de la superioridad de las armas que cargaba el agredido.

Vueltos a casa de Guilespie, donde asilamos al pobre caballero a quien la emocion habia perturbado el juicio, a poco de departir sobre nuestras aventuras i nuestras futuras esperanzas, la suma amabilidad de mi amigo estuvo a punto de costarnos a ambos la vida.

Tenia el buen Guilespie guardado un tarro de ostras para cuando repicasen fuerte, i como diese por sentado que con mi llegada se habian echado a vuelo todas las campanas del mundo, salió el tarro a lucir, i tanto el huésped como el convidado, nos pusimos gustosísimos a dar cuenta de tan raro manjar por esos mundos.

Al principio el liquido del encurtido me pareció dulce i su color lechoso; pero como solo me vino a dar cuidado cuando sentí violentos dolores de estómago, ya el mal estaba hecho. Mi compañero que, segun supe despues, habia sentido los mismos síntomas, buscó i encontró pretexto para salir de la tienda, precisamente cuando yo, sin poderlo remediar, prorrumpia en los vómitos mas recios, acompañados de agudos dolores en el estómago. Ardiendo i sudando al mismo tiempo, quiso la suerte que pudiese arrastrarme hasta una tienda donde me pareció que oía hablar frances, i a mis súplicas porque me diesen agua, aquellos hombres al verme el demudado semblante, acudieron bondadosos a favorecerme. Toda el agua que bebia me parecia poca, hasta que las últimas arcadas, que fueron de sangre, me comenzaron a calmar. En el acto supliqué a aquellas caritativas jentes acudiesen al socorro de Guilespie, i habiéndolo conseguido, al día siguiente ese pobre *gringo* i yo, ya fuera de peligro, compartiamos la única cama que habia en la tienda, tan estropeados i molidos como si nos hubiesen dado la mas atroz de las palizas.

En California nadie tenia tiempo para enfermar, así fué que a los dos dias de convalescencia, una chalupa de Guilespie, provista de todo

lo necesario para un viaje, me conducía por el Sacramento aguas abajo en demanda de la ciudad i puerto de San Francisco.

Tiene el Sacramento brazos mui semejantes, salvo su hondura i la carencia de festones de copigües que suspendidos en los árboles riberaños se miran en sus tranquilas aguas, al cuerpo principal de nuestro rio Valdivia.

○ Navegando sin la menor fatiga i llena de proyectos la cabeza, no tardé en llegar al vasto esplayado en que este rio i el San Joaquin mezclan sus aguas, para marchar unidas hasta perderse en las del Pacifico. El aspecto de esta curiosísima confluencia avivó mis deseos de recorrer personalmente, alguna parte por lo ménos, de la segunda arteria fluvial que facilita el comercio interior de la Alta California. Diriji, pues, la proa a lo que me pareció ser el álveo principal del laberinto de canales i de bancos de arena i fango que por razon de la vaciante se estendia ante mi vista. El periódico ir i venir de las altas i bajas mareas, transforman día a día el aspecto de la confluencia de los dos rios, ya en un profundo i tranquilo lago, ya en una marisma cubierta de bancos separados por una red de aguas mas o ménos profundas, que en la época de las vaciantes dificulta mucho la entrada al canal principal que constituye el San Joaquin.

○ La hora en que me encontraba marcaba precisamente el último término de la baja, i pude contar nueve lanchas, siete balandras i un bergantín goleta, recostados en un fango hediondo cubierto de espadañas, por entre las cuales, al lado de bancos de tortugas que por su inmovilidad parecían dormidas, se divisaban grupos de pasajeros que con el fango hasta la rodilla, pugnaban dando voces de *A una!!* i maldiciendo por empujar las embarcaciones hácia honduras.

○ Esta situación, por desagradable que fuese para los infelices enfangados en aquel endemoniado lodazal, no hubiera carecido de atractivos para un viajero que como yo contaba con tan pequeña embarcacion, si nubes de ponzoñosos zancudos no hubieran formado sobre todos los transeuntes en aquel paso, una atmósfera viva que parecia hasta querer quitarnos la respiracion. Abandonando, pues, el aspecto de la parte poética de la situacion, i dejando a gran prisa para despues las reflexiones que despertaba él en mi ánimo, ordené el *hala adelante* i con solo dos cortas embarradas, nos encontramos en pleno álveo del San Joaquin, fuera ya del alcance de los gritos i de la vista de los malaventurados aprendices de ranas que dejamos a la espalda.

La carencia de conocimientos de los álveos de esta confluencia, i la manía de no alquilar prácticos por considerarse otro Nelson cada yankee en cuya mano ponía el acaso algun timon, era causa de que para recorrer las 160 millas que median entre San Francisco i Stockton, se echasen hasta cinco dias de molestísimo viaje.

El rio San Joaquin, salvo su rumbo, es idéntico por su hondura i por la apacible corriente de sus aguas al del Sacramento. No tardamos, pues, despues de una agradable travesía, en avistar a Stockton.

Esta pequeña aldea, que por su situacion parece llamada a desempeñar el tercer papel entre los principales centros del comercio interior, debe su existencia al aventurero Weber, que siendo uno de los protegidos extranjeros a quien Méjico agració con tierras, fué tambien uno de los primeros que abandonando el arado por la espada, sirvió bajo las órdenes del comodoro Stockton, cuyo nombre dió al pueblo de sus afecciones.

Conté en esta naciente aldea 60 casas de maderas, i entre tiendas de campañas, toldos i enramadas, cosa de 180 hogares. Dijéronme las autoridades que su poblacion fija no bajaba de mil almas; pero que la ambulante pasaba dia a dia, contando desde un mes atras, de más de 2,500.

En California ver a un pueblo nuevo, era verlos a todos a un tiempo; porque, salvo su asiento topográfico i la naturaleza de las ocupaciones especiales que él imponía, en todos, con lo primero que se topaba, era con los *corredores* o agentes de ciudades, con sus planos, sus ponderaciones i su febril actividad. En todos solo se encontraba hombres de raras cataduras i de estravagantes trajes; jentes al parecer atareadas, llevándose como huracanes cuanto encontraban por delante; perdonavidas armados hasta los dientes; i en todas partes, al compas del martillo i de la sierra, resonaban cantos, maldiciones i estampidos de las armas de fuego. El pavimento de las calles era de cascos de botellas que salían a cada paso desocupadas a guisa de proyectiles por las puertas de los fogones, los cuales, atestados de mercaderías en buen estado o averiadas, esperaban solo al martillero para cambiar de dueño. Hombres quebrados hoy, ricos mañana, mas quebrados pasado mañana i millonarios despues, se veían a cada rato, así como cuadros de mujeres desnudas en los cafés a falta de mujeres de carne i hueso.

Noté en Stockton, lo que aun no habia visto ni en Sacramento ni en San Francisco, una horca instalada de firme en su barrio occidental.

Las que se usaban así en los pueblos como en los campos, eran mas naturales, puesto que bastaba para suspender del pescuezo a un bribon, el primer brazo de árbol que se encontraba a mano; por esto no carece de gracia el dicho del periodista Uphan, que al referirse a la de Stockton, la llamó *signo de civilizacion*.

Stockton era el centro del comercio que aprovisionaba a los mineros i recojía el oro de todos los lavaderos llamados del sur.

Despues de dos dias de estadia en aquella plaza, empeñando de nuevo la bayona de mi chalupa, me diriji a San Francisco, donde desembarqué a los cuatro dias de mi salida del mineral, molido i estropeado, es cierto, pero lleno de resolucion i de contentó.

Cuán distinto de lo que ántes era encontré a San Francisco a mi llegada! La tolderia salpicada de cimientos de mas o ménos valiosos edificios habia desaparecido; los toldos i enramadas se habían trasformado en casas alineadas, bien que de precipitada i rústica construccion; los cimientos de suntuosos hoteles, i el extremo de las calles, que se detenía ántes en el fango de las altas máreas, prolongado bahía adentro por medio de muelles suspendidos sobre poderosos troncos de pino colorado, clavados a fuerza de martinete en el fondo de las aguas. Los sitios que ántes se regalaban a destajo, se median ahora por piés, i su valor sobrepujaba el término de lo subido.

Los adelantos de este pueblo, inesperados sobre todo para hombres como nosotros, acostumbrados a ver caminar al paso de tortuga las aldeas chilenas, me convencieron de la magnitud del error que habíamos cometido al desechar los sitios que nos regalaban, con tal que los ocupásemos con nuestras hermosas tiendas de campaña; ¿i cómo no apesarse de haber mirado en poco lo que tanto i en tan breve tiempo debia de valer?

Aquí entra decir, sin ánimo de ofender a nadie, que solo hicieron fortuna en California, los que no tuvieron arrojó para lanzarse en pos de ella, despreciando el hambre, las fatigas i los peligros; puesto que, unos con admitir sitios de balde, otros por haberse hecho de ellos a vil precio, i otros con esperarla tras de algunos bultos de mercaderías que el acaso, mas que el cálculo, les hizo llevar a ese pais, se encontraron de la noche a la mañana poseedores de positivas riquezas.

La bahía estaba atestada de buques todos desiertos. Sus pasajeros i tripulaciones hacian subir la poblacion de tránsito a mas de 30,000 almas; i era tan febril la actividad de los estantes i transeuntes, que la

ciudad se veía transformarse i crecer como por encanto. Largos muelles sustentados por poderosos pilotes de pino colorado, ya construidos, i a pesar de esto, prolongándose, i otros a medio construir, en cada una de las boca calles que caían a la marina, disputaban a los barros de las bajas mareas, asiento para el tránsito i para nuevos edificios. Aquí, a falta de prontos materiales para muelles, se amontonaban en la fangosa orilla del mar, cajones i sacos llenos de tierra; allí, para no perder tiempo, se improvisaban muelles, bodegas i calles, enfangando buques puestos en hilera a continuación de ellas i se construían oficinas sobre varones i vigas apoyadas en sus costados.

Uno de los primeros inventores de transformar buques en morada de tierra firme, fué el jóven chileno don Wenceslao Urbistondo, quien, aprovechando de un oportuno plenilunio, prolongó con su desierta e inútil barca, la calle situada al pié de la colina que limita a la izquierda el plan del puerto, valiéndose para salvar los barros que mediaban entre la popa de la embarcacion i la calle, de los mismos mástiles convertidos puente.

En las calles se formaban veredas hasta con lios de charqui que, a falta de mas barato i rápido terraplen, se sumerjian en el barro junto a las casas, para poder transitar sin enfangarse hasta la rodilla.

El comercio sufría en aquella ciudad los periódicos contrastes de las mareas; unas veces el agua lo invadía todo, despreciando con su abundancia, los valores mas acreditados; otras lo dejaba todo en seco, sin que el mas previsor pudiese verse libre de los ruinosos chascos que producen las altas i las bajas inesperadas. Este se hacia rico sin saber por qué i aquél se arruinaba contra las previsiones del cálculo mas cauteloso. Recuerdo que vista la escasez de los medios de construccion, se pidieron casas hechas a Chile, i que cuando éstas llegaron, abundaban ya en tanto grado en San Francisco, que los que las habian encargado, tuvieron que pagar para que alguno se hiciese dueño de ellas i se encargase de desembarcarlas. Yo soi testigo i víctima de lo que refiero.

Sin embargo, nadie desmayaba, porque hasta para que recobraran su valor los efectos ménos precisados, se improvisaron oportunisimos incendios, que día a día i con peligro de arrasarlo todo, se veían surjir en todas partes.

En este teatro de la mas estrepitosa feria internacional de cuantas recuerda la memoria humana, ningun actor representaba el papel que le habia cabido en suerte en su propia patria. El amo se trasformaba

en criado, el abogado en fletero, el médico en cargador, el marino en destripa terrones, i el filósofo, abandonando las rejiones del vacío, en el mas positivo obrero de la materia. He visto sin sorpresa, pero con el justo orgullo de chileno, al afeminado i tierno petimetre de Santiago pendiente aun del hojal de una sudada camisa de lana, la cadena de oro que engalanaba su chaleco en los bailes de la capital, cargar con la risa en los labios i el agua del mar a la cintura, efectos de un membrudo i alquitranado marinero, recibir el precio del jornal i ofrecer, incontinentí, a otro patán sus oportunos servicios.

En todas partes se alzaban pomposos cartelones. Sobre una barraca se leía: *Hotel Fremont*. Sobre la flexible lona de una tienda, del que tal vez no pasó de sepulturero: *Fulano, médico i cirujano*. Sobre el toldo de un conocido corredor de pólizas de Valparaiso: *Fulano, consejero en leyes; Fulano i C.^a comisionistas* en todas partes. I en la enramada de un antiguo peluquero de Santiago: *Hotel Frances!* Lo mismo hacían los chilenos, de cuyas principales familias bien pocas se libraron de lucir sus apellidos en California.

La muchedumbre de hombres i siempre hombres, porque lo que era mujeres aun no habían entrado en moda por allá, había hecho necesario establecer siquiera un simulacro de gobierno civil en aquella torre de Babel.

Erijíóse, en efecto, algo parecido con el nombre de Alcalde, funcionario cuyas atribuciones reflejaban perfectamente la de nuestros antiguos subdelegados; lo único que podía distinguir a aquél de éstos, era que las órdenes i decretos de los subdelegados chilenos, fuesen justas o injustas, se cumplieran, al paso que sólo la conveniencia sancionaba las del alcalde californés o san francisqueño.

Atraído por el bullicio de un tropel de jente, por algunos gritos i no pocas maldiciones, vi que a punta de pescozones llevaban a pesar suyo, a uno de tantos, a la presencia del Alcalde. Hiceme encontradizo i entré con los demas al tribunal, que era una gran bodega con una puerta en un extremo i una ventana baja en el otro, lugar que ocupaba el juez. El Alcalde, despues de un breve coloquio con los acusadores i con el reo, como el *tiempo es plata*, se dió por enterado, i puesto de pié dijo en alta voz:

—Oigan! Oigan! condeno al reo a cincuenta azotes que deben aplicarse en el acto!

A la voz de cincuenta azotes, no tardó en contestar otra, que aunque aguardentosa i llena de hipos, articuló tambien un oigan! oigan!

Todos miramos al lado de donde salia aquel berrido, i vimos con estrañeza que lo despedia un oregonés, quien, sujetándose apénas sobre los hombros de otros dos morrudos compañeros, trasformados en tribuna, despues de un nuevo oigan! oigan! de ordenanza, dijo:

—Ciudadanos! Ya que el Alcalde opina por la inmediata aplicacion de cincuenta azotes a ese ciudadano de los Estados Unidos, yo propongo que diez de nosotros llevemos al Alcalde hasta una milla de distancia de aquí a fuerza de puntapiés en el...!!

—Hurraa!! exclamaron todos a un tiempo; i el mismo reo i todos los demas iban a lanzarse ya sobre el Alcalde, cuando éste, mas lijero que un conejo, saltando por la ventana logró hacerse humo por entre las vecinas enercujadas!

Con semejantes jueces i semejantes litigantes, no era, pues, de estrañar que las cuestiones en primera i segunda instancia las dirimiese la pistola o el puñal.

Nada tenian de cordiales las relaciones que existian entre los chilenos i los americanos, i el decreto del jeneral Persiflor Smith, espedido desde Panamá, en el que se espresaba: «Que todo extranjero quedaba desde esa fecha excluido del derecho de esplotar minas en California,» vino a poner el colmo a los desafueros que se cometieron contra los pacíficos e indefensos chilenos.

Alarmados con esto, el comercio i las autoridades, propusieron a los extranjeros que se declarasen ciudadanos de la Union, adjudicando, por solo el valor de diez pesos, tan importante título. Pero este salvo conducto solo podia servir a medias, en el lugar donde se recibia, porque saliendo de él mas era objeto de pifa que de resguardo. Poco tiempo despues, el gobierno provisorio de San José, declaró libre para el extranjero el trabajo de las minas, con el solo cargo de pagar cada uno 20 pesos adelantados cada mes. El recibo debia servir de suficiente autorizacion para poder trabajar. Pero, cuántos choques no resultaron de semejante acuerdo entre recaudadores i contribuyentes!

La mala voluntad del yankee vulgar contra los hijos de otras naciones, i mui especialmente contra los chilenos, se habia, pues, acentuado. Hacianse un argumento sencillo i concluyente; el chileno era hijo de español, el español tenia sangre mora, luego el chileno debia ser por lo ménos hotentote, o mui piadosamente hablando, algo de mui semejante

al humillado i tímido californés. Habíaseles indigestado el arrojito del chileno, que sumiso en su país, deja de serlo en el extranjero, aunque sea ante una pistola encarada al pecho, siempre que él pueda apoyar la mano sobre la empuñadura de su puñal. El chileno, por su parte, detestaba al yankee, a quien calificaba de cobarde a cada rato, i esta mutua mala voluntad, explica las sangrientas desgracias i las atrocidades que a cada paso presenciábamos en el país del oro i de las esperanzas.

No tardó en formarse en San Francisco una sociedad de bandidos denominada Galgos, compuesta de vagos, jugadores i borrachos, que unidos por la mancomunidad del crimen, tenían por lema, *Salirse siempre con la suya*. Precedíanlos en todas partes el asco i el miedo que infundían con su provocadora presencia, i en todas partes la camorra i la violencia, que no les perdían pisadas, donde establecían sus reales.

Como no siempre se *salieron con la suya*, cuando recorrían la puntilla de la derecha, donde se había formado una especie de Chilcito aislado del centro de la ciudad, resolvieron los malhechores galgos darle una violenta zurra, i como en California *tiempo es plata*, estos desalmados en número crecido acometieron a los desprevenidos chilenos de aquel rincón a palos i a pistoletazos.

De presumir es el alboroto i la grito que se armó en aquel lugar, por tan brutal e inmotivado atropello. Los chilenos vueltos en sí, empezaron a lanzar una lluvia de piedras sobre sus agresores. Un respetable caballero chileno, no pudiendo huir por la puerta de su tienda, por encontrarse en ella varios galgos que le acometían, tendió de un pistoletazo al primero que se le acercó, i rasgando con el puñal la lona de la tienda, alcanzó, escapando por aquella puerta improvisada, la fortuna de unirse ileso a sus demás compañeros. Branam, el ex-mormon, dueño de la inolvidable *Dai-ce-may-nana*, informado por algunos chilenos de lo que ocurría en la puntilla, se lanzó lleno de justa indignación sobre el tejado de su casa, i dando desde allí grandes voces para llamar al pueblo a reunirse, con breves i enérgicas palabras, manifestó que ya era tiempo de ejemplarizar tan inauditos desmanes contra los hijos de un país amigo que mandaba día a día a San Francisco, junto con la mejor harina flor, *los mejores brazos del mundo para cortar adobes!* Propongo, agregó, para hacer el desagravio mas completo, que chilenos de buena voluntad, capitadeado por ciudadanos de los Estados Unidos, acudan en el acto a aprehender a los perturbadores del orden.

Un hurra jeneral que retumbó en la puntilla agredida i la presencia

casi instantánea de los improvisados protectores del orden, puso término a una salvajada que pudo haber acarreado las mas desastrosas consecuencias.

Dieziochos bandidos sacados a viva fuerza de sus escondites, fueron remitidos en calidad de presos a bordo de la corbeta *Warren*, de la escuadra yankee, i con esto se restableció la calma en aquel infierno.

Tres días despues, cuando mas activaba mis diligencias para volver al lado de los míos, lei con sobresalto en el diario de San Francisco esta alarmante noticia:

«Sangre norte-americana vertida por infames chilenos en los placeres! Alerta ciudadanos!»

Al día siguiente la noticia habia tomado proporciones sin medida; i en la noche se corrió que no solo habian sido espulsado con violencia los chilenos del lado de San Joaquin, sino que la misma partida de malhechores que los perseguía, instigada por el robo i por la venganza, se dirijia sobre los demas chilenos que trabajaban en los tributarios del río Americano.

Júzguese cuál sería mi situación cuando titubeando todavía sobre lo que me restaba que hacer en tan angustioso trance, me dió un conocido la exajeradísima noticia de que se acababan de perpetrar en el Molino las mayores atrocidades contra los chilenos! Confieso mi pecado. Ni la distancia que mediaba entre el Molino i San Francisco, distancia que yo conocia tan bien, ni la conocida imposibilidad de hacer llegar volando las noticias, fueron parte a hacerme desconfiar de la que se me acababa de dar.

Estaban mis hermanos de por medio, era necesario que perdiese el juicio! Mis hermanos, mis pobres hermanos solos por allá, i yo sin poder compartir con ellos sus desgracias! Desatentado, sin mas equipaje que mis armas, sin mas esperanza que la de vengarlos, pagué 200 pesos por un bote que debia arrojarme en las playas del Sacramento, i sin oír las reflexiones de la prudencia, ni atreverme a hacérmelas, me entregué a la violencia de mi destino!

¿A dónde iba? ¿Qué pretendia hacer? Lo ignoro. Lo único que recuerdo es que todo me parecia hacedero, todo fácil, ménos volver sin mis hermanos a Chile!

Bogamos noche i día sin descanso, llegamos a Sacramento, salté al agua sin esperar atracar al muelle, i lleno el corazón de angustia, corrí hasta llegar a casa de Guilespie.

Júzguese cuál debía ser mi sorpresa. Dios no me habia abandonado! Mis hermanos, llegados el dia ántes a Sacramento, pobres i despojados de cuanto tenian, pero ilesos, acordaban con Guilespie el cómo reunirse cuanto ántes conmigo en San Francisco. Llegar, verlos, contarlos i desplomarme de emocion, fué todo uno! Ah! es preciso haberse encontrado en mi situacion, para comprenderla! La desesperacion, el despecho, tal vez el espíritu de venganza, habrian seguido dando a mi enfermedad cuerpo, la fuerza i el vigor que el exceso de la dicha me quitó en aquel momento!

Juntos todos en la tarde, bajo un modesto toldo de *zarapes*, é impuestos de nuestras mutuas aventuras, no tardó en venirnos a buscar la alegría, haciéndonos entender que todo lo pasado, no era ni podía ser mas que una mala i ridícula pesadilla. En efecto, estábamos buenos i sanos i de la cuenta no faltaba ninguno; qué mas podíamos desear! No habian necesitado los yankees de grandes violencias, para espulsar a los intrusos chilenos del Molino. Fueron si robados i despojados de cuanto tenian; pero esto en California no tenia significado atendible.

Los demas compañeros habian tocado a dispersion. Esa misma noche nos declaramos en *comité* para decidir lo que en adelante debiamos hacer. Ninguno opinó por el regreso a Chile; ántes bien, se adoptó por unanimidad, volver a luchar de nuevo contra la adversa suerte, modificando si el sistema de ataque, hasta domarla.



CAPITULO XVIII.

Entramos en la vida del comercio.—Cuál fué éste.—Compra de una lancha.—Dificultades legales para la navegacion de los rios i modo poco decente de vencerlas.—Viaje en la "Impermeable."—Culebras i zancudos californeses.—Muerte del jóven Martinez.—Las tercianas en Sacramento.—Hospital Chileno de los señores Luco.—Fundacion de un hotel en San Francisco.—El pozo de don Juan Nepomuceno Espejo.—Nos convertimos en sirvientes.—Aventura de la leche.—Mi viaje a Monterey.—Lo que valia un Chileno en California.—Monterey.—Sus obsequiosos habitantes.—Sarao.—Valioso regalo i mi regreso a San Francisco.—Llegada de las primeras mujeres a ese pueblo.—Repugnantes cuadros plásticos en los cafés.—Remate de mujeres a bordo de los buques.—El juego.—Elecciones para la convencion de San José.—Incendio i ruina de San Francisco.—Nos trasformamos en marineros.—Regreso a Chile.

No eran las minas el único negocio que en aquella época ofreciera al trabajo California. Broceadas éstas para los de afuera, aun quedaba el comercio, que estaba entónces en poderoso alcance. Sabiamos por experiencia que los comerciantes al menudeo i los ociosos, lucraban mas que los trabajadores e industriales; i este motivo, a poco discurrir, nos determinó a erijir altares al buen Mercurio, dios de los ladrones. Faltabanos, es cierto, el saco tradicional, las alitas en los piés i el caduceo, arreos propios de esta alma de los mercaderes; pero mis hermanos no se detuvieron por tan poco. Formaron el saco con el conjunto de varios saquitos de polvo de oro, escapados por milagro entre los pliegues de sus cinturones; las alitas debia yo comprarlas en San Francisco, trasformadas en un lanchon, i no nos acordamos del caduceo por no haberle encontrado significado práctico.

Constituido en jereñte i cabecera de la sociedad Perez Hnos., al dia siguiente de nuestro encuentro, navegaba de nuevo ya el feliz Decano, aguas abajo, la hermosa ria que conduce a San Francisco.

Propicia era por demas la ocasion que parecia bendecir nuestro cam-

bio de frente, para entrar en la vía del comercio. Como el furor de recoger oro con la propia mano, a todos trabucaba la mollera, nadie se fijaba que lo que valía ciento en el interior casi se regalaba en San Francisco. El número de inmigrantes era tan crecido, i tan engorrosos para la marcha los efectos que desembarcaban que, a trueque de no perder tiempo, lo que no se vendía a vil precio, se arrojaba.

Parecía que por momentos aumentaba también el número de chilenos conocidos que desembarcaban en San Francisco, i venían con tales brios, que hasta miraban en ménos al chileno que no encontraban convertido en Creso. Solo los incapaces o los flojos podían estar pobres i desalentados.

Yo, después de contestar las atropelladas preguntas que me dirijian, dejándolos echar plantas, proseguía silencioso, acarreado a la playa unos lios de charqui apolillado, que acababa de comprar a razón de dos pesos el lio, diciendo para mis adentros: está visto, estos niños no saben todavía lo que es canela!

¡I cuán pronto lo supieron! ¡I cuántas bravatas se tornaron en lamentos!

Entre los infinitos conocidos i parientes con quienes a cada rato me encontraba, oyéndome decir don Miguel Ramirez que iba a comprar una embarcación, propuso venderme una lancha de 12 toneladas que acababa de rematar en 700 pesos; i que por no necesitarla ya, pues, en vez de lancharo quería convertirse en aserrador, me la vendería en 300. Se hizo el trato.

Ayudado de tres jóvenes chilenos convertidos en marineros para costear con su trabajo el viaje al Sacramento, el capitán Decano, ex-cocinero i contador de los trabajos de minas del Molino, i actual negociante i armador, no tardó en completar la carga de la *Infatigable*, que así se llamaba su envidiable lanchon.

Constaba el cargamento de ocho lios de *charqui* considerablemente alijerados por los estragos de la polilla; de veinte quintales de fracciones de quesos de chanco, cuidadosamente cuadrados a cuchillo, para librar la parte sana de los efectos de la podredumbre; de cuatro sacos de descorazados; de dos barriles de *chivato* de a dos arrobas cada uno; de un cajoncito de tarros con dulce que recibí de Chile; i de dos sacos de harina tostada.

Ibame yo a embarcar, cuando el diablo, que no puede ser otro, casi cargó con todo mi negocio. Significóme un agente de aduana, que no

me moviese de donde estaba, porque mi embarcacion no habia sido construida en Norte América, ni su quilla era de madera americana, dos requisitos indispensables para el cabotaje en los rios. Dando a Barabás con semejante contratiempo, en un pais donde *tiempo es plata*, ocurrióseme en el acto invertir el órden de estos dos sustantivos, i diciéndome: si tiempo es plata, claro está que plata es tiempo, i no solo es tiempo sino cuanto hai en este mundo, i sin mas esperar me di a correr tras un *corredor* de pólizas de Valparaiso, convertido en abogado o consejero en leyes, como el cartelon de su casa lo decia. Finjió no conocerme, ni aun conocer el español. *Poco tiempo en Chile...*! Dijome que mi lancha era mui conocida, que no necesitaba ni saber dónde estaba; pero que mi asunto era mui delicado, aunque no imposible.

—Pida usted lo que le pareciere, repuse, porque si salgo mal carga conmigo una fanega de demonios.

—Pues bien, dijo él entónces con suma gravedad, comience usted por depositar la mitad del importe de las dilijencias, i procederemos.

Entreguéle 450 pesos en oro, i ya estaba del lado de afuera cuando me gritó:

—¿Chalupa es, o nó?

—Nó, señor, contesté con incomodidad, lancha, i lancha de 12 toneladas, con nombre de *Infatigable!*

I el bribon decia que la conocia, i que habia éstado poco tiempo en Chile cuando habia encanecido en él.

Cuatro dias despues, un verdadero siglo en California, se me apareció el tal consejero en leyes, con un legajo lleno de garabatos en el cual se encontraban pruebas incuestionables, de que la madera de mi cascaron, habia sido cortada en el bosque de la *Berenjena* de la Union, i que en San Francisco mismo estaba, de tránsito para el interior, el mismo constructor que habia labrado la quilla del falucho. Constaba, ademas, que no solo la embarcacion era *pura* sangre, sino que hasta su mismo nombre lo era, porque en vez de decir infatigable, como los bárbaros mejicanos que no saben el inglés la pronunciaban, debia decirse *Impermeable!*

Anda con Dios!

Dueño, señor i capitán de embarcacion americana, con un recargo de novecientos pesos de valor por semejante gracia, procedi a ponerme en franquia.

Constaba el personal de la espedicion de cinco personas, de capitán

a grumete: dos chilotés Velasquez, un Valdivia de Casablanca, un joven Martínez del sur i yo.

Martínez, que tendría como veinte i dos años, i que habia sabido captarse mi voluntad, tanto por su fino trato, cuanto por su simpática figura, padecía de tercianas, enfermedad que cuando le atacaba, le aniquilaba tanto, que pasados los accesos de frío i de calor, quedaba Martínez por mas de una hora en una especie de modorra mui semejante a un prolongado desmayo. ¡Ojalá no lo hubiésemos embarcado!

Como la violencia de la vaciante habia hecho zozobrar en la mañana a dos chalupas, perdiéndose con ellas cuantos las tripulaban, incluso tres chilenos, en los remolinos o pequeñas vorájines del canal que comunica la bahía con el Pacífico, resolví no volverme sino con la creciente, i en la espera, tuve ocasion de observar con espanto los efectos de la terciana sobre el desmedrado cuerpo del pobre compañero Martínez.

Navegó tres dias consecutivos con marea i vientos favorables la gallarda *Impermeable*, dando i recibiendo ¡hurra! de cuantas embarcaciones ibamos dejando atras, hasta entrar en las aguas del Suisun, donde flaqueando el viento, comenzó tambien la marea a ser contraria. A eso de mediodía, obligados a aguantarnos amarrados a un tronco a medio ahogar i cubierto de tortugas, el calor nos obligó a buscar alguna sombra en tierra i a esperar en ella la vuelta de la marea.

Acababa, por desgracia, Martínez de sufrir otro furioso ataque de la cruel enfermedad que padecía, le acomodamos lo mejor que pudimos bajo un toldo de lona, colocamos a su alcance una escudilla con agua azucarada, i dejándole amodorrado, saltamos en tierra condolidos, pero mui ajenos de lo que se nos esperaba a la vuelta.

Ya he indicado cuán inmensa era la plaga de ponzoñosos i tenaces zancudos que infestaban las márgenes pantanosas de los rios Sacramento i San Joaquin, en cuyas confluencias tenian su principal asiento estos molestísimos insectos.

Defendiéndonos como podíamos a pañuelazos, nos asilamos bajo unos matorrales que daban frente a un pequeño plan desnudo de pasto i cubierto de pequeñas cuevas, como las que forman nuestros *cururos* en los sécanos de ultra-Maule. Estuvimos allí como una hora sin darnos cabal cuenta del significado de muchos palitos secos como de tres pulgadas que parecian intencionalmente clavados en cada uno de los agujeros del suelo. Apénas, movidos por la curiosidad, me

acerqué a ellos, cuando retrocedí espantado, gritando: Son culebras!

Muchas rejiones solitarias he recorrido en el curso de mi vida, i no recuerdo alguna que tenga mas vivoras i culebras que las que tiene, en algunas partes, el dorado suelo californes. La coral, el cascabel, se encuentran a cada paso entre multitud de otros ofideos de distintas clases i tamaños, que aunque no todos venenosos, siempre espantan i desvian al viajero cuando los encuentra tomando sol, de atravesio en los caminos. Las culebras que teniamos a la vista no eran de carácter sospechoso; ninguna de las muchas que matamos tenia la cabeza con escamas, ántes bien, se asemejaban a las chilenas, que en vez de menudas escamas, tienen conchas a guisa de espalda de tortuga.

Ocupados, quién sabe cuanto tiempo, en descabezar culebras a varillazos, i en derribar a pedradas las muchas tortugas que engrosaban, puestas en fila, los troncos de los árboles recostados sobre el agua, perseguidos por los zancudos que llegaban a empañar la vista con sus bandadas, i que nos hacian pedazos con sus picadas, sin que el humo, las manotadas i los abanicazos con ramas, fuesen parte a librarnos de ellos, ya mui entrada la tarde nos recojimos a bordo.

Hai ciertas impresiones que por su intensidad nunca se olvidan. Martinez, inmóvil, monstruosamente hinchado, con la cobija arrollada a los piés, sin duda a impulso de algun movimiento convulsivo, tenia todo el cuerpo, inclusa la cabeza, cubierto con una asquerosa i sangrienta mortaja de zancudos que, repletos i amodorrados, formaban sobre la desgraciada víctima, un lecho que el espanto nos hizo presumir de mas de una pulgada de espesor. Ver aquello, precipitarnos sobre el pobre amigo, llamarlo, sacudirlo reventando millares de zancudos que nos empapan las manos con sangre fué todo uno. Pero tardió socorro; Martinez estaba muerto!...

Careciamos de herramientas para labrar allí una sepultura; llevarle a Sacramento no tenia objeto; arrojarle en tierra para que fuese pasto de los coyotes, no podia caber en nuestra angustiada imaginacion. Al dia siguiente, pues, despues de una noche atroz, las aguas del Sacramento recibieron con nuestras lágrimas, el cuerpo inanimado de aquel jóven infeliz, que el dia ántes no mas habia sido nuestro compañero i nuestro amigo!

La vida del minero californes era entónces mui semejante a la del militar en campaña. Suele una lágrima humelear la tes tostada del adusto soldado, al estrechar por última vez la mano del muerto com-

pañero; pero esa lágrima se enjuga pronto ante nuevos peligros o ante el entusiasmo que produce la victoria.

La fresca brisa de la mañana, la desaparicion de los zancudos barridos por ella, el aspecto imponente de las tranquilas aguas del Suisun, el de los bosques i graciosas colinas de sus lejanos contornos, la algarra de las aves, el continuo encuentro de innumerables embarcaciones llenas de alegres pasajeros, i acaso la reflexion de que son lágrimas perdidas aquellas que se derraman sobre males sin remedios, no tardaron en devolver a nuestros ánimos preocupados su primitiva enerjia.

Llegado dos dias despues a Sacramento, mostré mi factura a los hermanos, i llenos estos de entusiasmo porque los artículos mercantiles que les llevaba, se encontraban en una de aquellas alzas que tanto asombraban en California, procedimos sin tardanza a su desembarco e instalacion.

Ya no teniamos tienda de campaña, el lujo habia desaparecido. Media pieza de jénero de algodón suspendida en rústicas estacas, era el techo de nuestra casa almacén, cuyas paredes de ramas formaban a su sombra, un modesto semicírculo que nos preservaba del viento.

A un cajón boca abajo colocado en la abertura que hacia de puerta, se le adjudicó el nombre de mostrador i, como todo el cargamento no cupiese dentro, se adjudicó tambien el nombre de bodega al trecho donde acomodamos a todo campo el resto.

No tardaron en acudir algunos curiosos, al ver instalada sobre el cajón la indispensable balancita de pesar oro, al lado de una rebanada de queso, de un montoncito de huesillos i de una botella con sus dos guapas copas al frente que servian de vanguardia a los barriles de chivato que, como cuerpo de reserva, teniamos guardados mas adentro.

Todo se vendia a las mil maravillas, ménos el *charqui*, que no podía salir a luz sin vergüenza. No sabiendo, pues, qué hacer con él, porque la polilla, a falta de otra cosa, podía emprender con nosotros mismos, acordó el directorio devolver al *charqui*, terraplenando sus agujeros con sebo, el aspecto i la gordura que le faltaba.

Desarmados los lios, el *charqui*, que mas parecia jirones de arnero que *charqui*, fué sacudido i estendido sobre el pasto, donde despues de darle por uno i otro lado una mano de sebo caliente, le dejamos un momento al sol. Federico nos habia traído el dia ántes un saco de cominos que unos chilenos habian arrojado al pié de un árbol, i como no hai cosa que no pueda utilizar la industria humana, aprovechándonos

nosotros del incidente, derramamos sobre el *charqui* caliente aquel en-demoniado condimento, i fecho, formamos con el todo una artistica pi-rámide de Ejipto.

Al olor que despedia tan estrambótica mercancia, acudieron dos acomodados sonoreños, a los cuales contestando sus preguntas sobre lo que significaba tan aromático alimento, aseguramos que era el mas escojido *charqui* que solia servirse en la mesa de la nobleza de Santia-go i que no habiamos podido colocarlo hasta entónces, porque parecia que en California, a pesar del oro, mas se atendia a lo malo i barato, que a lo bueno i caro. Mentimos como experimentados mercaderes cuando protestan ante alguna amable compradora, que pierden plata en el negocio, que por ser a ella le dan el jénero a tan bajo precio, que no lo digan a nadie, etc., etc. Aquellas escomulgadas garras se vendieron por libras, i lo que fué mas aun, desaparecieron del sitio que ocupaban. El *chivato* se vendió por copitas a razon de seis reales copa, por ser del que bebia el duque de Orleans, i asi todo lo demas.

Miéntras esto acontecia, seguia llenándose con chilenos el pueblo de Sacramento, los cuales, despedidos de los lavaderos por la inseguridad, llegaban quejosos i desalentados a asilarse en él; i como si no bastasen para consumir la ruina de la raza proscrita las nuevas leyes i el encono yankee, se le ocurrió tambien al clima venir a terciar en el asunto.

Los calores, obrando sobre los cienos i marismas que forman las juntas del rio Sacramento con el Americano, comenzaron a viciar tan-to la pureza de la atmósfera con pútridas exhalaciones, que no tarda-ron éstas en desarrollar violentas tercianas mui aniquiladoras para unos i hasta mortales para otros. César, mi hermano, casi perdió la vida, i nuestra flamante sociedad mercantil tuvo en varias ocasiones que cam-biar sus funciones de vendedora por las de sepulturera.

No se crea por esto, sin embargo, que es inhospitalario el clima ca-lifornes. Por el contrario, colocado entre los grados 32, 28 i 42 de latitud norte, estension que equivale en nuestro pais a la seccion com-prendida entre Coquimbo i Valdivia, el clima en vez de ser de aquellos que llaman estremosos, entra en la categoria de los templados. Pero, son tantas las honduras i altibajos propios de la rejion occidental del continente americano en toda su dilatada estension de N. a S., i tantas, por consiguiente, las causas que en esta seccion concurren a alterar a cada paso la regularidad de las líneas isotermales, que hai momentos en que el viajero puede encontrarse entre calores iguales a los de la

zona tórrida, i a poco andar, entre los hielos de las zonas polares. California puede mirar como propios de su suelo la guinda i la manzana, al mismo tiempo que la piña i el algodón, del propio modo que las fiebres pútridas en los lugares aun descuidados, donde asienta de lleno un sol abrasador.

En verano como en primavera las mañanas i las tardes son frescas, i ardientes los mediodías. Los rocios de primavera, verano i otoño, son mui copiosos, i los inviernos, a pesar de sus lluvias torrenciosas, benignos.

Debo a mi malogrado amigo doctor Pretott las siguientes observaciones termométricas correspondientes al año de 1849:

Término medio	{	Primavera.... 66	}	Fahrenheit
		Verano..... 70		
		Otoño..... 67		
		Invierno. 61		

El mes de mas calor alcanzó a 74°; el de mas frio a 48°.

Volviendo a mi propósito, del que solo me he separado un instante por cumplir con el deber de decir siempre la verdad que corresponde al viajero, las tercianas i otras fiebres de mal carácter hacian tantos estragos entre los chilenos i los extranjeros avecinados o de tránsito en Sacramento, que yo me maravillaba de cómo las autoridades, a las que acudimos siempre en Chile para cuanto hai, no improvisasen siquiera un mal galpon hospitalario para los desvalidos que morian sin el menor recurso, despues de vagar esqueletados i temblorosos implorando ausilios que el egoismo de la época les negaba.

Las autoridades yankees miraban impasibles los progresos de esa epidemia aterradora, por estar persuadidas de que actos de beneficencia corresponden a los mismos vecinos del lugar i no a los gobiernos, los cuales solo deben terciar en ellos, cuando se declara impotente la iniciativa individual.

Actos de esta naturaleza estaban reservados para chilenos. Encontrábanse en Sacramento a cargo de la barca chilena *Natalia* dos nobles i caritativos corazones, don Manuel i don Leandro Luco, los cuales, como tantos otros chilenos, fueron a buscar, a pesar de su improbo trabajo, la ruina en el Dorado. Estos dos apreciables jóvenes constituyeron su *Natalia*, con un desinteres sin ejemplo entónces, en hospital i casa de asilo para sus desvalidos nacionales, i a este acto de inusitado despren-

dimiento, debieron la vida muchos chilenos, entre los cuales figuran dos de mis hermanos, un cuñado, un joven Sepúlveda de Santiago, i varios otros que escuso nombrar.

En tan angustiosa situacion, todo lo abandonamos por acudir a ayudar a los señores Luco en su filantrópica tarea. Cúpome a mí desempeñar en ella el doble papel de médico i de sacerdote en la medida que puede desempeñar un laico este ministerio; a los Lucos el de enfermeros i de cocineros; a mis demas compañeros el de ayudantes i sepultureros, trasnochando unos i abriendo fosas otros, para sepultar a los paisanos que se separaban para siempre de nosotros!

Apénas disminuyó la intensidad de la epidemia, cuando resueltos a alejarnos cuanto ántes del Sacramento, vendimos cuanto nos quedaba así como nuestra embarcacion puesta en San Francisco, i con un capital de seis mil pesos, producto bruto del empleado, que no pasaba de mil trescientos, dimonos a la vela para aquel lugar.

¿Qué habíamos hecho despues del día de justo alborozo que presencié nuestra primera entrada en California?

Habíamos sido fleteros provisionales; habíamos sido mineros, i en las minas nos habia ido mal a pesar de nuestros enérgicos esfuerzos para evitar tamaño mal; habíamos sido comerciantes, i a pesar de que lo fuimos con todo el lujo de sus mentidas tretas, ganando mucho perdimos tiempo californes, que era un capital superior a nuestras utilidades; nos hicimos franceses, nos ahogamos, nos envenenamos i fuimos médicos i sepultureros, profesiones ambas que, aunque se dan la mano, nada nos aprovecharon. ¿Qué nos quedaba que ser? Comenzamos, pues, ya a creer que nuestra esquiva suerte, si poníamos fábrica de sombreros, habia de influir para que los hombres naciesen sin cabeza, cuando el aspecto del oro que empolvaba el pavimento de los cafés, nos sujirió la idea de erijir un hotel.

En California nunca pudo medir un compas, con sus agudas piernas, arriba del trecho de una línea entre todo proyecto i su inmediata ejecucion.

Entramos, pues, con este propósito en compañía con dos hijos del jeneral Lastra, los cuales corrian como nosotros la caravana por aquellos andurriales. Compramos por tres mil pesos un sitio que dos meses ántes no quisimos admitir regalado, por parecernos así caro, en la calle de Dupontt, i provistós de maderas i de herramientas de carpintero, cuyo uso nos era familiar, comenzamos con la ayuda de un yankee, a

destrozar, a acepillar i a escoplar con tan morrudo teson, que en dias, porque en California los meses eran siglos, alzamos nuestro vistoso catafalco, compuesto de un salon, con tres piezas abajo, cuatro en los altos i un confidente intimo, lujo entónces en San Francisco, que colocamos en forma de garita de soldado, a prudente distancia del cuerpo del palacio. Hago mencion de este departamento, porque muchos chilenos, i entre otros caballeros, nuestro simpático paisano don J. M. I., a falta de mas cómodo dormitorio, pasó muchas noches sentado en él, como pudiera haberlo hecho el principe de Asturias en el mas mullido lecho.

Trabajóse al mismo tiempo un pozo para la provision de agua potable, i el trabajo fué confiado al barretero don Juan Nepomuceno Espejo quien, olvidando el manejo de su antigua i leve pluma, por el pesado hierro de una tosca barreta, se las apostaba al mas membrudo patan. Cavaba él en el fondo de un agujero, i llenaba con tierra i piedras un balde que yo suspendia despues con una cuerda. Recuerdo que cuando el agua le llegaba a las rodillas, me gritaba con voz sepulcral:

—Vicente, ¿ya será bastante hondura? mira que aqui me llevan los.....

I que recibia por toda contestacion:

—Trabaje no mas, amigo, no me gane la plata de balde!

Contratamos un famoso cocinero frances llamado monsieur Michel, el cual ganaba a mas de la casa i de la comida, que importaban 200 pesos mensuales, un sueldo de 500 o sean 8,400 pesos anuales, que es^s harto mas de lo que gana en Chile un ministro de Estado; i colocando en la puerta del nuevo establecimiento un gran letrado que decia: «Restaurant de los ciudadanos,» dimos principio a nuestras tareas en la fuerza del verano del año 49.

Escusado es decir, que el negocio marchó al principio a las mil maravillas, porque todo marchaba bien al principio en California, i solo al llegar al medio se broceaba. Nosotros éramos juntamente amos i criados del *restaurant*, i para criados, salvo algunos olvidos escusables del papel que representábamos, no lo hacíamos mui mal.

Entre los pensionistas figuraba un mulato, caballero de reciente creacion, que aun no habia arrojado el pelo de la dehesa. Sus voces de mando eran tiránicas i mui poco simpáticas las maneras con que las acompañaba. La leche era, hasta entónces en San Francisco, un lujo asiático, i como no la habia yo vuelto a tomar, desde aquella que nos

dió, con tan buena i afable voluntad, la Sirena del caballo que compramos en Sacramento, tentóme el diablo una mañana, i de dos sorbos casi acabé la que tenia reservada para el almuerzo de nuestro acaballado parroquiano. Supli con agua el déficit, i me di a los trabajos de costumbres.

Encontrábame sirviendo esto que los *gringos* llaman *cola de gallo*, a un pasajero, cuando tuve que abandonarlo todo por acudir a los ajos i cebollas, con las que el amo jetudo apostrofaba a mi hermanito Federico por la clase de leche que le servia. El jesto i modo de aquel intruso en caballero habian hecho olvidar su papel de sirviente a Federico, i ya empuñaba la mano, cuando interpuesto a tiempo acudi a salvar el crédito del restaurant. Con las mas coquetonas i reverentes cortesias, quité de la vista del desairado patron el agua puerca que se le dió por leche: acudí con ella a la cocina, la trasladé a otra lechera, i volviendo presuroso, con el nuevo envase, cerca del nieta de africana, alcanzó este a esclamar: Esta parece mas mirable!..... ¡A cuántos amos no se le pasará gato por liebre con buen modo!

Cerrado el restaurant en las altas horas de la noche, nos sentábamos todos en el suelo a lavar platos; se designaba el que debia madrugar a regar, a barrer i a disponerlo todo para el siguiente dia, i no ménos contentos que los demas hosteleros, nos hechábamos a dormir.

Fué esta nuestra vida durante el poco tiempo que fuimos partidarios i *agentes* de la *restauracion*; mas como el negocio no requeria tantos brazos, i el asunto de la leche, no se me podia olvidar, con pretesto de estender nuestra esfera de accion, obtuve de mis compañeros permiso para hacer un viaje a Monterey.

Confieso que no fué otro mi propósito que el de ir a hartarme de leche en aquel pueblo.

Para conseguirlo tenia que trepar a pié los cerros de la costa i que recorrer del mismo modo las 95 millas que median entre pueblo i pueblo; pero ¿qué era todo aquello para un veterano de sufrimientos corporales, en comparacion de un solaz de pocos dias lejos del fatigoso baile de máscaras en el que danzaba desde su llegada a California? ¿Qué era todo aquello, sobre todo, ante la esperanza de suspender hasta mis secos labios cántaras llenas de blanca, pura i espumosa leche?..... Parece nimiedad pero me acuerdo que cuando llegaron a Paris en 1828 algunos indios de la tribu de los osages de Norte-América, comenzaban éstos, a pesar de estar alojados en el palacio de Carlos X, a enflaquecer

de nostalgia, i se hubieran muerto si el olor del aceite de ballena, que surtia entónces el alumbrado, no les hubiera hecho esclamar:

—Vengan barriles de este néctar, que para nosotros vale mas que las cortinas con que nos ahogan i las malditas capilotadas a la poulitte con que engañan el estómago los indijenas europeos!

Con el fresco, pues, de una hermosa mañana de julio, rifle al hombre, pistolas i un delgado culebrin con oro en la cintura, puercio sombrero de paño, un *zarape* i barba al pecho, me puse en marcha a pié por entre los cerros i colinas que median entre San Francisco i la antigua capital de la Alta California.

Pasadas las primeras serranías que llaman de la Costa, acompañado de varios sonoreños que volvian desengañados a sus hogares, entramos en un estenso valle cubierto de pastos i de flores, donde abundaban tanto las aves, i sobre todo las ardillas, que parecia que estos ajilísimos i graciosos cuadrúpedos, brotaban como por encanto de nuestros piés. Manadas de ciervos se acercaban como lo hacen nuestros huanacos, a reconocernos, i huían de estampida al menor de nuestros movimientos, para detenerse de repente i volver otra vez. La alta i mui útil vejetacion sorprende en este valle como sorprende en todas partes. La encina, el pino, el Fresno, parecen inagotables. La contra costa del pueblo de San Francisco se encuentra cubierta de pino colorado mui semejante a nuestra madera de alerce, i por cierto que los árboles no ceden en tamaño al gigante de nuestra vejetacion austral. En mis correrias anteriores tuve ocasion de contemplar, admirado, el maravilloso grupo de pinos del mineral de las Mariposas. En él vi pinos que median de 90 a 100 varas de alto, sobre 28 a 31 de circunferencia en la base; i lo que es mas sorprendente aun, ramas laterales nacidas a 45 varas de altura, con un grueso de tres i media de diámetro. Estos portentos de la vejetacion que la ciencia llama *Sequoia gigantea*, tienen en California tantos nombres, que ya el viajero no sabe a cuál quedarse. *Grizzylgiant*, les llaman unos; otros, pino colorado; los *gringos* les llaman *Wallintones*, los yankees *Washintones*, i nosotros podriamos llamarlos *San Martines*.

Alojamos al abrigo de una encina, i toda la noche nos molestaron las visitas de los coyotes, voraces i mal intencionados. El temor de los coyotes fué el que despidió de California al señor Ortiz A., adamado petimetre arjentino, mui conocido en Santiago, que habiendo intentado hacer lo que hacian los demas, aventurándose solo en un camino, fué perseguido sin descanso por ellos, hasta que lo metieron dando alaridos

en poblado. Estos malditos animales nos dejaron sin almorzar al día siguiente, por haber dado cuenta casi sobre nosotros mismos, del resto de un venado que nos servía de rancho.

En éste, como en mis anteriores encuentros con sonoreños i con californeses españoles, tuve ocasion de maravillarme del candor con que discurren estas pobres jentes, cuando se trata de la invasion i dominio de los yankees en su patria. Creen que ellos no pueden espulsar a los que hasta ahora califican con justicia de tiranos; pero tambien creen i a puño cerrado, que vista la enérgica resistencia de los chilenos a las brutales vejaciones de los yankees, los chilenos si quisiesen, podian espulsarlos! Iban, pues, en compañía mia, al parecer, tan seguros de cualquier atropello, como si caminasen bajo la proteccion de un terrible Fierabras. Así fué que cuando llegó el momento de separarnos, creo que el Fierabras no quedó con ménos miedo que ellos al verse solo.

En la tarde del día tercero de marcha, ya medio arrepentido de mi calaverada, vino a darme aliento la vista de una torre de Monterey que no léjos de allí se divisaba, i con no poco contento me di traza para llegar al pueblo ántes que cerrase la noche.

Monterey puerto, es uno de los mejores de aquella costa. Monterey pueblo, tenido hasta entónces como capital de la Alta California, era una aldea semeiante a nuestra Casablanca del año 1840 i su poblacion no pasaba de 1,500 almas. En cambio, la naturaleza de los campos que le rodean, i en jeneral, la de todo el distrito, es de lo mejor i mas feraz que, junto con Santa Cruz, he encontrado en el Estado californes.

Alegraban los contornos de este ameno lugar, multitud de quintas llenas de preciosas arboledas, i aunque los edificios conservaban el tipo que tenian nuestras pesadas casas de campo ahora medio siglo, sus anchos corredores al camino público, revelaban en ellas el carácter hospitalario de la raza española.

Entraba a gran prisa la noche, i como ni mi figura, ni la poca decencia de mi traje, me autorizasen a solicitar hospedaje de puertas adentro en ninguna parte, me propuse pasarla al abrigo del corredor de una casa, que por tener las ventanas cerradas i la puerta a medio cerrar, parecia no estar en aquel momento habitada por los principales dueños. Al acercarme reparé que la puerta se cerró con estrépito.

— Malo, dije para mis adentros, imposible es que no me hayan visto, ¿qué significa este portazo?.....

Entré, sin embargo, bajo el corredor, llamé con tres golpecitos a la

española, i como nadie me contestase, acordándome que aun estaba en California, apliqué con la culata de mi rifle sobre la muda puerta, dos coscachos que provocaron una inmediata contestacion.

—¿Quién es? dijo de adentro la voz de una vieja carcomida...

—Deo-gracia, señora, contesté. Es un hombre de paz, que solo busca permiso para tender por esta noche su *zarape* en el suelo de este corredor i nada mas.

Sentí entónces como que se movian con presteza algunas personas del lado de adentro, i que una voz de mujer decia:

—Si no es yankee... si es español...

Tras de un tardío ¡por siempre! entreabriendo la puerta con cautela, se me presentó un caballero como de 45 años de edad, vestido con sencillez i decencia, quien saludándome, me preguntó qué se me ofrecia.

Al oirme hablar, exclamó con el sentimiento de la mas completa alegría.

—Dios le perdone, amigo mio, el susto que nos acaba de dar! Al verle venir, creimos que fuese usted uno de esos muchos zamarros que infestan nuestros caminos i poblados, desde que la paz nos hizo mudar de dueño! Adelante señor, adelante!

I tenia razon de precaverse; solo el propietario californes sabia a cuántas tropelias, sin apelacion, estaba espuesto desde que comenzó la invasion de los que ellos llamaban bárbaros del norte.

Fué de ver el jeneral contento que despertó en aquella amable i hospitalaria familia, compuesta de un caballero, de su hermosa señora i de dos cuñadas que, pudiendo ser bonitas para todos, me parecieron ángeles a mí, cuando supieron que no solo trataban con jente, sino tambien con un chileno.

Un chileno veterano de los diggins, en esas alturas, era el símbolo de la seguridad individual, el espantajo de las tropelias del yankee i el hermano a quien debiase siempre tender la mano.

No tardó la confianza en sentar sus simpáticos reales entre los amables huéspedes i el recién llegado, a quien no se cansaban de hartar a preguntas sobre Chile, sobre los chilenos que residian en San Francisco, sobre mis malandanzas i sobre los motivos que me habian encaminado a Monterey; i no sé cómo no se desternillaron riéndose, cuando dije a las señoras que el principal motivo de mi viaje a Monterey, era el de hartarme de leche cuando llegase.

Don Juan Alvarado, que así se llamaba el dueño de casa, tomándo-

me de la mano me condujo a su dormitorio privado, i haciéndome prometer que descansaría en su casa los mas días que pudiese, logró a fuerza de súplicas i aun de enojos, que admitiese una camisa de hilo i un paletot-saco, para no estarle a cada rato recordando, con mi facha, la de aquellos intrusos que tanto aborrecia. Dejóme solo i, nuevo don Quijote, cambiando de traje en casa del duque, despues de una famosísima lavada, i de tal cual recorte en las patillas, senti el incomparable agrado que produce el delicado fresco de una camisa de hilo almidonada, sobre una piel curtida despues de tanto tiempo de usar lana!

Dormí esa noche en cama con sábanas i almohada! i al dia siguiente me esperaban, junto a un corredor que daba a un hermoso parron rodeado de jardines, dos hermosas vacas que me hartaron de leche, pasando vaso tras vaso al incansable consumidor, por las solícitas i pulidas manos de las amables cuñadas de mi huésped. Si hai, como dicen, sétimo cielo, en ese sétimo cielo me encontraba yo!

Para saber lo que es descanso, no hai como la fatiga, así como para saber lo que es regalo, era entónces necesario haber sido aventurero californes.

Traté por medio de don Juan con un *ranchero*, que es el hacendado californes, doce vacas lecheras i ocho bueyes puestos en San Francisco, i pareciéndome que una huelga de ocho días de solaz, era ya sobrado tiempo, anuncié a la familia mi inmediata partida. Hubo súplicas de aquellas que solo sabe hacer la raza latina a sus alojados, i advertido que queria dárseme un sarao el siguiente dia, accedi con gusto a los deseos de tan amables jentes.

Fué éste mui concurrido i el bello sexo de Monterey me recordó el de Chile: fino, simpático i siempre deseoso de agradar. El sexo feo tenia mucho de las prendas que distinguen la franqueza natural de nuestros alegres elquinos; si tiembla, venga un baile para pasar el susto; si alguien muere, aparte de los deudos i de los amigos, todos claman por otro baile, para borrar la huella que dejó en los ánimos el acarreo del difunto; i si hai motivos para alegrarse, por mil razones mas, venga otro baile! La ornamentacion de los aposentos era rústica; pero fresca i alegre. Los corredores i pasadizos contiguos a la sala de recibo, vestidos de ramas verdes i de flores formando arcos i cenefas, alumbrados con velones de cera, lujo asiático en aquel entónces, presentaban un agradable aspecto. En cada ángulo de los aposentos exteriores se veian canastillos de olorosas *misturas* llenos de cajetillas de cigarros de dis-

tintos calibres, por entre los cuales, artísticamente acomodada, aparecía una llamita de espíritu de vino.

Creí al principio que esto fuese para los hombres solo; pero me equivoqué, porque en Monterey la señora que no fuma tolera el humo con agrado. Las convidadas, despues de la contradanza, tocada en piano por el sacristan de la inmediata capilla, salian de dos en dos a pasearse por los corredores, i tomando, al pasar cerca de los canastillos, un cigarro, le prendian con desenvoltura i solo volvian a la sala despues de arrojado el *pucho*. Las mamitas tenian privilejio para fumar en el salon; pero con la singularidad que me llamó mucho la atencion, de taparse cuidadosamente la boca con el pañuelo de embozo, al aspirar el humo, i de descubrirla al arrojarlo.

El festejado chileno fué el tema de la jeneral conversacion, i la despedida que le hicieron a eso de las dos de la mañana, la de buenos i cordiales amigos.

Endosados al dia siguiente mis arreos de guerra, me dispuse a marchar.

Acompañóme toda la familia de mi hospitalario amigo hasta el corredor de afuera, donde encontré con sorpresa que me esperaba para la comodidad de mi viaje, una hermosa mula con la mas rica montura mejicana que hasta entónces habia visto, pues, a mas del terciopelo recamado de oro, lucia en el borde delantero una hermosa cabeza de águila de plata macisa.

Fué imposible resistir a las instancias de don Juan pasa que aceptase aquel regalo, esa *friolera*, como él decia, i despues de las espresivas demostraciones de una cariñosa despedida, caballero en mi gallarda mula, me separé de aquel oasis encontrado en mi travesía al traves del desierto del egoismo indiferente, siguiendo al trote i llena la cabeza de esperanzas, el antiguo i único camino que conducia a San Francisco.

Parecia que hacia un siglo que me habia separado de este pueblo escepcional; tal le encontré de crecido!

Ya he dicho que casi no quedó familia conocida en Chile que no contase con un representante suyo en California. Bastaron esos pocos dias de ausencia para que encontrase al pueblo plagado de nuevas caras de paisanos, bien que casi todas ellas desorientadas i hasta arrepentidas de encontrarse en él; porque el negocio que ayer parecia de éxito infalible, hoi se tornaba en sinónimo de ruina.

En medio de los lamentos de los chasqueados, a muchos de los cua-

les mas les costaba el desembarcar las mercaderías que traian que lo que ellas valian en tierra, mis compañeros i yo haciamos aun inútiles esfuerzos para sostenernos contra la corriente desanimadora que nos arrastraba.

Vendí mi mula en 600 pesos i en 700 mi lujosísima montura. Mi cuñado Felipe Ramirez se encargó de proveer de leña a los hoteles; mi hermano César de ordeñar vacas i callejear la leche; comisionamos a Federico para que regresase al lado de nuestra excelente madre; i yo con mis demas consocios, me hice cargo del *restaurant*.

Cada cosa en San Francisco asumia un carácter especial, porque todo se llevaba hasta los mismos términos de la exajeracion. Los términos medios solo podian entrar en las almas apocadas.

Hasta ahora, como se ha visto, solo habiamos tenido que habérnosla con hombres, porque lo que es mujeres, valiéndome de una frase agabachada, brillaron por su ausencia hasta mediados del año 1849 en la famosa capital del Dorado. La necesidad de la presencia del bello sexo no tardó en preocupar los ánimos, tan pronto como comenzó a templarse la sed del oro; i como a falta de pan buenas son tortas, el espíritu mercantil, que especula hasta con la desmoralizacion, sujirió a los dueños de las casas de juego la estrafalaria idea de adornar las paredes de sus salones con la repugnante esposicion de mujeres desnudas. Estos mamarrachos, hechos con la burda brocha del pintor de paredes, que hubiesen sido capaces en todo otro lugar de hacer huir al mas descarado Sátiro, llenaron, sin embargo, de oro los poco escrupulosos bolsillos de los poseedores de semejantes tesoros. Alentado con tales premisas, dijose para si el comercio: si las sombras dan tan subido interes, el orijinal que las produce deberá por lo ménos dar el doble; i sin mas, se lanzó en pos de mujeres de carne i hueso.

El vapor de la carrera de Panamá trajo en su primer viaje a dos hijas de Eva, de éstas que llaman del partido. Los que salieron a ver entrar el vapor, desde la puntilla del poniente, al divisar sombrillas i gorras de mujer, formaron tan entusiasta alboroto i se dieron tanta prisa en acudir al muelle, que arrastrando con cuantos encontraron en el camino, llegaron a reunir un grupo de harto mas de mil hombres en la playa.

Soltada el ancla, se armó a bordo un orijinalísimo altercado entre las dos doncellas andantes i el bueno del contador del vapor. Querian ellas saltar primero que nadie a tierra; oponiase el contador, diciendo

que el trato era que le pagasen el valor del pasaje al llegar a San Francisco, i la mas arriesgada de las dos yankees, fundándose en que *tiempo es plata*, hacia ya responsable al asustado contador, de daños, perjuicios e intereses, cuando dos curiosos, cansados de esperar en un bote, saltaron a bordo i arrojando un saco de oro a los piés del judío cobrador, bajaron con ellas a tierra en medio de un hurra jeneral.

Abrió calle la alegre muchedumbre, i ellas del brazo de sus felices salvadores, repartiendo saludos i recibiendo hurras, no tardaron en desaparecer por entre las encrucijadas de los casuchos, seguidas a lo lejos, por las miradas lascivas i envidiosas de los que no supieron dar al *tiempo es plata*, su lejitima importancia.

Era de esperar que halagados los armadores del vapor con el subido precio del pasaje que podía pagar la mercancía mujer a su llegada a San Francisco, procurasen embarcar, como lo hicieron, cuantos bultos de esa especie podian encontrar. Al siguiente viaje llegaron siete mas, las mismas que fueron recibidas con idéntica galantería, mientras llegaban nuevos refuerzos.

Alarmados los dueños de café con la competencia que hacian a sus mamarrachos mal pintados, los mamarrachos mas positivos que iban llegando, idearon i pusieron en planta el mas extravagante i obscuro arbitrio de cuantos puede, en casos semejantes, improvisar la desvergüenza humana. Contrataron a peso de oro a esos ascos para formar con ellos cuadros plásticos en el salon del café; formaron a uno i otro lado pedestales, i sobre ellos, totalmente desnudas, i asumiendo indecentes posturas, colocaron aquellas imágenes del pudor i del decoro californes.

A las ocho de la noche i a son de música, se abria la puerta de la esposicion. Los curiosos, despues de dejar en la portería una buena parte del bolsico de polvo de oro que llevaban en la cintura, apénas principiaban a curiosear, cuando empujados por los que venian atras, se veian precisados a salir, dando al diablo, por la puerta opuesta. Recuerdo que un respetable chileno, don J. E., cuyo nombre no hai para qué traer mas claro a colacion, me decia:

—Compañerito, tentóme el diablo, i casi me han limpiado todo el oro que llevaba en el bolsillo,—media libra! Estaba echando en la balanza el precio de la entrada, cuando un empellon de los de atras, me hizo vaciar en ella casi todo el bolsillo, i seguir renegando hacia adelante, sin que me fuese posible volver atras para recobrar el exceso!

Pero este negocio solo pudo sostenerse poco mas de un mes, porque los vapores ya no vinieron con pocas, sino con cargamentos de mujeres, todas con cargo de pagar sus pasajes a bordo un dia despues de su llegada.

I esto marchó en progresion tan creciente, que lo que eran docenas al principio, se convirtieron en gruesas despues; tanto, que en el año de 1853 alcanzaron a llegar 7,245 mujeres, con lo cual el lucrativo negocio comenzó a dar al traste.

Si las escenas anteriores eran repugnantes, estas últimas que voi a referir, ántes de dar de mano a esta parte de mis apuntes, no causarán ménos maravilla.

En la puerta de la habitacion de cada una de las primeras mesalinas que llegaron, se ardian de noche a punta de palos i de pistoletazos cuantos querian entrar primero a saludarlas; i ellas, que sabian mui bien, que ni los muertos ni los derrotados daban oro, salian presurosas a apaciguar a los pretendientes, valiéndose de argumentos que el pudor impide referir.

Habiendo mermado algun tanto la demanda de mujeres, por los muchos cargamentos que traian los vapores, para no perderlo todo, los capitanes convinieron en poner a remate el valor del pasaje. El mayor postor cargaba con la prenda, i el capitan con el valor de la postura cancelaba el del pasaje.

Repetiéronse con esto, las mas estrañas i brutescas escenas.

Colocadas en el alcázar de popa, con todos sus postizos atavios, los objetos que motivaban el remate, aquel que hacia de martillero, tomando a una de esas sinvergüenzas de la mano, despues de elojiar su talle, su juventud i su hermosura, decia en alta voz:

—Caballero, ¿cuánto estaria dispuesto a dar alguno de ustedes, ahora mismo, porque esta hermosa dama viniese de Nueva York a hacerle una especial visita?

Al momento comenzaba la puja, i el mayor postor, junto con oír el martillazo, entregaba el polvo de oro i cargaba con su mueble!

Pero ya es tiempo de doblar esta hoja. Perdóneme el sexo encantador que constituye la mas hermosa mitad del jénero humano, si para designar a tan abyectas mamíferas con faldas, me he visto precisado a darles el nombre *con que designamos a los ánjeles del hogar*. Entre los escogidos del Señor tambien hubo un Luzbel.

Pero esta clase de vicios no fué, ni con mucho, el único fango a tra-

ves del cual se echaban, entónces, los cimientos del que debía ser, con el tiempo, un Estado rico i soberano. El robo, el asesinato, el incendio i el juego terciaban tambien en sumo grado en él.

Todas las noches el toque de música, en algunos garitos, o el de caja o de *tantan* chinesco en otros, convocaba a los aficionados al peladero, colocado en medio de la embriaguez que produce el baile i la bebida. Todas las noches habia heridas, trompadas i garrotazos, i en cada una de ellas, salian los arruinados a buscar el desagravio de sus pérdidas, en el robo o en el atropello.

Tuve ocasion de presenciar una partida de juego, en la que figuraba un taimado oregonés. Acercóse éste a la mesa, i sin decir una palabra, colocó sobre una carta del naípe un saquito que contendria como una libra de oro en polvo, i perdió. Con el mismo silencio i con la misma gravedad, colocó otro de iguales proporciones i le perdió tambien. Entónces, sin inmutarse, separando de su cintura una delgada culebra, que contendria como seis libras de oro, la colocó sobre una carta, echo mano a un revólver, le amartilló, i encarándole al que tallaba, esperó tranquilo el resultado. Ganó!.....

—¿Con que gané, eh?..... dijo con aire sarcástico, empuñando estoicamente la ganancia. ¡Vaya, una suerte! i desapareció.

Ganó, porque mui bien sabia el astuto tallador, que el asunto podia haberle costado la vida.

Pero, para ser justos, es preciso confesar que no todo era desórden en San Francisco. Tambien en aquella batahola se pensaba en el porvenir político. El gobierno militar hacia tiempo que habia sido rechazado por el espíritu mas decidido de libertad encarnado en cada uno de los aventureros que pensaban poner en California su residencia permanente. Quisieron tambien éstos que la nueva rejion territorial se elevase, i pronto, a la categoria de Estado soberano; i como ya se estaban dando muchos pasos en este sentido en Washington, para dar mas peso a tan justa pretension, que al último ya comenzaban a exijirse con imperio, se propusieron nombrar diputados para reunir una convencion, ya no en Monterey, como lo habian pretendido ántes, sino en San José, donde, en calidad de capital, debía residir el gobernador.

Celebráronse, pues, meetings con este objeto, en todas partes, i desde luego comenzaron los interesados a las diputaciones, a poner en juego sus respectivas relaciones. Grandes grupos con banderas i bandas de músicas improvisadas recorrieron las calles, acompañando cada uno al

candidato de su predileccion. El pretendiente provisto de una gran cartera, en cuya primera hoja estaba escrita su profesion de fe politica, se entraba de casa en casa a recojer adhesiones. El solicitado, si se adheria, daba su nombre; si no, decia simplemente que ya estaba comprometido. En el primer caso, tres ¡hurras! acompañados de música i aun de algunos tiros al aire, celebraban el futuro voto; en el segundo, el pretendiente se contentaba con decir lo siento, otro dia será, i la comitiva seguia en silencio hácia la casa vecina.

Cada candidato designaba el color de la cinta que debia adornar el sombrero de sus partidarios el dia de la eleccion, i las fondas i los hoteles del pueblo, enarbolando sus colores respectivos, daban gratis de comer i de beber a cuantos se les presentaban con semejante condecoracion.

Instaladas las mesas receptoras, cuya custodia i vijilancia estaba a cargo de tantos grupos de encintados mirones, cuantos eran sus correspondientes candidatos, éstos, bien montados i acompañados por algunos amigos, recorrían a media rienda todas las calles de la ciudad, llamando a los suyos i presentándose en todas las mesas, donde eran recibidos con grandes ¡hurras! por sus compañeros políticos.

Allí era el oír los discursos de los candidatos, sin desmontarse de sus cuadrúpedos-tribunas; allí las contestaciones i las réplicas de los que abogaban por otro; el echar al suelo los barriles i las mesas en que éstos se encaramaban para que se les oyese mejor; el ver cómo se formaban i se deshacían los círculos de los que rodeaban a los que dirimían a trompadas la cuestion de preferencia. Pero ningún pistoletazo, ninguna herida. Las armas ese día enmudecieron. ¡Cuánta diferencia con lo que acontece en otros países! Mas aun, terminada la eleccion, todos los electores, aceptando el color del elegido, olvidaron sus privadas pretensiones para celebrar al electo por la mayoría, con tanta algazara i tan completo entusiasmo, como si ellos mismos hubiesen contribuido a su triunfo.

California, en tanto, por lo que hacia al negocio que atrajo a ella tantos i tan dintintos especuladores, desde los acuerdos o desacuerdos del buen gobernador Smith, habia perdido ya para el aventurero extranjero, casi la totalidad de sus primeros atractivos. Se necesitaba en ella, como en todas partes, ya no simples brazos extranjeros que trabajasen con éxito, por su propia cuenta, sino brazos asalariados o tributarios. No es, pues, de estrañar que aquellos que no disponían de fuertes capitales, tocasen una desconsoladora retirada. Nosotros pensábamos ya hacer lo mismo, cuando la suerte, que tanto nos habia maltratado,

vino a darnos el golpe de gracia, que nos lanzó con cajas destempladas fuera de aquel país de ex-promision, con uno de aquellos espantosos incendios que todo lo arrasaron en los últimos meses del año de 1850.

Haria como dos horas que nos habíamos recojido, resuelta la realización para volver a Chile, cuando una luz roja i temblona, vino al través de los vidrios de nuestra ventana a iluminar el aposento en que dormíamos. El fuego había principiado, según muchos, intencionalmente, en el hotel de los afamados cuadros plásticos de que ya he hecho mencion. Nunca nos imajinamos que estando éste, a mas de tres cuadras de nuestra casa, podria alcanzarnos, i ya nos alegrábamos del mal de aquellos herejes, calculando el valor de nuestra brillante realización por la alza del de los edificios, cuando hora i media despues, vino a probarnos la suerte que no todos los brillos de las realizaciones, sin dejar de ser brillos, son provechosos. El fuego cundió en todas direcciones con la misma desesperadora rapidez que le vemos de cuando en cuando cundir en Chile, en algunas de nuestras sementeras de trigo en la época de las cosechas. En medio de aquella inmensa i atronadora hoguera, avivada por las detonaciones de los barriles de pólvora del comercio, los cuales poblaban la atmósfera de chispas i de maderos encendidos, las tablas ardiendo empujadas por el viento, no tardaron en invadirlo todo. Rodeados de fuego por todas partes, solo debimos nuestra salvacion como la debieron todos los demas, a la rapidez de la fuga.

Ocho dias despues, los vigorosos fleteros, los modestos lavaderos de no mui limpias ropas, los navegantes de la *Daice-may-nana*, los infatigables mineros de barreta, de pala i de batea, los derrotados en Sonora, los armadores de la *Impermeable*, los amables i como tantos otros embusteros comerciantes del Sacramento, los médicos i sepultureros, los carpinteros constructores, los hoteleros i sirvientes de mano, introducidos en marineros unos, i otros de espertos pilotos, encaminaban en demanda de los mares del Sur una abandonada barca que, por falta de tripulacion, pudria su quilla en San Francisco, i al cabo de dos meses i medio de poco envidiable odisea tirando cabos, recojiendo velas i adivinando alturas, libertada por milagro de estrellarse en la puntilla del Piñon del Gallo, abrazaron con ternura a la llorosa madre en el tranquilo Chile.

Fuimos por lana i volvimos, como tantos otros, esquilados; pero satisfechos porque no se abandonó la brecha sino despues de haber quemado el último cartucho.

CAPITULO XIX.

Tentadora propuesta de escribir un diario desollador.—Nómbra-seme agente de colonización en Valdivia.—Empleado público i criado de mano.—El Corral.—Valdivia pueblo.—Valdivia provincia.—De lo que era inmigración para muchos.—Injustificable invasión a los terrenos fiscales i medios de que se valían para asegurar su propiedad.

Dicen que junto con entrar la pobreza por la puerta de una casa, la virtud se escapa por la ventana. Esto tiene mucho de verdad; pero no porque la enfermedad pobreza carezca de verdaderos específicos, sino por la repugnancia ridícula del enfermo para tomarlos. El apellido, la antigua posición social i el patrio qué dirán, son los peores enemigos del lucro que siempre otorga el modesto trabajo a quien le busca. Nadie se atreve a ser en su patria bodegonero después de haber comprado palcos en el teatro. ¿Cuántos no se hubieran muerto de hambre o lanzándose a bandidos en California, si por respeto al apellido, hubieran dejado de ser cargadores o limpia botas?

Habia recorrido, en el sentido de descender, los últimos peldaños de la frágil escala de la fortuna; habia llegado en California al que entonces me parecia el último de todos, al de criado de mano, i ni por las mientes se me pasaba que aun me quedaba otro mas inferior aun donde pisar, el de empleado público de menor cuantía! Porque yo ignoraba que empleos para criados en todas partes sobran, al paso que en todas partes faltan empleos para los que no lo son.

El criado, o por ingratitud propia, o por ofensa brutal de su amo, alegre le abandona, porque sabe que en la casa vecina, si no mejora de condición, conservará la que ántes le sustentaba; al paso que el empleado que deja su puesto, con gusto suyo o contra su gusto, en vez de encontrar análoga colocación en otra parte, solo encuentra decepciones, hambre i miserias, si no se deja de noblezas.

Yo todo lo habia perdido, ménos el honor; mas, con solo el honor no podia mandar al mercado.

Encontrábame una mañana meditando sobre este tema, al mismo tiempo que echando una mirada de inteligente sobre una pareja de caballos cocheros que debia comprar una hermana mia, cuando entraron buscándome en la caballeriza dos conocidos personajes, de cuyo nombre no hai para qué acordarse, los cuales entablaron conmigo el siguiente diálogo:

—Aquí tiene usted, señor don José, al californes perdiendo tiempo en mirar caballos.

—Para servir a ustedes, señores; efectivamente, miraba estos caballos.

—Son hermosos; pero es raro que un hombre como usted se ocupe de esto.

—¿I de qué otra cosa me habria yo de ocupar ahora? California, como ustedes saben, me dejó mirando, i miro.

—¡Siempre alegre! ¿I no seria mejor que ocupase su tiempo en cosa que le reportase provecho, sin emplear mas capital que el que usted posee?... en algo así como ~~un~~ escribir para el público, por ejemplo?

—¿Escribir para el público? ¿Yo volver a las andadas?

—Usted i no se ria.

—¿I quién se atreveria a dar medio real por mis garabatos?

—Nosotros, dijeron los dos a un tiempo.

—¿Ustedes? mostrad cómo.

—Pagando a usted en mui buena plata cuanto escribiere en el sentido de nuestras indicaciones.

—Pues, si es así, adelante con la cruz, con tal que los asuntos sobre que deberán versar mis escritos, me sean algo familiares, i las indicaciones de ustedes conformes con las de mi conciencia.

Reparé que la primera parte de mi respuesta los satisfizo tanto cuanto pareció contrariarlos la segunda, i esto comenzó a darme mala espina. Dieron una vuelta examinando la caballeriza, dijéronse algunas palabras a media voz, i volviendo a anudar el hilo de nuestra singular conversacion, prosiguió mi interlocutor en estos términos:

—Escribir contra los malos gobiernos, es deber que mas halaga que empaña la conciencia, i nosotros solo pretendemos que usted escriba contra el Gobierno i no otra cosa.

—¡Están ustedes dados a Barrabas! Si hace un siglo a que no sé lo

que es gobierno, ni sé si son moros o son cristianos los hombres que gobiernan en el día, ni lo que hacen, ni lo que han hecho, ni lo que han dejado de hacer. ¡Medrado saldría el charlatan que con tales antecedentes escribiese! Además no comprendo...

—Señor don Vicente, repuso interrumpiéndome el segundo tentador, que era bajo de cuerpo, regordote i de satisfecha i redonda cara, usted es pipiolo; usted solo dejó de combatir en defensa de su partido, cuando creyó asegurada su existencia con el casamiento del héroe de Yungay con la hija del padre de los pipiolos. Usted, como nosotros, ha sido engañado. El peluconismo i el Estanco nos roen, i ni esperanzas hai que, reformada la Constitucion atentatoria del año de 1833, devuelva al país lo que nunca debió quitar, la del año 28... ¿Me esplico?

—Como que voi comprendiendo.

—Magnifico, i basta por ahora. Hoi tenemos junta a las dos de la tarde; voi a anunciar que podemos contar con usted, i esta noche a las siete, para no despertar sospechas, esperaremos a usted con otros amigos en el óvalo de la Alameda.

Llegó la noche i con ella al sitio designado el nuevo Adan político que no atinaba aun de qué manera podria hincar el diente a una manzana por tantos años olvidada, i un cuarto de hora despues, rodeado de serpientes tentadoras, se le vió que departia amigablemente con ellas, mui repantigado sobre un ancho sofá de aquel paseo.

Pronto quedé enterado de las pretensiones de la junta directiva. Para nada se trajo a colacion aquello de derechos conculcados, ni de leyes o doncellas violadas, ni mucho ménos de tocar el bombo de los principios, pues, mas que los principios, en jeneral aéreos, los fines egoistas se buscaban. Tratábase de fundar un diario alacran, cuya picada debia ser mortal; la tinta con que se escribiese, petróleo; i la palabra, fuego. Era su propósito no dejar títere con cabeza en el Gobierno, i su consigna, el oponerse a todo. Hubo momento en que creí que fuesen curtidores, por el empeño que manifestaban de sacar a todos el cuero, i, a fe que no pagaban a vil precio la tarea, puesto que honrándome con el cargo de desollador, me ofrecieron 30 onzas de oro por el fruto de mi tarea mensual. ¡Qué desencanto!..... Solo con lo que me estaba pasando, i sin responderles, miétras buscaba a gran prisa en el diccionario de mi memoria alguna de aquellas interjecciones españolas de grande efecto, para lanzárselas a la cara, ellos interpretando por aquiescencia mi silencio, ya hablaban de lanzar a todos los

vientos del compas, uno de aquellos prospectos de ordenanza que siempre encubren, bajo plumas de cándidas palomas, zapos i culebras; cuando en vez de aquel sí tan presupuesto, se encontraron con una cebolla de las de Rio Claro!

Dos dias después de esta estrepitosa ruptura de negociaciones, i cuando ménos lo esperaba, fui llamado a la presencia del señor Varas, Ministro entónces de lo Interior, i sin que hasta ahora haya podido darme cuenta del por qué del favor que se me dispensaba, puesto que solo conocia a Varas de nombre i solo por el lado de afuera la casa de gobierno, a los catorce dias de mi entrevista con el Ministro, provisto del titulo de Ajente de Colonizacion, navegaba yo en demanda de Valdivia, para dirigir, a nombre del Gobierno, los trabajos coloniales en aquella lejana provincia, donde por instantes se esperaban expediciones de emigrados alemanes.

Llegué al importantísimo i mui descuidado puerto del Corral o Corral, como algunos enemigos de nombres mal sonantes suelen llamarle, el 12 de febrero de 1850, después de haber atravesado por entre las abandonadas fortalezas, que en tiempo de los españoles defendian la tranquila i pintoresca embocadura de la preciosa ría de Valdivia.

Reduciase el pueblo, o mas bien dicho, los diseminados i pobres casuchos de este puerto, para cuya defensa habia invertido millones la madre patria, a veintiocho mal colocadas habitaciones, mirando unas a la marina i otras, sin saber por qué, hácia los emboscados cerros que le rodeaban.

La poderosísima vejetacion que cubria la mayor parte del territorio de esta provincia, comenzaba desde el mismo Corral a oponer serias dificultades al viajero para su traslacion de un punto a otro, por inmediatos que estuviesen entre ellos.

Los corpulentos árboles que miraban al puerto i los mas poderosos aun que orillaban el rio, parecia que se disputaban entre si el derecho de bañar sus robustas raices en aquellas salobres aguas.

No teniendo, pues, las márgenes del rio veredas transitables, la única vía de comunicacion que se encontraba entre el puerto i Valdivia, capital de la provincia, era el mismo rio; i el tiempo que se echaba, navegando en botes o chalupas de un punto a otro, era el de cuatro horas.

Para quien ha navegado los imponentes rios californeses, parece que el pequeño Valdivia, para nosotros jigantesco, nada debiera tener que

llamase la atencion; pero mui léjos de esto, porque todas las galas de la virjen naturaleza, todos los grandiosos puntos de vista que se encuentran diseminados sobre las márgenes de aquellos, los ostenta el Valdivia, pintados en un lienzo mas reducido, pero no por esto ménos completo.

Llegamos a Valdivia. ¡Santo Dios! si el fundador de aquel pueblo, por arte diabólico o encanto, me hubiese acompañado en este viaje, de seguro que habria vuelto para atras lanzando escomuniones contra la incuria de sus descuidadísimos biz-choznos.

Conservo en mi poder un retrato al óleo que exhibe lo que era la triste catadura de aquel aduar a los tres dias de mi llegada; retrato que habla, que se debe al diestro pincel del malogrado Simon, i que es ahora el objetivo de algunos viejos i honrados valdivianos, con el fin de empuñarle, arrojarle al fuego i reducir a cenizas ese testigo irrecusable del atraso del pueblo en que nacieron.

El trazado de esta capital, mui correcto para la época de su fundacion, se encontraba tan deteriorado por el uso, que ni las calles conservaban el paralelismo de sus aceras, ni el ancho igual con que habian venido al mundo. Las casas, todas mui bajas, i en jeneral, provistas de un corredor a la calle, tenian paredes de troncos de pellín, techos de tablas de alerce, cubiertos de musgo i de plantas advenedizas, i ventanas, aunque algunas con vidrieras, dotadas todas con sus correspondientes balaustres.

Como no se estilaba alli jénero alguno de carretas, la provision de leña se hacia arrastrando con bueyes por las calles enormes troncos de árboles que se dejaban en el frente de las casas que los pedian; i de ellos, el hacha de la cocina sacaba todos los dias la leña que exijia su consumo. En el costado del poniente de la plaza de armas, única en el lugar, se veia inconclusa una iglesia de madera, que, aunque de todo carecia, le sobraban dos empinadas torres, que sin saber por qué se alzaban orgullosas, aunque desproporcionadas, sobre el porton de la entrada. La plaza de armas, no solo servia para paseo o para ejercicios de tropa, como en algunos otros pueblos de la Republica; los valdivianos sabian sacar mejor partido de ese comun i cuadrado sitio urbano. En él, cuando no en las calles, se estacaban los cueros de las vacas que los vecinos mataban para su consumo; se arrojaban basuras en él, i a falta de esplayado o lugar en la cárcel, salian a cada rato los presos a hacer en la paciente plaza, lo que la decencia no permite nom-

brar. De la plaza se extraían también tierras para los terraplenes de las casas de los vecinos. Recuerdo que eran tantas las inmundicias que se arrojaban bajo la desvencijada jaula de tablas que, suspendida sobre postes, hacia de oficina de juzgado de letras, que llegaron a motivar un acalorado reclamo del señor juez de letras, que lo era entonces el modesto i probo majistrado don Ramon Guerrero, para que no se perpetuase tan inmundo desacato.

De aquí nació aquella historia de la compra que hizo la municipalidad de aquel mentado tiesto para el uso de los encarcelados, historia que conté en mis *Sueños que parecen verdades i verdades que parecen sueños*, i que muchos han tenido por de pura invencion o pasatiempo literario.

Como el asunto bacín andaba todo. El espíritu de adelantos locales, el de instruirse, el natural i comun deseo de mejorar de condicion por medio de la actividad i del trabajo, todo dormía, todo vejetaba. Sobre los edificios así como sobre las imaginaciones, crecía con sosiego el musgo que solo nace i progresa sobre la corteza de los árboles descuidados, o sobre la de aquellos que sufren la última descomposicion que los transforma en tierra. No hubo viajero entónces, así nacional como extranjero, que al llegar a Valdivia no esclamara: todo lo que es obra de la naturaleza aquí, es tan grande, tan imponente i tan hermoso, cuanto mezquina, desgrefñada i antipática es la obra del hombre.

Léjos de mí la idea de ofender con mi relato a los moradores de aquellos apartados lugares. Cuento con sincera verdad lo que entónces saltaba tanto a mis ojos, cuanto a los de aquellos que, como yo, concurrieron de fuera a avecindarse en Valdivia.

El espíritu de progreso estaba solo adormecido, mas no muerto, i si trato de conservar este mezquino cuadro, es mas con el objeto de realzar con sus sombras el hermoso colorido de aquel que pudiera pintarse en el día, que con el de satisfacer algun tonto deseo de una injustificable murmuracion. El espíritu de progreso existía, i tanto, que solo la presencia, en mui pequeña escala, del elemento extranjero, ha bastado no solo para sacar a la provincia de Valdivia del estado de modorra en que yacia por razon de olvidos, sino también para hacerla figurar con lucimiento, ya por su estado material e intelectual, ya por su comercio i ya por sus industrias especiales, que corren sin competencia en los mercados nacionales i extranjeros, al lado de las de sus orgullosas hermanas del norte.

Como quiera que sea, salir de California para entrar sin transición en el Valdivia de entónces, era salir de la rejion de la mas febril actividad para entrar en la del mas profundo i tranquilo sueño.

Los hombres relativamente pudientes, contentos con la mediania en que vivian, solo solicitaban del trabajo lo estrictamente necesario para continuar en ella. Los gañanes, a causa de la poca remuneracion que se les ofrecia por su trabajo i de la abundancia de las sustancias alimenticias, solo trabajaban poco para emborracharse i para dormir mucho. Faltaba a unos i a otros el estímulo que solo la inmigracion estranjera sabe despertar en las aglomeraciones humanas amodorradas por la inercia.

Pero no quiero anticiparme.

La provincia de Valdivia, mas conocida en tiempo de los españoles que en el de la República, pasada la grita i natural entusiasmo que causó en los pueblos del norte la accion gloriosa de Cochrane, cuando se apoderó de las formidables fortalezas del Corral, quedó por mas de un cuarto de siglo, si no como olvidada del todo, por lo ménos como simple i poco importante territorio confiado a la accion natural del tiempo para que, tarde o temprano, mereciese el mismo solícito afan que merecian al Gobierno las provincias centrales. El nombre mismo de Presidio, que se le siguió dando, parecia condenarla a un perpetuo olvido, cuando el intendente Cavareda, a pesar de la parsimonia con que se escribia en aquel entónces, recorrió en una corta memoria, parte del velo que encubria el cielo i las riquezas naturales que aquel lejano rincon de las provincias continentales de la República encerraba. A la justa admiracion que las revelaciones de ese funcionario causaron, debe la provincia de Valdivia la importancia del asiento político que ocupa al lado de sus demas hermanas i el grado de relativa prosperidad de que goza en el día.

Templado clima; ausencia de aterradoras enfermedades, asi como de indijenas hostiles i de dañadoras fieras; territorio estenso i en jeneral baldío; suelos arables i en muchas partes mui feraces; abundancia de materias primas, fabriles e industriales; bosques inagotables de preciosas maderas de construccion, a cuya sombra se desliza profunda, tranquila i navegable la importante red de brazos tributarios del Valdivia, via fluvial que, despues de recorrer un estenso territorio, mezcla sus aguas, sin embate, con las del mar, en uno de los puertos mas seguros

i cómodos del Pacífico: ¿qué podía faltar al olvidado Valdivia para dejar de estarlo? La poblacion.

Pero no aquella poblacion que ha nacido entre riquezas, que el aguijon de mejorar de condicion no aviva, que ni siquiera sospecha la existencia de comodidades que engalanan la vida de un hombre culto i que propenden dia a dia a aumentar, al mismo tiempo que a satisfacer, la agricultura, el comercio i la industria; sino aquella que el espíritu del lucro o el de las ideas liberales del siglo, separa de los grandes centros civilizados, para venir a la virjen América, ya a gozar de una libertad positiva, ya a recojer a manos llenas las riquezas que, sin conocer su valor, menospreciamos.

En paises como el nuestro, es de todo punto indispensable la activa cooperacion del elemento extranjero; poderosa entidad que al procurar enriquecerse, enriquece al pais donde se asila, que puebla los desiertos i forma estados que, aunque con el modesto nombre de colonias, asombran por su industria, por su comercio i por su bienestar, hasta a sus mismas metrópolis.

Convencido el Gobierno de esta verdad, cupo al del ilustre jeneral Búlnes echar en Chile la primera base de la inmigracion extranjera con la promulgacion de la lei de 18 de noviembre de 1845, lei que adornada con las firmas del guerrero i la del sabio estadista Montt, su Ministro entónces, manifiesta en claras i jenerosas cláusulas el modo i forma cómo debemos recibir, hospedar i fomentar en nuestro suelo ese elemento de vida i de progreso.

A la voz de inmigracion cada cual se habia echado a apreciar segun su real modo de entender los bienes o los males que podria ella introducir en Chile.

Temian los católicos perder con ella la unidad relijiosa.

Los hacendados i los dueños de casa la aplaudian a dos manos, creyendo en el despanzurro que la inmigracion abarataba los salarios, cosa que jamas se ha visto.

Muchos finjidos filántropos, pero verdaderos especuladores sobre la ignorancia del pobre pueblo, apoyándose en lo que decian los hacendados i otros sabios por este estilo, compadecian a los gañanes i obremos del pais, por la competencia que a sus brazos opondria la baratura de los brazos extranjeros. Olvidándose o finjiendo olvidar, tanto el hacendado como el filántropo, que la inmigracion, en caso de perjudicar a alguien temporalmente, es al hacendado o al que solo puede lu-

crar pagando a *vil* precio los jornales; pero nunca al jornalero, por la sencilla razon de que no serán ni pueden ser gañanes los que nos vienesen de fuera, atendido el bajo precio a que aquí pagamos el trabajo diario de los nuestros; i no viniendo de fuera esa clase de brazos, sino personas que dan ocupacion a los propios nuestros, es evidente que aumentando la demanda, tendrá por fuerza que aumentar el valor de los salarios.

Los comerciantes de Valdivia creyeron que, con el aumento de la poblacion, aumentaria el precio de sus mercaderias.

Los propietarios de aquellos terrenos incultos que nada les producian i que ni siquiera habian visitado, por impedirselo la enmarañada i sombría selva que los sustraia hasta de la luz del sol, creyeron tener en cada propiedad un tesoro de forzosa adquisicion para el Gobierno o para el recién llegado.

Los especuladores que solo buscan la mas ventajosa colocacion de sus caudales, solo vieron en la futura inmigracion la feliz oportunidad de acrecerlos, i sin perder momentos, comenzaron a hacerse de cuantos terrenos aparentes para colocar colonos, se encontraban en la provincia.

Siguiendo el ejemplo de estos caballeros, muchos vecinos, mas o ménos acaudalados de la provincia, hicieron otro tanto, sin acordarse de que esta ánsia de un lucro mal entendido i prematuro cavaba, al lado de los cimientos que la lei habia echado para alzar sobre ellos el asilo del inmigrante, una fosa que debia desplomar por completo el edificio i las risueñas esperanzas que el buen sentido fundaba en ella.

En vano el Gobierno, para precaver este mal, habia comisionado al activo e intelijente sarjento mayor de ingenieros Philippi, para reconocer i deslindar los terrenos fiscales que debian separtirse entre los inmigrados, asi como despues al modesto e intelijente ingeniero Frick para continuar la misma trabajosisima tarea durante el tiempo que el incansable Philippi, trasladado a Alemania, trabajaba allá para promover la emigracion hácia Valdivia; porque, a medida que aumentaba la posibilidad de que llegase a Chile la primera espedicion, aumentó tanto el número de los detentadores de los terrenos, por tantos títulos considerados baldíos, que en visperas del arribo del primer navío que, confiado en las promesas del Gobierno, habia salido de Hamburgo en 1849, se podia decir que no se encontraba en el territorio de colonizacion una sola pulgada de tierra que no reconociese algun imaginario dueño.

No tardó la noticia de este descarado saco, nombre debido por el modo i la forma como hacian estas escandalosas adquisiciones, en llegar a Europa.

Desconsoladoras por demas son las comunicaciones del señor don Bernardo Philippi al Gobierno en aquella época. Encarecia en ellas la urjente necesidad de reivindicar cuanto ántes aquellos terrenos, cuya detencion era ya tan sabida en Alemania; que poco o nada se podia hacer en el sentido de enviar emigrados, pues, se negaba la existencia de los derechos incuestionables del Gobierno a los terrenos que ofrecia.

En este estado encontré los trabajos sobre inmigracion, cuando la suerte me condujo a Valdivia; i no porque el Gobierno se hubiese descuidado, pues, junto con mi nombramiento se me entregó un grueso protocolo de oficios, de instrucciones i de decretos que manifestaban hasta la evidencia cuánto trabajaron entónces las autoridades superiores para allanar a sus ajentes las serias dificultades con las que un mal entendido espíritu de lucro amenazaba destruir la inmigracion desde sus primeros pasos.

El estenso i nebuloso territorio valdiviano, mansion de lagos i de selvas seculares, asiento de dos hermosos rios navegables i centro de cuantiosos terrenos baldíos que se suponian disponibles para ser repartidos entre los inmigrantes que por momentos se esperaban, contaba entónces con solo tres villorrios, que por su soledad i apartamiento a causa del mal estado o de la ausencia absoluta de caminos, vivian como verdaderos cenobitas; Valdivia, que ya medio conocemos; la Union, proyecto de ciudad a medio bosquejar; i Osorno, con su iglesia de canteria, su convento i sus alineados rimeros de tierra empastada, que indican por su regularidad, antiguos escombros de edificio.

Tan mezquina idea se tenia en el norte, hasta mi arribo a Valdivia, de la naturaleza de los productos agricolas de esta provincia, que llegaba a creerse que ni el trigo se producía en ella, cuando los trigos se agorrojaban en los graneros de la Union i de Osorno; porque sobraba para el consumo lo poco que se sembraba por falta de medios de exportar el producto.

Esos campos, que tanto producen ahora, i que entónces tan en ménos se miraban, salvo los ocupados por los principales manzanares que a cada paso se encontraban, sin saber por qué, como perdidos entre los bosques, i aquellos que ya por su inmediacion a los poblados, o ya por su poca estension i la perfeccion de sus límites naturales, permitian ser

de vez en cuando vijilados por sus lejitimos o supuestos dueños, todo el resto podia decirse que se gozaba en comun, ya por los hijos de los españoles, ya por los de los indijenas que aun se consideraban lejitimos dueños del todo.

El mismo abandono en que yacian, los estaba entregando desde tiempo inmemorial a la rapacidad de los poquisimos pobladores que, por solo ocupar las despejadas orillas de un rio o las playas del mar, sin poder entrar mas adelante, se consideraban dueños de lo que hasta ahora llaman *centros*.

Si esto se hacia ántes que nadie pensase en colonias, no es de estrañar que la voz del ajente del Gobierno en Europa despertase en muchos chilenos el espíritu de monopolizar terrenos, hasta el estremo de no dejar, ni a muchas leguas de Valdivia, punto donde se esperaban los primeros inmigrados, un palmo útil de tierra de que poder disponer.

Cuando algun vecino queria hacerse propietario esclusivo de alguno de los terrenos usufructuados en comun, no tenia mas que hacer que buscar al cacique mas inmediato, embriagarse, o hacer que su ajente se embriagase con el indio, poner a disposicion de éste i de los suyos aguardiente baratito i tal cual peso fuerte, i con solo esto ya podia acudir ante un actuario público, con vendedor, con testigos o con informaciones juradas que acreditaban, que lo que se vendia era lejitima propiedad del vendedor. Ninguno objetaba este modo de adquirir propiedades, cuyo valor se repartian amigables, el supuesto dueño que vendia i los venales testigos que le acompañaban, por aquello de hoy por tí i mañana por mí. La única dificultad que ofrecia siempre esta fácil i corriente maniobra, era la designacion de los límites del terreno que la venta adjudicaba, porque no era posible hacerla en medio de bosques donde muchas veces ni las aves encontraban suelo donde posarse. Pero, como para todo hai remedio, ménos para la muerte, he aqui el antidoto que empleaban unos para vender lo que no les pertenecia, i otros para adquirir, con simulacros de precio, lo que no podian ni debian comprar. Si el terreno vendido tenia en alguno de sus costados un rio, un estero, una abra occidental de bosque, un camino o algo que pudiese ser designado con un nombre conocido, ya se consideraba vencida la dificultad. Mediase sobre esa base la estension que se podia; si ella estaba al poniente del terreno, se sentaba que éste se estendia con la anchura del frente designado, hasta la *cordillera nevada*, sin acordarse de que con esto se podian llevar hasta ciudades enteras por de-

lante; si el límite accesible se encontraba al oriente, la cabecera occidental era el mar Pacífico, i si al sur o al norte, unas veces se decía: desde allí hasta el *Monte Verde*, como si alguna vez esos bosques hubiesen dejado de ser verdes, i otros sin término, como acontecia con los títulos de un tal Chomba, que bien analizados adjudicaban a su feliz poseedor el derecho de una ancha faja de terrenos, que partiendo de las aguas del seno del Reloncaví, terminaba, por modestia, en el desierto de Atacama.

Ni por un instante se crea que en todo esto haya exajeracion. Llenos están los archivos públicos de Valdivia i aun los de Chiloé, de estos singulares títulos de propiedad, semilla de intrincados e inestinguibles pleitos, que cada comprador guardaba como un tesoro en su petaca.

He insistido en esto para que se deduzca, de lo espuesto, cuáles debieron de ser las dificultades que entorpecieron las operaciones de los agentes del Gobierno, encargados de repartir entre los inmigrantes terrenos libres, que en ninguna parte les era dado encontrar, i cuáles fueron los primeros i lamentables motivos que tuvieron los valdivianos i los especuladores de fuera, para mirar de reojo la presencia de los primeros inmigrados extranjeros con quienes pensaban especular, vendiendo a peso de oro lo que tan poco les habia costado; pues, a ningun detentador se ocultaba que, en cuanto supiese el Gobierno por sus agentes, lo que ocurría, no deberian librarse por mucho tiempo de los efectos de una accion reivindicadora, que echaria por tierra todas sus risueñas esperanzas.

Inútiles fueron mis viajes i correrías por la provincia para obtener algun terreno que por su bondad halagase a los emigrantes que primero llegaran, pues, sabia que en empresas de esta naturaleza, es indispensable no descuidar el feliz éxito de los primeros pasos.

Atinjido por un lado por el espíritu que dominaba en el lugar, i por el otro, por el justo temor de que, no habiendo terrenos disponibles de propiedad fiscal que poder desde luego repartir, iban a dar al inmigrado, que confiado en las promesas del Gobierno habia abandonado su patria i su hogar, una prueba palmaria de que se le habia engañado, tendiéndole un inicuo lazo, ya me disponia a salir en demanda de alguna de las muchas desiertas playas de Carelmapu, cuando el buen espíritu de algunos honrados i entendidos patriotas valdivianos, vino a disuadirme de mi propósito, ayudándome a combatir con jenerosos

ofrecimientos los efectos de un egoismo inconsciente. Prestáronse gustosos, unos a asilar a los emigrados en sus casas, otros a prestarles terrenos inmediatos a la ciudad para sus primeras siembras, i otros hasta prestarles bueyes, el todo sin estipendio alguno.



CAPITULO XX.

Llegada de la primera expedicion de inmigrantes al Corral.—Interrogatorio solemne de éstos al agente del Gobierno.—Consecuencias que de él se desprenden.—Rasgo jeneroso del coronel Viel en obsequio de la inmigracion.—Isla de la Teja.—Nuevas expediciones de inmigrantes.—Su clase, verdadero tesoro para Valdivia.—De cómo entendia cada cual en Chile la inmigracion.—Lluvia de consejos al Gobierno sobre este tema.—Colonia Muschgay patrocinada por Domeyko.—Muschgay, el Arzobispo i los Larraines.—El católico Muschgay abraza la religion araucana.—El atroz Cambiasso en Valdivia.

No todos los hijos de Valdivia, pues, sacrificaban el futuro bienestar de la provincia al mezquino lucro que les ofrecia un presente instantáneo, como me he complacido en dejarlo sentado al fin del capítulo anterior; pero esos ofrecimientos llenaban solo a medias los propósitos que perseguia el gobierno i los verdaderos intereses del país.

En estas circunstancias vino a sacar al soñoliento Valdivia de su natural apatía, la noticia de haber llegado al Corral, procedente de Hamburgo, la barca *Hermann*, despues de 120 días de navegacion, conduciendo a su bordo 85 pasajeros alemanes: 70 hombres, 10 mujeres i 5 niños.

Llegaron estos inmigrados costeano ellos mismos su pasaje, mas bien en calidad de comision esploradora, para saber hasta qué punto alcanzaba la verdad de los ofrecimientos que, a nombre del Gobierno, hacia en Europa el mayor de injenieros don Bernardo Philippi, a las personas que quisiesen dirijirse a Chile, que en calidad de principio de inmigracion autorizado por incuestionable conveniencia.

Eran la mayor parte de estos pasajeros hombres que disponian de regular fortuna, i algunos de entre ellos venian comisionados por casas acandaladas para proponer al Gobierno proyectos de inmigracion cos-

teada por ellas en cambio de cesiones mas o ménos estensas de terrenos baldíos que ellas se comprometian a poblar en tiempo convencional.

Convenia, pues, a todo trance, hacer que las primeras impresiones que recibiese en Chile esta importantísima vanguardia del futuro progreso de Valdivia, correspondiese a las esperanzas que al salir de su patria habia concebido sobre la hospitalidad que le aguardaba entre nosotros. Sin perder, pues, un solo instante, junto con recibir la noticia de la llegada del *Hermann*, me embarqué para el Corral.

Trasladado a bordo, donde me dí a conocer, esplicando a los recién llegados cuál era mi mision respecto a ellos, el natural temor del que recién llega a un país estraño sin mas garantías de encontrar en él una mano amiga que le dirija en sus primeros pasos, que aquella que emana de una simple promesa, desapareció por completo. A la tímida desconfianza sucedió el mas vivo contento. Todos me rodearon, todos me dirijian las mas solícitas preguntas, i lo precipitado de ellas acercá de las disposiciones de nuestro Gobierno hácia ellos, la ansiedad con que se escuchaban mis respuestas, i el sincero agradecimiento que manifestaban a cada una de ellas, me hizo sospechar que sujestiones de algun mal intencionado habian sembrado desconfianza en el ánimo de estos intrépidos viajeros.

Dispuse en seguida que se les mandasen algunos refrescos, les señalé las habitaciones que provisoriamente debian ocupar, i despues de haberlos dejado sumamente recomendados a las autoridades del Corral, partí para Valdivia, previniéndoles, que siendo mi cargo especial el de ser intérprete de sus necesidades en la provincia, debian siempre dirijirse con preferencia a mí en cuanto se les ofreciese.

Dos dias despues de mi regreso, llegó a Valdivia una comision compuesta de seis individuos de los principales pasajeros, solicitando de mí una entrevista, que tuvo lugar en la noche del dia 17. Todos ellos, comisionados especiales, unos de Hamburgo, otros de diversos puntos de Alemania, eran mandados espresamente por sociedades de emigracion para explorar el campo i para remitir a sus comitentes datos mas circunstanciados i fehacientes, tanto del país que iban a adoptar por patria, cuanto de los privilejios que les concedia el Gobierno que debia rejirlos.

Se me presentó por escrito una serie de preguntas, a las cuales contesté lo mas categóricamente que me fué dado, conformándome a las instrucciones dadas por el Supremo Gobierno al señor Philippi, a la

ampliacion de ellas en las notas que sucesivamente se habian dirigido a dicho comisionado, i a las leyes vijentes sobre inmigracion.

Encabezaba el interrogatorio un cumplido a las autoridades del país por el cordial recibimiento que se les habia hecho, i una demostracion del mas puro agradecimiento por la benevolencia con que se les mitigaba la desgracia de abandonar a su país natal. Tras de este exordio seguian las preguntas siguientes, la mayor parte de ellas aplicables a los colonos que venian costeando su pasaje:

1.º ¿Qué medidas debe tomar el inmigrado para ser ciudadano chileno?

2.º ¿Cuánto tiempo despues de su llegada debe de serlo?

3.º ¿Si tiene voto en las elecciones?

4.º ¿Si habiendo algunos disidentes entre ellos se les obliga a abandonar la relijion de sus padres?

5.º Si disidentes ¿pueden casarse entre ellos?

6.º ¿Qué tramitaciones deberán observarse para que el matrimonio sea tenido por valedero i legal en este caso?

7.º ¿Si los hijos de los disidentes se han de bautizar segun lo prescribe la iglesia católica?

8.º ¿Qué debe hacerse para que quede constancia de la lejitimidad de los hijos en caso contrario?

9.º Si la conveniencia de las colonias exijiese la formacion de aldeas, ¿pueden esperar que recaiga en alguno de ellos el titulo de juez?

10. ¿Si pueden ser enrolados en las guardias cívicas?

11. Si al abrir caminos de conveniencia pública ¿pueden contar con la cooperacion del Gobierno?

12. Si los tratos i contratos celebrados por ellos en Alemania para eumplir en Chile ¿son firmes i valederos aquí?

13. ¿Cuál es el máximum i el mínimum del valor asignado a los terrenos fiscales?

14. Si compran terrenos a particulares ¿tendrán que pagar alcabala?

15. ¿Cuántas cuadras de tierra puede comprar al fisco cada colono?

16. ¿Si se les exige el dinero al contado?

17. Si al cabo del plazo no tuvieren como pagar, ¿se les recibe el interes corriente hasta que puedan hacerlo?

18. ¿Si puede el Gobierno de Chile asegurar terrenos para mil familias?

Este curioso e interesante interrogatorio, elaborado en Alemania, en

presencia de regalías que se desean conservar si se poseen, o buscarlas en otra parte en caso contrario, debería tenerse a la vista siempre que llegare el caso de atraer inmigraciones voluntarias, sobre toda rejion que no fuere del todo conocida.

Desde luego se ve que la primera aspiracion del emigrante que rompe por necesidad, por conveniencia o por desgracia el vínculo que le ata al pais donde vió por primera vez la luz del sol, es la de reanudarlo para atarse de nuevo con él a la patria de su eleccion. La segunda, el libre ejercicio de la relijion en que sus padres los crearon. La tercera, la constitucion de la familia; i la última, la de ser propietario de terrenos.

Nada encarece mas a los ojos del hombre la importancia de vivir a la sombra del libre réjimen republicano, como el haber nacido i tener obligacion de continuar viviendo bajo la tirantez mas o ménos despótica del monárquico. No es, pues, estraño que convertir en hecho la idea de ser ciudadanos de una república donde las voces de amo i de *siervo* no tienen significado; donde la virtud i el trabajo son nobleza; donde no hai mas contribuciones que pagar, que aquellas que autoriza una lei en cuya confeccion entran los mismos que deben soportar sus efectos, sea la primera aspiracion de aquellos que emigran; i lo es mucho ménos aun el que, despues de encontrar facilidades para la constitucion de la familia i garantías para el libre ejercicio de sus respectivos cultos, solo se aspire al para ellos indispensable titulo de propietario, aunque fuere solo del de una sola pulgada de suelo. La seguridad de alcanzar a ser propietario, por mui apartada que fuere la rejion que les ofrezca semejante don, satisface en el ánimo de los poseedores de modestas fortunas, en el del labriego i en el de simple gañan europeos, un sueño encantador que les acompaña, sin llegar casi nunca a ser realidad, desde la cuna hasta el sepulcro.

Por no haber dado a esta última aspiracion la elevada importancia que tiene para el inmigrado, no han podido hasta ahora, muchos de los grandes propietarios de fundos rústicos del norte, explicarse el por qué de la insuperable resistencia que opone el mas pobre de los inmigrados en Valdivia a abandonar su poco lucrativa propiedad, por los pingües salarios i la regalada vida que ellos le ofrecen en sus fundos.

Faltando al emigrante agricultor la posibilidad de ser en el acto propietario, puede decirse que le falta todo.

Contenta por demas la modesta comision con el tenor de mis contes-

taciones, se alzó de su asiento el respetable i sabio profesor don Cárlos Anwandter, que la presidia, i lleno de emocion dijo estas sentidas palabras:

—«Seremos chilenos honrados i laboriosos como el que mas lo fuere. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas, defenderemos nuestro pais adoptivo contra toda agresion extranjera con la decision i la firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia i a sus intereses.»

Compréndese cuán desesperante debió de ser la situacion en que se encontraba el ajente de colonizacion, no pudiendo desde luego cumplir el compromiso de entregar a los recién llegados los terrenos prometidos, i cuál el peligro que corria la inmigracion por falta de tan fundamental requisito; pero por fortuna no se prolongó esta situacion, debido a la mano de la Providencia, que al tenderla como siempre a Chile, puso inesperadamente en la mia el mas oportuno medio de salir del paso.

Residia a la sazón en Valdivia, a cargo de la Comandancia Jeneral de Armas de la provincia, el benemérito anciano don Benjamin Viel, antiguo soldado del primer Napoleon i coronel en nuestros ejércitos. Este simpático i entusiasta jefe, cuya cabeza abrigaba tanta poesia cuanta jenerosidad su desprendido corazon, acababa de asegurar el porvenir de sus hijos i el suyo propio, pues era sumamente pobre, con la adquisicion cómoda i barata de la importante isla de la Teja, propiedad municipal, situada frente al pueblo en la confluencia de los rios Calle-Calle i Cruces, que forman juntos el Valdivia.

Viel, impuesto de cuanto ocurría, como pudiera haberlo hecho el mejor i mas patriota de los chilenos, no titubeó un instante en ceder a su patria adoptiva el derecho a una propiedad que proporcionaba a él i a sus hijos el goce de una modesta pero segura subsistencia; i con este acto de jeneroso desprendimiento, salvó la situacion.

Es la isla de la Teja o Valenzuela, la mayor o mas importante de cuantas circundan con sus aguas los numerosos brazos del Valdivia. La linea de su mayor estension alcanza a medir 4,820 metros, i la de mayor anchura, 1,800. Cubierta como la mayor parte de aquellos campos, de hermoso bosque i de manzanas silvestres, la naturaleza de su suelo i la vecindad a la ciudad, de la cual forma al occidente un verdadero barrio de ultra rio, no podia la propiedad ser mas aparente para el fin que se le destinaba. Devuelta, pues, esta isla a la ciudad por la

rescision jenerosa del contrato Viel, procedió sin tardanza el municipio a adjudicarla a los inmigrados, vendiendo a cada familia hijuelas de tamaño proporcional, a precios módicos i a censos irredimibles.

El entusiasmo i el contento precedieron a la toma de posesion de este pequeño territorio, base tal vez del porvenir de la provincia, i el cabildo aumentó sus propios recursos en proporcion inesperada.

La colonizacion de la isla de Valenzuela, tan inmediata a la ciudad, proporcionaba desde luego dos inapreciables ventajas: 1.^a el efecto moral i material que debia de producir en esta apática i melancólica poblacion el ejemplo de la actividad, del trabajo i de la industria alemanas; 2.^a el que los emigrantes encontrasen tan inmediato al punto donde debian desembarcar, un centro seguro de apoyo, i aquella cordial acogida que siempre se dispensan entre sí los nacionales en un pais extranjero, en donde todo para el recién llegado es nuevo, idioma, leyes i costumbres. Dábame tambien esta ocurrencia, tiempo para reconocer la provincia i recobrar la posesion de los terrenos fiscales i baldíos que con tanto descaro se disputaban al Estado.

Miéntas yo practicaba estas dilijencias reivindicadoras, que solo dieron por resultado la adquisicion de la mision de Cudico i Pampa de Negron en el departamento de la Union, i de la lonja riberana de terrenos que media entre Niebla i Cutipai, sobre la márjen del Valdivia, estension de terrenos que separados por malísimos caminos, solo alcanzaba a 683 cuadras, llegó otra espedicion de emigrantes a bordo del *Susana*, a aumentar las dificultades de la situacion ya reagravada por lo poco que habian durado entre los valdivianos los rasgos de jenerosidad que a fuerza de afanes habian comenzado a desplegar para con los recién llegados.

Tan pronto como partió el *Hermann* el interes volvió los ánimos a su primer propósito, i los emigrados, reducidos a las penurias de un estrecho sitio, fueron designados como otras tantas minas que debian explotarse. Terrenos que ántes de su llegada yacian abandonados por incultivables, reconocieron todos dueños; cada dueño o se negó a su venta, o subió su valor del nominal de cuatro reales cuadra, que no encontraba compradores, al monstruoso de peso vara en los contornos de esta ciudad; i aquellos que poco ántes se compraron a bulto en cien pesos, se vendieron a los alemanes por favor hasta en dos mil. Mas dificultades encontraban aun en la adquisicion de sitios urbanos; resérvanlos sus dueños para venderlos mejor a los que viniesen despues,

como si recibiendo mal a los primeros pudiera razonablemente esperarse que viniesen mas. Presumian que cada propiedad era un tesoro, i destruian la causa que les daba su valor, i era para ellos razon sin fundamento cuanto tendiese a impedir que devorasen la semilla si querian esperar pingües cosechas.

Téngase presente que las ventajas de la inmigracion las empezaron a palpar desde el instante en que ella se inició en Valdivia, porque como no todos los inmigrados que llegaron en el *Hermann* fuesen agricultores, sino tambien artesanos e industriales, apénas se les vió llegar cuando comenzó Valdivia a comprar bueno i barato, en su propia casa, lo que días ántes tenia que comprar caro i de engaños i mala calidad fuera de ella.

Alojé a 102 emigrados que condujo el *Susana* como Dios i algunos buenos vecinos me ayudaron, para que pudiesen esperar con ménos afan el repartimiento de aquellas tierras de promision de las que solo rastros se encontraban en los contornos de Valdivia.

Los inmigrados, llegados en el *Hermann* i en el *Susana*, asi como los demas que se esperaban en el *San Paoli*, en el *Adolfo* i otros buques espedidos por la casa Godefray de Hamburgo, no eran simples japoneses que abandonaban su patria atraidos por el precio que nosotros dábamos al trabajo jornalero; mui al contrario, cuantos vinieron i siguieron viniendo fueron todos industriales mas o ménos acomodados, que en vez de solicitar favores los dispensaban, exijiendo solo, en cambio de ellos, que se les vendiese por dinero, terrenos que hasta su llegada se habian considerado sin valor alguno.

Los archivos que acreditaban la trasmision de propiedad hasta el primer ingreso de ese puñado de alemanes que condujo el *Hermann*, solo daban señales de vida para consignar simples transacciones con supuestos propietarios indijenias, hechas todas a cuenta de licores, de tal cual peso fuerte i de baratijas, de tendejones valorizadas en mucho, para hacer que apareciese mas lejitima la propiedad adquirida; pero apénas llegaron los inmigrantes cuando ya comenzó el dinero a regularizar los cambios, i la industria a echar sus primeras raíces.

En solo los cuatro meses corridos de diciembre del 50 a marzo del 51, ya se edificaban, en la aldea de Valdivia, ocho casas alemanas en sitios comprados a subidos precios; i dos propiedades rurales igualmente com-

pradas al contado, recibían por primera vez en los contornos del pueblo, el bautismo del cultivo europeo.¹

El mas pobre de cuantos vinieron, un tal Kott, muerto en el viaje, había tenido como pagar su pasaje, el de su mujer i el de sus dos hijos; como proveerse de un modesto ajuar, hacerse de herramientas, i aun de conservar algun sobriante para los primeros gastos de instalacion. Entre los inmigrados vinieron capacidades como Philippi, Schneider, Anwandter; industriales como nunca habían venido a Chile, i muchos capitalistas, que por sí, o a nombre de algunas sociedades europeas, vinieron con el propósito de hacerse de terrenos, para fundar colonias en ellas.

Era, pues, la inmigracion para Valdivia la benigna visita que le hacían las luces, las artes i las riquezas materiales, para sacarla de la prostracion en que se hallaba.

Padecemos en Chile manía de saberlo todo, i de comezon de criticar cuanto no concuerda con nuestro universal saber. Tratándose de medidas económicas, Chile es el pais jurado de los economistas; si de las concernientes a la guerra o a las de la marina, todos somos jenerales, o por lo ménos almirantes; no es, pues, estraño, que tratándose entónces de inmigracion, todos se convirtiesen en colonizadores.

Los valdivianos querían inmigrados a quienes vender por diez lo que les había costado uno; los hacendados del norte brazos gañanes que abatatasen los de sus inquilinos; para los acaudalados santiagueños, todo lo que no fuese fomentar la venida de cocheros i cocineros era dinero perdido; para los mineros del norte, de nada servía la inmigracion, sino se componía de barreteros, i por último, hasta el celo exajerado por la unidad de relijion, vino también a terciar en esta jeneral algazara.

Entre los diarios i ridiculos episodios que surjieron en los primeros tiempos de nuestro comun afan colonizador, solo escojeré, para contarlo, uno que puede servir de leccion i de ejemplo, no solo a los futuros colonizadores, sino a todo hombre relijioso cuya candorosa virtud le espone a aceptar la apariencia por la realidad, el hábito por el monje, el tartufo por el verdadero siervo de Dios.

El conocido naturalista Domeyko, hombre de fe sincera i celoso ob-

1. Fueron los primeros propietarios de sitios adquiridos sin previo auxilio del Gobierno: Ebner, Lechler, Kayser, Ribbeck, Hornikel, Hoffmann, Haebler, Ineffner, Von Zush i Krugen.

servante de los preceptos religiosos que impone a los cristianos la iglesia católica romana, escribió también su memoria sobre colonización: i como en cuanto se escribía sobre este importante tema cada cual pedía para su santo, pedía el autor que solo se buscasen católicos i no disidentes para nuestras colonias. Como prueba de la importancia de semejante indicación, tuvo cuidado de insertar en su memoria la carta que un tal Muschgay, católico de Wurtemberg, había escrito a la *Excelencia* de Chile, solicitando en ella concesiones i terrenos para fundar en la República, bajo el amparo del Gobierno, una colonia católica.

Decíase en esa carta, que por lo sumiso de su estilo, i por la beatitud de sus propósitos, arrancó al honrado Domeyko tan sinceros elogios, entre otras cosas, en resumen lo siguiente: que vendrían treinta familias católicas, que ninguno de sus miembros se habían mezclado en asuntos políticos, que todos gozaban de buena reputación, i que en cuanto a pureza de costumbres se hacían responsables todos por cada uno i cada uno por todos; pero que en cambio exigían que la colonia se colocase cerca de alguna *iglesia católica*.

Otra carta por este estilo, pero mas esplicita, del mismo director de la futura colonia modelo, llegó a manos de la misma *Excelencia* con fecha 10 de abril del siguiente año, i en ella el simple i modesto administrador de bosques de Wurtemberg, aparecía, como por encanto, convertido en diestro minero, en gran agrónomo capaz de dirigir escuelas de artes; i sobre todo en profesor de *religion católica*. Este tunante de tomo i lomo, que solo creyó encontrar en Chile fanáticos o inocentes a quienes explotar, tuvo cuidado, para dar mas peso a su misiva, de firmarla, ¿dónde creen mis lectores que lo haría?..... en el interior de un clautro! A su descarada firma O. Mushgay precedían estas testuales palabras: «Monasterio de Zwifalten del Reino de Wurtemberg, abril 10 de 1850!»

Mushgay llegó a Valdivia en el bergantín *Susana*, no acompañado de los 20 exploradores, que segun sus cartas debían formar la vanguardia de su católica colonia, sino de solo 14 individuos que talvez fueron los únicos compárticipes de su proyecto que encontró a mano ántes de embarcarse, i al momento solicitó de mí una audiencia que le fué desde luego concedida. Era éste un hombre robusto, mas bien alto que bajo, de poblada patilla i pelo negro. Daba poco los ojos, porque probablemente la modestia lo hacia bajar la vista. Noté en él cierta disimulada afectación, para lucirme las cruces de metal que llevaba por botones en

el pecho de la camisa, i dos calaveras de marfil colocadas en los ojales de los puños.

A pesar de la mala impresion que me dejó esta visita, cumplí, bien que protestando, los ofrecimientos que el Gobierno, movido por los escritos de Domeyko, habia hecho a éste heraldo de modelos de colonias católicas. Puse a su disposicion, con perjuicio de los demas inmigrados, el mejor terreno que tenia, i ni siquiera aportó por él. Le di local i útiles para la escuela, i ni él la asistió, ni los niños asistieron a ella. El comensal del monasterio de Zwifalten, del Reino de Wurtemberg, iba a juego mas grande. En vez de ocuparse de algo de lo que concernia al cumplimiento de sus ofertas, se ocupaba de idear los planes i proyectos mas descabellados; entre ellos tengo uno a la vista en que proponia al Gobierno perforar, por su base, los Andes para llegar mas pronto a Buenos Aires.

Mas como en este mundo todo se acaba, apestado el Ajente de Colonizacion con los diarios oficios i proyectos de Mushgay, le intimó orden de vacar a sus quehaceres, i de abstenerse en lo sucesivo de agregar a su apellido, en sus oficios, el sobrenombre de católico, que nunca olvidaba poner como verdadero complemento de su nombre.

Mushgay desde ese día se eclipsó de Valdivia, donde no encontró chorlitos a quienes embaucar, i con la memoria de Domeyko en la mano, fué a arrojar a los piés de nuestro buen prelado el Arzobispo de Santiago, como victima de la malquerencia del hereje Ajente de la colonizacion, quien solo por ser cristiano le perseguia. Entróse en el corazon del honrado i modesto príncipe de nuestra Iglesia, i con semejante llave, en el de los amigos de éste, i a los pocos meses se le vió, con jeneral admiracion, llegar a Valdivia convertido en altanero negociante, a cargo de un vapor, e investido de los plenos poderes que, para adquirir vastas propiedades territoriales, le habia confiado la opulenta familia Larrain i Gandarillas de Santiago, sin mas recomendaciones ni garantías, que las que él mismo se supo deducir de su envidiable título de cristiano perseguido.

El resultado no podia ser dudoso. Derrochados los bienes que se le habian confiado, convertido el vapor en lupanar, los jiros que en medio de la embriaguez enviaba ese tunante a sus espantados socios de Santiago, obligaron a éstos, aunque tarde, a trasladarse a Valdivia, a valer-se del hereje Ajente para arrancar de las uñas de mi antigua i supuesta victima, los jirones que aun quedaban de tan mal empleada fortuna, i

para colmo de desgracias, los inocentes habilitadores i socios del honrado Mushgay, tuvieron el dolor de ver ahogarse en el Valdivia a uno de sus hermanos!

¿Qué hizo entónces el católico jerente? Presentó a los Larrain, en una hoja de papel de marquilla, por toda cuenta i razon de los bienes que habian pasado por su mano, un jeroglífico lleno de cuadritos con distintos colores sobre los cuales, ya perpendiculares ya al sesgo, se veian rengloncitos i números que nadie pudo comprender, i miéntras que sus socios daban a Barrabas con lo que les estaba pasando, Mushgay, que se habia dejado crecer la melena, se metió en la indiada de Pitrusquen. Seguro de la impunidad allí, dijo que la relijion araucana era la mas perfecta de todas las relijiones, casó allá con cuantas mujeres pudo, i desde entónces no se volvió a oír hablar mas de él! ¡Pobre relijion, de cuántos abusos no eres victima! Así como tras de la cruz suele encontrarse el Diablo, tras de la voz virtud se encuentra casi siempre el falso relijioso.

Antes de principiar la relacion de mis correrias por el interior de la Provincia, preciso es dejar aquí consignado, por ser éste su lejítimo lugar, algo que se relaciona con el motin de cuartel que, encabezado por el feroz Cambiaso el 21 de diciembre de 1851 en Magallanes, horrorizó al pais entero i privó al propio tiempo a la marina chilena, con el desleal asesinato de Muñoz Gamero, de una de sus mas calificadas esperanzas.

Era yo intendente de Valdivia aquel mismo año, i por desgracia, los asuntos políticos i los de la colonizacion, habian obligado al Gobierno a separar los deberes de la Comandancia Jeneral de Armas de los de la Intendencia, cuando ancló en el puerto del Corral, de tránsito para el presidio de Magallanes, un trasporte del Estado que conducia reos rematados i un piquete de soldados de artillería a cargo del tristemente célebre chilote, teniente Miguel José Cambiaso. He dicho, por desgracia porque si mis derechos de intendente, no hubieran encontrado contrapeso en las del comandante jeneral de armas, Cambiaso hubiera permanecido mucho tiempo confinado en el presidio de la fortaleza de Nieblas, i los anales del crimen no aumentarían como ahora sus sangrientas páginas con el relato de atrocidades cuyos antecedentes ocurridos ante mi en Valdivia, paso a referir.

Cambiaso supo aprovechar tan bien, la corta estadía del trasporte en el Corral, que ya desde el dia siguiente de su llegada, comenzaron a cir-

cular tantas noticias de los desórdenes que el tal militar promovía en Valdivia, donde parece que había residido ántes por algun tiempo, que alarmado pregunté al ex-Intendente don Juan Francisco Adriasola si tenia alguna noticia de semejante loco. Don Juan Francisco me contestó con amarga jonja: Ese que Ud. llama loco, tiene mas de pillo que de loco; es un tuno de tomo i lomo, cuyos pecados veniales nunca han sido otros que el jugar, petardear, beber i enamorar, todo con el mayor descaro i sin taza ni medida; i no me pregunte mas. Ese tal sin el cargo que lleva yo no sé por qué, iria bien a donde va bien amarrado.

La vispera de la salida del transporte en que debia continuar su viaje ese dechado de virtudes, i cuando ménos esperaba yo que algo siquiera viniese a interrumpir la insulsa monotonía de mi despacho diario, precedida de algunos destemplados alaridos, entró precipitada, en mi sala de trabajo una mujer del pueblo, que con voz convulsa i dolorida me dijo llorando: Señor! el teniente Cambiaso aprovechando una ausencia de mi casa, me ha robado a mi única hija i la tiene escondida a bordo junto con mis baulitos de ropa i con cuantas pobreza tenia economizadas para mi sustento.

Tranquilizada aquella infeliz, ocho horas despues de bien cerciorado de lo que pasaba, habia sido traída al nido materno la inocente paloma que habia pensado alzar el vuelo hácia las rejiones australes, i el seductor esperaba con una barra de grillos en la fortaleza de Nieblas, la iniciacion de la causa que mandé que se le formase.

Cambiaso, viendo lo que se le esperaba, ocurrió, invocando el fuero militar, al comandante jeneral de armas, al pundonoroso i confiado coronel don Benjamin Viel que desempeñaba a la sazón ese destino, i desde entónces mi propósito quedó frustrado.

Para qué referir las discusiones verbales de competencia a que dió lugar este incidente entre Viel i yo, discusiones que hasta con gusto referiria por su orijinalidad, si el haber salido yo mal en ellas, no hubiera motivado la catástrofe de Magallanes. Recuerdo, entre otras cosas, que Viel me dijo para determinar a silenciar lo que ocurría, despues de hacerme ver que mis deberes de simple intendente, debian detenerse en el punto en que el asunto estaba, que la palabra rapto era una arma de dos filos, i sino, agregó sonriéndose, dime buen Vicente, cuando hai rapto ¿quién es el robador i quién es el robado? ¿Es el hombre aquel que roba la mujer, o es la mujer la que se roba al hombre?

Cambiaso se descartó del robo, atribuyendo el hecho a su querida, i

del raptó, cargándolo en cuenta a la juventud! Ese perdido, merced a Viel, siguió su viaje, i fué el que encabezando el motin de cuartel en el que corrieron parejas el licor i la sangre, asesinó al bizarro i valiente comandante don Benjamin Muñoz Gamero que era una de las mas puras esperanzas de nuestra marina de guerra. Viel al recibir la noticia de esta catástrofe, lleno de despecho i de amargura, porque tenia a Gamero el cariño de padre, se lanzó precipitado en busca mia i con lágrimas, echándome los brazos, me dijo: Yo no mas tengo la culpa de esta desgracia! Yo debí haber hecho escupir sangre a ese malvado ántes de dejarle continuar su viaje!



CAPITULO XXI

Viajes al interior de la provincia.—Laguna de Llanquihue.—Incendio de las selvas del Chanchan.—Mi naufragio en la laguna.—Peligroso descrédito de la colonizacion en Chile.—Cómo se salió de tan duro trance.—Exploraciones de los canales de Chacao i seno de Reloncavé.—El Callenel.

Salir cuanto ántes de la situacion indecisa en que me encontraba, era de todo punto necesario; pues, vista la actitud de los detentadores de terrenos, aún estaba por resolverse el problema de si podria ser Valdivia el primer asiento de las colonias en Chile.

Instalados los recién llegados inmigrantes en las sasas-matas del antiguo castillo del Corral, repartidos entre algunos de ellos los malísimos terrenos de Cutipai i tal cual otra aislada orilla del rio de Valdivia, orillas que por lo inútiles nadie disputaba, i que yo cuidé de adjudicar sin precio alguno, para que los inmigrados esperasen con ménos desagrado la venida de aquellos terrenos, que según noticias debian salirles al encuentro, marché, sin más esperar, para el interior.

La caravana era puramente esploradora. Ni yo ni los hijos del norte sabíamos a punto fijo lo que era entónces la dichosa provincia de Valdivia, salvo la vulgar creencia de que era grande, en extremo despoblada i que llovía en ella 370 dias de los 365 de que consta el año, i tan era así, que en los momentos de emprender el viaje acababa de recibir del señor Ministro don Jerónimo Urmeneta, un oficio, en el que me decia que habiendo sabido con sentimiento, que en la provincia no se daba el trigo, creia llegado el caso de decirme que le parecia conveniente comenzar a tomar medidas prudenciales para la traslacion de los inmigrados al territorio de Arauco.

Acompañábame en la espedición el modesto i mui entendido injenie-

ro don Guillermo Frick, alemán i antiguo vecino de Valdivia i comisionado por el Gobierno para la averiguacion de los terrenos fiscales de la provincia, i a mas dos de los inmigrados recién llegados.

Salimos embarcados del pueblo de Valdivia, por ser la via fluvial el único camino que entónces conducia a Futa, especie de estacion, donde deja de ser perfectamente navegable el rio de este nombre, que es uno de los tributarios del Valdivia. Maravilla, en este corto trayecto, las tranquilas i transparentes aguas del rio; la exhuberante vejetacion que nace desde las mismas aguas, sin dejar una sola pulgada de playa donde sentar pié; la sombra de los árboles colosales que se inclinan sobre el rio cubiertos de cenefas de copihues que se balancean sobre las embarcaciones, i los muchos manzanares silvestres que a cada paso, bien que cubiertos de lampazos, parece que disputaran a los bosques su lozanía.

En Futa, ya montamos a caballo para bregar con los caminos, o mejor dicho, con las sendas mas tortuosas i llenas de sartenejas que es posible imaginar, i siempre a la sombra de la tupidísima selva que separa el valle de la costa del central. A poco andar nos encontramos con una importantísima barranca en cuyo abierto centro estaba a la vista un poderoso lecho de carbon de piedra que, segun se me dijo, no se explotaba por falta de brazos i de caminos, dificultades que en mi concepto hubiera sido mui fácil vencer.

El primer aspecto de Valdivia revela mui poco a los ojos del recién llegado, cuán hermosos e importantes son sus campos del interior para la agricultura i para las artes. Los bosques intransitables que ocupan las dos terceras partes de aquel territorio, solo ostentan su maravillosa lozanía en la costa i en la base de los Andes. El centro que media entre una i otra de estas dos sombrías zonas, confin austral del valle del centro; que partiendo del pié del contrafuerte de Chacabuco, se estienda, sin interrupcion, hasta las aguas de Chacao, ofrece en Valdivia, por todas partes, terrenos limpios sometidos a la benéfica influencia de los rayos directos del sol. En Osorno se producen, a escepcion de la vid, todos los frutos de los países templados; i si el trigo no se esportaba entónces, como ya se ha dicho, era porque hacia mas cuenta llevarle por mar de Valparaíso al Corral, que de Osorno i de la Union al mismo puerto, tal era el perverso estado de sus caminos.

Salidos de la espesura de los bosques de la costa, pudimos galopar en las preciosas i despejadas planicies del valle central hasta llegar a la

pequeña aldea de la Union, condecorada entónces con el título de cabecera de departamento.

Era entónces gobernador de aquel aduar don Ensebio Ríos, excelente i activo campesino para quien, mandando la autoridad, no había imposibles. Oyó mis quejas de cómo se portaban en Valdivia con los recién llegados, i al momento nos sobraron terrenos de que poder disponer en su departamento, aunque, por desgracia, el estado de los caminos no me permitió utilizarlos.

Dejé en la Union recomendados a Ríos los dos alemanes recién llegados i proseguí mi marcha para Osorno. No tardamos en encontrarnos con la para Chile imponente vía fluvial que lleva el nombre de Trumag. El influjo de las mareas en esa hermosa ría, se hace sentir muy tierra adentro en el valle central, bien que no mezcla las aguas marítimas con las del río en esos puntos; pero como las contiene, las hincha a tal extremo, que las embarcaciones suelen pasar por sobre las copas de los árboles sumerjidos en las épocas zizijiales.

Llegado a Osorno, este pueblo de tradiciones i digno de estudio, no llamó en manera alguna mi atención, pues, ocupada por completo mi imaginación en adquirir terrenos fiscales para salvar los compromisos del Gobierno, i con la salvación de ellos, a la misma inmigración, solo dediqué los días que allí estuve, a aprovechar la feliz circunstancia de que aun no había tomado cuerpo en esos lugares la idea de disputar al Estado sus terrenos para hacerme de cuantos pude.

Pero esto no pudo bastarme, porque los terrenos adquiridos carecían de aquella unidad indispensable para un establecimiento colonial de alguna importancia. Era necesario, además, para utilizarlos abrir caminos, i su estension no los hacia merecedores de esa costosa mejora.

Informes maduramente recojidos, me convencieron que solo podía encontrar lo que deseaba en el corazón mismo de la inmensa i virgen selva, que estendiéndose desde Ranco, cubría la estensa base de los Andes hasta sumir sus raíces en las salobres aguas del seno de Reloneaví.

De esa sombría rejión solo los indios podían dar tal cual cabal noticia, por ser de todo punto imposible penetrar en ella sino a pié i abriendo a fuerza de machete por entre esas enramadas, angostísimas veredas que la fuerza de la vejetación i la caída de los gauchos no tardaban en borrar.

Impuesto de que a poco caminar, hacia el S. E. de Osorno, debía encontrarme con la zona occidental de esa selva, cuyo centro ocupaba la

laguna de Llanquihue, a pesar de cuanto hizo el gobernador para disuadirme del propósito que concebí de penetrar en ella, salí para ese temido lugar acompañado con el señor Frick i con dos indios prácticos.

Alojamos en un lugar que llaman El Burro, i al dia siguiente con la madrugada penetramos con mas resolucion que fuerza fisica en aquella ceja de cinco leguas de ancho de un bosque tan espeso, que ni las cartas podian leerse a su sombra. Las raíces entrelazadas, los matorrales espinosos, los quilantales unidos a los troncos con poderosísimas lardizabaleas, i el piso fangoso i lleno de charcos, sobre los que formaban techos hojas podridas que a cada paso nos hundian, opusieron a nuestra marcha a pié la mas seria resistencia; pero, al fin, llegamos, bien que molidos i casi arrepentidos de nuestro jactancioso arrojo, al lugar de nuestro destino, al cabo de siete horas de la mas endiablada brega.

Pero todo aquel mal estar, todo el cansancio se tornó en entusiasmo i alegría, cuando saliendo de repente del oscuro recinto de la selva, se presentó a nuestra vista, sin transicion ninguna, el mas espléndido panorama.

Fué aquello como alzar un telon de teatro que trasforma en cielo una decoracion de calabozo.

Encontrábame como por encanto en la márjen occidental del gran lago de Llanquihue que, semejante a un mar, ocultaba en las brumas del norte i del sur el término de las limpias aguas que, tranquilas entónces, parecia que retozaban a mis piés por entre las raíces de los robustos árboles que orlaban la playa donde nos detuvimos. La pura atmósfera del oriente hacia resaltar con el azul del cielo, los mas delicados perfiles de las últimas nieves que coronaban las alturas de Pullegüe, de Osorno i de Calbuco, conos volcánicos que alzándose al poniente del Tronador, de donde se desprenden, parecia que alineados se miraban en las aguas del lago.

El gran fango de humus vegetal que tenian todo el terreno que acababa de recorrer, aunque en muchas partes parecia aquello una marisma, descubria, tan sin esfuerzo, cuánto partido podria sacar de esos lugares la industria agricola, que a pesar del cansancio i la carencia de provisiones, resolví no regresar ántes de explorar, siquiera durante un par de dias más, tan interesantes campos.

Acompañábame un tal Juanillo o Pichi-Juan, indijena borrachon tan conocido como práctico de las mas ocultas sendas de los bosques, i je-

nealojista además para atestiguar a quién de sus antepasados pertenecían los terrenos que solían adquirir a hurto los valdivianos.

Aseguróme Pichi-Juan que no nos moriríamos de hambre, i en cuanto no mas concluyó de formarme con su machete, una cómoda enramada, hizo fuego i se alejó para volver un cuarto de hora despues con gran cantidad de avellanas i cinco panales de riquísima miel, que habia sacado de las hoquedades de los árboles. El suelo de los contornos del lago se encontraba, testualmente hablando, empedrado con avellanas, i la miel en todas partes.

El grande abejarron chileno, que vemos con tanta frecuencia, zumbando por entre las flores de nuestros jardines, no fabrica cera como la abeja europea. La miel que acopia es trasparente i líquida, i las basijas en que la deposita, son alvéolos regulares simétricamente colocados hechos de fibras vejetales tan estrechamente unidos, que no dejan escapar ni átomo de la miel que se deposita en ellos. Este interesante insecto que tal vez el arte i el tiempo, logren domesticar, defiende como el europeo su propiedad, i cuando no la puede rescatar con la violencia de sus lancetazos, lo hace con la astucia. Habia yo dejado dos panales llenos de miel cerca del lugar donde, rendido por el cansancio, me sorprendió el sueño, i al despertar no encontré en ellos ni una sola gota de miel, el tejido cañamoso de los panales conservaba el mas grato olor a flores. Para averiguar si contenia cera, le hice hervir al fuego en una escudilla de lata, i como del hervor no resultase ni vestijios de ella, para poder examinarlo con mas detencion, despues de estrujarle, le guardé bajo un sobre de carta en el bolsillo de mi paletot. Recuerdo que abriendo, dos años despues, un baul donde yo colocaba la ropa inválida, me sorprendió el olor a flores que de él salia, i que, procurando averiguar la causa de tan singular fenómeno, ese olor provenia de los panales olvidados, siendo de notar a mas, que no se encontraba en la ropa de paño, ni un solo rastro de polilla.

Como no podíamos recorrer ni aun el trecho de cien metros, por la orilla de la laguna, a causa de algunos ribazos i sobre todo del bosque, que en los bajos fondos se adelantaba mucho aguas adentro, hicimos con un tronco carcomido, una canoa, i sin mas que vaciarle i tapar con *champas* sus dos abiertos extremos, provistos de cascrones de árboles por remos, nos metimos al dia siguiente don Guillermo Frick i yo en el tal bajel, i llenos de contento, emprendimos la tarea de salvar por agua, el gran ribazo que se oponia a nuestras exploraciones.

Todo favoreció al principio esta singular calaverada.

Radiaba con todo su esplendor el sol de la mañana, ni la más leve brisa perturbaba la luna del verdadero espejo sobre que navegábamos, así es que, salvo el cansancio que nos dió el hacer andar con tan buenos remos nuestro hueco tronco, doblamos sin novedad al cabo de dos horas, la puntilla que impidiéndonos el paso, nos ocultaba el más pintoresco i agreste puerto de aquel pequeño Mar Mediterráneo. La hondura de sus aguas nos pareció, porque no llevábamos más sondaleza que los astillones que nos servían de remos, capaz para embarcaciones de algún calado, i la configuración de sus boscosas costas, propias a defender el ancladero contra la acción de los vientos cardinales del compas; pero sus playas estrechadas contra el agua por lo tupido del bosque, no tardaron en convencerme que toda esploracion, orillando la laguna por tierra, sería por entónces escusada. Ocupámonos, pues, de hacer una gran provision de huevos de aves acuáticas que encontramos entre las espadañas de algunas islitas, que adornaban las aguas del puerto, i al entrarse el sol, salimos en demanda de nuestro alojamiento. Pero todo lo que era paz i calma dentro del puerto, era guerra i tormenta fuera de él. La ola que levanta el viento en la laguna, es siempre peligrosa; mas, como cuando nosotros vinimos a conocer la imprudencia que cometimos al abandonar el puerto, ya era imposible tornar a él, fué, pues, preciso resignarnos a esperar de la merced del viento i del acaso, lo que no nos era ya dado esperar de nuestros inútiles esfuerzos. Allí nos sorprendió la noche, oscura como nunca. Empapados con las olas, achicando el agua con los sombreros, i cuidando con la mayor ansiedad no se destapase algunos de los dos extremos del tronco, cuya conservacion a flote era nuestra única esperanza, ya la perdíamos al todo, cuando en medio de una reventazon, cuyo estruendo no comprendimos, una ola volcando el malhadado tronco, se lanzó con sus mal andantes pasajeros sobre los pedrones de una playa!

Cruel noche nos esperó por cierto. Mojados como estábamos, sin fuego i sin abrigo, porque nos encontrábamos entre un ribazo i el agua, recibiendo directamente el aire que nos venia de la cordillera, i sin más camas que hojas de nalca colocadas sobre el puntiagudo ripio de la playa, pasamos aquella noche de recuerdos.

La hoja de nalca o pangui, como la llaman en el norte, excede en tamaño los límites de la ponderacion en Tlanquihue. Las hojas que desprendimos de una nalca, que se alzaba al pié del ribazo de los náu-

fragos, fueron medidas por el ingeniero Frick a mi vista. Solo los brazos podían, es cierto, servirnos de vara en nuestro alojamiento, i una de las hojas midió tres varas i cerca de cuarta de diámetro; lo cual referido por mí despues, no atreviéndose a decirme que mentía, el bueno de mí interlocutor, improvisó la palabra *poesia*.

Con la extraordinaria dimension de algunos troncos, sucede otro tanto, i los que deseen ver *poesia*, no tienen mas que alejarse un poco de Puerto Montt por el camino del Arayan, i verán sobre el corte trasversal de un alerce, colocado en alto, el mas poético jardín.

Al venir el día supimos por un indio que nos buscaba, que no estábamos mucho de nuestro primer alojamiento, i curados del prurito de los descubrimientos, pero llenas las cabezas de proyectos, tornamos a movernos hasta llegar al Barro i de allí a Osorno.

En mi tránsito ofrecí a Pichi-Juan treinta *pagas*, que eran entonces treinta pesos fuertes, porque incendiase los bosques que mediaban entre Chanchan i la cordillera, i me volví a Valdivia a calmar el descontento que ya comenzaba a apoderarse de los inmigrados, los cuales no sabian qué hacer de sus personas en el provisorio alojamiento donde, por falta de terrenos, les habia yo dejado.

Mi llegada produjo el inmediato repartimiento de los terrenos baldíos de Osorno i de la Union, lo cual llenó a todos de contento. Vi tambien con gusto que muchos de los mas acaudalados inmigrados habian comprado sitios i estancias en las cercanías de Valdivia; i que, animados con mis informes, se disponian a hacer otro tanto en el interior, confiados en que pronto se abrirían los caminos que, a nombre del Gobierno, les tenia yo ofrecidos.

Valdivia es una de las rejiones de Chile donde con mas frecuencia llueve, sin que por esto caiga allí mas agua que la que cae en Colehagua; por esta razon se nota en aquella provincia el singular fenómeno de verse siempre el sol, aunque por pocos instantes, en todos los días del año, aunque fuere en pleno invierno. Esta singularidad ofrece, a cada rato, al pintor paisajista i al observador de las bellezas de la naturaleza, contrastes de increíbles efectos de luz i de sombra. Hai ocasiones que diluvia en la mitad de un árbol al mismo tiempo que en la otra mitad se ve radiante el sol.

Hacia ya tres meses que el disco de este astro, siempre puro allí cuando se deja ver, aparecía empañado. Pichi-Juan habia dado, desde entónces, principio a la tarea de incendiar las selvas que ocupaban

gran parte del valle central al S. E. de Osorno. El fuego que prendió en varios puntos del bosque al mismo tiempo el incansable Pichi-Juan, tomó cuerpo con tan inesperada rapidez, que el pobre indio, sitiado por las llamas, solo debió su salvacion al asilo que encontró en un carcomido coigüe, en cuyas raíces húmedas i deshechas pudo cavar una peligrosa fosa. Esa espantable hoguera, cuyos fuegos no pudieron contener ni la verdura de los árboles, ni sus siempre sombrías i empapadas bases, ni las lluvias torrentosas i casi diarias que caian sobre ella, habia prolongado durante tres meses su devastadora tarea, i el humo que despedia, empujado por los vientos del sur, era la causa del sol empañado, al cual durante la mayor parte de ese tiempo, se pudo mirar en Valdivia con la vista desnuda.

Tan pronto como cesó de arder aquella hoguera, fué preciso emprender otra i mas detenida exploracion por los lugares que habia franqueado el fuego en el departamento de Osorno. Recorrí, pues, en ellos con encanto todos los terrenos que yacen al norte de la laguna de Llanquihue. La anchura media de los campos incendiados podíase calcular en cinco leguas i su fondo en quince. Todo el territorio incendiado era plano i de la mejor calidad. El fuego que continuó por largo tiempo la devastacion de aquellas intransitables espesuras, habia respetado caprichosamente algunos laquetes del bosque, que parecia que la mano divina hubiese intencionalmente reservado para que el colono tuviese, a mas del suelo limpio i despejado, la madera necesaria para los trabajos i para las necesidades de la vida.

Puesto en aquel lugar, intenté penetrar hasta la laguna, i no pudiéndolo verificar por el norte, por lo enmarañado del bosque que me separaba de ella, procuré hacerlo por las inmediaciones del Maullín.

La disposicion en que se encontraban los terrenos que rodeaban la laguna, podíase considerar como compuesta de tres fajas concéntricas perfectamente demarcadas por su naturaleza. La exterior, que tendria cinco leguas de fondo en la línea de su radio, era inferior en calidad a las otras dos; su suelo quebrado, pedregoso i en ocasiones de mui poco fondo, apoyado sobre un estenso lecho de canchue, estaba cubierto de estensas selvas i de tan tupidos quilantales, que solo podia transitarse en él a pié i abriendo a machete una estrecha bóveda que apénas dejaba percibir la luz. La naturaleza de este terreno mejora visiblemente a medida que se acerca a la laguna; su vejetacion era mas frondosa, i sus pastos mas suculentos. La intermedia que aqui llaman *Naudi*, es una

vega hermosísima despejada de árboles i cubierta del colihue enano, de coiron i de otras gramas preciosas para forrajes, que pueden dar a los ganados una prolongada primavera. Puede tener como una legua de ancho, i en su curso, al rededor de la laguna, la interceptan varias alturas cubiertas de bosques. Su terreno arcilloso en los claros es de excelente calidad en las alturas. Estos bajos, como todos los del país, aparentisimos para los ganados en verano, no lo eran tanto entónces para la agricultura, por carecer de salida las aguas en el invierno; pero este mal era, como se vió despues, junto con la presencia de los pobladores, de fácil remedio. Tras esta vega siguen las alturas planas i feraces que, en una faja de tres leguas de ancho, forman el ámbito de las aguas.

Suponiendo, pues, que éste sea, como jeneralmente se asegura, de 30 leguas, i la anchura media de la faja de terrenos fiscales que le rodea, de 5, podia decirse que el Estado poseia entónces en estos terrenos de circunvalacion, i en los despejados por el incendio, mas de 200 leguas de campos planos, virjenes i arables, que poder repartir entre los inmigrados.

Escuso enumerar las ventajas que ofrecia al agricultor aquella pampa cubierta de cenizas, sobre cuyas plumizas llanuras se alzaba aun tal cual jigante de la vejetacion carbonizado i casi devorado por las llamas. Serviale de limites al norte selvas virjenes de empinados robles; gruesas lumas, corpulentos laureles i tupidísimos quilantales le cerraban por el lado del poniente, i los cipreses i los alerces, colosos de la vejetacion austral, solo esperaban en el sur la mano del hombre para retribuir con riquezas sus esfuerzos. I como no siempre la alta vejetacion es incuestionable prueba de la bondad del suelo que la sustenta, para patentizar esa bondad, parece que la naturaleza se hubiese esmerado en convertir en jigantes, allí, las plantas que se distinguen por su pequeñez en el norte.

El ñilhue, que sube a la altura de un hombre a caballo, ostenta un tallo tierno i jugoso de dos pulgadas de diámetro, el arrayan, ese arbusito mimado de nuestros jardines, compite allí en altura con los mas empinados pellines, i de su tronco pueden sacarse tabloncillos hasta de una vara de ancho; he medido con el señor don Guillerino Frick, a orillas de las pintorescas cascadas que caen a la laguna, como ya lo he dicho, hojas de pague de diez varas de circunferencia.

Pero de nada podria servir, por de pronto, aquella fuente de riquezas entregadas a su soledad i apartamiento, si un camino cómodo i de barato trayecto no la ponía en inmediato contacto con un puerto que brin-

dase seguridades a los navieros; porque una colonia, i esta verdad es preciso no perderla jamas de vista, no puede progresar sino de fuera para adentro. Internar de un repente al inmigrado al fondo de un desierto por rico i feraz que este fuere, sin previa i costosas disposiciones para precaver los funestos efectos del aislamiento, es tirarle a matar, o por lo ménos a esterilizar su activa abnegacion.

El inmigrado debe sentar, desde luego, su primera residencia en un puerto del desierto que debe poblar i no mover un pié hácia adelante, sin dejar el de atras perfectamente asegurado.

Persiguiendo la realizacion de esta idea repetí, a pesar de la inclemencia de la estación, mis viajes a los lugares incendiados; tomé algunas alturas i marcaciones que relacionadas con el mapa de Moraleda, único de que pude entónces disponer, porque los de King i Fitz Roy eran solo costaneros, i adquirí la grata presuncion que, por lo ménos, el mar, sino un buen puerto, debia de distar mui poco de la parte austral de la laguna, cuyos contornos se prestaban tanto a fundar en ellos la base de la colonia, sueño dorado del malogrado Philippi, i que en esos momentos lo era tambien del Gobierno.

Mas, como simples presunciones solo indican i no aconsejan, resolví antes de participarlas al Gobierno, proseguir en mi durísima tarea de adivinanzas mas o ménos antojadizas, mientras no dispusiese otra cosa el estado de mi salud; i como los bosques parecian colocados allí mismo donde mas se necesitaban lugares despejados, para establecer en ellos bases i demarcaciones, resolví buscarlas en el norte de la laguna; i como ni allí las encontrase, fué preciso emprender fragosísimos repechos por la falda occidental de la cordillera que parecia elevarse desde las aguas de aquel pequeño mar mediterráneo, para poder apreciar, por lo ménos a vuelo de pájaro, ya la forma gráfica de los terrenos incendiados, ya la forma i situacion de la laguna relacionada con puntos accesibles. Mandé, pues, construir, a orillas de ésta una embarcacion, i mientras se trabajaba en ella, me dirijí con dos compañeros al simétrico cono del volcan de Osorno, cuya ascension emprendí con no ménos fatiga que resolucion.

Si los viajes en rejiones inexploradas tienen sus tormentos, tambien no faltan en ellos sus encantos. Propicio el cielo, se manifestó entónces despejado de sus frecuentes i lluviosas nubes, así fué que al llegar al segundo descanso de mi molesta ascension, libre la vista para explorar con ella el horizonte, nada he encontrado en ninguno de mis viajes

que me haya causado mas contrarias impresiones que las que esperímenté en esta ocasion. Pareciame que el valle central de la República, en aquellas latitudes era un interminable rosario de poderosas lagunas separadas unas de otras por no ménos poderosas cejas de bosques inaccesibles; i que al sur de la laguna de Llanquihue que veia a mis piés, aparecia otra de no menor estension, en vez del mar libre que buscaba circunstancia que venia a echar por tierra la exactitud del mapa de Moraleda, i junto con ella, hasta la esperanza que habia concebido de la existencia de un próximo mar, sin el cual era de todo punto imposible establecer colonias en un lugar con tantos afanes explorado! Parece que el cielo quiso probar mi constancia prolongando el desencanto que se habia apoderado de mi alma, al sostener los densos nubarrones que oscurecian a mi vista la rejion del sur, que ansioso consultaba; i confieso que ya mi ánimo, al que las dificultades mas bien irritaban que vencian, comenzaba a flaquear, cuando un propicio claro de sol, azotando las aguas de la supuesta laguna del sur, hizo brillar a mi vista las blancas velas de las embarcaciones que la surcaban! Lo que veia no era laguna, era el mar que solicito buscaba, el senó de Reloncaví cuyas aguas desde la altura en que me encontraba parecia que se confundian con las del lago de Llanquihue, pues solo una estrecha ceja de bosque se interponia entre ellos.

Estoi seguro que el buen Blasco Núñez de Balboa al descubrir desde las cordilleras del istmo americano las aguas del Pacífico, no tuvo mas gusto que el mio al cerciorarme que aquella supuesta laguna que acababa de dar al traste con mis dorados sueños, era precisamente la que debia prolongarlos i traerlos al terreno de la realidad.

Contento como pudiera estarlo un niño, porque solo los niños i los locos se pagan con los servicios que ellos mismos prestan i que nadie agradece, i llena de proyectos la cabeza, pasé en el rústico aposento que me proporcionó el hueco tronco de un gigantesco *coihue*, la más envidiable i grata de las noches. El alba que todo lo engalana, movió mi curiosidad con el pintoresco aspecto de una puntilla que parecia prolongar, aguas adentro de la laguna, la base del volcan de Osorno, i cómo tan franco punto de observación no podia dejarse atrás, me trasladé a él.

Tiene la naturaleza caprichos, que referidos, parecen sueños, sin que por esto se aparten de la realidad. Aquella puntilla no era otra cosa que el remate de un poderoso derrame de antigua lava, que, habiendo pe-

netrado aguas adentro, colmando con su volúmen la hondura, formaba un vasto muelle natural cuyo extremo acantilado anunciaba suma profundidad. Parece que las lavas líquidas i candentes al entrar en las aguas, se habian crispado; pues, formaba con su repentino enfriamiento, las mas fantásticas figuras. Tenia aquel precioso muelle el aspecto de antiguas ruinas deterioradas por la accion del tiempo o desquiciadas por la de las raíces de la poderosa vejetacion que compartia con ellas aquel terreno. Veíanse aquí i allí como arcadas destruidas i fantasmones de lava mhososa cubiertos de helechos, a los cuales prestaba sin esfuerzo la imaginacion formas de estatuas inutiladas; i no pocos coposos coihues, bien que carcomidos por la edad, daban claras muestras de que la erupcion volcánica creadora de tan pintoresco paisaje, debia contar mas de cien años de fecha.

Para haberse detenido en aquel atractivo lugar, hubiera sido preciso no haber tenido ocupada la mente con las importantísimas ideas que trabajaban la mia en aquellos momentos; dejé, pues, a un lado la poesia, i como entraba a mas tardar el mediodía, proseguí mi marcha hácia mi improvisado astillero adonde llegue con mucha noche.

Pusimonos todos, al siguiente dia, a tirar a concluir la construccion de la tosca canoa que dejé comenzada al emprender mi viaje, pues sin el auxilio de ella, o el de un aparato flotante cualquiera, que salvarse la imposibilidad de recorrer por tierra las márgenes del lago, no se podía deducir si podría o no practicarse una via marina de circunvalacion, que sirviendo de punto de partida a cada una de las hijuelas de terrenos por repartir que pensaba trazar al rededor de la playa, los pusiese a todos en mediato contacto.

Constaba el personal de mi comitiva esploradora de cuatro alemanes i de cinco de aquellos indijenas pacíficos que sin dejar de tener caciques, hacian vida comun con los hombres de orijen europeo que residian en los afueras del pueblo de Osorno; i el lugar de nuestro alojamiento situado en la márjen setentrional de la laguna, distaria como cosa de milla i media al oriente de la caleta conocida hoy, sin saber por qué, con el nombre de Puerto Octai.

Concluido el trabajo de nuestra ridícula nave, hecha, como suele decirse, a mocho de hacha, así como el de un par de remos que mas parecian palas de panadero que remos, se le acomodó una a manera de vela, con dos ponchos añadidos, i sin mas esperar se lanzó al agua con jeneral contento.

Acordamos salir al día siguiente, i por aprovechar del resto del que aun nos quedaba, mandé al señor Foltz con sus alemanes, a una diligencia previa en los contornos, i yo me puse a ordenar mis apuntes, custodiado por mis indios que se entretenían en comer avellanas tostadas sazonadas con la fragante miel que abundante produce nuestro abejarrón en aquellos lugares. Como una hora despues de concluido mi trabajo, i cuando mas entretenido estaba dibujando en mi álbum, el precioso panorama que tenia a la vista, una brisa tentadora que se levantó del norte, comenzó a arrugar de un modo tan apacible i donoso la tersa superficie de la laguna, que no pude ménos de admitir el envite, aprovechando la ocasion de probar las calidades marineras de mi atroz tortugá de macizo roble. Métime, pues, en ella con un sobrino del conocido Pichi-Juan, i como otro indio rechoncho de mi comitiva dijese que él entendia tambien de barcos, por haber atravesado dos veces en bote el rio de Futa, hice tambien que se embarcase. ¡Desgraciado! ¡Ni el ni su compañero sabian nadar!

Empujados suavemente por aquella brisa engañadora que apenas hinchaba nuestros ponchos, i sin mas afán que usar con parsimonia de nuestras palas panaderas para orientar la nave, en ménos de un cuarto de hora, nos encontramos como a cuatrocientos metros aguas adentro. Llegado con tanto descanso a esa altura, parecióme estar tan cerca de la hoi caleta Octai, que hasta pecado me pareció no visitarla desde luego, máxime cuando en ello ahorraba trabajo al siguiente día. Dirijime, pues, a ella, donde llegué mui tarde i no mui contento, por cierto, de las calidades marineras de mi malvado tronco, que si bien caminaba empujado de atras por el viento, no habia fuerza humana que lo obligase, no digo a contrastarlo, ni siquiera a ceñirlo.

Levanté el croquis del puertecillo, que bauticé con el nombre del malogrado marino Muñoz Gamero, nombre con que lo honré, por que su situación indicaba que podía ser, con el tiempo, el punto mas aparente que, por medio de un camino, pudiera poner en contacto al pueblo de Osorno con la futura colonia.

Estando avanzada la tarde, nos dimos de nuevo al poncho, por no decir a la vela, en demanda de nuestro alojamiento; pero apenas desembarazados del abrigo que nos prestaban un ribazo i los corpulentísimos árboles que lo poblaban, cuando se hizo de todo punto imposible el manejo de mi antidiluviana embarcacion. Quise volver para pasar aquella noche en tierra, pero lo quise tarde; arrié los ponchos i acudí

a las palas; vano empeño, pues mis marinos no sabian remar, ni yo tenía fuerza para hacerlo. Aquel maldito tronco por instantes se iba con la fuerza del viento aguas adentro. Entró la noche para mayor angustia, i al notar yo, con espanto, las olas bravias que nos azotaban empapándonos de agua, me asaltaba ya el presentimiento de la catástrofe de marras, en época que con igual imprudencia me eché a navegar con el ingeniero Frick, a bordo de otro tronco parecido al mio; cuando cojido este último al traves por una de las furiosas olas que el viento levanta con tanta frecuencia en la laguna de Llanquihue, dimos en sus frias aguas la mas peligrosa de todas las zabullidas! Pasada la primera impresion que el frio i el espanto me causaran, no quedó mas recurso que tirar a alcanzar, a fuerza de brazos, a la vecina playa; por que pensar en asirse de la volcada canoa que se alzaba i bajaba con la mayor violencia, hubiera sido esponerse a ser aturdido por ella. Llegué a tierra donde casi desfallecido me arrojó la ola; pero solo! Mis pobres indios no sabian nadar! ¡Que noche aquella! De lo demas que voi a referir solo tuve noticia en el pueblo de Osorno, siete dias despues de esta desgracia.

Contáronme mis compañeros que alarmados con mi ausencia, con la relación de mi imprudente salida contada por los dos indijenas que dejé en mi alojamiento, i con el mal estado de las aguas de la laguna, despues de hacer fogatas i de disparar tiros toda aquella angustiada noche, echaron a andar con la primera claridad del dia, rumbo al oeste, abriéndose a fuerza de machete paso por entre la enramada i oscura orilla de la playa, hasta que me encontraron tendido i como muerto al pié de un ribazo sobre la arena. Trasladáronme aquellos buenos i solícitos amigos, a fuerza de hombros, sobre una improvisada camilla que con sus propias ropas me hicieron, al pueblo de Osorno, donde, segun me dicen, se calmó el violento delirio que me agitaba; i si aun vivo, no solo lo debo a mis pobres alemanes, sino tambien al incomparable i solícito empeño del señor Dr. Juan Renous que no se apartó de mi lecho hasta verme restablecido.

Cuando esta desgracia ocurría, quien lo creyera! los enemigos del progreso acechando en la culta Santiago, los momentos de calumnias, para probar las desventajas de la inmigracion extranjera, acusaban al Ajente de estar celebrando bacanales orjias con mujeres desnudas, a fuer de mason, hasta en lugares sagrados! Pero éste no es el lugar que

asigno al relato de esta inconcebible aberracion del fanatismo estúpido i quasi siempre mal intencionado.

Restablecida mi salud en el pueblo de Valdivia, volvi con nuevo entusiasmo a mi interrumpida tarea.

Dos graves dudas se oponian desde luego a la realizacion del proyecto de establecer colonias en tan apartados lugares: era la primera, si los canales setentrionales del archipiélago de Ancud se prestaban o no a la fácil i segura navegacion de embarcaciones de gran calado, i la segunda, si, vencida esta dificultad, se encontraria o no en el Golfo o seno del Reloncavi, un puerto seguro que no distase mucho de los terrenos que debian poblarse. Puede deducirse la poca luz que me dieron los muchos informes que recoji sobre uno i otro punto, del tenor de las clausulas 2.^a, 3.^a, 4.^a, i 7.^a de las instrucciones que di por escrito al comandante de la *Janaqueo* D. Buenaventura Martinez, cuando recibí orden de practicar la esploracion de los canales i la del seno de Reloncavi; dicen así.

2.^a Llegado a San Carlos de Ancud, se pondrá en comunicacion con el señor intendente de aquella provincia, i despues de haber practicado cuantas diligencias juzgare necesarias para la adquisicion de datos sobre los canales que deben guiarlo hasta el seno del Reloncavi, tomará a su bordo el mejor i mas acreditado práctico de aquellas agnas, i dará principio a la esploracion con toda la cautela que su prudencia le dictare.

3.^a No serán inconvenientes la demora i la lentitud, lo que se requiere es el acierto.

4.^a El señor comandante no aventurará la goleta en peligros conocidos, pero tampoco cediendo al influjo de simples informes, dejará de acometerlos i, solo desistirá de continuar en su propósito, cuando la evidencia lo persuada, que con su insistencia, espone la vida de sus marinos.

7.^a Por punto jeneral, el señor comandante no debe perder un momento de vista que, del feliz resultado de la espedicion que se confia a su celo i su patriotismo, pende el futuro bienestar de las colonias del sur de la República, i que la hora de haberla emprendido refluirá sobre él i sobre sus intrépidos marinos.

Marchaban así las cosas cuando un conjunto de accidentes, mui comunes en todas partes, pero rarísimos en Valdivia, vinieron a poner en duro peligro el crédito de que comenzaba a gozar esta provincia en el extranjero.

En la Union se habian perpetrado actos brutales de violencia contra la honra de la esposa de un inmigrado recién avecindado en aquel lugar.

En Osorno un cadáver alemán enterrado con imprudencia, con sus anillos de oro, habia sido exhumado i espuesto a la voracidad de los perros; i para remate de desgracias, en Valdivia un excelente jóven alemán que acababa de construir una de las primeras i mas cómodas casas, de las muchas que la actividad alemana levantaba en estos despoblados, i que habia además mandado a Europa por sus padres i su prometida, fué asesinado a martillazos por uno de sus mejores peones, en el momento mismo en que recibia un adelanto de dinero que habia pedido a su amo.

Llegaron a mi noticia tan inoportunos acontecimientos juntos con una carta cuyo contesto copio:

«¡Alto nacido!

«Si todos los chilenos fuesen como usted, Valdivia seria para nosotros un verdadero paraíso; pero desgraciadamente no es así. En la »Union violan nuestras esposas, en Valdivia nos asesinan, i en Osorno »ni aun el descanso del sepulcro nos es permitido, pues se exhuman nuestros cadáveres para que sean pasto de los perros!»

Como no se requiere mucho esfuerzo de imaginacion para deducir qué efecto podria producir en Alemania, sobre el ánimo del que se proponia partir para Chile una carta tan concisa, cuanto dolorosa; no perdoné sacrificios ni delijencias para evitar que tales noticias llegasen sin compensacion a su destino; i mientras se daban pasos para el inmediato castigo de semejantes crímenes, previendo que las primeras cartas que se escribiesen debian de ir precisamente colmadas de desaliento, hice circular que habia proporcion directa para Hamburgo, i que esperaba se me entregasen sin pérdida de tiempo las cartas que se quisiesen escribir. Hiciéronlo así, i un voluminoso paquete de comunicaciones pasó de manos de mis consternados hijos, porque me daban el título de padre, al cajon de una de mis cómodas donde lo dejé esperando mas oportuna ocasion para remitirlo a su destino.

No tardó ésta en presentarse; el asesino preso i convicto fué en el acto condenado a muerte; el violador resultó ser alemán, i los autores de la exhumacion, unos despreciables indijenas, que sin otro objeto que el de hacerse de un anillo de oro, habian, a hurto de las autoridades, cometido aquel torpe desacato.

La vuelta de la expedicion al seno de Reloncaví, el feliz éxito que

coronó esa exploracion, i la esperanza del pronto repartimiento de los afamados terrenos del interior que estaban tan inmediatos al mar, como el mismo Valdivia, volvió el contento a los desconsolados alemanes, los cuales sabiendo por mí que había otra proporcion para escribir por vía directa a Hamburgo, escribieron llamando entusiasmados a su deudos! No deseaba yo otra cosa. Uní estas cartas de aleluyas, a las lacrimosas que aun tenia reclusas en mi cómoda, i di con todas ellas juntas en la balija del correo.

El celoso camandante de la *Janequeo* habia, en efecto, desempeñado el cargo que le fué confiado con sumo tino i singular fortuna. Resultaba de su exploracion que el canal de Chacao i sus tributarios, al traves de los cuales suben i bajan las mareas, que por la parte del poniente acrecen i disminuyen las aguas del seno de Reloncaví, podian ser navegados sin peligro atendible por embarcaciones de gran calado; que el seno de Reloncaví, al abrigo de todos los vientos del Norte, era un mar tranquilo, llano i sin peligros ocultos, i que en la rejion O de su término setentrional, se encontraba, al abrigo de la pintoresca isla de Tenglu, uno de los mas seguros puertos de los infinitos que bañan las aguas de los archipiélagos de Ancud i de Guaitecas. Con este puerto, que llamé entónces Callenel, por ser éste el nombre del lugar i que, segun el mapa del alférez de fragata don José de la Moraleda, publicado en 1792, parecia estar como a cinco leguas de la márjen austral de la laguna Purailla o Llanquihue, no solo se salvaba las principales dificultades que, hasta entónces se habian opuesto a utilizar aquellos despoblados en beneficio de un establecimiento colonial, sino que se abria a la esportacion de los frutos del rico departamento de Osorno, el fácil i provechoso espendio de que hasta entónces habian carecido.

En efecto, mis repetidos viajes al interior i los activísimos trabajos de los ingenieros que el Gobierno habia puesto a mi disposicion, no tardaron en evidenciar: que un camino de 21,570 metros entre el mar i la laguna, al traves de la espesa ceja de bosques que separaba estas dos aguas, i otro de 48,804, entre el Norte de la Laguna i Osorno, bastarian, el primero para poner en mediato contacto con el puerto todos los productos del vasto perimetro del lago, i el segundo, los del rico i aislado departamento de Osorno con los puertos de éste.

Aclarada esta duda, solo faltaba que el trabajo i la actividad llevarsen a efecto tan primordiales obras, i para no dejarlas de la mano un solo instante, despues de hacer medir i repartir entre algunos inmigrados

los terrenos fiscales de que pude disponer en los contornos de Osorno ; de la Unión, acompañado de un ingeniero i varios obreros alemanes, me embarqué en el Corral de donde me di a la vela en demanda de ese salvador Callenel, base de mis futuros trabajos i primer asiento de la proyectada colonia de Llanquihue.



CAPITULO XXII.

Colonia de Llanquihue.—Sus primeros pasos.—Sus enemigos.—Prision de vice-ajente de Colonizacion.—Progresos.

Contrasta en Chile el clima de las rejiones setentrionales con el de las del sur. En aquella daña la suma sequedad, en estas el exceso de lo contrario. Los caminos en el norte son las arterias de comunicacion; en el sur, el álveo de los rios o de los canales. No es de admirar que asi como el norte es patria del hombre que nace i muere a caballo, como vulgarmente decimos, el sur lo sea la de los mas robustos i arrojados marinos.

Nada mas hermosa, fácil i segura que la navegacion de los canales que median entre San Carlos de Chiloé i las tranquilas aguas del Callenel: anchura grande, fondo sobrado para toda clase de embarcaciones, mareas arregladas, puertos a cada paso o mas bien dicho, un solo puerto continuado donde no hai mas que soltar el ancla para estar seguro. Solo se encuentra en el canal de Chacao una sola roca amenazadora en el paso Junta Remolinos; pero como está a la vista, i media entre ella i la costa un espacio de 12 cuádras, no ofrece peligro alguno.

Quien navega por primera vez en estos canales i sus adyacentes, no puede persuadirse de que aquellas angostas i tranquilas vías de agua, sean brazos de mar, sino profundos rios navegables sujetos a la influencia directa de la mareas. Las pintorescas islas que estrechan, ensanchan o prolongan esos canales, se asemejan a colosales copas de árboles sumerjidas hasta la mitad en las profundidades de las aguas. Altos i apiñados son los bosques que las cobijan, i solo descubre el viajero en el perimetro de todas ellas, aisladas chozas, tal cual imperfecto sembrado i una que otra embarcacion menor para facilitar el contacto entre los isleños de aquellos húmedos lugares.

Admira la situación de la aldea de Calbuco, capital del departamento del mismo nombre. Los españoles que nunca buscaron, para la fundación de sus ciudades, lugares accesibles al comercio i a la industria, sino lugares fortalecidos por la naturaleza, eligieron para fundar a Calbuco una mezquina isleta, separada del continente por un brazo de mar que mas parece foso que otra cosa.

Este lugarejo, lleno de desgüeño i de pobreza, era lo primero que, despues de pasar la peligrosa garganta de Puruñun, ofrecia la mano del hombre a la vista del viajero, asombrado de encontrar tanta miseria en medio de tan rica naturaleza. Dejando atras este pueblo, que solo prolongaba su existencia, por residir en él los sub-ajentes de los espeditores de maderas de San Carlos, los cuales recibian i acopiaban a toda intemperie en él las tablas que producian los alerces de la costa oriental del seno de Roloncavi, se entra en la hermosa bahía del mismo nombre, tan semejante a una laguna sin salida por la configuracion del terreno que la rodea al norte, al oriente i al poniente, i por las pintorescas islas que parecen cerrar al lado del sur el paso a las aguas del océano.

Fué éste el seno que divisé desde las faldas del Osorno despues de recorrer los campos incendiados del Chanchan, i su proximidad a la laguna de Llanquihue, el motivo de las felices exploraciones que me indujeron a colocar sobre sus playas el primer asiento de la proyectada colonia.

Solo me debo congratulaciones por el resultado de mi prolijo estudio sobre la importancia de esta interesante bahía. En el norte de ella i bajo el nombre de Callenel, territorio del silencioso Melipulli, habia colocado el acaso uno de los mas seguros i cómodos puertos que posee la República.

La próvida naturaleza al formar ese surjidero, parece que se hubiese esmerado en dotarle de todas aquellas ventajas que solo obtiene la mano del hombre en otros puertos a fuerza de tiempo i de supremos sacrificios. A la imperturbable tranquilidad de sus aguas, abrigadas contra todos los vientos del compas, reúne la inapreciable comodidad de ser un dique natural que en las épocas zizijiales de cada mes, vacia sus aguas, i daja suavemente a descubierto las mas poderosas quillas, así como seis horas despues, las sumerje, las alza i pone a flote sin el menor vaiven.

Este importante lugar, colocado en el punto preciso donde debia de iniciarse el primer trabajo colonial, fué designado como centro i punto

de partida permanente para las operaciones subsiguientes. La poderosa selva que lo cubria en su totalidad, no dejaba al pié del hombre mas lugar donde detenerse, que la estrecha zona de pedruscos i arenas que dejaba libre, dos veces al dia, el reflujo del mar. El hacha i el fuego franquearon pronto asiento a un mal galpon, i no fué otra la primera piedra que en 1852 sirvió de base al hermoso edificio que miran con patriótica emocion cuantos, conociendo lo que aquello fué, tienen ocasion de ver lo que es ahora.

A ese solitario e imprevísado asilo, que el mar estrechaba por un lado i un imponente bosque con su fangosa base por el otro, fueron conducidos sin mas esperar, los inmigrados que yacian apilados en las húmedas casas-matas de los castillos del Corral, i otros mas que en aquellos momentos llegaron de Hamburgo.

El censo de estos primeros pobladores, aunque reducido, merece consignarse aquí; constaba de 44 matrimonios i su composicion era la siguiente:

Hombres casados.....	44
Mujeres casadas.....	43
Hombres solteros.....	14
Mujeres solteras.....	8
Hombres de 1 a 10 años.....	31
Mujeres de 1 a 10 id.....	28
Hombres de 10 a 15 id.....	24
Mujeres de 10 a 15 id.....	20
Total.....	212

Todavía recuerdan con agradecimiento estos primeros inmigrados, la jenerosa i fraternal recepcion que, al pasar por San Carlos, les hicieron los entusiastas habitantes de aquel pueblo.

El comercio envió embarcaciones para desembarcarlos; el señor Intendente i las demas autoridades salieron a recibirlos a la playa, i la respetable señora Alvaradejo, esposa de Sanchez, ambos de las mas consideradas familias de Ancud, franquearon su hermosa casa de campo, en donde a su vista i bajo la vijilante i delicada hospitalidad del bello sexo de la capital de las islas, se festejó a los enflaquecidos pasajeros con una opipara comida. Fué ésta una demostracion necesaria; necesitaban aque-

llos espatriados voluntarios algo con que retemplar su casi perdida esperanza de poder hacer algo en Chile; así fué que, llenos de nuevos ánimos, llegaron al día siguiente a Callenel, donde tomaron alegres posesion del poco envidiable asilo que se les tenia preparado.

Llenos de privaciones i espuestos, hora a hora, a la inclemencia de su clima, que solo la paulatina destruccion de los bosques ha podido modificar despues, fueron los primeros colonos un ejemplo de lo que puede el hombre que lucha contra la naturaleza, cuando le asiste la fe en el porvenir, i le sostienen los naturales atributos de ella, el trabajo i la abnegacion.

Poner en aquellos lugares una cuadra de tierra en estado de cultivo, parecia, en efecto, empresa mui superior a la fuerza de los medios empleados para conseguirlo. Hallábase todo aquel vasto territorio cubierto de espesimas selvas, las cuales desde las nieves eternas de los Andes, parecian desprenderse i marchar sin interrupcion hasta las mismas aguas del mar. Allí crecian i se alimentaban aquellos colosos de nuestra vejetacion de cuyos rectos troncos aun se sacan mas de dos mil tablas¹; allí los árboles seculares invadian el dominio de las aguas, hundiendo en ellas sus robustas raices, las cuales aparecian en los reflujos cubiertas de zargazas i de mariscos, sin que la sal marina menoscabase en nada la fuerza de su vejetacion; allí los espinosos matorrales i tupidas quilas envueltas i estrechadas contra los troncos por los retorcidos cables de las flexibles lardizábalas, interceptaban hasta la luz del sol, i el piso húmedo i fangoso que los sostenia, se ocultaba bajo un hacinamiento impenetrable de tróncos superpuestos i en descomposicion. El fuego mismo en aquellas humedades permanentes, perdía mucho de su carácter destructor.

No hai en esta descripcion del bosque del litoral marítimo de Melipulli nada de exajerado, i pudiera aplicarse con sólo la mudanza de nombres, a cualquier otro punto de aquellos lugares donde no haya dejado aun rastros el hacha.

La relacion de uno de los muchos dolorosos episodios que surjieron en los primeros pasos que dió la colonia en medio de estas selvas, espresará mejor que toda otra clase de descripciones, lo que eran en aquel entónces esos lugares donde ni las aves podian penetrar, i que cuando

1 El alerce, este poderoso vejetal, sobre el cual mas es lo que destroza el hacha que lo que de él aprovecha, ha sido por muchos años i lo es todavía, la fuente de riqueza de mas precio de aquellos lugares.

llegaban a conseguirlo, no hallaban tierra donde posarse, porque ésta se encontraba de uno a seis metros de hondura, bajo una aparente superficie formada por restos de vegetales hacinados i en continua descomposicion.

Fatigados los colonos, que habian sido trasladados de las casas matas del castillo del Corral a Llanquihue, de la enojosa situacion en que se hallaban, pues por falta de caminos, aun no habia sido posible repartirlos en sus respectivas hijuelas, apénas vieron volver los primeros exploradores que acababan de abrir a hachuela i machete una tortuosa i mui estrecha senda entre el puerto i la laguna de Llanquihue, cuando solicitaron del Ajente permiso para recorrerla. Salió éste en persona con treita i dos de los mas animosos, i un instante despues, marchando de uno en uno, desaparecieron todos en aquella senda que pudiera llamarse oscuro socayon de cinco leguas, practicado al traves de una húmeda i espesísima enramada, cuya base fangosa se componia de raices, troncos i hojas a medio podrir. A cada rato se hacia alto para poderse contar; pues, como las ramazones que apartaba con esfuerzo el de adelante, se cerraban al momento tras de él, parecia que cada uno marchaba solo por aquella selva. A la media hora de una marcha mui fatigosa, al practicar nueva cuenta en un descanso, se notó, con sorpresa primero, i despues con espanto, que faltaban dos padres de familia, Lincke i Andres Wehle! Se les llamó, se hizo varias veces fuego con las armas que llevábamos, se mandó volver atras para ver si a lo largo del sendero se encontraba algun rastro de desvio para socorrer a aquellos desventurados. En vano fué el mandar comisiones de hijos del pais, halagados con ofrecimientos, en vano el disparar con frecuencia el cañon del *Meteoro*, todo fué inútil, aquellos dos desgraciados habian desaparecido para siempre!

Dieziseite años despues he encontrado en el risueño i pintoresco Puerto Montt a un jóven de 26 años que venia de Copiapó a recojer los bienes que dejó su padre Andres Wehle, perdido en las selvas i muerto de hambre i de desesperacion con su compañero Lincke en los primeros dias de la fundacion de la colonia!

Cuando se zanjaron los cimientos de ésta, aquellas rejiones eran aun la viva imájen de lo que fueron dieziseis años ántes, ni podian por consiguiente ser descritas de distinto modo del que lo fueron en aquella épo-

ca por los ilustres viajeros ingleses, quienes, por orden de su gobierno, exploraban nuestras costas¹.

Fué tal la desfavorable impresion que causó en el ánimo de estos activos exploradores el aspecto de aquellas inhospitalarias i sombrías costas que al describirlas, juzgaron oportuno hacerlo con letra bastardilla, creyendo talvez que solo así se daría por el lector el carácter terminante que ellos mismos daban a su inapelable fallo. Su descripción, en efecto, basta para escluir de la imaginación hasta la futura esperanza de utilizar aquellos desiertos en obsequio de la humanidad.

Oigámosles por un momento:

«Mucho se asemeja la Patagonia Occidental a lo peor que puede encontrarse en la Tierra del Fuego... Cada pulgada de tierra, cada árbol, cada matorral es una esponja saturada de agua... Es probable que de los doce meses de que consta el año solo puedan contarse diez días libres de nevazones i de aguaceros, i jamás se contarán treinta en que no se esperimenten vientos huracanados... Puede decirse, en verdad, que al sur de Chile no se encuentra *un solo* lugar donde el hombre civilizado pueda establecerse... El clima de Valdivia es de todo punto igual al de Chiloé, lo que de seguro, por regla jeneral, es un obstáculo para la cultura de aquellos campos.» Se ve, pues, que la reprobación la estienden aquellos ilustres marinos hasta el mismo Valdivia.

Hombres a quienes el barro i las lluvias espantaban, ¿qué podían informar del lugar de los barroes i de las lluvias? Solo un labriego al examinar un reciente sembrado, que, para un neófito no es mas que árboles i pastos destrozados i suelos removidos, exhibiendo sus áridos terrones, descubre en medio de ese aparente destrozo la simiente que, pocos meses despues, ha de trasformar aquello en un alfombrado de doradas mieses. Para emitir juicios acertados sobre empresas materiales que exigen una acción personal, fuerte i constante; para mirar de frente a una imponente dificultad; para sufrir el hambre, el cansancio, las inclemencias atmosféricas; para despreciar el dolor, el peligro i calcular, en medio de él, las futuras conveniencias de los lugares que se examinan, no se han hecho los tímidos corazones.

He hecho estas breves indicaciones sobre juicios precipitados, porque no fueron ellos los que ménos mal hicieron a la colonia en sus pri-

¹ Sketch of the surveying of his majesti's ships Aventure and Beagle 1836 Journal of the Royal Geographical Society of London.

meros pasos. Contra este inocente, i como ningun otro útil establecimiento, se habian conjurado los mas estravagantes enemigos. Las autoridades de las vecinas provincias, contajadas por el odio infundado que muchos de sus vecinos alimentaban contra los extranjeros, contrariaban a cada paso la marcha del ajente de la colonizacion en sus respectivos territorios. El fantasma de los terrenos fiscales alzó tambien en Llanquihue su inoportuna i descarada cabeza; i todos los terrenos proclamaron dueños tambien alli. Cuando la prensa se ocupaba de ella, no era mas que por llenar vacíos o por satisfacer agravios. Mui pocos periodistas sabian donde estaba la colonia, sin dejar por esto de ocuparse de ella, i de criticar su situacion, haciendo una lastimosa confusion entre Valdivia i Llanquihue i aun entre el significado de las palabras emigracion, inmigracion i colonizacion, que lastimosamente confundian, lo que me obligó a escribir la memoria que sobre estas tres voces dediqué a don Antonio Varas en diciembre de 1854. Hubo remitidos que haciendo al Gobierno cargos por las *injentes* sumas que se malbarataban en un establecimiento como ese, esclamaban llenos de estúpida suficiencia: ¿cuál era el provecho que el pais sacaba de la colonia? i esto era repetido hasta en conversaciones. Al niño en mantillas le criticaban porque no podia aun pagar la leche con que se le amantaba! Para qué recordar los cargos que forjaban a una el capricho i la estúpida ignorancia, para llenar las no siempre bien intencionadas columnas del *Mercurio* i de la *Revista Católica*? La politica por un lado, el sórdido interes por otro, i la razon en parte alguna, hicieron hacer al primero en su número 8001, atropellados i supuestos cargos contra las ventajas de la inmigracion, para propagar con ellos el descrédito del Gobierno que la fomentaba. La segunda por el mal entendido interes de secta, i por el de material conveniencia, pulsaba con ardor la misma cuerda, no dejando ambas para conseguir su objeto, de acojer con estraña fruicion en sus columnas, cuantos remitidos les enviaban del sur los detentadores de los terrenos fiscales.

¶ Pero esos enemigos no bastaban, era preciso que entrase en linea el negro fanatismo que, para vergüenza de la humanidad, campea aun en el siglo en que vivimos. Este implacable enemigo del progreso i de cuanto encierra de divino el corazon humano, no tardó en encontrar en un ministro de justicia, para quien el hábito hacia al monje, i en un decano universitario, de estos que llaman pasados por agua los españoles, los instrumentos que necesitaban para hostilizar a la colonia.

Por poco grato que me sea, como chileno, traer a la memoria estos hechos, fuerza es consignarlos aquí, para que se vea cuán en ménos se miraba entónces la inmigración, i con cuánto desembarazo se adoptaban las medidas mas inconsultas con tal que ellas fuesen encaminadas en su daño.

Habia en los terrenos de una antigua i abandonada Mision, un manzanar como los hai a cada paso en medio de los bosques de Valdivia. Pasaba el camino público por el manzanar, los pasajeros alojaban bajo los árboles, i los animales en que cabalgaban, para mayor seguridad los encerraban en un corral de altos estacones, que, segun lo decia la tradicion, habian servido de paredes a la primitiva iglesia misional. Como terreno que nadie disputaba al fisco, fué aquel lugar distribuido en pequeñas hijuelas a varias familias de inmigrados, i para que éstas, mientras se instalaban, fuesen ménos molestadas por las lluvias, tuvo el ajente la desgraciada idea de hacer enderezar los estacones, de echar sobre ellos un techo de tablas i de convertir aquel asilo de animales en asilo de racionales.

El cura no podia conformarse con la pérdida de sus manzanas, pues las tenia como gajes naturales del contrato, i para recobrarlas hizo que algunos indios se presentasen pidiendo o el restablecimiento de la mision, o la devolucion de los terrenos que sus antepasados habian cedido para ella. ¿Qué antepasados eran esos ni qué herederos eran éstos? Nadie podia adivinarlo; pero, para qué pararse en pelillos. Maniobra era esta que todos los dias se repetia para dar supuestos dueños a terrenos que querian adquirir positivos compradores. Salió, pues, de Valdivia una comision de indios bien aleccionada, i se presentó contra el Ajente al Ministro de Justicia, quien, sea dicho de paso, tal era el cariño que tenia a la inmigración, que sin pedir informe ni siquiera calcular el alcance de una inconsulta resolución, dictó para el ajente una orden parecida a ésta: Por mui importante que sea la colonización, usted procederá inmediatamente a devolver a los indios los terrenos de la Mision de Cuyunco indebidamente repartidos a las familias alemanas!

Ya tenian esas familias sus casitas i muchos trabajos principiados en sus hijuelas, ya habian escrito a Europa mandando los planos de ellas i llamando a sus deudos i a sus amigos. ¿A dónde hubieran ido a parar el crédito i la seriedad de los ofrecimientos del Gobierno, sino hubiera espresado el Ajente el propósito de desobedecer orden tan inconsulta?

Si esto hacían las autoridades superiores, ¿que cosa habría reservada para las subalternas, siempre que el provecho les hacía intervenir en los asuntos de la colonia? Ya pues, amparaban detenciones de terrenos, haciéndolos devolver a supuestos dueños, ya la privaban con necios pretestos del euganche de peones para el trabajo de los caminos sin cuya existencia no podía llevarse a cabo ningún repartimiento de propiedades, o ya reclamaban de atropellos de supuesta jurisdicción, sin tener para nada en cuenta el supremo decreto de 27 de junio de 1853 que sometió el territorio colonial a un régimen especialísimo bajo la dependencia inmediata del Presidente de la República i no de otra alguna. El Ajente del Gobierno en la colonia, desempeñaba las veces de gobernador en ella, i los subdelegados e inspectores del distrito colonial, eran nombrados por él con la sola aprobación del Presidente.

Escuso repetir el porqué de tan plebeya hostilidad i de especificar los actos que de ella emanaban, para limitarme a referir un solo hecho que da la medida de la enormidad de los demas.

Llamáronme asuntos del servicio a la capital i al ausentarme, despues de darle a reconocer a las autoridades chilotas, dejé haciendo mis veces en la colonia, a don Santiago Foltz, inmigrado idóneo, prudente i entusiasta por el adelanto de lo que él llamaba con encanto, su nueva patria. Júzguese de mi sorpresa, cuando a mi regreso, me encuentro con la colonia abandonada; con los miseros colonos desenterrando las papas que habían sembrado para no perecer de hambre, i con mi representante detenido preso como un criminal en la inmunda cárcel de Calbuco!

Hé aquí lo que había ocurrido; el Gobernador de esa aldea que especulaba en tablas como tantos otros, había *ordenado* al Ajente interino que le remitiese presos a los tableros que por trabajar en los caminos de la colonia, no cumplían con los contratos que habían celebrado en Calbuco. Foltz contestó que en la colonia había jueces, i que sin el fallo de estos, no consentiría que se atropellase a unos camineros contratados por mí i que tantísima falta hacían donde estaban. Furioso el Gobernador con esta negativa, señaló al mismo Foltz un plazo perentorio para ponerse en su presencia, i como ni esto pudo conseguir, le mandó arrestar con soldados i le encerró en la cárcel de Calbuco. Semejante atentado no sería creíble sino tuviese yo en mi poder, como tengo para atestiguar cosas increíbles, un documento parecido a este que al pié de la letra copio.

Calbuco, setiembre 1.º de 1853.

El inspector Toribio Pozo en el momento que reciba esta orden, le ordenará al alemán Santiago Foltz que se embarque en la balandra que al efecto mando para traerlo, i si no quisiere obedecer o tratare de resistirle, léale Ud. esta orden a presencia de testigos i amonéstelo a que obedezca, pero si persistiese en no obedecer, entónces con la jente que mando i Ud. mismo, procedan a tomarlo por fuerza i embarcarlo amarrado. *Agale* saber allí que el gasto de traerlo tiene que pagarlo aquí. —Firmado.—*Ricardes.*

Pero esto no bastaba, el ataque contra la colonia no debia provenir solo de autoridades mal aconsejadas, era preciso que el graznido de la calumnia surjiese del seno mismo de una corporacion creada para dirigir la educacion i fomentar la moralidad; i el empeño consiguió su propósito.

Es la naturaleza tan amiga de contrastes que, hasta en esa aduana del saber que lleva entre nosotros, el nombre de Universidad, para hacer creer con él que no hai cosa que no sepa, tuvo la malicia de colocar al lado de todo un Bello a todo un grandisimo... inocente que acordándose que habia alcanzado a ser hasta decano, se le ocurrió, el dia que ménos se esperaba, desarrollar ante los ojos de aquel docto cuerpo un cuadro tan tétrico i lacrimoso del estado en que la colonia estaba poniendo al pais, que, espantados los sabios, elevaron al momento lo que ocurría al conocimiento del Ministro de Instruccion Pública, de Culto i de Justicia. Decíase en aquel espantable papelote, que la propaganda protestante todo lo estaba invadiendo, que eran protestantes los profesores de las escuelas, protestantes los seductores de las mujeres, i protector de protestantes el Ajente que, a fuer de mason, el dia de San Juan Bautista, profanó templos con escandalosas orjías! i concluía con un pliego entero de reflexiones, de las cuales copio los primeros renglones que dicen así: «A vista de estos acontecimientos, con cuánta razon temian los buenos ciudadanos la fundacion de esta colonia, i con cuánta justicia pronosticaban i lamentaban en su corazon estos i otros males, etc., etc.»

Con la lectura de semejante documento ¿qué idea se formarían de nosotros los estranjeros? i qué idea se formarían los que estos renglones leyeren de la veracidad con que se atacaba la colonia, cuando sepan

que el día de San Juan Bautista, elegido por el calumniador para denigrar la conducta del Ajente, ese mismo día, sufría ese pobre funcionario, postrado en una cama, las crueles consecuencias de un nuevo naufragio en el cual cuasi había perecido, por buscar para la inmigración terrenos que, por la distancia i por la ausencia de manzanares, estuviesen fuera del entrometimiento de los detentadores, de los curas i de los decanos de las Universidades!

No todo, sin embargo, flaba motivos para desesperar. Montt i Varas velaron sobre la suerte de la colonia, i con semejantes custodios era imposible no llegar con ella a feliz término.

Inauguróse la colonia de Llanquihue el 12 de febrero de 1853, día elegido por el Ajente para agregar un grano mas de arena a la base del hermoso monumento de gloria que ese día simboliza entre nosotros; i al trazar los cimientos de la población que debía servir de centro a este establecimiento colonial, se le dió el nombre de Puerto Montt, leve homenaje que tributaban los fundadores de ese pueblo a la memoria del autor de la lei de 18 de noviembre de 1845, llamado entonces por los pueblos a ponerla él mismo en ejecucion.

Hai en Chile, como legado español, la incalificable mania de dar el mismo nombre a multitud de cosas diferentes: así se dice, provincia de Aconcagua, rio Aconcagua; provincia de Santiago, ciudad de Santiago; provincia de Valdivia, rio Valdivia, ciudad de Valdivia. Ahora, porque oyeron decir que en el territorio llamado Melipulli existia un pueblo de reciente fundacion, ha de llamársele Melipulli, (aunque semejante denominacion de ciudad no se encuentre en mapa jeográfico ninguno), i no Puerto Montt conocido de tiempo atras hasta en Europa. Melipulli es el nombre de un territorio situado en la costa norte del seno de Reloncavi; Callenel es una seccion de ese territorio, i en Callenel fué donde se echaron los cimientos de ese pueblo cuyo nombre se quiere en vano hacer olvidar. Llámese, pues, Callenel i no Melipulli, si se quiere perpetuar el sistema español, i con él negar al César lo que solo al César pertenece.

Sigamos ahora, por un momento, a la colonia en su marcha. En ese mismo año se repartieron entre los colonos los emboscados campos cuyos frentes al camino pudieron ser medidos; i se declaró, por decreto supremo de 27 de junio de 1853, en territorio de colonización sometido a un régimen especial, aquel que se encontraba comprendido entre la costa setentrional del seno de Reloncavi con algunas de sus islas i los

terrenos incendiados del valle central de Osorno, hasta donde alcanzaban sus árboles carbonizados. Tenia por límites al oriente los Andes, i al poniente líneas imaginarias que pasaban por bosques desiertos e intransitables.

El rigor del invierno de ese mismo año inutilizó todos los trabajos coloniales, i espuso al colono a perecer de hambre.

El invierno de 1854 fué cruel como el anterior, i la feracidad del suelo virjen i recién preparado, inutilizó las siembras de granos ahogándolos el exceso de su propio crecimiento.

En 1855, el Gobierno se vió en la precision de decretar nuevos auxilios para esos desgraciados pobladores, sobre cuyos sembrados se habia batido una plaga de aves que todo lo destruyó.

En 1861, esto es, seis años despues de tan crueles contratiempos, fué tal la importancia que habia alcanzado el territorio de colonizacion con la presencia de ese puñado de inmigrados, que se creyó justo elevarlo al grado de cabecera de provincia, incorporándole para formarla, los antiguos departamentos de Valdivia i Chiloé, Osorno i Carelmapu.

Ya por sí solas estas fechas dicen mucho. Nosotros, sin embargo, no seguiremos a la colonia como seccion política, sino como simple territorio de colonizacion establecido en la provincia de Llanquihue.

La risueña i pintoresca aldea Puerto Montt, nacida tan poco há de entre el fango i las selvas de un lejano despoblado, contrasta con su plenitud de vida, su activa animacion i el contento de sus habitantes, con el mustio silencio, el desgüeño, que son la carcoma de los pueblos prematuramente envejecidos que la rodean.

¿Cuáles pueden ser las causas que han influido en la temprana decrepitud de aquellos pueblos que en otro tiempo merecieron el nombre de importantes? A mi ver, es sencilla la respuesta, los españoles, cuando la conquista, guerreaban i fundaban ciudades al mismo tiempo; i como así proseguian el curso de sus victorias, como volvian atras a favorecer sus primeras poblaciones amagadas por la indiada, es evidente que, para echar los cimientos de sus pueblos, solo atendieran a la importancia estratégica de la plaza, sin cuidar de investigar si aquel lugar quedaba mercantilmente colocado, i mucho ménos si podrian retirarse los destacamentos militares que le daban vida artificial, sin hacer peligrar su existencia. Para nadie es un misterio, en el dia, que hai en el mundo pueblos necesarios i pueblos que no lo son. A esta última clase pertenece un gran número de aquellos que fundaron los españoles en Chile, i

que, destinados a extinguirse pronto, solo deben la prolongacion de su agonía a la costumbre de considerarlos como pueblos necesarios, i a la de estar haciendo en ellos gastos que a nada conducen. Si al motivo de la mala eleccion para fundar un pueblo, me fuera permitido, sin ofender susceptibilidades de raza, agregar algunos otros, me limitaria a indicar, que a nuestra sangre, mas que a otra cosa, debemos achacar todo nuestro desgüeño i nuestro atraso.

Puerto Montt es pueblo necesario, por ser parte de un seguro i cómodo puerto colocado por la mano de la naturaleza en el centro de la gran produccion de los alerces, en el promedio de las costas maritimas de la colonia, i a mui cortas distancias de los centros rurales i fabriles, tanto de ella como del rico departamento de Osorno, que ántes no tenia por donde esportar sus abundantes frutos.

Ocupan los modestos pero cómodos i vistosos edificios de esta improvisada cabecera de provincia, un trazado de ciudad mui superior en bondad al de las demas poblaciones de la República, tanto por la anchura de sus calles i la pequeñez relativa de sus manzanas, cuanto por su perfecto nivel, sus espaciosas veredas, i el asiento asignado a sus edificios públicos; asignacion que consulta, sin dejar sitios vacantes, todas las necesidades futuras de una moderna poblacion. Allí no se ve la inextinguible cárcel ocupando el primer asiento en la plaza principal, mostrando su eterna reja i su asqueroso séquito a los ojos del comerciante i del extranjero. Hai en el pueblo lugares especiales para el soldado i para el castigo; así como los hai para el comercio i para el solaz de sus habitantes. La primera plaza pública que tuvo en Chile jardin fué la de Puerto Montt, i no lucen ciertamente mas en ella los árboles exóticos tan codiciados en el dia, que los vistosos de permanente verde i no comunes flores que han adornado siempre nuestras selvas. Contruye en la actualidad una vasta i hermosa iglesia parroquial, i hai, entre tanto, en actual servicio dos capillas, una católica i otra protestante. El hospital, tambien en ejecucion, llama ya la atencion por lo espacioso i cómodo; i los dos panteones, para católicos uno i el otro para disidentes, a pesar de lo aterrador de sus destinos, constituyen por su situacion i sus adornos, un verdadero paseo. Hácese tambien notar la recova i, mui especialmente, el cuartel de guardias nacionales, que agrega a lo espacioso de su patio i comodidad de sus edificios, un exterior de forma graciosa i esmerada. La escribania, la cárcel, la biblioteca departamental,

cuentan con departamentos propios, así como cuatro escuelas, dos nacionales i dos privadas.

El cómputo que se ha hecho de la población urbana de esta aldea hace alcanzar a 2,500 personas el total de sus moradores; i, sin embargo, cuenta ya con una sociedad orfeónica perfectamente organizada; con un cuerpo de bomberos voluntarios servido con dos bombas, institución que entró con los extranjeros a Llanquihue, sin que fuese necesario para crearla, la presencia de una espantosa hoguera como la de la Compañía, que fué la que creó definitivamente el Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Santiago; i por último, cuenta también con la mas rica biblioteca departamental de la República, establecimiento que debió al Ministro Errázuriz en su memoria de justicia de 1865 este sentido elogio: «Este establecimiento se encuentra en el mas satisfactorio estado de arreglo i de prosperidad, debido al entusiasmo de los vecinos i especialmente al de los alemanes».

Cada casa, por modesta que sea la fortuna de quien la habita, posee, aunque en pequeña escala, todas las comodidades que sabe proporcionarse el europeo; en todas reina el mas prolijo aseo, i, a falta de mejor ornato, no hai una que no exhiba, tras las limpias vidrieras de sus ventanas a la calle, grandes macetas de flores escojidas. Sus amueblados, hechos todos con maderas del pais i por ebanistas de primer orden, son cómodos i lucidos al mismo tiempo. En Puerto Montt no se comprende que pueda nadie edificar, sin designar ante todas cosas, el lugar que puede ocupar el jardín. En todos ellos, alternando con las flores i las legumbres tempraneras, se ven árboles cargados de frutos cuya posibilidad de cultivo solo ahora comienzan a creer realizable los envejecidos moradores de los contornos. Molinos, curtiembres, cervecerías, fábricas de espíritus, excelentes panaderías, artesanos para todos los oficios i, en jeneral, cuantos recursos i comodidades tienen asiento en las grandes ciudades, salvo el teatro i la imprenta, existen en aquella población modelo, que, por un rasgo que le es característico, persigue como crimen la mendicidad.

El aspecto de aquel naciente pueblo, rodeado de colinas limpias i sometidas a un esmerado cultivo; i el recuerdo de lo que fué, dan la medida exacta de lo que debe ser cuando se ve que en tan corto tiempo, aquello que en ménos se tenia, es ya tanto.

Media entre Puerto Montt i la Laguna de Llanquihue, en cuyas pintorescas márgenes tiene la colonia su principal asiento, poco trecho mas

de cuatro leguas, andado de sur a norte. Un costoso i bien sostenido camino carretero atraviesa aquel espacio ocupando el lugar de la fangosa i primitiva senda, donde perecieron los desventurados Wehle i Lincke. Las primeras dos leguas de este trayecto, ya firmemente consolidado, tienen por base una sona de médanos i de tupidas raíces que allí llaman el *Tepual*. En toda esa estension inútil, por ahora, para los trabajos agrícolas, solo llaman la atención del viajero el aspecto lejano de la sombría selva empujada por el hacha i el fuego a mas o ménos distancia del camino; los muchos fantasmones de troncos carbonizados que apenas se sostienen sobre sus descarnadas raíces; los restos esqueletados de los *coihues*, las gigantescas bases de los alerces derribados, cuyas poderosas cepas ni el hacha ni el fuego han logrado aun destruir, i tal cual choza solitaria, punto de acopio de las maderas trabajadas en el interior del bosque i llevadas a hombro hasta ese cargadero. Diciembre, enero, febrero i marzo, época del corte i beneficio de las maderas, llaman también la atención por la multitud de jente que acude a este lugar, desde las islas mas lejanas del archipiélago; todos trabajan a un tiempo, todos descalzos, i todos, mujeres, viejos i niños, cargan a hombro tablas, durmientes i pesadas vigas al lado de las carretas alemanas de cuatro ruedas, que hacen el mismo servicio.

Termina el *Tepual* en el extremo de una larga e improvisada calle de matorrales, llamada *Arrayan*, i abierta entre las corpulentas cepas de una antigua mancha de alerces. Componen el *Arrayan* dos largas hileras de casuchas cuál mas incómoda i de peor aspecto, pobladas por los dependientes de las casas del pueblo, i por los numerosos agentes del comercio de Calbuco i de Ancud, que concurren al cambio de maderas con abundantes mercaderías i sostienen una férria activísima de cambio durante aquellos meses i en aquel singular aduar colocado en medio de una selva. A las primeras aguas del invierno, la jente se dispersa, i queda convertido aquel lugar de bullicio en un despoblado con casas durante ocho meses.

Desde la terminación del *Tepual* i de aquel pequeño poblado para adelante, el campo cambia totalmente de aspecto; dejando atrás la naturaleza en bruto, con toda su imponente soledad, se da principio a la fértil i poblada zona de terrenos que forman el perímetro de la laguna *Llanquihue*.

Al separarse del bosque no puede ménos el viajero de fijar con agradable sorpresa la vista en un singular jardín lleno de vistosas flores i

colocado en el corte transversal de un alerce derribado. El colono alemán saca partido hasta de las mismas dificultades que no puede vencer. En el patio de la casa de uno de ellos, se encontró la gran cepa a que nos referimos; mas tiempo perdía en destruirla que en adornarla, i sin mas esperar, aquel estorbo se convirtió en un caprichosísimo jardín.

Desde allí hasta las limpias aguas del lago, se ven a cada cinco cuadras dos bonitas casas, una frente a la otra, en uno i otro lado del camino. Cinco cuadras es el frente de cada propiedad rural, i cada una constituye con sus edificios habitables, sus graneros, sus establos, jardines, arboledas, potreros i sembrados, máquinas agrícolas, conservatorios i talleres de alguna industria especial, un completo aunque modesto establecimiento agrícola, en el cual muchos de nuestros opulentos hacendados tendrían algo que aprender.

Ciento cuarenta hijuelas de cien cuadras cada una i diez i ocho de a cincuenta, rodean el norte, parte del sur i todo el poniente del hermoso lago de Llanquihue, que, bajo una forma bastante regular, cuenta como cuarenta leguas de circunferencia; i en las fértiles márjenes del Chamiza, cuyos caprichosos bajos se prolongan mas de una legua mar a dentro, se encuentran también, de cinco en cinco cuadras, quince preciosas hijuelas cuyos embarcaderos fluviales los tienen en las mismas casas.

Cada uno de los predios rústicos de la colonia solo se distingue de los demas en el ejercicio de alguna industria nueva, a la cual se presta la naturaleza del suelo, o en el grado de riqueza o de saber del colono que lo posee.

Así, en Puerto Octai (Muñoz Gamero¹) se cultivan con preferencia la linaza i el nabo para convertirse en aceites que ya se esportan para Valparaíso; en el oriente se observan trabajos de cebada perla con sus

1. No he podido atinar con el significado ni la oportunidad del nombre *Octai*, que sustituye ahora al de Muñoz Gamero, nombre que existe en documentos oficiales desde los primeros tiempos de la colonia. A ese malogrado i benemérito marino chileno, debemos los planos hidrográficos de las lagunas Llanquihue i Esmeralda, a él, por las ideas que comunicó al Ajente de la colonización, se debe el empeño tenaz de aquel empleado en franquear el camino del puerto a la laguna, camino que dió a la colonia miles de cuadras de excelente suelo. Puerto Octai, cuando fué elegido por el Ajente como punto preciso de recalada para las embarcaciones que servían de puente entre el norte i el sur de la laguna, no tenía nombre ninguno, como tampoco lo tenía ni la misma costa donde se encontraba. La reciente catástrofe de Magallanes i el recuerdo de los servicios por él prestados, hizo que el Ajente diese a conocer aquel pequeño i pintoresco puerto con el nombre del malogrado jefe.

máquinas correspondientes; en el Chamiza fábricas de tejidos de lino puro i mezclas con algodón o cáñamo; aquí se activa el cultivo de la papa para su conversion en aguardiente; allí se construyen molinos harineros o batanes para cáscaras taninas, i en todas partes, junto con el movimiento industrial, observa con gusto el que aquello recorre, el contento i el bienestar.

Existen ya limpias de troncos i de cepas i sometidas a un intelijente cultivo 1,444 cuadras, no debiendo perderse de vista para apreciar este trabajo, que solo en 1856 comenzaron a llegar algunos emigrados a engrosar el número reducido de fundadores; i que cuesta mas tiempo i dinero poner una de esas cuadras de suelo enmontado en estado de cultivo, que comprarlas a precios subidos en el norte de la República desde Molina hasta Carelmapu¹.

En 1858 ya la colonia comenzaba a satisfacer con sus productos sus propias necesidades, i con todo que el número de pobladores de todas edades i sexos alcanzaba solo a 789, pudieron presentar 230 cuadras en estado de cultivo.

De colonias agrícolas de tan reducida poblacion como la nuestra, poco hai, sin duda, que exigir en materias de industrias; sin embargo, ese poco que puede exigirse de ella i que existe ya, está llamado, por el acierto incuestionable de su principio, a llenar un vacío mui notable al lado del que han sabido llenar en la industria chilena, la vid, la abeja i el gusano de seda.

Estas industrias, todas nuevas i miradas en su orijen con el sarcástico desprecio con el que mira lo que no comprende la satisfecha ignorancia, han alcanzado lo que pocos se imaginaban que alcanzasen. Hemos visto, con justo orgullo, que la primera concurrió con sus productos al país mismo de los viñedos, i que obtuvo en él el premio debido a su perfeccion; que la segunda, no solo ha escludido del comercio de importacion las ceras i las mieles, sino que ha ido con las naciones, a disputar el mercado en bondad i en baratura hasta en la casa misma de sus antiguos proveedores; i por último, que a causa del interés de la seda, se vean obligados los cericicólos a buscar a los chilenos para obtener de estos la excelente semilla de gusano que está rejenerando en el día la mala calidad de la europea.

El cultivo de la linaza i el planteo de las industrias que de ella se

1. El jornal del peon nunca baja de cincuenta centavos i muchas veces llega a 75.

desprenden, sigue en la colonia en silencio i sin mendigar la proteccion del privilegio, una marcha que le asegura los mas felices resultados. El aceite secante, esto es, el preparado ya para la pintura al óleo, se esporta i se vende mucho mas barato que aquel que se introducía de Valparaiso. Con los tejidos de la fibra del lino visten muchas familias, i las mas acomodadas usan manteles nacionales de hilo adamascado.

El cultivo de la papa en su pais natal exijia naturalmente una industria que utilizase el sobrante anual de aquella sustancia alimenticia; háse pues llenado esa importante necesidad con dos fábricas que funcionan con el mejor éxito.

La siembra de cebada alimenta dos industrias importantes; la de cebada perla i la de cerveceras, cuyos productos procuran en vano imitar los cerveceros del norte.

Salazones, curtiembres, batanes para cáscaras, fábricas de tejidos de mimbre, existen de tiempo atras en la colonia, i la industria colmenera ya empieza a tomar cuerpo en el lugar nativo de las flores.

En el trayecto desde la cabecera de la colonia hasta las últimas posesiones alemanas, existen seis molinos harineros, que, aunque de una sola parada de piedras, tienen todas las máquinas i aparatos para la perfeccion de las harinas, i otro de tres paradas; cuatro máquinas aserradoras, tres movidas por agua i una por vapor; dieziocho máquinas de aventar trigos, todas construidas allí mismo, una trilladora a vapor; i en cuanto a las pequeñas industrias inseparables de las grandes poblaciones, como ser sastres, carpinteros, ebanistas, etc., ya he tenido ocasion de decirlo, no falta ninguna.

La rápida ojeada que he echado sobre la agricultura i la naciente industria de la colonia, nos conduce naturalmente a examinar, aunque sea mui por encima, su comercio aun en embrion.

Puede decirse que no existia, ántes de la fundacion de la colonia, mas vida mercantil en las solitarias caletas del Seno de Reloncaví, que aquella que le daba en los veranos la venta del alerce que se trabajaba en los bosques mas inmediatos a la marina; i aun esa venta comenzaba a hacerse ménos activa por falta de caminos que facilitasen la estraccion de los alerces interiores, estando ya los de la costa enteramente agotados.

Llevábanse estas maderas en bongos, botes i lanchones, en cuya construccion se empleaba costuras de esparto en vez de clavos, al anti-guo i conocido fuerte de Calbuco; este poblachon constituido en factoría de ventas i compras de madera por encontrarse a medio camino,

entre el lugar de la producción i el de la esportación, que lo era entonces San Carlos de Ancud, arrastraba una existencia mui precaria.

En Calbuco se encontraban los dependientes i las tiendas sucursales de los almaceneros de Ancud, i como el dinero no se conocia en aquellos afortunados lugares, habian inventado para facilitar las transacciones i las ventas al menudeo, la moneda *tabla*, que era entre ellos la unidad i tenia el valor nominal de un real de la antigua moneda.

En cambio de los centenares de reales tablas que entregaba el vendedor, recibia harina, sal, aji, mucho licor, i los mui necesarios artículos ultramarinos para satisfacer las pocas necesidades de hombres que por constitucion andaban descalzos, i que llevaban una vida mui semejante a la de los indijenas.

Con la fundación de la colonia en el mismo centro de donde se esportaban aquellas maderas que se iban a vender a Calbuco, hubo un trastorno jeneral. Las sucursales de Ancud, estacionadas en Calbuco, abandonaron aquel lugar innecesario para venirse a establecer a Puerto Montt; muchos cortadores de oficio de maderas, halagados por la presencia de un pueblo que desde sus primeros pasos ostentaba vida propia, abandonaron sus aduares por vida mas civilizada, i poco a poco fueron desapareciendo los bongos i lanchones de costura, para dar lugar a hermosas balandras i en seguida a grandes embarcaciones, tanto extranjeras como nacionales, que llegan de varios puntos a la carga de maderas a Puerto Montt.

Hasta el año 1855, necesitó la colonia, como lo hemos dicho, hasta suplementos de sustancias alimenticias; i el colono, demasiado ocupado en los afanes de su trabajoso establecimiento, habia olvidado el recurso de las maderas, explotadas esclusivamente por el chilote.

El año de 1856 ya comenzaron los aguardientes de la colonia a competir con los que venian de fuera.

En 1860 ya se vé figurar al inmigrado en el negocio de las maderas, i el movimiento mercantil del año de 1861, alcanzó, segun datos oficiales, a 284,759 pesos.

La asierra mecánica comienza ya a reemplazar los efectos destructores del hacha en aquellos valiosos bosques; i los caminos que se abren dia a dia, selva adentro, así como los carros de cuatro ruedas puestos en accion en ellos, proporcionan al comercio ricas maderas que solo se esportaban ántes en lastimosas fracciones.

Los artefactos i frutos agrícolas a que hemos aludido i que vemos

ahora aparecer en los retornos, son: aguardientes i espíritus de papas i de granos, cervezas, cueros curtidos, aceites secantes de linaza, salazones, mantequilla, avena i centeno; dejando sin mencionar el trigo, la harina, la cebada perla que ya empieza a esportarse, así como los jéneros de hilo, los útiles de menaje contruidos de mimbres, i otras pequeñas industrias cuyos frutos apenas alcanzan a proveer, por ahora, a la demanda interior.

Tal fué el origen de la colonia de Llanquihue, i tales, como quedan dichos, los motivos que la alejaron de su primitivo asiento en los campos valdivianos.

Un puñado de colonos diseminados en las desacreditadas playas adonde se les condujo por necesidad, habian obrado en aquellos lugares los milagros que en el año de 1860 ya admiraban a los que conocian la jeografía de su país. Entre esos hijos del trabajo, de la abnegacion i de la constancia, nunca se oyó resonar la voz del desaliento a pesar de las angustias que los sitiaron desde el dia mismo en que pusieron los piés en Llanquihue, pues, que sorprendidos por uno de los rigurosos inviernos en los lugares donde, atropellando mas bien que venciendo dificultades, se habian establecido, tuvieron, por falta de recursos, que consumir las semillas que tenian para sembrar, que desenterrar las papas ya sembradas, i aun que matar sus animales de labor para no perecer de hambre!

El Ajente de la colonizacion escribia entónces a su inmediato jefe estas palabras: «Han pasado miserias, hambres i trabajos; pero sin desmayar; todo lo debemos esperar de la cruda prueba a que ha sido sometida la constancia i la fe de estos infelices en el pasado invierno. Con semejantes elementos, si se aumentan, como es de presumir, veo ya seguro el próspero porvenir de la colonia, digan lo que dijieren sus injustos i miopes detractores.»

El sórdido interes, el fanatismo i la calumnia, la hostilizaron en su apartado asilo, i cuando a impulsos de estas contrarias entidades, el entusiasmo despertado por un momento en el norte, en favor de la colonia, comenzaba a desmayar; el Ajente sostenia el espíritu de sus jefes con estas consoladoras palabras: «Con fe perseverante i constancia, este naciente establecimiento alcanzará a ser, ántes de mucho, la joya del sur de la República.»

Siete años despues, el viejo chileno que estas líneas escribe, vió con la pura emocion del patriotismo, realizado su pronóstico.

1. Diciembre de 1853, oficio del ajente de colonizacion.

CAPITULO XXIII.

Inmigracion.—Poblacion alemana en Llanquihue i en Valdivia en 1860.—Su instruccion.—Influjo de su contacto con los hijos del pais.—Lamentable pérdida de los terrenos del Estado.—Sacrificios personales del Ajente para proporcionar terrenos a los inmigrados.—Medios de contener semejante mal.

Tal vez no pueda señalarse una sola de las infinitas colonias que, año a año: fundan en los despoblados del mundo los activos hijos del viejo continente, que haya necesitado llevarse diecisiete años para poder presentar reunidos un número tan insignificante de pobladores extranjeros, como los que presenta nuestra colonia de Llanquihue. I no es ciertamente porque a nuestros gobiernos les haya faltado indicaciones prácticas, despues de tan dilatado tiempo de tímidos ensayos, sino porque la inmigracion se sigue mirando como un objeto de lujo i no como una apremiante necesidad.

La inmigracion entre nosotros se pospone a todo; se pospone a un edificio público por innecesaria que sea su construccion. Al mismo tiempo que se lamentaba la falta de fondos para atender a las necesidades públicas, se presuponian nuevos miles para continuar la construccion del edificio que aquí llamamos universidad. Para establecer cómodamente una fábrica de testos forzosos de enseñanza, se decretaban miles; para la inmigracion faltaban fondos. Tratóse de colonizar las provincias araucanas, i se decretó medio millon de pesos i en seguida mas miles aun para el sosten de las tropas cuya permanencia, si transitoria, es inútil, i si constante, gravosísima: i de nuevo quedó postergada la inmigración extranjera, única que sin esterminar al colono indijena, pudiera reducirlo al estado social.

Con ese medio millon de pesos, hubiérase podido hacer llegar al territorio indijena dos mil familias del extranjero, con un personal aproxima-

tivo de ocho mil almas; i sobrar aun 50,000 pesos para haberles provisto de armas de precision. En el dia el emigrante solo exige que se le costee el pasaje para ir a un pais, donde puede decirse que se regala la propiedad a mui pocas leguas de poblaciones ya establecidas, i que ofrece, ademas al emigrado, exenciones i privilejios no despreciables. Un grupo tan respetable de estranjeros no se dejaria imponer por la indiada. El indio por mas valiente i arrojado que sea, no es tan fácil que se ponga a tiro de un fusil que le ha de herir o matar por el solo hecho de colocarse a su alcance. A fuerza de disparos bien dirigidos, el indio ha venido a convencerse, que las armas de fuego son ahora ménos temibles que lo que ántes eran.

Hemos indicado a la lijera el estado de adelanto de la colonia, cuyo progreso seria aun mas de notar, si para utilizar los recursos de su territorio, hubiesen podido desde el principio aunarse los esfuerzos de los emigrados que han ido llegando paulatinamente a ella. Las adjuntas fechas indican su lenta marcha.

1852	212	1861	11
1853	51	1862	32
1854	35	1863	12
1855	...	1864	155
1856	460	1865	...
1857	180	1866	36
1858	9	1867	...
1859	11	1868	...
1860	93	1869	7

Pobre total de 1,363 inmigrados de todas edades i sexos. ¡Dieziseite años para colectar un número de inmigrados inferior al que se recibe muchas veces en un solo dia en los puertos norte-americanos!

Entristece el recorrer la anterior lista, viendo cuán despacio, cuán de mala gana i con cuántas interrupciones llega a fecundizar nuestros desiertos, ese riego de poblacion i de riqueza que tantos prodijios obra en todas partes; i que, como no debemos cansarnos nunca de repetirlo, es el único medio que en nuestro actual estado, puede elevarnos pronto a una envidiable altura entre las naciones civilizadas.

Si se desease patentizar mas las ventajas de hacer sacrificios por acrecer cuanto mas posible fuese el número de tan importantes huéspedes,

no tendríamos mas que apartar un momento la vista de la colonia de Llanquihue i fijarla en Valdivia.

Mui pocos inmigrados quedaron en esa apartada provincia cuando la desmembracion de la colonia hácia los despoblados de Llanquihue. Esos pocos industriosos extranjeros, apénas lograron cimentar su residencia, cuando crearon los primeros cimientos de las distintas industrias que hoi ostenta con justo orgullo el pueblo de Valdivia ante los ojos atónitos de los que lo habian conocido con el nombre de *presidio*, i sabian que hasta el pan era preciso llevárselo de fuera. Ya en 1866 el inteligente jefe de aquella provincia, en su memoria de junio del mismo año al Ministro del Interior, decia, despues de referirse al lastimoso atraso, a la miseria del territorio despoblado de la provincia de su mando, estas notables palabras:

«No siendo posible que el solo paulatino incremento de la poblacion llene este lastimoso vacio con la conveniente prontitud, forzoso será que se ocurra al fin mas eficaz, al único remedio a que se debe apelar a la inmigracion. La que desde 1859 para adelante le cupo en suerte, a pesar de que constaba de 405 hombres mayores de 15 años, está poniendo de manifiesto cuántos serian los beneficios que nos habia de traer... Nada es mas óbvio que la trasformacion que los inmigrados alemanes han operado en la provincia de mi mando.

«Aquellos pocos individuos han bastado para producir en cortos años un notabilísimo aumento en los negocios, en las comodidades de la vida, i hasta una agradable mudanza en el aspecto físico de las poblaciones. Merced a su influjo, no solo han incrementado la mayor parte de las antiguas industrias, sino que se han establecido otras nuevas que figuran en primera línea i cuyos solos productos aparecen en los cuadros de la esportacion anual, por un valor cuatro veces mayor que el total de las anteriores a la fecha de su arribo. En aquel tiempo la provincia de Concepcion surtia a ésta de harinas; ahora los molinos construidos por los colonos abastecen las necesidades del interior, i van a hacer concurrencia en otros mercados a su antigua proveedora, a pesar de los obstáculos que el pésimo estado de los caminos opone a la rebaja de los gastos de transporte. Las reducidas cosechas de granos que no hallaban compradores a causa de su limitado consumo i de la introduccion de harinas, son al presente solicitadas por los molineros i por los dueños de fábricas de destilacion i de cerveceria que las trasforman en artículos que eran internados.

«El acarreo de animales, que con tantas dificultades i riesgos solia hacerse atravesando la Araucanía, ha sido sustituido por los saladores con notable ventaja de los dueños de ganados i de los propietarios de estos nuevos establecimientos, que han dado ademas ocasion a la cria i engorda de los cerdos de que apénas habia en tiempos anteriores un reducido número.

«Obra de los colonos alemanes es tambien el considerable impulso a las tenerias, cuyos productos no encontrando conveniente mercado en nuestras ciudades, son enviados a Europa donde hallan pronta colocacion. Cien otras industrias, en fin, que están en jérmen o que se ejercen en pequeño, adquirirán mas tarde mayor estension i contribuirán con su contingente al progreso i bienestar de la provincia.»

La instruccion i moralidad de colonos como los nuestros, guardan perfecta proporeion con el grado de intelijencia i de actividad que desplegan en el trabajo.

La mas apremiante preocupacion del inmigrado, despues que mira asegurado el sustento de sus hijos, es la de proporcionarles educacion. Léjos, pues, de impedirles que concurran a las escuelas, los compelen a ello, i reciben siempre como una especial merced, el planteo de algun establecimiento de educacion en las inmediaciones de su residencia. No es, pues, para ello un simple adorno la educacion; por el contrario, es una necesidad premiosa i exigente; es un requisito indispensable para no parecer degradados ante los ojos de los demas¹.

Dos años despues de fundada la colonia, se levantó un prolijo censo de los habitantes así nacionales como extranjeros que se encontraban en el territorio de colonizacion, i resultó alcanzar el número de chilenos a 3,579 i el de inmigrados a solo 247. Entre los primeros, 872 personas sabian unos leer i otros leer i escribir; lo que dió por resultado que uno sabia leer o escribir sobre cada 4.10 que ni siquiera sabian leer.

Entre los segundos, esto es, entre los alemanes sobre 247 individuos, 181 leian i escribian, o lo que es lo mismo, leian i escribian cuantos tenian edad para ello, como se demuestra en el cálculo siguiente:

1. Existe aun en Puerto Montt una alemana, pobre en época pasada, que rehusó casarse con un jóven Romero, comerciante acomodado de Calbuco, nada mas que porque supo en los momentos de enlazarse, que no sabia leer.

181—que leían i escribían.

45—de edad de meses a cinco años.

20—de cinco a diez años, ya en la escuela.

1—mujer que no leía.

247—que es su completo total.

Tampoco aprende a leer i escribir el alemán, para no volverse a acordar mas que saben lo uno i lo otro. Hé aquí las propias palabras del señor Errázuriz, ministro de justicia, en su memoria de 14 de agosto de 1865, al hablar de la afición a la lectura del colono:

«A la biblioteca nacional concurren diariamente en Santiago de 20 a 23 individuos, habiendo en el año de 8 a 10,000 lectores..... ya he dicho que en los tres primeros trimestres del año de 1854 hubo, en la biblioteca de Puerto Montt, una concurrencia de 2,123 lectores, a pesar de comprenderse en dicho período el tiempo que durante las vacaciones estuvo cerrado el establecimiento.»

Comparemos a la lijera. La opulenta Santiago con su población de mas de 100,000 almas, con sus escogidos establecimientos de educación, sus estímulos, i la mui rica biblioteca de que dispone, da por resultado de 8 a 10,000 lectores en todo un año; Puerto Montt, con 2,500 habitantes, en harto ménos de nueve meses, presenta en su modesta biblioteca 2,123 lectores.

En las escuelas, junto con el silabario, se pone en manos del niño una cartilla de música. El canto desde la mas tierna infancia crea en ellos el espíritu de union, i la necesidad de sociabilidad que admiramos en la raza alemana en cuantas partes del mundo la examinamos.

Si no estuviese en la conciencia de todos la moralidad del colono del sur, bastaría una sola mirada sobre la estadística del crimen para vencerse de ella. Pero ya, por fortuna, el fanatismo i su inseparable compañera, la ignorancia, se han dado por convictos, ya que no por confesos, no solo de que hai mucha moralidad en el inmigrado, sino que en caso de tener que buscar en otra parte semejante virtud, no debería perderse tiempo en buscarla entre sus injustos detractores. Por fortuna, ya concluyó aquel tiempo no lejano, en que decanos de facultades universitarias, ensayaban sus fuerzas contra la colonia, gritando en plena sala i trasmitiendo en seguida sus torpes alaridos al Gobierno: «que los inmigrados eran todos francmasones, que el día de San Juan

celebraban orjías en las iglesias donde prostituían a todas las indias *vestidas* a la europea;» i otra encarrilada de atropellados disparates por el estilo. Los juzgados de Valdivia i de Llanquihue, solo tienen, hasta ahora, motivos de congratularse cuando se trata de la conducta del inmigrado; i yo, por mi parte, para no parecer prolijo, citaré un solo ejemplo del relijioso respeto que tributan todos a la propiedad ajena. En todos los pueblos chicos i grandes de la República, se pone reja de fierro en las ventanas que dan a la calle cuando se quiere vivir con tranquilidad. En Puerto Montt i en las casas de sus predios rústicos, por apartadas i solitarias que estén, la reja es un complemento innecesario. A pesar de ser las ventanas alemanas un conjunto de adornos de flores i de aquellas bonitas inutilidades que tanto halagan el corazón de la mujer, no se cuentan robos, pues basta el grueso de un delgado vidrio para contenerlos.

Esto mismo prueba ya el influjo del contacto extranjero con los nacionales hijos de las selvas i del desgüeño, en cuyas costumbres tenia echadas tan hondas raíces el espíritu de ratería. La mayor parte de los vecinos de Puerto Montt son chilenos, como lo son tambien los jornaleros i los sirvientes que residen temporalmente en él. El influjo del ejemplo ha conseguido desterrar ya casi del todo este vicio de aquellas jentes.

Pocos, mui pocos son, sin duda, los actuales inmigrados, para que podamos exigir de ellos mucho; sin embargo, estos pocos misioneros de la industria i del trabajo, están operando con solo su ejemplo i su contacto tal cambio en los hábitos i costumbres de los chilenos circunvecinos, que saltan a la vista de los mas empecinados enemigos de la colonia.

¿Qué eran, en efecto, los hijos del país en aquellos, para muchos, ignorados lugares, ántes que el elemento extranjero comenzase a morijerar sus costumbres? El forzoso aislamiento en que vivían, repartidos en las cejas de los bosques de las solitarias caletas del Seno de Reloncavi, ni siquiera les daba a sospechar las ventajas de la vida social. La abundancia de las sustancias alimenticias, la carencia absoluta de estímulos, i de aquellas necesidades cuya satisfaccion constituye el bienestar del hombre en los lugares civilizados, les habia familiarizado con el ocio, con el vicio i con sus asquerosas consecuencias.

Espanto causaba el estado de abyeccion en que yacían sumidas las pocas familias, casi perdidas en el aislamiento, que existía en aquellos

lugares, ántes que el bullicio i la actividad del inmigrado llegase a turbar la modorra que las consumia. Constaba, en jeneral, la choza de cada familia, de un solo rancho, hollinado i sucio, en cuyo centro, al ras del suelo, figuraba el hogar. Cuando el acaso habia hecho brotar algunos manzanos silvestres en las inmediaciones, entónces al antiguo rancho que, como se ve, era cocina, comedor i dormitorio al mismo tiempo, se agregaba otro donde, al lado de algunos barriles, se veian maderos ahuecados para machacar la manzana i hacer chicha. A espaldas de estas habitaciones se encontraba siempre un pequeño retazo de terreno en estado de cultivo, en el cual, palos endurecidos al fuego i manejados siempre por la mujer, servian de azada i de reja para sembrar papas i habas, únicas legumbres que llamaban la atencion entónces. Contado era el dueño de casa que se dedicase a sembrar trigo. En la puerta del rancho, mirando a la marina, se observaban corralitos de piedra i rama, a medio sumerjir, para que en las altas mareas quedase cautivo en ellos el pescado que el acaso conducia a esos lugares. Este alimento i los inagotables bancos de toda clase de esquisitos mariscos que dejan a descubierto las *aguas vivas*¹ eran, junto con las papas i habas, la provista despensa que los sustentaba. Hasta el modo de preparar esos manjares era puramente indio, de los tiempos de la conquista. En un agujero practicado en el suelo i lleno de piedras caldeadas allí mismo por el fuego, se apilaba el marisco, el pescado, la carne (si la habia), el queso i las papas, i sin mas espera, tapado todo aquello con monstruosas hojas de pangui, lo acababan de cubrir con adobes de champas i tierra, para impedir el escape del vapor. Un cuarto de hora despues, se veia a toda la familia, con su acompañamiento obligado de perros i de cerdos, rodear aquel humeante cuerno de abundancia, en el cual cada uno, por su parte, metia la mano i comia, soplándose los dedos, hasta saciarse.

Llegada la noche, padre, madre, hermanos, hermanas, alojados, perros i cerdos, formando un grupo compacto al amor del fuego del hogar i a raiz del suelo, dormian hasta el día siguiente, en el que se repetian los actos del anterior.

Para llenar las escasísimas necesidades del vestido, mate i cigarro, i la mui apremiante de la bebida, ocurrían provistos de sus hachas a los bosques de la costa, i en ellos permanecían el tiempo estrictamente ne-

1. Aguas vivas, altas mareas.

cesario para pagar una pequeña parte del compromiso que habian contraido con los tenderos de Calbuco, en cambio de las mercaderias que éstos les participaban. No habia, pues, un solo labrador de madera que no estuviere por mucho tiempo adudado, ni comprador sin quebranto, ni grandes deudas por cobrar. Consignemos por último el siguiente hecho: en aquellos lugares solo se casaba por la iglesia aquel que, ya cansado de estarlo de otro modo, queria legitimar sus hijos. Bastaba que el novio dijese a los padres de su querida, que él queria tenerla por *patrona* i que ella declarase que aceptaba por *patron* al pretendiente, para que en el acto se tuviesen por lejitimos esposos. Este era el modo de ser i ésta la cultura del chilote del Seno de Reloncavi, cuya poco grata descripcion acabo de hacer.

¡Cuán distinto es su estado actual! Vencidas las primeras dificultades que la naturaleza opusiera al desarrollo del trabajo agricola i fabril del emigrado, no tardó este en presentar a los ojos atónitos del español chilote del sur, i a los del guiliche indijena de Osorno, las ventajas i comodidades de la vida social, i los bienes que el trabajo podia esperar de un suelo rico, que hasta entónces se habia contentado con hoyar sin conocer lo que pisaba.

Satisfactorio es repetirlo: el influjo del ejemplo ha producido i sigue produciendo en el ánimo de aquellos antiguos pobladores, el favorable efecto que era de esperar, i la colonia convertida en un centro de atraccion, ha ido absorbiendo i aglomerando centenares de familias que no solo se placen ya en la vida mas comunicativa, sino que tiran a imitar en cuanto pueden a sus huéspedes, despues de haber estado algun tiempo a su servicio.

Recien se fundó la colonia, eran contados los hijos del pais que por alli se veian, i para los primeros trabajos de instalacion, fué preciso enviar embarcaciones por todos lados, i éstas apénas conseguian con un peso diario de remuneracion, atraer algunos pocos trabajadores a Puerto Montt. Dos años despues, el número de chilenos en el territorio de colonizacion alcanzó a 3,520, i diez años mas tarde a 6,464. Esto arrojan los censos oficiales; mas, el censo privado i en extremo prolijo hecho practicar por el intendente Rios, da en la misma época por resultado, 11,242 habitantes.

Como quiera que sea, pocos o muchos, se puede ya asegurar, que dado el caso de que la colonia desapareciese del lugar donde está, los chilenos

vecinos de ella, no podrian vivir sin el ejercicio de los hábitos ya contraidos, ni mucho ménos volver a su primitivo aislamiento.

Confesada, ya que no debidamente comprendida, la necesidad de introducir cuanto ántes en Chile el mayor número posible de emigrados, i no queriendo o no pudiendo satisfacerla, siempre queda al Gobierno el deber imperioso de conservar, para mejor ocasion, los terrenos fiscales con los cuales se está haciendo ahora mas que nunca, permítaseme la espresion, una verdadera *chañadura*.

El paso a que camina la venta de los terrenos que aun nos quedan en el sur; el modo i forma como se estienden las escrituras de trasmisiones de derechos; la carencia de una lei severa, que ponga término a los efectos de las declaraciones de testigos juramentados, en lugares donde no solo se sabe que hai partidas de hombres que se llaman *jureros*¹, sino que se mira mui en ménos la obligacion que impone el juramento, i sobre todo, la carencia de un representante de los intereses fiscales, que velando sin cesar, entienda en las escrituras de ventas o de empeños i persiga ante los tribunales a los detentadores; no exajeramos, mui pronto se quedará el Estado sin un palmo de terreno propio de que poder disponer. ¿Qué seria entónces de la colonizacion? No podemos negar que los gobiernos han hecho algo en el sentido de precaver este mal; pero ese algo, por lo insuficiente, desde el momento en que se le considera bastante, dejenera en malo. Los únicos decretos supremos a que me refiero, son los seis dictados desde marzo de 1853 a marzo del 57. Estos decretos, en que tanto en Llanquihue como en otros puntos en donde se encuentran terrenos fiscales, se ha dado en la manía de creer que se constituye en escribanos públicos a los intendentes i gobernadores para lo que es estender escrituras de venta, empeño o arriendo de terrenos de indijenas, están produciendo los efectos mas desastrosos para los intereses fiscales. Ellos llenarán tal vez su objeto, en cuanto a defender al indijena de los engaños i de la astucia del hombre civilizado, pero adolecen de un inmenso vacío, cual es, el de no defender al hombre civilizado, i sobre todo al fisco, de los engaños i de la astucia del indijena, quien, por carecer de civilizacion, no deja de ser por esto hombre, ni tener ménos motivo que el civilizado, de emplear el engaño i la astucia cuando le convienen.

1. *Jurero*. Nombre que se da en el sur al que tiene por oficio el prestar juramentos. Siempre hai una cabeza oculta que dirige a esa infame sociedad.

El engaño i la astucia del civilizado i del indijena obran en desacuerdo, cuando se trata de asuntos entre civilizados i entre indijenas; mas, tratándose del fisco, esos engaños i esas astucias forman la mas estrecha alianza para despojar al fisco de cuanto le pertenece, prevalidos de la ausencia absoluta de un defensor especial que los contenga.

El camino que se sigue, i que es el mismo que desde tiempo inmemorial se ha seguido para hacerse adjudicar la propiedad de un terreno que no reconoce dueño, es el de mas fácil i espedito tránsito que se conoce. Toda la dificultad consiste en encontrar un terreno que no tenga mas dueño que el fisco, i encontrado, hablar con los indios mas calificados del lugar, para que vendan aquel terreno como legado de sus antepasados. Los indijenas, estimulados por los ofrecimientos, i sobre todo, por la bebida, se agolpan a los juzgados a atestiguar con todos los juramentos imaginables, que aquellos terrenos corresponden por derecho hereditario al indio que pretende venderlos; i sin mas esperar, con el pago de la alcabala, cuando no se condona, se procede a la escritura de venta, previa la ridicula ceremonia de fijar carteles que nadie lee, i que si alguno lo hace, no es, sin duda, para interponer tercería de dominio sobre un terreno que oye nombrar por primera vez en su vida. Además, si el suelo vendido pertenece al fisco i éste no tiene quien lo represente en los mismos lugares donde se le despoja, que reclame a tiempo o a destiempo, puede hacerse.

¿Qué mucho es que a la llegada de los emigrados a Valdivia no se encontrasen en 1850, a muchas leguas de aquel pueblo, ni un solo retazo de suelo, de mediano valor, que podérseles ofrecer? Desgracia que estuvo a punto de repetirse en la colonia de Llanquihue, i que solo pudo precaverse en parte, pues antes de tomar posesion de los terrenos donde ahora se alza Puerto Montt, ya estaban desembarcados en aquel apartado rincón, multitud de detentadores para especular con la venta de propiedades que ni en esa época les pertenecian ni nunca habian sido suyas.

No fué, pues, corta mi disgustada sorpresa, cuando creyéndome, por la distancia, libre de roedores, me encontré con una carta del Gobernador de Calbuco don José Ramirez, en la cual me decia que si queria fundar colonias en Callenel, era preciso que comenzase por comprar aquel territorio, pues todo él tenia lejitimos dueños. En el estado en que las cosas se encontraban, titubear era peligroso; ocurrir al Gobierno por facultades para comprar, moroso i de insierto resultado, i promover litis reivindicadoras, la vida perdurable. Comencé, pues, por comprar resignado,

i de mi propio bolsillo, el asiento del futuro pueblo i sus mas inmediatos contornos, i adiestrado con el ejemplo i con las lecciones de la experiencia, opuse a los detentadores sus propias armas, simulando compras a los indios, supuestos propietarios del vasto territorio del Chanchan, con las cuales i mediante otra contribucion de seiscientos duros impuesta a mi escualido haber, puede conjurar la tempestad. ¹

Del propio modo se ha enajenado de tiempo atras, tambien, i sin que nadie lo supiese, las dilatadas playas del Seno de Reloncavi con sus antojadizos e ignorados *fondos* ². En la puerta de la casa del Gobernador del *fuerte* de Calbuco, habia con frecuencia cartelones que debian ser leidos por personas que no sabian leer, o que no llegaban ni tenian para qué llegar a ese pueblo, en los cuales se decia: ³ que el terreno tal, comprendido entre los dos puntos accesibles de la costa tal i cual, con sus respectivos fondos hasta la cordillera nevada o hasta los montes altos, propiedad de don fulano de tal, iba a venderse, i para que llegue a noticia de todos, etc., etc.

Desde el año de 1850 para adelante, las autoridades, sin tener para ello la suficiente autorizacion, comenzaron a suscitar embarazos a la adquisicion de propiedades, cuyos vendedores no exhibian titulos escritos i atendibles; i éste fué uno de los mas poderosos motivos de aquella cruda guerra que se declaró por muchos vecinos a la inmigracion. Sin ella, los terrenos fiscales les correspondian sin disputa, con ella, se les tiraba a despojar de lo que ya juzgaban suyo.

Si fijamos nuestra atencion en la designacion de los deslindes de las propiedades vendidas, es fácil deducir que los codiciosos detentadores, en vez de legar a sus hijos una buena fortuna, solo les dejan un semillero de futuros e inacabables pleitos. Ninguno de estos supuestos propietarios conoce ni la estension aproximativa, ni mucho ménos los deslindes interiores i laterales de unas propiedades que solo tienen de conocido un costado.

1. Véase carta del Gobernador de Calbuco don José Ramirez, fecha 24 de setiembre de 1852, i tambien en el archivo de Osorno la escritura a que aludo estendida el siguiente año.

2. Fondos, son todos los terrenos comprendidos entre las dos rectas paralelas i sin término conocido, que parten de cada uno de los extremos de la línea que forma algun costado accesible de la propiedad, costado que se media ya sobre la márjen accesible de un rio, ya sobre las playas del mar.

3. Muchos anuncios hai así, i nunca dicen de quién hubo el terreno aquel que se titula dueño, i cuando llegan a indicar algo, es para hacer mas patente el despojo.

Para hacer mas tanjible lo absurdo i lo ridículo de cada uno de esos numerosísimos títulos de propiedad con sus fondos fabulosos, permítaseme suponer que el conocido valle de Santiago esté cubierto de un bosque impenetrable, i que su forma topográfica represente los terrenos mal habido del sur; los propietarios del litoral del Mapocho saben que el rio Maipo es el término del valle por el sur. Los propietarios del rio de San Francisco del Monte o Santa Cruz, saben que la cordillera nevada limita al valle por el oriente.

Los mapochinos presentan solicitudes en esta forma: por el norte, una línea que partiendo de la cordillera nevada, donde nace el Mapocho, sigue el curso de éste hasta la laguna de Pudagüel, i por fondo todo el terreno que comprenden estos dos puntos hasta el rio de Maipo.

Los hijos de Santa Cruz i del litoral del rio hasta su confluencia con el Maipo, trazan sus límites en estos términos: desde la laguna de Pudagüel, siguiendo el curso del rio hasta que se pierde en el Maipo, i por fondo los campos comprendidos entre estos dos puntos hasta la cordillera nevada... ¿Cuál de las dos poblaciones tiene terrenos?

Títulos tengo a la vista por este estilo, que principiando en las playas setentrionales del Seno de Reloncaví, no se les divisa otro término, por el fondo, que la frontera de Bolivia. Otro título comienza en Rio Bueno i termina con sus inexorables fondos, precisamente en el centro del punto de partida del título anterior.

A nadie se le oculta que el Gobierno dictó el supremo decreto del 4 de diciembre de 1855, no tanto para defender a los indios, cuanto para defender los terrenos fiscales, i que de ésto nacen las atribuciones que en él se confieren a los intendentes i gobernadores. Pero estos funcionarios constituidos en escribanos i agentes fiscales, sin la responsabilidad de los primeros ni las obligaciones de los segundos, son una monstruosidad, que mas es lo que perjudica que lo que aprovecha a los intereses que pretende defender.

¿Por qué no devolver a los escribanos la plenitud de las atribuciones que el art. 6.º del citado decreto parece disputarles?

¿Por qué no crear agentes fiscales especiales en cada asiento de terrenos sin dueño, agentes cuya única i especial misión fuese la de velar sin descanso por la conservación de esos bienes, i la de esclarecer ante los tribunales los verdaderos derechos de cada poseedor con títulos insuficientes?

Constituir a los intendentes i gobernadores en notarios irresponsa-

bles i en depositarios, ademas de crear un verdadero archivo que no está sujeto como el del escribano a la visita del juez i a una responsabilidad pecuniaria, no solo contraria el propósito que se tuvo en mira al estender el decreto, sino que aumenta el número de los despojadores del fisco con cómplices legales. Cada papelucho de esos que condecoran con el nombre de escritura de compra, empeño o arriendo, reporta diez pesos a esas autoridades superiores. A nadie ofendo ni pretendo hacerlo, i sentiré que se dé a mis ideas sobre esto, otra interpretación ni otro calificativo que el que de bien intencionadas les corresponde.

Tampoco pretendo, en manera alguna, eximir a los intendentes i gobernadores de intervenir en estos contratos; pero quisiera que su intervencion no pasase de un simple veto, sin vislumbrar en engaño, o de un visto bueno en caso contrario, previo siempre el dictámen del agente fiscal.

La presencia de semejante funcionario i la dificultad de hacer valer derechos engañosos, contendria los abusos que señalo; i desde ahora comenzaria cada uno a saber a qué atenerse respecto a la validez i firmeza de las compras de terrenos que mas tarde deben constituir el patrimonio de sus hijos.

Miéntras mas tiempo se pase en tomar esta medida u otra que conduzca al mismo fin, mayor valor adquirirán aquellos desiertos, mas dificultades adquirirá la designacion de limites legales, i muchas mas aun hacer revivir derechos que el tiempo i los actos de dominio no interrumpido pueden haber hecho caducar.

CAPITULO XXIV

Viaje a Buenos Aires al traves de las pampas argentinas.—Camino de Uspallata.—El Rosario.—Paraná.—Buenos Aires.—Don Juan Manuel Rosas, ex-dictador.

Cuando se sale del nebuloso Llanquihue i de sus húmedos bosques i se entra en las rejiones del norte, todo parece en ellas mas árido de lo que es, todo mas seco. Asi fué que, colocado de repente en el camino del pueblo de Santa Rosa de los Andes a Mendoza, i sabiendo que para el norte la rejion cordillerana era de legua en legua mas estéril, hasta convertirse en arenas i pedreros en Atacama, llegué a creer que nada habria en Chile mas inútil i ménos apta para ser utilizada por el hombre, que esta vasta zona de alturas que con el nombre de Andes nós separa de la República Arjentina. Pero esa impresion desfavorable no dura ni aun en el ánimo del que se ha criado entre las selvas, cuando llega a saber que esos secadales encubren tantas riquezas minerales cuantas son las riquezas agricolas que ostentan las cordilleras del sur.

Estaba tan descuidado i tan malo el camino que mediaba entre Santa Rosa i Mendoza, cuando por sesta vez me encontré en él, a principios de abril de 1855, que no me cansaba de maravillar, cómo siendo éste tan importante i de tan fácil construccion i compostura, podia dejarse en tan lastimoso abandono, asi en la seccion que correspondia a Chile como en la que pertenecia a Mendoza.

Desconsolador es, que en esto de caminos i de obras públicas; que en esto de crear fuentes de riquezas; que en todo lo concerniente a destruir o a minorar añejas i mal calculadas contribuciones, se detengan tan espantados los gobiernos ante el gasto de algunos pocos miles que la industria i el comercio nó tardan en devolver con usura, cuan pródigos i derrochadores son hasta para las guerras patricidas en las cua-

les se desparpajan millones que no vuelven jamas al lugar de donde salieron.

La rica provincia de Mendoza así como la de San Luis no tenían, entónces, mas puerto para el espendio de sus frutos que nuestro Valparaiso, i podia asegurarse que por muchos años no tendrian otro, por lo ménos Mendoza, a pesar de los caminos de fierro que puedan poner a este pueblo en contacto con el Rosario, si el camino de los Andes llegase alguna vez a ser, lo que ya era tiempo que lo fuese, bueno.

La distancia que hai que recorrer en el camino de Mendoza a Buenos Aires segun el leguario español correjido por Rivarola, alcanza a 293 leguas, i lo que média entre Mendoza i Santa Rosa de los Andes, a 80. De éstas corresponden a Mendoza 54 i a Chile 26. De las 54 leguas que corresponden a Mendoza solo tendria este estado que componer las que median entre Uspallata i la cumbre, que solo alcanzan a 24 i de las 26 que le tocan a Chile solo exijirian trabajo las 13 que median entre la cumbre i el resguardo. ¿Serian acaso ruinosos gastos para dos naciones limítrofes los que a ambas impusiera la apertura i sosten de un buen camino, por el cual pasan en el dia millones a pesar de la perversa senda que lo indica?

El camino, sin embargo, para simples viajeros, es harto ménos peligroso que lo que muchos se imaginan. Pasada la cumbre, cuyo repecho aunque de corta duracion, es lo mas molesto de todo el viaje hasta Mendoza, el resto del camino, bien que largo, no merece mas calificativo que el de pesado. Despues de dejar atras el famoso puente del Inca con sus conocidas aguas termales, llegamos al puerto aduanero de Uspallata donde alojamos.

Uspallata fué uno de los minerales mas antiguos i de mas poderosa riqueza, que explotaron los chilenos cuando la gran provincia de Cuyo formaba parte integrante del titulado reino de Chile. La corrida de esta veta colosal que se tiene por una de las mayores que se encuentran en el mundo, se manifiesta, segun mineros prácticos i observadores, en el Perú con el nombre de Potosí, con el de Famatina en la Rioja, con el de Gualilan en San Juan, i con el de Uspallata en Mendoza. Puede decirse que a este mineral debió Mendoza sus primeros progresos, puesto que los mineros que se enviaban de Chile a ese trabajo cordillerano, en cuanto bajaban al pequeño pueblo halagados por su benigno clima i feraz suelo, se quedaban en él.

Tuve ocasion, el año de 1836, movido por el deseo de investigar lo

que hubiese de cierto sobre la importancia del ponderado mineral de Uspallata, de hacer visitas prolijas, al archivo del antiguo cabildo de Mendoza, i el resultado de mis indagaciones fué el siguiente. Segun los expedientes de mineria, existian en 1660, 319 boca-minas con 300 trabajadores; i las riquezas estraidas deberian haber sido muchas, puesto que de las actas de visitas se desprenden, que las *guias* daban a razon de 800 marcos por cajon; las *pinterias* a razon de 40, i los brozos de 10 a 12.

Marchaba yo, por este antiguo i conocido camino, no ya libre como ántes solia, sino esclavo de la obligacion que me imponia el titulo de Cónsul Jeneral de Chile en Hamburgo, para cuyo punto me dirijia a impulsar la emigracion alemana hácia la colonia que acababa de fundar.

Mendoza, por sus notables adelantos i por el bienestar que gozaba, no era ya el Mendoza del arbitrario Aldao. Setenta i seis leguas mas allá, San Luis de la Punta, salvo la naturaleza de su Gobierno, era el mismo San Luis del ponderado Lucero. Los demas poblados que atraviesa el camino i en los cuales solo se detienen para mudar caballos las enormes arcas de Noé, que son los carruajes para pasajeros que existian entre Mendoza i el Rosario, no merecen particular mencion.

El Rosario ya es otra cosa. Antes de llegar a este hermoso pueblecito de reciente fundacion a orillas del jigante de los rios sud-americanos, cesa el dominio de la Pampa i aparece con toda su notable esplendidez, junto con el movimiento del comercio fluvial i terrestre, aquella poderosa i rica vejetacion que califica el suelo feracisimo que la sustenta. En el Rosario recoge el vapor al fatigado viajero, i lo conduce, hándolo de encantos, por entre los risueños panoramas que ofrece la navegacion del Paraná, hasta la populosa Buenos Aires.

Nada era mas monótono ni mas pesado que el viaje de Mendoza al Rosario al traves de las Pampas Argentinas. En aquel mar sin agua se tiende la vista sin que el mas minimo arbolito, ni el mas lejano cerco, la impida llegar hasta los supuestos términos del horizonte. Así como en el mar real, sin el auxilio de la brújula, se pierde el navegante; en la pampa sin el del *vaqueano* o del profundo rastro del camino, se extravía i muchas veces parece el caminante. Lllaman esto morir *empampado*.

Las galeras o carromatos en que se viajaba eran casi iguales, salvo la comodidad i la elegancia, en forma i tamaño a los carritos urbanos

que recorren las vías férreas de Santiago. Llevábase todo en ellos, hasta el agua, si se deseaba beberla buena, porque en las postas solo se encontraba la enramada del encargado de proveer cabalgaduras para el coche i un mal corralon circundado de tanas, único vegetal que debía allí su existencia a la mano del hombre, i único tropiezo que, junto con la enramada del postrero, encontraba en trechos promediados, la vista del viajero en la eterna superficie de la pampa en cuyo suelo i a cielo raso se pasaba la noche.

Pero todo el fastidio i las fatigas del viaje se echan a un lado, como he dicho, cuando se llega al Rosario, cuando el aspecto del Paraná refresca la vista fatigada con los reflejos de la pampa, i la imaginación con sus imponentes panoramas.

Para ante este hermoso río, que aunque cuenta con 500 leguas de curso, no es, sin embargo, mas que uno de los tributarios de la gran ría de la Plata, poco significan reunidas las de San Joaquin i Sacramento de California, i nada, absolutamente nada, nuestro Valdivia, pues no alcanzaria a igualar en tamaño, al mas insignificante de los infinitos afluentes que alimentan el coloso perdiendo en él sus aguas como en un verdadero mar. Navegable en un trayecto de centenares de leguas para grandes embarcaciones, el Paraná es una fuente de riquezas para sus afortunados poseedores.

Las numerosas islas que forman en él caprichosísimos canales, son verdaderas selvas de naranjales silvestres que embalsamando el aire en la época de su florecencia, en las de las cosechas rellenan miles de lanchones que se deslizan con rimeros de naranjas por las tranquilas aguas hácia las poblaciones riberañas. Por sobre las siempre verdes copas de aquellos preciosos árboles, ve el viajero pasar las últimas velas que ostentan los palos de las naves que se deslizan en el lado opuesto, las cuales contrastan con su blancura el verde oscuro de los bosques; i a cada rato, al doblar el extremo de alguna isla, ve verdaderas flotillas de bergantines i de balandras que no tardan en desaparecer, para dar lugar a otras de las muchas que van i vuelven sin cesar por los canales.

Al recorrer este río relacionando los recuerdos de mi viaje al Uruguai i al gran Chaco con las impresiones del momento, solia preguntarme ¿qué razon atendible tendrán los argentinos, en cuyo vasto territorio apenas se divisan pobladores pastoriles, que viven si bien holgados por la riqueza natural del suelo, en el mas lastimoso aislamiento, para aspirar a mayor extensión territorial, cuando tienen que trascurrir sí-

glos aun, ántes que estén debidamente colocados los muchos millones de hombres que pueden aposentarse ricos i felices, en lo que ahora poseen sin disputa ni gasto alguno? ¿Cuántas naciones se considerarían grandes i ricas con solo poseer la parte que corresponde a la República Argentina en el Rio de la Plata, en la de sus poderosos afluentes, o en los terrenos de que son en el dia incuestionables dueños?

El Rio de la Plata tiene 30 leguas de ancho en su embocadura al mar, 14 frente a Montevideo, i una anchura media de ocho, hasta la confluencia del Paraná i del Uruguay.

Buenos Aires, aunque el Rio de la Plata baña los cimientos de sus edificios, no es puerto. Entre este pueblo i el ancladero media una legua de distancia, cubierta de bancos fangosos sujetos a la alta i a la baja influencia de las mareas; así es que el embarque i desembarque de pasajeros i de mercaderías, ofrecía serias dificultades. Se hacia uno i otro por medio de carretones, sobre cuyo catre iba parado el pasajero asegurado a los estacones de los costados. En esta forma entraba el vehículo al rio i seguía tirado por caballos con el agua al pecho, hasta trasbordarse al bote que a lo léjos lo esperaba.

El pueblo no ofrecía entónces nada que lo distinguiese de los demas pueblos grandes de la América, sus casas eran bajas, ninguna de notable arquitectura, i sus calles en jeneral descuidadas.

En el dia de hoy, a pesar del gran acrecimiento de esta capital, cuya poblacion elevan algunos hasta 300,000 habitantes, i de su proximidad a Europa, nada se encuentra en ella que pueda equiparse con la magnificencia arquitectónica de los principales templos i edificios de Santiago, ni con ninguno de los hermosos paseos públicos que engalanan esta capital de la rejion occidental de la América latina.

Fué mi ciceroni en mis correrías por el pueblo el amable i mi distinguido amigo don Domingo Faustino Sarmiento, quien se complacia en hacerme notar el progreso que, en todo sentido, se habia desarrollado en el país, despues de la caída de Rosas. Preguntándole yo por qué hombres tan caracterizados como él, ocupaban tan oscuro lugar en su reconquistada patria, me contestó en el acto: porque las revoluciones, señor don Vicente, como Saturno, devoran siempre a sus propios hijos.

El 3 de mayo de 1855, fecha de mi llegada por tercera vez a Buenos Aires, distaba solo tres años i tres meses del notable acontecimiento que habia obligado al dictador Rosas, vencido en Monte Caceros, a buscar

en la lejana Inglaterra la seguridad individual que no podía ya encontrar en su propia patria.

No conozco hombre de Estado que haya merecido a la literatura i a la prensa americana, recuerdos tan vivamente apasionados, como los que corren consignados sobre Rosas. Los verdaderos o los supuestos hechos que se atribuyen a este hombre singular, que retó a la Francia, escupió a la Inglaterra, despreció al Brasil, i supo al mismo tiempo luchar i sostener su inaudito poderio contra los implacables enemigos que existian en su patrio hogar, han sido cantados en todos los tonos que recorren ocho de las nueve musas del Parnaso, solo la novena ha enmudecido; la severa Historia, que hasta ahora por no ser aun tiempo de hablar, ha observado el mas rijido silencio.

I, en verdad, que el hombre de fuera, el hombre imparcial, en presencia de los hechos que se cuentan, i en la de las muchas contradicciones que ellos mismos envuelven, para merecer el nombre de justo, hasta estar mejor informado, debe suspender su fallo.

Hé aqui los hechos descarnados que no han sido hasta ahora desmentidos, i que confiesan los mas encarnizados enemigos de Rosas.

La mayoría de los habitantes de los grandes centros poblados del vasto Estado platence, tanto por las grandes distancias en que se encuentran unas de otras las poblaciones, cuanto por su amor al *selfe government*, no han querido, ni quieren vivir bajo el réjimen de los gobiernos unitarios.

El propósito solo de pretender plantear un gobierno unitario en las provincias arjentinas, obligó al esclarecido estadista Rivadavia, recién nombrado presidente de la República, por la convencion constituyente del 16 de diciembre de 1826, a resignar el mando el 5 de julio de 1827. Desde ese dia cada provincia se gobernó por sí sola, i la de Buenos Aires se dió por gobernador al desventurado Dorrego, jefe entónces del partido federal. Dorrego contaba con pocas simpatias en el ejército; éste se insurreccionó, i la revolucion del 1.º de diciembre de 1828, encabezada por el jeneral Lavalle, obligó al gobernador a refugiarse en la campaña.

Oigamos ahora, para darnos cabal cuenta de lo que sucedió despues, las palabras con que refiere estos sucesos la comision para la Esposicion de Filadelfia en su obra *República Arjentina*, publicada por orden i cuenta del Estado en el año 1876, páj. 20.

«Allí (Dorrego en la campaña) encontró el apoyo del comandante

jeneral de los partidos de la campaña, Juan Manuel Rosas, i formó un pequeño ejército con el objeto de marchar sobre Buenos Aires; pero Lavalle triunfó, lo hizo prisionero i lo fusiló sin proceso, el 13 de diciembre de 1828. Lavalle se arrepintió mas tarde de esta precipitacion, porque Dorrego, hombre estimado, era el jefe del partido federal; i este por la muerte violenta de aquél, que consideraba un crimen abominable, resolvió usar la lei del Talion con los unitarios. No solo toda la campaña de Buenos Aires se levantó, con Rosas a la cabeza, contra Lavalle, sino tambien una gran parte de las otras provincias. Considerando este hecho como una declaracion de guerra, la asamblea reunida entónces en Santa Fé, declaró ilicito el gobierno de Lavalle.»

Por perversa que sea la redaccion de los párrafos que acabo de copiar, bastará tal cual buena voluntad para comprender lo que quisieron decir los literatos argentinos cuando los escribieron.

Prosigo citando hechos incuestionables.

Despues de una lucha encarnizada, fué investido Rosas por la asamblea provincial de Buenos Aires, gobernador de la provincia, con facultades extraordinarias, en diciembre de 1829.

No aceptó, tres años despues, la reeleccion que se le ofrecia en diciembre de 1832. Se retiró a la campaña, i solo en marzo de 1835 aceptó la dictadura casi ilimitada que se le ofreció i que continuó ejerciendo hasta que el levantamiento de Entre Rios dió por resultado su derrota en Monte Caceros, el 3 de febrero de 1852. Se retiró despues a bordo de un navío de guerra inglés, marchó en él a Inglaterra, i allí «fué recibido por las autoridades inglesas con demostraciones honorificas.»

De lo espuesto se desprende:

1.º Que dos partidos que se aborrecian entre sí, lucharon por el predominio de sus ideas;

2.º Que Dorrego, gobernador legal de Buenos Aires i jefe del partido federal, fué derrocado del poder por tropas insurrectas, mandadas por el jeneral Lavalle, jefe entónces del partido unitario;

3.º Que Dorrego vencido i hecho prisionero, fué fusilado por Lavalle, sin proceso alguno; i

4.º Que a consecuencia de este bárbaro atentado, quedó de hecho proclamada la lei del Talion.

Ahora bien, se pregunta; dado que fuesen ciertos cuantos horrores se atribuyen a Rosas, lo que dista bastante de la verdad ¿por qué no han de ser coparticipes de ellos, los que primero que él i sin ningun ante-

cedente que autorizase el acto de asesinar sin causa previa, los promovieron? Sí, como se asegura que Rosas mataba, complaciéndose con el tormento de cuantos enemigos caian en su poder, lo que tambien es inexacto, ¿qué hubieran hecho los unitarios con Rosas, si éste hubiese caido en sus manos?

Cuando se llega a inhumanos extremos, a los sangrientos horrores de una guerra a muerte, ninguna de las dos fieras que se despedazan entre sí, tiene derecho para achacar a la otra la responsabilidad de la sangre que se derrama, a ménos que una de las dos, por actos incalificables, haya obligado a la otra a echar mano de represalias, i en este caso el partido unitario deberia enmudecer.

Ademas, cómo no suspender el juicio ántes de emitir un fallo definitivo, sobre los actos de un hombre a quien no se le ha oido aun; actos que para atribuirselos a Rosas, han sido rebuscados en el corazon de los tigres, i que representados en pinturas, se ve en ellos a un hombre estrujando con sus propias manos en una copa la sangre de un corazon humano, para bebérsela en seguida! La misma exajeracion u enormidad impone a la prudencia, el deber de detener su fallo ántes de estar mejor informada.

Lo que hai de cierto i mui averiguado, entre otras muchas cosas que omito, es que Rosas supo mui mal escojer sus amigos; pues, aquellos a quien este hombre extraordinario dispensó mas cariño i mas confianza, fueron despues sus mas encarnizados detractores, i los ejemplos los hemos tenido en Chile; pues, cuando publicaban la fama i la prensa con descaro, que las hijas del jeneral Lavalle, atadas a un poste, con los párpados cortados por órden de Rosas, sufrían con los rayos del sol sobre sus indefensas retinas, los tormentos que la mas bárbara i estraviada mente pudo inventar, esas hermosas víctimas del tirano, bailaban regocijándose en las tertulias del alegre Santiago.

Yo que desde el principio sabia todo esto, i que habia disfrutado varias veces en Buenos Aires de la misma seguridad que se disfrutaba en nuestra capital, movido por la curiosidad, pregunté a la señora de Mendville, matrona respetable i respetada de la alta sociedad bonaerence, en cuya casa se me dispensaba la mas cordial i franca hospitalidad, si despues de la salida de Rosas quedaban aun en la ciudad algunos miembros de su familia, porque descaba conocerles, i por toda contestacion mandó un recado a....., parienta inmediata del dictador, diciéndola que la esperaba.

No tardó en llegar a la casa, con los atavíos de la mas sencilla elegancia, una de las mas hermosas mujeres que he tratado en el curso de mi vida. Juventud, atractivos, franqueza, educacion i fino trato, adornaban a ese ser privilegiado; la cual, oyéndome decir que deseaba saludar al señor don Juan Manuel a mi pasada por Southampton, tuvo la bondad de entregarme una tarjeta suya, en cuyo respaldo escribió con lapiz una sola palabra. Tuve despues ocasion de ver dos veces en el teatro a esta señora, i la de observar los cordiales saludos que la dirijian los concurrentes desde sus palcos.

Hablando algunos dias despues en Montevideo con el señor Mende-ville, comerciante acreditado de aquella importante plaza, me indicó la posibilidad de echarnos pronto al bolsillo algunos pesos fuertes, si yo me resolvía a escribir un folleto sobre Rosas, i a mandarle diez mil ejemplares. Aseguraba se vendería en el acto i a mui buen precio, con tal que el escrito contuviese un exámen analítico-moral del corazon del ex-dictador, sus actuales tendencias i el fundamento de sus futuras esperanzas de volver a ejercer el poder en Buenos Aires. «No dude usted, me decía, los movimientos de su fisonomia; repare usted si los actos de benéfica humanidad le son indiferentes o le entristecen; sigalo usted al teatro cuando se representen dramas horribles o tragedias, i apunte con minucioso esmero el carácter que asume su rostro en los momentos de las catástrofes; espresese, como usted sabe hacerlo, cómo en esos momentos le brillan los ojos de alegría, i cómo las demostraciones de duelo por el crimen consumado, solo le merecen desprecio.»

Parecióronme un si es no es apasionadas las instrucciones que me daba aquel honrado comerciante del pintoresco Montevideo, i mucho mas me lo parecieron despues, cuando mostrándole yo aquellas mentadas «Tablas de Sangre,» que los enemigos de Rosas lanzaron como un brulote por toda la América, para atestiguar los crímenes que se atribuian a ese mandatario, i cuestionándole sobre ellas, reparé que pasaba como por sobre brasas encendidas al llegar a muchos hechos que, sin dársele yo a entender, me constaba que eran falsos.

Llegado despues de un viaje feliz a Southampton, pregunté al dueño de mi posada si sabia dónde vivía Rosas; i con su respuesta afirmativa, si sabia en qué se ocupaba, o qué hacía en aquella ciudad, i me respondió estas testuales palabras:

—Esa fruta de horca, solo se ocupa en hacer mal, i si no mata jente

aquí como mataba en Buenos Aires, es porque en Inglaterra del asesinato a la horca no hai mas que un paso.

Espantado con semejante juicio, quise profundizar algo el cimiento sobre que se apoyaba, i no tardé en descubrir que ni de vista conocia a Rosas, i que si llegaba a saber que existia un Buenos Aires en América, era mas por la línea de vapores que entre Southampton i aquella plaza navegaba, que por sus conocimientos jeográficos.

Los fundamentos de su inconsciente fallo no traían mas calificado origen, que el que dejaban en su memoria las hablillas mas o ménos apasionadas de los arjentinos que, de paso, alojaban como yo en su posada.

Se comprende que cuanto se decia de Rosas debia interesar vivamente mi curiosidad; así fué que en cuanto instalé mis trevejos en mi alojamiento i di una vuelta para recorrer la ciudad, que vi con gusto por segunda vez, me dirijí a casa de Rosas.

Vivia éste en el segundo cuarto de una modesta casa de cinco pisos, altura mui comun de los edificios de aquel pueblo. Llamé, i habiendo entregado al portero que acudió al llamado, muchacho que por el color de la tez me pareció americano, una tarjeta mia, no tardé en oír la voz entera de un hombre que parecia acostumbrado a mandar, que ordenaba se me franquease entrada.

Un instante despues se adelantó a recibirme el mismo Rosas. Era éste entónces un hombre como de sesenta i dos años de edad, de estatura mas que mediana i de robusta complexion. Lucia su rostro, sobre una tez blanca i sanguinea, dos hermosos ojos azules, una nariz aguileña, i un par de labios, aunque finos, perfectamente diseñados. Nada encontré en su traje que llamase mi atencion, vestia como viste un honrado i modesto inglés de mediana fortuna. Ni vi en él chiripá, ni tampoco el grueso pantalon con vivos lacres, ni mucho ménos el chaleco de lana colorado i la divisa que afectaba lucir en Buenos Aires, ya en las revistas o ya en los campos de batalla, como me aseguraron en América que encontraria al ex-dictador vestido aquí.

Recibióme con afectuosa cortesía, sin olvidar aquella prudente reserva, forzosa compañera del hombre de mundo cuando trata por ver primero a un desconocido; mas, ésta duró poco, pues no hizo mas que recibir la tarjeta de su parienta i leer lo que en el respaldo de ella iba escrito, cuando levantándose de su asiento, me tendió con efusion los brazos, apellidándome paisano!

Seis dias estuve en Southampton, i en esos seis dias tuve ocasion, uno de almorzar con él, i los cinco restantes de acompañarle a tomar mate, bebida sin azúcar, que parecia serle favorita.

Noté, en mis conversaciones con este hombre escepcional, que se habia apoderado de su ánimo cierta manía de creer que era imposible que los arjentinos pudiesen vivir en paz, bajo otro sistema de gobierno que el absoluto: que él era el hombre indispensable para contener los desbordes de las pasiones tan propias de esos locos, a quienes tanto seguia queriendo, sin saber por qué, i que era tambien imposible, que el escaso juicio, que aun se complacia en reconocerles, no les obligase a llamarle de un instante a otro. Por cada vapor que llegaba esperaba este llamado, i por cada vapor sufria descepciones su creencia, pero esas descepciones mas le inspiraban lástima que cólera, pues, segun él decia, mas perdian ellos en no llamarle, que él permaneciendo donde estaba.

Hablábame con calor sobre la enormidad de los crímenes que se le atribuiian, i recuerdo que, paseándose con exaltacion la vispera del dia en que debí proseguir mi viaje, me cojió de la mano i llevándome a una pieza atestada de cajones abiertos i de sacos de legajos i papeles me dijo: «Ve usted todo esto, paisano? Pues aqui tiene usted el archivo privado de mi gobierno; aqui puede usted encontrar no solo los documentos que justifican mis actos, sino tambien muchos de aquellos que acreditan la desleal conducta de mis enemigos, ingratos unos i malos cuasi todos. Ya vendrá el dia en que todos estos documentos vean la luz pública i de ello me ocupo ahora, agregó señalándome con la mano multitud de papeles borrajeados que tenia sobre su escritorio... Todo lo comprendo, paisano, agregó con despecho, porque conozco las aspiraciones de los chasqueados; pero lo que no comprendo, lo que nunca he podido comprender, es que los chilenos, sin oirme siquiera hayan *amuchado* el número de mis enemigos, cuando el solo exámen de la conducta que ha observado en Chile esa tropa de *baquales*, dispésemela espresion, que se refujiaron en aquella república, sobra para conocer la calidad de los testigos que deponian contra mí.»

Preguntado, por qué no habia promovido en Chile la creacion de un diario encargado de rectificar las calumnias de sus detractores, me contestó: «porque los primeros pasos que di en este sentido fueron desgraciados... Promoví en la ciudad de Valparaiso la creacion de un diario, de cuya redaccion se encargó un señor Espejo... don Juan Nepomuceño, recuerdo que era su nombre; pero no surtió efecto esta medida;

porque los diarios de ese pais estaban todos en poder de arjentinos. Hice ir entónces a su tierra, a un jóven cuya familia me debia servicios, i que hasta entónces me habia dado a entender que era un ardiente partidario mio, i en cuanto no mas se encontró en Chile, influenciado por su padre, me volvió la espalda: i tambien, señor don Vicente, hablemos claro, no hice mas diligencias porque cometi la chambonada de presumir mas de lo que debia, de la penetracion de los chilenos para deducir de las mismas exorbitancias que se contaban de mí, i de la conducta de mis detractores, la poca fe que sus relatos merecian.



CAPITULO XXV

Estado hamburgues.—Modo de percibir la contribucion del cuatro por ciento sobre los haberes muebles.—Jardin de niños.—Emigracion, sus agentes.—Actividad de las naciones para promoverla.—Serias dificultades que tuvo que vencer el agente chileno en Hamburgo para la remision de emigrantes a Chile.—Su polémica con la "Gaceta de Ausbourg."—Bases sobre que debe fundarse toda empresa de inmigracion.—España.—Cuentas del gran capitán.—Las aguas de Frances bade.—Abd-el-Kader.—Los rusos.—Francisco Javier Rosales.—Fin.

El 9 de setiembre de 1855, época en que los tiernos retoños de los árboles anuncian la llegada de nuestras risueñas primaveras, i aquella en que la naturaleza comienza a despojarse de sus galas para soportar el rigor de los inviernos del norte de la Europa, llegué a la hermosa, rica i libre ciudad asiática de Hamburgo, antigua i formidable fortaleza, llave del Elba, entónces, por el poder de sus armas, centro i pacífico emporio, en el día, de comercio i de riquezas, i acreditada ajencia que sirve de intermedio a la industria alemana, así para repartir sus artefactos por todos los mercados del mundo, como para recibir los ricos retornos que la alimentan.

Hamburgo no era en aquella época una simple ciudad engastada en la gran Confederacion Jermánica, como lo acreditaba su nombre de Villa Libre; Hamburgo era, aunque pequeño, un verdadero Estado independiente, una república cuya instituciones políticas, civiles, relijiosas i rentísticas, merecian ser estudiadas

En la constitucion hamburguesa ni habia jefe supremo ni cosa que lo pareciese. Los poderes del Estado, que con tanto afán se empeñan los escritores constitucionalistas en dividir, estableciendo entre ellos la soñada, reciproca i necesaria independencia que hasta ahora no han podido conseguir, por ser imposible fijar a la jurisdiccion de cada uno

limites incontrovertibles, se encuentran en la constitucion hamburguesa reunidos en un senado que ejecuta i juzga, i en una asamblea de ciudadanos activos que, junto con el Senado, concurre a la confeccion de las leyes, sin que esta aparente confusion de los poderes haya, hasta ahora, por el sabio mecañismo a que obedece, perturbado la marcha normal del Estado, ni la pacifica i tranquila de cada funcionario en el desempeño de su respectivo cargo.

Esto que llamamos por acá, bandos políticos, apénas tiene en Hamburgo significado, porque estando siempre las aspiraciones al mando, en proporcion directa con el alto o el bajo luero que el mando proporciona, no es de estrañar que en ese pueblo, donde apénas alcanza la remuneracion de sus mas altos empleados a cubrir los gastos de escritorio, no se encuentra esa falaz pantalla, tras de la cual se ocultan los que acechan el poder. Son allí los empleos públicos, con relacion al lujo que proporcionan al empleado, mui semejantes, en lo gratuitos, a los de nuestros subdelegados; por esto causa tanto terror en Chile el título de subdelegado, cuanto en Hamburgo el de un bourgomaestre. En Chile paga una multa el ciudadano que rehusa ser subdelegado; en Hamburgo el que rehusa ser senador, o lo que es lo mismo juez, síndico o presidente, porque del senado salen estos funcionarios, sufre el castigo del destierro i ademas, el de la pérdida de la décima parte de su fortuna, que se aplica a beneficio del tesoro público.

¡Cuántos aspirantes a empleos empuñarían el arado; cuántos eternos habladores enmudecerían; cuántos bandos políticos, sociedades juradas para asaltar el poder, se disolverían, si el servicio público se hiciera en lo posible obligatorio i gratuito!

Hasta para alcanzar entre nosotros el título de cabildante empleamos, sin rubor, la intriga, la corrupcion, el engaño i la amenaza; derramamos a manos llenas dineros que mezquinamos a la miseria, a la educacion i al dolor, i poco nos importa que hasta sangre se derrame, si alcanzamos el apetecido título de ilustre, con el que modestamente se condecoran en las salas de cabildos los mas opacos entendimientos. ¡ todo ¿por qué? Por el pago de ciertas inmunidades; por el teatro, por ocupar asientos de preferencia en las festividades públicas, i, sobre todo, por el derecho de intervenir en futuras elecciones que, llevando a sus parciales a las cámaras, le pongan en actitud de escalar despues el poder remunerado. Si los municipales chilenos nada tuviesen que hacer en las elecciones, i tuviesen obligacion, como la tenían los antiguos romanos,

de costear, de su propio bolsillo, todas las gangas de que ahora tan espetados gozan, de seguro, que se huiria de la sala de cabildo, como se huye en Hamburgo de la del Senado.

Pocas i equitativas son las contribuciones que alimentan el tosero de la república. Entre ellas me llamó mucho la atencion el modo como se recauda la del cuatro por ciento, sobre los haberes muebles; porque la del cuatro por ciento sobre el valor de los inmuebles, solo se exige en los grandes apuros o en casos mui extraordinarios.

Llámase la contribucion del cuatro por ciento sobre los haberes muebles en las villas ansiáticas, contribucion *patriótica, de honor i de conciencia*. Págase siempre en secreto i el monto de la cuota que a cada cual corresponde, se deja a la conciencia del erogante. Para recaudar este impuesto, cuatro senadores i doce notables ciudadanos activos asisten durante un mes seguido, a una sala donde se instala una caja receptora. Cada contribuyente ocurre a la sala el día del mes que mejor le parece; deposita en la caja lo que cree deber depositar, se retira en seguida, i la comision que presencia, desde alguna distancia, este acto, sin averiguar el monto de la cantidad depositada, se limita a inscribir el nombre del contribuyente, i a poner a continuacion de él estas solas palabras: *cumplió con la lei*.

Las contribuciones urbanas que pagan los vecinos satisfacen de un modo tan inmediato i directo las necesidades de los contribuyentes, que ni se siente el peso de ellas. La ciudad es casa de seguros donde cada depositario tiene obligacion de asegurar su propiedad, sin que ésto obste para que la asegure en otra compañía. La ciudad es dueño esclusivo del agua potable, así como del alumbrado público, i la loteria existe allí tambien como existe en todos los pueblos alemanes.

Los establecimientos de beneficencia, que costea esclusivamente la caridad pública, son tantos, tan ricos i tan bien asistidos, que no conozco pueblo alguno que pueda disputar en esto la primacia del hamburgués.

Notables son sus escuelas i colejos; pero lo que mas llamó mi atencion, entre esta clase de establecimientos, fueron las escuelas destinadas para niños desde dos hasta siete años de edad. Llámamlas Jardines de Niños i su orijen es puramente hamburgués. Estos interesantísimos establecimientos, que corren a cargo de mui calificadas instructoras, han sido ideados con el doble propósito de servir de segunda madre al niño cuando la lejitima tiene que dejarle solo en las horas que dedica al trabajo

fuera de su casa, i de propender, a fuerza de ingeniosos procedimientos, a cambiar el instinto de destruccion, tan propio de esa tierna edad, por el de la conservacion, por el del órden i hasta por el del trabajo creador. Seminarios donde tan delicados seres beben, puede decirse, con la leche que los alimenta, el jérmen de tan importantes hábitos, no es posible que dejen de producir excelentes hijos al pais que los plantea.

He visitado con detencion uno de estos establecimientos donde recibian maternales cuidados 82 creaturas. Todo en la casa estaba dispuesto para hacerla grata al educando; jardines, sombras, baños, columpios, trapécios, juguetes, trechos destinados para labrar la tierra i plantar flores. Ningun juguete dejaba de tener un nombre científico ni carecia de algo que agradando pudiese instruir. Las pelotas representaban globos jeográficos de gradual perfeccion, unas con solo los círculos máximos i otras con los continentes ademas i vestidas de hermosos colores, los cuales solo se entregaban al niño cuando éste podia dar razon de lo que significaban los primeros. Los palitos con que jugaban eran cilindros, cuadros, cubos truncados, elipses, etc. Cada niño segun su edad, para que pudiese jugar con tierra, tenia a su cuidado un jardincito de media vara en cuadro, i disponia de pequeños instrumentos agrícolas para poder cultivarle, i la profesora, al poner en sus manecitas esos instrumentos de labor, junto con enseñarles su nombre i el modo de usarles, inculcaba en el ánimo de los cultivadores el santo espíritu de emulacion industrial. Ninguna violencia se empleaba en aquel establecimiento para contrarrestar el carácter mas o ménos voluntarioso del niño; ninguna ocupacion detenia mas de seis minutos seguidos la voluble imaginacion del educando sobre un mismo objeto; i el niño, léjos de oponer resistencia a las madres para ir a la escuela, apenas llegaba la hora de ir a ella, la importunaba por marchar.

La madre de familia que trabajaba a jornal, solo cuidaba de acomodar en la escarcelita del niño el alimento para un modesto almuerzo, i marchaba a su trabajo hasta la una del dia, hora en que se recojia, despues de haberle dejado contento i aprendiendo sin mortificacion lo que ella misma no podia enseñarle. Enseñábaseles a rezar i a cantar; ejercitábase su memoria con el aprendizaje de fábulas cortas i espresivas. Colocados al rededor de una mesa, se distribuia a cada uno el número de palitos que alcanzaba a contar hasta diez. La preceptora formaba con otro número igual alguna figura regular que cada cual trataba de imitar i maravillaba ver en boca de aquellos seres diminutos los nom-

bres de triángulos, de cuadrados, de polígonos, etc., etc.; i mas aun, la prontitud con que el niño contaba de uno a diez i de diez a uno, a medida que la profesora quitaba o agregaba un palito a la figura que el niño acababa de imitar. He visto obras de paja primorosamente trabajadas por esos artistas en miniatura; i cada vez que alguna sobresalía por su relativa perfeccion, se colocaba ésta en un cuadro, con el nombre del artista, que merecia de todos los que visitaban el establecimiento, elogios i cariños.

Omito continuar relatando pormenores, por creer que bastan los que quedan apuntados para hacer vislumbrar la importancia de estos interesantes establecimientos.

Velaba entónces sobre la conervacion i fomento de los jardines de niños, una sociedad de filantrópicas señoras, cada una de las cuales ejercia por semana la superintendencia de todos ellos, para corregir sus defectos o para proveer lo que en ellos faltase.

La ciudad i puerto de Hamburgo, capital de esta pequeña república, que solo cuenta con una estension territorial de 392 cuadros de a mil kilómetros cada uno, i con una poblacion de 200,000 almas, de las cuales 160,000 corresponden al pueblo, es una de las mas hermosas de Alemania a pesar de su forma irregular. Es pintoresco su asiento entre la embocadura del Elba, cubierta siempre de una selva de mástiles donde lucen todos los pabellones del mundo, i el precioso lago Alster que, rodeado de paseos i de vistosos edificios, penetra en la ciudad para mezclar sus aguas al traves de suntuosos canales con las del Elba. Sus antiguos i formidables fosos, de cuarenta metros de anchura, trasformados en jardines i paseos que forman un cinturon de flores i de monumentos al rededor del pueblo, el contraste de las modernas construcciones, con las del estilo tentónico que escaparon al voraz incendio, que en solo tres dias arrasó en 1842, 1,992 edificios, hacian de este emporio de comercio i de riquezas, una de las mas interesantes residencias así para el simple negociante, como para todo hombre que desease gozar en paz i al abrigo de positivas garantías, una vida poco costosa, regalada i grata.

Todo Estado que desee promover inmigraciones de alemanes, no debe perder de vista que Hamburgo es uno de los puntos obligados para establecer sus agencias de inmigracion. Este importante paso donde año a año se acumula i se estrecha la gran corriente de emigrantes que fluye de todos los puntos de Alemania, para repartirse en seguida, con mas o ménos caudal, por entre todo despoblado que necesita, para su progreso

material e intelectual, el concurso de brazos humanos, habia despachado en solo los meses útiles que el deshielo del Elba permitió aprovechar el año anterior al de mi llegada, 163 naves con 32,310 emigrantes para diferentes puertos trasatlánticos.

Pero no se crea por ésto, que Hamburgo sea la única fuente donde debe buscarse al emigrante alemán, porque Bremen i Antuerpia le disputan muchas veces la primacía.

Para el que llega a esos puntos por vez primera, i para el que sabe cuántos miles de emigrantes se dirijen anualmente a ellos en demanda de nuevas patrias, parece desde luego, fácil i sencillo encaminar esa corriente a cualquiera de las especiales rejiones que la solicitan; pero no es así, porque la operacion es harto mas ardua i morosa de lo que parece.

En Hamburgo, en Bremen, en Antuerpia, en Liverpool, en el Havre i en cuantos puertos se detiene el emigrante a contratar pasaje, se encuentran, desde que se inició la emigracion trasatlántica, agentes especiales acreditados por sus respectivos paises, para conseguir que el emigrante se dirija a ésta o aquella otra rejion, con preferencia a otra alguna de las muchas que simultáneamente le ofrecen hospitalidad i hogar.

Estos activísimos agentes, bien que hostiles entre sí, cuando trabajan solos, lo mismo es llegar a sus oídos el proyecto en tabla de una nueva colonia que puede disputarles el monopolio de la consignacion de hombres, no solo se aunan para resistirlo, sino que lo combaten con las armas mas vedadas.

El estado semi-bárbaro de las rejiones del Pacífico; la raza latina degradada i marchando hácia su estincion; su intolerancia relijiosa; sus sangrientas i diarias revoluciones políticas; el clima mortífero del istmo de Panamá, calidad que hacen estensiva hasta el del mismo Cabo de Hornos; las invasiones de indios antropófagos; las sierpes i demas reptiles venenosos, todo lo ponen en juego para explotar, en beneficio suyo, ya la sencilla credulidad de aquellos que desean emigrar, ya el terror de las madres que los ven partir.

Tan pronto, pues, como mis dilijencias preparatorias dejaron traslucir el objeto de mi llegada a Hamburgo, los agentes de colonizacion, establecidos en aquella plaza, acudiendo a sus periódicos subvencionados, echaron a correr tantas mentiras respecto a Chile, i tan falsos juicios respecto al nuevo paladín que entraba en el palenque a sostener

la primacía de la hermosura de su sin par colonia de Llanquihue sobre todas las colonias establecidas i por establecer, que luego me hicieron comprender las grandes dificultades que iban a embarazar mi comision desde sus primeros pasos.

Dijose entre otras cosas: «que acababa de llegar a Hamburgo un caballero ofreciendo montes i milagros, a cuantos emigrantes quisiesen dirigirse a Chile, i que el amor a la humanidad les imponia la imprescindible obligacion de prevenir a los incautos, que se acordasen de aquel mercader de carne humana llamado von Schütz, i del no ménos famoso Rodulfo que vinieron con grandes aparatos i embustes a enganchar victimas para el Perú, etc., etc.»

El número de interesados que miraban de reojo mis propósitos me parecia que crecia por momentos. Los Estados de la Union Americana, el Quebec, el Brasil, el Cabo de Buena Esperanza i la Australia, tenian sus agentes en Hamburgo, i éstos, otros sub-agentes en los puntos mas importantes del interior de Alemania. El Brasil solo tenia siete agentes especiales de colonizacion repartidos en varios pueblos para proveer de brazos a Rio Janeiro, a Pernambuco, a Bahía, a Rio Grande del Sur, a Santa Catalina, a Victoria i a Santos, nombres todos de colonias establecidas en esos lugares.

Yo, solo, desconocido, sin mas antecedentes favorables a mi mision que mi titulo de Cónsul Jeneral; sin conocimientos suficientes del idioma para poderme defender, ni facultad para subvencionar periódicos que pudiesen abogar por mi pais, me hubiera encontrado en una situacion poco envidiable, si el conocimiento que tenia del poder de los titulos honoríficos en la culta Europa, no hubiese acudido a socorrerme. Conseguí del Gobierno chileno que a mi titulo de Cónsul Jeneral en Hamburgo, se agregasen los de igual clase en Prusia, en Dinamarca i en Hanover, i elijiendo en seguida entre las notabilidades científicas i mercantiles de los reinos mencionados, aquellas que me parecieron mas a propósitos para ayudarme, hice espedir a favor de cada una de ellas el nombramiento de cónsul de Chile en el lugar de su respectiva residencia.

Regalé a varias sociedades científicas los objetos de historia natural que llevé de Chile, acompañándolos con sus respectivas memorias, i a los corredores ambulantes de aduanas i de cuanto se les viene a la mano, les hice vislumbrar las regalías de un próximo nombramiento de cónsul chileno, i hasta el de sustituto mio con todas mis facultades tan pronto como dejase encaminada la inmigracion hácia Chile.

Tuvo, pues, Chile por abogados officiosos suyos a Karl Andrew, de Leipsig; a Wappaus i a Ausmann, de Gotinga; al baron de Bibra, de Nuremberg; a Carl. C. Rafn, de Copenhague; a Gülich, de Berlin; al acaudalado Rossi, de Viena; a Pœpig, todos hombres respetados o notabilidades científicas de la culta Europa setentrional; i tambien a muchos especuladores de menor cuantía, que si no impulsaron la inmigracion, no la entorpecieron, porque la esperanza de parecer jentes representando a Chile, les ataba las manos.

Fué tal la fortuna que me asistió en la prosecucion de esta idea, que aquellas notabilidades científicas que, por razon de sus empleos, no pudieron aceptar el honor de ser cónsules chilenos, tuvieron la amabilidad de indicarme las personas que podian desempeñar este cargo, i yo, al aceptarlas sin reserva, el acierto de dejar constituidas en cada pueblo, dos personas que abogasen por Chile, en vez de una sola; el cónsul propuesto i el cónsul efectivo.

El sabio Guerlin me escribia, con fecha 24 de junio de 1858, una carta, de la cual copio con gusto esta cláusula final:

«Nada podrá contrastar el elevado interes con que persiguiré durante toda mi vida la felicidad i progreso de vuestra *virjen patria*.»

El no ménos distinguido naturalista baron de Bibra, presidente de la sociedad de historia natural de Nuremberg, la cual me honró despues con el titulo de miembro honorario suyo, al hablar de Chile, siempre que me escribia, nunca dejó de decir mi querido Chile.

En cada uno de los miembros presentes de la real sociedad de Anticuarios de Copenhague, a la que pertenezco, contaba con un apolojista de Chile, i otro tanto sucedia con cada uno de mis consocios de la sociedad prusiana para la moralizacion i fomento de las clases obreras.

El activo cultivo de mis nuevas amistades i lo mucho que hacia hablar de Chile en todas partes, no tardaron en producir los frutos que yo esperaba de ello.

Comenzaron a llegarme muchas cartas atosigándome con preguntas sobre Chile. ¿Qué es Chile? se me decia en ellas. ¿Dónde está? ¿Qué clase de gobierno tiene? ¿Qué relijion es la suya? ¿Qué productos naturales se encuentran en él? ¿Qué jénero de industria puede plantearse con provecho allí? ¿Qué clima tiene? ¿A qué clase de epidemias o de enfermedades está espuesto allí el extranjero? etc., etc.

En manera alguna debe estrañarse tan minucioso interrogatorio, porque es menester repetir hasta el cansancio que nuestro Chile, salvó

aquellas casas de comercio que negocian con él i las cancillerías de las potencias marítimas que suelen someterlo al pago de indemnizaciones, es tan conocido de los europeos, como lo son de nosotros los compartimientos de la luna.

Este cúmulo de necesarias averiguaciones, que presuponia por lo ménos un tomo de contestacion para cada carta, fué el motivo que dió orijen a mi *Ensayo sobre Chile*, obra que escribí con los poquisimos datos que tenia a la mano, en los momentos que me dejaron libres mis quehaceres, i que remitía por toda contestacion, por el correo a mis numerosos preguntones.

Tales fueron los primeros afanes que me impuso mi delicada mision hasta el 31 de marzo de 1856, fecha de la primera espedicion directa que en el *César Elena* mandé a Puerto Montt, ántes de dejar definitivamente cimentados los envíos que contra viento i marea como suele decirse, continuaron despachándose despues para Puerto Montt i la colonia de Llanquihue.

Desde entónces tuve mas momentos de quietud de que poder disponer i procurando aprovecharlos, fija como siempre la mente en mi patria, publiqué en español el *Manual del ganadero chileno*; un *Atlas* microscópico para el uso de las escuelas chilenas de instruccion primaria, i los *Cuadros cronológicos* de la historia antigua i moderna de Chile i el Perú.

El Eco de Ambos Mundos de Lóndres, aludiendo en aquel entónces al movimiento jeneral de emigracion, registra entre otras cosas, estas palabras:

«Segun los últimos datos oficiales publicados por la Oficina Estadística de Prusia, emigraron de aquel pais 227,236 individuos en los años de 1844 a 1860, i llevaron consigo un capital de 45.269,011 pesos prusianos.

«Hasta ahora Chile es solo el Estado hispano-americano que ha procurado seriamente promover la inmigracion alemana i que ha visto coronados con buen éxito sus esfuerzos en esta empresa tan importante. Gracias a las ventajas que ofrece el suelo i el clima de aquel pais, a los sacrificios que se ha impuesto i a las diligencias practicadas desde el año de 1850 hasta hoi, por sus agentes sucesivos de colonizacion, la emigracion a los puertos chilenos descansa en bases mui sólidas.»

Pero en cambio, ¿qué no decian de Chile los diarios alemanes? ¿Qué no decian los diarios chilenos, cuyos nombres por vergüenza silencio, contra los gastos que el Gobierno hacia en obsequio de las colonias del sur?

El asunto es por demas importante, para no detenerse siquiera un momento mas en meditarlo. Tarde o temprano, Chile abrirá al todo los ojos sobre las ventajas que necesariamente debe traerle el fomento de la inmigracion extranjera, i cualquiera cosa que ahora se insinuare en este sentido, en vez de inoficiosa, debe mas bien considerarse como una semilla sembrada, que a su tiempo tiene que dar ópimos frutos.

El 17 de octubre de 1856, se estableció en la capital del imperio del Brasil, bajo el nombre de Compañía central de Colonizacion, una sociedad de hombres influyentes con un capital de mil contos, destinados a costear el pasaje i los primeros gastos de instalacion del emigrante aleman, a pesar que, ya en agosto del mismo año las cámaras lejislativas del imperio, habian autorizado al Gobierno para invertir seis mil en el mismo objeto.

En *El Hanza* del 22 de abril de 1857, venia el anuncio de la instalacion de una sociedad inglesa de emigracion, presidida por el duque de Wellington, quien aparecia suscrito por mil libras esterlinas para costear pasajes de emigrantes a las colonias inglesas, proporcionando a cada uno, facilísimos medios de devolver a la larga el gasto que se hacia en su obsequio.

El Gobierno inglés remuneraba con suma jenerosidad, al mismo tiempo, a los emigrantes que obstaban por sus colonias del Cabo, i mientras el Brasil i la Inglaterra, ya como empresas privadas, ya como gobiernos, no reparaban en gastos para aumentar la poblacion de sus colonias, muchos escritores chilenos, en vez de animar al Gobierno patrio en la prosecucion de los primeros pasos que daba en tan juicioso sentido, parece que se complacian en dificultarlos, porque no veian luego el fruto de un árbol tan recién plantado.

Las publicaciones alemanas parece que se daban la mano con las chilenas; éstas por el gasto infructuoso que se hacia en las recién nacidas colonias del sur; aquéllas, porque el territorio de colonizacion era, segun ellos, un mísero destierro, falsas las promesas del ajente, i perversa la índole degradada de los habitantes que existian en él.

La gaceta mas acreditada de Alemania en aquel entónces, la de Angsbourg, se habia constituido, sin saber por qué, en eco de todas las falsas noticias que, a consecuencia de mis dilijencias, se esparcian por todas partes. Tuve que sostener una recia polémica con los articulistas de ese diario, i por los siguientes párrafos que extracto de mis contestaciones, que sea dicho de paso, tuvo la gaceta la hidalguía de reproducir en sus

acreditadas columnas, se podrá deducir los cargos que se hacian a Chile i a sus hijos.

Decia yo entónces a mis mal intencionados contendores:

«Si se siguiese, como hasta ahora criticando a troche-moche las altas miras de mi Gobierno, de poblar los feracisimos i conocidos campos que engalanan con su lujosa vejetacion la parte austral de la virjen América, hubiera, como lo he hecho hasta hoi, enmudecido; porque solo a los ciegos se les puede ocultar la luz del sol; máxime cuando corren impresos los escritos de los mas acreditados viajeros del mundo, los cuales, ponderando la bondad i las riquezas que distinguen a esas rejiones, les dan la merecida importancia que solo la ignorancia o la falsia pueden atreverse a disputarle; mas, cuando las publicaciones no se detienen aquí, i se llega al extremo de llenar con ellas las columnas de un diario tan acreditado i por todos leido, como lo es la *Gaceta de Augsbourg*, calificando en ellas de pueriles las miras humanitarias de mi Gobierno, i de degradada la noble i hospitalaria raza de habitantes que cupo en suerte a la República chilena, callar, seria hacerse cómplice de tan atropellados desatinos.

«Valdivia, sépanlo alguna vez los ignorantes, no es una colonia. Valdivia es una provincia poco poblada, como lo son las demas de Chile, i que, por consiguiente, admite mas habitantes que los que tiene, i nada mas. A ella llegaron los primeros emigrantes que salieron para Chile, i como en ella no se encontraban terrenos para obsequiar, se echaron en el limite austral de esta provincia los cimientos de la colonia de Llanquihue, *no con el pueril objeto de separar unos de otros a los emigrados para tenerlos sumisos*, como se atreven a sentarlo, sino con el de colocarlos mas juntos mejorando su condicion.....

«Curioso seria averiguar el fin que persigue el articulista cuando al comparar con la sajona, la raza romana, parece lamentar que la primera vaya a degradarse en Chile con la mezcla de la segunda, que ni siquiera conserva, segun él, su pureza primitiva, pues tercia en ella la de indijenas imbéciles i esclavos. En qué consistirá para el sabio frenólogo, que gasta tanto tiempo i papel en escribir contra un pais que no conoce, la primacia de la raza sajona sobre la romana? ¿Será acaso porque ésta que ha sido, por su saber i por sus armas, dominadora absoluta del mundo, no cuenta entre sus hijos a Cinceronos, a Tácitos, a Horacios, a Virjilios, a Tasos i a Dantes, a Rafaeles, a Anjelos i a Murillos, i a mil otras lumbreras del saber humano? ¿Será acaso porque la

raza que tan en ménos parece mirar mi buen contradictor, no ha dejado ciudades monumentales, donde hasta ahora, sin escepcion alguna, acuden todas las naciones de la tierra, a beber en tan puras fuentes las nociones mas elementales de las artes i del buen gusto?

«Pues sépase el sabio detractor de la raza romana, que ella misma, i no otra, fué la que despues de pasear por la Europa sus victoriosos tercios, emprendió la conquista de América, i que la raza con que se ha mezclado en Chile, es aquella de los libres araucanos, única que en los anales de la humana historia, ha dado en defensa de su patria, el ejemplo de una lucha de 300 años, contra los mas afamados soldados del mundo; i en una rejion donde la configuracion jeográfica multiplicaba los encuentros, asi como las ocasiones de embotar, con el pecho desnudo, el filo de las armas de los vencedores en Pavia. Si a esta mezcla de tan pura i jenerosa sangre, debe la poblacion de Chile su existencia, ¿por qué no podria ella sostener comparaciones con las mas calificadas de la tierra?

«En cuanto a aquello de que *solo deben aprovechar los alemanes la jenerosidad con que les llama Chile para conquistarlo despues*, dejo a los juiciosos hijos de la culta Alemania, pais de mi predileccion, aceptar o rechazar con indignacion, el ridiculo cumplimiento de quererlos equiparar con la sierpe de la fábula.»

Déjase ver por lo que extracto de estos remitidos a los diarios, las armas de que echaban mano para combatir la humana causa que me condujo a Europa, i me complazco en pasar por alto, lo que se dijo del asendereado Ajente de la colonizacion chilena, por dejar sentados ántes de pasar a otra cosa, los principales preceptos que a mi juicio, autorizado por once años de continuada esperiencia, debe tener a la vista toda nacion que, falta de hombres i abundante de terrenos, desease aumentar su poblacion con el concurso del elemento extranjero.

La tierra es la patria comun del hombre, así como la de cuantos animales se mueven en ella. El interes, o mejor dicho, el bienestar de cada uno de esos seres animados, es el único móvil que los impulsa a reunirse, a separarse, o a dispersarse sobre la superficie de ambos hemisferios.

A esta disposicion a marchar en pos del bienestar se da el nombre de emigracion i al ser que emigra el de emigrante.

Emigra la golondrina europea siempre que los inviernos le niegan en su patria natal, el calor i el alimento que la brindan las costas africanas.

Las grandes invasiones de los bárbaros del norte, como los llamaban ántes a los pueblos semi-bárbaros del sur, no solo se debieron al espíritu de conquista, sino tambien a la necesidad de mejorar de condicion, buscando en las templadas rejiones del mediodía, mas espacio para estenderse, i aquellos productos alimenticios que la fria rijidez del clima patrio les negaba.

Para el hombre laborioso, son obstáculos de menor cuantía, las distancias, los riesgos de viaje, i aun las enfermedades endémicas, propias de algunas rejiones de la tierra, con tal que al separarse de su pais natal le asista la esperanza de encontrar en aquellas mas dichas que las que abandona en éste.

Dedúcese de aqui que no hai sobre la superficie del globo nacion alguna, por rica i afortunada que ella fuere, que no esté sujeta a sufrir los menoscabos que ocasiona la emigracion; porque al hombre que no le es dado proporcionarse en su propia patria los elementos de dicha que le esperan en la ajena, solo puede atarle a la primera o la pobreza que le impide viajar, o el no saber con exactitud si en la segunda puede mejorar de condicion.

Son, pues, preceptos de observacion imprescindible para atraer emigrados a las rejiones despobladas:

- 1.º Dar a conocer el pais que se quiere poblar.
- 2.º Conocido éste, probar con hechos incontrovertibles que el hombre convidado a abandonar su patria por la nueva que se le ofrece, mejorará de condicion en ésta.
- 3.º Conseguido este importante fin, facilitar, al que emigra, el camino para llegar a ella.
- 4.º El planteo, administracion i fomento de la inmigracion i colonizacion, no debe correr a cargo inmediato de los gobiernos, sujetos siempre a perturbadores cambios ministeriales, sino en tanto que su intervencion pueda dar al emigrante serias garantías del cumplimiento de lo que se le ofreciere i nada mas.
- 5.º Una sociedad patriótica compuesta de hombres escojidos así nacionales como extranjeros, debidamente autorizada, que pueda disponer de una renta anual fija en el sentido de no poderse disminuir, sin previo aviso de un año anticipado, i dotada de cierta libertad de accion para invertir los bienes que se le confieran, sin mas restricciones que las de dar cuenta de su inversion, con arreglo a las bases fundamentales que el Gobierno hubiere dictado al instalarla, es la única que debe

tener a su cargo las riendas que rijieren esta institucion de riqueza i de progreso en todo Estado que anhela repoblarse con brazos extranjeros.

Estas cinco prescripciones son esenciales. Del estudio i de la meditacion de cada una de ellas, nacen los medios especiales que deben traerlas al terreno de la práctica; i aunque esos medios puedan llegar a ser mui importantes, por lo mismo que han de ser variados como puedan serlo los lugares que se desee poblar, omito designarlos.

En cuanto a la nacionalidad que deba elejirse para poblar con sus hijos lejanos desiertos, entre la raza sajona i la latina, o mas bien dicho, entre el hombre del norte i el hombre del sur de la Europa, debe elejirse por regla jeneral el del norte.

Las razas del sur mimadas por la benignidad del cielo que les ha caído en suerte, solo se ausentan temporalmente de su hogar, como lo hacen las aves que emigran los inviernos para tornar en la primavera al suelo patrio.

Las razas del norte, que poco deben al cielo i todo al enérjico teson de su trabajo, rara vez miran para atras cuando encuentran su dicha en otra parte.

A esta regla jeneral hace escepcion el vasco, que en todas partes puede ser un excelente colono i en Chile inmejorable.

Ya que he tocado por incidencia a la España, no quiero pasar adelante sin consagrar a la madre patria el preferente recuerdo que merece sobre muchos de los demas recuerdos que debe conservar en su memoria aquel que viaja por Europa.

Despues de visitar el recién ensangrentado campo de Solferino, asuntos del servicio me llevaron por segunda vez a España.

¿Quién, despues de estudiar las costumbres caseras de la mayor parte de los centros poblados de la culta Europa, donde solo impera la cabeza, no cree, al llegar a España, encontrar en ella el trono del corazón? La franca i cordial hospitalidad, hija es de la península, i si la voz lealtad no nació en España, para España solo parece que hubiese sido creada.

Hijos de esa madre patria que tan poco conocemos, cuando despues de recorrer la Europa, mas con ánimo de instruirnos que con el de buscar alegres pasatiempos, llegamos a España, nos parece que hemos llegado a Chile. Cielo, producciones, idioma, costumbres, todo nos parece nuestro. Dos veces he estado en la península, i las dos me he ausentado

de ella con verdadero sentimiento; lo que no me ha sucedido al separarme ni de la misma Francia, en cuyo idioma todavía pienso.

Entonces no podia viajarse de Francia a Madrid en camino de fierro, viajábase entonces en malditos coches por demas incómodos i tirados por mulas, que, a impulsos del látigo i de las blasfemias del auriga, volaban de Irun hasta la coronada villa.

Madrid no es grande, pero es un hermoso pueblo que contenia entonces mas de 300,000 habitantes, i poseia cuanto el hombre civilizado puede desear para su comodidad, su instruccion i su recreo.

Entre sus muchos establecimientos públicos, llamaron especialmente mi atencion la biblioteca nacional, que constaba de mas de 200,000 cuerpos impresos i de infinitos manuscritos; el gabinete de historia natural con sus riquísimas colecciones mineralógicas; el museo de pinturas, que, aunque de harto mas modesto aspecto que muchos de los demas museos europeos, ninguno le aventaja ni en el número ni en el valor artístico de los lienzos orijinales que contiene. Los Anjelos, los Rafaeles, los Tizianos, los Rubens, los Vandick, los Murillos, los Velasquez i los codiciados lienzos de tantos otros principes de la pintura, no se señalan en el museo de Madrid como en los museos del resto de Europa, como objetos de conocida rareza, porque allí abundan.

Notable i rico es el museo de la armería, donde se conservan con religioso cuidado cuantas armas ofensivas i defensivas usaron los héroes de la guerrera en España, desde los tiempos mas remotos; i su colocacion no puede ser mas artística i hermosa. En todo el centro del gran salon se ve una fila de poderosos caballos perfectamente disecados, sobre los cuales cabalga la bizarra imájen del héroe que se quiere representar, cubierto con sus lejitimas armaduras, i en las paredes solo se ven trofeos de armas históricas vistosamente acomodadas. Sobre una mesa, inmediata a la entrada, noté una caja de jacarandá que contenia la mui deteriorada, pero respetada bandera que lució Cortes en la conquista de Méjico; i un poco mas allá, bajo el vidrio de un dorado marco, aquella mentada planilla de los gastos del gran Capitan, que muchos chilenos creíamos que fuese supuesta, aunque parece no serlo por el lugar donde está. Yo, sin embargo, a pesar del conocimiento que tengo de los usos i de las costumbres que imperaban en los tiempos del Gran Capitan, insistí en creer lo que ántes creia, pues no cabe en cabeza por hueca que ella fuere, que en la época de ese afamado guerrero pudiese un súbdito español presentar a su soberano, tan insultante i es-

trafalaria cuenta de inversion. Hé aqui, sino, algunas cláusulas de la mentada cuenta que conservo, copiadas por mí, en mi cartera de viaje: 200736 ducados i nueve reales, en frailes, monjas i pobres, para que rogasen a Dios por la prosperidad de las armas españolas.

100.000,000, en picos, palas i azadones.

10,000 ducados en guantes perfumados para precaver a las tropas del mal olor de los cadáveres de los enemigos tendidos en el campo de batalla.

170,000 ducados, en poner i renovar campanas destruidas en el uso continuo de repicar todos los dias por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo.

100.000,000, por mi paciencia en escuchar ayer que el rei pedia cuentas al que le habia regalado un reino.

En el extremo de un salon lucia dentro de un armario, entre muchas joyas de mujer, una rica espada, cuya empuñadura de oro representaba una cruz. Uno de los cuidadores de aquel museo, que sin conocerme, tuvo la amabilidad de servirme, como suelen decir, de cicerone, al verme detenido observando la inadecuada colocacion de aquella arma, me dijo:

—Esa es la real espada de la católica soberana doña Isabel I.

Confieso que semejante noticia me conmovió. Tenia a la vista esa prenda que habia usado aquel ser privilegiado a quien los americanos debemos, puede decirse, nuestra existencia, i movido por esta idea alcancé a decir:

—Besara yo respetuoso esa reliquia!

Lo cual oido por mi interlocutor, a quien entregué una de mis tarjetas, me suplicó que le esperase un instante, i se apartó de mí. Un momento despues, volvió acompañado con otro caballero ya entrado en años, el cual, despues de saludarme, me dijo:

—Prohibido es mover esta real reliquia de donde está, pero la solicitud de un americano tan calificado como usted parece serlo, no puede dejar de ser atendida.

—Pasóme, en efecto, esa joya guerrera que nunca pude comprender cómo pudo cargarla una mujer, la llevé con emocion a mis labios, i al devolverla para explicar este acto de respeto a tan corteses caballeros, les dije:

—Sin la señora que cargó esa espada, ni ustedes hubieran tenido ocasion de manifestarse atentos conmigo, ni yo el honor de haber merecido de ustedes tan distinguido servicio.

¡Cuántos pesos no me hubiera costado la satisfacción de este deseo fuera de España, i mui especialmente en Inglaterra, donde cobran una libra esterlina por saludo!

Fueron objeto de mis frecuentes visitas la biblioteca nacional i la notable fábrica de cigarros con sus ocho talleres, en los cuales trabajaban a una 3,048 mujeres!

El Madrid de mi tiempo, contaba, además, entre otros establecimientos públicos, con una universidad i varias academias, un observatorio astronómico, un jardín botánico, un conservatorio de artes, escuelas normales para profesores, 44 escuelas gratuitas para niños i 46 para niñas, en las cuales se educaban 3,000 alumnos; con tres hospicios i 18 hospitales, sin que faltase, para el solaz i recreo de sus habitantes, cuatro teatros, una inmensa plaza de toros, i preciosos paseos públicos dentro i fuera de la ciudad.

Tuve ocasion de tratar con alguna intimidad a los distinguidos literatos Vega, Güell i Renté en casa del rumbo Osma i en la del mui amable i afectuoso duque de Medina Celi.

De regreso de este pais hospitalario por excelencia, a las rejiones del norte, tuve la seria mortificación de caer enfermo del cólera en las inmediaciones de Magdebourg, en donde a la sazón hacia estragos esta calamidad asiática. Salvé como se salva de un naufragio, todo descalabrado; pero salvé, i como el cólera repite, digan lo que dijeren los esculapios, preguntando poco tiempo despues al doctor Zaleta si no habria en la ciencia algun específico que tomado con teson, aunque fuese por años seguidos, lo libertase a uno de un mal tan atroz, me contestó:

—El único específico contra el cólera, es el estar a cuarenta leguas de él!

El estado de mi salud me llevó por tercera vez a los baños termales de Franzesbad, donde habia tenido ya ocasion de ponerme en inmediato contacto con muchos de los mas distinguidos defensores de Sebastopol, i de persuadirme de cuán equivocados estamos los chilenos sobre la instruccion del hombre en el imperio ruso. Cuantas personas traté, así grandes como chicas, me sorprendieron por sus conocimientos, por su fino trato i la extraordinaria facilidad i desenvoltura con que hablaban idiomas extranjeros.

Fueron, pues, los rusos en Franzesbad mis mas simpáticos i asiduos compañeros. Para el ruso bien educado, ser americano es la mejor de las recomendaciones.

Allí conocí i traté a la princesa Dulgoroeki, hermosa señora prima hermana del emperador, la cual hablaba español como una andaluza. Recuerdo que una tarde, despues de haber despedido con terquedad a la pequeña corte de damas i caballeros que la rodeaba, dirijiéndose a mí con suma amabilidad i afable sonrisa, me dijo estas testuales palabras:

—Creo, señor cónsul jeneral, que usted ha estrañado el modo algo altanero con que he despedido a mi jente para que me dejen sola; pero esto es preciso, porque ¿qué seria de nosotras el día que nosotras mismas les diésemos a entender que ninguna distancia nos separa? Mucho me guardaria yo de hacer otro tanto con los hijos de las repúblicas americanas. La franqueza con ellos honra, i si nó, dígame usted, ¿no es verdad que usted puede llegar a ser presidente de Chile? pues a mi solo un acaso, talvez sin ejemplo, puede hacerme alcanzar a ser emperatriz!

Honráronme con una suntuosa comida que solo conmemoro por la notable mencion que se hizo en ella de nuestra virjen América. Presidía la mesa el gobernador o jefe de la Eukrania, i al rededor de ella, segun su categoría, se sentaron muchos de los jefes i oficiales que mas se habian distinguido en la defensa de Sebastopol. Noté tanto disgusto para con los austriacos, a los cuales llamaba mi vecino a media voz *autrechiens* (ultra perros) cuanto cariño por los franceses, con quienes tarde o temprano tendrian que ser buenos amigos. En cuanto a los americanos, nada habia que decir que no fuese bueno. Uno de los convidados no podia darse cabal razon de cómo un gobierno autocrático podia simpatizar con el réjimen de libertad de que gozaban los Estados americanos, i como otro de los alegres huéspedes dijese: los extremos se tocan, me admiró la prontitud i enerjia con que le interrumpió un oficial, aun convaleciente de una grave herida recibida en Sebastopol, esclamando:

—Nó, señor, no son los extremos los que se tocan, son los centros. La América es un mundo virjen i nuevo, la Rusia lo es tambien. Para la Europa la decrepitud, para la América i la Rusia el porvenir.

Si me hubiese atenido a las ideas, que sobre los rusos tenia mi buen tío Javier Rosales, de reguro que al tratar con la colonia rusa de los baños, habria creído encontrarme a mil leguas de esos supuestos bárbaros del norte. La jente rusa, esto es, lo que llamamos jente entre nosotros, en nada desmerece el acatamiento que siempre se dispensa a los

mas bien parados instruidos i corteses hombres de la tierra; i en cuanto a las señoras, muchas de las mas sociales e instruidas de las que he tratado en los diversos paises que he recorrido, se darian por contentas, si a la instruccion jeneral i a la especial que se dá a la mujer rusa, reunieran los naturales encantos que poseen esas hijas del coloso boreal.

Nosotros que nacemos ahora a la francesa; que paladeamos *bombones* franceses; que vestimos a la francesa, i que apénas sabemos deletrear cuando no vemos otra cosa escrita sobre las portadas de las tiendas, sobre las paredes, i hasta sobre el mismo asfalto de las veredas: Peluqueria francesa; modas francesas, sastrería francesa, etc., etc., i que al remate, apénas pinta sobre nuestros labios el boso, cuando ya nos hemos echado al cuerpo, junto con la literatura francesa o su traduccion afrancesada, la historia universal i mui especialmente la francesa escrita por franceses, ¿qué mucho es que se nos afrancesa hasta la médula de los huesos? Por estas razones tuvo la Francia, cuando la guerra de Crimea, en los chilenos, aquellos aliados morales que nunca faltan a todo apuesto i educado jóven, que lucha denodado, contra hombres vestiglos, brutos, bocones, peludos, sin frente e incapaces de abrigar sentimientos nobles i elevados, como nos pintaban a los rusos aquí i en Francia sus enemigos, cuando la gloriosa e inesperada defensa de aquella nueva Troya mas feliz que su infausta predecesora i que lleva el glorioso nombre de Sebastopol.

Si los chilenos bautizados de franceses, bajo condicion, en nuestra patria, eran tan enemigos de los rusos; ¿qué mucho es que los chilenos que habiamos recibido la confirmacion de ese mismo batismo en el mismísimo Paris, todo lo viésemos a la francesa? Don Francisco Javier Rosales, chileno como nosotros, i mas enemigo de los rusos que nosotros mismos, por razon de su prolongada residencia en Paris, tuvo conmigo serias discusiones sobre la Rusia que él no conocia, comparada con la Francia que él pensaba o creia conocer; i tanto que cuando la noticia del término de la guerra de Crimea, que tanta gloria desparramaba sobre las armas francesas, al oír el pregon de los muchos vendedores de boletines que gritaban hasta enronquecer:—Comprad, comprad, señores! ¡dos centavos! dos centavos, la paz de Sobastopol!—Me negó el habla porque le dije: Allí tienes el valor de tu paz!

I ya que el acaso ha introducido en mi charla a mi buen tio, hombre mal comprendido por los que le han tratado, tal vez para sus parientes,

ya que no para la historia de un buen servidor de Chile, no está demasentar aquí dos rasgos que le caracterizan.

Era Javier Rosales tan apasionado frances i tan absoluto parisiense, que el mundo entero no tenia mas polos para él, que la Barrera del Trono por un lado, i la de la Estrella por el otro; sin que por esto dejase de asignar a Chile en su corazon, el titulo del mas querido satélite de ese mundo de su predileccion. Su mismo amor al pais que le vió nacer i sus deseos de verle correr sin detenerse en la senda del progreso, idea a que consagró varios escritos, le hizo adoptar cuando departia con chilenos, sin cuya sociedad no se encontraba, el estrafalario arbitrio de murmurar de Chile, pero solo entre ellos i nunca en otra parte, para gozarse en las acaloradas i muchas veces hasta insultantes defensas que hacian de su patria los chilenos que le visitaban.

Celoso servidor de Chile como ministro en Francia, lo fué tambien como simple particular de los chilenos que recorrian la Europa; pero sin prudencia para contener su jenio sarcástico en los momentos mismos en que prestaba gratuitos servicios, hacia que éstos pasasen como vendidos a precios usurarios. Estos dos motivos, en ninguno de los cuales existió el mas leve propósito de ofender, han sido las principales causas del errado concepto que hasta ahora se ha tenido del carácter i de las tendencias de Rosales.

Volviendo por un instante mas la vista hácia los rusos, por ser éstos hasta el presente tan poco conocidos de nosotros, recuerdo que sus agentes diplomáticos observan con tanta estrictez el ritual que rije hasta sus menores actos en el extranjero, que serian capaces de dejarse ahorcar, ántes de dar el menor indicio de confesar que existe nacion alguna que no haya sido reconocida por la Rusia. Dábase a barrabas mi buen tío Rosales siempre que era visitado por el embajador ruso en Paris, ni éste se daba título de embajador, ni al tío daba otro que el de *musieur Rosales*. Lo mismo ocurrió al principio conmigo i con el señor Baron de Freytag, ministro residente de Rusia en Hamburgo, siempre que el trato social nos ponía en contacto; i así hubiera continuado sin que Chile ni Rusia se doliesen de eso, cuando el acaso lo dispuso de otro modo.

Deseosos algunos chilenos de visitar a San Petersburgo, ocurrieron a mí por el forzoso pasaporte, sin el cual nadie podia entónces, en Europa, moverse de un lugar a otro; por complacerles, pero sin atreverme a prometerles nada por no esponer las armas i el sello de la República a un rechazo, tuve con el señor de Freytag dos largas conferencias para ver

de qué modo podrían pasar a Rusia ciudadanos chilenos con pasaporte del Consulado Jeneral. En ellas hice presente al señor Baron la conveniencia que resultaria al buen nombre de la Rusia, de facilitar a los chilenos ocasiones de visitar i conocer una rejion civilizada de la culta Europa, de la cual solo teniamos los hijos del Pacifico las equivocadas noticias que nos daban de ella la Francia i la Inglaterra; agregué que si bien era cierto que nosotros no estabamos reconocidos oficialmente como Nacion por el Imperio, podia decirse que lo estabamos de hecho, puesto que productos chilenos bajo nuestra bandera, proveian de provisiones las colonias rusas de Tsiska, que teniamos como nombrado de oficio en Valparaiso un ajente consular ruso, i que siempre que pasaban por nuestros puertos buques de guerra rusos, así saludaban nuestras fortalezas como recibian saludos de ellas. Oyóme el Baron sin interrumpirme, i despues de un momento de reflexion como buscando algo que me contentase, me dijo: no habria inconveniente para que los chilenos viajasen por la Rusia, ya que no con pasaporte de sus autoridades patrias, pasando por ciudadanos brasileros. Al oír semejante contestacion, tomé mi sombrero para despedirme, i sin que mi amor patrio ofendido me hiciese faltar a los deberes de la cortesia, le dije: señor Baron, ningun chileno es capaz de renunciar ni por un instante, ni por causa alguna, a su nacionalidad.—Cuatro dias despues vino el señor Freytag a visitarme, trayendo consigo de la mano a un hijito suyo, para manifestarme mas a las claras, que la visita era la de un simple particular a otro simple particular; i departiendo conmigo sobre nuestro interrumpido coloquio, me dijo: no crea Ud., señor Perez, que la Rusia tenga el menor obtáculo para el reconocimiento de su hermosa patria como Nacion; pero hágase Ud. cargo: ¿le tenderia Ud. la mano de amigo a un sujeto por respetable que fuere, si otro amigo o él mismo a falta de ese, no se lo presentare, como lo exige la urbanidad? Tengo encargo especial de decir a Ud. que sus pasaportes serán respetados i atendidos por las autoridades del Imperio, siempre que la firma de Ud. vaya certificada por un ministro de una nacion amiga.

Con motivo de haber enviado, despues, a las bibliotecas imperiales de la Rusia i a sus sociedades jeográficas, mi *Ensayo sobre Chile* i algunos otros trabajos literarios, tuve la satisfaccion de verme visitado de nuevo por el señor Freytag; pero ya sin el agregado del niño, sin ese lujo disimulado de razones para que yo entendiera que no era el ministro de Rusia el que me visitaba, si no un tal, cualquiera, a otro tal

de su misma calaña. Tenía orden este amable diplomático de poner en mis propias manos una cortés comunicacion que el Barón de Korff, Consejero del Imperio, habia firmado por mi el 20 de setiembre de 1857, i lo hizo con la afectuosa sonrisa de aquel que dice: ya no volverá Ud. a irritarse ni a desconfiar de un país que es por instinto i por graves razones amigo de los americanos. La comunicacion solo contenia elojios que recaian sobre mis trabajos; pero en el sobre que conservo, cubierto de grandes sellos oficiales, se leia en todas letras: *Al señor Cónsul Jeneral de la República de Chile en Hamburgo.* Anda con Dios, dije yo al leerle; i poco tiempo despues, para confirmar esa exclamacion, recibí con fecha 22 de octubre otra comunicacion que con igual lujo de sellos i de titulos, me remitió el secretario de la Sociedad Imperial Jeográfica de Rusia.

Nada mas fácil seria, pues, en mi concepto, que allanar con el Gobierno ruso las mas bien supuestas que reales dificultades que hasta ahora existen para que no entremos a la par con ella en la comun sociedad de las naciones reconocidas.

Las saludables aguas i los prodijiosos barros de Franzesbad, atraen todos los años a ese asiento de baños termales, situados sobre las montañas de la Alta Bohemia, multitud de personas que de distintos puntos del globo acuden a ellos en busca de salud. Solo el rigor de los inviernos o la guerra pueden convertir en desierto temporal esa pequeña i pintoresca rejion, donde juntamente reinan la salud, el contento i el bienestar. Asi es que apénas dejó de oirse el cañon de Crimea, cuando parece que en Franzesbad se hubiesen dado cita los enfermos i los curiosos de las naciones mas conocidas de la tierra. Las vastas i lujosas posadas de aquella preciosa aldea, engastada en dilatados i artisticos jardines, estaban repletas de pasajeros, entre los cuales ostentaban sus trajes nacionales, el ruso, el alemán, el turco, el árabe, el armenio, el tirolés, el griego, el francés i el español.

Ocupaban el aposento inmediato al mio tres árabes que ya habian despertado mi curiosidad, tanto por la naturaleza del traje i la afectada gravedad de uno de ellos, cuanto por el solícito respeto del dueño de casa hacía éste. En los baños todo se sabe; no tardé pues en averiguar que me encontraba, tabique por medio, con aquel antiguo i afamado Emir Abd-el-Kader, hijo de Marcára, en el territorio de Oran, con aquel jefe del desierto que durante diez i seis años luchó con varia fortuna contra los conquistadores de Arjel, vertiendo a torrentes la san-

gre propia i la ajena durante el malhadado dominio de Luis Felipe de Orleans en la colonia africana, i que solo abandonó el temido yatagan, que cual ninguno manejó en servicio de su patria, cuando vencido i engañado en 1848, fué conducido a Francia indebidamente prisionero. Puesto en libertad cuando el advenimiento de Napoleón III al trono imperial, permaneció en Brusse hasta la ruina de ese desgraciado pueblo; se trasladó en seguida a Constantinopla, cuando ocurrió la guerra de Crimea, i al terminar ésta, ántes de marchar a Damasco, habia ido a Franzesbad a recobrar la salud.

En los baños las amistades se entablan con la misma facilidad que se olvidan al ausentarse de ellos. No tardamos, pues, en pasar del saludo a la visita, i de ésta al mas cordial i gustoso trato.

Era la estatura del Emir mas bien mediana que aventajada, i su edad solo alcanzaria entónces a 49 años. En su blanco, pálido i hermoso rostro ovalado, lucian ojos grandes, rasgados, de color azul oscuro. En la frente i parte de la nariz llevaba una señal a modo de raya, distintivo de la poderosa tribu de los Haken, a la que pertenecia. Tenia la nariz aguileña, la boca proporcionada i el pelo de la barba mas bien ralo que tupido. Sobre el blanco ropon árabe, usaba un ancho albornoz blanco, tambien de fina lana, cuya capucha siempre calada, sujetaba en la frente con una vistosa tira de cachemir a medio enrollar.

Abd-el-Kader, apellidado santo i sabio por los árabes, era hombre hermoso, aunque su aspecto tuviese casi siempre mas de anacoreta que de guerrero. Quien sabiendo lo que fué, cuando lanzando las hordas del desierto al esterminio de los invasores de su patria, sembraba, yatagan en mano, la muerte i el espanto por donde quiera que se presentase, no es posible que, contemplándole despues, pudiera deducir de su dulce i apasible mirar, aquellos rayos magnetizadores que hacian estremecer hasta los leones del desierto, ni de sus blancas, pequeñas i cuidadas manos, aquella fuerza que pudo sustentar, por tantos años, la dura lanza i el temido alfanje.

Era su hablar pausado i sentencioso, i tal su confianza en Alá i su resignacion a los decretos del Profeta, que ni en la época de su injusta prision en el territorio frances, se le notó el mas leve rasgo de ira o de impaciencia; el Koran habia dicho que el rostro sereno cicatrizaba las heridas del corazon, i esto bastaba al religioso Emir.

Pero no siendo mi propósito narrar ni la vida política, ni los rasgos guerreros de esta especie de templario musulman, sino referir una con-

versacion que tuve con él sobre las propiedades i las prendas especiales del caballo árabe, dejaré a los historiadores aquella tarea, i me contraeré a ésta, que no por modesta, deja de ser interesante para nosotros.

Refiriéndome el motivo del mal éxito de las primeras campañas del ejército frances en Arjel, mal éxito que él atribuía mas a la naturaleza de los malos caballos europeos que se emplearon en ellas, que a la torpeza de los jenerales encargados de la conquista, me decia lo que oí repetir despues al célebre jeneral escritor Daumas: desgraciado de aquel que entre en campaña en el desierto i en las serranías africanas, cabalgando sobre los mas afamados brutos que se lucen en las carreras de Chantilly, del campo de Marte i de Sartory. Esos caballos solo saben correr, saltar i desbocarse. Caballos sin afecciones, sin un átomo de intelijencia, que no identifican su carácter con el de su amo, que no obedecen al freno i a las inclinaciones del cuerpo para buscar el peligro o para evitarle, que no parten como un rayo sobre parados, que no pueden detenerse sobre el borde mismo de un precipicio, que no pueden describir con la rapidez del torbellino círculos a derecha i a izquierda, como puede hacerlo un compas entre los dedos de un arquitecto, i que solo son hijos del mas solícito regalo, no se han hecho para las guerras saareñas. El caballo saareño tiene ademas tres *puedes* que no tiene otro caballo alguno: puede el hambre; puede la sed, puede el cansancio.

Señor, le interrumpí, al oír hablar a Ud. del saareño, ha traído a mi memoria el caballo chileno. No puede Ud. haber hecho, conociéndole, descripción mas exacta de sus envidiables cualidades. Pero el caballo chileno tiene en mi concepto, mas *puedes* aun que el mismo árabe, pues siendo en jeneral de mas aventajada estatura, puede el hambre, puede la sed, puede el cansancio, puede el mal trato i puede el descalzo! Ustedes desde que nace el potro le consideran como miembro de la familia, nosotros esperamos dos años para ver si merece o no nuestros cuidados. Ustedes le conservan entero, nosotros le mutilamos. El cariño, el constante manoseo i la dulzura en el trato, entregan el potro árabe al servicio de su amo. En Chile el rigor, la espuela, el azote i el poderoso brazo del jinete, obligan por fuerza al potro montarúz a entregarse. Ustedes calzan con hierro sus caballos, al paso que solo ahora comienza a jeneralizarse en Chile semejante práctica, habiendo bastado la dureza del casco para escluir durante tres siglos la necesidad de ocurrir a un medio artificial para suplirla. El caballo chileno puede hacer

jornadas hasta de treinta leguas, i cuando llega al término de algun violento i fatigoso viaje, un fuerte samarreo de orejas, un puñado de polvo sobre el sudoso lomo, i el primer mal potrero que se presenta a la mano, son los cuidados que bastan para rehacer al jeneroso bruto. El caballo chileno se apega a su amo por cariño, i es tal la naturaleza de su instinto, que hasta es cortés i comedido con el bello sexo, pues en muchas ocasiones vemos que el potro reacio i alborotado para el hombre, es manso i sumiso bajo la débil mano de una mujer. El caballo chileno obedece con oportunidad, i es esta prenda tan propia suya, que en medio de la mayor exaltacion promovida por el carácter del jinete, un *chit!* imperioso, le clava repentinamente en el mismo lugar, en el cual hiriendo, pero sin moverse, espera nueva orden para recobrar la libertad de sus fogosos movimientos. Trazas llevaba de no acabar, cuando el Emir al llegar a este punto, asiéndome repentinamente del brazo i llenos los ojos de un fuego que me hizo estreñecer, me interrumpió diciendo: esos caballos son árabes, i árabes debieron ser tambien los que les condujeron a América; pues, solo en el bruto saareño se encuentra tanta copia de virtudes! Volviendo en seguida a su aparente calma, me dijo con dulzura: hasta ese *tzit!* que ustedes emplean para moderar su ardor, es tambien saareño. ¡Qué hiciera yo para llevarme un caballo chileno a Damasco!

Nada hai que sea mas grato al corazon del hombre que el momento en que se llega de una lejana tierra al patrio suelo. ¿Qué me faltaba en Europa para ser humanamente dichoso? Gozaba allí de salud, tenia veinte años ménos de los que tengo ahora, disponia de una renta segura, que aunque no mui cuantiosa, era suficiente para satisfacer, con holganza i aun hasta con cierto lujo, mis necesidades. En mi alma no podia caber tedio, porque compartian mi tiempo, junto con mis fáciles ocupaciones, gratos estudios e interesantes viajes. Habia recorrido toda la Europa, captándome la voluntad de algunos seres coronados, i honrándome con la amistad de Humboldt, Pöppig, Wappäus, Korf i otras eminentes lumbreras del saber humano, cuyas cariñosas cartas así como los títulos de miembro honorario de varias sociedades científicas, con justo orgullo conservaba, i sin embargo, aun quedaba en mi corazon un vacío que llenar. Faltábanme mis tiernas afecciones; faltábame el sol de la querida patria.

Despues de corridos cinco años de una vida para muchos envidiable, encontrábame en Marieubad, otro establecimiento de baños en la alta

Bohemia, cuando una inesperada suerte, trajo a mis manos un paquete de comunicaciones chilenas, acompañado de una carta de mi buen De Luines, secretario del consulado en Hamburgo, la que comenzaba así:

«Señor; acabo de recibir la noticia mas funesta para este su desgraciado protegido, aunque ella sea al mismo tiempo, la mas grata que Ud. pudiera esperar. El gobierno chileno le llama para que siga Ud. prestando allá en su patria, parte de los servicios que le prestaba en Alemania!.....» Fué esta carta para mí un verdadero golpe eléctrico de dicha, i juzgando imperdonable crimen, perder un solo dia de los que podia necesitar para llegar a Chile, despues de besar las comunicaciones i de llorar de gusto, me dediqué a escribir la noche entera, i al dia siguiente, sin siquiera acordarme de pasar por Hamburgo, lugar de mi residencia, sali directamente para Inglaterra, i en seguida lleno de alborozo en el *Nueva Granada*, en demanda del suelo que me vió nacer, donde por quinta vez tuve, en mi vida, un momento de completa dicha, el de mi llegada!

Qué utilidad práctica para los indiferentes, podrá tener esta compilacion de vejezes en la cual la tijera que suprime, ha tenido mas parte que la pluma que relata, i que solo publico por complacer a mis amigos? Lo ignoro: a no ser que se tenga por tal la relacion de hechos que acrediten la bondad del precepto: ¡NO DESMAYES! porque la mala suerte no es eterna, i porque así como el hombre a impulsos de su adversa estrella puede descender de suma altura hasta la humilde condicion de criado, puede tambien con la ayuda de la constancia, de la honradez i del trabajo, elevarse despues hasta ocupar en el festin de los reyes un codiciado asiento.

FIN.

ÍNDICE

	Pájs.
CAPITULO I.—De cómo el Santiago del año de 1814 al de 22 no alcanza a ser ni la sombra del Santiago de 1860.....	1
CAPITULO II.—Valparaiso.—Primera leccion de Derecho Internacional Positivo.—Lastra.—Carrera.—Derrota de Rancagua.—Osorio.—Juan Fernandez.—Juan Enrique Rosales.—Su hija Rosario.—Prision de mi madre.—Felipe Santiago del Solar.....	16
CAPITULO III.—Conflictos de Marcó.—Chacabuco.—Gran sarao dado al ejército vencedor.—Armas heráldicas de Chile.—Derrota de Cancha-Rayada.—Segunda emigracion a Mendoza.—Muerte de los dos hermanos Carreras, Luis i Juan José.....	30
CAPITULO IV.—De cómo pagó los servicios que se le hicieron en Chile Lord Spencer.—El Brasil.—El primer vapor que llegó a Rio Janeiro.—Idea que se tenia de los vapores en aquel tiempo.—Eslavatura.—Emancipacion política del Brasil.—La célebre escritora María Graham.—Temblor del año de 1822.—O'Higgins.—Dias patrios.—Chile en el año 1824.—Notable proclama del jeneral Luis de Mauri.—Ideas de Camilo Enriquez sobre emigracion.....	44
CAPITULO V.—El baron de Mackau i el corsario Quintanilla.—Viaje a Francia.—Rio Janeiro.—Havre de Grace.—Paris de aquel entonces.—María Malibran García.—Un hijito de Fernando VII.—La duquesa de Berry.—Colejio de Silvela.—El matemático Vallejo.—Don Andres A. de Gorbea.—Don Leandro Fernandez Moratin.—Don Silvestre Pinheiro Ferreira, profesor de Derecho Público.—El romanticismo.—Alejandro Dumas.—El jeneral San Martin en Francia.—El jeneral Murillo.....	62
CAPITULO VI.—Síntomas de la revolucion de julio de 1830.—Especcion i toma de Arjel.—Revolucion de julio.—Otra vez la duquesa de Berry.—Ridículo desenlace que tuvo la venida del Dei de Arjel a Paris.....	88
CAPITULO VII.—De lo mucho que nos equivocamos cuando creemos que todo el mundo nos conoce.—Primeros pasos de los caminos de fierro en Europa.—Burdeos.—Los vinos i sus trampas.—Modo de sacar partido de los arenales.—Escapada providencial.—Tenerife.—Mares tropicales.—Rejion de los pamperos.—De lo que puede en una navegacion la falta de agua potable.—Pasada i repasada del cabo de Hornos.—Islas Malvinas.....	99
CAPITULO VIII.—Llegada a Chile.—El recién llegado.—El novel hombre de campo.—El fabricante de aguardientes.—El por qué del fracaso de nuestras fábricas.—El tendero.—El médico.—Pri-	

	Pájs.
mer ensayo del escritor público.—Consecuencias de llegar a ser rico de repente.—Contrabando de tabacos i de ganados por la vía andina.—A jeneroso, jeneroso i medio.....	112
CAPITULO IX.—Revoluciones.—Guerra de Santa Cruz.—Fusilamientos en Curicó.—Lo que cuesta viajar sin pasaporte.—A lo que espone una mentira aunque sea a tiempo.—Lance de San Cárlos i mi fuga para la Rioja.—Riquezas naturales que se encuentran entre San Cárlos i Famatina.—Momias.—Petrificaciones.—Chilecito de Famatina.—Comercio con Chile.—Precio de los ganados.—Tabaco i su contrabando.—Falsa designacion de un solo tronco a las cordilleras.—Errores del jeógrafo Napp sobre la elevacion i base de los Andes.—Lo que vale pintar santos.—Desastroso regreso a Chile.....	123
CAPITULO X.—El huaso Rodriguez, jefe militar de San Rafael.—Las trillas.—Desafío de Rodriguez.—Su fuga.—El Planchon.—Resguardos en la cordillera.—Chilecitos.—Aldao.—Siguen las aventuras de Rodriguez.—Su muerte.—Leguario i archivos de Rodriguez.—Banda oriental de los Andes del Sur.—Nota del literato de Loló.....	146
CAPITULO XI.—Cerrillos de Teno.—Pena de azotes.—Sociedades de ladrones.—Tierras auríferas.—La langosta i la Sociedad de Agricultura.—El nuevo pintor de decoraciones del teatro de Santiago.—Sarmiento, Tejedor i la literatra argentina.....	174
CAPITULO XII.—Vapores de la carrera.—Mayordomos.—Coquimbo.—Huasco.—Copiapó puerto.—Copiapó ciudad.—El cateador.—El poruñero.—Río i valle de Copiapó.—Chañarcillo.—Juan Godoi.—El cangallero.—Viaje al interior.—Admirable distribucion de aguas.—Chañarcillo.—Bandurrias.—Pajonales.—El marido es responsable de los pecados que comete su mujer.....	186
CAPITULO XIII.—Consideraciones jenerales sobre la Alta California; lo que fué i lo que ahora es.—Casuales acontecimientos que aceleraron el descubrimiento del oro en California.—Venida de Sutter a América.—Rápido bosquejo de la vida de este capitan de guardias francesas en 1830.—Su colonia modelo.—Marshal, peon de Sutter, descubre el oro en Sonoma.—Efecto que produjo esta noticia en Chile.—Viaje a California.—Motin promovido por Alvarez a bordo.—Modo milagroso como despues salvé de la horca a este mismo caballero.—Percances del viaje.—Puerta del oro.—Bahía de San Francisco.....	218
CAPITULO XIV.—Confirmanse las noticias sobre la abundancia i riquezas de los lechos auríferos.—El capitan del puerto.—Rosarito Améstica.—Visita al pueblo.—Contradictorios informes sobre las minas i la época de emprender trabajos en ellas.—Primeras operaciones de mi compañía minera.—Fleteros i cargadores.—La compañía se constituye en lavandera.....	238
CAPITULO XV.—Viaje al Sacramento.—La <i>Dai-ce-may-uana</i> i su capitan Robinson.—Senos alagunados de San Francisco, de San Pablo i de Suisun.—Confluencia de los rios Sacramento i San Joaquin.—Ciudades en jérmen.—El pueblo del Sacramento.—Viaje a los placeres.—En California el que pestaña pierde.—Branam.—Primer vestijio de oro.—Peligroso encuentro con los indios.—Su sistema de lavar el oro.—Lo que con ellos comerciamos.—Llegada al mentado Molino.....	249
CAPITULO XVI.—El Molino.—De cómo se descubrió el oro en él.—Nuestra situacion i primeros trabajos en los lavaderos.—Escursiones mineras.—Rejion aurífera de California.—En California se encuentran todos los metales conocidos.—Actividad de nuestras	

faenas.—Ingeniosa e importantísima batea o cuna californés para el lavado de las tierras.—Intento frustrado de una insurreccion de indíjenas i su sangriento desenlace.—De cómo me ahogué en el rio de los Americanos i volví a resucitar.....	266
CAPITULO XVII.—Viaje de uno de los socios a San Francisco.—Salvacion de Alvarez de ser ahorcado.—Mi envenenamiento en Sacramento.—Sacramento.—Stockton.—San Francisco.—Vicisitudes de su comercio.—Febрил actividad de sus habitantes.—El juez juzgado por el delincuente.—Motivos de la malquerencia entre yankees i chilenos.—Intervencion oportuna de Branam.—Espulsion de los chilenos de los laboreos de oro.—Regreso precipitado en busca de mis hermanos.....	278
CAPITULO XVIII.—Entramos en la vida del comercio.—Cuál fué éste.—Compra de una lancha.—Dificultades legales para la navegacion de los rios i modo poco decente de vencerlas.—Viaje en la <i>Impermeable</i> .—Culebras i zancudos californeses.—Muerte del jóven Martinez.—Las tercianas en Sacramento.—Hospital Chileno de los señores Luco.—Fundacion de un hotel en San Francisco.—El pozo de don Juan Nepomuceno Espejo.—Nos convertimos en sirvientes.—Aventura de la leche.—Mi viaje a Monterey.—Lo que valia un Chileno en California.—Monterey.—Sus obsequiosos habitantes.—Sarao.—Valioso regalo i mi regreso a San Francisco.—Llegada de las primeras mujeres a ese pueblo.—Repugnantes cuadros plásticos en los cafés.—Remate de mujeres a bordo de los buques.—El juego.—Elecciones para la convencion de San José.—Incendio i ruina de San Francisco.—Nos trasformamos en marineros.—Regreso a Chile.....	291
CAPITULO XIX.—Tentadora propuesta de escribir un diario desollador.—Nómbra-seme agente de colonizacion en Valdivia.—Empleado público i criado de mano.—El Corral.—Valdivia pueblo.—Valdivia provincia.—De lo que era inmigracion para muchos.—Injustificable invasion a los terrenos fiscales i medios de que se valian para asegurar su propiedad.....	313
CAPITULO XX.—Llegada de la primera expedicion de inmigrantes al Corral.—Interrogatorio solemne de éstos al agente del Gobierno.—Consecuencias que de él se desprenden.—Rasgo jeneroso del coronel Viel en obsequio de la inmigracion.—Isla de la Teja.—Nuevas expediciones de inmigrantes.—Su clase, verdadero tesoro para Valdivia.—De cómo entendia cada cual en Chile la inmigracion.—Lluvia de consejos al Gobierno sobre este tema.—Colonia Muschgay patrocinada por Domeyko.—Muschgay, el Arzobispo i los Larraines.—El católico Muschgay abraza la relijion araucana.—El atroz Cambiaso en Valdivia.....	326
CAPITULO XXI.—Viajes al interior de la provincia.—Laguna de Llanquihue.—Incendio de las selvas del Chanchan.—Mi naufragio en la laguna.—Peligroso descrédito de la colonizacion en Chile.—Cómo se salió de tan duro trance.—Exploraciones de los canales de Chanco i seno de Reloncaví.—El Callenel.....	339
CAPITULO XXII.—Colonia de Llanquihue.—Sus primeros pasos.—Sus enemigos.—Prision del vice-agente de Colonizacion.—Progresos.....	357
CAPITULO XXIII.—Inmigracion.—Poblacion alemana en Llanquihue i en Valdivia en 1860.—Su instruccion.—Influjo de su contacto con los hijos del pais.—Lamentable pérdida de los terrenos del Estado.—Sacrificios personales del Ajente para proporcionar terrenos a los inmigrados.—Medios de contener semejante mal....	377
CAPITULO XXIV.—Viaje a Buenos Aires al traves de las pampas	

argentinas.—Camino de Uspallata.—El Rosario.—Paraná.—Buenos Aires.—Don Juan Manuel Rosas, ex-dictador.....	390
CAPITULO XXV.—Estado hamburgues.—Modo de percibir la contribucion del cuatro por ciento sobre los haberes muebles.—Jardin de niños.—Emigracion, sus agentes.—Actividad de las naciones para promoverla.—Serias dificultades que tuvo que vencer el agente chileno en Hamburgo para la remision de emigrantes a Chile.—Su polémica con la <i>Gaceta de Ausbourg</i> .—Bases sobre que debe fundarse todo empresa de inmigracion.—España.—Cuentas del Gran Capitan.—Las aguas de Frances bade.—Abd-el-Kader.—Los rusos.—Francisco Javier Rosales.—Fin.....	402

